MAX GALLO

La cruz de Occidente

La batalla de Lepanto, las matanzas de los hugonotes, las luchas por el poder y las intrigas en la corte de Felipe II: un magnífico fresco histórico del siglo XVI.

NOVELA HISTÓRICA

Una enigmática anticuaria de París cita en su local al narrador, un experto historiador, para entregarle un manuscrito encontrado, las memorias del caballero Bernard de Thorenc, que, desde la sabia perspectiva de la senectud, le sumerge en pleno siglo XVI, en un periodo en el que el fanatismo hace estragos en Europa y enfrenta a las dos orillas del Mediterráneo. Bernard de Thorenc ha servido a Carlos V y Felipe II, ha combatido en San Quintín, las Alpujarras y Lepanto junto a Cervantes y Juan de Austria. Ha sufrido las angustiosas mazmorras de Argel y las galeras berberiscas. Hasta que, decepcionado por la hipocresía de una corte española en la que campa la princesa de Éboli junto a los inquisidores, regresa a su hogar en busca de la paz que le ha sido negada. Pero se va encontrar con más guerras de religión, ya no entre católicos y musulmanes, sino entre cristianos, hasta el punto de desgarrar su propio medio familiar y desembocar en la matanza de San Bartolomé, que sorprende a Thorenc en París. Una nueva y sangrienta decepción en la que, tras la fachada religiosa, se esconde la lucha por el poder entre Catalina de Médicis, Carlos IX, Margarita de Valois y Enrique de Navarra, quien llegará al trono francés renunciando a su fe porque «París bien vale una misa»…

Max Gallo

La cruz de Occidente

ePub r1.0
Titivillus 13-05-2023

Max Gallo, 2005
Traducción: Carmen Torres París & María Dolores Torres París

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

La Cruz de Occidente, I

Bajo este signo vencerás
(*Tu hoc signo vinces*)

Por nodriza a Satán los niños de este siglo han.
Vicio y niños desde la cuna se dejan arrullar.
Con el vicio nuestras madres juntamente han alumbrado, y cuando nos concebían, concebían el pecado.

AGRIPPA D'AUBIGNÉ

Prólogo

Era una cabeza de Cristo con los ojos cerrados.

Había sido cortada.

La madera de la talla tenía en la base del cuello unas marcas que daban pie a pensar que habían sido hechas por el filo de una hoja abatiéndose con furor.

La cabeza decapitada reposaba sobre un tejido rojo adamascado, como si la sangre lo hubiese impregnado antes de extenderse por el escaparate de esta tienda de antigüedades ubicada en el número 7 de la calle del Arbre-Sec, no lejos del palacio del Louvre, a unos pasos de la iglesia de
Saint-Germain-l'Auxerrois,
en el primer distrito de París.

La cabeza de Cristo era la única pieza expuesta, iluminada por dos proyectores cuya luz cruda acentuaba la intensa palidez de una talla de tintes desvaídos.

El escultor había logrado dar la impresión de que el rostro entero lloraba, como si estuviese bañado por una lluvia de lágrimas que se deslizaban a lo largo de los cabellos pegados a las mejillas, el bigote y la barba rizados, cruzando la piel de finas arrugas, más acentuadas en la comisura de los labios.

Los rasgos, abatidos, se difuminaban bajo la postración y el sufrimiento.

Descubrí emocionado esta cabeza del Cristo de los ojos cerrados el viernes 22 de agosto de 2003 al mediodía.

La canícula aplastaba las calles de París desde hacía semanas. La lista de muertos no dejaba de crecer. Los transeúntes iban de una sombra a otra, alejándose de aquel escaparate iluminado, provocativo, inconveniente, incluso, en la intensa blancura solar.

Pero yo me dirigí hacia él.

La víspera, una desconocida que se había presentado como María de

Segovia, anticuaria de profesión, me había telefoneado.

Era, según afirmaba, amiga íntima de Armelle, mi documentalista.

Sabía que desde hacía unos meses yo estaba recopilando documentos relativos al siglo XVI, los enfrentamientos entre cristianos, judíos, moros y turcos, las persecuciones, las relaciones entre los Estados y la religión…

Me había dicho con una especie de alegría indisimulada:

—Un laberinto sangriento, ese siglo, ¿no cree? Tal vez la época más bárbara de la Europa cristiana. Se matan los unos a los otros en nombre de Cristo y hacen la guerra contra el islam. Como hoy. ¿No le parece? ¿Por eso estudia usted el siglo XVI? ¿Qué está preparando?

Yo había dejado pasar aquel torrente de preguntas, decidido a volver a colgar sin responder, irritado por las confidencias de Armelle, por esta intromisión en lo que no era todavía más que un vago boceto, la intuición de que lo que empezábamos a vivir: el «choque de civilizaciones» —por emplear una fórmula estereotipada que todo el mundo refutaba pero utilizaba— se había producido ya, y con cierta intensidad, en el siglo XVI.

Y sin embargo había escuchado a María de Segovia. Me había interesado y asombrado. Estaba informada y se había mostrado perspicaz al emplear una expresión tan curiosa como «laberinto sangriento» para calificar un siglo despiadado en el que se habían sucedido las torturas, la hoguera, los crímenes y masacres perpetradas por unos y otros.

Estuve tentado de recitarle a aquella exuberante mujer los versos de Agrippa
d'Aubigné,
un poeta protestante, superviviente de las matanzas de la noche de San Bartolomé:

> Por nodriza a Satán los niños de este siglo han.
> Vicio y niños desde la cuna se dejan arrullar.
> Con el vicio nuestras madres juntamente han alumbrado.
> y cuando nos concebían, concebían el pecado.

Pero María de Segovia no parecía dispuesta a escucharme, y yo había renunciado a interrumpirla, intrigado y seducido, de hecho, por su discurso.

Me explicó que había comprado varias piezas del siglo XVI que estaba segura de que me interesarían. No había querido vendérselas a ninguno de esos saqueadores de historia, esos bandoleros que no buscan más que colocar sus dólares comerciando con la memoria de los hombres.

Era necesario, insistía, que alguien como yo insuflase vida a ese pasado.

—Con probidad —había repetido.

Sabía que en mis novelas había utilizado los recuerdos de una familia de nobles provenzales, los Thorenc. Y resulta que lo que había adquirido procedía de uno de sus antepasados, Bernard de Thorenc, que había vivido en el siglo XVI.

—Creo en los encuentros que el azar o la providencia organizan —añadió—. Le comentaba mis hallazgos a Armelle, que dio un respingo cuando cité el apellido Thorenc, y me habló largo y tendido de sus novelas, que yo no conocía. Leí, después, todo lo que usted ha escrito sobre los Thorenc. ¿Cómo no iba a telefonearlo? Debe usted agradecérselo a Bernard de Thorenc: él vino a mí para que yo lo guiase hacia usted. Usted no puede ignorarlo ni rechazarlo. Lo espero mañana en la calle del Arbre-Sec, número 7.

Mañana era viernes, 22 de agosto de 2003.

El viernes 22 de agosto de 1572, hacía cuatrocientos treinta y un años exactamente, al fin de una mañana sofocante —y hacía varias semanas, igual que este verano de 2003, que París soportaba un calor tórrido—, el almirante Coligny, jefe de los protestantes, acababa de dejar el palacio del Louvre.

Había estudiado detenidamente con el rey Carlos IX los medios de apaciguar el odio asesino que enfrentaba a católicos y protestantes, que se llamaban unos a otros despectivamente papistas, hugonotes, herejes, *mal-sentants* [1] de la fe, libertinos o descarriados.

Yo había sido sorprendido ese viernes 22 de agosto por la coincidencia de las fechas y por el descubrimiento de ese ascendiente, Bernard de Thorenc, antepasado de los Thorenc —Martial, Louis, Villeneuve, François o Bertrand Renaud—, cuyas

vidas, en efecto, había narrado.

Me había halagado también la insistencia de María de Segovia en invitarme, por la importancia que parecía conceder a mi visita.

Pero, sobre todo, había sido sensible a esa dirección, la calle del Arbre-Sec, por los acontecimientos que evocaba.

En esta calle, entre el Louvre y el Sena, en las inmediaciones de la iglesia de
Saint-Germain-l'Auxerrois,
Francia se había desgarrado.

Cuando hube colgado sin prometer a María de Segovia que la visitaría, hojeé, por enésima vez, *Les Tragiques* de Aggripa d'Aubigné.

Encontré el pasaje que no ha dejado de fascinarme y abrumarme por la sombría fuerza con que describe la lucha fratricida entre cristianos, entre franceses:

> Como una madre afligida, a Francia quiero pintar,
> los brazos lleva cansados de sus dos hijos cargar.
> El más fuerte y orgulloso empuña los dos pezones
> de los dos senos nutricios, a fuerza de bofetones
> con pies, con uñas y puños, le niega al otro la parte
> que madre naturaleza con equidad les reparte…
> Felones, dice la madre, por haberme ensangrentado
> el seno que os alimenta y siempre os ha cobijado.
> Vivid de vuestra ponzoña, sangrienta progenitura,
> que yo no tengo qué daros, si no es esta sangre oscura.

Es decir, aquel tiempo de asesinatos, de cuerpos desollados, degollados, descuartizados, de mujeres violadas, de niños arrojados a los perros, había empezado el viernes 22 de agosto de 1572.

Ese día Coligny se dirige hacia la calle del Arbre-Sec, a su residencia en el palacete de Ponthieu, situado en la esquina de dicha calle con la de Bétisy.

Se halla rodeado de gentileshombres protestantes.

Uno de ellos acaba de entregarle una carta sin detenerse. Coligny se inclina para leerla y justo en ese momento se oyen las detonaciones. El movimiento hacia delante del almirante le salvó la

vida. El asesino apuntó a la cabeza, pero Coligny sólo está herido: lo han alcanzado en el brazo izquierdo y arrancado de cuajo el dedo índice.

Lo arrastran hasta la calle del Arbre-Sec para ponerlo a resguardo y se precipitan hacia la casa de donde han salido los disparos. Descubren un arcabuz todavía humeante al pie de una ventana cuyos postigos están entreabiertos. Se oye el galope de un caballo. El asesino —un tal Maurevert, espadachín al servicio del duque de Guisa— acaba de huir por la puerta trasera que da al campanario de la iglesia de
Saint-Germain-l'Auxerrois.

A unos pasos de la tienda de antigüedades de María de Segovia, en el número 7 de la calle del Arbre-Sec.

Me quedé inmóvil ante la cabeza de Cristo, de una palidez verdosa.

Posada sobre la tela de seda roja, parecía bañada en sangre. Pero lo más terrible, lo más conmovedor, era la desesperación que aquellos párpados cerrados manifestaban, como los de un cadáver al que, con gesto lento, le hubiesen cerrado los ojos.

A fuerza de mirar ese rostro, de escrutar su expresión, comprendí que el artista no había querido representar la muerte de Cristo, sino un momento de postración.

Jesucristo cierra los ojos para no ver lo que hacen los hombres. Se ciega deliberadamente, por misericordia y compasión, para no condenar a los verdugos, para no tener que elegir entre los crímenes ni entre los criminales.

Y quién no lo había sido en este siglo en que los soberanos hacían degollar o envenenar a sus hermanos.

Un siglo en el que se quemaba a centenares de mujeres y niños que habían ido a rezar a sus lugares de culto, iglesias o templos.

Un siglo en el que los turcos, cuando el 1 de agosto de 1571 se apoderan de Chipre, hasta entonces parte de Venecia, pasan a cuchillo a más de veinte mil habitantes de Famagusta, la última ciudad que se les resiste.

Embarcan en sus galeras a dos mil mujeres jóvenes destinadas a los harenes de los visires y del sultán. Otras tantas son violadas y luego descuartizadas. En cuanto a los dos jefes venecianos, Astor Baglione y Marco Antonio Bragadin, que, después de haber

combatido denodadamente, han capitulado, el primero es descuartizado por orden de Lala Mustafá, el comandante de los turcos, y al otro, tras humillarlo, lo obligan a arrastrarse ante la tienda del caudillo turco, doblegado bajo el peso de los sacos que cargaba, le cortan la nariz y las orejas antes de desollarlo vivo. Rellenan su piel de paja y exponen ese macabro maniquí en la plaza de Famagusta, y finalmente lo cuelgan del mástil de la galera de Lala Mustafá.

Unos días más tarde, el 17 de agosto, la iglesia de San Nicolás de Famagusta será transformada en mezquita, y su suelo lavado con la sangre de los cristianos degollados el mismo día, un viernes, día sagrado del islam.

El viernes 22 de agosto de 2003, yo no podía apartar la mirada del rostro del Cristo de los ojos cerrados.

—¡Ha venido! No dudaba de que lo haría.

La voz estruendosa —triunfante, incluso— de María de Segovia me arrancó de mi contemplación.

Me doy la vuelta y entonces la veo: un parche de terciopelo negro cubre su ojo derecho.

Estoy tan sorprendido que retrocedo un paso. Ella se ríe. Sus labios, pintados de carmín, están perfilados por un finísimo trazo de lápiz negro.

—Española —dice rozando con la yema de los dedos su parche—. Siempre hubo mujeres tuertas en la corte de España.

Se encoge de hombros y me cuenta que se hirió hace unos años examinando unas armas turcas. El ojo se infectó.

—Una maldición o una venganza de los hijos del Profeta a través de los siglos. Nosotros los expulsamos de Europa y ellos nos persiguen con su odio. ¿No cree usted en esas fuerzas soterradas? Usted es francés, imagina que la historia es una línea recta bien trazada que va de arriba abajo, hacia la razón, sin ningún misterio.

Su voz se ha endurecido. Alza el parche ligeramente.

Al perder el ojo, me dice, en lugar de disimular su defecto, decidió mostrarlo, o mejor, sugerirlo.

—Como la princesa de Éboli, Ana de Mendoza y de la Cerda, la tuerta más famosa de España, ya sabe, la amante de Felipe II, que fue madre de diez hijos, uno de los cuales, al menos, rubio o

pelirrojo, era bastardo del rey; los otros, de su marido Ruy Gómez, el confidente del soberano, que se acostaba al pie del lecho de Felipe II. Era cómplice de sus crímenes y de sus calaveradas. Cuando Ruy Gómez muere, la princesa se retira a un convento de las carmelitas. Pero vuelve locas a las monjas con sus extravagancias, su vestuario, sus perfumes, sus afeites, sus perros, sus cortesanos y sus criadas, a las que no renuncia. Al cabo de unos meses, Teresa de Ávila la expulsa y la princesa de Éboli elige como amante a Antonio Pérez, el nuevo consejero de Felipe II, el hombre más retorcido y ambicioso que jamás haya habido en España. Los dos…

Inclina un poco la cabeza, suspirando, y me mira con su ojo izquierdo, cuyo rabillo ha prolongado con un trazo de rímel que llega hasta la sien.

—… los dos se dejan arrastrar por una ardiente pasión. Se hacen regalos todos los días. Tienen necesidad de esa desmesura. Una mañana, un tal Escobedo, secretario de don Juan de Austria…

Mi anfitriona vuelve a suspirar.

—… Me imagino que conoce a don Juan, el hermanastro de Felipe II, hijo bastardo de Carlos V, el almirante de la mar océana, vencedor de los turcos en Lepanto. Ni el francés más chovinista puede ignorar eso, ¿verdad?

Me tiende la mano como excusándose.

—Una mañana, Escobedo sorprende a los dos amantes en el lecho. Es un imbécil, un timorato y sobre todo un envidioso. Monta en cólera: «Es inadmisible —dice—. Y estoy obligado a advertir de ello al rey».

La princesa de Éboli sale del lecho vestida únicamente con el parche, que llevaba en su ojo derecho como yo, aunque ella lo había perdido batiéndose en duelo con un amante infiel. Avanza hacia Escobedo y le grita: «¡Haz lo que te dé la gana, Escobedo! ¡Prefiero el trasero de Antonio Pérez al rey en persona!».

María de Segovia repite la última frase y añade:

—¡Al mismísimo Felipe II, el hijo de Carlos V! ¿Qué osadía, no?

Se apoya en el marco de la puerta de su tienda, con el cuerpo ligeramente inclinado, como si contemplase la cabeza de Cristo. Imagino entonces que la talla cierra los ojos por pudor, para no juzgarla, para no condenarla. Es una mujer corpulenta, y lleva los

hombros y los brazos desnudos. Su sostén rojo ciñe una piel lechosa. Viste una falda negra de largas franjas. Unos cordones de cuero ciñen sus tobillos a modo de brazaletes. Los tacones dorados de sus sandalias son altos y finos.

El cuerpo de María de Segovia se impone sin que a uno se le ocurra preguntarse por su edad. ¿Treinta y cinco? ¿Cincuenta años? ¡Qué más da! No es ni joven ni vieja, ni hermosa ni fea. Singular.

Se inclina todavía más.

—Quiero que vea esta cabeza de Cristo —dice—. Tengo otros muchos objetos y manuscritos que pertenecieron a Bernard de Thorenc. Pero este Cristo es un símbolo.

Se interpone entre mi cuerpo y la cabeza decapitada de los ojos cerrados.

—*Tu hoc signo vinces* —murmura—. «Bajo este signo vencerás», la divisa de Constantino, el emperador convertido al cristianismo. Por lo que yo sé…

Se pega al escaparate como para obligarme también a mirarla a ella si quiero contemplar la cabeza de Cristo. Cruza los brazos y sigue hablando con voz exaltada.

Leyendo las *Memorias* de Bernard de Thorenc, descubrió que la frase estaba clavada en el crucifijo. Esta cruz —la *Cruz de Occidente*, precisa— fue clavada en el mástil de la galera *Marquesa*, en cuyo puente se encontraban doscientos soldados, entre ellos Bernard de Thorenc, Miguel de Cervantes, sí, el autor del *Quijote*, y Benvenuto Terraccini, el artista veneciano que esculpió la talla, el cuerpo y la cabeza de Cristo.

Corría el domingo 7 de octubre de 1571, en el golfo de Lepanto.

La *Marquesa* era la primera de las galeras cristianas que tenía que enfrentarse a la escuadra turca mandada por Alí Bajá, no lejos de Ítaca, la patria de Ulises, frente al promontorio de Actium donde, en el año 31 antes de Cristo, la flota de Octavio había hecho huir a la de Antonio y Cleopatra.

—En Lepanto, todo es símbolo —añadió María de Segovia.

He leído innumerables relatos de esa batalla.

Sé lo que dice de ella Cervantes, embarcado en la *Marquesa*:

> «… En el dichoso día que siniestro

tanto fue el hado a la enemiga armada
cuanto, a la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho
y de bárbara gente y de cristiana
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.
La muerte airada con su furia insana
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose a quién tarda, a quién temprana.
El son confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo.
Los profundos sospiros lamentables
que los heridos pechos despedían
maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían
cuando en el son de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz de vencedora muestra,
rompiendo el aire, claro el sol mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazón, yo triste estaba,
con la una mano de la espada asida
y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fue tan soberano
que a mi alma llegó, viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que a veces me quitó todo el sentido [2] ».

Y lo que opina en *El Quijote* acerca del valor:

«… que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga… Las heridas que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza…» [3].

Creo conocer toda la historia y, sin embargo, escucho a María de Segovia contar pormenorizadamente cómo la *Marquesa* embiste a la *Sultana*, la nao capitana de Alí Bajá, y cómo el palo mayor de la *Marquesa* se abate sobre el puente del bajel musulmán. Los jenízaros de Alí Bajá se lanzan al abordaje. Uno de ellos corta de un hachazo la cabeza de Cristo, enarbolándola como un trofeo, el signo de la victoria turca, pese a que el combate, al alba del domingo 7 de octubre de 1571, apenas ha comenzado. Pero el mar está ya rojo de sangre.

—Entonces —dice María de Segovia—, Bernard de Thorenc, seguido de Benvenuto Terraccini, salta sobre el puente de la *Sultana*.

María se interrumpe, señalando la cabeza del Cristo de los ojos cerrados.

—*Tu hoc signo vinces* —murmura de nuevo.

Me coge de la mano y me arrastra al interior de la tienda.

Avanzo en la penumbra por una sala abovedada de muros de piedra desigual. Adivino, al fondo, una puerta abierta a una galería más oscura. Es de allí de donde viene el soplo húmedo que refresca la estancia.

Por todas partes, colgados de las paredes, hay cascos, espadas, adargas y un gran estandarte de damasco rojo. Me acerco. Reconozco las figuras bordadas de Cristo, san Pedro y san Pablo y, en torno a una cruz de Malta blanca, las palabras: *Tu hoc signo vinces*.

El papa Pío V eligió esta divisa, la del emperador Constantino, para la flota cristiana de la Santa Liga.

—Es el estandarte de la *Marquesa* —dice María de Segovia—. Bernard de Thorenc se lo arrebató a los turcos de la *Sultana*, junto con la cabeza de Cristo.

Me indica uno de los cofres para que me siente y ella se

acomoda frente a mí en un sillón de madera. Señala los objetos, los manuscritos, los libros abiertos en sus atriles.

—Amo las huellas que los hombres dejan tras de sí —murmura—. Los signos que se dieron, los símbolos por los que combatieron, continúan vivos. Amo los lugares que habitaron. ¿Y usted?

Se levanta y apoya sus palmas abiertas en los sillares.

—Tengo la impresión de que todavía rezuman sangre. Aquí, sí, ahí mismo —señala la puerta—, en esta sala, en esa galería que conduce a las orillas del Sena, degollaron a decenas de gentileshombres protestantes, violaron a las mujeres, reunieron a los niños para ahogarlos en el río.

Creía también conocer todo eso, pero escuchando a María de Segovia tengo la impresión de descubrir por primera vez lo que fue el siglo XVI, que estudio desde hace varios meses.

María de Segovia evoca el odio, las masacres, a los soberanos consultando a sus magos, a Catalina de Médicis urdiendo complots, ordenando a su perfumista que le prepare las pócimas con las que envenenará a sus enemigos… Una reina tenebrosa que consulta a Nostradamus e interroga a los espejos para descifrar en ellos el futuro.

—Los cristianos vencen a los turcos en Lepanto —prosigue María de Segovia— el domingo 7 de octubre de 1571 y aún no había transcurrido un año cuando, otro domingo, el 24 de agosto de 1572, durante la noche de San Bartolomé, se mataron entre sí, aquí, en nombre de Cristo.

Interrumpe su discurso y se queda inmóvil ante mí.

—Nuestro siglo se parece a aquél —dice—. Se mata ya en nombre de Dios, de Cristo y de Alá.

Me invita a levantarme y me guía hasta la entrada de la oscura galería, donde puedo oír el sordo rumor del río.

El domingo 24 de agosto de 1572 —cuenta María de Segovia— los hugonotes que se habían refugiado aquí esperaban ganar la orilla, encontrar allí las barcas y huir, escapar de los asesinos que cruzaban las calles, acorralando a los *mal-sentants* de la fe. Hirieron y mataron al almirante Coligny. Había que masacrar a todos los

hugonotes para impedirles la venganza. Por orden del rey y de Catalina, la reina madre, el preboste de los comerciantes había hecho cerrar las puertas de París y amarrar todas las barcas con cadenas.

—Aquí fueron apresados, degollados, descuartizados y ahogados.

Vuelve a sentarse.

—Sólo una mujer, Anne de Buisson, sobrevivió —añade.

Tiende su brazo y me señala un libro.

—Más tarde, Anne contó todo lo vivido. Era hugonote, pero se había convertido. Si París valía una misa, su vida valía más, ¿no cree?

María estira los brazos. La piel bajo las axilas está fláccida y ajada. Es como si, de pronto, su cuerpo envejecido y cansado confesase su culpabilidad.

Sorprende mi mirada, se levanta y se dirige hacia la vitrina sin dejar de hablar.

Me dice que encontró el manuscrito de Anne de Buisson entre los legajos de Bernard de Thorenc.

—¿Fue él quien la salvó? ¿Se amaban?

Me da la espalda, inclinándose hacia el interior del escaparate.

—Hay que escribir su historia —afirma convencida.

Se incorpora y camina hacia mí, llevando en sus manos la cabeza del Cristo de los ojos cerrados.

—¡Vuelven aquellos tiempos! —murmura—. ¡Quieren decapitar de nuevo a Cristo!

Primera Parte

Lepanto es el más clamoroso de los éxitos militares del siglo XVI en el Mediterráneo [...]. Se rompe el sortilegio del poder turco.

FERNAND BRAUDEL

1

Yo, Bernard de Thorenc, doy comienzo al relato de mi vida, implorando la misericordia de Dios.

Tomé ayer esta decisión después de que Vico Montanari, mi viejo compañero, me hubiese anunciado que Felipe II, rey de las Españas, había sido llamado ante el Señor el 13 de septiembre del año 1598.

Estamos a 7 de enero, día del aniversario de mi nacimiento, hace setenta y dos años, porque yo vine al mundo en 1527, el mismo año que Felipe II. Mi padre parecía feliz y orgulloso de esta coincidencia, que me colocaba, según él, bajo los mismos auspicios gloriosos que el hijo del emperador Carlos
V.

Claro que entonces su muerte sellaba también la mía.

Y el hecho de que me hubiesen anunciado la noticia de su muerte en la misma estancia en la que yo había nacido me pareció la señal que Dios, en su infinita bondad, me enviaba. No había querido cogerme por sorpresa, dejándome así el tiempo de prepararme para comparecer ante Él.

Quise conocer, como si me mirase en un espejo, los últimos momentos del rey Felipe II, de los cuales Montanari había sido testigo. Como embajador de la República de Venecia al lado del soberano, supuse que no ignoraba ninguno de los detalles de la agonía del rey.

Pero pareció no oír mis preguntas, aunque por las miradas que me dirigía y por el modo en que apartaba la vista, estaba seguro de que había percibido mi impaciencia y adivinado las razones. La muerte de Felipe II anunciaba la mía, sus sufrimientos prefiguraban los que yo debía afrontar.

Sin embargo, en lugar de atender a mi ansiedad, Montanari se demoró describiendo los obstáculos que había encontrado a lo largo

de su viaje, que había durado más de tres meses.

Inclinado hacia delante, con los pies contra la chimenea y las manos extendidas por encima de las llamas, me explicó que había dejado el palacio de El Escorial el lunes 14 de septiembre y regresado a Barcelona con la intención de embarcar en un navío que lo condujese lo más rápido posible a Venecia. Pero ningún capitán estaba dispuesto a hacerse a la mar sólo para navegar hasta Génova. Todos temían las tempestades de un otoño prematuro y a los piratas berberiscos, siempre al acecho, cualquiera que fuese la estación.

Montanari había tenido que optar por la vía terrestre.

La nieve caída anticipadamente había vuelto el paso de los Pirineos impracticable. Unas lluvias torrenciales le habían obligado a prolongar su estancia en Montpellier y luego en Nîmes. Una fiebre maligna lo había fulminado en Aviñón, donde se vio obligado a permanecer varias semanas en cuarentena, acusado de propagar las miasmas de la peste atlántica, de la que se sabía que asolaba Toledo y Sevilla, Valladolid y Madrid, y a la que se le imputaba la muerte de Felipe II.

Montanari había tenido que huir de la ciudad escapando de una muchedumbre amenazadora que pretendía incendiar el albergue donde se había hospedado.

Débil como estaba, había tenido que caminar lentamente. El tiempo, a lo largo del camino de Aviñón a Apt y Draguignan, era borrascoso, y las noches, glaciales.

Una vez llegado a Grasse, recordó que mi casa se hallaba a unas horas de camino, a lo largo del valle del Siagne, y, a las doce de la mañana del 7 de enero de 1599, llamó a la puerta de la Torre del Castro.

El viento soplaba a ráfagas, doblegando las ramas de los árboles desnudos, arrojando la nieve contra las murallas, llenando las zanjas, aullando como una horda de lobos hambrientos.

Al principio no reconocí la voz grave y la mirada velada de Vico Montanari.

Pronto estreché contra el mío su viejo cuerpo de anciano. Tiritaba de frío, y me conmovió recordar el vigor del joven soldado que, desde el puente de la galera *Marquesa*, había visto conmigo la

flota turca de Alí Bajá surgiendo en la luz gris del alba, sobre aquel mar Jónico todavía negro que el combate pronto iba a teñir de rojo. Volví a encontrarlo en París, como embajador de la Serenísima. Era entonces un hombre en la fuerza de la edad, y durante las jornadas sangrientas de la noche de San Bartolomé me había abierto su puerta.

Pero nos habíamos vuelto viejos.

Mientras los criados lo ayudaban a despojarse de su largo abrigo de piel y de sus botas, murmuró:

—El rey Felipe ha muerto.

Tal vez creyó que no lo había oído porque repitió con voz enérgica:

—¡El rey de nuestra heroica juventud, el hijo del emperador Carlos V, el rey de Lepanto, ha sido llamado ante el Creador!

Reculé como si temiese que la noticia, como si fuese una enfermedad, me alcanzase y fulminase.

En ese instante comprendí que la hora de mi muerte había llegado y que era preciso que me preparase, haciendo una confesión de toda mi vida, para comparecer ante Dios.

Lo invité a seguirme a la capilla y dejamos esta gran sala donde el fuego crepitaba, iluminando con sus altas llamas las paredes de piedra.

Yo había nacido allí, delante de aquella chimenea, rodeado de mi padre, Louis, de mi hermano Guillaume y de mi hermana Isabelle. Me contaron que nuestro confesor, un joven monje dominico llamado Verdini, y el médico Salvus sostenían cada uno una mano de mi madre. La pobrecilla gemía con el rostro cubierto de sudor. Dios no quiso que sobreviviese a mi nacimiento.

Guié a Montanari hasta el altar.

Nos arrodillamos uno al lado del otro, como habíamos hecho en el puente de la *Marquesa*, al amanecer del 7 de octubre de 1571, con los ojos puestos en el crucifijo que coronaba el palo mayor de nuestra galera. Muy cerca de nosotros se hallaban, rezando con el mismo fervor, Benvenuto Terraccini, el veneciano que había esculpido el Cristo en la cruz, y Miguel de Cervantes, el español que temblaba de fiebre pugnando por conservar su lugar entre los soldados para combatir a los infieles.

Cuando los cómitres empezaron a gritar sus órdenes para que los remeros acelerasen la cadencia, nos incorporamos y nos dirigimos a la proa de la *Marquesa*, dispuestos a abordar la primera galera musulmana que se nos pusiese a tiro.

Y quiso el azar que fuese la *Sultana*, la nao capitana de Alí Bajá. El palo mayor de nuestra nave, destrozado por los cañonazos, se había desplomado sobre el puente enemigo y me pareció que mis huesos crujían con él.

Cuando vi a un jenízaro arrancar de un hachazo la cabeza de Cristo, salté a bordo de la *Sultana*, con Terraccini y Montanari a mi espalda.

Estaba, hace casi treinta años, en la batalla de Lepanto.

Oramos en la capilla por el alma del rey Felipe.

Luego, Montanari se acercó al altar y contempló detenidamente la cabeza del Cristo que yo había colocado a la derecha del sagrario, sobre el estandarte de damasco rojo, el que ondeaba en la popa de nuestra *Marquesa*, con la divisa *Tu hoc signo vinces* y las figuras bordadas de Cristo, san Pedro y san Pablo.

Montanari se santiguó y, colocando sus manos sobre mis hombros, me dijo:

—El viaje hasta aquí ha sido largo.

Con esa frase me pareció que se refería también a todos los años transcurridos desde la mañana del 7 de octubre en que nuestra galera, procedente de Lepanto, dobló punta Escrofa y descubrimos los bajeles musulmanes de Alí Bajá ocupando casi toda la extensión del golfo de Patras.

Salimos de la capilla y nos instalamos ante la chimenea de la gran sala.

—¡Felipe II muerto! —exclamé.

Esperaba ansioso a que Montanari me hablase de la agonía del soberano, pero empezó el relato de su largo viaje, y no fue hasta el momento en que las brasas apenas iluminaban la estancia y el frío empezaba a pesar sobre nuestros hombros, cuando murmuró:

—El cuerpo del rey estaba cubierto de abscesos, llagas y sangre, y eso duró cincuenta y tres días.

Escuché a Vico Montanari.

Describía un calvario, sin ahorrarme detalles.

Vi los abscesos, del tamaño de un huevo, creciendo en el pliegue de las rodillas, en la ingle, en el pecho y en el cuello de Felipe. Cerré los ojos cuando el cirujano los atravesó con la punta de su escalpelo.

Vi el cuerpo del soberano hincharse como un odre, mientras sus manos, sus pies y su rostro se desecaban, la piel tan parecida a un viejo pergamino que un movimiento en falso bastaría para desgarrarla.

Pero el hijo de Carlos V, que había reinado sobre Bruselas, Milán y Nápoles, sobre Lisboa y el Nuevo Mundo, no protestaba. Sus carnes cubiertas de pus hervían de gusanos. Para intentar vaciar la podredumbre que se acumulaba en su vientre, tuvieron que perforar el lecho y evacuar así las deyecciones, puesto que su cuerpo, reducido al estado de una llaga purulenta, ya no podía moverse ni ser incorporado.

Había mandado colocar junto a su lecho un ataúd tapizado de satén blanco y exigido que se preparase otro de plomo, en el cual se tendería su cadáver, que no sería sometido a autopsia ni a embalsamamiento.

Lo único que debía disponerse es que le cruzasen los brazos sobre el pecho y que sostuviese en su mano un simple crucifijo de madera, el que había apretado entre sus dedos muertos el emperador Carlos.

En los primeros días de su enfermedad Felipe había ordenado que se abriese el ataúd del emperador para asegurarse de que era así, con los brazos cruzados sobre el pecho, como había sido inhumado su padre.

Yo escuchaba.

Me acordaba del rey de las Españas, erguido en su armadura de remaches de oro. Collares y joyas, fajines y puntillas realzaban el negro metal.

Me había inclinado ante el soberano cuya juventud entonces compartía. De un extremo del mundo al otro combatía por Dios y por la Iglesia.

Había elegido servirlo.

Por él, había luchado contra los moros, los turcos y los herejes.

Alguna vez me atreví a cruzar su mirada, y me percaté del brillo de sus ojos cuando divisaba a una mujer.

El hombre que decidía con una palabra la suerte de pueblos enteros se había convertido en esa carne gangrenada, entregada a la miseria.

¿Qué pecados había cometido para que Dios lo sometiese a semejante tortura?

Interrumpí a Montanari.

Toda mi vida, dije, había defendido el honor de Felipe II, combatiendo a sus enemigos, aun cuando perteneciesen a mi propia familia. Jamás había creído en las acusaciones que lanzaban contra él. Los había obligado a retractarse cada vez que los oía insinuar que Felipe II había sido un hermano incestuoso, que había ordenado el asesinato de su hijo don Carlos y hecho envenenar a su hermano don Juan, nuestro gran general de la mar, que había mandado la flota cristiana en Lepanto y de cuyo valor, entusiasmo y elegante belleza yo había sido testigo privilegiado.

¿Me había equivocado yo creyendo ciegamente y durante tanto tiempo en la virtud del rey?

¿No era tan larga y cruel agonía el castigo infligido por Dios a un culpable?

Montanari me escuchó y luego se levantó. Atizó el fuego, del que saltaron un sinfín de chispas, devolviéndole vida a las brasas repentinamente abrazadas por las pavesas azuladas.

—Dios no ignora nada —susurró—. ¿Pero quién puede conocer Sus intenciones?

Acercó su sillón a la lumbre y se sentó de nuevo.

—Quizá Dios se haya desinteresado de nosotros —prosiguió—, quizá nos ha abandonado a las fuerzas ocultas de la naturaleza. Y para Él, desde que hemos pecado, somos como los gusanos o las ratas. Y aunque seamos galeotes, embajadores o reyes, nuestra vida es tan vana como la suya.

Entrecruzó sus dedos como en una plegaria.

—Hablo como un hereje —añadió—. ¡A cuántos no les rompieron los huesos, los degollaron, les arrancaron la lengua o los quemaron vivos por mucho menos que esto! Pero si Dios nos ignora, ¡qué locura querer dividir a los hombres en *bien* o *mal-sentants* de

la fe!

Acercó sus manos al fuego.

—¿Cómo podría haber imaginado en el puente de la *Marquesa* que un día acabaría pensando esto? —suspiró—. ¿Pero lo pienso en realidad? Soy embajador de la Serenísima República de Venecia. Ejecuto las instrucciones que me dan el dogo y el Gran Consejo. Debo obtener el derecho para nuestras galeras de navegar libremente, para transportar nuestros fustanes, nuestro cuero, nuestro estaño, nuestras armas, las especias, las drogas, el algodón, la pólvora. Eso es lo que cuenta. El resto…

Dio unas palmaditas en mi rodilla.

—El rey de las Españas ha muerto. Y todos los hombres, tú, yo, lo seguiremos un día a la tumba. Dios sólo elige el instante y las circunstancias. Hay que estar preparado.

Tras un breve silencio, Montanari reanudó su relato.

Felipe II había querido reunir en torno a su lecho a sus hijos, la infanta Isabelle y su hijo Felipe, llamado a sucederlo. Los embajadores y grandes del reino habían sido invitados a esta entrevista.

—Yo estaba allí —continuó Montanari—. El olor, pese a los perfumes, era fétido. Teníamos todos un pañuelo pegado a la nariz, por temor a que al pudrirse el cuerpo del rey se expandieran los gérmenes de la muerte. Felipe II tenía el rostro y las manos devorados por las llagas. Con un movimiento de cabeza, llamó a uno de los médicos exigiendo que se descubriese su cuerpo. Fue entonces cuando vimos las hinchazones, la sangre y el pus dibujando aureolas amarillentas en la piel y las sábanas.

El soberano se incorporó como pudo, ayudado por los médicos, y dijo con voz ahogada: «Hijo mío, ved vos, y todos los que representáis a los reyes y los poderes terrenales, lo que queda de las grandezas de este del mundo cuando Dios ha decidido que la hora del juicio ha llegado. Meditad sobre el estado de mi cuerpo. Ved lo que es la muerte cuando se emplea a fondo. No olvidéis jamás esto cuando habléis en nombre de vuestros reyes, y vos, hijo mío, puesto que mañana vais a reinar, recordad adónde lleva el camino de las grandezas, ¡acordaos de mi cuerpo!».

Cayó en el lecho, pero continuó murmurando, y hasta los

últimos instantes, cuando solicitó que acercasen a sus labios el crucifijo que había pertenecido a su padre, no cerró los ojos.

Colocaron en su mano izquierda un cirio bendecido en el convento de Montserrat. La diestra sostenía el crucifijo. Sus ojos no se cerraron hasta el alba, cuando empezó la primera misa cantada.

Así murió el rey de todas las Españas, el domingo 13 de septiembre de 1598.

Montanari se levantó.

Quería partir al día siguiente por la mañana. Debía dar cuenta al dogo y al Gran Consejo de la República del relato de esta agonía e informar acerca de lo que sabía del carácter y de los proyectos del nuevo soberano, Felipe III.

Lo acompañé hasta su cuarto y luego volví a la capilla, donde me arrodillé de nuevo.

Montanari me había dicho que durante varios días Felipe II se había confesado, implorando el perdón de Dios por los pecados cometidos.

Yo tenía que actuar del mismo modo y contar lo que había hecho de mi vida.

Tomé en mis manos la cabeza del Cristo posado en el altar, la llevé a mi cuarto y la coloqué en mi mesa de trabajo.

Y ante el Cristo de los ojos cerrados decidí escribir mi confesión.

2

Os miro, Dios mío.

Cuando descubrí por primera vez vuestro rostro tal como Benvenuto Terraccini lo había esculpido, no pude ocultar mi asombro, mi decepción e incluso mi cólera.

Estaba en el puente de la *Marquesa*, la galera que mandaba un viejo capitán veneciano, Sebastiano Veniero, con el rostro lleno de cicatrices y el cuerpo encorvado. Había combatido a los infieles en Túnez, en Rodas, en Chipre y en Corfú. Se mantenía sobre el castillo de popa, de pie entre los dos fanales, abarcando en un amplio movimiento de su brazo la rada y el puerto de Mesina, donde, apretados unos contra otros, los cascos de los navíos de la Liga Santa empezaban a entrechocar, debido al viento que se había levantado aquel 15 de septiembre de 1571.

Veniero nos había hecho alinear de popa a proa. Éramos más de doscientos soldados y marineros, hombro con hombro, el rostro vuelto hacia el que nos arengaba en una mezcla de veneciano y español. Maldecía con el puño levantado contra los infieles, esos verdugos crueles de los que había que limpiar el cielo y la tierra.

—¡Jamás —exclamó— se han reunido tantos navíos desde los tiempos de Octavio, de Antonio y Cleopatra!

Señaló los mástiles y los estraves, los espolones que prolongaban las proas, toda la madera y el hierro de nuestros navíos que ocultaban la mar.

Había asido los flecos del estandarte de damasco rojo izado en la popa y había repetido: *Tu hoc signo vinces*. «Bajo este signo vencerás».

Nos habíamos arrodillado y habíamos rezado escuchando a Veniero recordándonos que la flota turca estaba invicta. Alí Bajá había reunido al menos ciento ochenta galeras en Lepanto y el combate sería el más grande jamás librado en el mar desde la venida de Cristo.

Nosotros íbamos a decidir la suerte del mundo cristiano.

—¡Con la ayuda de Dios, mataremos a esos perros! —había gritado.

Se había erguido y su voz se había hecho más fuerte poco a poco a medida que contaba los navíos uno por uno señalándolos con el brazo extendido. Designó primero las ciento seis galeras venecianas y las seis enormes galeazas, auténticas fortalezas marinas, armadas también por la Serenísima. Luego saludó las noventa galeras españolas y las doce pontificias, así como aquellos treinta enormes navíos, cuyos cañones romperían los cascos de las galeras infieles.

Cerca de cien mil hombres, entre soldados, marineros y remeros encadenados a sus bancos iban a enfrentarse.

—Hay que ahogar a esas ratas —siguió Veniero.

Deshonraban la tumba de Cristo, habían saqueado Budapest y amenazado Viena. Habían asediado las fortalezas de Corfú y Kotor. Habían conquistado Chipre y masacrado a todos aquellos habitantes que no habían reducido a la esclavitud. Se habían vuelto cada vez más audaces, hasta el punto de perseguir a los navíos cristianos hasta el fondo del Adriático, devastando villas y aldeas costeras, entregándose al pillaje, violando, secuestrando a hombres, mujeres y niños. Y habían martirizado también a decenas de miles de cristianos presos en Argel, Túnez o Constantinopla. Las mujeres eran encerradas en los harenes de sultanes, beys y visires, los niños entregados a los vicios de sus amos, los hombres golpeados, mutilados, desollados vivos, reducidos a la condición de galeotes, torturados a la menor sospecha de rebelión o al primer intento de fuga.

—Nuestros hermanos esperan que rompamos sus cadenas, como el emperador Carlos V hizo con miles de ellos cuando conquistó Túnez.

Veniero había sacudido la cabeza y, cerrando los ojos, dijo muy despacio que él había estado en aquel combate en su lejana juventud.

—Quien no ha visto con sus propios ojos lo que los infieles son capaces de hacer con los cristianos no puede imaginar lo que es el infierno —añadió.

¡Dios mío, yo sí que lo había visto! Por eso quería vencer, por eso

rezaba escuchando a Sebastiano Veniero.

Haciéndolo, me preparaba para morir antes que conocer de nuevo la humillación de la esclavitud, el terror que te paraliza en todo momento, esa tortura del alma más dolorosa todavía que la que soporta el cuerpo.

Veniero se había asido con ambas manos a la balaustrada que rodeaba el castillo de popa de la *Marquesa*. Su silueta negra se afianzó como si tuviese que afrontar una borrasca.

—¡Vergüenza a los que no combaten a nuestro lado! —exclamó—. ¡Que Dios los juzgue por lo que son! ¡Renegados!

¡No me quedó otro remedio que bajar la cabeza, Señor!

El rey de Francia era mi soberano. Mi padre había muerto por él y mi hermano Guillaume lo llamaba Cristianísimo.

Sabía desde mi más tierna infancia, por nuestro confesor el padre Verdini, que habían aceptado todas las misiones que el rey les había confiado.

—Se condenan —no hacía más que repetirme el padre Verdini—. Un monarca no es legítimo, y sólo se le debe obediencia si se pone al servicio de Dios, de la Santa Madre Iglesia y de su cabeza visible, el sumo pontífice. ¡Roguemos por vuestro padre y vuestro hermano, Bernard, imploremos al Señor que los ilumine y les muestre el camino!

Con frecuencia, mi padre y Guillaume se ausentaban de la Torre del Castro durante varios meses, dejándome solo con el padre Verdini, el médico Salvus y mi hermana Isabelle.

A veces, sorprendía las palabras que intercambiaban el médico de almas y el del cuerpo. Según Salvus, mi padre y mi hermano estaban hechizados. El rey y sus hechiceros les habían hecho olvidar sus deberes como cristianos. Estaban ciegos. Colocaban la fidelidad a la corona y al reino por encima de las exigencias de la fe.

Yo expiaría sus pecados sirviendo al rey de las Españas, que defendía a la cristiandad contra los musulmanes, la Justa Fe contra los impíos. Yo, el menor de los Thorenc, debía levantarme contra el monarca que traicionaba su fe conchabándose con infieles y herejes. Tendría que apartarme de los míos, que lo seguían.

Habré de hacer una confesión detallada, Señor, de lo que mi padre, mi hermano y hasta mi hermana Isabelle llamaban mi felonía

y que el padre Verdini denominaba fidelidad a Dios y a la Santa Madre Iglesia.

Más tarde, en Argel, donde fui cautivo de los infieles durante varios años, aprendí a ser primero cristiano antes que súbdito del rey de Francia.

Descubrí que, para los infieles, cualesquiera que fuesen nuestros orígenes, venecianos o españoles, franceses o genoveses, éramos unos miserables cuya vida valía lo que un grano de arena. Vi herejes empalados; a otros, adeptos de la secta luterana, con las orejas y la nariz cortadas como si hubiesen sido buenos cristianos, no *mal-sentants* de la fe.

Los musulmanes sólo preservaban la vida de aquellos de los que esperaban obtener un buen rescate.

¿Será, Señor, el recuerdo de lo que he vivido y aprendido a lo largo de estos años pasados en las prisiones y los bancos de las galeras musulmanas lo que ha hecho que con el tiempo, al final de mi vida, haya tomado partido por la paz entre los cristianos y vuelto así al servicio de mi rey?

Pero el 15 de septiembre de 1571, en Mesina, yo tenía vergüenza de que el capitán Sebastiano Veniero no pudiese señalar, entre la flota de la Liga Santa, una sola galera del Cristianísimo rey. Entre los cien mil hombres que iban a zarpar en nombre de Cristo, no éramos más que unos pocos los venidos del reino de Francia.

Uno de ellos, Enguerrand de Mons, se hallaba a bordo de la *Marquesa*.

Cuando yo me presenté a Sebastiano Veniero, Enguerrand se encontraba a la derecha de nuestro capitán, llevaba la capa blanca con la cruz roja de los caballeros de Malta y le sacaba a Veniero la cabeza y los hombros. Hizo como si no me reconociese, aunque nuestros caminos se habían cruzado en varias ocasiones.

Nos habíamos peleado en las orillas del Siagne, nuestro río. Más aguerrido y ágil que yo, me vapuleaba siempre, tratándome de descreído, de traidor, de hereje, de infiel y de renegado. Me dejaba jadeante, tirado en medio de los juncos tronchados, y luego ganaba

la orilla derecha del Siagne. Allí se extendía, hasta Draguignan, Lorgues y Montauroux, el señorío de los Mons, mientras que nuestras tierras ocupaban la orilla izquierda, desde Andon hasta Saint-Vallier, de Cabris a Grasse.

La morada de los Mons, denominada la Gran Fortaleza, estaba suspendida sobre el río, frente a nuestra Torre del Castro.

Nuestras familias eran rivales, enemigas incluso, y yo no quise ser menos, así que recogí el guante y acepté el desafío, dispuesto también a derribar al miembro de los Mons que la voluntad de Dios había colocado frente a mí: Enguerrand de
Mons.
Tanto mi padre como mi hermano me felicitaban por mi intrepidez.

Mi padre me había contado que los Mons siempre habían traicionado al rey de Francia, buscando protección junto al duque de Saboya, cuyos estados se extendían hasta Var y que reinaba sobre Niza.

Los Thorenc, por el contrario, habían defendido los derechos del rey Cristianísimo, hostigando a los Mons y al duque de Saboya.

—¡El duque y los Mons son partidarios de Carlos V y Felipe II! —se encolerizaba mi padre.

Me contaba cómo había acompañado al rey Francisco a Madrid, donde Carlos V lo mantenía prisionero. Habían tenido que reunir un rescate de un millón doscientos mil escudos de oro para que el emperador liberase al rey de Francia, exigiendo como garantía de pago que le fuesen entregados los hijos de este último.

Esta humillación infligida al rey de Francia jamás podría ser olvidada, repetía mi padre. El rey de las Españas, como los que lo servían y que ya habían sido partidarios de Carlos V, serían siempre nuestros enemigos. Para combatirlos, nos aliaríamos hasta con el diablo si fuese necesario. Y yo había oído a mi padre declarar: «Toda división y cizaña que podamos generar en los Estados de España y entre los aliados de Felipe resultarán ventajosas para el rey de Francia y deberán ser alentadas».

Señor, lo confieso, al principio también yo me sumé a aquella querella, y me embosqué con algunos criados en las veredas del Siagne, acechando a Enguerrand de Mons y a los suyos, hostigándolo, tildándolo de español y de traidor.

Luego, escuché al padre Verdini, y a Salvus, nuestro médico, nuestro mago.

Caminábamos por el bosque que domina la Torre del Castro. El padre Verdini me explicaba en qué es superior la luz divina a la de los reinos y los feudos, en qué se impone a todos y a todo lo creado.

¿Sabía yo acaso que el cristianísimo rey Francisco I —«¡quiera Dios que abra los ojos!»— había enviado varias embajadas a los turcos, concertando una alianza con el sultán para combatir a los monarcas católicos? ¿Me daba cuenta de que actuando así el rey perdía la protección de Dios y se convertía en un descreído y un renegado?

Verdini y Salvus posaban sus manos en mis hombros. Tendría que hacer acopio de valor, decían. No dudaban de que yo daría prueba de ello. Era el que Dios había elegido para salvar el honor de los Thorenc, para arrancar su linaje de ese lodazal adonde habían seguido al rey de Francia.

Verdini se hacía cruces contándome que Louis de Thorenc y Guillaume, mi padre y mi hermano, habían ido a tierras infieles, a Argel y a Constantinopla, con proposiciones de alianza del rey de Francia tendentes a entablar la guerra conjuntamente contra el rey de las Españas, defensor de la Santa Madre Iglesia.

¿Podía yo aceptar esto?

Mi padre y mi hermano habían dejado la Torre del Castro y yo me sentía abandonado. Cuando mi confesor y nuestro médico me propusieron ir a la Gran Fortaleza para sellar la paz con los Mons, los seguí.

Allí me enteré de que Enguerrand de Mons había ganado la isla de Malta para convertirse en uno de los caballeros de la orden. Envidié su suerte, soñé con imitarlo, y desafié a mi padre, a su vuelta, revelándole que había elegido servir a los que defendían a la Santa Madre Iglesia y la Justa Fe, no a los que se aliaban con los infieles.

Me abofeteó. Me gritó que no sólo era un felón para con mi soberano, sino un traidor a nuestra familia.

Pero yo estaba en la edad en la que no se escuchan las palabras de un padre. Había elegido. Quería expiar, por medio de mis actos, los pecados de mi rey y de mi padre.

No me desvié de este camino, Señor, durante la mayor parte de

mi vida, y hasta hoy no había elegido otro.

Pero siempre por vos, Señor.

El 15 de septiembre de 1571, en Mesina, despejaba de mi alma todas las dudas. Era un soldado de la Liga Santa. Iba a hacerme a la mar para combatir a los infieles. Iba a liberar a los cristianos que sufrían en sus carnes la crueldad de sus amos musulmanes. Yo era uno de los que podían exhibir las cicatrices dejadas por sus torturas.

Ése era mi deber. Y cuando el capitán Veniero repitió: «¡Malditos sean los renegados que profanan el cuerpo de Cristo y son aliados de sus perseguidores e infieles!», no me atreví a mirar a Enguerrand de Mons, que se encontraba a unos pasos de mí. Bajé la cabeza.

En ese momento la voz de Sebastiano Veniero, que enviaba al infierno a todos los felones franceses, incluido el Cristianísimo rey que había rehusado unirse a la Liga Santa, fue ahogada por los cánticos de la procesión que avanzaba por la escollera.

¡Ése fue un efecto de vuestra misericordia, Señor!

Dos soldados españoles y dos marineros venecianos marchaban en cabeza, portando el crucifijo que, antes de zarpar, debíamos izar en lo alto de nuestro palo mayor.

Seguían los monaguillos, entonando salmos; a continuación venían los arcabuceros y, detrás de ellos, la multitud en oración de los habitantes de Mesina.

Yo estaba cerca de la pasarela, y en el momento en que los soldados la franqueaban con la lógica dificultad, elevando el crucifijo y luego inclinándolo para que pudiese pasar entre las jarcias, pude ver vuestro rostro, Señor.

¡Dios mío! Os repito mi asombro, mi decepción y mi cólera. La víspera de la batalla, la más grande, la que por fin debía hacer doblar la rodilla a los musulmanes, habría preferido veros, Señor, en la gloria de la Resurrección, irradiando la alegría de la victoria. Y os veía doliente, lleno de compasión para los que os habían traicionado y atormentado.

Por primera vez dudé, al veros, de la justicia de nuestra guerra, Señor.

¿No la queríais, ya que os hacía sufrir así? ¿Íbamos, una vez

más, a ser vencidos por los hijos del Profeta y a sufrir miles de nosotros, como yo antaño, la cruel ley de los infieles, convertidos en sus esclavos, en el juguete de su crueldad?

Estaba resentido con el joven que se arrodillaba a mi lado y me susurraba que él había esculpido vuestro cuerpo y vuestro rostro, que se llamaba Benvenuto Terraccini y era ciudadano de la Serenísima República de Venecia.

Desahogué contra él mis reproches.

Nuestro Cristo habría debido blandir la espada del castigo y la victoria. Era un Cristo combatiente el que nosotros queríamos como símbolo: *Tu hoc signo vinces…* ¿Podían guiarnos las lágrimas en el combate contra las galeras de Alí Bajá?

Benvenuto Terraccini sólo murmuró que su mano no había sido más que el instrumento, que él había sostenido el cincel, pero la mano había actuado sola, que no había hecho sino obedecer a aquella voluntad que le ordenaba cerrar los ojos del Cristo, surcar de arrugas su rostro, dejar adivinar el surco de las lágrimas, expresar así el sufrimiento y la compasión.

—*Tu hoc signo vinces…* No dudo —añadió— de que este Cristo y su dolor nos conducirán a la victoria. Yo no he venido a llorar, sino a combatir.

Vico Montanari, el veneciano con el que yo compartía el cubículo que, a lo largo del casco, hacia la popa, estaba reservado para los oficiales, se inclinó sobre mí.

—Dios nos ve —dijo—. Quiere nuestra victoria. Él sabe también que la mar se teñirá con la sangre de muchos de los nuestros. Pero compasión no es rendición.

Vico Montanari se había incorporado y contemplaba la flota reunida.

De cada navío se elevaba un canto, una plegaria. Don Juan de Austria, nuestro general de la mar, iba de una galera a otra, saludando a los capitanes, arrodillándose unos instantes al lado de marineros y soldados, prometiendo a los galeotes cristianos la libertad si combatían valerosamente. Estaba dispuesto a desembarazarlos de sus cadenas y, cuando la batalla se hubiese entablado, repartirles hachas, espadas y machetes.

Más tarde, cuando los carpinteros de ribera y los gavieros agarrados a las jarcias clavaban el crucifijo en el extremo del palo

mayor de la *Marquesa*, Vico Montanari habló conmigo largamente.

Era un hombre enjuto, de rostro alargado y huesudo. Sus ojos azules, que parecían taladrar su piel mate, estaban casi ocultos bajo unas pobladas cejas negras. Su voz era seca, sus frases cortas, interrumpidas por largos silencios, como si hubiese dudado en proseguir o hubiese querido que se midiese cada una de las palabras que había pronunciado.

Había empezado presentándose. Llegaba de la corte de Francia, que había abandonado pese a los reproches de Orlandi, embajador de la Serenísima, el consejero más escuchado. Quiso unirse al viejo capitán Veniero, íntimo de su familia, estar a su lado en la batalla. Y, sin embargo, no creía que ésta fuese a provocar la caída del Imperio otomano. Había vivido en numerosas delegaciones venecianas a lo largo del Mediterráneo. Había representado a la República en Constantinopla. Hablaba turco y había leído el Corán.

—Los venecianos somos los únicos cristianos que conocemos verdaderamente a los infieles. No podemos consentir que sigan abusando de nosotros. Los hemos visto vivir y rezar. Sabemos cómo matan y cómo gozan con el sufrimiento de sus víctimas. El rey de Francia, sus cortesanos e incluso sus embajadores al lado del sultán ignoran el placer que experimentan los infieles haciendo el mal. El rey francés imagina que va a servirse de los turcos en la lucha de su reino contra el de España. Se equivoca. Los infieles lo llevarán como un caballo a la doma. Son retorcidos, seguros de sí mismos como nosotros ya no lo somos. Nuestra religión se rompe en dos: papistas contra hugonotes. El imperio cristiano se ha desmembrado en naciones rivales. La religión de los infieles es un bloque sin fisuras. Forman una piña. De Persia a Budapest, de Argel a Chipre, de Kotor a Jerusalén, el sultán Selim II reina sin discusión sobre sus súbditos. Y los hace degollar o empalar si se rebelan.

Montanari esperó a que cesasen las aclamaciones de los soldados y de los marineros vitoreando la agilidad de los carpinteros y de los gavieros que se dejaban ahora deslizar a lo largo de las jarcias, una vez que acabaron el trabajo, y el crucifijo quedó sólidamente amarrado.

—Quieren ser los amos —prosiguió Montanari—. Quieren echarnos del mundo como nos echaron de Jerusalén. Y nosotros lo consentimos. Han conquistado Chipre. Han llegado hasta Viena.

Están ya en Valona, en Durazzo, en Scutari, en Castelnuovo. Sus navíos cruzan ante la laguna y nos desafían. Tienen espías por todas partes.

Se inclinó, murmurando que eran pocos los que se habían enterado de que los arsenales y astilleros de la República habían sido destruidos, hacía unos meses, en septiembre, por explosiones e incendios.

—¡Quien puede comprar hombres o quien los aterroriza encuentra en todas partes aliados, cómplices, mercenarios!

Durante un momento, escuchó los cánticos. Los tambores y trompetas daban la señal de zarpar.

—La guerra con ellos no se acabará nunca —continuó—, aunque dentro de unos días obtengamos la victoria y dispersemos la flota de Alí Bajá. Los venecianos hemos intentado mil veces firmar con ellos la paz del comercio. Yo mismo he pagado los rescates que exigían, satisfecho las demandas que nos imponían. He negociado tratados, treguas… Hemos vendido nuestras telas y comprado su seda y sus especias. Por más que me he sometido a sus reglas y respetado nuestros acuerdos, ellos han acabado traicionando siempre sus promesas. Quieren convertirnos en sus esclavos. Para ellos somos tan viles como el polvo, nos consideran unos réprobos, condenados al infierno. Eso es lo que escriben y dicen de nosotros.

Se giró mirando a popa. Tras doblar la escollera de Mesina, las primeras galeras afrontaban ya el oleaje.

—Así pues —añadió Montanari—, ésta será una guerra sin fin.

Cruzó los dedos de las manos llevándolas a la altura de su rostro.

—Estamos ligados a ellos como el Bien y el Mal, como el cuerpo monstruoso de esos niños que nacen unidos por un miembro el uno al otro. Hasta el Juicio Final nuestro futuro tendrá el color de la sangre.

Miró el crucifijo y el mástil, que oscilaban por efecto del balanceo.

—Dios lo sabe —murmuró.

3

¡Cuánta razón tenía Vico Montanari, Señor!

A lo largo de mi vida he visto correr la sangre de los hombres y, vos sois testigo, yo mismo la he derramado.

¡Cuántas veces me he dejado llevar por la ira y reventado los cuerpos enemigos a golpe de daga y espada!

He ordenado a los arcabuceros a mi mando abrir fuego apuntando al pecho y rostro de herejes e infieles.

Y cuando el domingo 7 de octubre de 1571, al final de la mañana, salté sobre la *Sultana*, la galera capitana de Alí Bajá, lo hice gritando que no había que dar cuartel.

Jamás he visto a los infieles rehusar el placer de infligir sufrimientos a uno de los nuestros.

Durante los cinco años que pasé en los calabozos berberiscos de Argel, o encadenado al banco de sus galeras, ¿cuántos cristianos no habré visto desollados vivos, degollados, empalados, descuartizados, para diversión del amo musulmán y entretenimiento de sus invitados o para atemorizar a la cristiana que esa noche había elegido en su harén?

Sólo con acordarme de esas escenas vuelvo a sentir, tantos años después, el cuerpo cubierto de sudor. Y tengo que morderme los labios, Señor, para no gritar de rabia y maldecir no sólo al infiel, nuestro verdugo, sino también a los renegados que se habían coaligado con él, olvidando que éramos millares de cristianos los que sufríamos bajo su ley.

Cuando nuestra vida dependía de la buena voluntad y de los humores de nuestro amo, ¿cómo no iba yo a maldecir a mi padre, mi hermano y mi rey, que acogían a los infieles en nuestros puertos y en nuestra tierra, los honraban y preparaban con ellos el cerco de villas cristianas porque pertenecían al emperador Carlos V, al rey de las Españas o al duque de Saboya?

No sentí, pues, ningún remordimiento cuando, la noche de la batalla de Lepanto, vi flotar centenares de cadáveres de infieles en medio de los remos, de los restos destrozados o de los mástiles rotos por los cañonazos. Por el contrario, experimenté el sentimiento de la misión felizmente alcanzada, del justo deber cumplido.

Iluminada por los incendios que acababan de devorar las galeras musulmanas, la mar era un río de sangre.

Adivinaba, corriendo en medio de las llamas, las siluetas de nuestros soldados, de nuestros marineros, de los forzados cristianos a los que se había liberado de sus cadenas mientras duraban los combates. Se apoderaban de los cofres de los pachás, se envolvían en telas de seda, remataban o arrojaban al mar a los heridos infieles.

De cuando en cuando, por encima del son de las trompetas, de los tambores y atabales, e incluso el crepitar de las últimas arcabuzadas, resonaban clamorosos gritos: «¡La victoria es nuestra!», que lanzaban de una galera a otra los cristianos. Era como un bramido que arrastraba la mar enrojecida.

Yo estaba apoyado en el castillo de popa de la *Marquesa*.

Heridos y muertos giraban a mi alrededor, arrastrados entre los restos de madera.

Sentado a mi lado, Miguel de Cervantes restañaba la sangre que brotaba de su brazo y de su mano izquierda, herida de una descarga de arcabuz.

Con las ropas desgarradas y la armadura abollada, Vico Montanari dormitaba apoyado contra mi espalda.

El rostro señalado con un tajo de Benvenuto Terraccini miraba la cabeza del Cristo que yo había posado en mis rodillas y que sostenía con ambas manos. Repetía que siempre había sabido que su obra nos protegería, que era el signo de la victoria, porque la voluntad divina había guiado su mano al esculpir la talla.

Más lejos, en el puente, entre los cuerpos tumbados, reconocí el de Enguerrand de
Mons.

Al ver las manchas de sangre que oscurecían su capa blanca de caballero de Malta, temí que hubiese sucumbido.

Cerré los ojos y rogué a Dios que me hiciese compañero del

último viaje de Enguerrand de
Mons.

¡Habíamos caminado juntos desde hacía tanto tiempo!

Enguerrand de Mons y yo nos habíamos arañado, mordido, empujado, pegado puñetazos, liado a palos o a cintarazos en los bosques que rodean la Gran Fortaleza de Mons y la Torre del Castro. Luego nuestras familias se habían reconciliado durante unos meses.

El rey Francisco I había hecho un alto en su guerra contra el emperador Carlos V y decidido reconciliarse con la Santa Madre Iglesia y su pontífice, Clemente VII. No comprendí esto hasta más tarde, cuando intenté descubrir por qué, después de haberse odiado tanto, los Mons y los Thorenc cabalgaban juntos el camino que, por Draguignan, lleva hasta Marsella.

Escuchaba. Observaba. Oía al padre Verdini contar cómo los *mal-sentants* de la fe habían desafiado al rey hasta su castillo de Blois, estampando carteles impresos en la mismísima puerta de la habitación del soberano, que pudo leer allí que él, el Cristianísimo, no era más que un hombre que rehusaba la verdad santa, que profesaba, como todos los papistas, los «horribles, grandes e insoportables abusos de la misa papal, inventada directamente contra la santa cena de Jesucristo Nuestro Señor, único mediador y salvador».

Furioso, el rey se había enterado de que los pasquines habían sido repartidos por todas partes y de que en París habían destrozado una estatua de la Virgen en una esquina de la calle du Roi-de-Sicile y de la calle des Juifs y que en otras ciudades del reino los hugonotes, los adeptos de la secta luterana, habían cometido sacrilegios parecidos.

Entonces Francisco I ordenó que se quemase a aquellos sedicentes reformados, que no eran sino auténticos herejes. Y en todas las plazas del reino las llamas de las hogueras empezaron a elevarse, y la carne, a chisporrotear.

El padre Verdini se santiguaba felicitándose. Según él, «Dios había iluminado al rey y a los que lo seguían».

Mi padre y mi hermano habían vuelto a la Torre del Castro. Asistieron a todas las misas que el padre Verdini celebró en nuestra

capilla, escuchando sin pestañear cómo enviaba al infierno a los *mal-sentants* de la fe, pero también a aquéllos —y su voz había vacilado— que se habían entrevistado con los infieles para sellar una alianza impía entre un reino cristiano y los profanadores de la tumba de Cristo.

Luego supe con asombro que íbamos a ponernos en camino hacia Marsella en compañía de los señores y damas de Mons.

Nunca vi al padre Verdini en un estado tal de excitación como cuando me anunció que el papa Clemente VII y el rey Francisco I iban a encontrarse. El papa se dirigía a Marsella con una flota de dieciocho galeras. En una de ellas había instalado a su sobrina Catalina de Médicis, cuyo matrimonio con Enrique, hijo del Cristianísimo, iba a celebrar el sumo pontífice.

El padre Verdini se hartó de repetir que Dios al fin había abierto los ojos del soberano y que así la cristiandad estaría unida, que aquello representaría el fin de los hugonotes, de los *mal-sentants* de la fe; que, en fin, juntos y más fuertes que nunca, los cristianos podrían luchar contra el infiel y expulsarlo de Jerusalén.

A lo largo de este viaje, en una campiña que olía a frutos maduros y a uva pisada, donde a veces vadeábamos riachuelos crecidos por las lluvias de septiembre, cabalgué al lado del coche en el que viajaban las damas de Mons.

Una de ellas era una joven que supuse de mi edad, cuyos rubios cabellos estaban anudados en largas trenzas recogidas en rodetes.

Cuando la vi, di gracias a Dios por haber permitido el nacimiento de una persona cuyo encuentro me proporcionaba la alegría y la emoción más fuertes que jamás hubiese experimentado.

Se llamaba Mathilde y era la hermana de Enguerrand de Mons.

En Marsella, durante la entrada del Papa, que caminaba, precedido del santo sacramento, en medio de aclamaciones de la multitud arrodillada, y luego al día siguiente, cuando el rey y la reina desfilaron a su vez por la ciudad con sus palatinos, y aun después, durante la celebración de los esponsales, yo sólo miré a Mathilde de Mons.

Era algo más joven que Catalina de Médicis, quien, según había oído decir a mi padre y a mi hermano, tenía catorce años.

Ya entonces soñé con solicitar a mi padre que presentase una petición de matrimonio a los
Mons.
E imaginé que Mathilde y yo celebrábamos nuestra unión en la capilla de la Torre del Castro.

Luego, el padre Verdini me explicó, muy nervioso, que las familias Mons y Thorenc se disponían a anunciar el matrimonio de mi hermano Guillaume y Mathilde. Ése fue el primero y tal vez el mayor dolor de mi vida, tan inesperado como una puñalada en la cerviz, cuando la sangre brota a borbotones y el cuerpo no es más que una gárgola que se vacía.

¡Dios mío! En ese momento deseé que la paz que se había establecido entre los Mons y los Thorenc se malograse, aunque para ello fuese necesario que el rey Francisco I se aliase de nuevo con los infieles y mi padre y mi hermano reanudasen sus embajadas con los turcos.

Mi decepción y mi amargura eran tan vivas que todo me parecía preferible al matrimonio de Guillaume con Mathilde de
Mons.

Y como esperaba, jamás llegaron a unirse.

Bastaron unos meses para que la promesa de matrimonio celebrada en Marsella se rompiese.

Ocurrió que Carlos V conquistó Túnez y liberó a miles de cristianos, convirtiéndose con ello en el protector de la cristiandad.

Y a raíz de ello Francisco I pidió a mi padre y a mi hermano que se dirigiesen a Constantinopla para reunirse allí con el sultán.

Me dejaron de nuevo en la Torre del Castro, en compañía de Salvus y del padre Verdini. Yo escuchaba su condena del Cristianísimo rey y de los que lo seguían.

Miraba hacia la otra orilla del Siagne la Gran Fortaleza de los Mons, con la esperanza de que Mathilde me estuviese viendo, quizá esperando.

¿Pero cómo reunirme con ella?

El Siagne, el río que nos separaba, se había convertido en un abismo, un torrente de sangre.

Los ejércitos de Carlos V lo atravesaban, procedentes de Niza,

para ir a combatir a los treinta mil hombres de las tropas reales que los esperaban en un campo fortificado de la llanura del condado.

Así descubrí por primera vez la guerra. Los campesinos se refugiaban en nuestros bosques, huyendo de las aldeas saqueadas por los lansquenetes de Carlos
V.
El padre Verdini temía que la soldadesca llegase hasta la Torre del Castro y le pegase fuego para castigar a los Thorenc por su fidelidad al rey de Francia. Temía también por nuestras vidas y la virtud de mi hermana Isabelle, con mi padre y mi hermano ausentes, por lo que sugirió que nos refugiásemos en la Gran Fortaleza: los lansquenetes nunca la atacarían al ser los Mons protegidos del emperador y del duque de Saboya.

Y además, enfatizaba, que en ella está la Verdadera Fe y los que defienden a la Santa Madre Iglesia.

Me alegré de sus palabras e hice votos para que tuviese el coraje de tomar esa decisión.

Pero, atenazadas por el hambre, las tropas de Carlos V fueron vencidas. Con las entrañas podridas por la enfermedad, se vieron obligadas a replegarse a las tierras del duque de Saboya, y mi padre y mi hermano volvieron de su embajada.

Mi hermana les reveló que yo había aceptado refugiarme en la Gran Fortaleza de los Mons, entregándome así a su cólera.

Yo era un felón, un traidor al rey de Francia y a mi familia.

Comenzó así esa parte de mi vida cuyo broche final fue la batalla de Lepanto.

Abrí los ojos en el puente de la *Marquesa*.

Vi a Enguerrand de Mons levantarse trabajosamente apoyándose en su espada.

Ni para él ni para mí había llegado el momento de presentarnos ante el Creador.

Me incorporé para reunirme con Enguerrand y nos abrazamos.

Sebastiano Veniero vino hacia nosotros.

—¡Qué gran victoria! —exclamó—. Debemos dar gracias a Dios.

Nos santiguamos.

Veniero señaló los cuerpos tendidos en el puente, los cadáveres

chocando contra el casco de la *Marquesa* a los que el movimiento de las olas daba apariencia de vida.

—¡Cuántos gentileshombres de valor muertos! —exclamó—. Pero, más que compasión, siento envidia de ellos. Han muerto en el honor, por su patria y su fe en Jesucristo.

Apreté contra mi pecho la cabeza decapitada del Cristo.

Hoc signo turcos vici.

Bajo este signo había vencido a los turcos.

4

¡Cuánto tiempo había esperado esta victoria sobre los infieles de aquel domingo 7 de octubre de 1571! ¡Vos lo sabéis mejor que nadie, Señor!

La primera vez que os rogué que me concedieseis la gracia de vivir este día de revancha y de gloria fue cuando sentí en la nuca el tacón de la bota del capitán-pachá Dragut.

Tenía dieciséis años. Estaba de rodillas, con las manos y el rostro hundidos en un líquido pegajoso y rojo: la sangre de los hombres.

En torno a mí, en el puente de la galera de la que Dragut acababa de apoderarse, yacían los cuerpos de los cristianos, los marineros españoles con los que yo había combatido, intentando rechazar a los hombres de grandes turbantes que saltaban de los dos navíos entre los que estábamos atenazados como entre las mandíbulas de un torno.

Habíamos sido sepultados bajo un nubarrón aullador de infieles blandiendo picas, puñales, cimitarras y hachas. Yo había visto las cabezas cristianas rodar una tras otra, y el puente cubrirse de sangre.

Acababan de desarmarme con una hábil estocada y pensé que los hombres que me apresaban iban a degollarme, cuando de pronto vi saltar sobre nuestro puente a un hombre cuyo turbante cubría todo su rostro. Pero por su alta estatura, por sus larguísimos brazos, por las sortijas que llevaba en cada uno de sus dedos, por su forma de moverse, tan elástica, con sus largas piernas plegadas, como si siempre estuviese dispuesto a saltar y correr, lo reconocí de inmediato: era Dragut.

Lo había visto unos meses antes, entrando en la gran sala de nuestra Torre del Castro, escoltado por dos hombres armados de cimitarras. En el real, ante el portillo del Castro, se mantenía una decena de hombres, tocados también con sendos turbantes.

Con horror y asombro asistí a los abrazos que se daban Dragut, mi padre y mi hermano.

Dragut había depositado ante ellos unos cuantos cofres que según él estaban llenos de presentes para el gran rey de Francia, el aliado del sultán Suleimán el Magnífico.

Mi padre me había llamado para que me inclinase ante Dragut, capitán-pachá de Argel, emisario del sultán, combatiente valeroso, cuyos navíos, junto con los del rey de Francia, pronto atacarían Niza, la ciudad del duque de Saboya, el aliado de Carlos
V.

Francisco I acababa de lanzar en todo el reino un «grito de guerra» contra el emperador Carlos, quien, según el soberano, so capa de defender a la cristiandad, pretendía imponer su ley a todas las naciones. El rey de Francia no era de la clase de monarcas que se arrodilla. Ocurría lo mismo con el rey de Inglaterra y los príncipes de Alemania, al igual que los nobles y pueblos de los Países Bajos. Según Francisco I, cuyas palabras citaba mi padre, Carlos V sólo era un Habsburgo ambicioso que pretendía hacernos creer que su ejército era una pacífica procesión de fieles y de defensores del Papa. ¿Había olvidado el emperador que sus reitres y sus lansquenetes habían saqueado Roma?

—¡El año mismo de tu nacimiento! —exclamó mi padre.

Yo le había desobedecido. No sólo rehusé saludar a Dragut, sino que mostré con insolencia el desprecio que experimentaba por aquel hombre que él acogía con la camaradería que se profesan los compañeros de armas.

El padre Verdini me había revelado que Dragut era un renegado, uno de tantos cristianos que, prisioneros de los berberiscos, abjuraban de su fe y adoptaban la de sus carceleros, escapando así a la prisión y al banco de las galeras. Eran libres, pero, temiendo que sus amos sospechasen que cualquier día quisiesen volver a su antigua religión, aprovechándose de su libertad para huir, se convertían en los más crueles y perversos de los musulmanes, los más furiosos berberiscos. Combatían con destreza, torturaban con refinamiento. Su celo asombraba a sus propios amos, que pronto les otorgaban confianza, poder, fortuna y, a veces, afecto.

El capitán-pachá Dragut era el más acérrimo de esos renegados.

Nacido en Calabria, los berberiscos lo habían capturado con todos los jóvenes de su pueblo. Las mujeres habían sido violadas y luego degolladas. Aquel día, los infieles no tenían suficientes remeros entre la chusma. Marcaron a Dragut al rojo vivo en su mejilla izquierda como si fuese una bestia más de sus rebaños.

Pero Dragut no era ni una oveja ni un perro; era un hombre-lobo, de ésos a los que jamás se domina y ningún lugar ni jaula puede mantener prisioneros.

Al principio, él se doblegó y aceptó, cabizbajo, humillaciones y sevicias. Obedeció sin rechistar las órdenes de los cómitres de galeras, estremeciéndose apenas cuando las correas de los látigos le azotaban la espalda y la nuca. Su piel se había curtido.

Al cabo de unos meses, uno de los cómitres lo eligió para sustituir a un marinero que había sido arrastrado por el oleaje.

Dragut los dejó maravillados trepando al palo mayor, ágil y sumiso. Probablemente su cuerpo, largo y flexible como un junco, sedujo a uno de los oficiales de la galera. Le permitieron ocultar su marca infamante bajo un largo turbante y, poco a poco, olvidaron que era un prisionero cristiano. Se hizo quemar, con la hoja de una espada al rojo vivo, la marca que lo desfiguraba, de modo que cuando se quitaba el turbante todo el mundo pensaba que había sido herido en el curso de un combate.

Así pues, se había convertido en uno de los más famosos piratas berberiscos, aventurándose en los golfos y bahías, e incluso los puertos de las costas españolas, italianas o provenzales, para atacar los navíos cristianos, saquear, matar o llevarse sus tripulaciones, además de liberar a los remeros musulmanes. No olvidaba nunca ofrecer una parte de su botín y a los más bellos y vigorosos cautivos a los representantes del sultán de Argel.

Después de algunos años, fue nombrado capitán-pachá de la villa, y servía al sultán de emisario con los cristianos, fuesen éstos venecianos o franceses.

Nunca había intentado huir. Residía no lejos del puerto de Argel, en un palacio rodeado de un inmenso jardín que olía a azahar y laurel. Su harén contaba con más de sesenta mujeres, cristianas en su mayoría.

Cuando grité su nombre en el instante en que saltaba a nuestra

galera, levantó su brazo, y las manos de los soldados que apoyaban ya el filo de sus cimitarras contra mi garganta se inmovilizaron.

Dragut se acercó a mí, bajando los párpados, disimulando así su mirada, cuya dura agudeza yo había, sin embargo, percibido entre las pestañas. Los hombres que me agarraban por los brazos quisieron forzarme a que me inclinase ante él. Me resistí diciendo:

—La Torre del Castro, Louis y Guillaume de Thorenc.

Luego, Dragut me miró y, con un gesto, ordenó a los soldados que me obligasen a arrodillarme.

Retorcieron mis muñecas y presionaron mis hombros hasta que mis labios se impregnaron de la suave tibieza de la sangre que inundaba el puente.

El tacón de Dragut se hundió en mi nuca.

—¿Quién eres tú? —preguntó con una voz ronca y despectiva.

Yo no respondí, pese a las patadas que empezó a propinarme, golpeándome la cara y el costado con la punta de su bota.

Estaba dispuesto a morir antes que confesar, entre los muertos que me rodeaban, que era hijo de Louis Thorenc y hermano de Guillaume.

Había roto con ellos.

Había huido de la Torre del Castro en compañía del padre Verdini y de Salvus.

Había oído a mi padre y a mi hermano comentar con Dragut que una flota real reunida en Marsella y en Tolón iba a encontrarse con las cien galeras berberiscas que el sultán había prometido a Francisco I y que Dragut debía conducir hasta Niza a fin de cañonear luego la ciudad.

Comprendí que, desde el momento en que Francisco I lanzó su «grito de guerra» contra Carlos V, lo que menos le importaba era la religión de los que estaban decididos a aliarse con él.

Y mi padre y mi hermano participaban de la misma opinión.

Les traía al pairo que hubiese prisioneros cristianos encadenados en los bancos de las galeras de Dragut, y flagelados hasta desangrarse.

Estaban dispuestos a permitir que los infieles saqueasen una ciudad cristiana, violasen a sus mujeres, degollasen a sus hombres o los redujesen a la esclavitud. Me avergonzaba de llevar el apellido

Thorenc.

Confié a Enguerrand de Mons lo que sabía. Actuando así, yo no tenía el sentimiento de traicionar a los míos ni al rey de Francia, sino, al contrario, el de ser fiel a mi fe y expiar sus culpas.

Mientras hablaba con Enguerrand, observé a su hermana Mathilde, que me escuchaba sentada en la penumbra. Mi voz se hizo más firme.

Hoy, Señor, después de tantas pruebas sufridas, tanta sangre derramada, se me ocurre preguntarme si, en mi resolución de entonces, no primaba el deseo de agradar a Mathilde de Mons.

Sé ahora que las razones que mueven la actuación de los hombres están tan enredadas como los hilos de una madeja.

Pero entonces no pude acercarme a Mathilde.

Apenas tuve tiempo de cruzar su mirada y, turbado por ello, observar luego cómo, en el momento en que su hermano me arrastraba, ella me seguía con los ojos. La emoción me hizo trastabillar y a punto estuve de caer cuan largo soy.

Pero la hora de los intercambios galantes aún no había llegado.

Enguerrand de Mons dio orden de ensillar los caballos.

Había que advertir a los defensores de Niza, me dijo, del ataque que se preparaba contra la ciudad.

Él intentaría acercarse allí por tierra. Pero la empresa era difícil; las tropas de Francisco I habían avanzado hasta las riberas del Var y temía no poder vadear el curso del agua.

Me invitó, pues, a embarcar en una de las galeras españolas que recalaban en las caletas de la costa llamada de los Moros y a tratar de sorprender a los navíos berberiscos cuyas tripulaciones devastaban los pueblos del litoral.

Enguerrand de Mons esperaba que uno de los dos lograse ganar las tierras del ducado de Saboya.

—¡Dios nos proteja! —exclamó en el momento de separarnos.

Yo no llegué nunca a Niza.

Apenas nuestra galera hubo dejado el abrigo de los rojizos peñascos, dos bajeles berberiscos, mucho más rápidos, nos dieron caza.

Imaginé a los galeotes cristianos encorvados sobre los remos, cruelmente azotados, acelerando la cadencia a fin de que los navíos de sus verdugos nos alcanzasen.

No tardaron mucho en hacerlo.

Entonces, los hombres de Dragut saltaron sobre el puente de nuestra galera y empezaron a matar a diestro y siniestro, destrozando cuanto hallaban a su paso.

5

Señor, tuve que esperar a nuestra victoria de Lepanto, el domingo 7 de octubre de 1571, para ver por fin rodar sobre el puente de las galeras las cabezas de los infieles.

Eran como gruesas bolas negruzcas envueltas en trapos blancos que poco a poco se iban tiñendo de rojo.

Miraba ansioso cada vez que una de ellas —todas cercenadas a ras de los hombros— caía a mis pies, con la esperanza de que fuese la del enturbantado Dragut.

No había olvidado el modo en que me había humillado y golpeado, y el horror y el odio que me había inspirado.

Era la encarnación del Mal.

Nada más poner los pies en la galera, Dragut liberó a algunos de los supervivientes de nuestra tripulación de galeotes musulmanes rompiendo sus cadenas.

Aquellos hombres desnudos, de cuerpos famélicos, tenían la piel desgarrada por los latigazos, que, tras meses, e incluso años, los cómitres cristianos les habían infligido.

Se arrojaron como fieras sobre los marineros españoles. No tenían más armas que sus uñas y dientes. Era suficiente para arrancarles los ojos y las orejas, lacerarles el rostro y el vientre y hurgar en sus entrañas. Luego empalaron lo que quedó de aquellos desdichados.

Mientras duró esta carnicería, Dragut mantuvo mi cabeza elevada presionándome el cuello con su cimitarra. No quería que nada escapase a mi visión. Cada vez que cerraba los ojos, rasgaba mi garganta y me propinaba un puntapié, mientras me decía:

—¡Míralos bien, que luego te toca a ti! Pero me tomaré mi tiempo. Ésos —señalaba a los galeotes que se habían desperdigado por la galera entregados al pillaje— no conocen el arte de hacer

sufrir. Yo sí. He aprendido.

Hablaba un francés precario, trufado de palabras árabes y calabresas, pero sus gestos revelaban a las claras el sentido de sus palabras.

Recé para no oírlo, Señor.

Os pedí que me concedieseis la muerte como una bendición, una gracia infinita.

Y, como quedase con vida, creí que me habíais abandonado, o que tal vez queríais que mi sufrimiento redimiese la traición de mi padre y de mi hermano, así como la del rey de Francia, nuestro soberano. Sin embargo, aunque dudase de vos, seguí rezando; era lo único que me impedía gritar de terror mientras los infieles, en torno a mí, se ensañaban con los cuerpos de los que sólo estaban heridos.

De repente, Dragut se inclinó y me miró largamente. Me pareció que dudaba entre degollarme allí mismo o liberarme a aquellos perros rabiosos que rodaban en torno a mí, esperando una señal para despedazarme.

Creí, Señor, que al fin habíais oído mi plegaria y ya no tuve miedo; incluso me incorporé para desafiar a Dragut.

Pero su expresión había cambiado. Esbozó una sonrisa desdeñosa como si al fin me hubiese reconocido. Murmuró «la Torre del Castro» y con una risa sarcástica ordenó que me atasen al banco de la chusma.

Se alejó y, volviendo sobre sus pasos, me abofeteó varias veces, con tanta saña que me dio la impresión de que en el interior de mi cabeza no había más que una masa de dolor.

Me arrastraron a un banco y me encadenaron.

Así se nos perdonó la vida a unos cuantos cristianos, para que remásemos en nuestra galera remolcada por uno de los navíos de Dragut.

¿Adónde íbamos?

Al infierno, pensé, mientras los latigazos llovían sobre mi espalda y mi piel no era más que una insoportable quemadura.

Lloré. Gemí. Tenía apenas dieciséis años.

Os invoqué de nuevo, Señor, para que me enviaseis la muerte, que para mí sería una mensajera benévola y bienvenida.

Clavado a la misma cadena que yo, un oficial español protestaba indignado, acusándome de no ser más que uno de esos petimetres franceses, hombres en apariencia pero mujeres por sus costumbres y cobardía. Luego pareció arrepentirse de sus palabras.

—¡Mientras hay vida, hay esperanza! —me repitió varias veces, con los dientes apretados, en un tono imperativo, tirando del remo con hosquedad y arrastrándome en su movimiento.

Aquel hombre, Diego de Sarmiento, que vos habíais colocado a mi lado, Señor, me arrancó de la desesperación.

Tuve vergüenza por haber dudado de vos, y por haberos pedido lo que no debíais concederme.

Hice caso del español y remé como un condenado.

Me doblé, pegando mi pecho al remo para evitar recibir de lleno los latigazos.

Cada vez que la tira de cuero restallaba, Sarmiento murmuraba:

—¡Agáchate, francés, agáchate!

Yo me mordía los labios hasta llenar mi boca de sangre para no aullar de dolor cuando el látigo alcanzaba mi espalda en carne viva.

—¡Rema! —repetía Sarmiento.

Pero me parecía que mis brazos, mis manos y mis piernas rígidas se rebelaban contra el esfuerzo que yo les pedía, que necesitaba romperlos cada vez para que llevasen a cabo los gestos del remero.

Lograba hacerlo no pensando en otra cosa que en esta tarea, olvidando hasta la sucesión del día y la noche.

En la penumbra del cuchitril donde encerraban a la chusma, no éramos sino bestias uncidas, alimentadas con un puñado de grano, habichuelas y bizcochos plagados de gusanos, abrevados con un cacillo de agua salobre. Nuestros cuerpos estaban cubiertos de costras de sangre seca y de nuestros propios excrementos.

Cuando los cómitres pasaban entre nosotros, se cubrían el rostro con la punta de su turbante, tal era el hedor que despedíamos.

Durante días, quizá semanas, no sentí nada, como si me hubiese vuelto sordo. Mi cabeza estaba ocupada por un zumbido tan fuerte como el tañido de la campana de nuestra capilla cuando trepaba al campanario para ver las gargantas del Siagne y, dominándolas, las cuatro torres de la Gran Fortaleza de los Mons.

Un día, al fin, dejamos de remar y oí el cañoneo. La flota de Dragut atacaba Niza a cañonazos; y las detonaciones espaciadas y lejanas debían de ser la respuesta de la artillería del castillo.

Albergué la esperanza de que Enguerrand de Mons hubiese logrado ganar la ciudad y alertar a la guarnición.

Pero —no sabría decir al cabo de cuánto tiempo— percibí, primero lejanos, luego cada vez más próximos, los gritos desesperados de las mujeres.

—Han tomado la ciudad —murmuró Sarmiento—. Embarcan a las mujeres en sus galeras.

Yo había adquirido ya bastante prudencia y experiencia para no gritar mi rabia.

Me encogí en mi banco, intentando no escuchar las voces que se alejaban, tratando de no imaginar el destino de esas mujeres, de no pensar en Mathilde de
Mons.

Quizá no habría podido callar mucho rato si nos hubiésemos quedado inmóviles, escapando poco a poco de nuestro agotamiento. Pero el silbido del látigo, los aullidos de los cómitres, el choque de las olas contra los costados de la galera se adueñaron de nuevo de mi cabeza.

Volvimos a remar.

Era tiempo de otoño, con sus tempestades.

Los golpes de mar que se metían en la zahúrda de la chusma me arrojaban contra los bancos y el casco. Los eslabones de la cadena desgarraban mis tobillos y muñecas. La sal quemaba mis heridas. La desesperación pudría mi alma.

Envidiaba a las ratas que el agua sacaba de sus escondrijos y corrían libres sobre mi cuerpo.

Si Sarmiento no hubiese estado a mi lado, quizás habría parado de remar, habría dejado que mi cabeza y mi cuerpo se balanceasen a la espera de que los cómitres me rompiesen los riñones y luego me arrojasen por la borda.

Pero Sarmiento me mantenía unido a la vida.

De un codazo me obligaba a enderezarme. Me hablaba. Entendía el árabe. Escuchaba a los cómitres y me contaba lo que había oído.

Aunque Niza había sido conquistada por los infieles, ocupada,

saqueada, y sus mujeres embarcadas a la fuerza en las galeras, el castillo no había sido tomado. Las flotas de Dragut y de Francisco I habían tenido que abandonar la bahía porque el viento se había levantado, amenazando con desviar las galeras contra los arrecifes.

—No lo han logrado —repitió Sarmiento—. ¡Podemos y debemos vencerlos! Con la ayuda de Dios, algún día los aplastaremos.

Supuse que Enguerrand de Mons había participado en los combates, que había sobrevivido y que, de vuelta en la Gran Fortaleza, se había preocupado de mi suerte junto a su hermana Mathilde.

Me erguí y remé, evitando como podía las correas de cuero que restallaban en la chusma.

Sarmiento añadió que muchos cristianos habían logrado huir de las prisiones o navíos berberiscos, y que otros muchos habían sido rescatados por sus familias. Se había encontrado con varios en España. De modo que había que sobrevivir.

Después de varios días de temporal, la galera se deslizaba por una mar en calma en la que los remos se hundían casi sin esfuerzo.

Habíamos entrado en la rada de Tolón. Oímos los pasos de los marineros que corrían por el puente. Los cómitres se llamaban a gritos, riéndose a carcajadas.

Sarmiento escupió:

—¡Tu rey les ha entregado la ciudad!

Se puso a jurar, a maldecir a los franceses, a ese rey que se las daba de Cristianísimo pero que había obligado a los habitantes de Tolón a abandonar su ciudad, a refugiarse en los pueblos vecinos mientras los infieles, sus aliados, se instalaban en la ciudad para pasar el invierno poniendo sus galeras al abrigo de las tempestades.

—Eligió al infiel —añadió—. Ha traicionado su fe y a sus súbditos. ¡Te ha abandonado!

Pero la postración y el desánimo de Sarmiento duraron sólo un momento. Vi cómo se endurecía su rostro. Tiró de un golpe seco de sus cadenas como si hubiese podido romperlas.

—Dios, quizá… —susurró, explicando que la galera estaba anclada apenas a unas brazas de tierra cristiana.

Conocía a los infieles. Dejarían sus bajeles para ocupar las casas

abandonadas por sus propietarios. Vivirían en ellas con sus esclavas y las mujeres que habían embarcado en Niza. La vigilancia se relajaría. No pensaba sino en huir.

Tiró de nuevo de sus cadenas.

Posé mis manos cerca de las suyas, sobre las argollas de hierro. Me miró directamente a los ojos.

—Tú y yo —murmuró.

Después, añadió con una voz más sorda todavía:

—Pero si nos sorprenden y nos cogen, envidiaremos a Cristo por haber sido crucificado solamente.

6

Señor, los infieles no perforaron con clavos mis palmas ni mis tobillos, no me crucificaron como temía Sarmiento, pero hirieron mi alma tan profundamente que el curso de mi vida cambió para siempre desde ese momento.

Ocurrió en Tolón durante el invierno de 1544, poco después de que Sarmiento me hubiese convencido de que teníamos que huir a toda costa, fuesen cuales fuesen los riesgos.

Nuestra galera estaba amarrada a una de las ramblas del puerto.

Los ruidos que llegaban de la ciudad eran nuestra tentación y nuestra tortura. Hasta mí llegaba, como una promesa, el gorgoteo de una fuente que me parecía el canto más dulce y conmovedor que hubiese escuchado desde mi infancia.

Oía el rechinar de las carretas, el martilleo de los cascos de las monturas.

Respiraba el olor de la tierra y soñaba con hacer rodar mi cuerpo por el polvo para secarlo de la humedad salobre que lo pudría desde que me habían amarrado al banco de esta galera.

¡Maldito sea ese día, y ojalá Dragut arda en el infierno!

Lo había visto, unos días antes de nuestra llegada a Tolón, inclinarse hacia la chusma y mirar uno por uno a los galeotes. Me pareció que me buscaba; luego me señaló a uno de sus guardias.

Hundí la cabeza entre los hombros. No quería morir, sino huir.

Cada noche, mientras oíamos los estertores que nuestros compañeros emitían al respirar, sacudidos por las pesadillas que les arrancaban a veces gritos de dolor en su sueño, Sarmiento y yo, como ratas, arañábamos la pieza de madera a la que estaba asegurada la cadena que nos unía.

Sólo teníamos nuestras uñas para arrancar las fibras del tablón contra el que nos heríamos.

A veces, uno de nosotros se acuclillaba en las inmundicias de

aquella sentina, en un intento vano de morder la negra madera.

Apartábamos las ratas que se acercaban a nuestros dedos ensangrentados. Temíamos sus mordeduras.

Luego venía el alba, cada vez más tardía.

Casi a diario los cómitres elegían a alguno de los nuestros para descargar el botín que había sido embarcado en Niza después de la conquista y pillaje de la ciudad.

No volvíamos a verlos. Quizás los habían matado a golpes, o dedicado al servicio de tal o cual infiel, un capitán de galera o un simple cómitre, cualquiera de los que ocupaban una de las mansiones cuyos dueños habían sido expulsados por el rey, el monarca que sin embargo había recibido de Dios la misión de protegerlos y de defender la fe en Cristo.

Sarmiento murmuraba que nuestros compañeros quizá hubiesen logrado huir y alcanzado las aldeas cristianas, pero se expresaba con una voz tan abatida que yo no podía creer en sus palabras.

Sabía como yo que los guardianes se habrían vengado con nosotros en caso de que hubiese tenido éxito una evasión, y, sin embargo, parecían desinteresarse de nuestra suerte, arrojándonos mendrugos de pan y llenando un cubo de un agua que nos parecía tanto más salada y fétida cuanto más oíamos en el muelle la de la cantarina fuente.

De noche, continuábamos con nuestra labor de roer y arañar la madera con las uñas.

Un día los cómitres nos desataron con los últimos galeotes. Con la punta de sus picas y sables nos empujaron hasta el puente, injuriándonos y golpeándonos porque tropezábamos e intentábamos agarrarnos a las jarcias.

Recibí mi ración de golpes, me tambaleé, vacilé y titubeé como un hombre temeroso que no sabe mantenerse en pie ni caminar.

La luz, el aire vivo, los colores de las colinas que rodeaban la ciudad y la visión de los árboles me mareaban.

Me empujaron al muelle y caí de rodillas.

Permanecí allí arrodillado. Levanté los ojos y descubrí las casitas bajas de tejados de teja y fachadas de blanco o amarillo.

Aquella tierra y aquel pueblo eran cristianos.

Luego escuché los gritos ásperos, las voces guturales, y vi a aquellos hombres de turbante, seguidos por sus esclavos, con los tobillos atados, caminando por los muelles, internándose en las callejuelas, interpelándose de una ventana a otra, charlando en el umbral de las casas.

No, esta tierra, este pueblo, ya no eran cristianos.

Habían sido entregados a los infieles por mi soberano, el rey Cristianísimo, y mi padre y mi hermano eran cómplices de aquella felonía.

Según ellos, se trataba de defender el reino de Francia, amenazado por el emperador Carlos V, que pretendía establecer en el mundo su monarquía universal y enmascaraba sus ambiciones bajo los fingimientos de la fe.

Era lo que mi padre me había dicho.

Pero yo estaba de rodillas en el suelo de una villa entregada a los infieles.

Llovían golpes y cintarazos sobre mi espalda. Me golpeaban con las empuñaduras de sus sables. Me aguijoneaban las piernas como se hace con un animal para que se enderece.

Me levanté, y me separaron de mis compañeros.

Los vi alejarse, atados unos a otros, como una cuerda de presos. Sarmiento caminaba el último. Era el más alto y mantenía su cuerpo erguido, noble en sus harapos.

Se volvió hacia mí y gritó:

—¡Dios te proteja, hermano!

El guardia que lo seguía le asestó un golpe en los hombros, pero él no bajó la cabeza y continuó mirándome.

Antes de desaparecer por una de las callejuelas, gritó nuevamente, en su lengua:

—¡Esperanza!

Vi cómo el guardia levantaba su pica contra él y sentí que era mi alma la que perforaba.

Durante unos instantes la desesperación me cegó y paralizó al mismo tiempo. No pude avanzar, pese a los empujones, los golpes y los gritos del hombre que me custodiaba.

Luego tiró de la cadena que me ligaba las muñecas y los tobillos y me obligó a trotar, saltando como un animal atado a una correa.

Sentí vergüenza.

Íbamos entre una multitud de infieles que llenaba las calles. La mayor parte me ignoraba, pero unos cuantos se burlaban, escupiéndome a la cara, empujándome con desprecio, haciéndome tropezar y riendo a carcajadas cuando me caía al suelo.

Me sentí tentado de no levantarme. Mi guardián habría tenido entonces que arrastrarme o matarme.

Yo quería volver a ser un hombre a toda costa.

—¡Esperanza! —me había gritado Sarmiento.

Me quedé tumbado en el suelo, indiferente a los golpes que recibía de mi guardián. Me golpeaba en la espalda y los muslos, hundiendo en mis pantorrillas la punta de su pica.

De pronto, un anciano se acercó e increpó a mi guardián amenazándole con el puño; la multitud en torno a nosotros se apartó.

El viejo se puso en cuclillas. Llevaba un turbante negro enrollado alrededor de su cuello. Me tendió la mano.

Nuestras miradas se cruzaron y en sus ojos leí compasión, fraternidad y humildad.

Un sollozo se ahogó en mi garganta.

Esperanza, esperanza.

Cogí su mano y la apreté. Me puse de rodillas, luego de pie.

El anciano me acarició el rostro y luego se alejó. Pronto el guardián volvió a golpearme, esta vez con el asta de su pica en mi costado derecho.

Durante mucho tiempo caminamos por ruidosas callejuelas atestadas de gente. En una de ellas, donde se sucedían los puestos de zapateros, sastres, armeros y cambistas, vi detrás de sus mostradores a unos cristianos y un judío de larga túnica amarilla charlando con los infieles.

Intenté cruzar mi mirada con la de aquellos hombres que habían optado por mantener sus negocios en esta villa entregada al enemigo y donde los únicos cristianos que yo había visto hasta ahora eran encadenados, golpeados y humillados como yo.

Aquellos mercaderes se embolsaban su dinero y, por la noche, debían de contar los dinares de la traición.

Como mi padre y mi hermano, como el rey Cristianísimo, debían

de sopesar los beneficios de su alianza con el sultán.

Maldije a todos aquellos felones y renegados.

Y recé, Señor, para que llegase el día de su castigo, ¡y para que me permitieseis ser testigo de ello!

Llegamos a una plaza en el centro de la cual se hallaba un grupo de mujeres cristianas rodeadas de soldados.

Había también una multitud de hombres silenciosos, de rostros tensos, que no les quitaban ojo.

Estaban sentadas en el suelo, apretando entre sus brazos sus piernas replegadas, la frente apoyada en sus rodillas.

Sólo una estaba de pie y me daba la espalda.

Cuando vi su rostro, me inmovilicé pese a los golpes.

Sus cabellos rubios caían sueltos hasta la cintura. Cruzaba los brazos, y parecía no ver a sus guardianes, que iban y venían, amenazando con sus picas a la multitud de hombres que avanzaban y reculaban alternativamente.

Grité desesperado y quise lanzarme hacia Mathilde de Mons.

Un dolor me atravesó la nuca. Un destello cegador se adueñó de mis ojos y mi cabeza, envolviendo al mismo tiempo a Mathilde de Mons.

Caí al suelo.

Cuando volví a abrir los ojos, lo primero que vi fue el azul del cielo. Luego comprendí que estaba tumbado en el suelo de una pieza con el techo pintado de ese color. Apenas podía mover la cabeza. Intenté unir los retazos de mi memoria, pero no supe si aquella altiva mujer que permanecía de pie era Mathilde de Mons o bien había imaginado su presencia en medio de las mujeres cautivas, destinadas al harén.

Quise persuadirme de que Mathilde no podía encontrarse entre las cautivas. Luego, poco a poco, me fui acordando de esas bandas de infieles que, desembarcados de una galera por la noche en cualquier cala, atacaban las aldeas, se deslizaban en los valles, surgían, al cabo de unos días de camino, del mar, sorprendiendo a los campesinos en sus campos, destruyendo sus cosechas, saqueando iglesias, chabolas o castillos.

Luego, con su botín y sus prisioneros a buen recaudo, regresaban al navío que los esperaba para zarpar.

Cabía la posibilidad de que hubiesen remontado la cuenca del Siagne hasta la Gran Fortaleza de los
Mons.
Quizá mi padre y mi hermano les habían indicado los vados, los senderos que les permitirían evitar los puestos de guardia, considerándolo en buena lid: los Thorenc y los Mons eran rivales y enemigos, las treguas entre ellos habían sido siempre breves, destinadas a preparar su próximo enfrentamiento.

Y además, si Francisco I había entregado Tolón a los infieles, ¿por qué Louis de Thorenc no les habría podido facilitar el pillaje de la Gran Fortaleza de los Mons?

Mi alma no albergaba más que amargura y dolor.

Oí pasos, pero, antes de que hubiese podido incorporarme, fui agarrado por los hombros y alzado a pulso.

En el centro de la gran sala, en cuyas paredes adiviné trazos más claros en el oscuro artesonado —los lugares vacíos de dos crucifijos—, descubrí a Dragut.

Alto, delgado, vestido con un jubón y pantalones bombachos negros, destocado, los cabellos cortos, estaba allí plantado como una estaca acerada. Su mejilla izquierda, atravesada por una larga cicatriz rosada, contrastaba con el color cetrino de su rostro.

Avanzó hacia mí. Reconocí su forma elástica de caminar, que daba la impresión de no tocar el suelo.

—Estás vivo porque así lo he querido —me dijo.

Luego, acercándose más, tanto que pude oler el nauseabundo perfume del que debían estar impregnadas sus ropas, añadió con desprecio:

—¡Thorenc hijo! Si no te he degollado todavía es porque vales mil ducados.

Se giró y extendió el brazo mostrando un cofre colocado sobre una mesa.

—Han pagado tu rescate. Debí haber exigido más. Pero… —abrió las manos apartándolas, burlón—, somos aliados del emperador de Francia y los Thorenc sus fieles súbditos. Ellos me acogieron y el sultán los ha recibido.

De pronto, cerró el puño y gritando con voz amenazadora exclamó:

—¿Se puede saber qué diablos hacías en una galera española? ¡Estúpido! Y todo por hacer caso de las mentiras de un monje, que me han dicho que te llena de pájaros la cabeza.

Se puso a recorrer la pieza, inclinado hacia delante, gesticulando con sus largos brazos, arriba y abajo, para acompañar sus frases.

—¡Monjes! ¡Sacerdotes! ¡Los conozco muy bien, como su religión, como tu Dios!

Se detuvo, inclinando la cabeza sobre su hombro, y abriendo los brazos en cruz.

—¡Un Dios vencido, crucificado!

Dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo y continuó:

—Me destinaron al seminario. Pero tu Dios, al que rezaba desde niño, como todos los de mi pueblo, ¿nos protegió acaso? Nuestras casas fueron quemadas, junto con la iglesia, así que pensé: ¡No es el más fuerte! Reconocí al verdadero Dios, Alá, el Único, y a Mahoma, su profeta. Obedecí su palabra. Es mi guía. Yo soy su soldado. Él me protege y sabe recompensarme.

Cruzó los brazos.

—Estoy aquí y si quiero puedo desollarte como un cordero y luego crucificar lo que quede de ti. ¿Qué dices a eso?

Me limité a bajar la cabeza.

—No es tu Dios quien te ha salvado —continuó—. ¡Soy yo! Yo, el hijo del profeta Mahoma, ¡decido venderte a Louis de Thorenc por mil ducados!

Mi respuesta se oyó como un latigazo:

—No conozco a ningún Louis de Thorenc.

7

¿Sois vos, Señor, quien me sugirió las palabras que sellaron mi destino?

No tuve el valor de repetirlas cuando Dragut lo exigió, agarrándome por el cuello y zarandeándome.

Bajé la cabeza para no ver su rostro, para no sucumbir al miedo que me inspiraba, tal era la crueldad que emanaba de él.

—¡Que no conoces a Louis de Thorenc! —repitió.

Me mordí los labios para no gritar: «¡Sí, he mentido! ¡Soy su hijo! ¡Sí, le agradezco que haya pagado mi rescate! ¡Sí, quiero ser libre, dejar este pueblo, no pensar más en aquéllos a quienes abandono aquí: Mathilde de Mons, Diego de Sarmiento y mis hermanos cristianos entregados por el rey, encadenados, golpeados, torturados! Quiero cabalgar hasta los bosques que coronan las cumbres, más allá de la Torre del Castro. Quiero cazar en ellos corzos o jabalíes, vivir lejos de los hombres, dejar a los unos aliarse con los infieles, a los otros combatir. Ya no quiero implicarme en su guerra. No quiero ser desollado, empalado, crucificado. ¡No quiero pudrirme entre las ratas en la penumbra del cuchitril de la chusma!».

¡Dios mío! Tuve que reprimir la tentación de renegar y no hallé la fuerza de resistirme más que en la oración. Llené mi boca y mi cabeza de vos, Padre Nuestro que estás en los cielos, y de María, Madre de todas las gracias.

Dragut me abofeteó, luego cerró sus manos alrededor de mi cuello, con los pulgares apretando tan profundamente mi garganta que tuve la impresión de que iba a hundirlos en ella y arrancarme la cabeza.

Un velo rojo cubrió mis ojos.

Cuando se hubo disipado, yo estaba de rodillas, con las manos atadas a la espalda y un palo atravesado bajo mis brazos. Los dos

hombres que me sostenían por las extremidades me alzaban a veces, cuando veían que mi cuerpo se vencía.

Dragut estaba sentado frente a mí.

—¿Así que quieres quedarte con nosotros? —preguntó.

Hablaba con una voz reposada, los dedos cruzados sobre su pecho.

—Eres un hombre valioso. Tu precio va a aumentar. Ahora son dos mil ducados lo que le pediré a Louis de Thorenc. Y por ese rescate te entregaré tal como estás ahora, atado como una cabra antes de ir al matadero.

Sacudió la cabeza.

—Pero te dejo para después del Ramadán.

Se levantó y se puso a dar vueltas a mi alrededor, agachándose para levantarme la cabeza, tirándome del pelo.

—Quizás quieras reconocer que Alá es el Único y escuchar la voz del Profeta.

Se puso en cuclillas con el rostro muy cerca del mío.

—Eres joven, tienes la piel tersa.

Me acarició la mejilla.

—Yo estuve encadenado siete años al banco de una galera. Mira…

Recorrió con la yema de los dedos su cicatriz.

—Me marcaron como un caballo, como un toro. Yo mismo me apliqué sobre la piel la hoja de un sable al rojo vivo. Me convertí en Dragut el Quemado. ¡Cuando hayas vivido esto, entonces sabrás reconocer el poder de Alá!

Se incorporó y me agarró de nuevo de los cabellos, obligándome a mirarlo.

—Quizá te conviertas en capitán-pachá, como yo. Alá es generoso con los que lo reconocen. Y el sultán vigila a los que se unen a él.

Contesté en un susurro:

—Creo en Jesucristo, Nuestro Señor.

Segunda parte

8

Por haber proclamado mi fe en vos, Dragut ordenó con una inclinación de cabeza que me azotasen, Señor.

Los dos guardas se turnaron para azotarme las piernas y los brazos, que aún tenía atados a la espalda.

Oí el silbido del cuero, y luego el dolor se apoderó de todo mi cuerpo, que se estremecía a cada golpe sin que pudiese hacer nada para evitarlo.

La sangre me nublaba la vista, y la que manaba de la nariz se deslizaba hasta mi boca.

A una orden de Dragut sus esbirros dejaron de golpearme.

Ya no era más que un cuerpo inerte que arrastraron por las calles. Por mucho que los dos guardias elevasen el largo palo que habían insertado bajo mis axilas, pretendiendo así obligarme a caminar, yo era incapaz de tenerme de pie ni de dar un paso.

Me dejaron caer, tirando de mí como se hace con un animal capturado y herido para llevarlo al matadero.

Mis rodillas chocaban contra los adoquines y sentía chorrear la sangre por ellas, desolladas.

Dragut no quiso que muriese.

Incliné la cabeza. El palo me cizallaba los hombros, y tenía la impresión de que mi pecho se abría en canal.

Sin comprender dónde estaba ni cuánto tiempo había transcurrido, adiviné que limpiaban mi rostro y mis heridas.

Sólo vislumbraba a mi alrededor siluetas apenas perceptibles en la penumbra. Oí murmullos.

Por fin, reconocí la voz de Diego de Sarmiento y os di las gracias, Dios mío, por haberle permitido vivir.

Me incorporé.

Había unos cincuenta hombres apretujados unos contra otros en una pieza redonda apenas iluminada por dos angostas saeteras.

Sarmiento estaba sentado a mi lado; su mano acariciaba mi frente.

Se inclinó murmurando a mi oído que los guardias me habían arrojado en esta sala de la fortaleza de Tolón, en la que encerraban tanto a los cristianos rebeldes que habían intentado fugarse y luego enviaban al suplicio, como a los que habían rehusado convertirse en esclavos valiéndose de su condición de gentileshombres, cautivos que, a la espera del rescate pagado por sus familias, debían ser respetados.

—Aquí —me explicó Sarmiento— hay hombres que serán libres y otros a los que empalarán o desollarán vivos.

Me tomó la mano y me la apretó.

—¿Y tú? —preguntó.

Se enfureció al enterarse de que yo había rehusado ser rescatado.

—¡Siempre hay que elegir la libertad! —gritó.

—¿Incluso si para ello has de perder tu honor, abandonar tu fe y convertirte en un renegado?

No respondió, y prefirió contarme lo que había visto.

La ciudad estaba ocupada por decenas de miles de infieles: marineros de la flota de Dragut y jenízaros que vivían allí con sus mujeres. Cada día llegaban carretas de toda la Provenza, por orden del Cristianísimo rey, cargadas de gallinas, cabras, conejos y toda clase de frutas. Había incluso, amarrados en el muelle del puerto o anclados en la rada al lado de las galeras infieles, navíos franceses mandados por un tal Polin, al que Francisco I había nombrado jefe y capitán general del ejército de Levante.

Cada noche, Polin se sentaba a la mesa con Dragut de francachela. Las dos flotas debían hacerse a la mar para ganar Constantinopla.

Sarmiento escupió en el suelo, añadiendo:

—Los franceses dicen Estambul, como los turcos.

Se incorporó, hablando con voz amarga, el cuerpo inclinado hacia delante y los puños apretados.

Los franceses, prosiguió, han olvidado al emperador cristiano Constantino. Ya no son dignos hijos de san Louis el Cruzado. Son tan maléficos como los infieles, peores incluso, porque pretenden seguir siendo católicos al mismo tiempo que traicionan a la

cristiandad. Sólo se preocupan de fortalecer su nación y de favorecer a su rey, y para ello están dispuestos a arrodillarse ante la Sublime Puerta, a besar los pies del sultán, a entregarle nuestras ciudades cristianas o a combatir a su lado como en el sitio de Niza.

Pero el castigo llegaría. El Papa había amenazado con excomulgar a Francisco

I.

¡Ojalá! En cuanto a los turcos…

Sarmiento había oído decir a algunos capitanes berberiscos que el sultán debía conservar Tolón, que un musulmán no estaba ligado por las promesas hechas a un cristiano. Y para un infiel, Francisco I lo era. No había reconocido que Alá es el más grande y Mahoma su profeta. Como un bandido sin fe y sin ley, no se preocupaba más que del interés de su reino. Llegaría un día en que se aliaría al papado y a Carlos V, como ya había hecho en el pasado.

Unos años antes, el Papa había casado en Marsella a una de sus sobrinas, Catalina, con el hijo de Francisco

I.

Este último había acogido en Aigües-Mortes al emperador Carlos V, del que hoy era adversario pero con el que mañana firmaría la paz. Le había abierto las puertas de sus castillos, los de París, después de haberle hecho atravesar toda Francia para conducirle hasta los Países Bajos a fin de que pudiese combatir allí a sus enemigos.

Así pues, había que desconfiar de Francisco

I.

Mandaba levantar hogueras en sus ciudades para quemar a los cristianos que se decían reformados, hugonotes, los mismos que Carlos V perseguía en Gante, Bruselas o

Mons.

Cómplices y rivales: tales eran los dos soberanos.

¿Cómo creer que uno u otro pudiese ser un aliado seguro?

Carlos V, al menos, no había intentado buscar el apoyo de la Sublime Puerta, al contrario que Francisco

I.

Exclusivamente preocupado por sus intereses, era tan retorcido como un veneciano.

Pero entonces, ¿por qué devolverle Tolón, la ciudad de los innumerables jardines, de árboles cargados de naranjas y limones,

cuya rada permitía abrigar de las tempestades a más de doscientos navíos?

Los franceses se habían percatado de las dudas de los turcos. Se decía que les inquietaba la actitud de los infieles y los urgían a prepararse para abandonar la ciudad, conforme a los compromisos adquiridos. Pero Dragut escurría el bulto, exigiendo la liberación de los galeotes musulmanes que se encontraban a bordo de los bajeles franceses.

Polin, ese felón que se jactaba de ser general de un ejército cristiano y se pavoneaba al lado de Dragut, había cumplido su palabra, y cerca de cuatrocientos infieles habían sido desembarcados, acogidos como héroes por una multitud alborozada.

—¡Y nosotros aquí! —murmuró Sarmiento, dando un manotazo en el suelo.

¡Se aseguraba incluso que los franceses habían aceptado pagar cien mil ducados a los infieles para que abandonasen la ciudad!

Durante varias noches se había visto a decenas de hombres rodeados de jenízaros apilar, en grandes paños blancos y rojos, montones de monedas de oro que llevaban a continuación a bordo de sus galeras, bajo la atenta supervisión de Dragut, que cada noche vigilaba el embarque de lo que sólo era un rescate más.

—¡El Cristianísimo rey compra la ciudad que él mismo entregó a los infieles! —añadió Sarmiento con una mueca de asco—. ¡Franceses…!

Sacudió la cabeza, mascullando que me había equivocado de medio a medio al no aceptar la oferta de Dragut. El renegado iba a embolsarse mil ducados y exigiría un nuevo rescate, mucho mayor, cuando yo rogase a mi padre que obtuviese mi libertad, cosa que haría cuando descubriese lo que son los baños de Argel y hubiese pasado varios años amarrado al duro banco de las galeras infieles.

—No cambiaré de parecer —respondí.

Sarmiento murmuró que era más testarudo y orgulloso que un castellano.

Dudé largamente, a la espera de que los demás prisioneros se hubiesen dormido, y sólo entonces le hablé del grupo de mujeres cautivas que había visto en una plaza cercana a la residencia de Dragut. Una de ellas…

Me interrumpió:

—¡Olvida a las mujeres, francés!

9

No seguí el consejo de Diego de Sarmiento.

El recuerdo de Mathilde de Mons, su porte altivo, los cabellos sueltos, de pie en medio de las cautivas, no dejó de atormentarme.

Soñaba con volver a verla.

A veces, intentaba convencerme de que había sido víctima de una ilusión, de lo que no era más que un probable parecido, o bien que Enguerrand de Mons había pagado un rescate y su hermana había recobrado su libertad.

Y, sin embargo, tenía la certeza de que ella estaba aquí, en esta ciudad, quizás muy cerca de mí.

Yo habría querido dejar cada mañana, como la mayor parte de los prisioneros, la sala de la fortaleza donde estábamos encerrados.

Me presentaba a los guardianes cuando al amanecer abrían las puertas y entraban en la sala, propinando patadas y bastonazos a diestro y siniestro entre los cuerpos tumbados que pillaban a su paso, gritando que los perros cristianos debían juntarse y moverse.

Los prisioneros eran empleados durante toda la jornada como mozos de cuerda, alarifes o leñadores. Algunos, Sarmiento entre ellos, figuraban entre la servidumbre de las casas de las que se habían apropiado los capitanes berberiscos.

Yo tendía los puños a los guardias para que me encadenasen y me condujesen al trabajo con los otros y me permitiesen así atravesar la villa, donde quizás podría ver a Mathilde de
Mons.
Pero titubeaba, febril, las piernas hinchadas, la piel lacerada, purulenta.

Los guardianes me empujaban hundiendo sus bastones en mi pecho, y habría caído si Sarmiento no me hubiese agarrado cada vez.

Me llevaba hasta un rincón de la sala cerca de las saeteras y me

envolvía con los harapos que algunos prisioneros abandonaban. Me repetía que debía vivir y rezar para que Dios me diese la fuerza de desearlo.

Yo le suplicaba que se interesase por la suerte de esas mujeres, y luego osaba pronunciar el nombre de una de ellas, Mathilde, la hermana de Enguerrand de Mons, que sin duda había combatido en Niza con los defensores invictos del castillo de la ciudad.

Sarmiento se alejaba sin responderme, y volvía a la cuerda de los prisioneros que los guardianes empujaban fuera de la sala, golpeando a los hombres que se doblaban bajo el látigo, excepto Sarmiento, el único que nunca se doblegaba ni bajaba la cabeza.

A su vuelta, se sentaba a mi lado. Su rostro mostraba a veces las huellas de los golpes recibidos. No se quejaba jamás, confiándome solamente que el capitán Husseyin, que lo tenía empleado, lo trataba de gentilhombre, y le ofrecía incluso pan y fruta que luego compartía conmigo.

Eran pues los guardias quienes lo golpeaban a lo largo del trayecto y en el momento en que los prisioneros entraban en la sala de la fortaleza, tratando de desfigurarlo, porque no soportaban la nobleza de sus rasgos ni su orgullo.

—No me matarán —murmuraba Sarmiento—. Soy un cautivo de talla. Valgo por lo menos quinientos ducados. Dragut les cortaría la cabeza si muriese por sus golpes.

Yo lo escuchaba, impaciente por interrogarlo, pero, antes incluso de que pudiese preguntarle lo que había averiguado acerca de aquellas mujeres, de una de ellas en particular, sacudía la cabeza y repetía:

—Nada, nada.

Una noche se inclinó y examinó mis heridas, que cicatrizaban bien, asegurándome que pronto estaría en pie. Guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—El capitán Husseyin me ha hablado de Dragut el Quemado.

Husseyin despreciaba a este renegado que no había abandonado su fe porque reconociese que Alá era el único Dios y Mahoma su profeta, sino sólo para complacer al capitán de su galera, un hombre que podía librarle de la suerte de la chusma y convertirse

en su protector. Este hombre…

Escuchando a Sarmiento, Dios mío, pensé en las llamas purificadoras de Sodoma y Gomorra.

Porque Sarmiento me hablaba del vicio de sodomía que había unido a Dragut y al capitán de su galera, de esa corrupción del cuerpo y del alma de la que el renegado se había servido para alzarse hasta la cima del poder. Ahora que era capitán-pachá, continuaba corrompiendo, eligiendo entre los esclavos cristianos a los jóvenes de uno y otro sexo que le permitían satisfacer sus deseos.

Sarmiento me advertía así de los peligros con los que me iba a encontrar. Me haría falta resistir no sólo los golpes, sino también la seducción, las tentaciones, el vicio. Muchos jóvenes cristianos sucumbían a ellos y se convertían en objetos de placer, obteniendo el privilegio de vivir al lado de sus amantes. Escapaban así a las galeras y al presidio, al calabozo. Ataviados con ropas de seda, adornados con dijes y sortijas, se sentaban a la mesa de sus amos, con los que compartían sus festines, y, habiendo perdido su honor y su dignidad, se convertían a la religión de Alá.

Corrompidos, desviados, perdidos, se volvían los más crueles verdugos. No soportaban descubrir que algunos cristianos preferían el martirio al vicio. Esos renegados mataban para olvidar que existían otros caminos, otras opciones aparte de la ignominia que ellos habían elegido.

Sarmiento se interrumpió de repente. Pareció dudar, me miró atentamente y luego, bajando la cabeza, me apretó un hombro. Como yo lo interrogase, murmuró que Dragut era un réprobo, que la mayor parte de los infieles lo despreciaban y condenaban. Eran hombres cuya religión había que rechazar, a los que había que combatir para expulsarlos de la tumba de Cristo y de las tierras cristianas, pero de los que se podía esperar que un día sus ojos se abrieran, que reconocieran el misterio de Cristo y la bondad de la Virgen María. Muchos moros se habían convertido en España, e incluso los judíos habían abrazado la religión católica y se habían acogido al seno de la Santa Madre Iglesia.

Pero Dragut no merecía el nombre de hombre. El capitán Husseyin, por su parte, lo rechazaba, diciendo que era aliado de las

potencias del Mal. Un demonio.

—Eres tan joven —añadió Sarmiento—. Desconfía de él. O hará de ti su presa. Jugará contigo. Actúa así con todos los jóvenes cristianos.

Los acosaba, amenazaba con torturarlos; parecía olvidarlos durante un tiempo, pero luego los hacía comparecer de nuevo ante él, obligándolos a asistir a la ejecución de un cristiano o un musulmán.

La muerte del desventurado era siempre lenta. Primero le cortaban la nariz y las orejas. Entre suplicio y suplicio, Dragut se mostraba alegre y dicharachero, al tiempo que acariciaba el rostro y los muslos de los jóvenes; luego llegaba el momento del palo, la atroz agonía.

Entonces el monstruo llevaba hasta su lecho a aquellos cristianos muertos de miedo y les ofrecía elegir entre el vicio o el martirio. Quería que se envileciesen y renegasen, y que, para obtener su gracia, fuesen los primeros en ofrecerse, en adelantarse a sus deseos.

Dragut disfrutaba despreciándolos y a veces los rechazaba, devolviéndolos al calabozo o al banco de la galera, o bien, después de haberlos corrompido, los mandaba liberar para que diesen testimonio entre los cristianos de que nadie se resistía a su vicio y de que él, Dragut el Renegado, tenía sobre todos poder de vida, de muerte y de perdición.

—Dragut puede también encapricharse contigo —concluyó Sarmiento—. Sólo quería que supieses cómo actúa, pues si el capitán Husseyin me ha hablado así de él es para ponernos en guardia.

Se inclinó hacia mí rodeándome los hombros con su brazo y me estrechó contra él.

—Husseyin me habló también de esas mujeres. De una de ellas en particular.

Dragut el Quemado, Dragut el Condenado era también el amo de un harén de sesenta mujeres que incluso el sultán le envidiaba. Ofrecía hasta cien ducados a los capitanes de sus galeras por una joven virgen cristiana. A la vuelta de sus ataques a las poblaciones de Italia, de Provenza o de España, todos le presentaban a las mujeres

que habían capturado.

—Dragut sólo elige rubias —precisó Sarmiento.

Mathilde de Mons había sido embarcada con otras tres mujeres en una de las galeras de Dragut que debía dejar Tolón y partir hacia Argel.

Husseyin le contó a Sarmiento que el capitán-pachá se había negado a liberarla, fuera cual fuese el precio del probable rescate.

Un emisario de Enguerrand de Mons había ofrecido mil ducados, y elevado la suma a dos mil. En vano. Dragut había respondido que se proponía desposar a Mathilde, añadiendo que le concedería un salvoconducto a Enguerrand si éste deseaba asistir a la ceremonia, que se celebraría en Argel, dentro de pocos meses, tan pronto como Mathilde de Mons se hubiese convertido al islam.

¡Dios mío! ¡Por qué me habéis infligido este castigo!

Era como si, en la linde de mi vida, quisieseis someterme a la más dura prueba, a la lid más incierta con el demonio y la desesperación.

Como si, antes de armarme entre vuestros caballeros, me pidieseis que me enfrentase sin armadura, con las manos desnudas, a un enemigo acorazado, con la visera baja, la acerada lanza en ristre, maestro de todas las artimañas, capaz de cualquier trampa.

—Reza por ella —me dijo Sarmiento.

Luego, antes de tumbarse a mi lado, y mientras las ratas, tan numerosas como en la sentina de la galera, corrían sobre nuestros cuerpos y nuestros rostros mordiéndonos las orejas, Sarmiento añadió:

—Estamos todos en manos de Dios. Él sólo exige una cosa, la más difícil: que conservemos nuestra fe en Él. ¡Reza por ella, reza por nosotros!

10

Me arrodillé y recé, Señor.

Necesitaba vuestra presencia.

Diego de Sarmiento se había quedado dormido y yo me sentía abandonado, impotente, en esta sala fétida y ruidosa de la fortaleza de Tolón.

Era parecida al cuchitril de la chusma. Me recordaba lo que había vivido e iba de nuevo a conocer.

Volví a encontrar ese olor a humedad de los cuerpos agotados, de los hombres amontonados; oía sus respiraciones roncas, sus largos suspiros, los chillidos y el corretear de las ratas.

Recé.

Tenía necesidad de vuestra ayuda, Señor, para no entregarme a la desesperación.

Pero no cesaba de imaginar lo que Mathilde de Mons iba a sufrir, entregada a Dragut el Quemado, el Libertino, el Demoníaco. Tenía el poder de humillarla, de violarla, de corromperla, de torturarla, de empalarla, de desollarla viva.

Dejé de rezar.

¿Por qué, Dios mío, entregarla a ese renegado?

Me dejé llevar por la cólera y el deseo de matar.

El alba llegó por fin.

Mis heridas habían cicatrizado. Podía caminar sin tambalearme hasta la puerta que los guardianes acababan de abrir.

¡Que me encadenen, que me lleven a los muelles! Imaginaba que podría huir, ganar la galera en la que se encontraba Mathilde.

Los guardias me apartaron de un empujón.

Vi pasar ante mí la cuerda de prisioneros, Sarmiento entre ellos. Su mirada me repetía que había que vivir y, por tanto, actuar con prudencia. Poco después apareció un jenízaro que gritó mi nombre y, cuando avancé, me mostró la calle.

Salimos de la fortaleza.

El soldado no me había encadenado ni golpeado. Caminaba detrás de mí, indiferente, con su larga pica al hombro.

Os di las gracias, Señor, por los colores recuperados, el ocre de las fachadas, el azul del mar y el cielo.

Os di las gracias por mis piernas de nuevo ágiles, mi paso seguro, mi cuerpo, que había recobrado sus fuerzas.

Al respirar el viento frío, que me lavaba la piel y el alma, experimenté una alegría instintiva.

Entreví al fondo de la bahía los mástiles de las galeras.

Durante un instante soñé con echar a correr, con tratar de huir. Pero habría bastado un solo grito de mi guardián para que los que nos rodeaban se arrojasen sobre mí.

No quería morir bajo sus golpes. Sentía curiosidad por saber adónde me llevaban.

Me sorprendió que el soldado, con un movimiento de su pica, me invitase a subir a la pasarela de una de las galeras y él se sentase en el pretil del muelle, descansando su arma en las pantorrillas e inclinando la cabeza contra su pecho como si esperase quedarse dormido.

Cuando, llegado al puente, oí a los marineros hablar francés, me detuve. Pensé que Dragut había decidido liberarme, y esa idea me enajenó.

¡Libre!

Me agarré a una jarcia para no caer y poco a poco me fui serenando.

¿Qué clase de trampa me había tendido el capitán-pachá? ¿Quería corromperme? ¿Esperaba hacerme capitular, o que, por reconocimiento hacia mi padre, que pagaba mi rescate, claudicara dándole la razón?

Turbado, inquieto, inseguro, no vi al oficial que avanzaba.

¿Era yo Bernard de Thorenc?, me preguntó.

En tal caso, el conde Philippe de Polin, capitán general del ejército de Levante, me esperaba.

Lo seguí hasta el castillo de popa de la galera.

Vi la mueca de asco de Polin.

Retrocedió como si temiese que fuese a tocarlo o rozarlo.

—Vizconde Bernard de Thorenc, ¿verdad? —dijo examinándome.

Incliné la cabeza mientras él giraba en torno a mí.

Se detuvo a unos pasos estudiándome, tras colocar su tabaquera de plata bajo la nariz y hundir con la yema de los dedos unas briznas de tabaco en sus fosas nasales.

Así hacían los oficiales y soldados para no oler los miasmas pútridos de la chusma.

Yo llevaba impregnados los de la sala de la fortaleza en la que había vivido varios días, acostado entre las inmundicias, mordido por las ratas, envuelto en harapos. Notaba contra mi piel la tela áspera de aquellos pingajos sucios y deshilachados. Tenía ganas de rascarme. Me parecía que la miseria hormigueaba en mi barba y mis cabellos desgreñados.

—¿Queréis…? —preguntó Philippe de Polin señalándome una tina llena de agua.

Sin darme tiempo a responder, pidió que me trajesen ropas «dignas de un cristiano», precisó, mientras yo me desnudaba, entraba en aquella agua fresca y me acuclillaba en la bañera, observando al capitán general, que, apoyado en el castillo de popa, me miraba explicándome que, habiéndole pedido mi padre que me encontrase, Dragut no había opuesto obstáculo alguno.

—Ese hombre diabólico es un misterio —añadió—. Yo lo vi, cuando el sitio de Niza, arrojar recién nacidos a los perros rabiosos, y nada ni nadie habría podido impedir que actuase así, y luego, de repente, volverse humano, tener —¡os lo aseguro!— comportamientos de gentilhombre. Retorcido, perverso sin duda, pero fino, hábil, respetuoso de las costumbres…

La voz de Philippe de Polin era melodiosa. Escuchándolo, me dio la impresión de que desplegaba ante mí una pieza de encaje que ahuecaba, hundiendo en ella las manos. Las mangas de su camisa, que cubrían sus muñecas y la parte superior de las palmas de las manos, eran caladas, y una corola de puntilla rodeaba su cuello. Su jubón azul estaba pespunteado con hilos de oro, así como su calzón blanco, que enfundaba en grandes botas de boca ancha a la altura de las pantorrillas.

—¡Ya estáis rebautizado! —dijo, una vez que me hube vestido.

No pude evitar sonreírme debido a la sensación de haber recuperado mi dignidad de hombre: con el cuerpo restregado, el alma parecía más clara y más fuerte.

—Son unos bárbaros —prosiguió Polin, haciéndome entrar en su cabina e invitándome a sentarme enfrente de él.

Me ofreció su tabaquera, pero yo decliné la invitación.

—Sé lo que habéis sufrido —continuó, empujando con la yema del pulgar las hebras de tabaco en su nariz—. Para ellos, los cristianos no son prisioneros, sino esclavos, mejor dicho, perros.

Se levantó. El techo del camarote era tan bajo que se veía obligado a permanecer con la cabeza baja y el cuerpo inclinado hacia delante.

—Mis galeras estaban delante de Niza, en medio de la flota de Dragut. Los vi tomar la ciudad, quemarla, masacrar a sus habitantes, llevarse a las mujeres, pero lo más…

Se interrumpió y, cerrando los ojos, continuó entrecortadamente:

—Jamás podré olvidar a los niños…

Separó los brazos como si tuviese que aceptar esa fatalidad.

—Y esas matanzas, esas torturas y saqueos casi nunca obedecen a otra razón que la del placer que esos infieles experimentan al perpetrarlos.

—¡Pandilla de bárbaros! ¡Hatajo de demonios…! —exclamé.

Repetí lo que me habían contado de Dragut el Quemado, el Libertino, el Renegado.

Evoqué la suerte que le reservaba a Mathilde de Mons y a las mujeres cautivas que había entrevisto en la plaza de Tolón.

Sin poder contenerme, me puse en pie, furioso, gritándole que tanto él, conde Philippe de Polin, como mi padre, el conde Louis de Thorenc, y mi hermano y el Cristianísimo rey de Francia habían firmado un pacto con aquellos demonios, aquellos bárbaros, que los habían ayudado a saquear y destruir Niza, que les habían entregado Tolón y, con ello, quizá les habían permitido apoderarse de Mathilde de
Mons.

—¡Traidores a vuestro Dios! ¡Renegados! —concluí.

Philippe de Polin me escuchó con los brazos cruzados y el desdén reflejado en su rostro.

—Vuestro padre ya me lo había advertido —empezó, mientras a mí de repente me venció la fatiga y me dejé caer en el taburete, ocultando el rostro entre mis manos—. Cuando rechazasteis vuestra libertad, que él acababa de pagar a Dragut, no se sorprendió por vuestra actitud. Es más, aunque no sé si debería decíroslo, incluso me pareció orgulloso de vuestra elección. Pero desesperado también por vuestra ceguera.

Polin se aproximó a mí.

—¿Creéis que no sabe que nuestro propio rey Francisco ignora quiénes son? Turcos, infieles, verdugos de los cristianos, renegados. Nosotros sí que lo sabemos, nosotros, que descendemos de Clodoveo, el primer rey bautizado en Reims, nosotros que somos hijos de San Louis y de Juana. ¿Creéis que fui a Argel y a Constantinopla con vuestro padre y vuestro hermano para acatar y jurar fidelidad, para someterme a la religión de Alá? ¡Bernard de Thorenc, me hacéis hervir la sangre y mereceríais que os colgasen de la antena del mástil! Estamos aquí porque, como católicos, pertenecemos también al reino de Francia, porque debemos fidelidad a nuestro Cristianísimo rey y porque hemos recibido de Dios el mandato de defender y proteger nuestro reino y a sus súbditos, y de no permitir que nadie, ni siquiera el Papa, cercene nuestro territorio y los poderes de nuestro soberano. Soy el primero en rezar a Cristo y a la Virgen María, el primero en respetar a nuestra Santa Madre Iglesia, pero si el Papa se convierte en un César, si se alía como cualquier príncipe italiano con el emperador Carlos V, o con Felipe II, regente de España, en nombre de su padre el emperador, ¡entonces yo debo salvar a mi reino y a mi rey y, si es preciso, elegir aliarme con los bárbaros durante el tiempo necesario para que Carlos V y su hijo comprendan que el reino de Francia no se deja desmembrar ni dictar su ley!

»¡No creeréis que somos los únicos que actuamos así! Vuestro padre y yo nos cruzamos en el palacio de Suleimán el Magnífico, en Constantinopla, con los embajadores de Carlos V y los de la Serenísima República de Venecia. ¡Abrid los ojos, hombre! ¡Sois tan joven que todavía no habéis aprendido a mirar el mundo tal como es! Y no condenéis a vuestro padre ni a vuestro rey por ignorancia y pretensión. Yo soy tan ferviente católico como vos, ¡siempre que el Papa siga siendo obispo de Roma y no trate de gobernar el reino de

Francia! ¡Y siempre que Carlos V no se disfrace de capuchino para defender mejor sus intereses! Quedaos a bordo de esta galera, donde ningún infiel vendrá a buscaros. El capitán-pachá Dragut lo ha prometido. Ha recibido su rescate. Respetará su palabra, no porque sea un hombre leal, sino por su propio interés. A ese renegado cualquier día le da por hacer penitencia y volver a la fe de Cristo. Pues sí, así son los hombres, y nuestro sumo pontífice lo acogerá de buena gana siempre y cuando se confiese y, en señal de arrepentimiento, deposite a sus pies algunos miles de ducados y conduzca a tal o cual puerto del papado hermosas galeazas convenientemente armadas. No mezcléis, joven, vuestra fe con los asuntos de los reinos. Hay que saber ser fiel a Jesucristo y a tu rey. El resto no son más que arreglos, habilidad política.

Salí del camarote y caminé lentamente hasta la pasarela.

Philippe de Polin gritó que había perdido la razón, que el diablo me había cegado, que era un felón a mi rey y a mi padre, puesto que el primer deber de un cristiano era respetar y honrar los poderes legítimos. Y los del rey y el padre existían desde el principio de los tiempos.

Me detuve en la pasarela y observé los navíos amarrados o anclados en la rada. Quizá la galera en la que había sido embarcada Mathilde de Mons había dejado ya Tolón rumbo a Argel.

Vi al jenízaro levantarse y mirar asombrado a Philippe de Polin, que continuaba interpelándome, con un tono de voz cada vez más agudo.

Salté al muelle. El jenízaro vino hacia mí empuñando la pica con ambas manos.

11

Señor, la mañana en que comenzó para mí el viaje al infierno soplaba un viento huracanado que hacía estallar el velamen de las galeras.

Atado de pies y manos, caminé cabizbajo entre los demás cautivos.

Llegados al puerto, la fuerza del viento era tal que nos empujaba hacia las callejuelas; nuestros guardianes empezaron a golpearnos sin miramientos, azotándonos en la nuca, en los hombros, en las piernas, y ordenándonos a voz en grito que nos dirigiésemos hacia las galeras a bordo de las cuales debíamos embarcar.

Levanté la cabeza. Reconocí el bajel del conde Philippe de Polin. Él mismo estaba en la popa, acompañado de sus oficiales. En ese momento, tuve la tentación de gritar, de pedirle ayuda. ¡Yo era Bernard, hijo del conde Louis de Thorenc, tenía derecho a ser libre, puesto que mi rescate de mil ducados había sido pagado!

Quizás abrí la boca, quizá me detuve.

Recibí una lluvia de palos y las correas del látigo me laceraron las mejillas. Cautivos y guardianes me empujaron hacia delante.

Bajé de nuevo la cabeza; me ardía el rostro ensangrentado.

Franqueé la pasarela de una galera.

Hundiéndonos sus picas y garrotes en las costillas, marineros, guardianes y soldados nos empujaron al entrepuente, en la parte superior destinada a la chusma.

El espacio era tan reducido que tuvimos que reptar con codos y rodillas, acurrucándonos los unos contra los otros, con las piernas encogidas y la cabeza hundida entre los hombros.

Empecé a ahogarme en el calor sudoroso y pestilente que subía de la zahúrda de la chusma y de nuestros cuerpos sudorosos.

Cerca de mí, un joven rubio se puso a gemir, luego a llorar, golpeándose cada vez más violentamente la cabeza contra el casco de la nave. Traté de calmarlo, de razonar con él; lo invité a rezar conmigo, pero no escuchaba nada de lo que le decía, sólo chillaba,

debatiéndose, intentando volver al puente.

Supe que iba a morir.

Uno de los cómitres se alzó a nuestro lado y, agarrándolo de los cabellos, tiró de su cabeza hacia atrás, haciendo así hinchar su garganta; hundió su puño en ella y la sangre brotó.

Nuestras vidas valían lo que el rescate que pudiesen conseguir por nosotros o el esfuerzo que fuesen capaces de desplegar sobre el banco de los galeotes, o incluso el gozo que obtenían cuando abusaban de ellas o cuando las torturaban.

No valíamos más nada. Menos que un perro. Infinitamente menos que un cordero.

Recé, Señor, para no gritar, también yo, para no debatirme en vano ni atormentarme por no haber escuchado a Philippe de Polin.

Esa mañana, mientras la chusma empezaba a remar a golpe de látigo, sopesé, Dios mío, en qué medida nos dejabais libres de elegir nuestro destino.

Podíamos estar con Judas o ayudaros a llevar la Cruz. Nuestros actos eran como los eslabones de una cadena, ligados uno al otro, y por ellos seríamos juzgados al final de nuestras vidas.

Pero, Señor, lo que no podía imaginar esa mañana era que mi viaje al infierno duraría siete años.

Quizá si hubiese sabido que me vería sometido durante tanto tiempo a tal cantidad de humillaciones, que iba a ser golpeado y despojado de mi honor de hombre, también yo habría gritado como mi compañero de banco, cuya sangre se había secado en la madera y cuyo cadáver empezaba a ser mordisqueado por las ratas. Los guardias no lo arrojarían por la borda hasta que hubiésemos dejado la rada de Tolón y ganado alta mar, bogando ya hacia Argel.

12

Primero oí los cañonazos, y luego las detonaciones secas de los arcabuces.

Me imaginé que nuestra galera estaba siendo atacada por navíos españoles. Intenté levantarme, escapar al embotamiento en que me había sumido desde que habíamos dejado Tolón.

Primero me había dejado engullir, no ser más que un trozo de carne que el oleaje empujaba contra el casco. De esa forma había logrado contener el pánico, los negros pensamientos, el terror de ser devorado por las ratas, el miedo a perecer ahogado en aquel cuchitril donde estábamos amontonados.

Quise reptar hacia los peldaños que llevaban al puente.

Las ratas que roían la madera impregnada de una mezcla de la sangre del joven cautivo degollado con los vómitos y excrementos de nuestros cuerpos se habían esfumado.

De pronto, por los gritos, los redobles de tambor, los agudos sonidos de las flautas y la algarabía de la multitud, comprendí que habíamos entrado en el puerto de Argel y que saludaban el retorno de las galeras del capitán-pachá Dragut, llenas a rebosar de su botín de esclavos cristianos.

Volví a mi sitio y las ratas regresaron conmigo.

Escuché los gritos de alegría, los estridentes jijeos de bienvenida de las mujeres, las exclamaciones de marineros y soldados que les respondían.

Luego fue el choque del casco contra el muelle, los pasos de una multitud ruidosa y feliz que llegaba en tropel jaleando el nombre de Dragut.

Nosotros permanecíamos silenciosos como animales sumisos que saben que no pueden escapar a su suerte.

Me incliné tratando de distinguir en la penumbra el rostro de Sarmiento. Estaba separado de mí por una decena de cuerpos. Adiviné sus ojos buscando los míos.

Nos miramos largamente.

—¡Jamás, jamás me abandonará la esperanza de recobrar la libertad! —gritó.

Repetí sus palabras con el fervor de una plegaria.

Luego, fuimos arrojados sobre el puente por los cómitres y los soldados y, ya en los muelles, empujados en medio de una muchedumbre que vociferaba, reía, nos escupía y nos amenazaba con sus puños y blandiendo sus armas.

Nos apretamos los unos contra los otros, a semejanza de un rebaño despavorido. Tropezamos. A los que caían, los soldados los molían a palos, entre la algarabía de la multitud.

Recé para mantenerme en pie y seguir caminando.

Lo hice con la cabeza alta, descubriendo los minaretes de tejas vidriadas, los cubos blancos de las casas que parecían encajadas unas en otras y, más allá de las murallas de adobe rojizo, las colinas cubiertas de jardines, en el centro de los cuales adivinaba la cúpula dorada de sus vastas residencias.

Me parecía que esta ciudad era la más grande y populosa que jamás hubiese visto, más extensa incluso que Marsella.

Adiviné, arrancando de los muelles, hundiéndose entre los cubos blancos, el dédalo de callejuelas por donde discurría la multitud como una abigarrada marea ininterrumpida.

Nuestros guardianes apartaban al gentío describiendo largos molinetes con sus picas. Así nos introdujimos en aquel laberinto.

De camino pude ver tiendas de cristianos, sin duda renegados, que nos miraban con indiferencia.

Vi judíos charlando animadamente.

Vi esclavos negros, algunos vestidos con un simple taparrabos, flagelados por los infieles como si no fuesen hombres sino bestias de carga.

Había esclavos cristianos por todas partes, levantando un muro, arrastrando una carreta, pavimentando una calle…

No estaban ni encadenados ni vigilados. Nos arrojaban fruta, se acercaban a nosotros, esquivando los golpes de los guardias, para interrogarnos. ¿Quiénes éramos? ¿De dónde veníamos?

Hablaban castellano, genovés, raramente francés, o bien se expresaban en una lengua hecha de todas ellas, cuyo sentido era capaz de captar gracias a algunas palabras de francés, veneciano o

español mezcladas con los vocablos árabes.

Supe así que nos dirigíamos al mercado de esclavos, donde íbamos a ser vendidos en pública subasta. Las mujeres cautivas habían sido desembarcadas antes que nosotros y su venta ya había comenzado.

Hice auténticos esfuerzos por no imaginar.

Llegamos a una plaza cuadrada. Las azoteas de las casas dibujaban en torno a ella una especie de graderío sobre el cual se aglutinaba una multitud que gritaba y gesticulaba.

Vi a las cautivas de pie, sobre un estrado, en el centro de la plaza, rodeadas por un mar enfurecido de hombres que tendían las manos hacia ellas, que saltaban para verlas mejor.

Algunos de ellos eran admitidos en el estrado. Se acercaban a las mujeres, las miraban, las obligaban a girar sobre sí mismas con los brazos en jarras. Las obligaban a abrir la boca, hundiendo sus dedos entre sus dientes, apartándoles los cabellos.

A veces, una de las mujeres daba un grito, sacudiendo los brazos, retorciendo su cuerpo como una posesa.

Los soldados se acercaban, la abofeteaban y la rociaban de agua, para regocijo de la multitud apiñada en las azoteas.

Cerré los ojos.

No quería ver a Mathilde de Mons expuesta de aquella forma, examinada como una yegua en venta.

¡Recé, Señor, para que vuestro castigo fulminase a aquellos hombres! Hice solemne promesa de combatirlos, de vencerlos y expulsarlos de tierras cristianas.

Sarmiento, yo y algunos otros fuimos separados del resto de los cautivos.

Cuando nos conducían fuera de la plaza, no pude impedir girarme, mirar hacia aquel estrado, imaginar, con lágrimas en los ojos, que la joven en torno a la cual se aglutinaba la codicia de todos aquellos hombres era Mathilde de
Mons.

¡Malhaya a todos ellos, Señor!

Caminamos hacia las colinas y pronto descubrí un gran edificio

rodeado de guardianes: los baños de Argel, el presidio donde Dragut retenía a los cristianos que no estaban en venta a la espera de obtener por ellos cuantiosos rescates.

En este edificio, tal vez unas caballerizas, vivían, algunos de ellos desde hacía muchos años, los cautivos que esperaban que su familia, sus amigos o las órdenes religiosas a las que pertenecían reuniesen los cientos o miles de escudos en que se había valorado su libertad.

Allí nos encerraron.

Uno de aquellos cautivos, de enjuto rostro cercado por un fino collar de barba entrecana, me cogió del brazo, estudiándome con la cabeza inclinada.

—Eres joven —murmuró—. Dragut no te dejará. Le gustan los jóvenes.

Me solté de su brazo. Aquel hombre me insultaba. ¿Acaso creía que yo iba a ceder ante Dragut? ¡Antes me dejaría despellejar vivo!

Sonrió como si hubiese leído mis pensamientos. Con una inclinación, se presentó. Se llamaba Michele Spriano, mercader de Florencia. Había sido capturado cuando viajaba en una galera genovesa de Pisa a Barcelona.

Me invitó a sentarme a su lado, a compartir las frutas que compraba a los guardianes.

—Los hombres pueden ser buenos; seguir siendo humanos sea cual fuere su religión —murmuró.

No me dio opción a responderle.

—Aprende a ver —añadió—. Recuerda el ejemplo de Dante:

Per me si va nella città dolente,
Per me si va nell «eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente.
Lasciate ogni speranza, voi
ch'entrate
.

«Por mí se va a la ciudad doliente
Por mí se va al eternal dolor
Por mí se va a la perdida gente
¡Oh, los que entráis, abandonad toda esperanza!».

Rechacé las frutas que me ofrecía.

Dije, con las palabras de Sarmiento:

—Esperanza.

Michele Spriano me estrechó la mano.

—Eres de buena casta —murmuró.

13

¡Dios mío! Viví encadenado durante siete años.

Sin embargo, mis muñecas y mis tobillos no siempre estuvieron atados. Pude caminar a mi libre albedrío, solo, por las callejuelas de Argel.

Algunos renegados —¡cómo no recordar a Mocenigo el cirujano, a Ramón el armero, al Genovés y al Provenzal!— me abrieron las puertas de sus tenderetes y luego de sus casas.

Vi los umbrosos patios, las mujeres lánguidas. Adiviné los cofres llenos de ducados.

Me aseguraban que una religión vale tanto como la otra. Que aquí en Argel se acababa por olvidar la que se tenía de nacimiento. Judía o cristiana, poco importaba. Bastaba con convertirse, y los musulmanes no obligaban a nadie, a diferencia de los católicos, que perseguían a todos los que, fuesen moros, judíos y ahora hugonotes, no se plegaban a sus reglas. Los musulmanes ni siquiera deseaban que apostatasen, y a menudo obligaban a arrepentirse a bastonazos a los que habían fingido convertirse. Ocurría que el renegado musulmán dejaba de ser un esclavo y tenía los mismos derechos que los más antiguos entre los infieles. Mocenigo, un genovés que había peregrinado a La Meca, era respetado como uno de los hombres más santos de Argel.

Huí de aquellas tentaciones.

Libre era mi paso; pero prisionero, encadenado, mi corazón.

Subí a las murallas. Contemplé la ciudad de las cien mezquitas, escuché las voces de los muecines, que se entremezclaban dibujando largas espirales agudas.

Pude acercarme, más allá de las murallas, a la residencia de Dragut, caminar a lo largo de sus muros, apartando las ramas de laureles y naranjos para tratar de ver el jardín por donde yo imaginaba a Mathilde de Mons paseando en compañía de otras

mujeres del harén.

Michele Spriano me había contado que en Argel era *vox populi* que Dragut ya no buscaba jóvenes esclavos cristianos, que pasaba cerca de los más hermosos sin parecer verlos.

—Te habría elegido —murmuró Spriano—. Dios te ha protegido.

Pues no era posible escapar de las garras de Dragut.

Acudía al presidio acompañado de sus jenízaros. Los cristianos debían arrimarse contra la pared con las manos sobre la cabeza. El capitán-pachá se detenía ante los que le atraían, les acariciaba la mejilla y hacía una seña a sus jenízaros, que los encadenaban de inmediato.

Si el joven cristiano no se plegaba a los deseos de Dragut, si rehusaba o se mostraba reticente, era entregado a los verdugos.

—Temo por ti —insistió Spriano.

Mocenigo, el renegado genovés, nos contó que, según algunos corsarios de la Taifa de los Rais —la corporación de notables—, Dragut había sido hechizado por una cristiana rubia, a la que había desposado y convertido en la primera mujer de su harén, y él, el chacal, la hiena, era con ella como un corderillo.

Tanto Mocenigo como Ramón el armero me propusieron llevarme junto al Cojo, un capitán renegado que haría mi fortuna si lograba seducirlo. Enumeraron todo lo que podría obtener: esclavos negros para servirme, sedas para vestirme, joyas para adornarme… y el derecho de convertirme y vivir como hombre libre en la villa de Argel.

¡Tan bella como Nápoles!, añadía Mocenigo. ¡Y la más libre de costumbres tras las paredes y los tapices!, había precisado Ramón, que incluso sugirió que yo podía convertirme en el protegido del Cojo y organizar mi vuelta al país cristiano si ése era mi absurdo deseo. ¿Pero qué ganaría yo con ello? Para mí, los *reîtres*, los lansquenetes, los mercenarios e inquisidores valían lo mismo que los jenízaros o los verdugos de aquí.

No quise escuchar a Mocenigo ni a Ramón; no eran más que unos renegados, pero, a pesar de todo, me habían inoculado su veneno. Y, a despecho de la amonestación de Spriano y de Sarmiento, volví a rondar por los alrededores de la residencia de

Dragut.

—¡Si te cogen, te degollarán! ¡Te empalarán! —me prevenía Spriano.

No mentía.

Città dolente, repetí en voz baja, citando a Dante cuando, la mañana de nuestra llegada a los baños de Argel, los guardianes, a bastonazos, nos habían hecho salir del edificio para reunirnos en el real.

Estaba rodeado de frondosos árboles tras los cuales entreví las estrechas ventanas de una residencia cuya azotea dominaba la copa de los árboles.

En medio del real —como en la plaza cuadrada del mercado de esclavos— se levantaba un estrado coronado por una horca y varias piezas de madera.

—Cierra los ojos —me dijo Spriano.

Yo los dejé abiertos.

Cada día, durante los siete años de mi estancia en este lugar, un cristiano elegido casi siempre entre los más humildes esclavos, aquéllos cuya muerte no privaba al capitán-pachá de ningún rescate ni reportaba pérdida alguna para él, era torturado en este recinto en nuestra presencia.

Y desde la terraza de la casa, o tras las estrechas ventanas, los infieles asistían al suplicio.

Vi cómo desollaban lentamente a un cristiano, arrancándole la piel a tiras.

Vi cómo golpeaban a otro hasta que su cuerpo no fue más que un muñón de carne que arrojaron a los perros.

Vi colgar a un cristiano y lapidar a otro.

Vi cómo les cortaban la nariz, las orejas, cómo les arrancaban la lengua, y no era más que el primero, el más anodino de los suplicios.

Vi cómo empalaban, hundiendo el palo en las entrañas.

Durante siete años fui testigo de todo el dolor que la voz humana puede expresar.

Y aprendí a mirar lo insoportable, a dejar macerar en mí, día tras día, el odio contra Dragut y contra los infieles, a jurar ante cada

cuerpo martirizado que los perseguiría, que no encontraría la paz hasta haberlos vencido y haber exterminado a Dragut.

El Renegado se sentaba en un gran sillón púrpura colocado frente a la horca. Sus jenízaros lo rodeaban.

Permanecía impasible. Sin embargo, fijándose bien, se podía ver cómo su rostro se contraía de placer cada vez que el torturado emitía un grito o pedía gracia, es decir, imploraba que se acabase su tormento.

En ese momento Dragut mandaba interrumpir el suplicio a fin de que el cristiano recobrase algunas fuerzas y que el sufrimiento que estaba por venir fuese más vivo.

No podía evitar que se le escapase una sonrisa. Observándonos a los esclavos, disfrutaba de nuestro silencio, de nuestra sumisión, de nuestro miedo. Estaba convencido de que, si se lo proponía, habría podido ser el asesino de la humanidad.

Y ordenaba esos suplicios cotidianos para persuadirse de ello, eligiendo a sus víctimas casi siempre al azar.

Uno de nuestros guardianes, Azal, le susurró a Sarmiento con el asco reflejado en su rostro:

—Hace el mal por el placer de hacerlo y por su propensión a la crueldad.

Y, bajando la cabeza, añadió:

—Es un renegado. Mancha nuestra religión como manchó la vuestra. Pero es el capitán-pachá, el amo.

Cuando Dragut dejaba Argel para hacer la guerra del corso al frente de sus galeras, seguían matando y torturando ante su sillón vacío.

Durante aquellos días yo podía salir del presidio. Nuestros guardianes hacían la vista gorda: éramos «cautivos de talla» y no teníamos interés alguno en arriesgarnos a huir, porque nos rescatarían y porque Dragut había dado orden de que no nos matasen.

A veces, sin embargo, algún impaciente, o tal vez sabedor de que nadie desembolsaría por él un rescate, intentaba evadirse.

Ninguno lo consiguió, según me confió Michele Spriano.

Los fugitivos eran perseguidos por los propios campesinos, los

pastores o los pescadores y capturados de nuevo.

La mayor parte ni siquiera llegaban a dejar Argel, traicionados por sus mismos cómplices, a los que habían pagado y que habían jurado ayudarlos. Se trataba casi siempre de renegados, de moros despreciados por los turcos. Pero unos y otros, para ganar algunos ducados, entregaban a los cristianos que se habían confiado a ellos.

¡Pobres de aquellos sobre quienes Dragut ponía de nuevo sus garras!

Los suplicios que les eran infligidos podían durar todo el día. Uno era condenado a dos mil bastonazos. Otro era enterrado hasta los hombros; luego colocaban en torno a su cabeza despojos de carne para atraer a los chacales, las hienas o incluso los perros, que acabarían devorándolo.

El desgraciado no moría hasta el alba, y sus gritos nos helaban la sangre.

Entré en el presidio, cabizbajo, abrumado.

Me acuclillé con los ojos cerrados.

Tapé los oídos con los puños.

Tenía ganas de darme de cabezazos contra la pared.

No ver, no oír, no pensar en nada. No esperar nada.

Lasciate ogni speranza voi ch'entrate

.

Me giré, increpando a Sarmiento:

¿Esperanza?

Había que preguntar lo que pensaba de esta palabra el cristiano, nuestro hermano, cuyo rostro, nuca y hombros acababan de ser despedazados, devorados por los chacales, por las hienas y finalmente por los perros, que, con sus patas, tenían que escarbar en el suelo para desenterrar el cuerpo y no dejar, pegados a los huesos, más que unos jirones de carne sobre los cuales se congregarían miríadas de moscas antes de que las hormigas del tamaño de una uña se propagasen a su vez.

¿Esperanza?

«¡Abandonad toda esperanza los que aquí entráis!».

A veces Sarmiento venía junto a mí y, cogiéndome por el cuello de la camisa, me zarandeaba: ¿ya no tenía confianza en Dios?

Más de una vez, Señor —aunque en mi descargo debo decir que aún era joven y poco aguerrido—, me dejé caer sollozando como un niño en el pecho de Sarmiento. Entonces él me hablaba, tranquilizándome. Dos monjes, de los llamados redentoristas, el padre Gil y el padre Verdini, habían llegado a Argel con el encargo de pagar los rescates de los cautivos de talla. Transportaban con ellos varios miles de ducados.

Me estremecí. Estuve tentado de gritar de alegría.

Estaba seguro de que el padre Verdini había hecho el viaje por mí. Iba a arrancarme de aquel infierno, que se volvía más profundo y más oscuro cada día.

Aguardé su visita con impaciencia, prometiéndoles a Sarmiento y a Spriano que una vez libre reuniría en Italia y en España el dinero necesario para su propio rescate. Fletaría una fragata, con una tripulación segura para llevar a Mathilde de
Mons.
Y mataría a Dragut.

Me embriagué con esas promesas bajo las cuales subyacía mi egoísmo y mis renuncias, mi prisa por dejar Argel.

Luego llegó el padre Verdini, y permanecimos abrazados durante un largo rato.

Lo vi muy envejecido, con su barba gris, el cuerpo encorvado, los gestos lentos, tan desprotegido en medio de los esclavos cristianos, que lo acosaban a preguntas y le suplicaban que no los olvidase. Algunos se arrodillaban y le besaban las manos. ¿Pagaría por ellos? ¿Cuándo volvería? ¿Dónde estaba el padre Juan Gil?

De pronto, mirándome fijamente, Verdini dijo:

—No puedo hacer nada por los súbditos del rey de Francia. El capitán-pachá Dragut no quiere aceptar rescate por ellos. Se ha empeñado en retenerlos aquí, en Argel; quizá tiene la intención de llevarlos a Constantinopla. Confío, eso sí, en lograr que renuncie a ello, pero tendré que pagar para que acepte…

El padre Verdini me tomó de los hombros y me abrazó. Vi sus lágrimas. Repitió:

—No puedo hacer nada.

El rey Francisco I había muerto. El nuevo soberano, Enrique II, y su madre, Catalina de Médicis, habían roto la alianza con la Sublime Puerta y se habían unido al rey de España. Una de las hijas

de la reina Catalina iba a casarse con Felipe. El sultán, molesto por el giro de los acontecimientos, había ordenado al capitán-pachá retener como rehenes a todos los gentileshombres franceses. Profesaba menos resentimiento contra sus enemigos ancestrales, los españoles, que contra esos veleidosos franceses que no sabían elegir, un día dispuestos a cañonear una ciudad cristiana con una flota turca y al día siguiente, católicos fervientes, predicando la cruzada contra los infieles…

Abracé al padre Verdini. Me habló también de mi padre, de mi hermano y de mi hermana Isabelle, quienes —se santiguó al decirlo— habían recibido en la Torre del Castro a los hugonotes como antes habían acogido a los turcos.

—Tú sufres por ellos un calvario, pero Dios te salvará —me dijo.

Sarmiento sí que se iba, su rescate había sido pagado por el hermano Juan Gil. El mismísimo rey de España había desembolsado los mil ducados exigidos por Dragut.

Creí a Sarmiento cuando juró que no nos olvidaría.

¡Esperanza!

Spriano y yo nos sentamos hombro con hombro en nuestro lugar en el presidio.

Lentamente, repitiendo las palabras para que yo pudiese captar el sentido, Spriano empezó a recitar largos pasajes de la *Divina Comedia*, interrumpiéndose para confiarme que imaginaba que Francisco I debía de estar enterrado en una de las diez fosas del octavo círculo del Infierno. Allí se encontraban los cismáticos; allí, Dante y Virgilio habían encontrado a Mahoma y a su yerno Alí, con el cuerpo abierto en canal por un demonio que mutilaba y destripaba a todos los que Dios había condenado a sufrir en esa fosa. Y su suplicio no tenía fin. Los condenados pasaban una y otra vez ante el demonio que los torturaba.

—Francisco I, como Mahoma —repitió Spriano.

Aunque, pensándolo bien, tal vez Francisco I había sido colocado en el corazón del reino de Lucifer, en el último círculo, al lado de Judas, de Bruto y de Casio, los mayores felones de todos los tiempos, los que habían traicionado a Cristo y a César, respectivamente.

Yo escuchaba. La voz de Spriano me calmaba. La poesía de Dante me enardecía.

Aceptaba, Señor, vivir el Infierno en esta tierra para conocer el Paraíso, la Alegría y la Paz eterna.

Estaba dispuesto al martirio para ser salvado.

14

Una noche —habían transcurrido meses, quizás incluso varios años desde la visita del padre Verdini y la partida de Sarmiento—, caminaba como tantas otras veces junto al muro que rodeaba los jardines y la residencia de Dragut y me resolví a saltarlo.

Sabía que el capitán-pachá había dejado Argel al mando de sus galeras. Su sillón púrpura, frente a la horca, en el patio del presidio, permanecía vacío, rodeado de jenízaros. Los verdugos torturaban cada día, pero sin la imaginación, el derroche de crueldad ni la perversidad de que hacían gala cuando su jefe asistía al suplicio. Allí, en su ausencia, parecían despachar su trabajo lo más rápido posible, degollando de un solo tajo al infeliz condenado; mientras que en su presencia, para satisfacer a Dragut, solían acuchillarle demoradamente el cuello, dejando la garganta durante largo rato abierta para que la sangre y los estertores brotasen al unísono.

Y Dragut, cuando la muerte no sobrevenía sino después de una interminable sucesión de sufrimientos, les lanzaba monedas de oro que rodaban por la sangre derramada.

Como decía, el capitán-pachá había zarpado.

Los renegados Mocenigo y Ramón me habían informado de que esta campaña del corso sería larga; quizá incluso se meterían en el invierno, y Dragut se vería obligado a refugiarse en los golfos y bahías de las islas jónicas, resurgiendo entre dos tempestades para atacar los navíos venecianos o genoveses, caer sobre los enclaves de la Serenísima o bien, bordeando la costa, entregarse al pillaje en todos los pueblos de una punta a otra del Mediterráneo.

Mocenigo y Ramón pensaban que Dragut pretendía, por medio de estos ataques relámpago —amasando un inmenso botín y llevándose a miles de cristianos—, obtener del sultán no sólo el mando de Argel, sino el de Túnez, y quizá recibir el derecho de apropiarse de todas las tierras hasta el presidio español de Orán.

Tal vez, incluso, esperaba Dragut que el sultán lo llamase con él a Constantinopla, como uno de sus visires, la mayor parte de los

cuales eran, como Dragut, renegados o hijos de renegados, casi todos ellos niños cristianos arrebatados de sus pueblos griegos, calabreses o sicilianos y convertidos en feroces musulmanes, devotos servidores del sultán, artífices de la política de la Sublime Puerta.

Escuchando a Mocenigo y a Ramón, tuve la impresión de que mi boca se secaba, de que mis ojos se velaban.

Cada día, desde mi llegada a Argel, soñaba con saltar el muro de la residencia de Dragut para ver a Mathilde de Mons y convencerla de que me siguiese. Y buena parte de mis noches me las pasaba trazando planes de evasión.

Pero si ella dejaba Argel para seguir a Dragut a Constantinopla, ¿qué sueño me quedaría a mí?

Sería uno de esos condenados hundidos en un pantano helado en el último círculo del Infierno, cuyas lágrimas se hielan nada más brotar.

Pertenecería a la «gente perdida», entregada a Lucifer, hundida en el centro de la Tierra.

¡Demasiado, Señor, para mis pecados! ¡Demasiado!

Decidí saltar el muro.

Conocía una por una todas sus piedras.

Lo había recorrido docenas de veces, desde los peñascos del río donde comenzaba hasta la colina por la que serpenteaba.

Pero nunca había podido —u osado— escalarlo.

Spriano me había suplicado que no lo intentase. Mi muerte, si me cogían, sería más atroz que la del hombre que habían enterrado hasta los hombros. ¿Ya no me acordaba de sus gritos? ¿Del terror que nos había atenazado a todos durante varios días?

Hice caso a Spriano.

Hasta que un día, Dragut, pasando entre nosotros con su guardia de jenízaros, se detuvo ante mí e, inclinando un poco la cabeza para calibrarme, murmuró:

—Bernard de Thorenc se ha olvidado de la chusma…

Cuando me encadenaron a mi banco, en la galera a la que me habían llevado, pensé que no volvería a ver a Mathilde de Mons, ni

a Spriano, ni a Sarmiento, que mi cuerpo, después de sufrir quebranto, sería arrojado por la borda.

Pero no fue así. Ahora ya sabía tomar aliento entre dos paladas del remo. Había aprendido a vivir con los hombres y las ratas. Mi piel y mi alma se habían curtido.

Por lo tanto, sobreviví. Volví a Argel con los gritos de las mujeres raptadas, de los hombres masacrados en los pueblos que Dragut había atacado, asolado e incendiado resonando en mi cabeza.

Aquel hombre tenía que ser devorado por Lucifer o sufrir la suerte del Profeta por él elegido, ese Mahoma condenado en el Infierno a ser acuchillado una y otra vez.

Spriano y yo rogamos a Dios que ese castigo le fuese reservado, y luego dimos gracias a Nuestro Señor y a la Virgen María por haber permitido nuestro reencuentro.

La amistad, la oración y los versos de Dante me permitieron, tanto como el pan y el agua, vivir y mantener la llama de la esperanza.

Como decía, volví a recorrer el muro, imaginando a Mathilde de Mons encerrada en el palacio de Dragut, cuya blanca fachada, su cúpula dorada y sus mosaicos azules adivinaba tras las ramas de los naranjos.

A veces —y entonces me detenía, presa de la duda— razonaba en el tiempo que había pasado —quizá varios años— y en que Mathilde no era ya la joven que había visto en Marsella, luego en la Torre del Castro, o entrevisto en aquella plaza de Tolón, con los cabellos sueltos, tan orgullosa.

La angustia me atenazaba. Tal vez, puestos frente a frente, seríamos como dos extraños que, habiendo vivido tantos años separados, ya no pueden entenderse.

Mocenigo y Ramón me habían contado cómo, tras años de cautividad, y antes de que se hubiesen convertido al islam, uno y otro se habían encontrado en país cristiano. Pero habían quedado tan sorprendidos por las costumbres olvidadas que habían elegido volver entre los infieles, de los cuales se sentían mucho más próximos. Y de esa forma se habían vuelto musulmanes, renegados.

Recobré esas palabras y mis propias dudas. No dejé los baños de

Argel a despecho de las exhortaciones de Spriano, que intentaba devolverme la esperanza.

Me hablaba de Sarmiento, que seguramente había llegado a España y empezado a reunir nuestro rescate o bien a enrolar una tripulación para armar una fragata que merodearía por las costas berberiscas y nos recogería cuando estuviésemos listos para huir.

Tendríamos que aprovecharnos de la marcha de Dragut y de la llegada de un nuevo capitán-pachá menos sagaz y tal vez menos cruel.

Pero a Mathilde de Mons, alejada de Argel, la perdería para siempre.

Necesitaba verla, que huyese conmigo.

Tenía que saltar el muro.

15

Me alcé sobre el muro y miré a mi alrededor.

La noche, después de la tormenta del mediodía, es mucho más clara que el día.

Aparté las ramas de los naranjos que rodean el recinto, todavía doblegadas, con las hojas cargadas de lluvia, algunas incluso rotas, pues el viento había soplado con fuerza.

Esperaba que el aguacero y el rumor de la tormenta me protegieran. Pero, al anochecer, el tiempo cambió, el horizonte se aclaró y el cielo, conforme caía la noche, fue despejándose poco a poco.

Seguramente me verían desde el palacio de Dragut.

Salté, arrastrando las ramas tras de mí.

Seguramente me oirían.

Permanecí tumbado en la tierra mullida. Las gotas de lluvia se deslizaban desde las hojas hasta mi rostro.

Me puse a caminar agachado, empujando con el pecho y los antebrazos las ramas más bajas.

No es la «selva oscura» de la que habla Dante, y yo no estoy como el poeta *nel mezzo del cammin di nostra vita*, en el medio del camino de mi vida, pero, como él, entro en uno de los círculos del Infierno.

Sólo Dios, si así lo quiere, podrá protegerme.

Veo las escaleras que llevan a una terraza. Se extiende a lo largo de la fachada del palacio, de una blancura de muerte. Ningún reflejo, ni siquiera en los mosaicos o en la cúpula. Es como si toda la claridad de la noche hubiese sido absorbida.

Me sigo acercando, oculto todavía por los setos de laureles que dibujan un laberinto.

De repente, distingo unas siluetas a unos pasos. Adivino las picas

y los altos turbantes de los jenízaros, que rodean la terraza y desaparecen. Sus voces se alejan.

Salto dentro.

Entreveo detrás de la fachada, al otro lado de un portillo enmarcado por mosaicos, un patio en cuyo centro un rayo de luna juega con el chorro de una fuente.

Una mujer está sentada, inmóvil en la claridad, estatua blanca envuelta en velos rosas, con los brazos ceñidos por brazaletes de brillantes piedras y su larga melena ceñida por una diadema.

Tiene el rostro desnudo.

Se levanta y camina. Sus cabellos son rubios.

Una voz la llama. Comprende su lengua, el árabe. Se ríe levantando la barbilla, y sus cabellos caen en cascada sobre sus caderas.

Puedo ver su perfil dibujado sobre el blanco mate de la pared.

—Mathilde, Mathilde de
Mons.

Repito su nombre en un susurro.

Estoy seguro de que me ha oído porque su cuerpo se pone rígido, se arquea. Pero la alegre voz de mujer procedente del palacio la llama de nuevo. Mathilde se gira hacia el sombrío rincón donde estoy agazapado.

—¡Mathilde, Mathilde de Mons!

Retrocede un paso.

La voz la llama.

Distingo una silueta de mujer envuelta en velos que avanza por el patio. Parece una alta flor mecida por el viento.

Mathilde se vuelve hacia ella, se ríe y luego, como si quisiese que yo escuchase cada una de sus palabras, habla lentamente, con esas entonaciones tan cambiantes, agudas, después graves, ligeras, luego roncas, de las mujeres árabes.

Cada sonido me desgarra el pecho como si el verdugo me arrancase la piel a tiras.

Y su risa, y el cimbrear de su cuerpo.

Mathilde ha tomado del brazo a la otra mujer; caminan por el patio, con las sienes apoyadas la una en la otra, sus cabellos entremezclados. Ríen con risas cantarinas, una cascada de risas que resuena en mi cabeza llenándola con sus trinos.

¿Qué te ha ocurrido, Mathilde de Mons? ¿En qué te has convertido?

Se sienta a unos pasos del seto que me oculta, de modo que queda así frente a mí. Levanta los brazos y ajusta un velo ligero sobre su rostro. Luego, con iguales movimientos lentos, oculta sus cabellos.

La otra mujer, de pie cerca del banco de mármol, la imita y a continuación da unas palmadas.

A su llamada acuden las sirvientas, que disponen canastillas de frutas, cántaros y vasos. Se mueven como perros fieles en torno a las dos mujeres, que no les hacen ni caso.

Mathilde de Mons las despide con un ademán despectivo.

Desaparecen y las risas brotan de nuevo.

Resuenan todavía en mis oídos los gritos de los cristianos que cada mañana, por orden de Dragut, ante su sillón púrpura, son torturados.

Aquí soy yo el sometido a tortura.

Tengo la tentación de salir de las sombras, de acercarme a Mathilde y escupirle su nombre y sus orígenes a la cara, y luego matarla.

Pero permanezco oculto mientras las criadas con los candelabros se adentran en el palacio.

Se oyen otras risas de mujeres.

Mathilde se levanta. Da unos cuantos pasos en mi dirección.

—Mathilde, Mathilde de Mons…

Debo de haber dicho su nombre más alto, pues la otra mujer, en el umbral del palacio, que se disponía a franquear, se ha girado, pronunciando algunas frases a las que Mathilde responde ahogando sus palabras en una estruendosa carcajada.

A continuación se acerca y escruta la oscuridad donde yo he dejado de moverme.

¿Es ella quien murmura «¡Quienquiera que seas, vete!», antes de correr hacia el palacio, atravesando el patio como una exhalación, con los velos rosa flotando a su alrededor?

No podría jurarlo.

16

Olvidando toda prudencia, eché a correr, sin preocuparme de ser visto u oído, entre los macizos de laureles, bajo los naranjos, apartando sus ramas con violencia, rompiendo algunas, agarrándome a las piedras del muro, desollándome las palmas de las manos y las rodillas.

Era al alba, y tras una luminosa noche el cielo se había oscurecido, el viento que soplaba del sur era cálido y húmedo, y recibí en plena cara las pesadas y tibias gotas del chaparrón rabioso que inundaba Argel.

Tal vez la lluvia me haya salvado. Las puertas de las murallas no estaban vigiladas. Las callejuelas parecían desiertas. El agua corría cenagosa como un torrente desbordado.

Caminaba sin pensar en nada, y hasta el momento de volver a mi sitio en el calabozo no comprendí que llevaba el infierno conmigo.

Me agaché como si así pudiese apagar el fuego que me devoraba el pecho.

Apreté tan fuerte como pude las piernas entre mis brazos, golpeando la frente contra mis rodillas.

Pero la quemazón se hizo más viva.

Era uno de esos condenados cuya tumba es una hoguera perpetua.

Mis llamas eran las risas de aquellas mujeres, una de las cuales era Mathilde de Mons, en el patio del palacio de Dragut. Eran las perlas y las joyas que lucía. Era la lengua de los infieles que hablaba.

Eran, en fin, esas palabras que había oído, de las que poco a poco me persuadía de que ella no había pronunciado pero que sin embargo me atenazaban como una de esas pinzas al rojo vivo con las cuales el verdugo, ante el sillón púrpura de Dragut, arrancaba las carnes de los torturados, nuestros mártires.

¡Y Mathilde riéndose en el palacio de ese renegado, donde

incluso era la primera de las mujeres de su harén!

Me volví hacia Michele Spriano. Apreté los puños contra mi pecho y lo golpeé, exclamando:

—¡Es una marrana, una traidora, una renegada, una puta!

Los golpes que me propinaba eran tan fuertes que parecían resonar en todo mi cuerpo.

Spriano me detuvo agarrándome de las muñecas. Entonces le conté lo que había visto.

Bajó la cabeza y se puso a hablar a su vez.

Los renegados Mocenigo y Ramón le habían confiado desde hacía varios meses que la joven cristiana rubia, la cautiva de noble familia francesa, se había convertido al islam y reinaba en el espíritu de Dragut.

Me volví contra Spriano, insultándolo.

¿Por qué no me lo había advertido? ¿Por qué me había dejado, como un ciego, caminar hacia aquel pozo negro, el centro del infierno donde había caído, cuyo fuego me devoraba el pecho?

Me agarró por los hombros y me sacudió con una fuerza y una cólera de las que no lo creía capaz y que tuvieron la virtud de calmarme.

¿Me habrías creído si te lo hubiese dicho?, preguntó a su vez.

Había intentado convencerme para que desistiese de mi empeño de encontrar a Mathilde. ¿Acaso lo había escuchado?

Le confesé que sin duda habría rechazado como calumnias las palabras de Mocenigo y Ramón.

Pero, en el instante en que decía esto, quería convencerme a mí mismo, pese a lo que había visto y oído, de que la mujer del patio tal vez no fuese más que una de las esposas de Dragut que se parecía a Mathilde de
Mons.

Busqué la aprobación de Michele Spriano, pero él sacudió la cabeza. Debía, dijo, poner fin a esas ilusiones.

Mathilde de Mons había elegido, y sólo ella habría podido explicar las razones por las que se había sometido así.

Pero no eran difíciles de imaginar. Bastaba con pensar en esa joven que, de pronto, cambiaba de mundo, para ser entregada a la crueldad de Dragut el Quemado sin que nadie pudiese socorrerla.

Puesto que Dios, había añadido Michele Spriano bajando la voz, guardaba silencio, cada uno debía hallar en sí mismo fuerzas para resistir.

—Era tan joven… —susurró.

Yo me indigné.

Repetí que Mathilde de Mons, si se trataba de ella, era la más pervertida de las mujeres. Una bruja y una puta renegada, ¡se merecía la hoguera!

Llegado a ese punto, no pude reprimir los sollozos que pugnaban por salir de mi garganta. Era todo lo que había sentido por ella desde el primer día en que la había visto y hasta esta última noche; era toda la esperanza y toda la desesperación que había sufrido, todos los sueños que ella me había inspirado, mis consuelos, que se transformaban en lágrimas y lamentos.

Spriano me estrechó entre sus brazos.

Repetí que la maldecía, que era indigna, que la mataría con mis propias manos y vengaría así a todos los cristianos torturados por Dragut el Cruel, el esposo que la colmaba de satisfacciones.

Spriano murmuró que había que escuchar a los que se acusaba y juzgaba, que tenían derecho, como todos los hombres, a nuestra compasión y nuestro perdón.

Me exhortó a implorar a la Virgen María por la oveja descarriada.

Me negué en redondo.

No quise, Señor, arrodillarme y rezar por Mathilde de Mons.

17

Pasaron los días y Dragut el Quemado volvió a sentarse en el sillón púrpura, frente a la horca.

No podía dejar de mirarlo. Un ademán imperceptible suyo y los verdugos empezaban a atenazar las carnes, arrancar lenguas, vaciar ojos y, por último, a introducir lentamente el palo al rojo vivo. La sangre corría a lo largo de las piernas del pobre desgraciado, que se contorsionaba suspendido de la horca, mientras Dragut el Cruel meneaba la cabeza satisfecho, levantándose y lanzando una moneda de oro a los verdugos antes de alejarse con rítmicos y ágiles pasos.

Lo imaginaba acercándose a Mathilde de Mons, deslizándose a su lado, enlazándola con sus largos brazos, abandonándose ella a esa víbora, experimentando placer al entregarse a él, la mujer que había ocupado mis sueños.

Ella había sucumbido a la tentación y el fuego quemaba mi pecho.

Yo llevaba el infierno dentro de mí.

¡Maldita sea la esposa de Dragut, la pérfida y descarriada Mathilde!

¿Qué podía hacer yo?

Día tras día pensé en arrojarme sobre Dragut, convertirme en uno de esos perros rabiosos que, ni aun matándolos, abren sus fauces ni sueltan a su presa.

Me veía hundiendo los dientes en su cuello, llenándome la boca con su sangre, saciada por fin mi sed de venganza; y la muerte simple y liberadora, gracias a varios golpes de pica, viniendo a aliviarme de la vida, de esta prisión.

Pero, antes de llegar hasta Dragut, tendría que sobrepasar las tres filas de jenízaros que rodeaban su sillón púrpura.

Cuando caminaba entre nosotros, sus guardias formaban una muralla con sus cuerpos en torno a él.

Me habrían detenido sin matarme y los verdugos habrían ideado para mí los suplicios más lentos para que esperase la muerte en vano.

Renuncié a mis propósitos.

Entonces soñé con huir.

El odio no podía retenerme en Argel, puesto que no lograba satisfacerlo. Tenía que recobrar la libertad para volver un día, quemar este nido de corsarios, este lugar de perdición y sufrimiento.

Me acordaba de Carlos V, que, años antes, había conquistado Túnez y liberado de sus cadenas a varios miles de esclavos cristianos.

Debía ponerme a su servicio o al de Felipe II, su hijo, el rey de las Españas. Expulsaríamos de las tierras cristianas y del Mediterráneo a los infieles. Y yo le cortaría el cuello a Dragut el Quemado.

Huir era la solución.

Busqué cómplices. Me acuerdo de sus nombres: Campana, Pérez, Camoes, Montoya, Alvarro, Cayban.

Este último era un renegado que, llorando, confesaba haber tenido un momento de debilidad, de cobardía. Dragut el Cruel —y, al decirlo, Cayban escupía en el suelo— lo había amenazado con arrojar a los perros a su hermano pequeño y había aceptado que el capitán-pachá abusase de él. Una vez cometido el pecado de sodomía, Dragut lo había rechazado, dándole como premio a sus servicios el derecho a convertirse. Cayban se había hecho musulmán, libre. Podía caminar a su antojo por la ciudad, recorrer el país si ése era su deseo. Pero, decía, quería liberarse, volver a Cataluña, obtener de los cristianos a los que ayudaba los testimonios que le permitirían volver al seno de la Santa Madre Iglesia y obtener el perdón.

Estaba dispuesto a afrontar un juicio en el tribunal de la Santa Inquisición, si se testimoniaba en su favor. Para obtener nuestro apoyo, nos guiaría hacia la Orán española. Conocía a lo largo del camino los lugares en los que podríamos guarecernos, cuevas naturales en las montañas, grutas en los acantilados, calas en

donde, a veces, fondeaban galeras francesas o ibéricas en las cuales podríamos embarcarnos.

Necesitaba, para organizar nuestra huida, algunos ducados.

Reunimos nuestras pobres fortunas y Michele Spriano, que se negaba a unirse a nosotros, convencido de que seríamos capturados, nos entregó todo lo que poseía. Nos abrazamos y, en una noche tan clara como aquélla en la que había saltado el muro que rodeaba el palacio de Dragut, nos pusimos en camino.

La mañana del séptimo día, Cayban, que nos había guiado hasta una cueva situada a media altura de un acantilado colgado sobre el mar, desapareció.

Se llevó consigo la bolsa en la que yo guardaba los ducados que Michele Spriano me había dado.

Desperté a mis compañeros, pero, antes incluso de que hubiésemos podido decidir qué determinación tomar, los jenízaros habían irrumpido en la gruta, apuntándonos con sus picas contra las paredes rocosas, golpeándonos y encadenándonos.

Cayban nos esperaba fuera, sentado en un peñasco, riéndose al vernos pasar, atados unos a otros.

¡Que Dios le reserve en el infierno la suerte de los sodomitas!

Corrimos hasta Argel. Los jenízaros iban al trote en sus caballejos tordos a los que nos habían atado y no se detenían cuando tropezábamos, por lo que la caída de uno arrastraba a todos los demás.

El segundo día, Campana cayó y no volvió a levantarse. Teníamos que tirar de su cuerpo, que se desgarraba contra las piedras del camino.

Hasta la noche los jenízaros no desataron su cadáver, y, pese a los golpes que nos infligieron, lo enterramos entre las piedras.

Al día siguiente nos obligaron a llevar esas mismas piedras corriendo y se morían de risa al vernos claudicar y arrodillarnos.

El tercer día murió Camoes.

Sin duda temían presentarse ante Dragut sin ningún cautivo vivo. Así que desde ese momento aflojaron el paso y nos permitieron deshacernos de las piedras.

Pensé que valía más morir en el camino que en la horca.

Nos obligaron a arrodillarnos ante Dragut.

Pérez fue el primero al que entregaron a los verdugos.

Murió sin un grito: de su cuerpo no quedó más que el tronco y la cabeza, los miembros habían sido cortados lentamente como se podan las ramas de un árbol.

A continuación llevaron al suplicio a Montoya. Cerré los ojos cuando los verdugos acercaron a los suyos las puntas de sus machetes al rojo vivo.

Montoya gritó; no era el grito del hombre que había sido, sino el aullido de una bestia desollada viva.

Esperé mi turno. Llegaría al anochecer.

Dragut se acercó a mí. Yo seguía de rodillas, con las manos atadas a la espalda.

—Tú, Thorenc… —me dijo.

Frunció los labios con una expresión desdeñosa.

—Me suplican que te deje con vida.

Se echó a reír.

—¿Debo obedecer a una esposa?

Se inclinó:

—¿O bien castigarla, matarla, por preocuparse de tu suerte y por haber solicitado tu perdón?

Se cruzó de brazos.

—Si la mato, si la castigo, soy yo el que sufre. Si te dejo con vida, ella será más dulce todavía. Comprenderás que dude entre dos tentaciones…

Miró al cielo, que oscurecía.

—Voy a concedernos una noche más, a ti, a mí… y a ella. Si…

Se me acercó de nuevo y me dijo con ademán confidencial:

—No te imaginas lo que puede una mujer como ella. Hace de mí un rey.

De repente, con una violenta patada en el pecho, me derribó antes de alejarse.

Esperé varios días, en una especie de embotamiento, la decisión de Dragut el Quemado.

La mañana de la primera noche, yo estaba seguro de que los verdugos me agarrarían de brazos y piernas y me arrojarían a los

pies de Dragut como un animal que se echa al carnicero.

Pero los verdugos no habían aparecido.

Se habían ocupado de un hombre ya muy viejo cuyo rescate nadie quería pagar y que ya no podía levantar un remo.

Lo habían despachado rápido, sin que Dragut manifestase el menor interés por este ahorcamiento, que ni siquiera había sido precedido de la mutilación de orejas y nariz, lo que equivalía casi a dispensarle un trato benévolo.

Después las noches se sucedieron sin que llegase el alba que me condujese a la horca.

Cada noche, Michele Spriano se arrodillaba a mi lado.

—Debemos rezar —me decía.

Y añadía, con una voz tan débil que, más que oírlas, yo adivinaba sus palabras:

—Imploremos el perdón para ella, que ha arriesgado su vida solicitando tu gracia.

Me obcequé, Señor, y no recé nunca por Mathilde de Mons.

No le había pedido nada. Quería salvarme la vida para redimirse. Y yo me avergonzaba de ese mercadeo del que sin embargo era el único beneficiario.

Una mañana descubrí que el sillón púrpura estaba vacío. Ningún jenízaro lo custodiaba. Y el rumor corrió como la pólvora: Dragut había dejado Argel en compañía de sus esposas y sus tesoros para ganar Constantinopla, donde había sido nombrado visir del sultán.

Así pues, estaba salvado.

Pero debía la vida al placer que Mathilde de Mons proporcionaba a Dragut el Libertino, a la pasión lujuriosa que ella le inspiraba.

Me sentí sucio, apestado, culpable.

Había arrastrado en mi huida a cuatro hombres que habían sucumbido, mientras que yo los sobrevivía.

¿Cuál era el designio del Señor? ¿Qué caminos misteriosos tomaba la Justicia?

Me interrogué, Dios mío, presa de una gran turbación.

Os supliqué para que me iluminaseis, para que me indicaseis el camino.

Pero vos guardasteis silencio.

Pensé que habíais preservado mi vida para que la pusiese enteramente a vuestro servicio.

Juré por esta vida salvada extirpar de las almas la fe de los infieles y castigar a los que la servían, la protegían o se sometían a ella.

18

El juramento que había hecho de perseguir a los sectarios de Alá no era, según Michele Spriano, sino el fruto emponzoñado de mi deseo de venganza.

Los infieles me habían arrebatado a Mathilde de Mons, decía, y yo los perseguía con mi odio.

En su opinión, la mía era una cruzada personal y no, como pretendía yo, el combate de la Santa Madre Iglesia.

El cristiano, repetía, debía encomendarse al juicio de Dios.

Spriano me irritaba.

Caminábamos juntos por las callejuelas de Argel.

Desde la marcha de Dragut, el nuevo capitán-pachá, Aga Mansur, había autorizado a los cautivos de talla a dejar libremente el presidio cuando lo deseasen. El único requisito era que debíamos permanecer en el interior de las murallas. El castigo sería despiadado para los que intentasen huir.

Yo seguía pensando en ello.

Pero Mansur nos había anunciado la inminente llegada de los monjes redentoristas, los padres Verdini y Juan Gil. Procederían al rescate de algunos de nosotros. Lo más prudente era esperarlos.

Caminábamos, pues, charlando, para matar el rato.

Nos sentamos en la escollera del puerto. Los esclavos negros y los esclavos cristianos del sultán descargaban los navíos.

De cuando en cuando, una galera atracaba entre los vítores de la multitud. Y yo sufría al ver a tantos cristianos encadenados, reunidos sobre el puente y luego empujados en el muelle, como me había ocurrido a mí.

Me volví hacia Spriano: ¿Cómo podíamos consentir aquello?

Me enfurecí, le recordé los suplicios que Dragut el Cruel

ordenaba. Ese hombre era una víbora a la que había que cortarle la cabeza.

¿Y qué suerte reservaríamos a Cayban, ese Judas que nos había vendido a Dragut? ¡La muerte! Y yo estaba dispuesto a dársela con mis propias manos.

—Hombres podridos —murmuró Spriano.

Pero afirmaba que habrían sido igual de dañinos aunque hubiesen conservado su fe. Que el hombre era una criatura de Dios, incluso si había persistido en el error. Que sólo aquéllos en los que el demonio habitaba, los que se habían puesto al servicio del Mal, merecían ser castigados. Dragut y Cayban eran de ésos. Pero el capitán-pachá Aga Mansur, e incluso Mocenigo o Ramón, y con mayor razón —bajaba la voz— Mathilde de Mons podían salvarse.

El Mal no había ahogado en ellos el Bien.

Oía a Spriano, pero me negaba a escuchar sus palabras.

Era mayor que yo. Había vivido en los enclaves venecianos de las islas jónicas, y a menudo se había alojado en casa de los mercaderes turcos, discutiendo animadamente con ellos sobre el precio de las especias o de la seda.

—Hombres como nosotros —decía.

Yo le recordaba el mercado de esclavos donde los cristianos desembarcados eran obligados a subir al estrado en medio de la muchedumbre que esperaba, impaciente, la subasta de las jóvenes cautivas.

Arrastré a Michele Spriano. Yo no podía asistir a aquel espectáculo, a nuestra humillación.

Dios nos había querido libres, no esclavos de los infieles.

Si mi venganza era personal, la cruzada era la de la Santa Madre Iglesia contra el islam. Había que combatir por el triunfo de la Justa Fe, por nuestro Dios.

Eran ellos o nosotros.

El Mal o el Bien.

—Cada hombre —decía Spriano— libra esa batalla en sí mismo.

Yo respondía que, según su maestro Dante, Mahoma estaba en el infierno, con el cuerpo abierto en canal.

Spriano sonreía, contento por haberme dado a conocer a Dante y su *Divina Comedia*.

Un día, ya al anochecer, caminando por una oscura callejuela para dirigirnos al presidio, reconocí a Cayban. Empujaba delante de él un asno cargado de sacos.

Dio un latigazo sobre el lomo del animal, que se puso al trote, y echó a correr tras él.

Lo agarré por los hombros. Gritó. Lo zarandeé, empujándolo bajo un portillo.

Spriano se reunió conmigo.

—Déjalo —murmuró.

Cayban se debatía, repitiendo que podía ayudarnos: un navío francés estaba a punto de llegar a Argel; sería pan comido deslizarse a bordo. Bastaba con pagarle al capitán, llegado de La Rochelle, un tal Robert de Buisson, con quien en varias ocasiones había tratado esta clase de negocios. Exigía quinientos ducados por cada cristiano que ayudaba a huir. Cayban estaba dispuesto a dárnoslos.

—Mil ducados por ambos, lo juro —insistía.

Apreté su garganta y pedí a Spriano que lo registrase.

Spriano reconoció la bolsa que él mismo me había entregado y que Cayban me había sustraído.

—Este hombre es el Mal —dije—. Dios nos lo entrega para que lo castiguemos.

Sostuve la mirada de Spriano.

—Déjalo —murmuró de nuevo.

—Es un Judas. ¡Nos denunciará!

Spriano bajó la cabeza.

¡Dios mío, qué fácil es matar a un hombre!

19

Corté el hilo de una vida.

¿Puede haber mayor blasfemia?

Michele Spriano, de rodillas, imploraba vuestra misericordia, Señor, por este acto sacrílego.

Yo oré para agradeceros el haber puesto en nuestro camino a aquel Judas por culpa del cual cuatro de mis compañeros habían muerto entre padecimientos infernales, arrastrados unos como carroña, martirizados otros hasta que sus cuerpos no fueron más que una pura llaga.

¡Y Spriano pretendía que soltase mis manos del cuello de Cayban! ¡Que lo dejase salir pitando para que fuese a contarles a los jenízaros que le habíamos pedido que nos ayudase a huir!

Me pareció, Señor, que no era ésa vuestra voluntad. Y preferí pensar que os sería fiel perpetrando aquel sacrilegio.

No tembló mi mano.

A través de ella se hacía Justicia.

Estaba convencido de que mi reencuentro con Cayban, la confidencia que me había hecho, la bolsa llena con más de mil ducados que le habíamos encontrado encima, no se debían en absoluto al azar.

¡Vos sois el Supremo Hacedor de todas las cosas, Señor!

Abandonamos el cuerpo sin vida de Cayban acuclillado en la penumbra del portillo.

Cuando volvimos al callejón, el asno cargado de sacos coceaba en los adoquines con sus cascos. Había vuelto y esperaba a su amo. Lo empujamos bajo el portillo, donde lo atamos.

Quien encontrase el cuerpo de Cayban procuraría enterrarlo sin decir palabra para hacerse con la bestia y su carga.

Me dio la impresión de que Dios, después de haberme sometido a

tantas pruebas, ordenaba el mundo en torno a mí y me guiaba.

No me dejaba tiempo de arrepentirme.

Traté de convencer a Spriano para que huyese conmigo comprando la benevolencia del capitán francés del que nos había hablado Cayban.

Él dudaba. No quería aprovecharse de este asesinato, del cual, sin embargo, se sentía cómplice, puesto que no lo había impedido.

Lo cogí del brazo y, al alba, le obligué a bajar conmigo hacia el puerto.

Jamás había experimentado tal sentimiento de confianza.

Estaba seguro de que una etapa de mi vida se acababa. La que estaba ligada a mi infancia en la Torre del Castro se alejaba de mí. Mathilde de Mons vivía en Constantinopla como una renegada, agasajada por un visir libertino y cruel. Huiría de allí. Nada ni nadie podría impedírmelo. Era como si, estrangulando a Cayban, hubiese matado a todos los traidores.

En virtud de aquella muerte, me había convertido en un hombre libre.

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia! —repetía Michele Spriano—. ¡Herejía! ¡Sacrilegio!

Pero me seguía hasta la escollera.

Una mañana vimos recortarse en el horizonte unas velas redondas.

Ninguna galera, ninguna fragata berberisca ni siquiera española o veneciana izaba velas parecidas.

Era el francés.

Esperamos a que hubiese lanzado y atado amarras, y a que los turcos que habían subido a bordo desembarcasen.

Cuando los esclavos negros y los pobres cristianos por los que nadie pagaría rescate comenzaron a descargar grandes fardos de tela, tan pesados que la pasarela se curvaba bajo su peso, nos aproximamos colándonos en la fila de los mozos de cuerda.

Una vez en el puente, vi a un hombre de pie, con las piernas abiertas y la mano apretando la guarda de la espada que llevaba a un costado. Nos siguió con la mirada, sin mostrarse sorprendido cuando nos dirigimos agachados al castillo de popa, andando con disimulo detrás de las velas replegadas, bajando los pocos escalones

que conducían al entrepuente.

Se reuniría con nosotros, pero tendríamos que esperar a la noche.

Sus pasos en la oscuridad martillearon el puente silencioso. Luego apareció en lo alto de los peldaños su silueta al resplandor de un farol, y oímos una voz que nos conminaba a acercarnos. La mano seguía aferrada a la guarda de la espada. Se sucedieron las preguntas.

Yo respondí. Spriano tendió la bolsa. El capitán la sopesó y, una vez abierta, alumbró su contenido con el farol, hundiendo en ella los dedos y haciendo tintinear los ducados.

—Señores, me llamo Robert de Buisson, corsario de La Rochelle, y hugonote —dijo.

Se acercó a nosotros.

—Oléis a papistas a una legua —añadió, alzando el farol y examinándonos.

Se sentó, nos invitó a imitarlo, puso el farol entre sus rodillas y a continuación murmuró:

—Pero aquí, ante todo, somos cristianos.

Zarpaba al día siguiente. Costearía el litoral berberisco y luego el de España. Sólo atacaría a los navíos españoles o genoveses, las presas más codiciadas, pues sus bodegas siempre iban llenas a rebosar de piezas de tela, especias y armas.

Podía desembarcarnos en la costa española o bien, si estábamos dispuestos a combatir con él, en La Rochelle. Contaba con pasar el estrecho de Gibraltar en unas semanas.

De repente se echó a reír.

—En La Rochelle tendréis que elegir: hugonotes o católicos. Según soplen los vientos, se encienden las hogueras para unos o para otros. Los verdugos no valdrán tanto como los de los infieles, pero saben encender un fuego.

No lo dudé:

—España.

Robert de Buisson sacudió la bolsa y exclamó levantándose:

—¡No se hable más, iremos a España!

Tercera parte

20

¡Libre!

Recé arrodillado en la orilla de aquella playa española adonde iban a morir las olas.

Llené mis palmas de aquella agua rumorosa, hundí mi rostro en la pila de mis dedos.

Me encanta el gusto salado del mar. Es el acre sabor de la libertad.

¡Gracias, Dios mío!

Michele Spriano se arrodilló a mi lado y se levantó casi enseguida. Atravesó la playa, apartó los juncos que coronaban las dunas, trepó a las rocas. Su silueta se destacaba en el cielo todavía oscuro del alba. Gesticulando como un loco, me invitó a seguirlo.

No me moví.

Quería prolongar el instante en que recobraba la libertad en tierra cristiana.

Soy como Dante cuando aborda la orilla del Paraíso.

El sol elevándose por encima de las colinas que rodeaban la bahía me deslumbró.

No vi a Michele Spriano.

Volví la cabeza.

La chalupa que nos había llevado a tierra había vuelto al navío. Los marineros se aprestaban a la faena. En el silencio del alba apenas desflecada por la resaca, oí la voz de Robert de Buisson que daba orden de drizar.

Las velas flamearon, se hincharon y, vergas en alto, el navío buscó su rumbo.

Buisson nos había advertido que no se entretendría en la costa andaluza. Desde la punta de Palos hasta Málaga, estaba infestada por los corsarios de Tetuán. Asediaban calas y golfos, manteniéndose al acecho en los acantilados. Atacaban todos los navíos que no fuesen berberiscos y se beneficiaban de la complicidad de los moros que poblaban el antiguo reino árabe de

Granada y de Córdoba.

Los españoles, se había burlado sarcásticamente Robert de Buisson con un mohín de desprecio, creían que habían convertido a los moros.

—Los papistas confunden sus sueños con la realidad. ¡Creen que el cuerpo de Cristo está en un trozo de pan y su sangre en un vaso de vino! Así que pensaron que los moros que entraban a rezar en las iglesias se habían convertido en fervientes cristianos.

A continuación, Robert de Buisson exclamó, escupiendo en el puente, a nuestros pies:

—¡Falsos renegados, falsos conversos! Los moros rezan, sí, pero en dirección a La Meca. No he visto jamás a un musulmán que de verdad se haya vuelto cristiano.

»Si nos descubren los moros —prosiguió Buisson—, nos entregarán a los berberiscos. Somos una presa apetecible, cautivos de talla, de los que pueden sacar sus buenos ducados. Y si nos resistimos, nos cortarán el gaznate.

Deslizó el pulgar por su cuello.

Pero los españoles no iban a ser más cariñosos. Exigirían el nombre del que nos había desembarcado en su costa, desconfiando de que fuesen corsarios franceses.

—Me odian todavía más que a los berberiscos. Soy de La Rochelle. No saben nada del océano, mientras que el país de los berberiscos es gemelo del suyo. Los moros son sus vecinos. ¡Yo soy el extranjero! ¿Qué les importa a ellos si soy cristiano? ¡Por otra parte, para ellos soy un hereje!

Robert de Buisson me había cogido por el hombro en el momento en que yo embarcaba en la chalupa.

—Thorenc, vos sois un franco de rancio abolengo. Papista, sí, pero vuestro padre está con el rey. ¿Qué vais a hacer en España en compañía de un mercader florentino? ¡Un italiano es siempre una víbora! Mirad si no a la reina, ¡esa Médicis! Rezuma veneno por todos los poros. Y para los españoles, seguiréis siendo un francés, digáis lo que digáis. No os degollarán, pero os asfixiarán. ¿Sabéis lo que es el garrote? Os romperán la nuca y os aplastarán la garganta. Lo hacen despacio. O bien —continuó dándome unas palmaditas en el hombro— os entregarán a la Inquisición, y el inquisidor general os condenará a la hoguera, o a galeras como hugonote o renegado.

Se inclinó hacia mí.

—Os lo juro, Thorenc, ¡es preferible un turco a un español! Venid conmigo a La Rochelle. ¡Es vuestro país, el reino de Francia!

Me retuvo y me dio un abrazo, repitiendo:

—¡Vuestro reino, Thorenc!

Lo aparté y salté a la chalupa.

—¡Mi reino es mi fe! —exclamé en el momento en que la embarcación se alejaba del navío. Yo soy del país que hace la guerra contra el infiel, no del que se alía con ellos.

—Louis de Thorenc, vuestro padre… —gritó Robert de Buisson.

Pensé, sin atreverme a responder en esos términos a Robert de Buisson: «¡No tengo otro padre sino Dios!».

Luego vi avanzar hacia mí la tierra de España.

Ansioso por pisar enseguida suelo cristiano, tropecé y caí en la orilla, cubierta de la espuma blanca de las olas.

Permanecí mucho rato con los brazos en cruz y la boca hundida en la arena húmeda y fría.

El mar que me cubría era el agua del bautismo de un hombre nuevo y libre.

Me dispongo a subir la colina. El sol se eleva y junto con él renace el zumbido enloquecedor de los insectos.

Me detengo a cada paso, expectante. Me vuelvo hacia el horizonte. El navío de Robert de Buisson ya ha doblado el cabo. Distingo solamente la parte extrema del velamen. El mar en la bahía es una extensión vacía y azul, que, sin embargo, mide el espacio que me separa del infierno.

¡Soy libre en tierra cristiana!

Encuentro a Michele Spriano en la cima de la colina.

De pronto, oigo, procedente del pequeño alcornocal que se extiende ante nosotros, el tañir de campanas que se aproximan y se alejan.

Es mi corazón que resuena. Cada nota es el latido de mi libertad. He vuelto a casa. La campana expulsa la voz aguda del muecín.

Michele Spriano tiende su brazo.

A lo lejos adivino el campanario que descuella sobre los tejados rojos.

¡Al diablo los minaretes y azoteas blancas de Argel!

Bajo la pendiente de la colina seguido por Spriano. Alcanzamos el bosque. Corro más que camino hacia esa iglesia. ¡Siete años sin poder arrodillarme ante un altar en la casa del Señor!

Atravesamos los calveros, estanques verdes en el ardiente sol. A unos pasos se encuentra un joven pastor recostado contra un árbol. Está tallando una rama. Levanta la cabeza, se yergue y grita, con el rostro deformado por el miedo:

—¡Los moros, que vienen los moros! ¡A las armas! ¡Nos atacan!

Desaparece entre los árboles pese a nuestras llamadas. Nos detenemos. Nos miramos: cubiertos de polvo, nuestras túnicas, nuestros pañuelos, nuestros chalecos, nuestros turbantes… Son las ropas con las que nos habíamos revestido para colarnos a bordo del navío francés. Estos harapos confundieron al pastor. Los arranco como una piel sucia que se me ha pegado al cuerpo desde hace tanto tiempo que lo he olvidado; ha hecho falta el grito de terror del pastor para que la sienta desfigurarme, oprimirme.

Surgen como por ensalmo unos caballeros que nos rodean, apuntándonos con sus lanzas.

Intento empuñar el astil de una de esas armas y grito.

Aprendí castellano durante mis siete años de encierro. Spriano todavía lo habla mejor que yo. Me golpeo el pecho con el puño.

—¡Somos cristianos, esclavos de los infieles! ¡Cautivos de talla, evadidos de los baños de Argel!

Repito estas palabras hasta desgañitarme. El hombre que manda esta pequeña tropa es tan oscuro como un moro. Sus ojos son tan penetrantes como los de Dragut. Me da un golpe con el mango de su arma y grita, apoyando la punta de su lanza en mi garganta:

—¡Renegados, espías de los berberiscos!

Yo grito a mi vez:

—¡Somos compañeros de Diego de Sarmiento! ¡Sarmiento!

Entonces aparta su arma.

Caminamos hacia el pueblo. Tan pronto como alcanzamos las primeras casas, los lugareños se unen a nuestro cortejo. Las mujeres nos maldicen, los hombres nos lanzan piedras.

En la plazuela, ante la iglesia, un campesino ata a la rama de uno de los plátanos una cuerda rematada en un nudo corredizo.

¡Dios mío!, ¿queréis que muramos aquí en la tierra cristiana recobrada?

Un sacerdote sale de la iglesia y calma a los lugareños. Nos ha visto. Es fornido, recio, con la cabeza rapada, y sus gestos son vivos.

Yo repito:

—Diego de Sarmiento, compañero nuestro de cautiverio, era de Granada. Felipe, el rey de las Españas, pagó su rescate. Diego de Sarmiento, ¡cristiano como yo, como nosotros!

El cura nos arrastra al interior de la iglesia. Cierro los ojos.

Este frescor, este aroma a incienso… El murmullo de las mujeres en oración…

Entro en el confesionario, a instancias del sacerdote. En la penumbra, oigo su respiración ronca. Apoyo mi cabeza en el marco de madera.

A las preguntas del sacerdote, todo lo que creía lavado, arrastrado por la resaca y la espuma marina, vuelve como una obsesión apoderándose de todo mi ser.

Hablo de Dragut y de Mathilde de Mons.

Hablo de los torturados, de los degollados y desollados vivos, de los cristianos abiertos en canal, descuartizados y devorados.

Hablo de Cayban.

Hablo de las manos alrededor del cuello de ese renegado cuyo cuerpo se desliza contra el mío y se enfría tan rápido como la tierra a la caída del sol.

El sacerdote me da la absolución.

Me informa de que el tío de Sarmiento, don García Luis de Cordoza, es capitán general de Granada. Y que el conde Diego de Sarmiento está con Felipe II, regente de España:

—¡Pero sólo Dios sabe dónde! Nuestro regente recorre el mundo acompañando a su padre el emperador.

El sacerdote se santigua.

Hará que nos acompañen a Granada, a casa de don García.

Dejamos la iglesia. Un sol de justicia quema la tierra, la piel, los ojos.

El sacerdote empuja y arenga a los lugareños, que han

permanecido reunidos.

—Son buenos cristianos —les dice, señalándonos—. Han vuelto del infierno. ¡Rogad por ellos, pues han vivido entre los infieles, sometidos a la ley de Lucifer!

Miro los rostros de los hombres que nos rodean: ¿Moros? ¿Españoles? ¿Falsos conversos o verdaderos cristianos?

Tienen la tez oscura. Son muy parecidos a los infieles que me miraban sin compasión en las callejuelas de Tolón o de Argel.

¿Qué es la fe, para la mayor parte de la gente, sino una máscara tras la cual gesticula la bestia demoníaca?

Mi alegría de estar libre se ve truncada por primera vez.

Tengo miedo de pensar como un descreído, un hereje, un pagano.

Señor, ¿no puedo dejar el infierno más que dejando la vida?

Y esta tierra en la que pasamos nuestra vida carnal ¿es sólo el reino del sufrimiento, el imperio de Lucifer?

Pero si el Mal reina sobre él, ¿cómo defender en él el Bien?

¿Cómo condenar a los que se someten a la ley del diablo, si reina aquí a sus anchas?

Camino cabizbajo.

No quiero confiar mis temores y mis dudas a Michele Spriano, pero sé que voy a tener que afrontar nuevas tentaciones, nuevas pruebas.

Una tierra, por muy cristiana que sea, no puede ser el paraíso.

21

Señor, el día en que cumplía veinticinco años, entramos en Granada por la Puerta de los Molinos.

Oí voces agudas, risas y cantos.

En las orillas del río que discurría entre las casitas de color ocre, los plátanos y las colinas, vi a las mujeres con los brazos desnudos.

Volví la cabeza.

El padre Fernando, que nos había acompañado desde nuestra partida del pueblecito costero de Vélez Málaga, en donde habíamos pasado nuestra primera noche de libertad, cogió del brazo a Michele Spriano y, con la otra mano, señaló la ciudad.

Traté de olvidar la presencia de las mujeres y escucharlo.

Hablaba con voz exaltada.

Desde hace siglos, decía, Granada, capital del reino de los infieles, había sido como una herida en el flanco de España. Nadie había podido vencer a los reyezuelos moros. Creían que poseerían esta tierra cristiana hasta el fin de los tiempos.

El padre Fernando extendió el brazo, mostró las colinas y, apretando el puño, dijo:

—Campo de Los Martirios, Carmen de Los Martirios… Los moros construyeron sus palacios y sus mezquitas con los huesos de los mártires cristianos.

Dio unos pasos invitándonos a seguirlo, y descubrí, en la cima de un collado, las altas murallas almenadas, adornadas de mosaicos, el orgulloso palacio de la Alhambra, la mayor construcción que hubiese visto jamás.

Me quedé sobrecogido. Los infieles no eran sólo berberiscos condenados por renegados como Dragut, eran reyes constructores, poderosos y peligrosos.

—Se creían los amos —añadió el padre Fernando.

Los cristianos, bajo su yugo, se convertían para no ser esclavos. Pero un día, el 2 de enero de 1492, el ejército de Fernando e Isabelle la Católica entró en la villa por aquella Puerta de los

Molinos, y el rey Boabdil, el Moro, huyó. Y cuando, viendo a lo lejos su villa abandonada, se puso a lloriquear —el suspiro del Moro—, su madre le dijo con desprecio: «¡No llores como mujer lo que no has sabido defender como hombre!».

El padre Fernando se detuvo en el puente que cruzaba el río Darro.

—Las mujeres son de nuevo cristianas —murmuró.

Las susodichas lavaban, restregaban, escurrían, retorcían, estiraban y tendían inmensas sábanas blancas encima de los cantos rodados.

Los cuerpos de las que estaban agachadas se contoneaban rítmicamente. Cuando se enderezaban, sus senos hinchaban sus corpiños. De cuando en cuando alzaban los brazos para recoger con la yema de sus dedos los mechones de cabellos que se escapaban de sus pañuelos.

Otras llevaban enormes cestas de ropa sobre sus cabezas y recogían con su mano izquierda las largas faldas negras para entrar en el río y vadearlo.

Observé la tela de sus jubones, la piel blanca de sus brazos, piernas y pantorrillas.

Me dio vergüenza y me sentí transportado, mi vientre y mis mejillas devorados por una alegría tan ardiente como una promesa.

No conocía de la carne más que los suspiros de los sodomitas en la penumbra de la galera y del presidio o los gritos de las mujeres violadas por los infieles, dos de ellos agarrándolas por los tobillos, otros dos por las muñecas y los hombros y el quinto hundiéndose entre sus piernas.

El temor de ser elegido por uno de los cómitres para servirle de divertimento nocturno antes de devolverme mancillado a mi puesto en el banco, o bien entregarme a los marineros de la galera, me atenazó durante todos aquellos años. Pero mi condición de cautivo de talla, posesión personal de Dragut, me había protegido.

Había amado en silencio a Mathilde de Mons y sufrido su rechazo y posterior entrega a la lujuria de Dragut el Libertino. Pero jamás me había atrevido a desearla.

El deseo no era para mí sino el embarazo de ciertas noches cuando encontraba, por la mañana, mis pantorrillas pegajosas y con

ello recordaba ruborizado mis sueños.

De pronto, los brazos y las piernas desnudas de aquellas mujeres, sus voces y sus cantos, sus risas me enardecieron.

La libertad era eso: una fe, una mujer.

Fue con ese fuego interior como entré en el Presidio, el palacio del capitán general, don García Luis de Cordoza, en la calle de Los Molinos.

22

Odié a aquel hombre de mejillas grises.

Reinaba en la penumbra, al fondo del enorme salón del Presidio al que nos condujeron, precedidos por dos soldados de uniforme rojo y oro.

A cada paso, golpeaban con el mango de sus picas el piso de madera de anchas tablillas cruzadas.

Oficiales, sacerdotes y mujeres, cuyos blancos encajes contrastaban con sus amplios vestidos negros, se mantenían a ambos lados de la sala, formando así una zumbadora avenida hasta el estrado en cuyo centro se sentaba don García Luis de Cordoza.

Los soldados se inmovilizaron a unos pasos del estrado.

Vi al padre Fernando y a Michele Spriano hacer una reverencia. Yo me limité a una leve inclinación de cabeza.

Cuando la alcé, mi mirada se cruzó con la del capitán general.

Sus ojos estaban hundidos en las carnes arrugadas, macilentas, de un rostro apergaminado.

El padre Fernando se puso a hablar con voz humilde, casi suplicante. Suspiraba, apelando a la bondad de don García Luis de Cordoza. Parecía solicitar el perdón, la gracia del capitán general como si fuésemos culpables de haber huido, de haber sido cautivos de talla, de haber desembarcado en la costa andaluza, cerca del pueblo de Vélez Málaga.

Me sentí varias veces tentado a decirle que yo suponía que nos acogería con afecto, que nos recibiría y honraría como a dos católicos que, durante tantos años, habían rehusado claudicar ante los infieles. Pero en aquella sala del Presidio de Granada los murmullos eran burlones y suspicaces.

—Han sido —proseguía el padre Fernando— compañeros de banco y de calabozo de vuestro ilustre sobrino, el conde Diego de Sarmiento, que Dios guarde e ilumine en las pesadas cargas que son las suyas al lado de Nuestra Santa Majestad, el rey Felipe II…

Con un movimiento de la mano izquierda apenas esbozado, el

capitán general interrumpió al padre Fernando. Sus dedos eran sarmentosos, de afiladas uñas; se parecían más a unas garras rojizas, surgidas de sus manos deformadas por la gota.

—Un mercader toscano —masculló.

Su rostro expresaba desdén, y no se molestó en dirigir una mirada a Michele Spriano.

—Un francés…

El tono de su voz era francamente despectivo. Me miró detenidamente con aire de disgusto y los párpados entrecerrados, aunque no me costaba imaginar su mirada.

Me acordé de la de Dragut el Quemado, Dragut el Cruel.

—¡Francés! —repitió.

No hizo ninguna pregunta, pero levantó ligeramente la cabeza y adelantó la barbilla dos veces ordenándome hablar.

Miré en torno a mí. Adiviné todos aquellos rostros cuyos rasgos borraba la penumbra. Las llamas de los grandes candelabros reverberaban en el oro, los rubíes y los diamantes de sortijas y collares.

—Soy el vizconde Bernard de Thorenc —dije—, cautivo de talla desde hace más de siete años, cristiano y ahora mismo feliz por haber tocado la católica tierra de España. Solicito ocupar plaza en vuestros ejércitos, detrás de vuestro rey, para combatir al infiel dondequiera que se halle.

Creo que, al mismo tiempo que hablaba, di un taconazo en el suelo con mi bota derecha.

El capitán general se levantó, apoyándose en los brazos del sillón. Repitió «vizconde Bernard de Thorenc…» con un tono tan hostil que fue como si me abofetease.

Vi crisparse sus dedos en los brazos del sillón, como si sus uñas se incrustasen en él, y un sentimiento de terror, —igual que el que se había apoderado de mí frente a Dragut, me paralizó.

Luego todo mi ser se rebeló. Saqué pecho. Yo, que no había doblado la rodilla ante Dragut el Cruel, ¿cómo iba a ceder ante aquel viejo de mejillas grises?

Habló largamente, Señor, y no olvidaré jamás la humillación sufrida; la vergüenza y la cólera me ahogaban.

Las acusaciones que hacía contra mi padre no me cogían por

sorpresa, sin embargo. ¿Acaso yo mismo no lo había rechazado? Sin embargo, escuchando a don García Luis de Cordoza tenía la impresión de que me desollaba, de que cada una de sus palabras me arrancaba un pedazo de carne, como si, preso en sus mandíbulas, sus dientes se hincasen en mi cuerpo, en mi alma palpitante.

Decía que había conocido a Louis de Thorenc —«a vuestro padre el conde, escupió con desprecio»— en Madrid, y lo había vuelto a ver en Milán, cuando intentaba negociar la suma de dinero exigida por «nuestro gran emperador Carlos V» para liberar a Francisco I, su prisionero.

—¡Ojalá los hubiese matado a ambos, al rey felón y a su instrumento ciego, tu padre, el conde Louis de Thorenc!

Me tuteó como para abofetearme.

Se dirigía también a los presentes, que asentían acompañando sus palabras con murmullos y exclamaciones.

Francisco I y su hijo Enrique II, reyes ilegítimos puesto que el uno y el otro se habían enfrentado al emperador del Santo Imperio Romano Germánico. Francisco, el padre, cómplice de Suleimán el Turco. En cuanto al conde Louis de Thorenc, una vez que su amo Francisco hubo recobrado la libertad, se había ido a Constantinopla a sellar la alianza demoníaca con el sultán contra el emperador católico, Carlos I de España y V de Alemania, que Dios guarde.

Y ahora, Enrique II, el hijo, el esposo de esa perversa Catalina, la florentina, la hija de unos mercachifles, sobornaba y levantaba a los príncipes herejes cristianos contra su emperador, reclutando para ello a los soldados, pagando su soldada. ¿Y quién iba de un príncipe a otro seduciéndolos, corrompiéndolos, convenciéndolos de partir a la guerra contra su soberano legítimo, «nuestro Carlos V»? ¿Quién? ¡El conde Louis de Thorenc, su hijo Guillaume y ese capitán general, Philippe de Polin, que había amarrado sus galeras francesas al lado de las galeras turcas!

¡Eso y no otra cosa era el conde Louis de Thorenc, el instrumento ciego de soberanos rebeldes a su Iglesia, renegados de su fe, dispuestos a todas las felonías para conservar y aumentar su poder, enemigos de España, enemigos irreductibles de la justa y sagrada dignidad imperial!

Se inclinó hacia mí.

—¿Y tú, vizconde Bernard de Thorenc, pretendes colocarte en el

ejército, detrás de nuestro rey? ¿Quieres que confiemos en ti, para que claves por la espalda el puñal de la traición?

Los soldados me retuvieron en el momento en que me lanzaba a los escalones del estrado. Me obligaron a arrodillarme presionándome los hombros. Cruzaron sobre mi nuca el astil de sus picas, cuya madera me aplastó, forzándome a doblar la cerviz y humillarme.

Adiviné que Michele Spriano daba un paso hacia mí. Sentí su mano en mi cabeza.

Dijo que yo había preferido el calabozo y las galeras de los infieles a la libertad que me ofrecían mi padre y Philippe de Polin.

—Señor don García Luis de Cordoza, ilustre capitán general de Granada, tal vez no estéis enterado de que Bernard de Thorenc se negó a que los aliados de los infieles pagasen su rescate. Lo he visto todos estos años en los baños de Argel. He curado las heridas que los verdugos de Dragut le infligieron. Sé lo que ha sufrido, el valor que ha mostrado. ¡Mató a un renegado para conquistar su libertad en lugar de comprarla! Preguntad a vuestro sobrino Diego de Sarmiento. Hacedle saber que sus compañeros de calabozo, Michele Spriano y Bernard de Thorenc, están en Granada.

Don García debió de hacer un gesto, pues los soldados quitaron sus lanzas de mi nuca y pude levantarme.

Miré al capitán general. Había cruzado los dedos sobre su pecho, ocultando así el sello que llevaba colgado de un largo collar hecho de enormes eslabones de oro.

—Que los guarden en el Presidio —ordenó.

El padre Fernando balbució algunas palabras y los soldados nos arrastraron fuera del sombrío salón.

23

Me encerraron en una pequeña pieza abovedada sólo iluminada por una tronera que dos gruesos barrotes en cruz dividían. El viento gélido se colaba entre ellos como un cuchillo y sus agudos silbidos me estremecían.

A veces llegaban mezclados con voces de mujeres, lejanas y fugaces.

Me imaginaba a las lavanderas que había visto en las orillas del río Darro, el día de nuestra llegada a Granada. Mi mente volaba hacia ellas. Olvidaba la cólera que torturaba mi alma desde que los soldados me habían arrojado a este cuchitril, que contenía por todo mobiliario un estrecho lecho y un taburete clavado al suelo, junto con dos infames escudillas.

Escuchaba sus cantos, sus risas. Me agarraba a los barrotes, intentando ver esas orillas, a esas mujeres. Recordaba sus largos brazos desnudos, el movimiento de sus cuerpos, la piel lechosa de sus piernas.

Pero las colinas que dominaban Granada ocultaban mi horizonte.

Sólo lograba ver la parte superior de los muros de la Alhambra y el gran crucifijo que se elevaba en el monte Mauror, en medio del Campo de Los Mártires.

Volví a enfurecerme.

¡Me rebelé contra vos, Señor!

¿No había sufrido bastante con los infieles como para tener ahora que conocer una prisión cristiana? ¿Y qué más daba que la Alhambra ya no fuese el palacio de los reyes moros si de noche las ratas que corrían por mi cara en las galeras de Dragut o en la ciudadela de Tolón seguían también aquí paseándose por mi cuerpo?

¿Tendría que esperar otros siete años para que se me concediese la libertad?

¿No había pagado bastante por las traiciones de mi padre y de

mi hermano?

¿Tenía que conocer la desesperación?

Os interrogué, Señor, con rabia, lo confieso.

¿En qué nuevo abismo infernal habíais decidido hundirme? ¿A qué otras pruebas pensabais someterme?

¡Tantas preguntas, tanta rabia, que me laceraron el corazón durante varios días!

Luego, una mañana, la puerta se abrió y entró una mujer.

Primero vi los puntos azules de sus ojos rodeados de un blanco intenso.

La piel de su rostro huesudo me pareció tan oscura que no lo dudé un instante: tenía que tratarse de una morisca, tal vez una conversa, de grado o a la fuerza, de las sinceras o enmascaradas, que poblaban el antiguo reino musulmán de Granada y de Córdoba, la Andalucía a la que el corsario Robert de Buisson se había referido como reacia, dispuesta a degollar a los españoles que creían haberla sometido.

La mujer empujó la puerta y avanzó.

Yo reculé. ¿Qué quería?

Una mantilla negra cubría sus hombros y sus cabellos de azabache, con los picos de encaje anudados entre sus senos.

Era espigada, el cuerpo ceñido en un largo vestido de terciopelo negro. El tejido, tornasolado de violetas y rojos, realzaba el pecho con bordados de hilo de oro.

Dio algunos pasos por aquella zahúrda, con la cabeza levantada hacia la tronera.

Su porte era altivo; su expresión, llena de desdén. Bajo la puntilla blanca que se hinchaba en torno a su cuello, pude observar un largo collar de plata con esmeraldas y rubíes engastados.

Deduje que no podía ser ni una criada ni una esposa. Iba ricamente ataviada y se movía con mucha libertad.

La imaginé acostada al lado de don García Luis de Cordoza, como veía a Mathilde de Mons tendida —Dios sabe dónde— al lado de Dragut.

Y fue como si mi cuerpo y mi alma recibiesen un hachazo.

De pronto, me acordé de que ya había visto a aquella mujer y el

azul de sus ojos.

Cuando atravesamos la sala del Presidio, después de que el capitán general hubiese ordenado que nos encerrasen, no vi más que rostros hostiles de ojos fijos en mí como picas.

Esos hombres y mujeres entre los que avanzábamos, escoltados por soldados, murmuraban su desprecio y sus burlas a nuestro paso. Llegó a parecerme que su odio se cerraba en torno a nosotros, sin dejarnos más que un estrecho pasillo, y que aquella gente estaba a punto de pegarnos.

Cerca de la puerta a la que por fin habíamos llegado, me fijé en que esta mujer se mantenía aparte, como si nadie hubiese querido u osado acercarse a ella.

Sus ojos azules me habían mirado sin odio. Casi creí ver en ellos comprensión, compasión e incluso dolor.

Pero los soldados me habían empujado fuera de la sala y yo no me atreví a volverme.

Sin embargo, la primera noche, cuando buscaba en vano el sueño, rechazando a patadas a las ratas que se aventuraban en mi lecho, el recuerdo de aquellos ojos había sido lo único capaz de apaciguarme.

Y ahora estaban allí, mirándome fijamente.

Deslizó las manos bajo los volantes de su vestido, inclinándose un poco, dejando aparecer su esbelto cuello ceñido por un collar. Tuve la tentación de tender el brazo, de arrancarle lo que yo suponía era el símbolo de su servidumbre.

Se acercó a mí. Tenía la dulzura en su mirada. Colocó ante mi rostro, como para protegerse de mis ojos, el libro encuadernado en piel leonada con incrustaciones de oro, cuyas letras aparecían medio borradas de tanto como las habían acariciado los dedos de Michele Spriano.

Era la *Divina Comedia*, el libro de su maestro Dante. Él mismo me había dicho que había puesto varias veces su vida en peligro por conservarlo, y que hubiese preferido morir antes que separarse de él.

Entonces, habían matado a Michele Spriano.

Me dio la impresión de que me asestaban un golpe en la nuca.

No cogí el libro. Me arrodillé.

Sentí la mano de la mujer posarse sobre mis cabellos. Oí su voz,

ronca, la de una morisca, en efecto, cuyos acentos podían de repente volverse agudos.

Ahora el libro era para mí, decía. Michele Spriano había querido que se me entregase en el momento de su partida.

Alcé la cabeza. La joven retiró su mano pero sonreía.

Don García Luis de Cordoza había devuelto la libertad a Michele Spriano, que había dejado Granada aquella misma mañana.

Iba a Málaga y, de allí, tan pronto como encontrase un navío en cualquier convoy de galeras de regreso, embarcaría para Barcelona y luego a Génova o a Pisa.

Michele quería que yo conservase el libro hasta el día en que nos reencontrásemos aquí o en el Purgatorio.

La morisca siguió sonriendo.

—No imaginaba —prosiguió— que os encontraríais ni en el Cielo ni en el Infierno. Me dijo que, en realidad, ya habíais estado en el Infierno.

Desde Barcelona, añadió, el mercader toscano haría llegar un mensaje al conde Diego de Sarmiento, pues no estaba seguro de que don García Luis de Cordoza lo hubiese hecho.

Cogí el libro y lo estreché contra mi pecho.

La mujer se sentó en el taburete. La luz que caía de la tronera iluminaba sus manos de dedos ahusados y uñas nacaradas.

—Estoy en prisión como tú —murmuró.

Frunció los labios y yo ya no vi otra cosa que aquella boca turbadora.

—Pero —dijo señalando las paredes del cuarto— nada me retiene, ni muro ni puerta. Puedo salir del Presidio a mi antojo, subir hasta la Alhambra, caminar por la orilla del Darro, elegir la iglesia donde ir a rezar…

Se echó a reír.

—¡Soy cristiana como tú!

Con un rápido movimiento de la mano izquierda, retiró su mantilla y pasó los dedos entre sus negros cabellos.

—Mi sangre es mora —precisó—, pero has de saber que mi linaje es noble. Soy una Thagri.

Ya no sonreía, pero se puso a hablar con su voz ronca, murmurando que todos los cristianos ignoraban la historia de los

gloriosos reinos de Córdoba y Granada. ¡No había más que mirar la Alhambra! ¡La grandeza del reino de los moros podía medirse en la altura de las murallas de ese palacio! Pero la fuerza de los moros había sido aniquilada por una joven esclava española, Isabelle de Solís. Se había convertido al islam, cambiado su nombre por el de Thouraiya y había vuelto loco de pasión —ciego, también— al rey Mohamed. Entonces llegó el tiempo infortunado de reyes cobardes, de reyes llorones, de Boabdil…

Al llegar a este punto se levantó.

—Yo era Aixa. Pero, junto con el bautismo, recibí el nombre de la que vosotros llamáis Virgen María. Me llamo Lela Marien.

Abrió la puerta.

—Gobierno el corazón y el cuerpo de don García Luis de Cordoza. Soy yo quien obtuvo la libertad para Michele Spriano.

Se volvió hacia mí y me acarició la mejilla con la punta de sus uñas.

—¿Y qué quieres tú?

24

Tenéis que perdonarme, Dios mío, pero ofrecí mi cuerpo y mi alma a la que habían bautizado como Lela Marien.

Acostados uno junto al otro, bajo los velos de la habitación situada en una de las torres del Presidio, no lejos de mi cuarto de prisionero, me repitió dulcemente como un sortilegio: «Lela Marien, —luego exclamó con voz firme y orgullosa—: Marien, María… ¡Llevo el nombre de la Virgen María, la madre de Dios!».

Se incorporó. Estaba desnuda.

Me sorprendieron, la primera vez que los descubrí y acaricié, sus voluminosos senos, firmes y turgentes, sus anchas caderas. No imaginaba que debajo de su vestido negro ceñido pudiese ocultar fruto tan jugoso.

Se sentaba con las piernas cruzadas, la cascada de su negra cabellera cayendo en largos rizos que cubrían sus hombros. A menudo ponía las palmas bajo sus senos como si quisiese sostenerlos o sopesarlos.

Se inclinaba hacia mí y su cuerpo tocaba el mío, pero, cuando quería cogerla, se me escapaba.

Era ella quien me poseía. Ella quien me iniciaba. Ella quien velaba en mi prisión antes de que don García Luis de Cordoza volviese de sus inspecciones.

El capitán general solía ausentarse, a veces varios días, para ir a Córdoba, a Cartagena o a Sevilla.

Lela Marien me confió que sus viajes lo agotaban, pero que tanto el rey como el emperador exigían que se vigilase Andalucía.

—Los españoles la han conquistado, pero tienen miedo —murmuraba Lela Marien.

Cruzaba las manos en su nuca y se balanceaba lentamente adelante y atrás.

Doblaba su cuerpo, que no era grácil precisamente, sin ningún esfuerzo. Sentada incluso, abrazaba mi pecho mientras yo permanecía tendido, rozándome con la punta de sus senos. Luego se

alejaba y se echaba hacia atrás, con las caderas y las piernas siempre inmóviles, hasta que su nuca rozaba el lecho y sus senos se hinchaban, tensos, provocadores.

—Tú eres cristiano, pero no eres español —insistía, enderezándose—. Los españoles son unos cerdos, unos perros, no por ser cristianos, sino por el hecho de ser españoles.

Callaba mis protestas apoyando la palma de su mano en mis labios.

—Debes ser antes que nada de tu país, de tu familia —me decía—. A los españoles no les gustan las gentes del rey de Francia. Don García te odia. Te mantendrá prisionero, luego te hará estrangular o envenenar por ser francés y porque yo te he elegido. Manda ejecutar a todos los hombres que elijo. Yo le doy demasiado placer para que me mate.

Tensaba y curvaba su cuerpo como un arco, en equilibrio sobre la punta de sus pies y la yema de sus dedos, con las piernas ligeramente separadas, y yo adivinaba su herida roja, de labios casi negros.

—Puedo hacer lo que quiera con mi cuerpo —decía, jadeante—. Y él lo sabe. No puede renunciar a mí. Querría que fuese su esclava, pero nadie puede ser mi amo.

Me miró fijamente y fue como si su mirada azul y blanca me clavase al suelo, como si me encadenase.

Murmuró:

—Los españoles tienen miedo. Don García Luis de Cordoza tiene miedo de mí. Sabe que jamás olvidaré que soy Aixa, descendiente de los Thagri. Los míos tenían más tierras y palacios, más hacienda que los reyes de Córdoba y de Granada. ¿Crees que por haberme bautizado con el nombre de Lela Marien voy a olvidarlo? Soy morisca, y aquí todos seguimos siéndolo. Un día, Alá, si permanecemos fieles a él, se acordará de que esta tierra es nuestra y nos la devolverá. Y la Alhambra y todas las mezquitas serán de nuevo nuestras.

Posaba la palma de su mano sobre mi pecho.

—Tú no eres español. Tienes que dejar Granada antes de que ese cerdo del capitán general te haga matar.

Sus dedos revoloteaban sobre mi piel. Me estremecí. Lela Marien se tendió a mi lado.

—Haz caso a Aixa —murmuró.

25

Una noche de marzo, con las ratas corriendo y saltando de una pared a otra del cuartucho, aferrándose a mis botas cuando intentaba golpearlas —me daba la impresión de resistir el asedio contra esta tropa hormigueante que tomaba al asalto mi cama y me habrían devorado si hubiese dejado de combatir un instante—, Lela Marien abrió la puerta.

La luz blanca de una noche ventosa iluminó el cuarto.

Las ratas se inmovilizaron, formas negras apretadas unas contra otras en el suelo.

Lela Marien dio un paso y los roedores desaparecieron chillando, hundiéndose entre los escondrijos de las paredes.

Me levanté.

—No volverá hasta dentro de varias semanas —dijo Lela Marien, cogiéndome de la mano—. Tienes que irte esta noche.

Cogí mis botas. Una rata enorme salió de una de ellas mirándome fijamente con sus ojos rojos.

Se oyó un silbido seguido de un golpe seco. La rata yacía en el suelo con la cabeza cortada.

Vi el brillo del sable curvo, la cimitarra que empuñaba Lela Marien.

Me arrastró fuera del cuartucho.

No he olvidado ni un instante, ni una palabra de aquella noche.

Caminamos juntos por los desiertos corredores del Presidio. Sólo oíamos el viento arremolinándose en las ventanas, barriendo patios, doblando las ramas de los árboles, silbando entre los porches. Era tan gélido, después de pasar por los valles del Darro y el Genil y de bajar por las sierras de nevadas cumbres, que cortaba los labios y las mejillas y despellejaba las manos.

Bajamos unos cuantos peldaños, avanzando bajo una bóveda baja, guiados por un hombre que llevaba una antorcha. Sentí el roce

de unas alas y unas ratas deslizándose y corriendo a saltitos. Y de pronto, el cielo tachonado de estrellas y el rumor de un río.

Estamos en la orilla del río Genil. Reconozco los arcos del Puente Verde que habíamos cruzado al entrar en Granada en compañía de Michele Spriano y del padre Fernando. Llevo la mano al pecho para asegurarme de que la *Divina Comedia* sigue allí alojada entre mi camisa y mi piel.

El viento es tan fuerte que nos obliga a caminar encorvados hasta los caballos que otro hombre custodia.

—Es Juan Mora —dice Lela Marien—. No te dejará si tú no se lo pides.

Me entregó una bolsa con monedas. El gesto era de tanta determinación, su voz tan resuelta, que la acepté sin protestar.

—Estarás en Valladolid antes de que don García haya vuelto a Granada. Si Diego de Sarmiento es de verdad un amigo, el capitán general no podrá nada contra ti.

Quise abrazar a Lela Marien. La sentí vacilar. Creí que iba a abandonarse.

Le llamé Aixa y le propuse que huyese conmigo. Dejaríamos España. Ganaríamos Francia. Viviríamos en la Torre del Castro, olvidados del mundo. Cabalgaríamos y cazaríamos en nuestras tierras, de Thorenc a Andon, desde Cabris hasta los acantilados que dominan el valle del Siagne.

Me interrumpí.

Volví a ver la Gran Fortaleza de
Mons.

Pensé en Mathilde, en Dragut.

Aixa me metió prisa, repitiéndome que tenía que irme de inmediato, atravesar Granada y remontar el valle del río Darro para alcanzar el camino de Linares al amanecer.

—Juan Mora es un buen guía. Sabe matar cuando es necesario —aseguró.

La cogí por los hombros, repitiéndole que tenía que dejar Granada, abandonar España y venirse conmigo.

Juan Mora había montado ya su caballo.

—Sigue tu camino —murmuró Aixa—. Si Alá lo quiere, nuestros destinos se cruzarán de nuevo. Pero tú eres cristiano…

Se echó a reír.

—Yo también…

Me besó.

—… Pero me has llamado Aixa, sabes quién soy. ¡Vete!

Hasta estas páginas que acabo de escribir y en las cuales he querido permanecer fiel a lo que he vivido, nunca me había dirigido a Aixa por su nombre de pila.

Lela Marien no era más que una máscara, una mentira.

En mi último recuerdo, Aixa es la morisca intrépida que blande una cimitarra para cortar la cabeza de una rata o de un cristiano.

Pero al evocar así a la combatiente y a la rebelde, a la enemiga, no hago sino adelantar el curso de los acontecimientos y de mi vida…

Galopaba, pues, escoltado por Juan Mora. El viento era tan vivo, tan hostil, que iba inclinado sobre el cuello de mi caballo, agarrado a su crin. Soñaba con acercar mis manos a la lumbre. Pero cuando le grité a Juan Mora que deseaba hacer un alto, me lanzó semejante mirada de desprecio y espoleó con tanta energía a su montura que lo seguí sin rechistar.

Atravesamos sierras y ríos, rodeando las poblaciones de Linares, Ciudad Real y Toledo. Nos acostamos en las grutas que Juan Mora sabía encontrar entre peñascos y matorrales. Dormíamos apretados el uno contra el otro. Juan Mora se echaba la capucha de su capa sobre el rostro como para advertirme que no respondería a ninguna de mis preguntas.

Las primeras noches le hablé de Aixa, interrogándolo sobre la familia Thagri. ¿Era tan poderosa, tan rica y tan noble? ¿Cómo la descendiente de una familia así se había convertido en la mujer de placer de ese viejo de mejillas grises, don García de Cordoza?

Juan Mora, con los labios apretados, hacía como si no me hubiese oído. Sin embargo, una expresión de cólera le endurecía el semblante.

Lo miré. Las arrugas, casi cicatrices, trazaban profundos surcos de las sienes a la boca. Una barba negra, corta y recia, le afilaba el rostro.

¿Pertenecía también él al clan de los Thagri?

Después de haberlo visto varias veces al día saltar del caballo,

alejarse unos pasos del borde del camino para acuclillarse e inclinarse en dirección al sur y rogar a su dios, comprendí que el nombre de Juan Mora también era un disfraz.

Y, una vez más, me acordé de las palabras de Robert de Buisson. Quizás todos los moros de Andalucía habían permanecido fieles a su fe. Algún día ese fuego que incubaban devoraría el antiguo reino musulmán.

Cuando avanzábamos al paso, subiendo la sierra de Guadarrama, dije a Juan Mora:

—Tú no eres cristiano y quieres expulsar a los españoles. Te escondes detrás de tu nombre esperando el día en que puedas degollarlos.

Habíamos llegado a la cima del puerto. Extendió su brazo y divisé en el horizonte, en la confluencia del Esgueva y el Pisuerga, las murallas de Valladolid.

El viento había cesado cuando franqueamos las puertas de la ciudad.

Una multitud ruidosa se apretaba en las calles adoquinadas entre las fachadas adornadas de estatuas y mosaicos. Caballeros y coches se abrían paso con dificultad entre los puestos de los comerciantes.

Echamos pie a tierra llevando nuestros caballos de las riendas para atravesar las plazas.

Era una villa opulenta y orgullosa. En ella se habían casado los Reyes Católicos, Isabelle y Fernando. Allí había muerto Cristóbal Colón, que había llevado la cruz de Cristo a las fronteras del mundo y convertido a los paganos a la nueva fe.

En ella vivía la nobleza de Castilla.

Caminé lentamente, con la impresión de haber alcanzado mi objetivo. Aquí empezaba mi verdadera vida, al fin libre de cadenas.

Me santigüé ante la fachada de una iglesia de piedras cinceladas que más tarde supe era Santa María la Antigua, construida por orden del emperador borgoñón y germánico Carlos
V.

A unos pasos se alzaba, ocre y austero, el Palacio Sarmiento, la residencia de Diego de Sarmiento, mi antiguo compañero de calabozo.

La alegría henchía mi pecho. Cuando desembarcamos de las

galeras en los muelles de Tolón, con la villa entregada a los infieles, me había gritado la palabra *esperanza*. Y ahora era libre. En la ciudad de los Reyes Católicos, que habían hecho morder el polvo a los infieles, los soberanos cuya epopeya, la Reconquista, tantas veces nos había relatado Sarmiento en los baños de Argel.

En el momento en que pasaba bajo el pórtico, Juan Mora se acercó a mí. Entrecerró los párpados, enmascarando así su mirada.

—Puedes despedirme —me dijo—. Te he traído adonde querías.

Giró la cabeza, mostrando la calle, la muchedumbre, la ciudad.

—¿Qué quieres? —pregunté.

Permaneció silencioso, de brazos cruzados.

—Puedes irte o quedarte, eres un hombre libre —añadí.

Su rostro se contrajo en una mueca. Adiviné su desconcierto y el desprecio en esa forma tan suya de fruncir los labios, que acentuaba las arrugas en torno a su boca.

Yo era el amo que Aixa le había dado. Me correspondía a mí elegir. Vivir —lo sabía desde que en Tolón me negué a ser comprado por mi padre— era decidir.

Posé la mano en el hombro de Juan Mora.

—Te quedas conmigo.

Me miró fijamente y, alzando orgulloso la cabeza, añadió:

—En otro tiempo, el nombre de Valladolid era Belad-Oualid.

Y repitió con una voz más fuerte y ronca:

—Belad-Oualid, Belad-Oualid…

26

Diego de Sarmiento abrió los brazos y me estrechó en ellos hasta hacerme perder el aliento.

Luego permanecimos en silencio.

Había imaginado que evocaríamos nuestros sufrimientos pasados en el infierno de las galeras y en los baños de Argel.

Quería hablarle de Mathilde de Mons y de Dragut, de Michele Spriano, recordarle la palabra *esperanza*, que me había gritado en el puerto de Tolón y que jamás olvidé.

Pero me sentía abrumado por esos recuerdos que se agolpaban en mi garganta dejando un gusto dulzón de sangre en la boca y en los ojos imágenes de muerte.

¡Cuántos cuerpos mutilados ante mí durante aquellos años!

Miré a hurtadillas a Sarmiento. Inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las pantorrillas, se mantenía inmóvil, como si también él contemplase fascinado el tiempo pasado.

Emanaba de él una sensación de fuerza. Parecía más corpulento que antes. Su rostro, más redondo, estaba preso en una barba rizada. Apretaba los puños.

Tendió las manos por encima de las llamas azuladas que crepitaban en la chimenea. Le confesé que mis dedos habían estrangulado a un renegado y que, a menudo, el rostro y el cuerpo de aquel hombre se me aparecían atormentándome como un remordimiento, aun cuando yo no me arrepentía de haberlo matado.

Sarmiento se volvió lentamente hacia mí, encogiéndose de hombros.

Un renegado, dijo, todavía más que un infiel, merecía a sus ojos ese castigo. Y el remordimiento no era más que una trampa del diablo.

Alzó la voz para continuar: quien combatía en nombre de Cristo tenía el derecho a castigar y matar a los que renegaban del

bautismo, cometían actos sacrílegos o mancillaban con su presencia los Santos Lugares. No había que mostrar ninguna piedad por herejes ni infieles. Unos rehusaban la comunión y la santa misa, los otros profanaban la tumba de Cristo o convertían nuestras catedrales en mezquitas.

¿Podía un cristiano aceptar semejante iniquidad?

Acompañaba estas palabras con gestos amenazadores de sus puños, como si fuesen dirigidos a unos hipotéticos enemigos agazapados en la penumbra de la pieza, iluminada solamente por un fuego que me quemaba la cara pero me dejaba los hombros y la espalda ateridos de frío.

Continuó diciendo que había que limpiar los reinos cristianos, desde las tierras del imperio hasta las riberas del Mediterráneo, de la chusma hugonote: protestante, calvinista, luterana, qué más daba el nombre con que se adornasen. Todos esos *mal-sentants* de la fe eran los aliados de los infieles, y debían ser arrojados a los grandes desiertos del confín del mundo, de donde habían surgido como nubes de langostas.

La Reconquista no había acabado. Debíamos conquistar Argel y Túnez, y liberar, como había hecho Carlos V años antes, a los esclavos cristianos que se encontraban allí encadenados, actuando del mismo modo en Constantinopla y Jerusalén.

Para un católico, era el único deber al que consagrarse.

Sarmiento se levantó y, con la mano posada en la empuñadura de su espada, dio algunos pasos que resonaron en la estancia de paredes de piedra.

Lo seguí con la mirada mientras la oscuridad envolvía su poderosa silueta negra.

Se volvió hacia mí.

—Bernard de Thorenc —dijo con voz solemne—, tú estás con el regente de España, nuestro Felipe. Estás con su padre, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, nuestro Carlos V.

Estás con ellos porque son los legítimos soberanos católicos, porque son los caballeros de la Fe de Cristo y quieren restablecer de un extremo a otro del mundo la Santa Monarquía universal.

Yo estaba emocionado. La convicción y la energía de Sarmiento me arrastraban.

Sí, yo quería ser uno de los soldados de aquella cruzada.

Dije que había jurado combatir a los infieles para liberar a mis compañeros de galera y prisión martirizados por los verdugos de Dragut el Cruel.

Y quería rescatar a los que había corrompido.

Murmuré el nombre de Mathilde de Mons.

Añadí que quería borrar la traición de aquellos de entre los míos que habían servido al rey de Francia, aliados de los infieles.

Sarmiento sonrió con desprecio.

—Los reyes de Francia son como velas: es el viento más fuerte el que las tensa y las hincha.

Me cogió amistosamete del brazo y me guió por los corredores del palacio.

Atravesamos grandes salas de cuyas paredes colgaban crucifijos, armas y tapices. En la penumbra, los muebles de madera negra parecían macizos peñascos. Adivinaba los grandes cuadros de marcos dorados.

—El conde Rodrigo de Cabezón, embajador de España en el reino de Francia, nos escribió que Enrique II se tiene por buen católico. Su esposa Catalina, sobrina del Papa, navega con la pericia de un viejo marino. Pretendía casar a una de sus hijas con nuestro rey Felipe. Pero el emperador ha elegido para Felipe a la reina de Inglaterra de modo que, cuando ese matrimonio se haya consumado, Francia quede atrapada entre nuestras fauces y no le quede más remedio que someterse.

Sarmiento se detuvo frente a mí.

—¿Sabes quién está aquí, a mi lado? Enguerrand de Mons, el hermano de esa renegada. No es el único noble francés que ha venido a servir al rey y al emperador católico. Si quieren conservar su trono, Enrique II y Catalina deben ir allá donde sopla el viento. ¡Y nosotros somos el viento!

Me invitó a seguirlo, contándome que, según el conde Rodrigo de Cabezón, Enrique II, irritado por los conciliábulos y conspiraciones de los *mal-sentants* de la fe, se había puesto furioso y se había confiado al embajador con estas palabras: «¡Juro que, tan

pronto como resuelva mis asuntos exteriores, haré correr ríos de sangre y por las calles rodarán las cabezas de esa infame canalla luterana!».

—Lo ayudaremos a liquidar esos asuntos —añadió Diego de Sarmiento—. E incluso le prestaremos a algunos de nuestros soldados e inquisidores para que acabe con esos hugonotes.

El tono de su voz era cortante como una afilada cuchilla. Me estremecí cuando añadió que, según Cabezón, el conde Louis de Thorenc, su hijo Guillaume y su hija Isabelle se habían pasado a las filas de esos nobles protestantes que, en torno al almirante Coligny, el príncipe Condé y muchos otros, habían roto con la fe católica, proclamándose reformados.

Sarmiento me rodeó los hombros con su brazo.

Todos los linajes, añadió, aun los más ilustres, llevan en su tronco ramas podridas.

Sabía que don García Luis de Cordoza, su tío, capitán general de Granada, protegía a una morisca, una libertina que fingía ser católica pero que de hecho era una Thagri, de esos moros que jamás habían asumido la Reconquista. ¿Había alguien tan estúpido como para creer que esa mujer se había vuelto una buena católica?

—Los conversos, los renegados, tienen alma de felones. Quien ha traicionado su fe traicionará de nuevo —concluyó—. Pero don García es un corrupto al que el emperador protege en recuerdo de las guerras pasadas.

Aquel día empecé a aprender lo que es el gobierno de los hombres.

Habíamos llegado a una pieza más pequeña que las otras, de paredes cubiertas de anaqueles en los que se alineaban libros.

Uno de ellos, posado sobre un caballete, estaba abierto.

Mientras Diego de Sarmiento lo hojeaba, yo dije que Michele Spriano, antes de partir y embarcarse para Málaga, me había confiado un ejemplar de la *Divina Comedia* que apreciaba más que a su vida.

Lo extraje de mi camisa y se lo tendí a Diego de Sarmiento.

—Michele Spriano… —murmuró, cogiendo el libro.

Su voz no presagiaba nada bueno y, cerrando los ojos, os supliqué, Señor, que protegieseis a Michele.

Pero era demasiado tarde. Vos juzgasteis que era necesario que siguiese sufriendo. Pero ¿para castigarle de qué?

En el mismo tono monocorde, Diego de Sarmiento me contó cómo unos corsarios berberiscos habían atacado tres galeras españolas que habían zarpado de Barcelona rumbo a Génova.

Michele Spriano estaba a bordo de la que había sido capturada por los infieles.

El combate había sido largo. Uno de los marinos que logró reunirse con los demás navíos españoles contó después cómo el mercader italiano había sido perdonado por los berberiscos y arrojado como un saco sobre el puente de la galera musulmana. Se había batido al lado de la tripulación, pero era una buena presa.

Lo imaginé encadenado en el cuchitril de la chusma de galeotes, entre las ratas y el olor a excrementos.

¿Por qué, Señor?

—No lo mataron, puesto que no lo hicieron durante el combate —aseguró Sarmiento—. Han fijado su rescate. Y nosotros se lo entregaremos a los monjes redentoristas para que, en su próximo viaje a Argel, puedan rescatarlo.

—¡Cuánto sufrimiento! —murmuré—. ¡Protégele, Dios mío!

A Sarmiento no le gustó mi plegaria, el tono suplicante de mi voz.

—¡A Dios rogando y con el mazo dando! —exclamó—. ¡Dios no escucha a las plañideras, quiere caballeros!

Se acercó al atril y empezó a leer en voz alta y firme:

—El soldado que reviste su cuerpo con la armadura de acero y su espíritu con la coraza de la fe, ése es el verdadero valiente y puede luchar seguro en todo trance.

»Defendiéndose con esta doble armadura no puede temer ni a los hombres ni a los demonios. Porque no se espanta ante la muerte que desea. Viva o muera, nada puede intimidar a quien su vida es Cristo y su muerte una ganancia. Lucha generosamente y sin la menor zozobra por Cristo; pero también es verdad que desea morir y estar con Cristo porque le parece mejor… los soldados de Cristo combaten confiados en las batallas del Señor, sin temor alguno a pecar por ponerse en peligro de muerte y por matar al enemigo.

Para ellos, morir o matar por Cristo no implica criminalidad alguna y reporta una gran gloria. Además, consiguen dos cosas: muriendo sirven a Cristo, y matando, Cristo mismo se les entrega como premio. Él acepta gustosamente como una venganza la muerte del enemigo y más gustosamente aún se da como consuelo al soldado que muere por su causa. Es decir, el soldado de Cristo mata con seguridad de conciencia y muere con mayor seguridad aún… No peca como homicida sino —diría yo— como malicida, el que mata al pecador para defender a los buenos. Es considerado como defensor de los cristianos y vengador de Cristo en los malhechores.

Sarmiento alzó la cabeza.

—Esto es lo que escribe san Bernard en la carta a los caballeros del Temple —añadió.

Sarmiento se acercó a mí.

—Jamás en la Tierra ha habido tantos malhechores —exclamó—. ¡Sé el soldado de Cristo, tú que te llamas Bernard!

27

Viví varios años a la sombra de Sarmiento.

Lo admiré.

Lo vi saltar al albero, armado solamente con una corta daga, enfrentándose a un toro que piafaba y cuya baba inundaba el hocico de espuma blanca.

Avanzó hacia él, con los brazos abiertos, ofreciendo su pecho a los cuernos del animal.

Era en la villa de Benavente. Toda la corte, toda la nobleza de Castilla se apretaba en el tendido, en torno a Felipe, el rey regente, y a su hijo don Carlos.

Sarmiento me cuchicheó que aquel niño de nueve años, el heredero del trono de España, nieto de Carlos V, era un pelele que con frecuencia se tiraba por el suelo, pateando, chillando, dándose cabezazos contra las piedras, con su cabezón arrugado como el de un viejo y babeando como un animal furioso aunque careciese de su fuerza, cojo, contrahecho, jorobado, idiota, tan feo que nadie se atrevía a mirarlo; tal era la cruz que sobrellevaba nuestro regente, nuestro Felipe.

Habíamos dejado Valladolid y viajábamos hacia La Coruña, donde nos esperaba una flota de ciento treinta navíos.

Desde hacía unas semanas, en el Palacio de Valladolid no había un noble de Castilla o de Aragón que no intrigase para estar en este viaje. Nos dirigíamos a Londres para asistir a los esponsales de Felipe y la reina de Inglaterra, María Tudor.

Fue en circunstancias como ésas cuando pude comprobar el poder de Diego de Sarmiento.

Al día siguiente de mi llegada a Valladolid, me había dicho que debía caminar siempre a su lado.

—No tengo hijo ni hermano —añadió—. Serás ambos para mí.

Y en su compañía frecuenté los salones de los palacios de

Valladolid, los de la Plaza Mayor y los de las plazas del Ochavo y Fuente Dorada.

Los nobles vestían de negro riguroso, su jubón realzado por collares de oro. Sus cabezas morenas parecían bustos posados en las gorgueras de puntilla blanca.

Se inclinaban ante Sarmiento, lo solicitaban. Todos querían formar parte de los que —unos cientos— acompañarían a Felipe y embarcarían con él en uno de los ciento treinta navíos que singlaban hacia Inglaterra.

Sarmiento los escuchaba distraídamente, mirando a las mujeres.

A veces se dirigía a una de ellas, por ejemplo a Eufrasia de Guzmán, o a una jovencita de apenas trece años, Ana de Mendoza y de la Cerda, la más rica heredera de España, que llevaba el ojo derecho cubierto con un parche negro. Se decía que lo había perdido en el curso de una lección de esgrima o tal vez en un duelo, pero el izquierdo llameaba y, cuando su mirada se detenía sobre mí, bajaba la cabeza turbado por aquella insolencia que rozaba el impudor.

Sarmiento, tomándome del brazo, me cuchicheaba con voz ronca:

—Ana de Mendoza y de la Cerda está en primer lugar con Felipe, después conmigo y luego con Ruy Gómez, al que el regente la había prometido por haberle negociado en Londres el contrato matrimonial con aquella reina vieja y gris, sin cabellos ni cejas, y que debe de oler mal, esa María Tudor que tendrá que meter en la cama. ¡Que Dios le ayude! Pero él…

Escuché las habladurías. Sorprendí las confidencias de Ruy Gómez, que llegaba de Londres orgulloso de haber cumplido su misión.

—La reina María, que nunca ha estado en contacto con un macho, teme que nuestro soberano sea demasiado impetuoso. ¡Le aterran los toros españoles! A sus treinta y siete años está seca como un árbol que jamás ha dado fruto, una higuera que jamás hubiese recibido la lluvia. Y al mismo tiempo tiene tanta sed…

Se decía que Carlos V había escrito a su hijo para pedirle que «mostrase mucho amor y alegría a la reina».

Había risas ahogadas, y se leía la malicia en los ojos de los que describían a María Tudor y referían las palabras del emperador.

Miraban hacia doña Isabelle Osorio, la amante de Felipe, y murmuraban que tendría que irse de viaje, a menos que se retirase a un convento, como tantas otras mujeres a las que Felipe había honrado.

Yo escuchaba, miraba, aprendía.

Pensaba, Señor, que iba a empuñar mi espada contra vuestros enemigos, a vuestro servicio, y día tras día descubría la maraña de intrigas, envidias, celos, corrupción y fornicación que constituye el gobierno de los hombres.

¿Dónde estaba?

Me alojaba en una de las torres del palacio. Juan Mora dormía en el umbral de la puerta de mi cámara, acostado en el suelo, envuelto en su capa.

Pocos días después de nuestra llegada a Valladolid, fui despertado una mañana por gritos ahogados y ruido de lucha. Abrí la puerta. Sarmiento se hallaba de pie con los brazos cruzados. Tres guardias que jamás se apartaban de él y cuyas miradas ni me atrevía a cruzar mantenían a Juan Mora arrodillado y uno de ellos había apoyado la hoja de un puñal contra su garganta.

—Me ha guiado desde Granada —dije—. Confío en él.

—¡Que se vaya hoy mismo o le corto el gaznate! ¡Ningún infiel a mi lado, ni al tuyo! —replicó Sarmiento.

Juan Mora era de una familia de moros conversos, pero yo sabía de sobra que seguía rezando a su dios.

Quise devolverle una parte de los ducados que me había dado Aixa. Ni se dignó ver mi gesto. Ensilló su caballo sin decir una palabra, sin dirigirme una mirada.

Aquel hombre no pararía hasta matarnos: a Sarmiento, a mí, a los cristianos, dondequiera que estuviesen. Al verlo alejarse por las calles de Valladolid, atravesando la plaza de Santa María la Antigua, supuse que lo haría repitiendo el nombre de la villa en los tiempos en que reinaba un gobernador musulmán: Belad-Oualid.

Cuando Juan Mora hubo desaparecido, me sentí abrumado y dudé de vuestra voluntad, Señor.

¿Queríais que los hombres se destrozasen unos a otros? ¿Para hacer triunfar la verdadera fe —la fe en vos, Señor—, era necesario

matar a todos los que no la compartían?

No confié mis dudas a Diego de Sarmiento. Por entonces ya le temía. Una inclinación de cabeza suya, una palabra, un simple parpadeo, podía decidir la suerte de un hombre. Se volvía hacia los tres guardias que nos seguían, con la mano en la daga o en la empuñadura de la espada, señalaba a un transeúnte y los tres hombres se arrojaban sobre el desdichado. Jamás vi que ninguna de sus presas lograse escapar.

Unas veces era un mercader; otras, un cambista judío o un moro. En ocasiones, Sarmiento exigía solamente la entrega de unos miles de ducados. El regente Felipe necesitaba centenares de cofres llenos de monedas de oro para financiar la guerra que Carlos V libraba contra los príncipes luteranos y contra el rey de Francia, Enrique II, que los ayudaba, o bien para organizar los festejos que rubricaban la firma del contrato de matrimonio entre el regente de España y la reina de Inglaterra.

Por otra parte, el emperador había aconsejado a su hijo que se mostrase generoso con los ingleses, repartiendo miles de monedas de oro entre ellos, porque raros eran los hombres que no se podían comprar.

Sarmiento recaudaba, pues, los ducados para Carlos V y su hijo Felipe apoderándose de los cofres llenos de oro y plata que los mercaderes traían de sus viajes al Nuevo Mundo y de los cuales venían repletos los cascos de sus galeones.

¿Quién habría osado resistírsele? Quien se arriesgase a ello sería juzgado como hereje. ¿Acaso no desobedecía a un soberano católico?

Vi cómo plantaban una hoguera en la Plaza del Ochavo, en torno a la cual comenzaron a dar vueltas monjes de hábito negro que recitaban plegarias con las manos juntas.

Tan pronto como los soldados arrastraron a un hombre al pie de la hoguera, un sacerdote le presentó un crucifijo. Pero el hombre ni siquiera tenía fuerzas para levantar la cabeza.

La multitud en la plaza murmuraba.

Una vez atado a la picota, en el centro de la hoguera, el condenado empezó primero a salmodiar y luego a gritar que él era un buen cristiano que jamás había cometido sacrilegio, que Dios

sabía cuánto lo amaba y lo veneraba.

Finalmente, exclamó varias veces:

—¡Piedad! ¡Piedad para mí y para mis hijos!

Su voz se difuminó en el humo y el crepitar de las llamas que ahogaron sus últimos gritos.

En una de las capillas del Colegio de Santa Cruz, Señor, recé por aquel pobre desgraciado.

Y recuerdo mi terror cuando una loca idea, un pensamiento sacrílego, me asaltó de nuevo.

Me imaginé, Dios mío, que vos erais indiferente a la suerte de los hombres, que después del pecado original nos habíais condenado a la desgracia.

La tierra era el infierno. A veces, sólo a veces, el purgatorio.

Dragut no era más cruel que Sarmiento; Mathilde de Mons era tan renegada como Aixa Thagri.

A continuación temí que Diego de Sarmiento se hubiese revestido con la armadura de un cruzado sólo para ocultar que era un caballero del diablo.

Enterré en lo más profundo de mí aquellas herejías y continué al lado de Sarmiento.

Cuando un cortesano se presentaba ante él, se volvía hacia mí, me anunciaba con tono despectivo el nombre de ese noble castellano y añadía, inclinado hacia el hombre:

—Aquí tenéis a Bernard de Thorenc, tratad con él en todo como conmigo. Mejor que conmigo. Nos hemos sentado juntos en el banco de una galera berberisca. Nuestra sangre está mezclada. Una vale lo que la otra.

Me trataban con deferencia, pero yo veía en los ojos de los demás el brillo de los celos.

Las mujeres se acercaban, aunque yo sabía que, muy a menudo, era Sarmiento quien les pedía que se reuniesen conmigo. Las había usado y se deshacía de ellas. Me las ofrecía como un premio de consolación.

Forniqué, Señor, con la avidez y la rabia de mis veintisiete años.

En torno a mí sólo veía faldas levantadas, piernas abiertas, senos

desnudos.

Todas las fornicaciones, adulterios, desfloraciones de jóvenes púberes se llevaban a cabo en penumbra, detrás de puertas cerradas, de cortinas y visillos, a veces en el mismo suelo.

Se decía que el hijo de Felipe, don Carlos, que no había cumplido los diez años, era ya un vigoroso semental que asustaba a las mujeres —aun a las más ambiciosas, dispuestas a cualquier sacrificio— por su monstruosa fealdad y su locura, y se les arrojaba al cuello, eructando, chillando, aullando.

Se decía que Juan Manuel de Portugal, sobrino de Felipe, había muerto a los diecisiete años por haber montado cada día durante años a una mujer tras otra hasta la extenuación del caballero y sus monturas.

¿Dónde vivía yo?

¿En Valladolid, en España, en la corte del descendiente de los Reyes Católicos, o bien en la Sodoma y Gomorra del exceso y la relajación? ¿En la antecámara del infierno?

Pero lo cierto es que tenía veintisiete años y la vida me arrastraba. La estaba descubriendo. Era tan intensa que raros eran los momentos en que podía retirarme del mundo, olvidar mis apetitos y el espectáculo de aquellos hombres de negro y de sus mujeres de vaporosos vestidos que se rozaban antes de extinguirse en sus alcobas.

Aquel mundo me embriagaba.

Me arrodillé ante Felipe, que acababa de concederme, a petición de Sarmiento, el privilegio de acompañarlo a Inglaterra como uno de los nobles convidados a asistir a sus esponsales con María Tudor.

Al acercarme al soberano, descubrí su rostro, sus ojos velados, su prominente mentón, acentuado por una barba corta, que rodeaba, junto con el mostacho, una boca ancha cuyo labio inferior, grueso y amohinado, expresaba altanería, casi asco. Las arrugas subrayaban esta expresión. Las cejas se ensanchaban y terminaban en dos finas líneas negras que otorgaban a su rostro una crueldad contenida, aguda y perversa.

Aquel hombre, cuyos rasgos me inquietaban, era el ocupante legítimo del trono, el hijo del emperador del Sacro Imperio, el monarca al que debía y quería servir.

Besé la mano que me tendía como si fuese un príncipe de la Iglesia.

Luego me alejé andando hacia atrás para situarme junto a Sarmiento.

Tras unos días de fiestas, de fuegos artificiales, de justas y de espectáculos, que hicieron de Valladolid un gran teatro, partimos hacia La Coruña.

En el alto de Benavente descubrí a don Carlos y ya no pude apartar mis ojos de aquel niño, de cabeza desmesurada y arrugada como la de un anciano.

Luego comenzaron de nuevo las fiestas, los juegos, los duelos y los torneos, y, por fin un día, la corrida de toros en la plaza. Aquellos monstruos negros embestían bajando la testuz y enfilando los cuernos contra los caballos de los picadores, varios de los cuales ya habían volteado y destripado para delirio de la multitud.

Entonces vi a don Carlos caer al suelo, a los pies de Felipe, echarse a temblar y a babear con los ojos fuera de las órbitas.

Entre cuatro hombres lo agarraron por las piernas y los brazos y se lo llevaron mientras él se debatía y contorsionaba para dejar el cuerpo rígido de repente.

En la arena sólo quedaba un toro, una masa negra a la que no se habían atrevido a acercarse ni siquiera los caballeros armados con sus picas.

Entonces, Diego de Sarmiento saltó al coso, con su corta daga en la mano, y lo vi avanzar hacia el toro, con los brazos alzados y separados.

El animal se arrancó hacia él. Sarmiento lo esquivó y luego se agarró a sus cuernos, pegado al animal, que lo arrastró intentando desembarazarse de aquel hombre que lo degollaba.

La bestia se humilló mientras la sangre brotaba, cubriendo a su agresor.

Admiré a Sarmiento y lo temí más que nunca.

28

En Valladolid me arrodillé ante el regente de España y besé la mano del que Sarmiento llamaba ya Su Majestad Felipe II, rey de las Españas.

Nobles castellanos, íntimos de la corte de Carlos V, habían asegurado, a su llegada de Bruselas, que el emperador estaba cansado de reinar; no se hablaba de otra cosa en todos los palacios de Valladolid: Carlos V iba a abdicar y entregar la corona de España a su hijo.

Estuve al lado de Felipe II en varias ocasiones, en los tendidos de las plazas y en las frías salas de su palacio, o con ocasión de las cacerías de jabalíes y ciervos que organizaba en las orillas del Pisuerga o en los Montes Torozos.

Pero nunca lo vi tanto ni tan cerca como en el puente del navío que, tras haber dejado la rada de la bahía de La Coruña, surcaba con su estrave la mar océana en dirección a Inglaterra, donde esperaba la reina María Tudor para sus esponsales.

En todas las ocasiones me sorprendió la lentitud de su paso y de sus gestos y, sobre todo, el velo de enojo y desdén que empañaba su rostro. Su mirada sin brillo encubría algo inquietante y oculto. Su quijada, oculta por la barba, me pareció más pesada, desmesurada, igual que el labio carnoso, demasiado rojo para la palidez de sus mejillas.

Zarpamos el 13 de julio de 1554.

Yo estaba en la proa, escuchando los gritos de los gavieros, el chirrido de las jarcias, de las cadenas del ancla que se elevaba, de las velas que se izaban.

Todos esos ruidos fueron ahogados de repente bajo los cañonazos de las baterías de la ciudad saludando nuestra partida. Las salvas eran disparadas por los cañones del castillo de San Antón,

que alzaba sus grises murallas en un islote ribeteado de espuma, y el de San Diego, situado enfrente, en la punta de un pequeño cabo.

Yo había sido elegido, junto con algunas decenas de otros nobles españoles, para embarcar en el navío de Su Majestad. Noté incluso los celos del conde Rodrigo de Cabezón, embajador de España ante el rey de Francia, que nos acompañaba en este viaje.

Me lo había encontrado en el muelle de la Pescadería, vigilando el cargamento de sus cofres y de sus caballos a bordo de otro bajel.

Me había mirado de arriba abajo.

Así que yo era, me dijo, el hijo del conde Louis de Thorenc, hermano de Guillaume e Isabelle Thorenc, un hatajo de hugonotes enemigos del emperador Carlos y de España.

—¿Sabéis que están en Inglaterra para volver a ese país contra nosotros y contra su reina? Espero que vos los hagáis entrar en razón. Me imagino que Su Majestad os ha encargado esa tarea; de otra forma, ¿por qué os habría elegido para estar a su lado? ¡No decepcionéis al rey! Es implacable con los que fracasan. Pero ¿tendréis suficiente fe para entregar a nuestros inquisidores a vuestro padre y a vuestros hermanos?

Durante los días que precedieron a la partida di vueltas y vueltas a estas preguntas, e intenté renunciar a mi viaje. Algunas noches, incluso, imaginé huir, ganar Granada, volver allí con Aixa Thagri y convencerla para venir conmigo a la Torre del Castro.

Pero como si hubiese presentido mi preocupación, Diego de Sarmiento no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Se hallaba en un estado de excitación como nunca lo había visto.

Me arrastraba a lo largo de las callejuelas de la ciudad atestadas de coches cargados con los cofres de los nobles, recorridas por los soldados que se disponían a embarcar. En el muelle piafaban los caballos, que había que trabar antes de cargarlos en barcazas para transportarlos a los navíos anclados en la rada de la bahía o en la del Orzán; escapaban a veces de los palafreneros huyendo despavoridos hacia la Pescadería.

—¡Imagínate —me decía Sarmiento— que esta villa fue durante un tiempo de los emires de Córdoba! ¡La Coruña, al borde del océano, en manos de los infieles! ¡Qué sacrilegio y qué humillación! Todavía la añoran y, si no los aplastamos, un día, cuando tengamos

que comparecer ante el tribunal del Todopoderoso, los descendientes de esos emires vendrán a reconquistarla. ¡Y encontrarán aliados! Este matrimonio entre nuestro rey Felipe y la reina de Inglaterra es un medio de presionar al rey de Francia y obligarlo a combatir con nosotros. Es también el medio de reducir a los ingleses heréticos. Cuando Felipe II sea rey de Inglaterra, ¡las hogueras las encenderemos nosotros!

Se inclinaba hacia mí, interrogándome: ¿Había visto yo al conde Rodrigo de Cabezón? ¿Me había hablado de esos espías franceses, de los hugonotes que, en Inglaterra, intentaban levantar a la población conspirando contra la reina?

—¡Quiero que les cortes la cabeza a esas ratas! —me decía—. ¡Sean quienes sean! ¿Estás listo para esa tarea? Para llevarla a cabo no estarás solo…

Se alejó sin darme más explicaciones, y hasta que embarcamos y desplegamos el trapo no vi a bordo de la nave, de pie en la popa, no lejos de Sarmiento y de Felipe II, a Enguerrand de Mons y al padre Verdini.

Intenté dar la vuelta y esquivarlos.

No quería volver a encontrarme con los rostros de mi pasado ni conocer el papel que me habían destinado.

Pero un navío es una prisión y, desde el primer día de nuestra travesía, los guardias de Sarmiento me llevaron hacia uno de los tres camarotes situados bajo el castillo de popa.

El padre Verdini y Enguerrand de Mons estaban allí sentados, a un lado y otro de Sarmiento, en unos cofres de anchos herrajes negros. Como si hubiese temido que fuésemos a entregarnos a los recuerdos, mi protector dijo enseguida, con voz imperiosa:

—¡Sabéis lo que Dios y el rey esperan de vos!

Luego nos dejó.

Nos miramos unos a otros.

El tiempo transcurrido se interponía entre nosotros, como un río demasiado ancho.

El padre Verdini no era más que un hombre de cuerpo consumido pero de gestos nerviosos, cuya voz entrecortada seguía siendo demasiado aguda.

Se levantó y avanzó hacia mí.

—Hijo mío —dijo santiguándose y, luego, tratando de

abrazarme.

Hurté mi cuerpo a su abrazo y se quedó con los brazos abiertos, desamparado, antes de girarse hacia Enguerrand de Mons.

En el momento en que, muy a mi pesar, a la manera de un sollozo que invade el pecho, estaba a punto de conjurar el recuerdo de Mathilde de Mons, su hermano murmuró:

—Ha muerto.

Luego, incorporándose y mirándome fijamente, añadió con un tono de voz más fuerte:

—Ha muerto para mí.

¡Entonces vivía! Respiré aliviado y feliz.

Os di gracias, Señor, por no haberla castigado, por darle tiempo a vivir y obtener quizá vuestro perdón.

—La culpa es mía —dijo el padre Verdini dándose golpes de pecho— por permitir que se consumase la traición de aquéllos cuyas almas tenía a mi cargo.

Y esos malhechores habían comprometido los designios del emperador y del rey, explicó.

Los Thorenc se habían levantado contra la Santa Madre Iglesia empecinados en el error y la traición. Los sacerdotes y monjes ingleses pedían ayuda contra esos malhechores, esos *mal-sentants* de la fe.

—Hay que impedirles que sigan haciendo daño, y es a nosotros, que los hemos conocido, que hemos sido heridos en el corazón por el afecto que les profesamos, es a nosotros a quienes corresponde abatirlos. ¡Ellos son los hijos del demonio!

Habló largo y tendido, y comprendí que yo sería el cebo que les tenderían.

Me pasearía por las calles de Londres con los bolsillos llenos de ducados. Visitaría a cuantos eran hostiles a lo que se había dado en llamar el «matrimonio español», asegurándoles que me arrepentía, que Dios me había iluminado. Que quería encontrar a mi padre, a mi hermano y a mi hermana para ayudarlos. La lectura de las Santas Escrituras me había abierto los ojos. Había descubierto que la corte de España era un antro de corrupción. Quería combatir a los papistas, revelar que las tropas españolas —más de diez mil hombres— se disponían a desembarcar en Inglaterra. Que unos

quince navíos cargados de soldados habían dejado ya los Países Bajos. Necesitaba encontrar a mi padre para informar a sus amigos ingleses de las tortuosas intenciones de Carlos V y su hijo Felipe. Que me llevasen, pues, junto a mi padre, el conde de Thorenc, y sus hijos, Guillaume e Isabelle, pues me había enterado de que habían llegado a Londres clandestinamente.

—Querrán volver a verte —prosiguió el padre Verdini—. Los esperaremos contigo.

Miró a Enguerrand de Mons, que sería el verdugo. Él, el sacerdote, rezaría por los condenados.

—¿Y yo quién soy? ¿Judas? —murmuré.

El padre Verdini gritó exasperado. ¡Luchar contra los malhechores era servir a Dios y no traicionarlo! Ellos, que se habían aliado con los infieles antes de volverse herejes, eran los únicos felones y debían ser castigados.

Verdini se acercó a mí: ¿Acaso había olvidado los baños de Argel, los suplicios infligidos por Dragut el Cruel? ¿La muerte de unos, la corrupción de los otros, la humillación de todos? ¡Eso es lo que los herejes y los traidores habían permitido!

Bajé la cabeza pensando en Mathilde de Mons y en Michele Spriano.

Pero Dios no quiso que yo fuese Judas.

Sin embargo, actué como si fuese a cumplir mi misión.

Una vez desembarcados en Southampton, tras cinco días de travesía, cabalgué por las callejuelas de Londres.

Nadie quería a los españoles papistas. Y, para la multitud, yo era uno de ellos. Me insultaban, escupían en mi dirección. Trataban de encabritar a mi caballo. A veces, me arrojaban excrementos a la cara.

El mismo día en que se celebraron los esponsales del rey Felipe con la reina María Tudor en la catedral de Winchester intentaron derribarme. Unos niños se habían agarrado a mis botas como ratas. Tuve que espolear a mi caballo para reunirme con un grupo de nobles españoles que se dirigían a sus palacetes.

Pero no todos corrimos la misma suerte.

El pueblo odiaba a los extranjeros de tez morena, elegantes y orgullosos, que se pavoneaban con sus vestimentas de terciopelo

negro y satén blanco.

Los españoles tenían prisa por dejar esta ciudad, el país donde la lluvia no cesaba jamás y les obligaba a cambiar de ropas varias veces al día, sus sombreros y sus jubones empapados en un agua helada que chorreaba sobre el pavimento para convertirse, mezclada con la basura y los excrementos, en un fango negruzco y resbaladizo.

Por este fango es por donde me arrastraron.

Una mañana, poco después de haber dejado mi palacete, cuando la lluvia arreciaba y las gotas caían escurriéndose por mi cuello, el fieltro de mi sombrero empapando mi frente y mis mejillas, algunos hombres —¡y en esta ocasión no se trataba de niños!— se arrojaron sobre mí al pasar bajo un porche.

Estaba tan oscuro que no pude distinguir sus rostros. Pero sentí cómo me agarraban sus manos, cómo se estrellaban sus puños contra mis labios para impedirme gritar. Oí sus insultos: «¡Papista! ¡Español! ¡Inquisidor!». Dos de ellos huyeron con mi caballo. Los otros me agarraron de las piernas, tiraron de mí y arrastraron mi cabeza por el suelo, a través de una especie de pasillo embarrado entre dos casas.

Estaba medio muerto. Desorientado, y con espanto, tuve la impresión de que me arrastraban de nuevo sobre los adoquines de las calles de Tolón y que aquella multitud, cuyo rumor oía, era la de los infieles.

Me amordazaron, me vendaron los ojos, me maniataron, me llevaron a algún lugar y me arrojaron al suelo. Era de madera. Oía el crepitar del fuego. Me desembaracé de las ataduras y la venda.

Permanecí un rato deslumbrado por el brillo de los candelabros que iluminaban una estancia que, a la luz de las velas, me pareció dorada. Luego reconocí, sentados uno al lado del otro, a mi padre y a mi hermano. Y de pie, muy cerca de mí, a mi hermana, que me tendía la mano para ayudarme a levantar.

Me incorporé yo solo, trastabillando un poco, feliz en el fondo. Eran ellos los que me habían cogido y no yo quien los había entregado.

Prefería estar clavado en la cruz antes que ser juez ordenando el suplicio.

—¡Así que estás en Londres, con los españoles! —dijo mi padre.

Se levantó. Me pareció tan alto, tan fuerte y tan amenazador como siempre.

—¡Por Dios! ¿Cómo puedes seguir con los enemigos de tu rey? ¡Y te pones al servicio de un fornicador, de un incestuoso que se casa con una vieja reina que no tiene cabellos ni cejas y cuya nariz le come toda la cara! ¡Podría ser su madre! ¿Crees que Dios puede querer semejante aberración?

Mi hermano Guillaume no paraba de reírse. Mi hermana se mantenía aparte. Yo los miraba, intentando encontrar en alguno de ellos mis propios rasgos. Eran mi única familia en este mundo y, sin embargo, no me había emocionado, ningún impulso me empujaba hacia ellos. Mi vida había bebido durante tanto tiempo en otra fuente que incluso sus voces me parecieron extranjeras.

—Como sigas actuando contra el rey de Francia… —continuó mi padre.

Lo interrumpí. ¿Sabía él que Enrique II le había dicho al embajador de España, Rodrigo de Cabezón, que un día haría «correr por las calles la sangre y las cabezas de esa infame canalla luterana?

—¡Vosotros sois de ellos, de esos reformados! Por tanto, ¡enemigos de vuestro rey y de vuestra reina Catalina! ¡Yo estoy de su lado!

Se enfurecieron. Mi hermano vino hacia mí a grandes zancadas, blandiendo el puño izquierdo amenazador y con la mano derecha firmemente apoyada en el pomo de la espada.

Isabelle se interpuso, pero sus ojos y el rictus de su boca expresaban sin palabras el desprecio que alimentaba hacia mí.

Mi padre juró, lanzó maldiciones, dijo que la próxima vez que nos encontrásemos sería espada en mano, para un duelo a sangre.

¿Quién era yo?, prosiguió. Un hijo ingrato que había rechazado el rescate ya pagado al Dragut el Quemado, el tributo que me habría devuelto la libertad. ¡Un hijo traidor que había insultado al capitán general del ejército de Levante, el conde Philippe de Polin, y que, en lugar de servir a su rey, de ayudar a su propio padre, se había conchabado con españoles, con toscanos, con papistas cuyo afán era reducir el reino de Francia, humillar y vilipendiar a su nobleza!

Pero debía ponerme en guardia. Incluso si el rey Enrique II y su

madre, la florentina Catalina, perdían la razón y se dejaban engatusar por los españoles y los papistas, el reino no los secundaría. Los Borbones, los Condé, los Montmorency, los Coligny, los Thorenc valían más que los Valois, los Guisa o los Médicis.

—Tú estarás con ellos si la locura y la villanía los arrastran, pero también estarás contra nosotros, ¡y desenvainaremos la espada! ¡Ya veremos qué cabezas rodarán y qué sangre correrá por las calles! ¡No nos dejaremos degollar como corderos!

Mi padre me dio la espalda.

—¡Ve a contarles a tus amos lo que pensamos!

Entraron unos hombres provistos de cuerdas y pañuelos, con clara intención de maniatarme. Intenté resistirme, pero me molieron a palos y luego me amordazaron y me vendaron los ojos.

Tuve tiempo de ver a mi padre, que observaba la escena impasible.

Me llevaron con ellos de allí y me arrojaron al suelo. Seguía lloviendo a cántaros y me encontré con la boca metida en el fango.

Los perros y las ratas se acercaron a rozarme, olfateándome, mordiéndome. Me revolví como pude para alejarlos. Al cabo de varias horas, unos soldados me encontraron y arrancaron mis ataduras. Se reían al ver a un noble, que ellos suponían español, todo sucio y andrajoso.

Uno de ellos me espetó:

—¡Éste no es un país para los españoles! Volved a vuestra casa. Llevaos a la reina, ya encontraremos otra…

Bajó la voz y añadió:

—¡Más bella y menos papista!

Cuando vio mi rostro y mi cuerpo cubiertos de cardenales, Diego de Sarmiento juró que me vengaría. Y supe que sus guardias habían recorrido las calles de Londres y forzado las puertas de las casas en busca de mis agresores y de mi padre.

Pero el país entero se escondía.

Cuando salía, incluso escoltado, me arrojaban piedras. Se apretaban en torno a las hogueras que levantaban algunos obispos papistas, no para ver quemar a los herejes, sino para intentar arrancarlos de las llamas.

Sarmiento insistía: había que combatir la herejía del país matando a los que la encarnaban, ya fuesen nobles, sacerdotes o plebeyos. Se enfurecía porque Felipe II había obedecido al emperador, que recomendaba clemencia.

Me daba cuenta de que en el reino de la lluvia y el lodo, fuese cual fuere el rey, éramos impotentes, y tendríamos que irnos.

Incluso las mujeres se nos resistían, a nosotros, al soberano, a Sarmiento. Y si algunas doncellas de la reina escucharon mis cumplidos, fue porque era francés, lo que para ellas era una forma de manifestar el desdén que profesaban a los españoles.

¡Se burlaban incluso de su soberana, que aseguraba estar encinta de Felipe porque su vientre aumentaba! Se reían y bromeaban afirmando que María Tudor no estaba hinchada más que de agua o de un tumor, y no de vida. Bastaba con mirar su piel, sus escasos cabellos, para saber que no era fecunda, sino malsana, estéril, y, por otra parte, Felipe no le hacía ni caso, y se consolaba con jóvenes flamencas que le dispensaban sus favores en los discretos palacetes de Londres.

Por fin dejamos Londres. Pero el viento en Douvres era contrario, como si los elementos se hubiesen aliado contra nosotros. Tuvimos que esperar durante cinco días. Me daba la impresión —y el padre Verdini, Enguerrand de Mons, los nobles españoles y sin duda el mismísimo Felipe compartían mis temores— de que habíamos caído en una trampa.

Cuando al fin el viento giró hinchando las velas, estuve a punto de gritar de alegría.

Una vez desembarcados en Calais, cabalgamos hasta Bruselas, y la noche de nuestra llegada nos corrimos una juerga, con la espuma de cerveza cubriendo nuestros labios y nuestras manos hurgando en los corsés de las jóvenes.

Conocía y había custodiado a Su Majestad Felipe.

En Bruselas vi al emperador Carlos V.

¿Así que era aquél el hombre que reinaba en los reinos de aquí y en las tierras del Nuevo Mundo, Señor?

Esperaba a su hijo Felipe al pie de las escaleras de su palacio, los

dedos ganchudos, las manos deformadas, el torso encorvado, el cabello blanco. La gota lo atormentaba y su rostro estaba permanentemente crispado por el dolor. Al verlo vestido con un austero traje negro, cualquiera hubiese dicho que este viejo prematuro, que apenas contaba cincuenta y cinco años, llevaba luto por su propio vigor.

—Lleva la muerte impresa —murmuró Sarmiento.

Felipe se arrodilló y le besó las manos.

Se parecía a su padre en el pesado mentón y el cuerpo poco agraciado, pero tenía aún la agilidad de la juventud.

El emperador se apoyó en su brazo para subir las escaleras.

Era como el reencuentro del sol que declina y el astro de la noche que se eleva.

29

Recé por ambos soberanos, el emperador y el rey, por el padre y por el hijo.

Pero Carlos V no era más que un viejo incapaz de cerrar la boca, como si su mandíbula prominente, demasiado pesada, hubiese engullido tanto que no pudiese sino permanecer abierta, como la de un ogro castigado por habérselo comido todo.

El 25 de octubre de 1555, día de su abdicación, Carlos V, desde sus primeras palabras, se defendió, sin embargo, de haber sido voraz.

Había que prestar mucha atención para entender lo que decía, impedido como estaba, por esa boca reacia, de modular los sonidos. La saliva le resbalaba por la comisura de los labios. Se interrumpía a menudo, inclinando la cabeza a un lado, apoyándose en esos momentos en el brazo del que era ya Felipe II. Luego se incorporaba para continuar hablando:

—He preservado lo que me pertenecía por derecho —dijo—. A la muerte de mi abuelo Maximiliano me dieron la dignidad imperial. No la pretendí con ambición desordenada de mandar en muchos reinos, sino por mirar por el bien y común salud de Alemania, mi patria y muy amada, y de los demás reinos, particularmente los de Flandes, y por la paz y concordia de la Cristiandad, que cuanto en mí fuese había de procurar, y para poner mis fuerzas y las de todos mis reinos en aumento de la religión cristiana contra el Turco.

Miró largamente a la pequeña multitud compuesta por los diputados de los Países Bajos, los caballeros del Toisón de Oro y los embajadores reunidos en la gran sala del castillo de Bruselas.

La penumbra, pese a los candelabros, impedía distinguir los semblantes. La luz del atardecer que entraba por las ventanas era grisácea. Llovía desde la mañana; las ráfagas de viento y agua acompasaban sus frases golpeando los vitrales azul, rojo y oro.

De repente, un rayo de sol iluminó al grupo de los embajadores.

El padre Verdini me dijo que se hallaban presentes los representantes de reinos, ducados y principados y, naturalmente, en primera fila, el nuncio de Su Santidad el papa Pablo IV.

La luz se hizo más viva y, con estupor, miedo y cólera, reconocí, no lejos del nuncio, a mi padre y a mi hermano, enviados de Enrique II y Catalina de Médicis.

¿Cómo era posible?

Me volví hacia el padre Verdini, que se hallaba cerca de mí, y, por la forma en que bajó los ojos, comprendí que me había ocultado lo que sabía. Sin duda Diego de Sarmiento o Enguerrand de Mons, que se encontraban a mi lado en aquella sala, no ignoraban la presencia de un padre y un hermano que me habían hecho moler a palos y que yo tenía la misión de atraer en Londres para que cayesen en una emboscada.

¿Había cambiado todo en el espacio de unas semanas?

Eran hugonotes, *mal-sentants* de la fe, ¡y era un rey de Francia que pensaba hacer rodar las cabezas de los luteranos por las calles quien los había elegido como embajadores!

¡Y era un emperador que no había dejado de combatir a los herejes quien los acogía!

¿Era ésta la verdadera guerra franca que debíamos entablar?

¿Dónde estaban los caballeros del Temple? ¿Se habían olvidado de la *Carta* de san Bernard?

Diego de Sarmiento me cogió del brazo. Comprendía mi indignación. Pero las relaciones entre soberanos eran tan tortuosas como un laberinto. Y, por otra parte, Carlos V no era más que un emperador enfermo y maltrecho, aquejado de demasiados dolores para ejercer el poder. Sus manos eran incapaces de blandir la espada. ¡Se había visto obligado a acudir a su alojamiento en este palacio encaramado en una mula, imposibilitado como estaba para montar a horcajadas un caballo!

Era tiempo de dejar el cetro real en manos de su hijo.

Solté mi brazo. Me pareció que mi padre me observaba con esa expresión despectiva y llena de fatuidad tan suya. Tanto él como mi hermano me miraban con insolencia, mofándose de mí.

Carlos V seguía perorando con voz lánguida y cansina, la saliva

resbalando por su jubón, las manos temblorosas, con dificultades para sostener el pergamino, dirigiendo frecuentes miradas a Felipe II.

—… y principalmente habéis de mirar y guardaros no dañen ni inficionen la pureza de vuestra fe, las novedades y herejías de las provincias vecinas; y si acaso entre vosotros han comenzado a echar algunas raíces, arrancadlas luego con toda diligencia, si no queréis que nuestra república se acabe y consuma y se vuelvan las cosas de arriba abajo, dando con vosotros en mil desventuras y despeñaderos.

Se interrumpió, ahogado por la tos, escupiendo fatigado.

—¿Y nuestro emperador qué ha hecho? —murmuró Sarmiento—. ¡No ha podido aplastar la secta luterana! Ha establecido la igualdad entre nosotros y los herejes, entre el error y la verdad. Son libres para difundir sus sacrilegios y sus mentiras. ¡Y los príncipes que se han adueñado de los bienes de la Iglesia siguen conservándolos! ¡No te extrañe que reciba al conde Louis de Thorenc, hugonote, como embajador de Enrique II y de Catalina de Médicis! ¡Vaya par de dos! ¡La cobardía aliada a la brujería!

Me cogió otra vez del brazo y añadió:

—Cambiaremos todo eso. Empezaremos aquí, luego limpiaremos los Países Bajos y les cortaremos la cabeza a todos esos príncipes calvinistas que no hacen más que hablar. ¡Míralos, Bernard!

Señalaba en el estrado, a la izquierda de Carlos V, al príncipe Guillaume de Orange y, en las primeras filas, a otros señores flamencos, el conde de Egmont, el conde de Hornes, asimismo herejes. ¡A ésos, cualquier día, habrá que castigarlos, metiéndolos bajo tierra y devolviéndolos al infierno de donde han salido!

Me alejé tanto como pude de Sarmiento. ¡Se alojaba conmigo en el palacio de Arenberg, que pertenecía al conde de Egmont, al que acababa de prometerle el infierno!

Estaba hundido. Me parecía que avanzar a lo largo del camino de la vida era hundirse cada día más en ese abismo tenebroso que es el alma oculta de los hombres.

¡Y yo tampoco era inocente! Desde que había llegado a Bruselas, ¿qué había hecho sino fornicar, divertirme, atiborrarme de cerveza, carne y pescado? Y me sentí abandonado por vos, Señor, al volver

cada mañana a Nuestra Señora del Arenal, a unos pasos del palacio de Arenberg. Recé por los dos soberanos y por Michele Spriano, sin poder olvidar que vivía en aquella tierra, el infierno.

¿Pero había alguien que se preocupase todavía de pagar su rescate?

El padre Verdini me explicó cómo había intentado obtener de los más próximos al rey los mil ducados que reclamaba el capitán-pachá de Argel por su rescate.

¡Pero las arcas de España estaban vacías! Habían librado centenares de miles de ducados a Carlos V para permitirle llevar su guerra contra el rey de Francia. En vano, puesto que el embajador del rey Enrique II no era otro que el conde Louis de Thorenc y se iba a firmar una tregua aquí en Bruselas, en el castillo de Vaucelles, entre el rey de Francia y el emperador. ¡Y nosotros estábamos invitados a celebrarla en esta misma sala del castillo!

También había habido que armar los ciento veinte navíos para los esponsales en Inglaterra, llenarlos de regalos y cofres repletos de monedas de oro para comprar a los ingleses.

—¡Y ellos nos habían cubierto de inmundicias y de insultos! —murmuré.

El padre Verdini se contentó con decirme que él no renunciaba, que otros monjes redentoristas estaban a punto de salir para Argel. Luego se santiguó.

—¡Que Dios vele por Michele Spriano y por ti, hijo mío!

Ignoro, Señor, si habréis prestado atención a mi vida durante todos esos años que pasé en los Países Bajos españoles.

Iba a cumplir treinta años, corría de una alcoba a otra; acababa mis noches borracho, con la espuma de la cerveza manchando mis labios, la fatiga de la fornicación surcando mis mejillas.

¿Me habréis perdonado?

Pronto lo sabré, cuando comparezca ante vos.

Leyendo y releyendo la *Divina Comedia* imagino cuál podría ser mi suerte, devorado sin cesar en el Infierno y humillado y torturado en el Purgatorio.

Mi única excusa era el desasosiego que me atenazaba casi cada día.

Me enteré de que el papa Pablo IV, vuestro obispo de Roma, ¡había excomulgado al emperador Carlos V y al rey Felipe II y concertado una alianza con el rey de Francia!

Mis dos soberanos se veían privados de todas sus dignidades. ¡Y el culto divino quedaba proscrito en España!

¿Dónde estaba la verdad en este mundo?

¿Tendría que aceptar el parecer de los teólogos españoles que, reunidos en sínodo, autorizaban al rey a emplear la fuerza contra el sucesor de Pedro?

Ya se ponían en camino los soldados de infantería y la caballería del duque de Alba, el más despiadado colaborador de Felipe II, el que escribía a Pablo IV: «¡Vos sois el lobo que devora el redil de Cristo… Imploro la ayuda de Dios contra vuestra Santidad y juro en nombre de mi rey y señor, y por la sangre que corre por mis venas, que Roma temblará bajo el peso de mi espada!».

Pregunté a Diego de Sarmiento. Me tranquilizó con un ademán impaciente.

Todos sabían, según él, que Pablo IV era un enemigo de Carlos V y, como tal, perseguía a los príncipes italianos aliados del emperador. El embajador de España se lo había advertido: «Si la ira de Su Santidad no cesa de inmediato, si no ceja en su empeño, no nos responsabilizamos de los inconvenientes y molestias que podrán seguirse».

Se podía reprochar al emperador —y Sarmiento lo hacía— el haber tratado con guante blanco a los protestantes de Alemania, pero ¿era eso como para excomulgar al hombre que, con Felipe II, había sido el brazo armado de la fe? La política, concluía Sarmiento, compete al juicio de los hombres, no al de los sacerdotes.

Y con tales palabras que se contradecían con las que me había dicho antes Sarmiento, ¿cómo no iba yo a poner mi cabeza en los ubérrimos senos o deslizarla entre las abundantes pantorrillas de las flamencas, en un intento vano de olvidar?

No quería recordar lo que el padre Verdini me contó: el mismísimo Carlos V, en 1527, el año de mi nacimiento, había permitido a sus lansquenetes saquear Roma, mientras que las tropas del duque de Alba entraban a saco en la Ciudad Eterna entregándose al pillaje, quemando pueblos y violando mujeres.

Desde luego, yo no tuve que forzar a la italiana Mariana Massi, a la que encontré en mi cámara del palacio de Arenberg. Joven y morena, su piel atezada me recordaba la de Aixa Thagri. Le pagué dejando entre sus senos tres monedas de oro.

Olvidaba —el tiempo del abrazo— que mi vida se disipaba.

¡Pero, al vestirse de nuevo, hablaba sin parar, cuando lo único que deseaba era que se callase!

Había conocido, decía, en un lupanar de Amberes, a una exlavandera que se prostituía por placer más que por lucro, pues dinero no le faltaba. Aseguraba que en otro tiempo, cuando su cintura era fina, había tenido por amante a un hombre poderoso que, desde entonces, le pagaba una renta anual de doscientos florines. La única condición era que olvidase al hijo que había nacido de dicho encuentro.

Mariana Massi se inclinaba hacia mí, apoyaba sus manos en mis hombros, obligándome a estirarme, y me cabalgaba levantando su falda.

Aquel hombre poderoso, me susurraba mordisqueándome la oreja, no era otro que el emperador Carlos V, y había educado a su bastardo en España.

La rechacé.

No quería creerla.

Sarmiento se burlaba de mi asombro, de mi ingenuidad. ¿Qué hombre no dejaba bastardos tras de sí? Entonces, si Carlos V, por muy emperador que fuese, y aun llevando luto por su esposa, había amado mujeres, ¿por qué no a esa joven cuyo nombre me dio Mariana, una tal Barbe Plumberger?

Por toda respuesta, Sarmiento sacó la daga y apoyó la punta contra mi garganta.

—¡Te degollarán, y a esa charlatana también, si revelas ese secreto antes de que el emperador haya decidido levantarlo! ¡Olvídate de todo aquello de lo que no debías haberte enterado!

No tuve ocasión de interrogar a Mariana Massi. Desapareció, quizás encerrada en un convento o embarcada en un navío hacia el Nuevo Mundo, o arrojada, con una piedra amarrada al cuello, al Senne, el río que atraviesa la parte baja de la ciudad.

Me callé, sin atreverme a hacer más preguntas a Diego de Sarmiento.

Pero en la gran sala del castillo de Bruselas, escuchando la voz trémula del emperador, no dejé de pensar en ese bastardo, en esas mujeres, en esa vida oculta de un hombre que decía:

—Finalmente, yo hice lo que Dios fue servido, porque los sucesos de las guerras no todas las veces están en manos de los hombres, sino en la voluntad de Dios; nosotros hacemos según nuestro caudal, fuerzas e ingenio, y Dios da la victoria o permite la derrota. Hice siempre lo que pude, y ayudome Dios, por lo cual debemos darle infinitas gracias, que él ha sido el que en los mayores trabajos y peligros me ha siempre socorrido… Y porque ya en este tiempo me siento tan cansado que no os puedo ser de algún provecho, como bien veis cual estoy tan acabado y deshecho, daría a Dios y a los hombres estrecha y rigurosa cuenta, si no hiciese lo que tengo determinado dejando el gobierno, pues ya mi madre es muerta y mi hijo, el rey Felipe, por la gracia de Dios está en edad bastante para poderos gobernar, del cual espero que ha de ser un buen príncipe a todos mis amados súbditos…

Si Dante Alighieri, redivivo, visitase de nuevo el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, ¿dónde hallaría al emperador Carlos V y al rey Felipe II?

Esta pregunta me atormentó durante varios días.

Pablo IV había renovado la excomunión de los dos soberanos, maldiciendo al duque de Alba y a todos los españoles que eran, decía, «casta de judíos y moros».

Pero el Papa debía inclinarse, puesto que su aliado, el rey de Francia, había enviado a su embajador a Bruselas y se encontraba solo frente a la infantería y la caballería del duque.

Y resulta que yo, unas semanas más tarde, ¡veía a mi padre y a mi hermano en esta gran sala del castillo acompañados de unos cuantos nobles franceses y un bufón!

Retrocedí y me mantuve oculto en las sombras.

Las paredes de la sala estaban cubiertas por grandes tapices flamencos que recordaban la derrota de Francisco I en Pavía, su cautiverio en Madrid, todas las humillaciones sufridas por el rey de Francia. Y por la forma en que mi padre caminaba, tan envarado, dando taconazos en la madera, con la mano en el pomo de su espada, adiviné su humillación y su rabia.

El rey Felipe II y todos los nobles presentes, incluido mi padre, se dirigieron a la capilla. Yo los seguí. De repente, en el momento en que Felipe II se acercaba al altar para jurar sobre los Evangelios que respetaba el tratado firmado con los reyes de Francia, oí gritar: «¡Largueza, largueza!», y vi al bufón lanzar, como si sembrase, las monedas de oro en la capilla, entre los asistentes.

Y, tras un instante de duda, todos aquellos nobles señores y sus mujeres se lanzaron arrebatiña sobre los escudos. ¡El honor francés estaba vengado!

Las carcajadas de mi padre resonaron entonces por encima de aquel griterío.

¡Dios mío! ¿Quién se preocupaba de vos en aquella capilla?

30

Nunca más volví a oír la risa de mi padre, que en tantas ocasiones me había sorprendido como una obscenidad.

Nunca más volví a verlo caminar con paso altivo, la nuca envarada, su mano apretando el pomo de la espada, con esa soberbia que me sacaba de mis casillas por lo mucho que parecía enmascarar un ser pusilánime, dispuesto a cualquier felonía.

Nunca más me crucé con su mirada centelleante de cólera o de desprecio, que tantas veces me había humillado.

Lo que vi entre las altas hierbas, en la orilla de un arroyo de la llanura de San Quintín, fue su cuerpo tendido, medio desnudo: estaba muerto.

Lloré y recé ante sus restos.

Había dejado hacía mucho la tienda real, donde Sarmiento, Felipe II, su consejero Ruy Gómez y el duque Emmanuel Filiberto de Saboya alzaban sus vasos celebrando la victoria.

Enguerrand de Mons había intentado retenerme, pero yo me desprendí con un gesto brusco.

Había visto, al cargar contra los gentileshombres franceses, cómo caían abatidos muchos de ellos cercados por los soldados de infantería alemanes, ingleses, españoles y flamencos, y cómo eran destrozados por nuestras espadas y alanceados por nuestras picas.

Era mi primera batalla y me batí como un desesperado. No quería entender aquellas alianzas que se pactaban, se renovaban, aquellos tratados que habían jurado respetar sobre los Evangelios y de los cuales, de pronto, nadie se acordaba.

Sabía también que mi padre y mi hermano, tras haber dejado Bruselas, habían vuelto con las tropas reales a San Quintín. ¿Qué habría hecho yo si hubiese visto la punta de mi lanza clavarse en el pecho de mi padre o de mi hermano?

Pedí a Sarmiento que me autorizase a acompañar al emperador

Carlos V, que partía para España. Iba a retirarse al monasterio de Yuste, en Extremadura, para esperar la muerte en la oración y el recogimiento.

Tal vez era eso lo que me convenía a mí también, alejarme de este mundo que cada día me parecía más siniestro.

¿Cómo encontrar en él mi camino?

¡Era el Papa quien se revolvía contra Felipe II, según él, «un miserable, un miembro podrido de la cristiandad»!

¡Era Felipe quien rompía con Enrique II y pedía a su esposa María Tudor que le mandase catorce mil soldados de infantería para vapulear al ejército del rey de Francia!

¿Dónde estaba la frontera entre la herejía y la verdadera fe?

¿Quién se hallaba al lado de la Iglesia?

¿Y quién de parte de Cristo?

Cada uno cambiaba de campo y de aliados a su conveniencia.

¿No sería mejor permanecer arrodillado en la celda como un monje y consagrar las fuerzas a la oración y a la caridad siendo humilde y realizando las tareas del campesino? Se decía que en Extremadura la orden monástica de san Jerónimo, de la cual dependía el monasterio de Yuste, cultivaba cincuenta mil olivos y criaba miles de cabezas de ganado.

¿No había aprendido en las galeras de Dragut, luego en Tolón, en Argel, en Valladolid, en Londres o en Bruselas lo que era la vida de los hombres, incluso de los más piadosos, los más valerosos?

Pero Sarmiento se negó a escucharme y el padre Verdini, con voz temblorosa, murmuró que yo estaba demasiado apegado a la carne para elegir el hábito del monje.

Así pues, me revestí de la armadura, me uní al ejército y cabalgamos hacia San Quintín.

Vi pueblos saqueados y quemados por hombres cuya piel parecía cuero curtido. Masacraban a los hombres y descuartizaban a las mujeres y los niños.

¡Y nosotros celebrando nuestra victoria bajo la tienda real! Sarmiento decía que me había batido como un caballero del Temple, manejando la espada y la lanza, abriendo en las filas enemigas un surco de sangre.

No mentía.

Me había batido como si estuviese ebrio. Pero la borrachera se había disipado y ahora lo único que quería era salir de esta tienda en la que veía a Felipe II poner la mano en el muslo de Ana de Mendoza y de la Cerda, la esposa tuerta de Ruy Gómez, su consejero, y, bromeando, decir que le regalaba a Gómez el principado italiano de Éboli. ¡Y besaba la mano de la joven llamándola princesa de Éboli!

Ana de Mendoza y de la Cerda hacía arrumacos inclinada sobre el soberano.

Pensé en lo que había visto en el curso de esta batalla.

No precisamente en los caballeros, ni en los soldados de infantería caídos en combate luchando unos contra otros, sino en esos miles de cuerpos destrozados, mutilados, destripados, que yacían en sus casas saqueadas, hombres mayores y mujeres jóvenes entregadas a esas bestias con casco.

Y en tantos otros que se reunirían con ellos cuando la ciudad de San Quintín fuese conquistada, saqueada, devastada, y sus habitantes abandonados al salvajismo de la soldadesca.

Era lo habitual.

Pero entonces, ¿dónde estaba el Bien y dónde estaba el Mal? Nuestros lansquenetes cristianos ¿en qué se diferenciaban de los jenízaros musulmanes?

Al levantarme y dejar la tienda real, me dio la impresión de vacilar como si hubiese bebido hasta el delirio.

Primero cabalgué al paso entre los campos de trigo. La campiña parecía apacible, ahogada bajo la calima de aquel 27 de agosto de 1557.

La batalla se había desarrollado en lontananza, allá donde se elevaba el humo de los incendios. Los pueblos en torno a San Quintín ardían, y, a juzgar por los colores rojos y amarillos del humo, debían de ser una pura hoguera.

A medida que avanzaba, el olor a muerte me envolvía.

Mi caballo se encabritó. Los cadáveres estaban ante él entrelazados. La mayor parte eran de gentileshombres franceses a los que los salteadores ya habían despojado de sus armas y armaduras, de sus sortijas y collares, e incluso de sus ropas.

Salté a tierra y seguí caminando con mi caballo por la brida.

Me detuve ante cada cuerpo.

No me decía: «Buscas a tu padre y a tu hermano»; solamente creía sentir curiosidad por la muerte, por el rictus de aquellos hombres sorprendidos en lo mejor de sus vidas y que ahora no eran sino carnes desgarradas, guiñapos en posturas casi siempre grotescas.

Me encaminé hacia el arroyo cuyo canto escuchaba.

Fue en la orilla, en medio de las altas hierbas holladas, donde reconocí a mi padre. Supe entonces lo que buscaba.

Al parecer, lo habían rematado de una puñalada en la garganta, cuando a un hombre de su rango deberían haberlo hecho prisionero para canjearlo por un rescate.

A mí, Dragut el renegado me había salvado.

Pero mi padre se había defendido con rabia y su adversario, después de herido —una bala le había arrancado el hombro izquierdo—, lo golpeó con furor hasta matarlo.

A menos que alguien hubiese dado orden de abatir al conde Louis de Thorenc, fuesen cuales fueren las circunstancias. Ninguna piedad ni consideración para los «adversarios arrojados y peligrosos», y mi padre era uno de ellos.

Diego de Sarmiento era muy capaz de pensar así y de haber encargado esa misión a unos cuantos de sus fieles.

Me arrodillé para rezar por su alma. Avergonzado de mi emoción, sollocé. Y, al acordarme de todas las acusaciones que había dirigido contra mi padre y que estimaba todavía legítimas, no pude contener mis lágrimas.

Lo tomé en mis brazos, su sangre manchando mis manos y mi pecho. Lo deposité atravesado en el arzón de mi silla y volví a la tienda real.

No quedaban bajo el dosel más que unos cuantos amigos de francachelas, entre ellos Diego de Sarmiento y Enguerrand de Mons.

Entré bajo la tienda con el cuerpo de mi padre en brazos.

Dejaron de beber y reír.

Sarmiento se levantó, rodeándome los hombros con su brazo.

—Un padre siempre es un padre —dijo.

Si me hubiese desafiado, habría tomado mi espada y me habría arrojado sobre él para morir o matarlo.

Tal vez se dio cuenta, puesto que ordenó que se diese al conde Louis de Thorenc una sepultura digna de su rango y valor.

—Aunque estuviese equivocado, es un cristiano —añadió.

Seguí a los hombres que habían colocado a mi padre en un ataúd de madera todavía verde.

Y esperé a que la tierra lo hubiese acogido en su seno para alejarme.

¡Dios mío, qué vida tan dura nos habéis dado!

¡Cómo nos castigáis por nuestros pecados, Señor!

31

El recuerdo de mi padre me atormentó durante mucho tiempo.

Noche tras noche, lo llevé sangrando hasta la fosa. Lo acostaba en ella, pero ninguna palada de tierra lograba sepultarlo.

Volvía a encontrarlo sentado a mi lado en aquella cámara de techo alto y cortinajes amarillos y negros del castillo de Arenberg.

Yo quería huir de allí. Él se aferraba a mi brazo, interrogándome con una voz asombrada y doliente. ¿Por qué lo había traicionado?, me preguntaba. ¿Por qué me había pasado al bando de sus enemigos? ¿Por qué me había aliado con los que lo habían matado? ¿Estaba seguro de que ellos se hallaban en el bando de Dios? ¿Y existía ese bando en la tierra o bien cada hombre, fuese hugonote o papista, incluso infiel, debía elegirlo continuamente, buscando en sí mismo lo que placía a Dios o al diablo?

Yo rezaba. ¡Él, que había traicionado a nuestra Iglesia, estaba acusándome a mí!

Me miró tristemente. No recordaba haberle visto nunca una expresión parecida.

Se levantó y, alejándose, me preguntó: «¿Estás seguro de que ése soy yo?».

Me desperté.

Caminé por la estancia, con el cuerpo cubierto de sudor.

Escuchaba las exclamaciones, el tintineo de los vasos, las risas procedentes de las grandes salas del castillo.

Sarmiento celebraba la firma del tratado de Cateau-Cambrésis entre Francia y España, del que había sido uno de sus negociadores.

Con una alegría que me había herido, me dijo que Guillaume de Thorenc, mi hermano, que representaba al rey de Francia, ponía mala cara, aislado de los otros embajadores franceses, el único hugonote presente, comprendiendo que se había acabado la tolerancia de Enrique II por los *mal-sentants* de la fe.

Por otra parte, este último había empezado a limpiar la capital, ordenando quemar a los hugonotes en la plaza Maubert, tras perseguirlos por las calles de la montaña de Sainte-Geneviève donde solían reunirse, armados de sus espadas, como si fuesen los amos.

—Es España la que se ha convertido en ama —concluyó Sarmiento.

Un nuevo reino comenzaba.

Carlos V había muerto en Yuste y yo había asistido, el 13 de diciembre de 1558, a la misa mortuoria celebrada unos días más tarde en la iglesia de Sainte-Gudule en Bruselas.

Me arrodillé en la gran nave al lado de los miles de monjes y sacerdotes llegados para rezar por el piadoso Emperador. Pero yo había pedido por mi padre, la cabeza apoyada contra uno de aquellos inmensos pilares redondos, algunos de los cuales servían de contrafuertes, que por decenas se levantaban en la nave del coro.

Oí la voz de Guillaume de Orange gritar, golpeando con su espada el ataúd vacío:

—¡Ha muerto y otro mucho más grande que él ocupa su lugar!

Entonces apareció Felipe II y los cantos sucedieron a las plegarias.

El vivo echaba fuera al muerto.

Y unas semanas más tarde era María Tudor, la fea reina de Inglaterra, la católica y vieja esposa, la que fallecía.

¿Podía creer alguien en el duelo de Felipe II? Iba de una mujer a otra y ya buscaba esposa para reemplazar a María Tudor. Pensaba en Isabel de Inglaterra, que dudaba. O también, por qué no, en una de las hijas de Enrique II y de Catalina de Médicis, Isabel de Francia, una chiquilla de trece años cuando él ya había cumplido los treinta y dos…

Sarmiento se asombraba de mi escaso o nulo interés por participar en banquetes y fiestas.

¿Acaso no debíamos celebrar la gran victoria del soberano católico, Felipe II, que había ganado al rey de Francia?

¡Y al fin iban a arrojar a los hugonotes a la hoguera, y cuando esta tarea hubiese concluido, reanudarían la cruzada contra los infieles!

¿Era la muerte de mi padre la que me había vuelto remiso a los festejos, incapaz de celebrar la grandeza española, cuando todos comenzaban a olvidar de dónde venía porque la fidelidad al rey contaba más que el origen?

Me retiré a mi alcoba, intentando refugiarme en la oración, como si con ello pudiese hallar certezas.

Pero el vicario de Cristo, el Papa, ¿no había excomulgado un tiempo a Felipe II y a Carlos V? ¿Cómo seguirles ciegamente desde entonces?

Todo era tornadizo en la vida de los hombres. Había que avanzar paso a paso para no ser devorado por el error.

¿Era lo que me había pasado a mí al romper el vínculo original con los míos?

Me alejaba, cerrando los ojos.

Y caminaba hacia la fosa donde mi padre no se dejaba nunca sepultar.

32

Creí dejar el tiempo de los muertos cuando, el viernes 30 de junio de 1559, reconocí en una de las tribunas levantadas en la calle mayor de Saint-Antoine a una joven que llevaba sus cabellos rubios peinados en trenzas, como los había llevado Mathilde de Mons.

Su vestido azul cielo resaltaba más si cabe el oro de sus cabellos.

Se llamaba Anne de Buisson y la había conocido hacía diez días, a mi llegada a París.

Yo acompañaba al duque de Alba, al príncipe Guillaume de Orange, al conde de Egmont y al conde Diego de Sarmiento, llegados para celebrar los esponsales por poderes con Isabel de Valois, a la que empezaban a llamar Isabel de la Paz, puesto que su matrimonio con Felipe II debía sellar la paz entre España y Francia.

Sarmiento había insistido en que me reuniese con los señores españoles y flamencos. Era necesario, había dicho, que el rey Enrique II y la reina Catalina se enterasen de que muchos nobles franceses apoyaban su política de alianza con España. Y los que se oponían al tratado de Cateau-Cambrésis, esos testarudos hugonotes como el almirante Coligny o Guillaume de Thorenc, que pensaban que el rey de Francia había capitulado ante España, debían comprender desde ahora que no tenían nada que hacer.

Ésa no había sido mi impresión al llegar a París.

Robert de Buisson, el corsario hugonote que nos había conducido a Michele Spriano y a mí desde Argel hasta las costas españolas, vino a visitarme al palacio real de las Tournelles en donde nos habían acogido.

Me invitó a seguirlo a la residencia de Coligny, el palacete de Ponthieu, en la esquina de la calle del Arbre-Sec y la calle Bétisy, para encontrarnos allí con algunos de esos nobles protestantes que honraban en mí al hijo menor del conde Louis de Thorenc y al

hermano de Guillaume.

Primero decliné la invitación; luego, quizá en recuerdo de mi padre, como si quisiese hacerme perdonar, acompañé a Robert de Buisson y descubrí una multitud de gentileshombres orgullosos, seguros de sí mismos, resueltos a impedir que el rey y la reina siguiesen como criados al soberano de España.

Echaban pestes contra este tratado que entregaba a España la Saboya e Italia, borrando años de política real, empezando por la de Francisco
I.

Lamentaban el matrimonio de Isabelle de Valois con ese monarca licencioso cuyas calaveradas eran archiconocidas y que iba a desposar a una virgen real de apenas trece años.

Asistirían, sin embargo, a la ceremonia, e incluso a la misa en Notre-Dame, y, naturalmente, a los torneos y fiestas que se celebrarían hasta finales del mes de junio.

Ya habían pavimentado la calle mayor de Saint-Antoine, levantado palestras, instalado tribunas. Era *vox populi* que al rey le encantaba combatir bajo su armadura, con grande estrépito y entrechocar de hojas.

Fue entonces cuando Robert de Buisson contó que su hermanita Anne era una de las damas de la reina Catalina, quien gustaba de rodearse de las más bellas jóvenes del reino.

Anne de Buisson le confió que la soberana temía por la vida de su esposo; había tenido varias pesadillas y visto en ellas a Enrique con la cabeza ensangrentada.

Luego leyó las predicciones de Nostradamus, un mago de Salon-de-Provence, médico y astrólogo del rey. Por lo visto, en sus profecías, el visionario había escrito algunos versos que hacían temer por la vida del rey:

> «En campo bélico y en duelo singular
> En jaula de oro sus ojos saltará
> Luego de muerte cruel morirá».

Otros astrólogos también habían aconsejado al monarca que bajo ningún concepto participase en torneos, pues veían su rostro cubierto de sangre y los ojos atravesados.

Los nobles hugonotes estaban indignados. La italiana, la Médicis,

seguramente preparaba el asesinato del rey para servir mejor a la causa y los intereses de Felipe II, que estaría encantado con la muerte de un soberano de Francia que no tenía por herederos más que a unos hijos enclenques y dejaría de hecho el poder en manos de una italiana, bruja y envenenadora.

Esas sospechas, este odio, esas predicciones me habían dejado helado.

Había visto a mi hermano Guillaume, pero me pareció a la vez despectivo y amenazador.

Dejé el palacete de Ponthieu, acompañado por Robert de Buisson.

En el momento en que entrábamos en la calle del Arbre-Sec, vi descender de un coche detenido a unos pasos a una joven vestida con una capa negra en la que acababan de derramarse, como hilos de oro, sus largos cabellos rubios.

La vivacidad con la que había saltado al suelo, recogiendo un poco sus ropas, la forma en que se había dirigido hacia nosotros, como si apenas apoyase los pies en el suelo, me habían dejado gratamente sorprendido.

Me miró sin dejar de dirigirse a Robert de Buisson, informándole de que Su Majestad la reina la había invitado a asistir en la tribuna real a las justas que se celebrarían en la calle mayor de Saint-Antoine, torneos en los que el rey participaría pese a —y aquí había bajado la voz— los temores de su esposa y los astrólogos.

Yo bebía sus palabras, sin dejar de mirarla. Sus rasgos eran firmes y regulares, la nariz recta, la frente algo abombada; y el modo en que me miraba hacía nacer en mí ese entusiasmo preñado de fervor del que yo había olvidado hasta qué punto puede hacer que la vida parezca leve.

Durante los días siguientes la busqué, indiferente a la altanería con que mi propio hermano me saludaba y me interpelaba, acusándome de estar con el rey de España, de haber olvidado a mi familia y mi reino.

Apenas lo oía, como si el mundo, la vida, se hubiesen reducido para mí a la búsqueda de Anne de Buisson.

Por fin, el viernes 30 de junio, la vi sentada no lejos de la reina

Catalina y, antes de acercarme a ella sigiloso, la observé.

Quizá se dio cuenta, pues su inmovilidad me pareció forzada, como si se obligase a no volver la cabeza hacia mí.

No me importó, me encantaba su perfil juvenil.

Su hermano me había confiado que apenas tenía quince años.

Yo tenía treinta y dos, como Felipe II.

Y ella era sin duda hugonote. Pero en el momento en que me acerqué a ella, lo olvidé por completo.

Me senté a sus pies. Alcé los ojos hacia ella.

—El rey va a entrar en liza —me dijo sin mirarme.

Su voz me pareció transida de emoción.

Oí el sordo retumbar de los cascos de los caballos arremetiendo uno contra el otro.

No tenía ojos más que para el rostro de Anne de Buisson, que se mordía los labios con nerviosismo.

Se produjo un choque y se oyeron gritos.

Anne de Buisson se levantó, separó los brazos y luego cayó hacia delante. La agarré temiendo que el tiempo de los muertos no hubiese concluido, temiendo apretar contra mí otro cuerpo sin vida, como lo había hecho con el de mi padre. Pero el de Anne era ligero, palpitante.

En torno a nosotros, otras mujeres se habían levantado, para caer luego desvanecidas.

Vi al rey vacilar, y su caballo chocó contra el palenque.

Corrieron a su lado. Lo despojaron de su casco ensangrentado.

Un trozo de lanza, como un acerado venablo, le había perforado la frente por encima del párpado derecho; otra parte de la lanza astillada se le había clavado en el ojo izquierdo.

Me enteré de que al rey le habían extraído con gran sufrimiento cinco astillas de la cabeza.

Los cirujanos —Felipe II había enviado de Bruselas a su médico personal, Andrés Vasalio, y Ambrosio Paré había sido llamado a la cabecera de Enrique II— habían ordenado decapitar a varios condenados para abrir sus cabezas e intentar comprender cómo podían curar la herida real.

Pero el monarca murió.

Y yo llevé a Anne de Buisson al palacete de Ponthieu, donde los

gentileshombres hugonotes hablaban de crimen español o bien de castigo de Dios.

¿Cómo iba yo a creer en la paz?

Dejé París hacia España llevándome el recuerdo de Anne, la joven de las trenzas rubias y el vestido azul cielo.

Cuarta parte

33

Me escondí durante varios días en el Palacio Sarmiento.

El administrador Luis Rodríguez me ocultó en una recámara cercana a mi cuarto, atestada de cofres y arcas llenas de ropa que se guardaban allí, entre las que dispuse una cavidad donde me acurrucaba tan pronto como oía pasos.

Cuando se alejaban, escalaba los cofres y me instalaba en la cima de la pila, no lejos del tragaluz, leyendo sin parar a Dante y a Virgilio en su visita al Infierno.

Raramente entraba en el Purgatorio, y nunca en el Paraíso.

Me parecía que estaba destinado, como cada hombre, al Infierno. Y el infierno empezaba aquí, en nuestra tierra, en el instante en que emitíamos el primer grito.

Me acordé de los cuerpos de los recién nacidos destripados, mutilados, aplastados, que había visto en los pueblos saqueados por los infieles, y en los conquistados por las tropas cristianas de Felipe II que jalonaban la campaña de San Quintín.

Lo que había visto a lo largo de mi viaje entre París y Valladolid me había persuadido de que el castigo de Dios no cesaría jamás. Había abocado a los hombres a devorarse entre sí desde el primero hasta el postrer día de su vida.

Y el impulso amoroso, el recuerdo del jardín del Edén, se había roto enseguida; quizá sólo fuese el medio de condenarnos a la pena, de hacernos sufrir antes, al descubrir nuestros brazos abiertos enlazando sólo ausencia, nuestra mirada, colmada sólo un instante, enloquecida al no encontrar sino el vacío.

Y a medida que me alejaba de París, me torturaba el recuerdo de Anne de Buisson.

Había viajado solo.

Incapaz de comprender que yo hubiese elegido volver a España atravesando el reino de Francia en lugar de ganar Bruselas con los

señores españoles y flamencos, para encontrarme allí con Felipe II y zarpar luego hacia La Coruña, Sarmiento me ofreció una escolta de caballeros. Pero yo había elegido mi camino como quien lanza un desafío, como quien se juega su vida a los dados.

Era una especie de retiro, la elección de la soledad durante varias semanas. Igualmente una manera de ofrecer mi vida a los que querían tomarla, una forma de saber si Dios quería concederme sufrir todavía aquí abajo o bien hundirme en los tormentos del infierno.

Cuando lo comprendió, Sarmiento ya no trató de razonar conmigo, y me abrazó contra sí.

—Debes tu vida a Dios —me dijo—. No la abandones por el primero que se presenta.

Así descubrí el reino de Francia. Soñé a lo largo de sus orillas bordeadas de álamos. Rodeé sus campos de trigo. Contemplé la opulencia de esta campiña de los mil pueblecitos.

Recordando la aridez del país berberisco y la austera rudeza de las sierras y campos de España, pensé que este país había sido favorecido por Dios, que le había concedido fertilidad y dulzura, cielos clementes y ríos apacibles.

Luego, a medida que avanzaba atravesando los pueblos, caminando al paso moroso de mi caballo hacia el sur, comprendí que esa riqueza que Dios había concedido a los franceses era también un medio de juzgarlos, de saber si ellos se mostrarían agradecidos por su generosidad o bien dilapidarían el tesoro que Él les había confiado.

Y sin duda lo destruían.

Vi campos de trigo incendiados, aldeas quemadas, el triste espectáculo de la guerra. Lo peor era que parecía que cada habitante de Francia fuese el enemigo del otro.

Se acusaban de haber deseado la muerte del rey.

Los vecinos se denunciaban unos a otros por haber sido aliados de los españoles, o bien porque habían atraído la venganza de Dios sobre el reino.

Se decía que el heredero del rey, Francisco II, no era más que un niño de quince años con mala salud. Y que la italiana Catalina de Médicis, la reina bruja, iba a reinar en su lugar; que si él se resistía,

ella lo envenenaría.

Afronté este odio en el primer pueblo que atravesé, cuando intentaron cerrarme el paso y arrojarme a tierra gritando que era un hugonote, que pertenecía a la secta que había atraído la desgracia sobre el reino y provocado la muerte del soberano, o que lo había asesinado porque Enrique II había hecho levantar sus hogueras en pleno París contra los herejes. Ellos querían hacer lo mismo conmigo, lanzándome piedras, arengados por un sacerdote que los azuzaba contra mí. Pegué unos cintarazos con mi espada y espoleé a mi caballo, atropellando a algunos campesinos.

No me tranquilicé hasta que divisé la campiña vacía de hombres, la carretera desierta.

¿Será necesario que los humanos abandonen la tierra para que sea pacificada?

En otro pueblo, más al sur —Rouviac—, me acusaron con la misma saña de ser español y, cuando les aseguré que había nacido en este reino, se empeñaron en que era uno de esos papistas, un espadachín de la bruja Catalina y espía de Felipe II, el fornicador.

Me rodearon y agarraron mi caballo, amenazándome con horcas y garrotes.

Utilicé el cuerpo de mi padre como escudo: dije que era Bernard de Thorenc, hijo del conde Louis de Thorenc, un hugonote caído en la batalla de San Quintín luchando contra los españoles.

Me aclamaron, y me condujeron al castillo vecino, donde el conde de Maupertuis me acogió, asegurándome su indefectible fe reformada, mostrándome los libros de Calvino.

Era necesario, me dijo, apoderarse del joven rey para arrancarlo de las intrigas de los duques de Guisa, esos extranjeros llegados de Lorena, un dominio del imperio.

Había que extirpar del reino a todos los que estaban dispuestos a entregarlo al rey de España como acababan de venderle a su hija, esa pobre virgen de trece años, Isabelle de Valois, que iba a sufrir mil muertes entre las patas de ese vejestorio que, según decían, estaba tan extrañamente dotado que era un suplicio para las mujeres someterse a él.

Después de haber dejado al conde de Maupertuis, continué mi camino evitando pueblos y aldeas en cuyas plazas tanto papistas

como hugonotes, unos y otros buenos y verdaderos cristianos, plantaban sus hogueras.

Llegué de noche al campo de Valladolid, sorprendido al encontrarme por los caminos que conducían a la ciudad cortejos de campesinos precedidos de monjes y de sacerdotes rezando y cantando salmos.

Llevaban grandes crucifijos y cirios; por todo el campo se dibujaban largas hileras de fuego acercándose a la ciudad.

Sentí las miradas de sospecha fijas en mí y puse mi montura al galope.

Los callejones de la ciudad bullían con una multitud de monjes, sacerdotes y campesinos. Los niños dormían, acurrucados en el regazo de sus madres. En la plaza de Santa María habían levantado un gran estrado y un crucifijo. Más lejos, adiviné entre la penumbra las pilas de haces de leña de los que despuntaban las picotas.

Cuanto más me adentraba en la ciudad, más patente era mi impresión de estar envuelto en un rumor hostil como el de un enjambre zumbador.

Tuve la certeza de que iban a atacarme atravesándome con centenares de dardos.

Mi piel se estremeció.

Por fin alcancé el Palacio Sarmiento y me abrió el administrador Luis Rodríguez; los ojos se le salieron de las órbitas al verme. Me arrastró al interior, empujándome por los corredores hacia la torre en la que me alojaba, abriendo luego la puerta de la recámara, susurrándome que no debía mostrarme a nadie, a ningún criado, pues el inquisidor general tenía espías en cada casa.

Luis Rodríguez volvería en cuanto pudiese, cuando todos los criados se hubiesen ido para asistir al auto de fe y al suplicio de los condenados.

—Quieren verlos arder, a esos desgraciados que han recorrido ya varias veces la ciudad con un sambenito de lana amarilla. Saben lo que les espera: en el capotillo llevan el aspa de san Andrés y dibujos de demonios. A algunos condenados ya les han roto los miembros con la tortura. Pero será al alba cuando los quemen en la hoguera, y nadie quiere perderse el espectáculo.

Oí las carreras de la multitud, y luego las oraciones, los gritos y sollozos mezclados con los cánticos. Luis Rodríguez se deslizó en la recámara y se sentó frente a mí.

Habló con una voz ahogada por el miedo.

Francisco Valdés, el arzobispo de Sevilla, empezó diciendo, era también el inquisidor general. Había decidido purificar Valladolid, donde vivía, seguro de que la ciudad se había convertido en un foco de herejía.

Luis Rodríguez se echó las manos a la cabeza. ¡Pero qué disparate! ¿A quién se le podía ocurrir semejante cosa? El arzobispo tendría que tener otros objetivos.

Miles de inquisidores se habían instalado allí, y recorrían las calles interrogando a todos sus habitantes, examinando las bibliotecas del colegio de Santa Cruz y la universidad. Quemaban centenares de libros.

Nadie escapaba a sus sospechas. Incluso los obispos eran perseguidos.

Luis Rodríguez bajó la voz todavía más.

El arzobispo de Toledo y primado de España, Bartolomé de Carranza, había sido denunciado por un monje. Se le acusaba de haber pronunciado a la cabecera de Carlos V —al presentarle un crucifijo al emperador— una frase considerada herética: «¡Ya no hay pecados, todo ha sido absuelto!».

Luis Rodríguez se santiguó y luego me puso en guardia.

Habían detenido a extranjeros, soldados que habían combatido en tierras del islam o en las regiones de herejía… También buscaban y aprisionaban a los antiguos cautivos de los infieles…

Doña Juana, regente de España, hermana de Felipe II, había dejado toda autoridad en manos del inquisidor general, un hombre ávido de dinero y poder.

Luis Rodríguez se echó a temblar de repente, mirando primero a su alrededor y luego a mí con ojos ansiosos.

Se reprochaba por haberse abandonado a las confidencias, por haberme ocultado. Empezó a quejarse, sacudiendo la cabeza, los labios temblorosos. Se maldecía por haberme abierto la puerta. ¿Por qué demonios había cedido? Seguro que alguien lo había visto. Tenían espías en cada calle, en cada casa. A lo mejor ya lo habían denunciado.

Se retorcía las manos, mordiéndose los labios.

Tenía ante mí a un hombre muerto de miedo.

Levantaba la cabeza hacia el tragaluz susurrando:

—¿No los oís? Son cientos de condenados. Forman una procesión enorme. Van descalzos, los han revestido del sambenito amarillo con las aspas de san Andrés. Los llevan a la hoguera. Nadie los ha defendido. Yo soy tan culpable como ellos. A mí también me torturarán. Me romperán las rodillas, me arrancarán la lengua.

Me di cuenta de que era capaz, empujado por el miedo, de presentarse ante los inquisidores, denunciarse y entregarme para acabar con la angustia que lo bañaba en sudor.

¡Dios mío!, ¿queríais Vos que, en vuestro nombre, llegasen los hombres a ese extremo de envilecimiento?

Cogí a Luis Rodríguez por los hombros e intenté que se sobrepusiese al pánico que lo cegaba.

Le repetí que, aun bajo tortura y en la hoguera, yo negaría que él me hubiera acogido y ayudado.

Que se lo juraba ante Dios Padre.

Poco a poco se fue calmando, prometiéndome incluso llevarme cada día un cántaro de agua, pan y frutas. Pero debía prometerle que no saldría de la recámara antes de la vuelta del conde Diego de Sarmiento. Sólo él tenía el suficiente valor y estaba lo suficientemente cerca del rey para protegernos.

Me miró.

—¿Lo juráis por Dios? —preguntó mirándome fijamente.

Y yo repetí:

—¡Os lo juro por Dios!

Pareció tranquilizarse, se santiguó. Luego se fue, encorvado como un hombre abrumado que soportase un gran peso.

Me arrodillé y recé.

Señor, ¿cómo saber si los que os invocan, los que aseguran actuar para defenderos, los que gobiernan a los hombres valiéndose de su miedo, de su cobardía, de su envidia, no son diablos enmascarados, aunque vayan revestidos con los hábitos de vuestra Iglesia?

Porque hacer sufrir en vuestro nombre ¿es serviros o traicionaros?

Yo oía los cantos, los tambores y las carracas.

Me imaginaba la procesión amarilla de los condenados a la hoguera.

Veía los cirios, las tallas de la Virgen portadas a hombros por los penitentes.

No quise seguir escuchando.

Trepé hasta la cavidad oscura y me acurruqué en ella.

34

Pude caminar de nuevo por las calles de Valladolid sin temor a ser detenido.

Diego de Sarmiento había vuelto de Bruselas acompañando al rey, y me aseguró que yo estaba bajo la protección de la corte. El gran inquisidor era un hombre prudente que nunca osaría desafiar al soberano.

Pero yo veía a Francisco Valdés arrodillado al lado de Felipe II, en la primera fila del coro de Santa María la Antigua. Y dejaban juntos la iglesia, caminando a la par, apoyándose el rey en el brazo del inquisidor general, susurrándole algunas palabras, y Valdés inclinando la cabeza, sonriente.

No logré alejar mis temores.

Poco después de la vuelta de Sarmiento, Luis Rodríguez me confió en voz baja que iba a abandonar Valladolid.

Por unos monjes conocidos de Valdés, se había enterado de que el gran inquisidor había estado en todo momento al tanto de mi presencia en el Palacio Sarmiento. Me habían seguido desde mi entrada en la ciudad. Sabían de sobra que me había acogido y ocultado en el palacio. Un día, dentro de unos meses, o quizá años, Luis Rodríguez temía ser detenido para comparecer ante el tribunal de la Inquisición. Le recordarían cómo había albergado a un extranjero, un francés, excautivo de los infieles, quizá un renegado, un espía del rey de Francia y del sultán.

—Lo saben todo. Conocen al dedillo la vida de la gente desde que se levanta hasta que se acuesta —añadió Rodríguez—. Me condenarán cuando lo juzguen oportuno. Me proscribirán o me encerrarán para el resto de mis días, o bien me torturarán y luego me quemarán en la Plaza de San Pablo. Elegirán lo que más les convenga.

Cerró los puños alzándolos delante de la cara.

—Estoy en sus manos —dijo—. ¿Quién soy yo para ellos? Me aplastarán cuando les dé la gana.

No pude objetar nada.

También yo tenía la sensación de ser espiado.

Cuando salía del Palacio Sarmiento para ir a la Plaza de San Pablo, al Palacio Real, a fin de encontrarme allí con Sarmiento, veía dos siluetas destacarse de la fachada y seguirme, a algunos pasos, sin intentar siquiera disimularlo.

Volvía a encontrarlos a la salida del Palacio Real. Entraban detrás de mí en el Colegio Santa Cruz o en el Colegio San Gregorio, y me seguían hasta la biblioteca. Estaba seguro de que luego apuntaban los títulos de los libros que consultaba.

Algún día, tal vez me acusasen de haber leído a san Agustín.

Conté esos hechos a Sarmiento, que los escuchó distraídamente. Me interrumpía, hablándome sin cesar de la inminente llegada de la joven reina francesa con la que Felipe II todavía no se había encontrado.

Isabelle de Valois se había puesto en camino con sus damas de compañía, su madre Catalina y algunos caballeros franceses, pero, tan pronto como franquease el paso de Roncesvalles, quedaría bajo custodia de los soldados españoles. Ya no sería la hija del rey de Francia, sino la reina de España. Y el cardenal Mendoza le recitaría el salmo 45: «Escucha, hija mía. Mira y préstame atención. Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre: entonces el rey deseará tu belleza».

Sarmiento añadió:

—El rey está impaciente. Pero Isabelle todavía no es mujer. No puede forzarla —hizo una pausa y exclamó riéndose—: ¡El toro español va a tener que esperar! Mientras tanto, bufa en otra parte.

Sí, yo había visto al soberano con Eufrasia de Guzmán, y también lo había visto cortejar a Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli, que volvió con él de los Países Bajos, donde su marido Ruy Gómez se había quedado por orden del soberano. Y los rumores sobre los amoríos de Felipe y la joven princesa tuerta del parche negro corrían de boca en boca.

—¡A este paso no habrá más que bastardos en España! —se mofaba Sarmiento—. ¡El hijo eclipsará al padre, el rey al emperador!

Sarmiento me había contado que uno de los deseos de Carlos V antes de morir fue reunirse con el hijo que había tenido con una flamenca. ¿No me acordaba de que una puta italiana me había hablado de ella hacía poco?

Sarmiento me desafió con la mirada, como si con ello quisiese mostrarme que no ignoraba nada de la suerte final de Mariana Massi.

—Felipe II ha reconocido a su hermano —prosiguió Sarmiento tras un breve silencio—. Presentará a don Juan a la corte.

Me imaginé a los cortesanos inclinándose para saludar al hijo del emperador y una lavandera flamenca de costumbres licenciosas y haciendo como si no comprendiesen por qué Eufrasia Guzmán, cuyo talle había aumentado, se desposaba con un príncipe italiano al que el rey honraba y recompensaba con una pensión.

¿Era ésta la España del Rey Católico? ¿La de la mentira, el vicio y la Inquisición?

Sarmiento me cogió del brazo.

No tenía por qué inquietarme, me dijo.

—El inquisidor general es un arzobispo ávido de oro y poder. Jamás se volverá contra el rey. Ya le arrancó a la regente Juana todo lo que pudo. Ahora sabe que no debe decir nada y limitarse a digerir como la fiera que ha engullido demasiado rápido sus presas. No sacará sus garras a menos que Felipe II se lo ordene.

Me pedía que comprendiese que la Inquisición era un arma contra los herejes, o sea, contra los infieles. Los que se volvían contra ella servían a los enemigos de la fe. Sólo hacía falta que los inquisidores no olvidasen que ellos no eran únicamente servidores de la Iglesia, sino también de la corona de España.

—Y Francisco Valdés lo sabe.

Por ello, según Sarmiento, yo no tenía nada que temer.

Pero cuando crucé la Plaza de San Pablo, distinguí todavía en el suelo enormes círculos negros, un recordatorio de que aquí y allá se habían apilado haces de ramas secas y colocado en el centro de

aquellas hogueras a hombres y mujeres revestidos del sambenito amarillo al que habían sido cosidas las cruces de san Andrés, esas lenguas de tejido rojo que representaban las llamas del infierno y la cabeza del diablo.

Incrustadas entre el enlosado, pese al viento y la lluvia, subsistían las cenizas grises, polvo de hombre y madera.

Quise dejar las murallas de esta villa, que rezumaban miedo y sangre.

Quise alejarme de esta corte de España en la que reinaban la mentira y la hipocresía.

Quise recuperar la ardiente fe de los combatientes de Cristo, como san Bernardo los había descrito en la carta a los caballeros del Temple.

Quise enfrentarme a los infieles y no verme mezclado con aquellos cortesanos que no dejaban de fornicar, de comer y emborracharse, de envidiarse unos a otros.

Para huir de la ciudad, acepté formar parte del séquito de señores españoles que iban a recibir en Roncesvalles a Isabelle de Valois y sus damas de compañía.

Borrascas de viento y nieve azotaban el puerto.

Oí las risas de aquellas jóvenes y, entre ellas, pude distinguir a Anne de Buisson, con sus rubios cabellos escapando de una capucha orlada de piel plateada.

Caminé hacia ella persuadido de que me había reconocido.

Cogí sus manos enguantadas, sintiendo bajo el cuero sus dedos helados, y le susurré:

—No os quedéis. Volved a Francia. Aquí no perdonan. Vuestro hermano es hugonote. Lo sabrán. Lo saben ya. Os vigilarán. Os apartarán de la reina y os condenarán. ¡Idos, por favor, idos!

Le apreté las manos cuanto pude, pero ella las retiró con un movimiento brusco, dejando así uno de sus guantes entre mis dedos.

Me dio la espalda y vi cómo intercambiaba entre murmullos unas palabras con la reina. Luego, azotados por el viento y la nieve, oímos al cardenal Mendoza recitar aquellas palabras del salmo 45 cuya violencia y crueldad yo no había medido: «Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre: entonces el rey codiciará tu belleza».

Isabelle de Valois era un dechado de belleza. La inocencia y la franqueza reían en su semblante.

Pensé en la prominente mandíbula de Felipe II, en el cuerpo del rey rijoso que iba a aplastar el de aquella chiquilla. En aquel toro negro desgarrando esta carne tan blanca que transparentaba unas finísimas venas azuladas.

Vi a la reina a menudo, y, en torno a ella, a sus damas de compañía, despreocupadas y alegres, iluminando con su jovialidad las heladas salas del Alcázar de Toledo, que se alzaba como un macizo de piedra por encima de las aguas negras de un meandro del Tajo.

Sarmiento me guiaba por aquellas salas, entre las cortesanas, los consejeros y las mujeres, cuyo rostro expresaba gravedad pero en cuyos ojos se podían leer la envidia, los celos y la codicia.

Sarmiento me mostraba a don Carlos, el hijo deforme de Felipe II, con su gruesa cabeza caída hacia un lado, rondando siempre en torno a las mujeres.

Luego me señalaba a un joven de rasgos finos cuya belleza contrastaba con la fealdad de don Carlos. Era don Juan, el bastardo de Carlos
V.
Y, cerca de ellos, Alejandro Farnesio, el hijo de Margarita de Parma, otra bastarda de Carlos
V.

Busqué a Anne de Buisson, pero me enteré —y suspiré con alivio y alegría— de que había vuelto a Francia, donde reformados y papistas habían empezado a librar una auténtica batalla y donde era necesario, decía Sarmiento, exterminar a los hugonotes, acabar con su secta. Él mismo le insistía a Felipe II para que enviase un ejército español en ayuda de los católicos.

El nuevo rey de Francia, Carlos IX, era sólo un niño, y la reina madre, Catalina, que se había erigido en regente, era una mujer de la que no se podía fiar uno, decidida un día a conducir una cruzada despiadada y al día siguiente a buscar un acuerdo con los *mal-sentants* de la fe.

—No piensa en otra cosa que en salvaguardar el trono de su hijo. Los españoles pensamos primero en la Iglesia de Cristo.

Yo dudaba, Señor.

Escuchaba los rumores, adivinaba las intrigas que pudrían la corte de España.

Se aseguraba que Felipe II ya no se preocupaba de combatir a los infieles, sino de guardar lo que poseía, como un ave rapaz sobre su presa, olvidando a esos miles de cristianos que turcos y berberiscos habían reducido a la esclavitud.

¿Quién liberaría a Michele Spriano?

El oro y la plata necesarios para armar galeras, pagar la soldada de las tropas y los rescates, el rey los empleaba en construir un monasterio y un inmenso palacio en El Escorial, no lejos de Madrid, la villa que había elegido como capital.

En lugar de establecer planes de batalla contra los turcos, seguía día a día el avance de los trabajos de su palacio de El Escorial. Y, cuando volvía a Toledo, no pensaba más que en las mujeres.

Se rumoreaba que aún no había honrado a la reina, demasiado joven, pero, cada noche, una de las muchísimas nobles y orgullosas españolas, o bien una sencilla muchacha, se encontraba con él en el lecho.

Sarmiento me lo contaba entre risas, confesándome que heredaba a aquellas mujeres de una noche, y yo adivinaba que él utilizaba, para acrecentar su influencia, esa complicidad que le hacía a veces acostarse como un perro fiel al pie del lecho del rey.

Sarmiento se burlaba de mí, haciéndose cruces: ¡Cuánto había cambiado yo desde los días de los Países Bajos!, decía.

—Vives como un monje, pero sin los hábitos.

Me propuso arreglarme algún encuentro con aquellas mujeres que se ofrecían y se contentaban con unos pocos ducados. Me recordó que durante su cautiverio en España Francisco I había comprado a una joven esclava negra que acudía a su cama cada mañana.

—No eres español, pero eres francés, ¿verdad? —me preguntaba Sarmiento—. Nos gusta levantarles las faldas a las mujeres a nuestro modo. Humm, ¿pero a ti?

Retrocedía un poco observándome. ¿Acaso tenía la sífilis? Alejaba la amenaza encogiéndose de hombros. ¿Quién no tenía entre sus antepasados un enfermo del mal gálico? Y si te legaban la

enfermedad, te veías abocado a vivir en la abstinencia.

Bajaba la voz, susurrando que temía que la reina Isabelle de Valois, aunque todavía fuese virgen, la padeciese. Su vieja madre, Catalina de Médicis, también lo temía y sometía a su hija a baños en clara de huevo para que la piel de la joven permaneciese tersa. Catalina temía que Felipe II, advertido del peligro, se negase a tocar a su esposa y la repudiase sin consumar el matrimonio.

Yo no quería escuchar. Me ahogaba.

Le insistí a Sarmiento para que favoreciese mi partida de España, mi alistamiento con los caballeros de Malta, tan necesitados de brazos para enfrentarse a los infieles. ¡Eran los herederos de los caballeros del Temple! Enguerrand de Mons ya se había unido a ellos.

Me impacientaba.

Nos enteramos de que las galeras de Dragut habían destruido una flota española y hecho prisioneros a centenares de cristianos delante de la isla de los Gelves.

Por otra parte, los turcos y los berberiscos imponían su ley de un extremo a otro del Mediterráneo.

Yo quería combatir para purificarme.

35

Una mañana, al fin, vestí mi armadura y me arrodillé con otros caballeros.

Despuntaba el alba.

Como un velo que se retira lentamente, el cielo apareció azulado, pero el mar todavía estaba cubierto por la noche. Las aguas respiraban apacibles al pie de las murallas de la fortaleza.

De repente, ahogando el ruido regular de la marea, oí el batir de tambores de los infieles.

Ese fragor sordo con el que se mezclaban el acre silbido de las flautas y el roce agudo de las carracas nos envolvió.

Hacía frío. Me estremecí y miré a mi alrededor.

En la penumbra, adiviné la multitud de caballeros arrodillados o de pie en las murallas. Formaban una masa más oscura que la luz grisácea empezaba a perfilar. Sus cascos y sus picas, los estandartes y banderas que el viento, que en Malta se llama mistral, hacía tremolar se recortaban en el horizonte.

Reconocí, o mejor adiviné, arrodillado cerca de mí, con la frente apoyada contra la guarda de su espada, a Enguerrand de Mons.

Lo imité. Cerré los ojos en el momento en que se alzaba la voz del gran maestre de la orden de Malta, Jean de La Valette:

—¡Caballeros, hermanos en Cristo, juremos ante Dios Nuestro Señor defender cada piedra de nuestra isla, convertirla en el infierno de los infieles, dar comienzo aquí a la gran batalla y celebrar la primera victoria que nos conducirá hasta la tumba de Cristo!

La voz de los caballeros y soldados, con la cual se mezclaba la mía, clamó su resolución y su fe.

Abrí los ojos.

Las dos radas que separaban el istmo de San Telmo, en cuya

punta se había edificado el fuerte, hervían de galeras turcas y berberiscas de Dragut y Mustafá. La tierra firme desaparecía bajo los uniformes rojo, verde y amarillo de los soldados de infantería turcos, de los jenízaros de alto turbante. Los jinetes refrenaban sus monturas, caracoleando al lado de los soldados de a pie, armados de picas y arcabuces.

Eran cerca de cuarenta mil los que habían desembarcado en la otra punta de la isla y la habían recorrido, dejando a su paso ríos de sangre.

Y ahora, como una enorme ola invencible, se aproximaban a las murallas del fuerte de San Telmo, donde unos centenares de caballeros escuchábamos el batir de sus pasos y el redoble de sus tambores.

Sin previo aviso, mientras el cielo se volvía completamente azul tras despojarse de todos los velos oscuros de la noche, los costados de cada galera —había decenas, formando una larga línea que cerraba la bahía— se coronaron de gruesas volutas blancas. Y, al mismo tiempo que oí las detonaciones de los cañones de los navíos, vi las piedras de las murallas saltar en pedazos bajo el impacto de las balas de cañón. Algunas estaban cargadas de pólvora y explotaban, y otras, calentadas al rojo vivo, estallaban con un estruendo de hachazos.

Nos deslizamos bajo las bóvedas del fuerte, dejando a los centinelas apostados en su lugar, y yo me aferré a la guarda de mi espada, esa cruz que iba a levantar y abatir contra los infieles, tirando tajos y estocadas, atravesando sus cuerpos, hendiendo sus frentes, cercenando sus miembros.

¡Dadme fuerzas, Señor!

¡Mi sangre y mi vida son vuestras, Dios mío!

Soy vuestro caballero, Señor. ¡He venido a serviros y a vencer a vuestros enemigos!

El viaje hasta Malta, sometida a asedio por las flotas de Dragut y de Mustafá, había sido largo y penoso. Varios días entre borrascas para ir de Toledo a Valencia, y luego esperar a que un navío quisiese embarcarme para llegar a Barcelona.

Nos vimos obligados a navegar a unas cuantas brazas de la

costa, ocultándonos de día en las calas, pues tanto el capitán como los mercaderes que viajaban temían a los corsarios berberiscos.

—Son los amos del mar —dijo con un resignado suspiro un hombre corpulento que iba y venía sobre el puente en medio de los toneles y fardos de pieles de cordero y buey.

Hundía sus manos en una ancha faja de tela roja.

Sus palabras reforzaban mi determinación: había que expulsar a turcos y berberiscos de este mar romano, el Mare Nostrum, el que el emperador Constantino, cuando consagró el imperio a la religión de Cristo, había hecho cristiano. Teníamos que reconquistarlo, empujar lejos de sus costas a los musulmanes, acordarnos de la divisa de Constantino, de su visión de un crucifijo sobre el que resplandecían las palabras: *Tu hoc signo vinces* («Bajo este signo vencerás»).

El capitán y los mercaderes que me rodeaban me escuchaban en silencio, y luego me miraban con conmiseración.

Uno de ellos, un veneciano llamado Ciampini, me dijo el décimo día, cuando habíamos echado el ancla cerca de la costa, que no era precisamente la guerra lo que él y otros como él —y aun los reinos, y naturalmente la República de Venecia— necesitaban, sino tratados de paz para poder vender tejidos y armas, comprar especias y sedas sin temor a que los corsarios, esos salteadores de los mares, los saqueasen y matasen. A ese respecto, los cristianos no eran mejores que los infieles: ¡Un hatajo de ladrones y atracadores! ¡Todos sin excepción! La cruz o la media luna, Cristo o el Profeta no eran sino la máscara de sus rapiñas.

Me negué a seguir escuchándolo. Quería mantener mi resolución tan pura como el agua clara de un manantial.

Ya en el momento de dejar Toledo, Diego de Sarmiento había tratado de retenerme. Felipe II lamentaba mi partida a Malta. Lo consentía porque yo era francés, pero me guardaba rencor y le había hecho saber que una renuncia por mi parte me hubiese valido más de un privilegio.

—Si no cambias de parecer, vete rápido —murmuró mi protector—. Pueden retenerte. Si los jueces de la Inquisición deciden romperte las rodillas o encerrarte a buen recaudo en un convento, no podrás ir a Malta en mucho tiempo.

Mi partida de Toledo se había parecido, pues, a una huida. Pero hasta la llegada a mi destino no comprendí las razones de las

reticencias de Felipe II para permitirme ganar la isla.

En el puerto, esperando embarcar en una de las últimas galeras de la orden de Malta que se disponían a romper el bloqueo de la flota turca y berberisca, me encontré con Enguerrand de Mons.

Había sido encargado por el gran maestre de la orden de exhortar, en Francia y en Alemania, a los caballeros para que se uniesen a los defensores de la isla, escasísimos comparados con las decenas de miles de infieles que ya habían desembarcado y los miles que se encontraban todavía a bordo de las galeras musulmanas.

Enguerrand de Mons argumentaba que, después de haber perdido Rodas en 1523, la cristiandad no podía abandonar Malta, la llave que daba acceso al sur del Mediterráneo, la «isla de la miel» que Carlos V había entregado a la orden en 1530 para que se convirtiese en la avanzadilla marítima del Occidente cristiano.

Si Malta caía, entonces Sicilia y luego Nápoles, y por qué no Roma y Venecia, estarían amenazadas. Y ya nadie podría defender Chipre, perdida en un olvidado rincón del Mediterráneo y a la que sería imposible abastecer y defender una vez que las galeras musulmanas controlasen el mar.

Pero las palabras de Enguerrand de Mons habían tenido escaso eco. Se suponía que la orden de Malta era el brazo armado del papado. Y Felipe II lamentaba que Carlos V hubiese hecho donación de la isla a la orden.

—Estamos solos —murmuró Enguerrand—. Sólo unos cuantos caballeros como vos —dijo señalando a una docena de hombres que aguardaban pacientemente en el muelle— han respondido a mi llamada. Felipe II es un rey tortuoso. Una victoria de los turcos, nuestro aplastamiento y nuestra dispersión no le disgustarían en absoluto. Mejor dicho, cuenta con ello. Así se deshará de la orden, el Papa quedará debilitado y dependerá de la buena voluntad de España. Y un día Felipe espera reconquistar Malta en su provecho, recuperar así lo que Carlos V había donado.

Enguerrand de Mons me miró cara a cara.

—Pero vos y yo vamos a vencer a Dragut, ¿verdad?

La galera esperó hasta la noche para deslizarse entre los bajeles musulmanes. Cuando nos acercábamos a ellos, algunos de nuestros remeros se pusieron a gritar y sus voces resonaron entre los altos acantilados de la isla, corriendo con el oleaje hacia sus hermanos.

Nuestros cómitres degollaron a aquellos remeros, y los demás se callaron.

En los puentes de las galeras de Dragut y Mustafá blandían antorchas, intentando iluminar la bahía. Nos persiguieron varios navíos, pero logramos navegar al abrigo de las murallas del baluarte de San Telmo. Y los fuertes de San Miguel y San Angelo, situados a ambos lados de las bahías, empezaron a disparar sobre los navíos que nos perseguían.

Por fin pude saltar a tierra, descubrir la isla, sus pueblos, sus atalayas, que dominaban los madroños, cipreses, higueras y limoneros. Los vientos —primero el mistral, luego el trigal o *gregale*, el *rhamsin* y el siroco— encamaban con mayor o menor violencia las espigas de trigo, sacudían las viñas, transportaban la voz de los centinelas de una colina a otra.

Las tropas de jenízaros al mando del general Mustafá marchaban sobre la capital, Mdina, situada en el centro de la isla, para dirigirse luego hacia las dos bahías gemelas y los fuertes de San Miguel y San Angelo. Pero, añadía Enguerrand de Mons con el brazo tendido, era en San Telmo y en la ciudad de Birgu, que él protegía, donde se decidiría la suerte de la isla, pues el fuerte era la llave maestra de la defensa de las bahías y podían, a través de subterráneos, alcanzar Mdina y las torres que, en el interior del país, defendían las aldeas.

Había que apresurarse para alcanzar el fuerte, pues los soldados de Mustafá podrían cortar el istmo de San Telmo y rodear el fuerte y Birgu.

—Seríamos entonces como una isla en la isla —había dicho Enguerrand de Mons, mientras caminábamos oyendo las explosiones que se sucedían y viendo las balas de cañón socavar nuestras defensas.

La mañana en que empezaron a cañonearnos nos apretamos los unos contra los otros bajo las bóvedas del fuerte.

Tengo la boca seca. Necesitamos agua, y, por si fuera poco, se ha levantado el *rhamsin*, un aire caliente cargado de la arena del

desierto que pica y quema el rostro, se queda pegado a los labios y se infiltra en la boca.

De repente, las explosiones cesan y oímos los tambores, las flautas, las carracas y los gritos. Los jenízaros deben de estar colocando sus escaleras contra las murallas.

Me precipito espada en mano. Las flechas silban a mi alrededor. Algunos caballeros caen y una detonación sacude el suelo violentamente. Los musulmanes han debido de cavar una zapa bajo el fuerte y rellenarla de pólvora. Unos lienzos de la pared se desploman. Oigo los gritos de los hombres sepultados.

Pero el combate no deja tiempo para el llanto ni las dudas.

Y me arrojo contra los atacantes empuñando la espada, que se hunde en un cuerpo tras otro, y mato y mato sin parar.

Los jenízaros se aferran a las piedras de las murallas. Les corto los dedos y los brazos, empujo sus escalas. Degüello a uno que me hace frente apuntándome con su arcabuz.

La punta de la pica de otro se desliza por el peto de mi armadura.

Pronto, al pie de las murallas, en los peñascos, allá donde las galeras turcas han desembarcado a los soldados, no hay más que pilas de cuerpos que la resaca cubre, voltea, arrastra y mece en un mar tinto de sangre.

Y al otro lado del fuerte hay otro montón de cadáveres de hombres y caballos.

Enguerrand de Mons corre sobre las murallas gritando órdenes. Hombres de armas acercan antorchas a la base de pedreros y morteretes que yo sé rellenos de pólvora, de telas empapadas en aceite, de pez. Las llamas brotan por doquier encima de las murallas. Se extienden, abrazan los matorrales y envuelven a los jinetes y soldados de infantería turcos cuyos amplios ropajes se consumen en unos instantes.

Los cuerpos se enroscan devorados por las llamas rojizas.

Los gritos ahogan el redoble de los tambores.

Veo lo que Dante ha visto del Infierno.

Pienso en Michele Spriano.

Ni pizca de compasión, de piedad o remordimientos.

Cojo una antorcha, pego fuego a uno de los cañones y veo al extremo de las llamas jinetes cuyos caballos se encabritan, que

intentan huir pero a los que la muerte ardiente alcanza.

En un momento de tregua en el asalto, puedo sentarme y alzar mi casco. Enguerrand de Mons acude a mi lado.

—Volverán —dice—. Pero debemos ser más obstinados que ellos. Si logran alcanzar las murallas, nos encerraremos en las torres, y si nos expulsan de allí, resistiremos en las ruinas, y luego defenderemos Birgu casa por casa: la villa está fortificada. Después, nos batiremos en los subterráneos y ganaremos Mdina.

Bajo la cabeza. Me siento fatigado. Tengo la boca seca.

Había querido hablarle de Mathilde de Mons, pero es él quien dice:

—Ya verás, mandaremos a Dragut al infierno.

En el momento en que iba a responder, las balas rojas de cañón vuelven a caer con gran aparato de explosiones.

Cuando se hace de nuevo el silencio, estamos envueltos en polvo, cubiertos de escombros. De pronto volvemos a oír los gritos de los jenízaros, el redoble de tambores, el fragor de trompetas, el chirriar de flautas y carracas.

—Aquí los tenemos —dice Enguerrand de Mons levantándose.

Me encasqueto mi yelmo y empuño mi espada con ambas manos.

Resistimos durante varios días todavía.

Todo mi cuerpo, encerrado en la armadura, era sufrimiento; a fuerza de golpear, tenía los brazos insensibles.

Por la noche se nos acercaron algunos hombres que habían logrado burlar la vigilancia y atravesar una de las bahías. Llegaban de Mesina, donde el gobernador García de Toledo, en nombre del rey de España, trataba de retenerlos impidiendo la constitución de un ejército de voluntarios.

Una de esas noches, entre la decena de hombres que se nos habían unido después de que su barco hubiese sido perseguido por las galeras berberiscas, reconocí a Robert de Buisson y nos abrazamos.

—¡Hugonote, pero cristiano! —exclamó.

Deslizó su guantelete por el filo de la espada que Enguerrand de Mons acababa de entregarle.

—Los catolicísimos reyes os abandonan a vuestra suerte. No me gusta eso, así que aquí estoy. ¡Aunque mañana, quizás volvamos a enfrentarnos!

Me arrastró hacia lo que quedaba de camino de ronda.

Su hermana Anne de Buisson había vuelto a Francia con ocasión de un viaje de la reina Isabelle a Bayona, donde debía encontrarse con su madre Catalina de Médicis y con Carlos IX.

—Ha huido de España.

Me apretó el hombro.

—Vos la avisasteis. Tal vez os deba la vida…

Aquella noche tuvimos que abandonar las murallas y las torres del castillo de San Telmo, dejando en la plaza a los muertos y heridos, y encerrarnos en la villa de Birgu, lindante con el fuerte. Habíamos prestado juramento de no retroceder. Si los infieles penetraban en la villa, no encontrarían más que nuestros cadáveres.

Al alba se escucharon gritos de rabia y odio.

Enguerrand de Mons, Robert de Buisson y otros caballeros estaban en la escollera del puerto, y yo observé unos tablones que la resaca empujaba hacia la orilla antes de alejarlos de allí.

Me acerqué, gritando como un poseso.

Los cuerpos de los caballeros y los soldados cristianos prisioneros de los infieles habían sido abiertos en canal, clavados en tablones y arrojados al mar para que fuesen a parar a la orilla de Birgu que todavía defendíamos.

Los infieles pretendían, aterrorizándonos de esa guisa, hacernos abandonar el combate.

Enguerrand de Mons, Robert de Buisson, otros compañeros de armas y de fe y yo entramos en el agua y arrastramos hasta la tierra los cuerpos de nuestros hermanos martirizados y profanados.

Los desclavamos, reunimos sus miembros descuartizados, juntamos sus carnes y envolvimos sus cuerpos en nuestros pendones rojos con la cruz blanca. Luego, de rodillas, juramos vencer y vengarlos.

El gran maestre Jean de La Valette nos reunió en torno a él. Había que infligir a los infieles, decía, la «paga de San Telmo».

El gran maestre se alejó unos pasos en compañía de su consejo, y luego Enguerrand de Mons se volvió hacia mí.

—Reconozco la firma de Dragut el Cruel —le dije, cuando pasaba a mi lado.

Saltó a la escollera sin mirarme, gritando que íbamos a hacer pagar a los infieles su crueldad.

Hombres de armas condujeron a la playa a los que habíamos capturado, los obligaron a arrodillarse y empezaron a decapitarlos.

La sangre brotaba a borbotones. Rodaban las cabezas por los cantos rodados.

Los infieles no intentaron resistirse. Tampoco gritaron ni imploraron perdón.

Los hombres de armas metieron las cabezas en sacos y subieron las murallas de la ciudad. Tiraban los sacos, que rebotaban en las piedras dejando un rastro de sangre.

Luego cargaron nuestros cañones con esas balas de carne.

Y vi volar las cabezas hacia el campo de los infieles.

Seguimos batiéndonos, resistiendo en las murallas de Birgu, mientras subían al asalto millares de infieles.

Parecían no ver la cortina de fuego que levantamos ante ellos. Las llamas los devoraban. Pero surgían otros, y cuando algunos lograban alcanzar las murallas, sus ojos desorbitados y sus gritos revelaban que tenían la cabeza llena de los sueños que alimenta el hachís. No teníamos remordimiento alguno al matarlos. No se defendían, era como si hubiesen olvidado que la muerte los esperaba en las puntas de nuestras espadas y nuestras picas.

Pero su número acabó por aplastarnos y sus balas abrían surcos sangrientos en nuestras filas.

Una noche, temiendo que hubiesen logrado desembarcar en el espigón y en la playa, corrimos hacia allí y pudimos ver una multitud de caballeros que portaban la cruz, saltando al agua y caminando hacia la orilla, espada en mano.

¡Por fin habían llegado «los refuerzos», «la gran ayuda»! García de Toledo había tenido que ceder y permitir que nueve mil hombres dejasen Mesina para venir a combatir a nuestro lado, salvar Malta, preservarla para Cristo.

Al alba atacaron a los infieles, que se dieron a la fuga.

Habíamos vencido.

La estación de las lluvias llegó acompañada de aguaceros y del mistral, que soplaba helado.

Oramos arrodillados en medio de las ruinas y las tumbas.

Alcé la cabeza hacia el cielo bajo.

La lluvia lavó mi rostro y ahogó mis lágrimas.

36

Camino hacia la cumbre de los altos acantilados que el mar socava con golpes sordos.

Me acerco a ese escarpado farallón. Escruto los peñascos, los vestigios de promontorio que el mar oculta y luego deja reaparecer a merced del oleaje, de las borrascas del mistral que sopla del oeste, húmedo y gélido.

Quiero ver si otros cuerpos mutilados, despedazados, desfigurados, hinchados, han sido arrojados por la resaca.

Cada día, desde el comienzo de la tempestad, las olas depositan restos humanos a nuestros pies.

Algunos llevan todavía una bota, un cinturón, por medio de los cuales podemos saber si son jenízaros o caballeros.

Uno de ellos tenía parte del casco incrustada en un rostro cuyos rasgos habían sido borrados por el mar y los peces.

Pero la mayor parte de los que han venido a parar a las rocas y se han enganchado en los cantos rodados de la playa, o acurrucado en las anfractuosidades del espigón, están desnudos y nadie podría reconocerlos. Su piel quizá habrá sido blanca u oscura, sus cabellos quizá hayan sido negros o rubios, pero el mar ha borrado las diferencias.

¿Cómo saber si esos despojos humanos son de cristianos o de infieles?

No me canso de mirarlos y, a pesar del viento, me inclino como si quisiese ser el primero en descubrir un nuevo cuerpo.

Lo repito una y otra vez, y tengo la impresión de que esos cadáveres me muestran el fondo del abismo en el que acaba cualquier vida, sea la de un infiel, la de un cristiano, la de un católico o la de un hereje.

Y este pensamiento es como un hierro candente hundido en mí, de la cabeza al vientre, un venablo de fuego que me hacía dudar de

vos, Señor.

¿Por qué esta tremenda crueldad entre los hombres si el infiel y el cristiano no eran sino tripas desgarradas con las que jugaba el mar?

¡Cuánto deseaba, Señor, compartir mi desesperación!

Pero ¿a quién confiarme?

Entré varias veces en la iglesia de Birgu, que ahora llamamos Santa María de la Victoria, deseoso de arrodillarme en la oscuridad del confesionario, ante un sacerdote. Pero siempre que recorría la nave, se celebraba misa por un caballero muerto a consecuencia de las heridas. Su féretro estaba situado ante el altar. El gran maestre de la orden, con su casulla roja bordada con la cruz blanca, estaba arrodillado, rodeado de los caballeros de su consejo.

¡Me avergoncé de mis dudas!

Los cuerpos, carnes putrefactas, podían mezclarse en la muerte, pero las almas eran pesadas por Dios según sus méritos y nada podía confundir a unas con las otras.

Recé por la reunión de los cuerpos con las almas y mis dudas se disiparon. Podía el mar vomitar cuantos pedazos de sus cuerpos quisiese, pero las almas los habían abandonado hacía tiempo.

Salí confortado de Santa María de la Victoria.

En las callejuelas de Birgu los hombres se afanaban levantando los muros de las casas que los cañonazos de Mustafá y Dragut habían derribado. Se construían nuevas defensas. Se reconstruía el bastión de San Telmo, casi enteramente destruido.

A menudo, al levantar los bloques derruidos, también se descubrían cuerpos putrefactos.

Cuando su estado no permitía reconocerlos, se les enterraba de noche, lejos de las sepulturas honradas, como si de apestados se tratase.

Estas cosas me sumían de nuevo en la desesperación.

Imploré frecuentemente tu ayuda, Señor, en aquellos días que eran sin embargo los de nuestra victoria sobre el infiel.

Pero no podía confiarme más que a vos.

Así pues, vagué por la isla, cabalgando solo de una torre de vigía a otra.

Enguerrand de Mons había sido el primero en dejar Malta, encargado por el gran maestre de la orden para representarlo ante la reina madre, Catalina de Médicis, y el rey Carlos IX. Yo lo había acompañado hasta la galera que debía llevarlo a Nápoles. Luego, vía terrestre, ganaría el reino de Francia y pernoctaría unos días en la Fortaleza de Mons antes de dirigirse hacia París, donde residía la corte de Francia.

Ya había franqueado la pasarela, y seguía insistiendo en que lo acompañase. La guerra por la fe en Cristo, me dijo, iba a desarrollarse en Francia. Los herejes eran allí tan numerosos que estaban protegidos por los más grandes del reino, por la propia Catalina de Médicis, que no pensaba más que en preservar el poder de su hijo.

—¡Esa bruja es una Médicis! ¡Casta de mercachifles! —repetía.

Me había repetido las palabras propaladas por el embajador de Venecia, que había hecho escala en Malta. La reina madre estaba en el ajo de todos los complots que se hacían y deshacían en la corte. Algunos iban dirigidos contra los hugonotes: los Condé, los Borbones, los Coligny, los Thorenc —«vuestro hermano, Bernard, vuestra hermana»—. Otros buscaban defenestrar a los Guisa. Enfrentándolos unos a otros, católicos contra protestantes, la reina esperaba destruir a todos los que habrían podido rebelarse contra el poder real.

—Vive rodeada de magos, astrólogos, envenenadores. Unos le preparan mixturas, ungüentos, perfumes mortales que derrama donde puede. Otros trazan horóscopos, construyen espejos que interroga intentando descubrir cuántas veces tal o cual de sus hijos, Carlos o Enrique, o los de su rival, el príncipe de Navarra, se reflejarán en ellos. Y, según el número, contará los años de reinado, calculará la duración de su vida y la abreviará si puede.

Utilizaba también los servicios de un hechicero que construía pequeños autómatas con la efigie de tal o cual príncipe, tal o cual de sus enemigos, e iba clavando agujas en aquellas estatuas móviles, les rompía los miembros, les arrancaba la cabeza, los aplastaba. La reina Catalina espiaba los efectos de esos hechizos en los cuerpos de aquéllos cuya muerte deseaba.

Yo estaba fascinado y asustado a un tiempo. Me asombraba que partiese hacia aquella corte con aquel talante, y que incluso me

invitase a acompañarlo.

—¡Es un nido de víboras! —me había dicho—. Pero es en el reino de Francia donde se gana o pierde la guerra de Cristo. Felipe II lo sabe, así como el gran maestre de la orden y el nuevo papa Pío
V.
Hay que obligar a Catalina de Médicis y a Carlos IX a actuar contra los hugonotes. Me gustaría…

Deseaba que yo intentase atraer a la verdadera fe a mi hermano Guillaume y a mi hermana Isabelle. Desde la muerte de mi padre en San Quintín, Guillaume se había vuelto uno de los hugonotes más cercanos al almirante Coligny, uno de los pocos nobles que dirigían el partido protestante. En cuanto a Isabelle de Thorenc, formaba parte de la camarilla de Catalina, que amaba la belleza, la gracia y el espíritu de las damas más jóvenes. Se decía que pensaba casar algún día a Isabelle con un noble católico y con ello sembrar la disensión en las filas de la secta calvinista.

—La guerra civil ha comenzado y será despiadada.

Felipe II había proporcionado a Catalina y a Carlos IX tropas que permitieron a los católicos vencer a los protestantes en las primeras batallas.

Pero la guerra no estaba ganada. Los hugonotes se reagrupaban, saqueaban iglesias, masacraban monjes, sacerdotes o infieles donde podían, en Pamiers o en Nîmes.

—Matan a los católicos con la misma saña con que decapitan estatuas de los santos y de la Virgen.

Recuerdo todavía el tono de su voz cuando añadió:

—Habrá que pagarles con la misma moneda.

Rehusé acompañar a Enguerrand de
Mons.

Tal vez fui un cobarde, Señor, pero no reuní el valor suficiente para enfrentarme a los míos, a mi hermano Guillaume y a mi hermana Isabelle. Experimentaba un sentimiento de miedo y de repulsión ante la idea de verme metido en aquel «nido de víboras» —así lo había calificado Enguerrand de Mons— que era la corte de Francia.

Dio un taconazo en el suelo diciendo:

—¡Hay que aplastarles la cabeza a esas serpientes!

No me sentí capaz.

Cuanto más quería continuar la guerra contra los infieles, más pesado se volvía mi brazo, que se paralizaba con sólo pensar en levantar mi espada contra los herejes.

En lugar de oponerme a él, conversé largamente con Robert de Buisson mientras cabalgábamos juntos.

Lo convencí de no buscar camorra con Enguerrand de Mons e hice lo mismo con este último.

Pero se desafiaban con la mirada, se provocaban. No pensaban en otra cosa que en pelearse en campo cerrado, y eso había empezado la mañana de nuestra victoria, cuando las velas de los navíos de Dragut y Mustafá se destacaban en el horizonte.

Era una locura, y yo no había encontrado otro medio para impedirles que se matasen que llevarlos primero a uno y luego al otro lejos de Birgu y del fuerte de San Telmo.

Pero el reino de Francia, la guerra que allí se fomentaba entre hugonotes y católicos, los obsesionaba.

Escuchando a Robert de Buisson, a veces tenía la impresión de estar oyendo a Enguerrand de Mons, pero era como si su discurso hubiese sido invertido respecto a qué cartas jugar.

Como Enguerrand de Mons, Robert de Buisson se la tenía jurada a la reina madre, esa bruja, descendiente de un linaje de comerciantes mercaderes que habían comprado su nobleza por el precio de las telas que habían vendido. Y ahora vendían por cuatro cuartos el reino de Francia a Felipe II. ¡El rey de Francia contaría menos que un señor de España! Los soldados de Felipe II ya habían masacrado en Dreux a los hugonotes franceses, y permitido la victoria de los papistas. En Bayona, el duque de Alba había vuelto a encontrarse con Catalina, y no era difícil imaginar lo que habrían urdido juntos: la masacre de todos los protestantes de Francia.

—Han empezado a matarnos —prosiguió Robert de Buisson—, a incendiar nuestros templos, a prohibirnos practicar nuestra fe. ¿Se creen que van a poder tratarnos como a esos mendigos[4] de los Países Bajos masacrados por las tropas del duque de Alba? Nosotros sabemos batirnos, y los mercenarios suizos del duque no nos asustan. Y, si fuese necesario —¿oís, Bernard?—, reclutaremos

lansquenetes alemanes, que son más valientes que los suizos. ¡No vamos a dejarnos degollar como corderos!

Robert de Buisson me interpelaba indignado y sorprendido de que yo fuese el único de la gran familia de los Thorenc que no había elegido el camino justo. ¿Quién me había engañado hasta ese punto? ¿Acaso no había visto en lo que se convierte un reino cuando se deja en manos de los papistas? Yo no podía ignorar lo que eran los tribunales de la Inquisición.

—Sus jueces, sus verdugos, no son mejores que los de Dragut el Cruel. Y, desde luego, el papa Pío V es el antiguo inquisidor general. Sólo por esa razón deberíais uniros a la religión reformada.

No servía de nada responderle, demostrarle que para mí lo primero era la victoria de los cristianos sobre los infieles y sus aliados; que ésa era la guerra de Cristo y que las otras no me parecían más que querellas emponzoñadas por los clérigos y los príncipes en su provecho; que yo no quería mezclarme en ellas, pues mi único deseo era poner mi espada al servicio de Cristo y de su Iglesia, contra el islam y su afán de dominar y exterminar a la cristiandad.

Logré impedir que Robert de Buisson desafiase a Enguerrand de Mons, pero no me tranquilicé hasta que el primero dejó la isla y, unos días más tarde, fue imitado por el segundo.

Me había quedado solo.

Con frecuencia, durante mis cabalgadas, costeando los campos de trigo devastados, solía espantar a los pájaros, que salían volando de repente entre las espigas rotas; junto con su negro aleteo, me llegaban sus agudos graznidos, que me perforaban los oídos. Echaban a volar, revoloteando por encima de mi cabeza, y yo avanzaba hasta aquella masa informe que se adivinaba entre las espigas.

Podía ser un caballo o un hombre muerto. Sus ojos habían sido picoteados por los pájaros; su vientre, desgarrado por los perros. Su carne negra aparecía cubierta de gruesas moscas y enormes gusanos viscosos que se deslizaban entre las entrañas desparramadas.

Me quedaba inmóvil durante largo rato, mirando la transformación de una vida en un hormigueo de otras tan decididas a vivir, a arrancar su parcela de subsistencia, a combatir la una contra la otra, si era necesario, como lo había hecho la vida que

yacía allí, muerta.

Cuando por fin lograba alejarme de allí, lo hacía, de nuevo, atormentado. A veces, me arrodillaba ante lo que había sido el humilladero de un calvario y ya sólo era un cepillo de ánimas volcado o una cruz desmembrada, pues las tropas de Mustafá y de Dragut el Cruel habían recorrido la isla de punta a punta, destrozando crucifijos y altares, degollando o crucificando a los cristianos que capturaban, fuesen caballeros o campesinos. Las zanjas que bordeaban los campos estaban a menudo cubiertas de cuerpos mutilados.

Mi guerra debía ser aquélla: contra los despiadados infieles que no habían dejado nunca de combatirnos.

Adentrándome en las callejuelas de Mdina, de Rabat o de Mellieha, descubrí que la isla había sufrido, en el curso de los tiempos, la invasión árabe; san Pablo la había evangelizado después de que su navío hubiese naufragado contra un arrecife, a unas millas de la costa. Pero los árabes la habían conquistado y, durante casi dos siglos, la habían mantenido humillada, sumisa, y algunos habitantes se habían convertido al islam, hasta que un conde normando, Roger de Hauteville, la liberó.

Y los cristianos, fuésemos católicos o hugonotes, habíamos impedido que fuese de nuevo presa de los infieles.

Al final de mis cabalgadas, de regreso a Birgu, veía con orgullo cómo poco a poco iba emergiendo de la tierra la nueva iglesia que edificábamos y que se llamaría San Juan, en honor del gran maestre de la orden, Jean de La Valette.

El gran maestre me había pedido que lo visitase en el castillo de San Telmo, parte de cuyas murallas, levantadas sobre el mar, se habían acabado de reconstruir.

Aquel día el mistral había amainado. En la luz límpida, los acantilados y las piedras tenían una tonalidad dorada. Los pájaros volaban alto en un cielo lavado que reflejaba el agua espejada de las bahías. Pensaba en los grabados que, en el borde de las páginas, acompañan el viaje de Dante y Virgilio del Infierno al Purgatorio y al Paraíso.

Y pensaba también en Michele Spriano, que quizá ya sólo era carne magullada, enterrada, putrefacta.

La sala donde se encontraba el gran maestre de la orden se hallaba sumida en la penumbra, pero reconocí de inmediato la silueta que avanzaba hacia mí con los brazos abiertos. Me quedé inmóvil. Estaba feliz, emocionado de volver a ver a Diego de Sarmiento, desembarcado sin duda de aquella galera que había visto amarrada en el espigón de Birgu. La multitud se había congregado en torno a la pasarela, mirando a los prisioneros infieles transportando hasta los depósitos del puerto los cofres y fardos que por lo visto guardaban los regalos que el rey de España ofrecía a la orden de Malta para saludar la victoria contra el ejército y la flota del sultán.

Sarmiento me abrazó. Le habían encargado, me dijo, testimoniar al gran maestre de la orden la satisfacción, la alegría y el orgullo de Su Majestad el rey de España por el heroísmo de que habían dado prueba sus caballeros, y saludar su victoria sobre los infieles.

Luego se volvió hacia Jean de La Valette, añadiendo que la intención de Felipe II, al invitarme a acudir a la isla, era que se supiese que España participaba en aquel combate y no escatimaría ningún esfuerzo para ayudar a Malta. Los presentes y ayudas que el rey había hecho llegar a la orden hablaban a las claras de su afecto por la gran institución cristiana.

El gran maestre había sonreído. Su rostro era el de un hombre enfermo cuyas heridas seguían haciéndolo sufrir y que no se dejaba engañar con palabras.

—Doy las gracias a Su Majestad el rey —murmuró—. Aunque haya llegado después de la batalla, su apoyo nos es muy valioso. En cuanto al conde Bernard de Thorenc, ignoraba que representase a Felipe II, lo cual, no obstante, no me impide subrayar con énfasis su mérito y saludar su modestia y discreción: ¡cualquiera diría que ignoraba que combatía en nombre del rey de España!

Bajé la cabeza como si hubiese querido que todo aquel floreo, al no concernirme, me resbalase. Pero yo no estaba tan desengañado por los gestos de Felipe II como el gran maestre de la orden.

El rey de España nos había dejado solos frente a Dragut y a Mustafá. Y, una vez que los habíamos rechazado, hacía suya nuestra victoria. Yo me convertía en su abanderado, yo, que había tenido que huir de Toledo por temor a que me impidiese venir a Malta. Y Sarmiento, que me había advertido de los riesgos que corría

desobedeciendo al soberano, mentía con el aplomo de un embajador veneciano.

Dejamos juntos el fuerte de San Telmo y caminamos por las murallas de Birgu para dirigirnos a la galera española fondeada en la punta de la escollera.

Sarmiento me habló con entusiasmo del palacio de El Escorial, que sería el más vasto, el más noble de todos los palacios de todas las naciones del mundo. Felipe II se había instalado ya en él, pero una parte de la corte seguía viviendo en Madrid.

Me mostró los acantilados desnudos que caían a pico sobre la bahía, los castillos de San Miguel, San Angelo y San Telmo y la villa de Birgu. Era el momento, prosiguió, de que abandonase este rincón perdido del mundo, de que volviese a España. Su Majestad Felipe II necesitaba hombres de mi temple.

El rey no podía contar con su hijo don Carlos, un pobre loco deforme, ni con don Juan, su hermano bastardo, cuya ambición temía. Sus consejeros, Ruy Gómez y otros, eran hombres de letras. El duque de Alba restablecía el orden en los Países Bajos. Esos malditos hugonotes, los nobles flamencos, eran los más feroces rebeldes. El duque de Alba iba a necesitar mucho tiempo para reducirlos. Al rey le hacían falta, pues, hombres de mi temple. Y Sarmiento garantizaba mi fidelidad.

Ahora bien, en Andalucía, en torno a Granada y en toda la costa, los moriscos se armaban y recibían a los emisarios de los berberiscos y del sultán. No eran todavía más que las primeras pavesas de una revuelta, pero ¿podía aceptar España que se la desafiase, que la miseria se extendiese por su cuerpo y acabase sangrándola?

Pensé en Aixa, en Juan Mora, en todos los conversos enmascarados que rezaban a Alá, arrodillados en dirección a la tumba del Profeta.

¿No repetía yo que mi guerra era aquélla —contra los infieles que no renuncian jamás— y solamente aquélla?

Unos días más tarde, partí de Malta para España en la galera de Diego de Sarmiento.

37

Lamenté haber seguido a Sarmiento a España.

Apenas hube dado unos pasos por las grandes salas del palacio de El Escorial donde Felipe II recibía a su corte, tuve la sensación de que caminaba hacia el infierno.

No había, sin embargo, en torno a mí, más que mujeres y grandes de España, sedas, terciopelos, collares de oro y esmeraldas, joyas y encajes. Pero cada mirada, mientras caminaba hacia el trono para ser presentado al rey, era como la punta acerada de un puñal. Me cosían a puñaladas. Me despellejaban vivo. Querían que llegase desnudo, sangrando, ante el monarca.

Felipe II me tendió la mano mientras yo me inclinaba.

Vi sus ojos velados, la tez sombría de un hombre del que se decía que no dejaba su despacho más que para ir a sus aposentos. Y se murmuraba que la pobre reina Isabelle de Valois sufría del ano, que sus criadas francesas la bañaban varias veces al día en leche caliente en la que habían vertido azafrán y la obligaban a ingerir hora tras hora compota de ciruelas. Pero nada parecía calmarla. Tenía el culo en carne viva, le ardía hasta hacerla aullar. ¿Y qué querían que hiciese el rey con una esposa que quizá había heredado la sífilis de su abuelo Francisco I? ¡Si el soberano se enteraba de eso, la repudiaría!

¿Pero quién iba a atreverse a prevenirlo contra la joven reina francesa, a la que él había desvirgado y de la que estaba tan enamorado?

En eso pensaba yo mientras me tendía la mano. Luego volvió la cabeza, contemplando a la multitud de encopetados cortesanos pendientes de una mirada suya y que me crucificaban con sus celos.

Retrocedí, intentando deslizarme hacia el fondo de la sala, pero Diego de Sarmiento me retuvo. Debía permanecer con él en primera fila, entre los grandes de España, los consejeros del rey y sus

mujeres, que a menudo también eran las amantes del soberano.

Cerca de mí se hallaba Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli, que con la yema de los dedos me rozaba la mano como por descuido. Me taladraba con la mirada de su ojo vivo, el rostro atravesado por el cordón de su parche de tuerta, y más tarde Sarmiento, en el palacete que ocupábamos en Madrid, no lejos del Alcázar, me reprochó que, a la vista de todos, hubiese respondido a las insinuaciones de la princesa.

Jugaba con fuego, me dijo. Si Felipe II se daba cuenta de mi actitud, podía ser arrojado a una prisión de la Inquisición o condenado a cuatro años de galeras.

—¡Necesitamos remeros! —exclamó Sarmiento—; el rey ha pedido a los tribunales que impongan un castigo de al menos cuatro años a los pecadores, ¡y tú eres uno de ellos!

¿Acaso no sabía que la princesa de Éboli, la tuerta Ana de Mendoza y de la Cerda, estaba con Felipe II, con su marido Ruy Gómez, consejero del monarca, con él, Sarmiento, e incluso, según se decía, con Antonio Pérez, el secretario de su marido?

Temí por mi vida.

Había olvidado que la corte de España era un campo de batalla y que los combates que allí se libraban eran más crueles que aquéllos en los que me había batido en las murallas del castillo de San Telmo.

Sentí la nostalgia de aquellos días en que la muerte se había acercado, a bandera desplegada y redoble de tambor, acompañada por las explosiones de los cañonazos. Luego la muerte había dejado atrás los cadáveres que la mar arrastraba y depositaba en las rocas o bien los que se pudrían entre el trigo, en las zanjas.

Aquí, en el palacio de El Escorial, pero también en Madrid, en Toledo o en Segovia, hombres y mujeres desaparecían y jamás se volvía a ver sus cuerpos. Ninguna ola los arrojaba sobre aquellas baldosas de mármol.

Pero lo sabíamos.

Sarmiento recogía todos los rumores. Pagaba en ducados o en joyas a los hombres y mujeres que, grandes señores de título o de apariencia, como si fuesen salteadores de caminos o agentes en las cloacas, reunían todas las informaciones para traerlas cada noche

ante Sarmiento. Él las escogía y clasificaba, y luego comunicaba las más inesperadas o las más peligrosas —por estar más cerca de la verdad— al rey.

—Él me escucha impasible —me susurraba Sarmiento—. A veces, su mandíbula se agita con un temblor imperceptible. Luego me despide sin haberme dicho una palabra, y a menudo me pregunto si me ha entendido, e incluso si se da cuenta de que le he hablado.

Adivinaba que Sarmiento se lamentaba por haberse confiado a mí, que no me sentía ligado a él por ese pacto de ambición y complicidad que hacía de cada cortesano o consejero un aliado y un rival.

Entre ellos se tejían alianzas y se urdían conspiraciones que luego se deshacían al capricho de un gesto, una mirada, una decisión del monarca.

Sarmiento me confesó que en compañía de Ruy Gómez y otros tres grandes de España había entrado con el rey en la alcoba de su hijo, el infante don Carlos.

—El rey se había revestido de su armadura. Sabíamos que don Carlos mantenía sus armas al alcance de la mano, en su propio lecho. Había que cogérselas, neutralizarlo.

Quizá Sarmiento percibió la repulsión que yo experimentaba ante la idea de aquellos hombres enmascarados surgiendo en medio de la noche, acompañados de guardias, y arrojándose sobre don Carlos, que despertaba, gritaba, se debatía, chillando que quería morir, ¡que no estaba loco!

Pero Felipe II sospechaba que conspiraba contra él, que había intentado huir de España, quizás para ponerse al mando de los rebeldes de los Países Bajos y así obtener la corona que su padre le negaba.

Don Carlos había solicitado la ayuda de don Juan, hermano bastardo del rey, y, naturalmente, éste, como todos aquéllos a los que el infante se había dirigido, lo había denunciado al rey.

Lo encerraron. Felipe II explicó que don Carlos estaba loco, que una noche había matado a latigazos a casi cuarenta caballos, y que lo habían encontrado vagando por ahí, cubierto de sangre.

En otra ocasión intentó violar a una criada. Se murmuraba que

también estaba locamente enamorado de Isabel de Valois, la esposa de su propio padre.

Loco, en todo caso, por no haberse limitado simplemente a ser un hijo discreto y obediente.

Sarmiento me refirió, con miedo en la voz, lo que Felipe II había dicho:

—Prefiero sacrificar a Dios mi propia carne y mi propia sangre, poniendo el servicio del Señor y el Bien universal por encima de cualquier otra consideración. Viejas y nuevas razones me obligan a actuar así, y son tantas y tan graves que no puedo decirlas…

¿Qué le había ocurrido a don Carlos?

No se volvió a ver su cuerpo jamás; solamente su ataúd, más tarde, cuando lo enterraron en El Escorial, con toda la pompa y boato reservados a un infante de España.

¿Había sufrido en su celda sumida en penumbra? ¿Lo habían encadenado? ¿Lo habían torturado hasta sumirlo en la locura? ¿Lo habían expuesto al frío, y luego al calor? ¿Le habían hecho padecer hambre para dejarlo atiborrarse unos días más tarde, y así condenarse, no ofreciéndole otra salida que la muerte?

La muerte estaba allí, agazapada, con su enorme guadaña disimulada entre los paños fúnebres pero siempre llamando a la puerta.

Se supo que uno de los embajadores de los Países Bajos en Madrid, el barón de Montigny, había sucumbido a la enfermedad. Y Felipe II ordenaba exequias solemnes mientras se murmuraba que Montigny había sido encarcelado y estrangulado.

Desde El Escorial, Felipe II ordenaba al duque de Alba castigar sin descanso a los levantiscos flamencos, a los mendigos del mar, fanáticos que se declaraban calvinistas o luteranos, que incendiaban conventos, destrozaban estatuas en las iglesias y pretendían gobernarse.

El duque de Alba instituyó un «Tribunal de los desórdenes», que los holandeses llamaban «Tribunal de la sangre», y envió a la muerte a los nobles que yo había conocido: en Bruselas, al conde de Egmont y al conde de Hornes les cortaron la cabeza con un hacha en la plaza del ayuntamiento.

El duque sembraba el terror por todas partes, incendiando

aldeas, colgando o pasando por las armas a cuantos se rebelaban.

Me di cuenta de que Sarmiento sentía celos de él.

—El duque se confunde y nos confunde —decía— cuando le escribe a Felipe II: «Este pueblo se ha vuelto tan dócil que se inclinará obediente bajo la mano de vuestra Majestad cuando le concedáis la indulgencia y el perdón». ¡Esos mendigos son más correosos de lo que parece! Inglaterra los sostiene, los hugonotes franceses les proporcionan ayuda, el almirante Coligny quiere enviarles tropas de auxilio. Y Catalina de Médicis se lava las manos. Prometió expulsar a los predicadores hugonotes del reino de Francia, ¡pero firma acuerdos con ellos! No se puede confiar ni en Catalina ni en Carlos IX. No quieren reconocer que, para extirpar la herejía, hay que aliarse con España y someterse a su Rey.

Sarmiento se enfurecía.

Los hugonotes, los Coligny, los Condé, los Borbones habían comprendido que su religión pretendidamente reformada —¡simple herejía y brujería!— sólo prevalecería si apartaban a España de Francia. Querían impedir que Catalina de Médicis y Carlos IX respetasen las promesas hechas al duque de Alba cuando se encontraron en Bayona.

Pero, desde entonces, la reina madre y el rey de Francia la habían olvidado.

—Escuchan a Coligny, que repite cada día que es preciso que el soberano ayude a los rebeldes flamencos, los sedicentes mendigos del mar, según él, la única manera de debilitar a España, ¡el reino que amenaza a su país! Todo está revuelto: la religión y las ambiciones. Pero quien quiera defender la justa religión debe seguir al rey de España. ¡Es al que Dios ha elegido para sostener la espada de la verdadera fe!

¡Pero cómo olvidar que Felipe II había dejado sola a la orden de Malta combatiendo contra los infieles y había querido aprovecharse después de nuestra victoria atribuyéndose la gloria!

¿Estaba ciego Sarmiento o creía que podía engañarme y que me tragaría sus mentiras?

Sin embargo, no le respondí.

¿Adónde iba a huir?

La muerte me rondaba.

Estaba en las tétricas procesiones que recorrían las calles de Madrid, de Segovia o de Toledo.

Estaba en los juicios de la Inquisición, que ordenaba el arresto, como hereje, del cardenal primado de España.

Estaba en las llamas de las hogueras levantadas en Sevilla, en Toledo o Barcelona.

Quemaban a nobles sospechosos de herejía luterana, y a artesanos franceses acusados de haber cantado salmos.

Y la muerte también estaba en la respuesta del rey cuando, interpelado por un joven noble condenado, le contestó: «¡Acarrearía yo mismo la madera para quemar a mi propio hijo si fuese tan culpable como vos!».

La muerte llamaba sin descanso.

En la corte, la reina Isabelle de Valois había sucumbido tras soportar un difícil embarazo.

—El rey está triste —susurró Sarmiento—. Jamás lo había visto así. Le tiembla la quijada. Su piel se ha vuelto más gris si cabe, como una tela ajada y desvaída. Ha escrito a Catalina de Médicis, la madre de Isabelle: «No hemos escatimado esfuerzos para salvar su vida y su salud, que me eran más caras que la mía. Sin embargo, cuando llega la hora de Dios, los remedios humanos apenas tienen valor, y por ello suplico a vuestra Majestad que os consoléis como yo lo hago, considerando que está en el reino de los cielos y más sufrimos los que hemos quedado aquí abajo».

Yo dudaba de la sinceridad del rey, pero tenía miedo de mis propios pensamientos, que, si hubiesen sido oídos, me habrían condenado sin paliativos.

Por otra parte, me parecía que Sarmiento sospechaba de mí.

Me hablaba con rudeza, repitiéndome que la pena del rey era honda. El soberano se había retirado durante varias semanas a un monasterio cercano a Madrid y, a continuación, se había encerrado en El Escorial. Sarmiento era uno de sus consejeros más próximos.

—Saldrá de su melancolía —decía—. Fue elegido por Dios para ser el defensor de la fe. No puede abandonarse a penas privadas. Un soberano no llora más que la desgracia de su reino y de sus pueblos o los ataques a la religión.

Yo escuchaba a Sarmiento. Deseaba alejarme de él, de aquella

pasión por el rey que lo habitaba.

Rehusé una vez más volver a Francia para ayudar allí a los católicos que se enfrentaban de nuevo a los hugonotes.

No me atreví a decirle a Sarmiento que, en mi opinión, tanto unos como otros para mí eran cristianos. Había combatido en Malta al lado de Robert de Buisson, el hugonote de La Rochelle, y de Enguerrand de
Mons.

Le dije que había vuelto a España con él para impedir que los moriscos de Andalucía amenazasen el reino católico. Mis únicos enemigos eran los infieles, los que me habían humillado, golpeado, encarcelado y cuya crueldad conocía muy bien.

Recordaba a cada cristiano que había visto torturar en las galeras de Dragut el Cruel o en el real de los baños de Argel.

Y no había día en que no hojease la *Divina Comedia*, pensando en Michele Spriano.

Lo que yo quería hacer era la guerra contra los infieles, que no cejaban en su empeño de combatirnos y oprimirnos.

—La harás. Pronto —me dijo lacónicamente Sarmiento.

38

La guerra está aquí.

La adivino en la mirada de ese hombre acuclillado en la entrada del estrecho puente que cruza el Guadalquivir.

Se parece a Juan Mora. Sus ojos arden en un rostro lleno de cicatrices de piel casi negra. Baja la cabeza. Me imagino que debe de contar los caballos de nuestra tropa; tan pronto como estemos al otro lado del río, correrá a la sierra de Andújar, donde se reúnen los insurgentes, centenares de hombres levantados en armas.

Bajan de la sierra, salen de los bosques y cuevas en los que se ocultan para saquear iglesias, quemar conventos, degollar monjes y sacerdotes, matar a los cristianos y violar a sus mujeres. Obligan a los conversos a volver al islam. Matan a los que se niegan y arrastran a hombres, mujeres y niños hacia sus refugios.

La guerra está aquí.

La veo. En los cadáveres tendidos unos al lado de los otros, decapitados, delante de las casas de la aldea que no son más que vigas calcinadas, paredes derruidas; en los hombres colgados de los árboles.

Las tropas del capitán general de Granada, don García Luis de Cordoza, los han ejecutado.

Veo a una mujer de pie, con el rostro descubierto, los cabellos revueltos. Sus ojos extraviados son azules. Pero tal vez sea la imagen de Aixa la que se me impone.

Su recuerdo no me abandona. En cada mujer que vislumbro creo reconocer no a la que ya no está para mí, Lela Marien, la conversa, la amante que aseguraba gobernar el cuerpo y la mente de don García Luis de Cordoza, sino a Aixa, la morisca de la cimitarra que había permitido mi evasión, la heredera de la familia Thagri cuyos descendientes, todos conversos, eran los cabecillas de la revuelta.

Por lo visto, querían reconstruir el gran reino de los moros, de

Córdoba a Granada.

Me imaginaba que Aixa también se había echado a los bosques y las sierras, poniéndose a la cabeza de los rebeldes para vengar con su propia mano la humillación sufrida por los reyes moros, aquellos que habían sido traicionados por los esclavos cristianos y entregados a los Reyes Católicos.

Su momento había llegado. Le tocaba ahora a ella traicionar a don García Luis de Cordoza y a todos aquellos cerdos, ¡los malditos españoles!

La guerra está aquí.

Puedo oírla.

Cabalgo al lado de don Juan, el hijo bastardo de Carlos V a quien Felipe II ha confiado el mando de las tropas encargadas de aplastar a los infieles y ahogar en sangre esta revuelta de los moriscos atizada por turcos y berberiscos.

Cada noche, los corsarios de Tetuán y las galeras turcas desembarcan hombres en las costas andaluzas, entre Almería y Málaga, no lejos de la playa en la que no hace tanto tiempo nos dejó la chalupa a Michele Spriano y a mí. En la oscuridad, guiados por los lugareños, suben a las sierras que rodean Granada. Desde sus crestas observan los muros ocres y almenados, los mosaicos de la Alhambra. Es su Granada. Sueñan con reconquistarla.

Han tratado de sublevar a la población mora de la ciudad. Pero los conversos de allí, acostumbrados al nuevo orden, se opusieron airados, rehusando levantarse. Incluso se han puesto al lado de don García Luis de Cordoza, el capitán general, y han jurado fidelidad al rey de España y a la religión católica. Imagino a Aixa, la morisca de la cimitarra, escuchándolos, despreciándolos, decidiendo esa misma noche dejar el Presidio y a su amo, arrancarse la máscara de Lela Marien que lleva desde su bautismo, para reunirse con los insurgentes en la sierra de Andújar o en Las Alpujarras.

Al internarnos en un desfiladero de Sierra Nevada escucho una voz aguda que, desde lo alto de los escarpados promontorios rocosos que nos dominan, nos maldice. Pienso en la llamada de los muecines que me despertaban al alba, en Argel. Me imagino que es Juan Mora o Aixa quien ha lanzado ese grito.

Pongo mi montura al galope para escapar de esa voz, de esa

trampa. Y a mis espaldas, con un sordo estruendo, oigo la avalancha de rocas despeñándose, rebotando en las paredes rocosas, aplastándose en el camino.

La guerra está aquí.

Entramos en Granada bordeando el río Darro.

Recuerdo los brazos desnudos de las mujeres y la piel tersa de sus muslos cuando levantaban sus faldas para vadear el río.

Sus gritos nos llegan de repente.

Estas otras mujeres, ahora andrajosas, corren hacia nosotros, con los brazos en alto, clamando que son cristianas, que los moros, esos falsos conversos, han matado a sus maridos, a sus hermanos, a sus hijos; que han violado a sus hijas, a sus hermanas; que hay que prenderlos, degollarlos, quemarlos a todos, entregar la tierra a los cristianos viejos, los únicos españoles cuya sangre es pura.

—¡Nosotras somos madres cristianas que parimos cristianos! ¡Que el rey católico nos proteja y nos vengue!

Miro a don Juan.

Su rostro de joven de veinte años, de tersas y rosadas mejillas, se crispa. Nuestras miradas se cruzan.

Las mujeres nos miran. He visto a los soldados empujarlas hacia nosotros, instigados por don García Luis de Cordoza, que quiere imponernos su forma de vencer la revuelta: la muerte o la expulsión para los moriscos, sean o no conversos. No hay lugar en España para las sangres impuras, infectadas por el moro.

¡Fuera los moros! Igual que fueron expulsados los judíos.

El reino católico de España sólo es la patria de los españoles de sangre pura, ¡cristianos viejos desde que existen los pueblos de España!

Don Juan me escucha.

Lo he visto estremecerse al atravesar el pueblo donde las tropas del capitán general se habían ensañado degollando, decapitando, colgando.

Me inclino para decir que, a menudo, lo sé, hay que responder a la muerte con la muerte.

Añado que Cristo, sin embargo, nunca predicó la muerte.

Don Juan sonríe.

—La espada no es la cruz —dice—. El caballero pasa primero. Su hoja corta. Luego llega el monje. Nosotros no somos monjes…

Su voz es clara como su mirada.

Cabalga lentamente, en medio de las tropas reunidas por don García, de un lado a otro de la Puerta de los Estandartes. Los soldados alzan sus picas y sus banderas.

Don Juan se yergue sobre los estribos. Tiene la belleza de un caballero de vitral. Espuelas de oro, botas blancas, coraza ajustada a su joven torso, el metal realzado de pedrerías e incrustaciones de oro. Lleva un tocado de terciopelo negro, adornado con una larga pluma de avestruz en la que brilla una gruesa esmeralda. Las mangas del jubón, de las que se escapa un remolino de encajes y puntillas, están cuajadas de perlas. Y en su brazo izquierdo flota el largo fajín carmesí, signo de su mando general.

Se sitúa junto a don García Luis de Cordoza, que me ha dirigido una mirada sin dar muestras de reconocerme. El capitán general se inclina hacia don Juan. Su rostro está enrojecido. Lleva casco, coraza y botas negras. A su lado se hallan dos criados que han tenido que ayudarle a subir a la silla. Es deforme, y sus muslos aplastan los ijares del caballo. Tendrán que ayudarle a descabalgar. Una palabra me viene de golpe a los labios: «*cerdo*».

Era la que utilizaba Aixa, la morisca de la cimitarra, para referirse a él.

El capitán general alza su brazo. Doscientos caballeros se ponen en movimiento: los cien primeros llevan manto corto de terciopelo carmesí cubriendo parte de su coraza; los otros cien, una chilaba sobre la armadura y un turbante enrollado alrededor de su casco, prácticamente el mismo uniforme de los moros del antiguo reino de Granada, como si no pudiesen borrarlo, aunque Felipe II haya prohibido a los moros que vistan sus ropajes tradicionales. Y resulta que los que deben extirpar de Andalucía el recuerdo morisco lo visten en el momento mismo en que se va a entablar la verdadera guerra.

Y la guerra se hace a sangre y fuego.

Se dice que la dirige una morisca de largos cabellos sueltos, que corta con su cimitarra la garganta de los cristianos. Nada detiene su brazo, ni las lágrimas de una madre ni los gritos de un niño.

Es Aixa, es a ella a la que persigo hasta el cerro de Inox, que domina el mar, cerca de Almería.

Miro la costa que se despereza en cabos y bahías y me recuerda aquella mañana en que salté de la chalupa, impaciente por pisar la tierra libre y cristiana de España.

Y Michele Spriano, mi compañero de fuga, ¿en qué infierno seguirá retenido? Tal vez reme a bordo de una de las galeras otomanas que se acercan a las costas mientras nosotros subimos al asalto el cerro donde se han refugiado varios millares de moriscos.

Pero la morisca que los exhortaba al combate logra huir entre centenares de combatientes.

Los demás están aquí, intentando resistir.

Oigo el silbido de las hojas abatiéndose, los estertores de los degollados. Los gemidos de miles de mujeres estrechando a sus hijos contra su pecho.

Con el pecho de los caballos y los astiles de las lanzas los empujamos fuera del cerro, futuros esclavos, niños que engrosarán la chusma de galeotes.

Dejamos la costa.

En las crestas de las sierras arden las hogueras, anunciando nuestra marcha. Y cuando llegamos a las aldeas y pueblos cristianos descubrimos los cuerpos mutilados de mujeres y niños, los hombres empalados, sus rostros contraídos en un alarido de dolor, la piel desgarrada por la muerte.

Matar, matar.

Y mato.

Y degüello.

Hundo mi espada en estas cabezas como hace poco en las murallas del fuerte de San Telmo.

Un caballero se reúne con nosotros. Lleva el pecho desgarrado, la cabeza desnuda, las mejillas laceradas.

Dice, oprimiendo su pecho con ambas manos, que los moros entraron en la villa de Órgiva, acaudillados por el antiguo converso Juan Mora.

Mataron a todos los cristianos que no pudieron huir, desplegaron sus banderas, quemaron iglesias y conventos, y las voces de los muecines resonaron.

Los moros rebeldes acudieron en tropel del campo y de las sierras para reunirse en la ciudad.

Toda la región de Sierra Nevada, entre la costa y Granada, está revuelta.

Se han levantado en armas para hacer la guerra santa contra nosotros, que somos sus infieles.

¡Y ésta es nuestra cruzada!

¿Qué Dios triunfará, el Justo y Verdadero o el del Profeta? ¿Jesucristo o Alá y Mahoma?

No hay piedad. No hay duda.

Masacre en Órgiva, en Galera.

Hay que matar a todos los moros en edad de empuñar las armas. Hay que matar a todas las mujeres y niños, testigos de la masacre, para que el deseo de venganza no los lleve a rebelarse de nuevo un día. Hay que saquear las arcas y los graneros. Y que los soldados se adornen con las joyas y collares robados, blandiendo sus puñales y cimitarras.

En las calles de Galera corren ríos de sangre, ruedan cabezas decapitadas, balas de carne, ¡como en el castillo de San Telmo!

¡Que se arrasen los muros y se queme todo lo que pueda ser roto, que se derrame sal en los campos de esta tierra en la que se alza la villa de Galera, cuyo recuerdo debe ser también borrado!

Y que se actúe de la misma forma en el barrio del Albaicín, en Granada. Que se incendien los palacios de los moros, las casas opulentas en las que vivían los ricos conversos.

¡Basta de conversiones! ¡Ejecuciones! ¡Deportaciones!

Que se expulse a los supervivientes, que se vayan de esclavos a Castilla o que dejen España y vuelvan a tierras berberiscas.

Son miles los expulsados del barrio del Albaicín, los muertos en los caminos de Castilla y Extremadura; se cuentan por millares los separados de sus mujeres y sus hijos, que intentan embarcarse para huir y mueren degollados en las playas.

Estoy cansado de matar, de subirme a esos nidos de águila donde se ocultan los combatientes.

Acabo extenuado y asqueado cuando, finalizada la batalla de Serón, luego en Alpujarra de la Sierra y en el valle del Almanzora,

veo todos esos cuerpos masacrados.

Más al norte, hacia Guadix, pegamos fuego a las cosechas, talamos árboles frutales, matamos a todos los hombres, incluidos los que habían cosido a su espalda una cruz roja en señal de sumisión.

Hay que hacer correr la sangre mora, incluso si quien la irriga se dice cristiano.

Caminando entre los muertos, busco a Aixa, la morisca de la cimitarra, aquella de quien aprendí lo que era la carne ardiente de una mujer, la que me permitió huir de la prisión cristiana en la que el capitán general de Granada me había encerrado.

Pero nadie sabe lo que ha ocurrido con esta mujer de largos cabellos, Aixa la combatiente.

En compensación, he visto a Juan Mora.

Algunos moros le tendieron una trampa para cobrar el rescate; luego lo asesinaron.

Volvieron a Granada con su cadáver atado en un mulo.

Lo dejaron delante del palacio de la Audiencia y ante él se congregó la multitud. Me acerqué y reconocí a Juan Mora, cuya cabeza sólo estaba unida al tronco por unos cuantos colgajos de carne.

La muchedumbre grita exultante.

Don Juan levanta su brazo y se ensañan con sus despojos. Exhiben su cabeza. Será expuesta bajo la bóveda de la Puerta Real. Quien ose llevarse la cabeza del traidor será castigado con la muerte.

Los tambores redoblan.

Don Juan se inclina hacia mí.

—¡Guerra negra! —murmura.

39

Señor, ¿fue para olvidar la negrura de esta guerra, el color del duelo y de la sangre seca, por lo que durante varios días con sus noches me entregué a los excesos?

Una vez que hubimos celebrado nuestra victoria y colgado la cabeza de Juan Mora en la bóveda de la Puerta Real, recorrí las calles del barrio del Albaicín, sumido en un silencio sólo roto por el rumor de las fuentes.

Vagué errante, cruzándome a veces con grupos de soldados que se doblaban bajo el peso de sus sacos llenos del fruto de su pillaje.

Expulsados de sus casas, separados de sus mujeres y sus hijos, los ricos moros del Albaicín marchaban ya hacia el norte, por los caminos nevados de las sierras.

Los había visto reunirse, abrazarse antes de alejarse, a veces bajo los golpes, y caminar a lo largo de la muralla árabe, que, antaño, cuando Granada era la capital de su reino, protegía la ciudad y el esplendor soberano de la Alhambra.

Ahora sólo eran esclavos empujados hacia Extremadura y Castilla. Y don Juan —todavía sigo oyendo su voz un poco temblorosa— había dicho, siguiendo con la mirada aquellos cortejos de la derrota, la humillación y la indigencia:

—No sé qué peor miseria humana se puede imaginar que la partida de tantas gentes en tan grande confusión, entre las lágrimas de las mujeres y los niños, derrumbándose bajo el peso de sus fardos y equipajes… En verdad, Bernard de Thorenc, si han pecado, lo han pagado muy caro.

Quería expulsar aquellas imágenes y aquella compasión de mi cabeza.

Llegaron mujeres de Toledo y Valladolid, de Madrid y de Segovia, porque allá donde haya soldados en armas, guerra y sangre negra derramada, allá donde haya muerte, el hombre necesita estrechar

entre sus brazos la carne trémula de una mujer para acordarse de que la vida existe, que triunfa todavía, que no todos los gritos son de dolor.

Una noche de febrero, con la nieve cayendo sobre Granada, vi descender de un coche cargado de cofres a una mujer muy abrigada, con un capuchón de piel disimulando su rostro, y entrar en el Palacio de la Audiencia; sus carcajadas invadieron la noche.

Era María de Mendoza, una prima de Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Éboli, tan bella como esta última pero sin que un parche negro sobre un ojo apagado añadiese enigma y perversidad a sus rasgos.

Desde ese momento, don Juan no dejó el Palacio.

Se murmuraba que aquella María de Mendoza estaba ya encinta de un bastardo del propio don Juan y que se disponía a retirarse a un convento después de haber dado a luz al niño.

Pero mientras tanto, el viento helado que soplaba de la sierra traía cantos de placer.

Volví al barrio del Albaicín. Me crucé con soldados que rodeaban y hostigaban a una mujer desgreñada, con la mirada perdida, sin duda desalojada de una de las casas abandonadas.

¡Envidié a aquellos hombres, Señor!

Me olvidé de las palabras del padre Verdini, que también había viajado a Granada en compañía de don Juan y en calidad de capellán:

—No lo dejéis para mañana, Bernard —me había dicho—. Debéis sembrar si queréis recolectar antes de las tempestades que acompañan el fin de todas las vidas. Tomad esposa, Bernard. Es deber de todo cristiano. Y, hasta ese día, vivid y actuad preservando vuestra pureza, pues pecar contra la castidad no es solamente pecar contra Dios, sino que entraña muchos males y perjudica los negocios y el deber.

No quería escuchar sus consejos.

En el barrio del Albaicín, el deseo, como un vino agrio, me llenaba la boca.

Envidiaba a los soldados que arrastraban a aquella pobre mujer.

Me daba la impresión de que aquí se encontraba el territorio de presa, donde las prédicas no debían hacerse oír.

Aquí era la ley del vencedor la que debía imponerse sin compasión.

Forcé la puerta de aquellos palacios moros a patadas.

Avancé con la mano en la guarda de la espada.

Atravesé patios, escuché el ruido de las fuentes, penetré en todas las estancias y deslicé mi mano por los cortinajes de seda y terciopelo.

Tropecé con mesas bajas, volqué porcelanas, tintinearon en el suelo objetos de metal, quizás platos de cobre repujado o tazas y teteras todavía llenas. Parecía como si los propietarios de aquellos palacios hubiesen huido antes de ser expulsados: todo estaba allí en su lugar, como si el curso interrumpido de sus vidas fuese a reanudarse en cualquier momento.

Recorrí las piezas, apartando las cortinas, abriendo postigos, dejando entrar la luz.

En la más recóndita de las habitaciones de una de aquellas residencias descubrí, acurrucada detrás de un amplio biombo, a una mujer vestida de seda blanca abrazada a sus rodillas, con la cabeza hundida entre las piernas. Pensé que el diablo me ofrecía un presente y que iba a cogerlo, aunque tuviese que vivir el resto de mis días en el infierno.

Sentí un torrente de violencia y deseo rugiendo en mis entrañas, Señor.

Fui el predador que descubre una presa. Me acerqué a esa mujer, todavía una niña, y la agarré por los cabellos obligándola a levantarse.

Me sentí fuerte como un toro que, al ver ante él la luz cegadora de la arena, embiste sin preocuparse de la espada que se oculta detrás de la muleta.

Yo era la fiera furiosa, el cerdo que gruñe de placer revolcándose en el fango.

No merezco vuestro perdón, Señor.

Me arrojé sobre aquella mujer como lo habría hecho Dragut el Libertino, Dragut el Cruel o cualquiera de sus soldados. O de los nuestros.

Los había visto tantas veces en el curso de esta negra guerra, al

borde de los caminos, en las ruinas de los pueblos, doblegando a las mujeres, arrancándoles las ropas, aplastando las gargantas de aquellas desdichadas con sus antebrazos, en ocasiones dos o tres a la vez, esperando su turno, sobre la mujer acorralada.

Y nosotros —¡yo incluido, Señor!— volvíamos la cabeza mirando hacia otro lado. Incluso el padre Verdini, que cabalgaba al lado de don Juan, fingía no ver nada, rezando sus oraciones cabizbajo.

Yo sabía que en las rutas del exilio adonde los habíamos empujado, en aquellos caminos cubiertos de nieve y azotados por las borrascas, los soldados de la escolta, como se aparta una oveja del rebaño, elegían cada día entre las mujeres la que calentaría aquella noche su cama.

¡Y nosotros habíamos hecho aquella guerra negra en vuestro nombre, Señor!

Cuando agarré a la joven por los cabellos, fui uno más de la soldadesca; ya no era vuestro caballero, Señor, no valía más que el más libertino, el más cruel de los infieles.

Y, sin embargo, estaba con vos, Señor.

Y vos me dejasteis la brida al cuello para saber de lo que era capaz, para que más tarde —cuando hoy lo escribo— recordase mi pecado y supiese que no tendría bastante con mi vida para redimirme.

Me mostré indiferente a los gemidos de aquella mujer a la que llamé Zora, pues fue incapaz de darme su nombre, de responder a mis preguntas.

¿Pero en realidad quería que me hablase?

De hacerlo, se habría convertido en una persona, y yo sólo deseaba que fuese un cuerpo contra el que sacudirme.

Ella gemía pero se abandonaba.

¿Quién era? ¿Una de las criadas de aquella familia de ricos moriscos, o bien un miembro de ella que no había podido huir con los suyos?

La encerré en una de las habitaciones. Hice vigilar el palacio por soldados y ellos me encontraron criados.

De esta forma me convertí en el amo, embriagándome de poder.

Cuando rezaba, lo hacía de forma superficial, maquinalmente, como si repitiese con indiferencia aquellas palabras que habían sido vuestra carne, Señor.

Y os olvidé cabalgando y cazando en la sierra, en compañía de don Juan, volviendo luego por los caminos que conducen a San Miguel Alto, en la cumbre de la colina que está frente a la Alhambra. Desde esa atalaya divisaba toda la ciudad y, a mis pies, el barrio del Albaicín, donde las iglesias se hallaban a menudo en antiguas mezquitas.

Seguía luego el camino de San Diego, que discurre a lo largo de la antigua muralla árabe, impaciente por volver con Zora, de la que disponía a mi antojo toda la noche.

Los criados habían dispuesto la mesa.

Yo era el amo.

Abría la puerta del cuarto donde Zora permanecía acuclillada y a un gesto mío se levantaba. Me gustaba quedarme sentado para verla desnudarse y luego vestirse.

Disfrutaba con su incomodidad y sus gemidos.

Una noche, mientras dormía a su lado, mi instinto, o vuestra protección, Señor, me despertaron.

Zora estaba de pie, sosteniendo una cimitarra por encima de mi cabeza.

Giré sobre un costado cuando ya abatía la hoja, destripando los cojines sobre los que momentos antes había descansado.

Retrocedió, con los ojos extraviados, y volvió hacia su vientre la punta de la espada.

Me arrojé sobre ella y la desarmé mientras se debatía, chillando, hablando, por fin, en un castellano que su violencia volvía nervioso y entrecortado, balbuciendo que quería morir, que la había deshonrado, que era un cerdo, que estaba bautizada, que era cristiana, pero que se avergonzaba de haber abandonado la religión de sus antepasados por la de aquellos cerdos que habían expulsado a los suyos de su casa, por la de un hombre que con ella había sido peor que un perro.

Se refería a mí.

Bajé la cabeza. Tuve la tentación de arrodillarme ante ella y ante

vos, Señor, para implorar su perdón y vuestra gracia.

Ya no tenía en la boca ese gusto amargo y excitante del vino acre, pero me ahogaba como si tuviese la boca llena de arena.

De arena o de ceniza.

Zora se había deslizado a lo largo de la pared, y permanecía acuclillada en el suelo de mármol. Sollozaba, dando cabezadas. Me pareció que rezaba.

Pero ¿a qué Dios?

Me senté a su lado. Retrocedió muerta de miedo. La mirada que me dirigió me dejó helado. Me acusaba y me arrancaba del abyecto lodo en el que me había refocilado.

Intenté cogerle la mano.

No me atreví a pedirle perdón, a decir unas sencillas palabras para expresar cuánto lo sentía, para recordarle lo que le había impuesto, y el placer que había obtenido de ella.

Estaba dispuesto a tomarla como esposa, le dije.

Me miró fijamente, con miedo y asco. Desprecio, incluso.

Le aseguré que si se quedaba sola en aquel palacio, siendo hija de moriscos, sería perseguida y esclavizada por hombres sin duda más brutales que yo.

Dijo que se quería morir.

Logré calmarla, Señor, y me fui de su cuarto, avergonzado por cuanto había vivido; permanecí ante su puerta rezando por ella y por mí.

Los días siguientes vigilé a Zora, empeñada en permanecer en el suelo, con las piernas dobladas contra el pecho, las manos juntas y la mirada perdida.

Como un animal herido que se deja morir.

Intenté hablarle, pero no parecía oírme.

Recé arrodillado a su lado.

Os supliqué, Señor, para que no permitieseis que la muerte se la llevase. Pero era más bien por mí por quien os pedía aquella gracia. ¿Cómo habría podido sobrevivirla?

Una noche, desvelado por la tormenta, volví a ver toda mi vida: ¿en qué había sido mejor que Dragut el Cruel, que Dragut el Quemado, que Dragut el Libertino?

Había sido un infiel a vuestra fe, Señor.

Había sido el peor de los renegados, pues no había cedido al miedo o a la tortura, ningún verdugo me había amenazado con desollarme vivo, como los turcos hacían con los esclavos cristianos.

Como tal vez habían hecho con Michele Spriano.

Yo había dejado que el demonio que habita en cada uno de nosotros se volviese mi amo.

Había sido un verdugo.

No tenía excusa alguna.

Entonces sollocé toda la noche sin poder dominar los temblores de mi cuerpo.

Y os supliqué, Dios mío, que cambiaseis mi vida por la de Zora. Que le devolvieseis la paz arrojándome a mí al infierno. Lloré hasta caer muerto de cansancio, al alba, y dormirme, tal vez, unos breves instantes.

Cuando volví a abrir los ojos, vi a Zora sentada, con las piernas cruzadas.

Me miraba.

Luego se levantó y caminé tras ella hasta el convento de madres franciscanas de Santa Isabel la Real, que se encuentra en el barrio del Albaicín, no lejos de la muralla árabe.

La superiora nos recibió y aceptó acoger a Zora.

La vi alejarse, acompañada de dos religiosas, caminando lentamente bajo las bóvedas del claustro.

Al fondo había un muro almenado y un edificio que ocupaba toda una ala del convento. Fue por allí por donde vi desaparecer a Zora.

La superiora me dijo que se trataba de los restos de un palacio morisco que llevaba el nombre de Dar al-Horra.

Me miró fijamente y luego susurró que esas palabras significaban «la casa de la Casta».

La vida es un laberinto cuyos recovecos y salida sólo vos conocéis, Señor.

40

Recé por Zora en la catedral de Granada ante la talla de la Inmaculada Concepción, arrodillado al lado de don Juan.

Antes de dejar Granada, quise comulgar en este templo inacabado, cuyo sagrario, un edificio cuadrado, coronado por una cúpula dorada decorada con mosaicos, era la antigua Gran Mezquita de la ciudad mora.

La talla de la virgen se encontraba a la entrada del sagrario. El padre Verdini nos había llevado hasta ella.

Me había confesado con él la víspera, y él me había susurrado que Dios podía rescatarme, que debía orar hasta hacer de toda mi vida una larga, una eterna oración.

Era él quien había tomado el mando del destacamento de los más próximos a don Juan.

No habíamos podido entrar por la puerta principal: un andamiaje ocultaba todavía la fachada de la catedral y las torres. Agachados en cuclillas, los canteros desbastaban bloques de piedra en el atrio. Izaban las estatuas que debían colocar en los nichos de la fachada.

El padre Verdini nos hizo bordear la nave lateral del templo. Llegados ante una puerta estrecha, se apartó invitándonos a entrar en la catedral.

En el momento en que pasaba a su lado, murmuró: «Puerta del Perdón». Luego atravesó la nave en dirección al sagrario y se arrodilló ante la talla de la Inmaculada Concepción, lo que, unido a lo de la Puerta del Perdón, me pareció una señal.

Entonces recé por Zora. Pero los nombres se mezclaron y recé también por Mathilde de Mons y Lela Marien, que se llamaba Aixa y que, para mí, era la morisca de la cimitarra.

Zora había blandido un arma semejante para matarme, y vos me habíais salvado, Señor.

Pero dejasteis morir a Aixa.

Me enteré la mañana en que escuché la arenga llena de fatuidad que don García Luis de Cordoza, el capitán general de Granada, pronunció ante don Juan en la gran sala de recepción del Palacio de la Audiencia, declarando que sus oficiales, entre las ruinas de un pueblo de moriscos conquistado, luego destruido y quemado, habían descubierto el cuerpo de la rebelde Aixa, a la que él llamaba la Pérfida, la Renegada, la Poseída. Se habían ensañado con sus restos siguiendo las órdenes precisas del capitán general —cosa que supe por un soldado—. Primero la desnudaron, luego le cortaron los senos y la empalaron, hundiéndole el astil de una pica en su sexo, y, por fin, después de haberla paseado durante varios días por todo el país morisco, la descuartizaron, arrojando su tronco y su cabeza a los cerdos, y sus miembros a los perros callejeros.

Tal había sido la suerte de Aixa, que me había librado de la prisión cristiana del capitán general de Granada.

Me volví hacia don Juan. Se hallaba inclinado, con la frente reposando entre sus manos. Rezaba con los ojos cerrados. Veía moverse sus labios. Su rostro juvenil de rasgos regulares y finos expresaba tristeza e incluso sufrimiento.

Acordándome de lo que me había dicho, me imaginé que, como yo, lo embargaba el remordimiento.

Había visto aquellos cuerpos de mujeres y ancianos masacrados, destripados, abiertos en canal. Había oído los gritos de los niños separados de sus madres. Había recorrido como yo los cortejos humillados y desesperados de los moriscos expulsados de sus casas.

¿Era por aquellos vencidos, por aquellos mártires, infieles pero hombres como nosotros por quienes rezaba?

¿O bien pedía a Dios que le concediese la gracia, el honor de mandar la flota de la Liga Santa que el papa Pío V quería organizar para intentar detener el avance musulmán?

Por orden del sultán Selim II, que había sucedido a Suleimán, las flotas de Alí Bajá y de Lala Mustafá habían penetrado como una espada en el Adriático, habían avanzado hasta Ragusa, cruzado ante Venecia, y no dudaban en desembarcar tropas, saqueando pueblos y enclaves venecianos.

El día 13 de septiembre, los espías turcos —¿qué otros podrían haber sido?— hicieron explotar un almacén de pólvora en Venecia. El fuego se propagó al Arsenal, el corazón de la Serenísima, y destruyó las cordelerías, las galeras, las forjas y fundiciones, los cañones. El viento reavivó el incendio y otras reservas de pólvora saltaron en pedazos, hundiendo torres, devastando centenares de casas y cuatro iglesias.

Había que reaccionar. Pero ya era tarde.

Chipre era asediada por trescientos navíos turcos y berberiscos y por cincuenta mil soldados. La flota reunida de galeras venecianas, a las que se habían unido españoles y genoveses, no había podido aflojar el garrote que ahogaba la isla, donde sólo resistía la ciudad de Famagusta.

No se podía dejar que el sable musulmán hurgase así en la cristiandad.

Pío V envió a todos los reinos cardenales, miembros del Colegio apostólico, para exhortar a los soberanos cristianos a embarcarse en una cruzada cuya finalidad era, antes que reconquistar, salvar, proteger, en definitiva defender a la cristiandad.

Pero los soberanos de Francia y Portugal no atendieron a la llamada. Incluso el propio Felipe II se había mostrado reticente. Desconfiaba de los venecianos, siempre dispuestos a negociar con los turcos si con ello obtenían alguna ventaja.

Ahora bien, ¿qué sería una Liga Santa limitada al papado, a Venecia, a algunos príncipes italianos y a la orden de Malta? Sin España y sin Génova, su aliada, ninguna cruzada sería posible.

Había que convencer a Felipe II.

Llegaron mensajeros a Granada, anunciando a don Juan que Pío V estaba dispuesto a confiarle el mando de la flota de la Liga Santa. Su Santidad esperaba que convenciese a su hermanastro Felipe II para que aceptase la propuesta. Entonces comenzaría la Reconquista y por vez primera podrían rechazar a los otomanos.

Pero ¿aceptaría Felipe II o bien temería la gloria que una victoria como aquélla le reportaría a don Juan?

En la catedral de Granada, don Juan rezaba sin duda para que Felipe II lo autorizase a asumir el mando por el bien de la

cristiandad y de España juntas.

Cerca de él, yo seguí rezando por Zora, por Mathilde y por Aixa. Pero también os supliqué, Señor, que las voces de Su Santidad y de don Juan fuesen escuchadas.

Mi deseo era volver a combatir al infiel, y enterrar mis remordimientos y mis recuerdos bajo los cadáveres enemigos.

¡Oh, Señor! ¡Yo no temía a la muerte! Pero tal vez pequé de soberbia al pensar que me concederíais la gracia de comparecer ante vos después de haber caído en la cruzada contra los infieles.

41

Quería que aquella cruzada de la Liga Santa, de la que hablaba toda la corte, fuese para mí como un nuevo bautismo.

Tenía la certeza de que don Juan, al lado del cual había cabalgado de Granada a Madrid, lo deseaba tanto como yo.

—¡Si combatimos como caballeros por Dios, por nuestra Santa Madre Iglesia y por España, si ofrecemos nuestras vidas, entonces estaremos salvados! —me dijo.

Habíamos llegado al final de la jornada. Habíamos galopado bajo el calor agobiante que quemaba La Mancha y vuelto a ver grupos de moriscos a los que los soldados empujaban con sus picas. Aquellos desdichados caminaban descalzos, dejando un rastro de sangre en el camino.

Habíamos desviado la mirada para no ver sus cuerpos maltratados, sus rostros exangües. Por fortuna, el polvo que levantaban los cascos de nuestros caballos nos había velado aquella dolorosa visión.

—Necesitamos batallas francas contra un enemigo tan arrojado como nosotros —prosiguió don Juan—. Así llevaremos a cabo una guerra justa y santa.

Quería, como yo, lavar sus remordimientos, sus faltas y sus pecados con la sangre de los infieles.

La victoria que obtendríamos sería nuestra redención.

En Madrid me encuentro a Sarmiento. Está en el meollo de todas las intrigas, es el alma de todas las fiestas.

Se celebra el matrimonio de Felipe II con Ana de Austria, una joven de poco más de veinte años, rubia y gruesa, de mirada errática. Olvidada Isabelle de Valois, ¡enterrada en El Escorial!, el monarca necesitaba una nueva esposa capaz de engendrar al futuro rey; lo de menos es que la joven tenga veintidós años y que el

futuro esposo sea tío suyo.

Sarmiento me cuchichea que Felipe II ha consumado el matrimonio con el vigor de un hombre experimentado y que su rubia sobrina, la sumisa Ana, ya está encinta.

Sarmiento se ríe. Al soberano le atraen el cabello rubio y la piel lechosa de Ana de Austria. La honra cada noche, luego la deja y se va a buscar placeres más picantes en Ana de Mendoza y de la Cerda. La princesa de Éboli también comparte su cama con Antonio Pérez, el joven secretario del rey, y está deseando conocer un poco mejor al tierno don Juan, de quien se dice que ha hecho maravillas en Granada con María de Mendoza, prima de la tuerta.

Sarmiento se frota las manos, encorvándose. Nunca antes había reparado en la inquietante expresión que emana de su rostro oblongo, prolongado por una corta barbita.

—El bastardo del emperador engendra bastardos —susurra—. Y tú, ¿sigues tan solitario y virtuoso como un viejo monje?

Se inclina hacia mí, mirándome con insistencia.

—¿Y esa joven que mandaste al convento de las franciscanas? —me pregunta, dándome una palmadita en la espalda—. ¡Vaya, vaya! ¡Una morisca! ¡Te gusta el picante!

Adivina mi desconcierto y mi cólera.

—He tenido que refrenar el largo brazo de los jueces de la Inquisición —murmura—. Ellos lo saben todo, pero no lo pueden todo. ¡Yo te protejo, Bernard!

Callo y me inclino ante él.

Así es la corte. Y yo estoy en ella.

Asisto a las corridas de toros y a los torneos. Luego me arrodillo en la iglesia de Santa María de la Almudena, donde comulgan los grandes de España.

Reciben al cardenal Alessandrino, enviado del Papa, encargado de obtener de Felipe II una respuesta favorable a las demandas del sumo pontífice. Cerca del cardenal se halla Francisco de Borja, el general de los jesuitas.

Salimos de la iglesia. Se forma un largo cortejo que recorrerá las calles de Madrid en medio del entusiasmo popular.

Los arqueros avanzan, rodeando la bandera blanca del papado, en la que están bordadas, con hilo de oro, la tiara, la llave y la cruz.

Desfilan luego los portaestandartes de todos los reinos de España con los colores rojo, oro y amarillo.

Y pasan los regimientos de alabarderos suizos y lansquenetes alemanes.

Y, por fin, el cardenal, en una mula blanca cuyo pelaje contrasta con el negro del poderoso caballo destrero que monta don Juan.

Me inquieto. Aclaman a don Juan tanto, o incluso más, que al propio rey. Es joven, bello como un héroe, su pecho ceñido por la negra armadura engastada de piedras preciosas y cruzada por un fajín ribeteado en oro.

Sé por Sarmiento que el monarca está siempre al acecho. Teme que un nuevo sol nazca, que brille tanto que opaque su luz.

—Tu don Juan —me dice— no es más que un bastardo. Felipe II no permitirá nunca que se eleve ya no por encima de él, sino a su altura o a la de un heredero. Un bastardo siempre es un bastardo. ¡Jamás será llamado Alteza! Jamás será rey.

Sarmiento hace una mueca.

—Como mucho, Excelencia…

Me coge del brazo. Debo ponerme en guardia, según él. Es el rey quien dirige el juego, no don Juan. Debo, insiste, quedarme en Madrid, frecuentar la casa de la princesa de Éboli. Es ella quien, junto a su marido Ruy Gómez, y el secretario del rey, Antonio Pérez (su amante, pero el rey no está enterado, me susurra al oído), hace y deshace destinos.

Sarmiento me asegura que comprende mi deseo de combatir a los infieles. Pero los turcos no son más que una de las caras del demonio. Hay otra, los hugonotes, a los que, pese a su compromiso con Felipe II, el rey de Francia se empeña en tratar con consideración, y con quienes la reina madre Catalina de Médicis negocia y concierta alianzas.

Ellos representan el mayor peligro para la Iglesia, para la cristiandad y para España. Pretenden ayudar a los mendigos del mar de los Países Bajos, esos rebeldes que combate el duque de Alba, pero son tan correosos como la carne que se consume en las calderas del infierno.

Es en las orillas del Sena, del Loira o del Rin, en Francia y en Flandes donde se juega la suerte de la cristiandad.

Sarmiento recibe regularmente despachos de Enguerrand de

Mons, que representa a la orden de Malta junto a Carlos IX. Se ha puesto al servicio del rey de España, como todo buen católico debe hacer.

—¡Al servicio del rey, no de su hermano bastardo!

Pregunto a Sarmiento: ¿Se unirá Felipe II a la Liga Santa? ¿Responderá a las demandas del Papa? ¿Escuchará a Alessandrino y al general de los jesuitas?

¿Qué significa ser católico sino prestar ayuda al Papa en su lucha contra los infieles?

—España, sí —dice Sarmiento—. Pero a ti, Bernard de Thorenc, ¿quién te obliga a seguir a don Juan en sus galeras?

Seguimos el cortejo.

Don Juan se coloca al lado del rey. Entramos en el Alcázar, situado frente a la iglesia de Santa María de la Almudena.

El cardenal Alessandrino desmonta de su mula.

Está rodeado de grandes de España, envarados en sus trajes de terciopelo adornados de collares de oro y plata.

Uno de los arqueros enarbola la bandera pontificia. Otro eleva un estandarte de damasco rojo con las efigies bordadas de san Pedro y san Pablo, junto con la cruz blanca.

Y oigo a Francisco de Borja pronunciar con una voz fuerte la divisa inscrita en el estandarte: *Tu hoc signo vinces!*

Es mi respuesta a Sarmiento: «Bajo este signo vencerás».

Partiré con don Juan y los gentileshombres que quieran seguirlo.

Iremos a Barcelona y embarcaremos en la galera *Real*.

Don Juan mandará la flota de la Liga Santa.

Tu hoc signo vinces.

Seguiré su signo: la Cruz nos dará la victoria y mi vida será redimida.

Quinta parte

42

En los puertos de Barcelona, Génova, Nápoles y Mesina vi crecer el bosque de mástiles y remos a medida que se iban uniendo a la *Real*, la galera de don Juan, la flota de la Liga Santa.

Mi mano, mi cuerpo, mi alma, tiemblan al acordarme de esos meses, de aquellos días, los más emocionantes de mi vida.

¿Dormí entre el momento en que dejamos Madrid, el 6 de junio de 1571, y el 17 de septiembre, en que me encontré al lado de don Juan, a bordo de una fragata, para pasar revista en la rada de Mesina a las trescientas galeras de la Liga Santa?

Jamás había oído rezar y cantar con tal fervor.

Las banderas estaban izadas en lo alto de los mástiles y era como si de un extremo a otro de la rada una sola voz hubiese leído la misma frase: *Tu hoc signo vinces!*

Mirábamos el bergantín con los colores pontificios. Nos arrodillamos y rezamos, bajando la cabeza, para recibir la bendición de Pío V, embarcado a bordo del navío para ver desfilar ante él la flota de la cruzada, la que iba a detener las razias de los musulmanes.

Acabábamos de saber que, después de tomar Chipre, habían saqueado Corfú y que sus bajeles amenazaban todos los enclaves cristianos, fuesen genoveses, venecianos o españoles.

Así pues, nos hicimos a la mar el 17 de septiembre de 1571, y jamás en mi vida experimenté una emoción tan intensa.

Me había unido, el 6 de junio, al destacamento de caballeros que habían dejado Madrid para escoltar a don Juan.

El calor era ya extremo, el polvo abrasador; cada una de sus partículas se nos incrustaba como un dardo en la piel, nos escocía en los ojos y nos secaba los labios.

Al llegar a Barcelona tenía el cuerpo magullado, pero lo olvidé todo tan pronto vislumbramos el mar, aspiré su brisa fresca y vi en lontananza la *Real*, rodeada de fustas y galeotas apretándose contra

ella como hacen los cachorros contra el vientre de su madre.

Nos quedamos quietos observando su batayola, airosa sobre las aguas, el castillo delantero y trasero, su proa y su popa esculpidas, todo el navío pintado de púrpura y oro, los colores de don Juan.

Me entraron ganas de lanzarme a las olas para llegar enseguida a bordo del navío, bello y orgulloso como un bajel de leyenda.

De pronto, cuando avanzábamos por los muelles, se sucedieron las aclamaciones de la multitud, que corría para vitorearnos, arrojándonos flores desde los balcones, a nosotros y a los príncipes de Italia que venían a nuestro encuentro, también cubiertos de polvo por el largo camino que acababan de recorrer para unirse a don Juan y embarcar con él en la *Real*.

Por la noche, ¿cómo dormir mientras toda la ciudad bailaba, cada uno de nosotros rodeado por las damas y las jóvenes de la nobleza, ataviadas con trajes de seda blanca o carmesí?

En un primer momento, al entrar en las salas iluminadas con docenas de candelabros, me reprochaba el haber olvidado que estaba allí para expiar mis pecados, para sacrificar mi vida, para pagar por mi conducta con Zora, pero también con Aixa.

Deseaba la guerra contra el infiel como una acción de arrepentimiento para obtener el perdón de mis pecados.

¡Dios mío! Bastó una danza, la mano de una joven apretando la mía, para perder la memoria y dejarme arrastrar a una pieza más oscura.

Éramos los héroes que llegaban, los nuevos cruzados.

Don Juan nos prestaba a cada uno de nosotros un poco de su belleza, de su gracia, de su elegancia y juventud. Llevaba un traje rojo y oro ceñido en el talle, la daga al costado. Un fajín rojo hacía parecer todavía más rubios sus cabellos. Cuando dejaba los salones, se envolvía en un abrigo de terciopelo blanco bordado en oro.

Viví aquella embriaguez ligera y dichosa, sin remordimientos, en Barcelona, en Génova, en Nápoles y luego en Mesina, el lugar de formación de la flota.

Don Juan me pidió que embarcase en la *Marquesa*, la galera que mandaba un viejo capitán veneciano, Sebastiano Veniero, cuyos blancos cabellos le llegaban hasta los hombros.

Veniero se mantenía apoyado en la batayola del castillo de popa. Nos arengaba con voz clara y juvenil, diciendo que jamás en la historia del mundo se había reunido semejante flota.

Tendió su brazo, mostrando los trescientos navíos, galeras, galeazas, galeotas, fragatas, fustas, bergantines, birremes, trirremes, mahonas, de todos los tamaños, formas y capacidad, las galeazas con sus cien bocas de fuego, las galeotas con sus veinte bancos de remeros, repitiendo alborozado:

—Somos treinta mil soldados y cincuenta mil marinos y remeros.

Me incliné para mirar el cuchitril de la chusma. Reconocí aquel olor, mezcla de excrementos y sudor.

Habían reforzado las cadenas que amarraban a los remeros musulmanes. Sus manos estaban presas en unos grilletes de hierro para que sólo pudiesen tirar del remo.

Se había prometido a los galeotes cristianos que obtendrían la libertad si combatían al lado de los soldados contra los infieles. Y en el puente, detrás de los grandes paneles de madera levantados para proteger a marinos y soldados, se apilaban centenares de armas blancas, hachas, picas, puñales, sables, espadas y machetes que se distribuirían en el momento de la batalla cuando todo cristiano, fuese noble, soldado, ladrón o asesino, entrase en combate.

Además, el papa Pío V había concedido indulgencia para las faltas y pecados que hubiesen cometido los que se distinguiesen en la batalla.

Este anuncio había sido acogido con gritos de júbilo, como si cada uno de los condenados tuviese prisa por empuñar un arma y matar para ser liberado, salvado y perdonado.

Ahogué las dudas que a ratos sentía resurgir en mí bajo el nerviosismo y la oración.

Pero cada instante, felizmente, traía una nueva sorpresa, una bocanada de entusiasmo.

Don Juan dio orden de que fuesen retirados los espolones de hierro que prolongaban las proas. Eran temibles en el momento del abordaje, embistiendo las galeras enemigas, quebrando sus cascos, desgarrando maderas y carnes, pero, una vez largados, moderaban la marcha y obligaban a los artilleros a tirar más alto, impidiéndoles

apuntar a ras de agua para no chocar.

Admiré el vigor, la inteligencia, el fervor de don Juan. Pasaba cual Apolo, el torso ceñido por su armadura con incrustaciones de oro o por un jubón. Atraía por su juventud y su belleza e inspiraba respeto y obediencia por su autoridad.

Se decía que Pío V, durante una misa celebrada en Roma, había interrumpido la lectura de las Escrituras para decir en dos ocasiones, con voz temblorosa, como si no hiciese más que repetir lo que Dios acababa de apuntarle:

—Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan.

Nuestro don Juan.

Acudió varias veces a la *Marquesa*, interpelando duramente a Veniero, diciéndole que la *Marquesa* era la única galera veneciana que, teniendo a bordo soldados y marinos que no eran ciudadanos de la Serenísima, era digna de formar parte de aquella flota de la Liga Santa. Las otras estaban mal armadas y faltas de combatientes y remeros.

—¡No se puede combatir sin hombres! —gritaba—. ¡Las galeras venecianas están a merced del primer cañonazo, del primer abordaje!

Veniero se tensaba, como si cada frase pronunciada fuese un latigazo. Pero no se atrevía a atacar al hermano del rey de España, como lo hacía con el genovés Doria o con Marco Antonio Colonna, el almirante de las galeras pontificias.

Yo escuchaba, inquieto con aquellas disputas, pero, como ocurría con mis remordimientos o mis dudas, no tenía tiempo de pararme a analizarlas.

Vi a Enguerrand de Mons franquear la pasarela en compañía de un hombre enjuto de mirada penetrante, un veneciano llamado Vico Montanari. Ambos llegaban de París. Habían decidido participar en la cruzada, en vez de quedar al abrigo en aquella corte de Francia en la que el monarca Carlos IX y la reina madre Catalina de Médicis se negaban a aportar un triste navío, ni un mísero soldado para la Liga Santa.

Enguerrand de Mons se indignó: el Cristianísimo monarca prefería entenderse con los hugonotes, con aquel almirante Coligny

que reclutaba un ejército para atacar a las tropas españolas de los Países Bajos, porque lo que unía a hugonotes y católicos franceses ¡era el odio a España y al imperio!

Carlos IX y Catalina de Médicis continuaban la infernal política de Francisco I, el aliado de Suleimán el Magnífico.

—¡Sólo Dios sabe todo lo que hemos tenido que sufrir! —concluyó mirándome fijamente.

Yo no había olvidado a Mathilde de Mons, ni el banco de las galeras, ni los calabozos berberiscos, ni a Dragut el Cruel, del que no se sabía si había muerto en el sitio de Malta o si seguía con Alí Bajá y Lala Mustafá, al frente de las flotas otomanas y berberiscas.

Supuse que había sobrevivido, tanta era la crueldad mostrada por los musulmanes las últimas semanas.

Temblé de miedo y de cólera al escuchar el relato que me hizo Michele Spriano de la conquista de Chipre.

Sin embargo, lo principal había sido la alegría del reencuentro en el puerto de Mesina, ante la pasarela de la *Marquesa*.

Vi a aquel hombre encorvado de cabellos grises que se acercaba lentamente, como si tuviese necesidad de tomar aliento a cada paso.

Vestía jubón y pantalón bombacho de terciopelo negro. Ningún encaje blanco ni tejido de color vivo que realzase el negro de sus vestiduras, o el gris de su piel y sus cabellos.

Me pareció turbado. No logré poner un nombre a aquel rostro que, no obstante, me resultaba conocido.

Durante un momento, imaginé que se trataba de uno de aquellos capuchinos que iban a embarcar con nosotros. Luego, el hombre se enderezó y murmuró algunos versos, aquéllos tan hermosos que marcan la entrada en el Infierno:

Per me si va nella città dolente,
Per me si va nel eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente.

Se me inundaron los ojos de lágrimas y, trémulo de emoción, apreté contra mi pecho a Michele Spriano.

Lloraba de alegría bendiciendo a Dios por haber protegido a Michele, al que interrogué con avidez.

Empezó a hablar lentamente, sin mirarme, como si evocase para sí mismo lo que había vivido, aquel calabozo de Argel que tan bien conocía.

Había ocupado funciones casi oficiales, sirviendo de intermediario y de traductor entre mercaderes cristianos y berberiscos.

Interrumpió un momento su relato para proseguir cabizbajo:

—He visto y he oído. Ahora sé.

Bajó la voz.

—Te harás daño, sufrirás —murmuró—. Sobre todo aquí, cuando entres en combate.

Se encogió de hombros.

—Pero las cosas son así. Dios, la religión, la Iglesia, para la mayoría de los hombres no son sino máscaras. Detrás de sus libros santos, sea el Corán, el Antiguo o el Nuevo Testamento, esconden sus libros de cuentas. No son las cuentas de un rosario lo que desgranan, sino un ábaco de mercader lo que manipulan. Los ducados, el oro, los intereses, el comercio de especias, la venta de telas, son sus desvelos.

Apoyó su mano en mi hombro.

—He traducido sus palabras. Estoy al corriente de todos sus secretos. Al mismo tiempo que predican la cruzada, los venecianos negocian con el sultán. Esta Liga Santa no es más que una forma de negociación. Y el gran visir Sokolly está a partir un piñón con el embajador de Venecia en Constantinopla. Lo sé. El resto —dijo, señalando las galeras en la bahía— es puro teatro. Puedes estar seguro, Bernard, los que combaten en nombre de Dios no son más que las cartas de un juego que otros, banqueros, mercaderes, príncipes y reyes, arrojan sobre la mesa según sus intereses y para ganar la gran partida de la que ellos sacan su gloria y su provecho.

Le tapé la boca enérgicamente con la mano. ¡Que callase!

Luego lo abracé.

—¡Estás vivo! —repetí—. ¡Demos gracias a Dios! Cuéntame…

Retiré mi mano. Tenía los labios temblorosos.

—He dicho lo que un hombre debe saber. Que la mayor parte de nosotros estamos destinados al infierno. En la *Divina Comedia*…

Di unos golpecitos en mi pecho para mostrarle que la tenía allí, pegada a mi piel, bajo mi jubón, que aquel libro que nunca me

abandonaba era mi coraza.

Se rió, y durante un momento volví a encontrarlo tal como lo había conocido; luego continuó su relato.

Después de haberse enterado de tantos secretos que vinculaban a cristianos y musulmanes, mercaderes de la religión que fuere, comprendió que un día decidirían su muerte, pues era el único medio de hacerle guardar silencio.

Así pues, decidió confundirse entre la multitud de remeros de la chusma, logrando convencer a un turco —que no daba crédito a lo que oía— para que, previo pago, lo aceptase como remero en su navío, cambiando así su privilegiada situación de cautivo de talla por la dura ley de la chusma.

Había estado en una de las galeras de Lala Mustafá durante el asedio a Chipre. Sabía que los dos jefes venecianos, Astor Baglione y Marco Antonio Bragadin, habían sido, uno descuartizado, el otro desollado vivo, su piel rellenada de paja, enarbolado como un trofeo en el mástil de la galera de Lala Mustafá y luego colgado en la puerta de la prisión de los esclavos en Constantinopla.

Había visto quemar pueblos y aldeas de la isla. Oyó los gritos de terror de las jóvenes violadas, embarcadas a la fuerza.

En el puerto de Famagusta, la mar se había vuelto roja. Los musulmanes, ebrios de crueldad, habían perdido la razón. Tres navíos, en los cuales habían embarcado a centenares de jóvenes condenadas a la esclavitud, fueron incendiados, cuando se hallaban fondeados en la dársena, porque unos marineros dejaron ceñir las velas y tardaron en luchar contra el incendio.

—Aquellos gritos, los gritos de las mujeres a las que las llamas devoraban… —repetía Spriano, tapándose los oídos.

Y, de pronto, continuó, mientras en todo el puerto y la bahía los turcos se volvían locos intentando extinguir el incendio, las galeras venecianas atacaban sus navíos, tomándolos al abordaje, colándose entre ellos. Michele Spriano, junto con veinte o treinta remeros, logró liberarse de sus cadenas y pudo saltar a bordo de un navío cristiano.

—Y aquí estoy, volvemos a encontrarnos… —murmuró.

Luego sacudió la cabeza.

—Pero no estaré en esta batalla.

Se dobló como si todo su cuerpo hubiese sido aplastado por la fatiga y la desesperación.

Retiré de mi jubón su *Divina Comedia* y le tendí el libro.

Primero lo rechazó, pero le señalé el mar, los cañones de las galeazas, las columnas de soldados, de arcabuceros y picas que embarcaban, detrás de sus banderas bordadas con la cruz blanca, a bordo de los navíos amarrados.

Se decía que la flota musulmana de Alí Bajá se había reunido en el golfo de Patras, en Lepanto, no lejos del promontorio de Actium, justo donde, en el año 31 antes de Cristo, el emperador Octavio había vencido a las galeras de Antonio y Cleopatra.

¿Quién podía asegurar que volvería vivo de un enfrentamiento que iba a decidir la suerte del mundo?

Michele Spriano me escuchó, luego cogió el libro y me abrazó.

Quise olvidar lo que Spriano me había dicho. Canté los salmos y los cánticos con los monjes de la procesión que avanzaba sobre el muelle hacia nuestra galera. Vi a aquellos dos soldados españoles y a los dos marineros venecianos llevando a hombros el crucifijo que debía ser izado en el extremo de nuestro palo mayor.

En el momento en que franqueaban trabajosamente la pasarela, fue la primera vez que vi vuestro rostro, Señor, esculpido en la madera.

He referido ya, al principio de este relato de mi vida, mi sorpresa, mi decepción y mi cólera: teníais los ojos cerrados. Vuestros rasgos expresaban sufrimiento. Parecíais compartir la desesperación de Michele Spriano, cuando lo que yo necesitaba era que me dieseis fuerzas para no temer, como Sebastiano Veniero o como don Juan, que me infundieseis el deseo de vencer y, por tanto, de matar y al mismo tiempo asumir el riesgo de morir.

Me arrodillé. El joven que se hallaba a mi lado me imitó, susurrándome que él había tallado vuestro cuerpo y vuestro rostro.

Le reproché a aquel joven veneciano, Benvenuto Terraccini, que no os hubiese representado fuerte y glorioso, combatiente, y hubiese preferido expresar vuestra debilidad y vuestro sufrimiento.

Su mano, me respondió Terraccini, había sido guiada por vos.

Y Vico Montanari murmuró que vuestra compasión no era

sumisión, sino que os hacíais partícipe de lo que íbamos a soportar en esta lucha en la que la muerte se enseñorearía de nuestros cuerpos.

—Dios nos ve —añadió—. Nos ama. Sabe que vamos a sufrir y que la vida de muchos de nosotros teñirá la mar de sangre.

No entendí aquello hasta más tarde, después de la batalla, cuando vi flotar tantos cuerpos con los brazos en cruz, los cristianos casi siempre boca arriba, los turcos, al contrario, como si no osasen mirar al cielo, con el rostro vuelto hacia las profundidades.

Oí la voz de Veniero, que, de pie, apoyado en la batayola del castillo de popa de la *Marquesa*, arengaba a los hombres, mientras largábamos amarras, después de que los marineros hubiesen fijado el crucifijo en la cima del mástil:

—¡En este día santo, dejamos la paz y el abrigo del puerto para ir al encuentro del enemigo. Con la gracia de Dios, castigaremos a esos perros infieles! ¡Les infligiremos tal derrota que no recuperarán jamás el ardor que han tenido hasta hoy! ¡Vamos a combatir para salvar a la cristiandad!

Alzó su brazo y gritó con voz vibrante:

—*Tu hoc signo vinces!*

«¡Bajo este signo vencerás!».

43

El domingo 7 de octubre de 1571 me hallaba en la proa de la *Marquesa* cuando el sol me deslumbró.

Hasta entonces, habíamos navegado sobre una mar en calma y oscura, ceñidos entre la isla de Oxia y la costa griega.

El cielo se iba tornando azul, escapando de la noche, pero la sombra oscura seguía prisionera del canal, envolviéndonos, protegiéndonos. Nos tranquilizaba. De cuando en cuando, Veniero, de pie sobre el castillo de popa, se dirigía a nosotros, invitándonos a rezar o arengándonos, su voz amplificada al rebotar entre los acantilados de la costa y la isla.

Dando puñetazos en la barandilla, nos exhortaba:

—¡Hombres de la cristiandad! —exclamaba—. ¡En este día elegido por el Señor debemos mostrar nuestro poder, castigar la rabia y la maldad de esos perros infieles, esa secta maldita! ¡Tengamos la certeza de vencer! ¡Roguemos al Dios de los ejércitos que reine y gobierne el mundo! ¡Él es nuestra esperanza, nosotros sus soldados! ¡Viva Jesucristo, Nuestro Señor!

Nosotros repetíamos las últimas palabras.

Arrodillado a mi lado, Vico Montanari murmuraba que, aun venciéndolos, jamás acabaríamos con los infieles.

—Estamos ligados a ellos como el Bien lo está con el Mal, a semejanza de los cuerpos de esos niños monstruosos que nacen unidos el uno al otro.

Se santiguaba, impetrando la protección divina sobre nuestra galera y nuestras vidas, y luego añadía:

—¡Nuestro futuro tiene el color de la sangre!

Volví a la proa sorteando a los soldados con casco que llevaban la armadura y el arcabuz. Dormitaban.

Nos deslizábamos, empujados por una brisa que soplaba de

tierra, en una dulce penumbra. Los remos de la chusma batían a ritmo lento el agua en calma. Luego, de repente, aquella luz y aquel viento golpeándome la cara… Me vi envuelto por los ruidos y me sentí sacudido, pues el mar, tan pronto como hubimos doblado Punta Escrofa, dejando el canal y la protección de los farallones de la isla y de la costa, se llenó de cortas olas de cresta blanca.

Veniero se desgañitaba, ordenando arriar las velas, puesto que teníamos el viento contrario.

Gritaba también que aumentase la cadencia de los remeros. Los cómitres empezaron a hacer restallar sus látigos mientras los remos se hundían ruidosamente en el agitado mar.

Pero había otra cosa aparte de aquellos ruidos y aquellas voces cercanas. Algo que venía del horizonte, traído por el viento…

Me alcé sobre el zócalo del cañón de proa.

Tuve que agarrarme a las jarcias, por lo mucho que soplaba el viento. Como el sol estaba velado por un finísimo velo blanco, vi ante mí la boca abierta del golfo de Patras y adiviné, en lontananza, el arsenal de Lepanto.

De un lado al otro del golfo, dibujando una media luna, distinguí las galeras de Alí Bajá, su velamen color sangre, sus cascos oscuros prolongándose hasta el infinito.

Al mismo tiempo, oí sus cantos, los redobles de tambor, las detonaciones, los gritos que a veces superaban el estallido de las trompetas y los címbalos.

Era como una ola inmensa amplificándose a cada golpe de remo que nos aproximaba a ella.

Me pareció que podía, en el rumor, separar las voces de unos y otros, e imaginé a cada uno de aquellos hombres blandiendo su sable curvo, su pica, su puñal, su hacha o su arcabuz, imbuidos de la rabia y el deseo de matarme o de hacer de nuevo de mí un esclavo.

Yo tenía que albergar en mi pecho el mismo deseo de matar y vencer.

El que más odiase sería el vencedor.

Alcé la cabeza hacia el Cristo de los ojos cerrados, el Cristo del amor y la compasión.

Reinaría cuando hubiésemos matado y vencido.

Hasta entonces, necesitábamos al Dios que exige que se combata y se mate por Él.

Blandí mi espada.

Vi a Enguerrand de Mons, a Vico Montanari, a Benvenuto Terraccini y a Cervantes —el español con quien había intercambiado algunas palabras—, que, pese a verse devorado por la fiebre, había querido estar sobre el puente con nosotros durante la batalla.

Grité:

—¡Vamos a ahogar a esos perros! ¡Viva Jesucristo! ¡Muerte a los infieles!

En ese preciso momento el viento cambió de dirección, empujándonos hacia la flota de Alí Bajá.

—¡El viento nos ayuda! —gritó Sebastiano Veniero.

—¡Dios nos protege! ¡Dios nos guía!

Nos arrodillamos todos para daros las gracias, Señor, por la señal que nos dabais.

Se oyó un cañonazo. Era la *Real*, que empezaba el combate.

Lo que hice en aquella batalla ya lo he dicho.

Pero no puedo enorgullecerme de aquel domingo 7 de octubre de 1571. Los actos que llevé a cabo surgían de mí sin que yo los hubiese ni planeado ni querido.

Cuando subí al puente de la *Sultana*, la galera de Alí Bajá en la que un jenízaro acababa de decapitar de un hachazo la cabeza de nuestro Cristo, después de que nuestro mástil hubiese sido roto, me vi impelido por una fuerza ajena a mí.

Tenía que salvar la cabeza de Cristo que el jenízaro blandía como el anuncio o el símbolo de la victoria de los infieles.

Nada habría podido detenerme.

Golpeé con mi espada a cuantos intentaban impedirme avanzar hacia vos, Señor, hacia vuestro pobre rostro doliente.

Si teníais los ojos cerrados, esa expresión desesperada, tal vez fuese porque sabíais que se iba a mutilar vuestro cuerpo a imagen y semejanza de tantos de los nuestros.

Pero golpeé y maté al que te había profanado.

Y estreché contra mi pecho tu cabeza cortada.

De la batalla no vi más que lo que se hallaba en la punta de mi espada, de mi daga y luego del hacha de abordaje que cogí en el puente de la *Sultana* y con la que corté a hachazos los cuerpos de los jenízaros. Enarbolé en la punta de una lanza la cabeza de Alí Bajá decapitado por un galeote cristiano.

La batalla continuó hasta el final del día. Cuando mataba, oía —y eso no hacía más que aumentar mi ira y la borrachera que proporciona el tibio olor de la sangre— el sonido de las trompetas, el redoble de tambores, el chasquido de los arcabuces y los címbalos, el estruendo de los cañones mezclados con los gritos de odio y los quejidos de sufrimiento.

El fuego me rodeó varias veces. Parecía nacer en el cielo, antes de abrazar las velas, los mástiles, los cascos y hasta los cuerpos de los combatientes. Para escapar a aquel infierno, los hombres se arrojaban al agua, mas también el mar ardía, pues el aceite y la pez se habían extendido, caídos del cielo donde los cañones los habían proyectado.

Cuando el fuego se hubo extinguido, el mar apareció tinto de sangre, cubierto de cuerpos enmarañados tal como los combates los habían unido, aglutinados los unos con los otros.

De repente, escuchamos otros gritos más agudos, los de los esclavos cristianos que, en las galeras musulmanas, rompían sus cadenas y se arrojaban sobre sus carceleros, vivos o heridos, matándolos a puñetazos, a mordiscos, antes de repartirse por las crujías, entregados al pillaje y al saqueo; a ellos se unieron pronto los galeotes cristianos de nuestras galeras, liberados por haber participado en el combate.

Al caer la noche, pude ver sus siluetas iluminadas por los incendios, cuyo resplandor se confundía con los tintes del crepúsculo.

Todavía oigo los últimos gritos, los últimos cantos: ¡*La victoria es nuestra*!

Se lanzan amarras para remolcar las galeras turcas conquistadas.

Me siento en el puente, contra el castillo de popa de la *Marquesa*. Miguel de Cervantes está herido, tiene el brazo y la

mano izquierda rotos. Vico Montanari tiene el cuerpo magullado con mil golpes, las ropas desgarradas. El rostro de Benvenuto Terraccini está lleno de costurones, la sangre seca en sus heridas.

Más lejos, entre los cuerpos, distingo el de Enguerrand de Mons, al que reconozco por la cruz de caballero de Malta. Ensangrentado, pero solamente herido.

En cuanto a mí, sólo estoy extenuado, con los brazos entumecidos por los golpes de la espada, un corte en la frente producido por el filo de un hacha y un sinfín de arañazos por todas partes.

Tengo entre mis manos la cabeza del Cristo de los ojos cerrados.

La acaricio como si fuese uno de esos combatientes de los que se teme, al verlos, que ya estén muertos.

La toco. Rezo. Me apacigua.

Está vivo en mí.

44

Desde que ha caído la noche, el viento se ha puesto a silbar tempestuoso y me he venido abajo.

He vomitado como después de una borrachera.

Me afiancé en la batayola del castillo de popa para no ser arrastrado por las olas que barrían el puente, empujando a los muertos contra los vivos, arrastrando y ahogando a los heridos sin fuerzas para agarrarse a una maroma, a la cureña de un cañón o al resto de un mástil.

Apreté contra mí la cabeza del Cristo de los ojos cerrados. La deslicé bajo mi jubón desgarrado, donde antes había llevado la *Divina Comedia*. Y cuando el casco empezó a crujir por los embates del mar colándose entre las cuadernas, pensé, Señor, que vos queríais que nos precipitásemos en el infierno, para castigarnos por esta jornada de crímenes y atrocidades que os habíamos consagrado, que habíamos proclamado Santa Victoria cuando en realidad habíamos hecho correr tanta sangre humana que el mar se había vuelto rojo.

Sentí la misma vergüenza como después de una orgía durante la cual has olvidado que eras hombre y hermano de los hombres.

Era vuestra enseñanza, Señor. Y vuestro rostro atormentado con los ojos cerrados, aquel trozo de madera viva que sentía contra mi piel, habría debido advertirme de lo que sentiría después, cuando, escapando a la borrachera, a la locura asesina de los combates, no iba a ser más que aquel cuerpo agotado que se aferraba a la batayola para no ser zarandeado de un extremo a otro por la marejada.

Oí a Sebastiano Veniero gritar órdenes.

Pero ya no teníamos ni mástil ni vela. Y nuestros remeros cristianos habían sido liberados para participar en el combate.

Éramos un navío a la deriva que las olas proyectaban contra los restos de las galeras hundidas, y el choque de los cadáveres turcos o

cristianos que se abatían sobre el puente arrojados allí por el mar resultaba estremecedor.

A veces las luces de un incendio avivado por el viento que continuaba devorando una galera iluminaban el puente. Las jarcias se habían vuelto un peso muerto; eran arrastradas por los motones, cuyos ganchos se balanceaban como látigos buscando al azar el torso de sus víctimas, chocando con la batayola, a un paso de donde yo me hallaba. Una polea destrozó la madera y de buena gana habría aplastado mi cabeza.

Soldados y marineros se congregaron cerca de mí escuchando a Veniero, que les ordenaba coger a los galeotes liberados, encadenarlos de nuevo y atarlos al banco de la chusma. Él no había hecho ninguna promesa, ni se sentía obligado por las de don Juan ni ningún otro. Quería llevar a puerto la *Marquesa* y necesitaba remeros, cristianos o infieles, forzados y criminales.

—¡Cogedlos y que remen, si queréis seguir con vida! —gritó.

Entre dos olas, vi a marineros y soldados recorrer el puente, arrojarse sobre aquellos hombres que habían sido libres sólo el tiempo de matar y de arriesgar sus vidas. Se debatían, invocando vuestro nombre, Señor, gritando que se había hecho solemne juramento ante vos de que sus condenas serían anuladas. Algunos resistían a pie firme. Pero los empujaron al banco de la chusma, donde ya habían sido encadenados los prisioneros infieles, y los látigos empezaron a cruzar sus hombros y nucas.

Veniero trató de mantener la galera viento en popa hasta la mañana.

La tempestad se calmó al alba. La mar no estaba furiosa, sólo violenta, a veces con accesos de cólera, cuando gruesas olas surgidas de no se sabía dónde pasaban por encima de los castillos de proa o de popa tumbándonos de babor o de estribor.

Era un mar de sangre en el que flotaban tantos despojos y cuerpos que formaban una espesa capa a través de la cual la proa de la *Marquesa* debía abrir un surco.

Los cuerpos chocaban contra el casco. Algunos, todavía vivos, gritaban intentando que los subiesen a bordo. Marineros y soldados se precipitaban a socorrer a los cristianos, cortando a hachazos las manos de los infieles, aplastándoles la cabeza o simplemente empujándolos con el astil de la lanza.

¡Dios mío! Vomité tantas veces en el curso de aquellos días que a nuestra llegada al puerto de Mesina me pareció que no era más que un odre vacío, un cuerpo dolorido, un alma desesperada que se aferraba a vos como los náufragos a una tabla de madera como única esperanza de salvación.

45

Titubeé cuando franqueé la pasarela y di mis primeros pasos en la escollera de Mesina.

Estaba vivo.

¡Gracias, Dios mío!

Pude estrechar entre mis brazos a Michele Spriano, que murmuraba que había rezado por nuestra victoria y mi salvación. Luego se alejó un paso observándome con las manos sobre mis hombros. Me examinó, rozando con las yemas de sus dedos la herida que me atravesaba la frente, y me dijo:

—Tienes la cara de un hombre que ha atravesado el infierno.

Luego susurró, inclinándose hacia mí:

—Pero el infierno también está aquí. Debo advertírtelo para que te pongas en guardia.

No quise escucharlo.

Quería oír las aclamaciones, los vítores de la multitud que había invadido el muelle, bajando en tropel desde las callejuelas anejas al puerto. Las campanas tocaban a vuelo, celebrando nuestro regreso y nuestra victoria. El cañón del fuerte atronaba. Por todas partes se alzaban cánticos de alabanza, dando gracias a Dios y a don Juan el Grande, el hijo bastardo del emperador, que merecía una corona de rey.

Intenté no escuchar a Spriano, que caminaba a mi lado. Seguimos a don Juan, vitoreado por la multitud hasta la iglesia de Jesús.

—Por lo visto —decía Michele—, el genovés Giovanni Andrea Doria, que mandaba el ala derecha de la flota de la Liga Santa, hizo una maniobra extraña con sus galeras, y el capitán pachá de Argel, Aga Mansur, que estaba frente a él, no intentó atacarlo. Se esquivaron: Aga Mansur dejó a Alí Bajá enfrentarse solo a las galeras venecianas y españolas, y el otro, Doria, no se molestó en ayudar a don Juan; más bien al contrario, actuó de tal suerte que lo puso en peligro…

Tuve ganas de gritarle que se callase, pero siguió explicando que tanto en Mesina como en Nápoles o en Venecia, todos pensaban que el genovés había ejecutado órdenes dadas por Felipe II. El rey de España deseaba dispensar un trato de favor al capitán-pachá Aga Mansur, y llegar a un acuerdo con él para tratar de alejarlo del Imperio otomano. Felipe II temía, además, la gloria que tamaña victoria le reportaría a don Juan.

¿Debía escuchar todo aquello, enterarme de semejantes cosas mientras en mi cabeza resonaban todavía los gritos de los hombres que se quemaban, que se ahogaban, los estertores de los que degollaban, cuando vibraba todavía en mí el recuerdo de la fuerza que me había empujado hacia delante al ver a los jenízaros cortando el cuello del Cristo de los ojos cerrados?

Si había de hacerle caso, mientras nosotros nos revestíamos de la armadura y blandíamos la espada, enfrentándonos a las cimitarras y arcabuces de los infieles, viviendo la exaltación de esta guerra por la fe en Cristo, otros, como el rey católico y uno de los jefes de nuestra flota, maniobraban, ¡más preocupados por sus mezquinos intereses que por la victoria de la Liga Santa!

¿Podía creer en las palabras de Spriano?

¿Tendría que admitir que el rey católico de España no era mejor que el Cristianísimo rey de Francia?

Seguí con la mirada a don Juan, que entraba en la iglesia de Jesús.

Él no se había ocultado. Había expuesto su cuerpo a las armas de los infieles.

El bastardo se había legitimado.

—Felipe II y todos los soberanos son reyes y príncipes del infierno —murmuró Michele Spriano.

Me aparté de su lado.

Dos mujeres se habían colgado de mis brazos, apretándose contra mí, riéndose, echando hacia atrás la cabeza, ofreciéndome sus labios rojos como una promesa. Me arrastraron y yo me dejé llevar por esa promesa, perdiéndome con ellas en la multitud.

Quería alejarme de Spriano, recuperar el entusiasmo.

Entramos bajo un porche.

Yo debía de ser un rico señor, decían. Seguramente me había

apoderado de cofres llenos de oro y joyas de los infieles.

Se reían a carcajadas, y juraban que serían mis esclavas sólo por dos monedas de oro.

Yo tenía aquellas dos monedas.

Viví entre las dos mujeres. El cuarto en el que me acogieron daba a uno de los muelles del puerto. Cerca de la ventana había un crucifijo colgado, y yo coloqué sobre una mesita baja —el único mueble, aparte del enorme jergón puesto en el mismo suelo— la cabeza del Cristo de los ojos cerrados.

Teresa y Evangelina se santiguaban cada vez que pasaban ante ella, y varias veces al día se arrodillaban para rezarle. El murmullo de sus voces me tranquilizaba.

Vivían en pecado, y, sin embargo, Señor, no me parecía que mereciesen el infierno. En cambio, yo, a quien ellas llamaban «Nuestro Maestro», estaba condenado, pero tenía la imperiosa necesidad de sentir renacer mi cuerpo, de probar sus fuerzas para el deseo y el placer.

Era una especie de retiro en el pecado en el que mi fatiga disminuía poco a poco al tiempo que cicatrizaban mis heridas.

Teresa y Evangelina las cubrían de ungüentos perfumados. Pero, lo confieso, Señor, eran sus cuerpos, su juvenil vigor, su despreocupación, el timbre de sus voces cuando cantaban, lo que me curaba.

Vos, Señor, erais el Creador de aquellas fuentes de vida, y me dio por pensar que Teresa y Evangelina, e incluso yo, no estábamos en pecado, sino al contrario, celebrábamos vuestra Creación.

Pero tampoco ignoraba que habría podido ser condenado precisamente por semejante argumento herético, y ellas, tan jóvenes, quemadas o lapidadas como mujeres corrompidas, por mucho que se arrodillasen y orasen ante vuestro rostro de ojos cerrados, Señor.

Dejé que los días transcurriesen.

Pasaba largos ratos asomado a la ventana, en la caricia y dulce sopor del sol de invierno.

Vi deambular por los muelles del puerto a los esclavos cristianos que habíamos arrancado de las garras otomanas.

Vagaban famélicos, mirando a su alrededor aterrorizados, como si temiesen que de una de las galeras musulmanas amarradas en el puerto, de las capturadas en el curso de la batalla, fuesen a salir de pronto los jenízaros, los cómitres, para capturarlos y mandarlos de nuevo al infierno.

Siguiéndolos con la mirada, me acordaba de cuánto había sufrido. Me sentía orgulloso de haber participado en aquellos combates que les habían devuelto la libertad. Y me avergonzaba por haberme retirado así, cuando la guerra contra los infieles no había cesado.

¿Podía dejar mi vida disolverse en la satisfacción de mis deseos?

Dios no me había llamado al mundo para no ser más que un hombre entregado al disfrute de las pasiones.

Dejé a Teresa y Evangelina y volví a la *Marquesa*, con Sebastiano Veniero y Vico Montanari. Enguerrand de Mons había partido para Francia y Benvenuto Terraccini vuelto a Venecia.

Los carpinteros se afanaban en enderezar el mástil y en carenar las brechas del casco. Se tendían jarcias y embarcaban a los prisioneros para atarlos al banco de los galeotes. Cuando llegaban en fila, custodiados por los soldados, la multitud en los muelles los maldecía, sin atreverse a acercarse a ellos, tal era la crueldad y el odio que expresaban sus rostros. Llevaban el cráneo rapado, a excepción de un largo mechón que les colgaba a la espalda.

Pese al viento gélido, la mayor parte iba con el torso desnudo. Vestían pantalones bombachos y sólo unos cuantos habían conservado sus uniformes amarillo y rojo.

Veniero los observaba y, a veces, con un movimiento de cabeza, mandaba hacer salir a uno de ellos de la fila. Arrastraban al infiel hacia la proa para encerrarlo en un caramanchel. Yo me preguntaba por la suerte de aquellos hombres. ¿Pero a quién le preocupaba la vida de un infiel? Se decía que casi cerca de treinta mil habían perecido en la batalla, que ocho mil habían sido hechos prisioneros y, por parte de los cristianos, se habían perdido al menos seis mil hombres.

Un día, Vico Montanari me arrastró hacia la proa, dando un taconazo en el puente, por encima del cubículo en donde un prisionero acababa de ser encerrado.

—Ése —murmuró sacudiendo la cabeza— no volverá a remar.

Al principio no quise comprender. Pero Montanari prosiguió, como si desease compartir conmigo el peso que lo oprimía. Veniero, me explicó, había recibido órdenes expresas del Consejo de los Diez que gobernaban la Serenísima República. Debía hacer una lista de los infieles que el Consejo llamaba «hombres de mando».

Montanari miró en torno a sí, y, cuando se hubo asegurado de que nadie podía oírlo, añadió:

—El Consejo le ha escrito a Veniero: «Asegurándoos de que no se toma a una persona por otra, los haréis morir secretamente de la forma que consideréis más prudente».

Montanari sabía que al Papa le horrorizaba la idea de aquellos asesinatos de hombres a los que ningún tribunal había condenado.

—Venecia tiene buena memoria —concluyó Montanari—. Nos acordamos de la crueldad de los infieles en Famagusta. ¡No olvidamos nada!

Fui incapaz de responderle.

Pensé en aquel hombre encerrado, en todos los que lo habían precedido en aquel reducto, en todos los que lo sucederían.

Me imaginé cómo debía de ser la «manera prudente» de hacer morir en secreto. ¿Estrangular? ¿Degollar? ¿Envenenar? ¿Deshacerse luego de los cuerpos arrojándolos en alta mar a la altura de Mesina?

Algunos días se descubrían, en las calas y playas próximas a la ciudad, cuerpos decapitados.

¡Dios mío! ¿Es así como combatíamos por vos?

Me acordé de las palabras de Michele Spriano.

Para los poderosos de este mundo, había dicho, Dios y su Iglesia no eran sino máscaras de las que se servían para disimular sus ambiciones, las rivalidades que los enfrentaban unos a otros, mas renegaban de su fe si consideraban de interés aliarse con herejes o infieles.

Me había negado a escucharlo.

Necesitaba creer en la pureza y la sinceridad de los soberanos católicos para poder matar en su nombre y en el de la fe en Jesucristo.

Yo lo había hecho.

Había visto el mar, de una orilla a otra del golfo de Patras, rojo por la sangre derramada. Lo había visto cubierto de cuerpos.

Pero Vico Montanari, que había combatido a mi lado, me aseguraba ahora que el Consejo de los Diez intentaba firmar la paz con el sultán Selim II. Y era mi propio hermano, Guillaume de Thorenc, un hugonote, embajador de Francia en Constantinopla, quien servía de intermediario entre la Serenísima y el Imperio otomano.

—Acabarán entendiéndose —añadió Montanari—. Pueden herirse, pero no matarse. Acabarán firmando un tratado de paz. Así es como hay que vivir en nuestro mundo.

Miré hacia la proa. También yo había dado un taconazo en aquel puente bajo el cual los infieles estaban encadenados y se hallaba, en el extremo de la crujía, el cubículo donde un hombre esperaba ser degollado, estrangulado o envenenado y, finalmente, arrojado al mar.

¿La paz también era eso? ¿Los asesinatos secretos?

—Es buena la paz entre los hombres —dijo Montanari arrastrándome al puerto.

Aquella noche bebimos y nos entregamos al desenfreno.

Porque, para vivir en este mundo, Señor, los hombres débiles deben a veces cegarse.

Pero me obligaban a ver.

Diego de Sarmiento había llegado a Mesina. Yo estaba en el puerto. Había oído a la multitud aclamar la galera española con el casco decorado de madera dorada, con los orgullosos mascarones de proa y de popa.

Reconocí a Sarmiento de pie sobre el castillo de popa, rodeado de sus soldados, todos ellos con la enseña de los reinos de España o de América que obedecían al Catolicísimo Felipe II, el soberano del mundo.

No quise encontrarme con Sarmiento, pero Mesina era un nido de espías españoles y los soldados vinieron a buscarme a la habitación de Teresa y de Evangelina donde me había refugiado de nuevo.

Sarmiento me abrió los brazos y, como no hice ademán de

avanzar hacia él, echándose a reír, me dio unas palmadas y me abrazó hasta ahogarme.

—¡Te prefiero entre los brazos de dos putas antes que en los de don Juan! —exclamó, invitándome a sentarme frente a él en el camarote en el que vivía, en la popa de la galera.

Me incorporé. Alabé el valor, el heroísmo de don Juan, el respeto y el reconocimiento que todo católico, incluido el rey, debía testimoniarle.

—¿Quién dice lo contrario? —replicó con calma Sarmiento.

Volví a sentarme. Y tuve que oír su discurso.

La Liga Santa ya no existía, dijo. Los comandantes jefes, Veniero, Doria y Colonna, se disputaban los despojos turcos. Cada uno quería la parte más suculenta del botín. Había ocho mil prisioneros y ciento ochenta galeras capturadas. Hombres que habían luchado codo con codo se apuñalaban después de haberse disputado a un capitán turco del que esperaban obtener un fuerte rescate. Y luego —Sarmiento se había inclinado para mirarme fijamente a los ojos—, al turco ese lo encontraban ahogado, su cuerpo arrojado contra las rocas.

Por otra parte, ¿qué habría podido proponerse ahora la Liga Santa?

Los venecianos querían reconquistar Chipre. Colonna y el Papa soñaban con limpiar el Mediterráneo de berberiscos.

—En cuanto a nuestro Felipe II, debe pensar en el mundo, y no sólo en unas cuantas islas o costas áridas, que Venecia, el Papa, los genoveses y la orden de Malta siguen teniendo como único horizonte. Es en los Países Bajos, en las orillas del Rin, del Sena, del Loira, donde se libran las batallas. Ya te lo he dicho: el futuro pertenece al rey de España, al hijo legítimo de Carlos V y a su descendencia, no a un bastardo, ¡por muy glorioso que sea!

Sarmiento se acercó a mí.

—Don Juan quiere ser rey, soberano de cualquier país, le da igual. ¡Quiere una corona! Pero Felipe no lo consentirá. Las coronas no están hechas para los bastardos. Jamás un bastardo se sentará en el trono de España.

Sarmiento siguió hablando largo y tendido, exhortándome a que volviese a España con él.

Felipe II necesitaba más que nunca hombres como yo, gentileshombres valientes y fieles. El rey me encargaría seguramente una misión en Francia, donde se preparaba la guerra entre los hugonotes y los católicos.

Había que atizar ese fuego para extirpar la herejía protestante de aquel reino. Tal era la primera tarea que quería emprender el soberano de España y debía ser la de todo católico.

El Imperio otomano debía ser contenido, y en ese empeño había triunfado la Liga Santa con la victoria de Lepanto y la destrucción de la flota turca. Pero los infieles serían siempre infieles. Y había que impedir que los cristianos optasen por la herejía. Pues bien, esa peste hugonote hacía estragos en los Países Bajos, en Francia. Eso era lo que había que combatir.

¡Que don Juan se dedique a esa tarea y no a soñar con convertirse en el rey de Túnez o de Argel!

Por otra parte, ¿con qué galeras y qué soldados pensaba conquistar los reinos berberiscos? La Liga Santa estaba acabada, rota, se había disuelto.

¿Venecia? El gran visir había confiado al embajador de Francia, ese hugonote llamado Guillaume de Thorenc, que los otomanos, adueñándose de Chipre, habían amputado un brazo a Venecia. «Al destruir nuestra flota, —añadió el gran visir—, los venecianos nos han afeitado la barba. ¡Un brazo cortado no crece, pero una barba afeitada crece mucho mejor!».

Don Juan no podía hacer otra cosa que obedecer al rey de España, y éste le había hecho saber sus intenciones por una carta que Diego de Sarmiento se encargó de llevarle y de la que me citó una frase: «Pese al deseo que tengo de volver a veros y de felicitaros de viva voz por el valor que habéis demostrado, comprenderéis las razones por las que considero necesario que paséis el invierno en Mesina…».

—Tengo entendido que aquí le erigen una estatua —dijo Sarmiento—. Que asista a su bendición…

Se rió a carcajadas.

—Pero no puede haber dos soles que brillen al mismo tiempo en el cielo de España.

Claro que yo, me aseguraba, no sólo podía, sino que debía volver a

la corte de España. Allí las mujeres aman a los héroes. Tuerta y perversa, la princesa de Éboli estaba cada vez más resplandeciente, y la influencia de su amante Antonio Pérez en el rey iba en aumento. Además, la princesa me amaba. Si hacía caso a Sarmiento, se inquietaba a menudo por mi suerte, temiendo que me hubiesen matado en combate. Y con ocasión del tedeum, que en El Escorial había celebrado nuestra victoria, la princesa, según Sarmiento, ¡había rezado por mí!

—Va siendo hora de que el rey y la princesa te vean. Felipe te concederá una renta y una distinción que harán de ti un hombre poderoso, y la princesa se encargará de encontrarte una función. Tus combates, Bernard, has de librarlos en los salones y palacios reales. Deja a los jóvenes blandir la espada. Nosotros ya lo hemos hecho. ¡Y muy bien, por cierto!

Me cogió del hombro. La galera zarpaba al día siguiente. Yo debía estar a bordo por la mañana temprano.

Así que, hasta entonces, podía ir a dormir con aquellas dos jóvenes de las cuales se decía que ¡eran encantadoras, complacientes y sabias en las cosas del amor!

Volví con Teresa y Evangelina. Les pagué para que fingiesen, para que hiciesen creer a los que me espiaban que pasaba aquella última noche con ellas dos, cuando en realidad volvía a casa de Michele Spriano.

Supliqué a este último que fletase conmigo un bergantín para ganar Nápoles o Pisa.

Yo no quería volver a España todavía.

Nel mezzo del cammin di nostra vita, como dice Dante, quería volver, en medio de mi vida, a mis tierras, a mi casa, caminar por los bosques que rodean la Torre del Castro y depositar en el altar de nuestra capilla el estandarte de damasco rojo que había ondeado en la popa de la *Marquesa* y que llevaba bordada la divisa de Constantino, adoptada por la Liga Santa: *Tu hoc signo vinces*.

En esta hermosa tela de color rojo sangre quería colocar, a la derecha del tabernáculo, la cabeza cortada del Cristo de los ojos cerrados.

La Cruz de Occidente, II

París bien vale una misa

Eliminemos las palabras diabólicas, los nombres de partidos, facciones y sediciones, luteranos, hugonotes, papistas; ¡no cambiemos jamás el nombre de cristiano!

MICHEL DE L'HOSPITAL Diciembre de 1560

Prólogo

Lo sé, Señor, la Muerte ya está en mí.

Esta parálisis, que me agarrota los dedos, me inmoviliza la mano y el brazo y me anquilosa el hombro cuando escribo, es ELLA, que quiere impedir que prosiga el relato de mi vida.

Le dejaréis, Dios mío, interrumpir mi relato antes de que consiga llegar hasta el final de lo que he vivido, al momento de esperanza en que, por fin, después de tanta masacre, los hombres del reino de Francia envainen sus dagas y espadas, depongan los arcabuces y escuchen lo que antaño les decía el canciller del rey, Michel de L'Hospital:

«Eliminenos las palabras diabólicas, los nombres de partidos, facciones y sediciones, luteranos, hugonotes, papistas; ¡no cambiemos jamás el nombre de cristiano!».

La Muerte me susurra al oído:

«¡Ya basta! ¿Crees que alguien te leerá todavía? ¿Qué importa tu voz en la profunda fosa adonde te arrojaré, entre todos esos hombres que viste cuando estaban vivos? Y, acuérdate, ¡a más de uno lo has matado con tus propias manos! ¿Quién oye los aullidos de los cristianos a los que los verdugos de los presidios de Argel desollaban vivos?, cristianos —tú fuiste uno de ellos— azotados por los látigos de los cómitres para que las galeras musulmanas navegasen más rápido hacia la costa, donde pronto se oían otros gritos, los de las mujeres violadas y destripadas, los de los hombres descuartizados o quemados. Y no olvides los gritos de los moros de Andalucía, a los que los soldados a tus órdenes pasaron a cuchillo, matando a mujeres y niños. Y cuando te abriste paso entre los jenízaros de la galera *Sultana*, blandiendo la espada, a hachazo limpio, ¿te paraste a escuchar los gritos de aquéllos a los que decapitabas y mutilabas, los de aquéllos a quienes alanceabas?

»Todas esas voces fueron ahogadas en el gran silencio de la fosa donde yo reino.

»¿Por qué ese empeño en seguir escribiendo?

»Quieres —te he oído confiárselo a Vico Montanari antes de irse de tu casa para regresar a Venecia— contar cómo, después de las masacres, el Edicto de Nantes restableció la paz entre hugonotes y papistas, y tú pretendes que los hombres recuerden, al leerte, ese momento de esperanza (¡así es como lo llamas!).

»Pecas de ingenuo si a tus setenta y dos años crees que los hombres se han olvidado de su odio y el deseo de matar; eres un ingenuo.

»Recuerda las palabras de Montanari: "El Bien y el Mal son como esos niños monstruosos unidos uno al otro, y nada podrá separarlos".

»Te lo digo confidencialmente, Bernard de Thorenc, desde el principio de los tiempos los hombres se degüellan entre sí como si fuesen cerdos. Y yo siego sus vidas.

»Así pues, detente y da descanso a tu pluma. Deja ese cuarto sombrío. Arrímate a la soleada pared de tu casa. Contempla los bosques que rodean la Torre del Castro y mira el horizonte teñirse de rojo. Es el color de la sangre.

»Es el color que impregna todo lo que has escrito. Has seguido su rastro de Argel a Malta, de Granada a Lepanto. ¿Para qué perseguirlo? ¿Todavía sientes la necesidad de decir que se ha vertido más sangre en la guerra entre cristianos que en la guerra contra el infiel? Y si te parecía tan roja es porque destripaban a mujeres y niños como hacían —como hacen todavía— con los cristianos caídos en manos de los musulmanes.

»Pero quizás, al recorrer de nuevo ese camino, quieras mostrar que conduce a la paz.

»Permíteme que me ría. Ya te he dicho por qué.

»¡Anda!, aprovecha las fuerzas que te quedan para contemplar el cielo y gozar de la tibieza de las piedras doradas por el sol de invierno.

»Escucha tu corazón latiendo desbocado en tu pecho. A veces, te ahoga, y emites el mismo sonido que la hoja de mi guadaña cuando camino y golpeo el suelo con ella. Lo sabes.

»¡Estoy muy cerca de ti! ¡Ya estoy en ti, Bernard de Thorenc!

»Vive tus últimos días en paz y contempla el mundo, en lugar de volver a los cadáveres que jalonan tu vida y tratar de recordar, con

lo que queda de ellos en tu memoria, lo que fueron y los sentimientos de amor o de compasión que te inspiraron.

»Contempla el horizonte y, como cualquier otro viejo, calienta tus huesos al sol del invierno».

¿Cómo acallar la voz tentadora que reduce una vida a la muerte y te invita a someterte al reino del tiempo y del olvido?

¿Cómo encontrar fuerzas para resistir, para seguir avanzando en mi pasado, para poder rendir cuentas al fin y, antes de someterme al juicio de Dios, poder sopesar lo que he hecho, y que los hombres conozcan mis actos y mis pensamientos?

Os pido, Señor, a vos, que sois la Resurrección, que me concedáis la fuerza necesaria para olvidar este dolor lacerante que atenaza mi cuello y dificulta mi escritura, me nubla la vista y convierte mis palabras en una grisalla informe que no logro leer.

¡Porque debo escribir, Señor!

Esta mañana permanecí más tiempo que de costumbre en nuestra capilla de la Torre del Castro.

Posé mis manos en la cabeza del Cristo de los ojos cerrados. Se lo arrebaté a los jenízaros que habían mutilado el crucifijo de nuestra galera y blandían aquel rostro de madera y dolor en señal de victoria.

Pero maté al turco que os había profanado, Señor, y derrotamos a su flota en Lepanto.

Me bastó muy poco tiempo para comprender que aquella victoria no ponía fin ni a nuestra lucha contra los infieles ni a nuestras guerras entre cristianos.

Por eso me marché de Mesina en compañía de Michele Spriano.

Habíamos comprado un bergantín, y largamos amarras durante la noche; después navegamos bordeando la costa hasta Pisa, donde Michele Spriano poseía almacenes y daba trabajo a docenas de tundidores y pelaires en todos los villorrios situados en las pendientes de las colinas entre Pisa, Prato y Florencia.

El otoño había cubierto la tierra con un manto de hojas rojizas. A menudo, breves y violentos chaparrones deshojaban viñas y árboles hasta desnudarlos, dejándolos como cuerpos torturados.

Pero reinaba la paz, y después de lo que había vivido en Argel, entre la chusma de las galeras berberiscas, en Malta, en Andalucía y, sólo unos días antes, en la batalla de Lepanto, me sentía melancólico y ansioso por regresar a los lugares de mi infancia, la Torre del Castro, adonde no había vuelto desde —calculaba una y otra vez caminando entre cipreses y viñas— hacía veintiocho años.

Mi padre había muerto.

Mi hermano Guillaume de Thorenc, hugonote, era embajador en Constantinopla de Carlos IX, el rey de Francia.

Sentía vergüenza por llevar su mismo nombre. Mi hermano era fiel a mi padre, que, al servicio del monarca, había recibido en nuestra casa de la Torre del Castro a los enviados de Suleimán el Magnífico.

Según Diego de Sarmiento, Guillaume no cejaba en su empeño en destruir la Liga Santa cristiana favoreciendo encuentros entre venecianos y turcos, para ayudarlos a alcanzar un tratado de paz.

—Los franceses como tu hermano, y antes que él tu padre —me había dicho—, temen tanto a España que prefieren la derrota de la cristiandad a su victoria, que reforzaría a Felipe II. Nos traicionan. Se ríen de ti. ¡Reniega de ellos!

Y eso es lo que había hecho durante toda mi vida.

Sarmiento añadía que mi hermana Isabelle, también hugonote, era una de las doncellas de Catalina de Médicis. Esas jóvenes eran utilizadas como carnaza por la reina madre, que, gracias a ellas, seducía a los grandes del reino, ya fuesen hugonotes o papistas, y a los embajadores, esperando que no se opusiesen a la política de Carlos IX.

—Es decir, a la que esa italiana retorcida y ponzoñosa dicta a su hijo —había concluido Sarmiento.

Yo lo había escuchado. Hacía años que no veía a mi hermana. Pero ¿podía creer a una persona que odiaba a los franceses y que en su fuero interno sólo deseaba que su rey Felipe II gobernase también en París?

No me entretuve mucho tiempo en Pisa, y sentí una inmensa alegría cuando Michele Spriano decidió acompañarme.

Nos pusimos en camino. Ni Michele ni yo queríamos seguir

nuestro viaje por mar. Si habíamos podido navegar de Mesina a Pisa sin tropiezos era porque la flota turca aún estaba bajo los efectos de su derrota en Lepanto. Pero habían bastado unas pocas semanas para que los corsarios berberiscos volviesen a merodear a lo largo de la costa.

Durante el camino divisamos sus velas ocres. Atacaban los navíos cristianos e incluso llegaban, para demostrar que la victoria de la Liga Santa no había sido más que apariencia, a desembarcar algunos destacamentos de soldados, que se adentraban en las aldeas atacando y devastando, asesinando o capturando a sus habitantes.

Así pues, nos pusimos en marcha a caballo y escuché durante todo el día a Michele Spriano recitar versos de la *Divina Comedia*. A veces conseguía completar el pasaje que mi amigo había empezado.

Nos respondíamos uno al otro como los jugadores de pelota, asombrados de nuestras proezas, e íbamos del «*Infierno*» al «*Paraíso*», avanzando poco a poco, gozando, después de tanto sufrimiento y de tantas matanzas de las que habíamos sido testigos, de la campiña italiana y, más adelante, de la de Provenza, que adormecían bajo la suave bruma del otoño.

Por fin, vi las murallas de la Torre del Castro, nuestra casa desde que en esta tierra existen los Thorenc.

Primera parte

1

Me detuve en medio del puente y cerré los ojos.

Oí correr el agua del río. Su sonido me llegaba desde mi primera infancia. Por un momento, imaginé que al fin había dejado los territorios de dolor y humillación y que, en mitad de mi vida, ya no me adentraba en una selva oscura, sino en el paraíso, en el lugar donde había visto la luz primera.

Abrí los ojos.

Un anciano de pelo gris venía hacia mí, cabizbajo. Caminaba con dificultad. Salté a tierra. Se detuvo, y reconocí a Denis, uno de los jóvenes criados con los que tantas veces me había zambullido en el río que bañaba las murallas de la Torre del Castro antes de desembocar en el Siagne.

Luego, dominando la otra orilla, vi las cuatro torres de la Gran Fortaleza de los
Mons.

Llamé al criado por su nombre, y le entregué las riendas, como había hecho tantas veces a la vuelta de un día de caza, o bien de las batallas a palo limpio que Enguerrand de Mons y yo librábamos en el bosque.

Denis me miró de hito en hito y luego, tras un instante de vacilación, creí que iba a abrazarme o a caer de rodillas. Pero se limitó a coger las riendas de nuestros caballos y se alejó por el portillo, volviéndose una y otra vez como si quisiese convencerse de que era realmente yo el que estaba allí, al cabo de tantos años.

Me dirigí al patio, seguido por Michele Spriano, que se mantenía algo apartado.

Un grupo de hombres vestidos de negro, unos con picas y otros con las manos en las empuñaduras de sus espadas, vinieron a nuestro encuentro.

En ese momento miré hacia arriba y vi que la talla de la virgen que antaño presidía la fachada de nuestra capilla había sido

decapitada y que los santos que la rodeaban habían corrido la misma suerte, y les habían cortado los miembros; ahora las hornacinas parecían enormes nichos para sus cuerpos mutilados.

La emoción y la cólera me embargaron.

Habían saqueado mi infancia, entregándose también aquí a aquellos actos sacrílegos, semejantes a los que habíamos visto en algunos pueblos desde nuestra llegada a Provenza.

Con el odio en sus ojos y la rabia en sus bocas, los campesinos y los sacerdotes nos habían contado cómo los hugonotes, esos herejes, esa secta del diablo, lo habían destruido todo, violentado las imágenes de la Virgen María, masacrado las de los santos, atrayendo la maldición. Desafiaban a Dios, comiendo carne en Cuaresma, ocultando su perversidad bajo los austeros ropajes de la hipocresía. No jugaban a las cartas ni entraban en los cafés, jamás se emborrachaban y sus mujeres se cubrían con vestidos tan amplios y cerrados que no se sabía si su piel era blanca o negra, y sus formas esbeltas o voluptuosas.

Pero el rostro de los protestantes ocultaba un alma demoníaca y pervertida. Si no reconocían ni al Papa ni a los sacerdotes, ¿cómo iban a obedecer al rey?

Y los campesinos y los curas nos habían mostrado los vitrales rotos de sus iglesias, las esculturas de los tímpanos destrozadas a martillazos, los rostros de los santos hechos añicos, la Iglesia herida de muerte.

Habían tenido que armarse para poder cazar a esos nuevos vándalos, apresarlos y quemarlos, pero llegaban en bandas muy numerosas, y la de la Torre del Castro era la más aguerrida, formada por mercenarios suizos o alemanes e impíos lansquenetes, bandidos entregados al pillaje, pagados por el conde Guillaume de Thorenc. Y durante todos aquellos años de guerras —¡trece años de guerras de religión!—, Guillaume de Thorenc había puesto su banda al servicio del almirante Coligny, del príncipe Condé y de Enrique de Borbón, los jefes de la secta hugonote a quienes el rey y la reina acababan de otorgar el privilegio de los lugares de asilo, el derecho a creer en lo que les diese la gana.

¿Era eso lo que los católicos podían esperar de su soberano y de la reina madre?

Los escuché con calma. Había asistido a tantas masacres, en Lepanto había visto el mar teñirse de rojo, y tantos cadáveres flotando sobre la espuma de las olas, que lo que me describían me parecían simples escaramuzas.

La verdadera guerra había sido la que nosotros habíamos librado contra los infieles; el resto sólo eran rencillas familiares.

Michele Spriano me había prevenido, es cierto, pero ¿cómo iba a escucharlo si a cada paso reconocía los paisajes, los aromas, los caminos de mi infancia?

Había soñado, había vivido una ilusión. No accedía a las orillas del paraíso, sino que me adentraba en la selva oscura. Tal vez ni siquiera había alcanzado el corazón del reino de Lucifer, allí donde el Ángel Caído tritura y devora a los traidores, los Judas, los Brutos, los Casios…

¡Que Dios añada a ellos a mi hermano Guillaume de Thorenc!

Con la espada a medio desenvainar, el más robusto de los hombres de negro dio un paso al frente.

Conocía esa mirada, ojos de pedernal y brillo de acero. Era la misma que la de Dragut el Quemado, el Cruel, el Libertino. Era la de los verdugos. La de don García Luis de Cordoza, capitán general de Granada. La de todos los asesinos. Sea cual fuere la ropa que vistan, el Dios al que recen, todos reniegan de la bondad, de la piedad y de la compasión.

Sé que mis ojos brillaron del mismo modo cuando maté.

Y, sin duda, volvía a verla frente a ese hombre de negro, mucho más intensa cuando, poco a poco, a mi cólera y mi emoción se unieron la amargura y la decepción.

Yo también desenvainé mi espada, exhibiendo la hoja.

El hombre me saludó, con una ligera inclinación de cabeza, con el sombrero calado hasta las cejas.

—Me llamo Jean Baptiste Colliard —dijo con tono arrogante—, capitán de la guardia de la Torre del Castro, al servicio del conde Guillaume de Thorenc. Tengo órdenes de no dejar entrar a nadie en el castillo. A nadie —repitió.

Y a continuación, añadió, desdeñoso:

—Seguid vuestro camino.

Michele Spriano se adelantó y se interpuso entre nosotros,

explicándole al capitán de la guardia quién era yo. El hombre se turbó ligeramente. Ahora estábamos rodeados por los guardias.

—¿Qué queréis que le haga? —gruñó.

Se aproximó más.

—Aquí —continuó— estamos constantemente en guerra. Los papistas de la Gran Fortaleza de Mons se niegan a aplicar el tratado de paz de Saint-Germain, que el conde de Thorenc nos ha pedido que respetemos. La Torre del Castro es nuestra, así como todos los pueblos del feudo. Rezamos en francés, como nos enseñaron, y leemos la Biblia, en lugar de orar a una mujer de la que dicen que es virgen y que debe de serlo tanto como yo.

Soltó una carcajada y me miró con desprecio; después prosiguió:

—He oído al conde de Thorenc decir que su hermano se había hecho español, por odio a la verdadera fe, y que había renegado de su reino, traicionado a su padre y a toda su familia. ¿Sois vos?

No salté al puente de la galera *Sultana* y me abrí camino con la espada o a hachazo limpio para consentir que un hugonote me insultase en el patio de nuestra casa.

Fui el primero en desenvainar la espada y apuntar a su garganta.

Grité a los guardias que si alguno de ellos hacía el menor movimiento degollaría al capitán. Y desde luego que podría hacerlo antes de que me matasen.

—¡Apartaos! —ordenó Jean Baptiste Colliard, con voz ahogada.

Los guardias retrocedieron.

—Vámonos —murmuró Michele Spriano.

Di voces para que dispusiesen nuestros caballos y obligué al capitán de los guardias a seguirme hasta el puente, donde Denis nos esperaba con las monturas.

Empujé a Jean Baptiste Colliard y después saltamos a las sillas. Cuando habíamos alcanzado los últimos metros del puente, recibimos un arcabuzazo.

Oí el plomo silbar en mis oídos y rebotar en las piedras. Después oí el grito mudo de Michele Spriano y lo vi inclinarse sobre el cuello de su caballo, agarrado a las crines del animal.

La sangre comenzó a impregnar el guardamonte leonado de su montura, pero siguió galopando en dirección al bosque mientras yo aullaba de desesperación, clamando venganza.

Por fin, conseguí detener el caballo de Michele Spriano, que ya

sólo transportaba a un muerto.

Estábamos en medio de un claro al borde del cual se levantaba, en una colina rodeada de robles, un crucero. Habían —¿quiénes sino los hugonotes?— invertido la cruz y roto el pedestal.

Me arrodillé al pie de uno de los robles y, ayudándome primero con la daga, luego con una rama afilada como una estaca y finalmente con las manos desnudas, cavé una fosa.

Es duro cavar la sepultura de un hombre.

Envolví el cuerpo de Michele Spriano en su capa, le tapé el rostro, luego lo deposité en el fondo del agujero. Junto a él, cubierta con una manta, coloqué la cabeza del Cristo de los ojos cerrados.

Un día, regresaría.

Tuve esa certeza en el instante en el que comencé a esparcir la tierra sobre el cuerpo de Michele Spriano. Vos me habíais iluminado, Señor.

Volvería a la Torre del Castro y construiría una tumba para Michele en nuestra capilla. Repondría las imágenes de la Virgen y los santos en las hornacinas de la fachada, y depositaría sobre el altar el estandarte de damasco rojo que había ondeado en la popa de la *Marquesa*, así como la cabeza del Cristo decapitado.

Cubrí la tumba de tierra. Sólo yo debía conocer su emplazamiento, ya que en otros lugares también habían profanado tumbas.

Retrocedí unos pasos. Reconocería ese roble entre los miles de árboles del bosque.

Luego até la brida del caballo de Spriano al arzón y empecé a costear la orilla del Siagne.

¡Qué equivocado estaba cuando, al divisar las murallas de la Torre del Castro, creí que el tiempo de paz había llegado para mí!

Nada más lejos de ello, pues lo único que había hecho era adentrarme un poco más en la selva oscura.

Y la sangre había corrido de nuevo.

Debía llegar, pues, al final de mi viaje y de mi guerra.

Decidí ir a París, donde seguramente se encontraban Guillaume de Thorenc y los otros jefes de la secta hugonote, en el centro del

reino de Lucifer.

2

Crucé el reino de Francia desde la Torre del Castro hasta la puerta de Buci, que franqueé a principios de diciembre del año de gracia de 1571.

Unos hombres del cuerpo de policía militar de París me registraron y me preguntaron a qué bando pertenecía, mirándome como si fuese sospechoso.

Les respondí que había combatido contra el infiel con la Liga Santa, que habíamos vencido a la flota del sultán y que iba a encontrarme con Enguerrand de Mons, caballero de Malta, de cuya orden era embajador ante el rey.

Me dieron el espaldarazo.

Yo no era uno de esos contumaces hugonotes que se dedicaban a alquilar habitaciones en todos los barrios de París para celebrar sus conciliábulos e introducir en la ciudad armas cortas con las que podrían realizar ejecuciones rápidas en los domicilios o en las calles.

Debía desconfiar de todos los gentileshombres vestidos con trajes austeros y gorguera alta; eran los espías del almirante Coligny, ¡rebeldes reformados, sediciosos partidarios del almirante, hugonotes guerreros!

Me alejé, atravesando el Prado des Clercs, y me crucé con hombres armados, gente del pueblo, barqueros, palanquines y mujeres que, pese al frío invernal, llevaban los brazos desnudos. Hacían aspavientos alrededor de una gran cruz construida sobre un pedestal de piedra vigilado por los soldados del rey.

Eché pie a tierra.

Me rodearon y me preguntaron si era un gentilhombre de los Guisa los verdaderos defensores de la fe.

Asentí. Escuché. Decían que había que impedir que invirtiesen y destruyesen la cruz como pretendían los hugonotes. El rey, en el tratado de paz de Saint-Germain, les había prometido que ningún monumento que evocase las guerras pasadas entre protestantes y

católicos debería permanecer en pie. Pues bien, aquella cruz recordaba que tres hugonotes, Philippe Gastine y su hijo Richard, así como su yerno Nicolas Croquet, habían sido condenados a muerte y ahorcados en la plaza de Grève el 1 de julio de 1560. Coligny y los hugonotes exigían que la cruz fuese derribada como gesto de paz, en cumplimiento de la promesa del rey.

La gente que me rodeaba estaba indignaba; la cruz había sido erigida para celebrar la victoria de Dios y de su Iglesia católica sobre el Mal. Derribarla significaba aceptar la victoria del Demonio, y que la condena de los herejes fuese anulada.

Y un capuchino subido a un mojón recitó:

«El aire grita asfixiarlos.
La tierra quiere inhumarlos.
El fuego pide quemarlos.
…….
A quien su sangre vertiere
por la causa justa y buena
Dios habrá de concederle
por siempre indulgencia plena.
Para los que perdonaren
la vida de un hugonote
Dios será espada y azote».

Me alejé.

Sabía que Enguerrand de Mons vivía en la calle des Poulies, en la orilla derecha del Sena, cerca del palacio de Borbón. En cuanto a Diego de Sarmiento, me había enterado en Pisa de que Felipe II lo acababa de designar para representarlo ante el rey de Francia. También vivía en el barrio del Louvre, en la calle Saint-Honoré.

Atravesé el Sena, y en el puente del Change me crucé con un grupo de hombres y mujeres que cantaban: ¡La Cruz de Gastine es nuestra Cruz! / Quien toque la cruz es un sacrílego / Quien invierta la cruz está condenado / La Cruz de Gastine es nuestra Cruz…

¿Era ésta la paz entre protestantes y católicos?

Durante el trayecto sólo había encontrado sospecha, odio y deseos de muerte y guerra.

Había tenido la sensación de que Cristo era un cuerpo entregado

a la locura de los hombres, que pretendían amarlo y se lo disputaban como los chacales hacen con su presa, cada jauría arrancando un trozo de carne, descuartizando así al Dios al que invocaban.

No dejaba de pensar en el rostro del Cristo de los ojos cerrados que había enterrado junto a los restos de Michele Spriano.

¡Comprendí, Señor, tu tristeza e, incluso, tu desesperación!

Y aunque tenía el propósito de vengar a Michele Spriano, y estaba decidido a empuñar la espada contra los herejes que lo habían matado, y contra mi propio hermano, que los había pagado y armado, me preguntaba, abrumado por las dudas, si ser fiel a Cristo no era, en primer lugar, tratar de unir a todos aquellos que creían en él y ganar las almas que ignoraban su doctrina, fuesen infieles o paganos.

Pero no era ésa la finalidad de los hombres en este mundo.

Cada vez que entraba en un pueblo o una ciudad, me preguntaba en nombre de qué religión de Cristo me matarían.

¿Me degollarían honrando al Papa o me quemarían invocando a Calvino?

Por toda la región de Nîmes, que había recorrido bajo un cielo deslumbrante como una hoja de acero, las imágenes de los santos y la Virgen María yacían mutiladas en el suelo, ante las iglesias, cuyos tímpanos esculpidos habían sido destruidos a martillazos.

Muchas de las campanas aparecían volcadas, y cascajos y vigas se amontonaban en medio de la pobre nave saqueada.

Me rodeaban. Me amenazaban.

Los hombres vestían de negro riguroso, con la daga o la espada a la cintura, el arcabuz al hombro; una amplia gorguera almidonada acentuaba la severidad de sus rasgos.

La mayoría de las mujeres llevaban cofia blanca, y vestían trajes oscuros con el cuello abrochado hasta la barbilla.

El pastor, con bonete negro y plano ocultando sus cabellos y una larga túnica cubriendo su cuerpo, me interrogaba.

Como ya había hecho años antes, utilicé mi nombre como un escudo. Yo era Bernard de Thorenc, hermano de Guillaume, uno de los hombres de confianza del almirante Coligny, e hijo de Louis, muerto en San Quintín resistiendo a los españoles.

Sonreían. Me contaban cómo habían derrotado a los papistas, saqueado iglesias, matado a monjes y religiosos, que no eran más que almas corrompidas, seres viciosos y embusteros, usurpadores de la fe de Cristo, buleros panzudos, entregados al desenfreno.

Cuando me proponían participar en su culto y oír sus sermones y sus lecturas de la Biblia, me disculpaba.

Les daba a entender que una misión me reclamaba en París y que tenía que llegar allí cuanto antes.

Me preguntaban si era cierto que estaban preparando la boda de Margarita de Valois, hija de la reina madre, esa bruja, esa envenenadora de Catalina de Médicis, cómplice de los españoles, con Enrique de Navarra-Borbón, príncipe de Bearne, hijo de Juana de Albret, la reina hugonote.

¿Caería en esa trampa? ¿Era el precio que había que pagar para poder rezar al fin como es debido?

Les contestaba con gestos y me alejaba rápidamente.

Tenía prisa por regresar a los caminos, con mis dos caballos por única compañía, a los campos yermos del otoño, bajo el cielo puro y frío.

La soledad me tranquilizaba, aunque salteadores de caminos, asesinos y ladrones de toda clase andaban al acecho. Pero me parecían menos crueles y amenazadores que aquellos hombres de religión que veían a un desconocido no como a alguien a quien había que aflojarle la bolsa llena de escudos, sino como al mismísimo Satanás, a quien había que matar.

Sólo en los caminos, durmiendo en la cavidad de una roca o pagando mi alojamiento en un albergue, o incluso en casa de un campesino, estaba tranquilo. Pero cuando franqueaba un portillo, era presa del temor.

No hubo pueblo a partir de Lyon en que no me preguntasen apuntándome con un arcabuz si era un hugonote, un hereje.

Les relataba la batalla de Lepanto, la guerra que había librado contra el infiel en Malta y la cruzada que había llevado a cabo en Andalucía contra los moros.

Y también les hablaba de la chusma de las galeras y de los baños de Argel.

Al saber que era católico se quedaban tranquilos y apenas me escuchaban, pues su única preocupación era erradicar la herejía.

Yo tenía la misma fe que ellos, pertenecía a su Iglesia. Rezaba con ellos.

Oía al sacerdote clamar en el púlpito que había que matar al hugonote, fuese padre, hermano o hermana. ¡No podía haber piedad para aquel que llevase el germen del Mal!

—Cuando tu hermano —proseguía el sacerdote—, el hijo de tu madre, o tu hijo o tu hija, o tu mujer, a la que estrechas contra tu pecho, o tu amigo, que es tu alma gemela, te tiente para que sirvas a otro Dios, y de otra manera, no lo escuches ni tengas misericordia con él. ¡Mátalo! ¡Tu mano debe ser la primera en darle muerte, y, después, la mano de todo el pueblo!

Y me mostraba la fosa donde habían arrojado los cuerpos de los hugonotes y los de sus hipócritas mujeres, de las que el pueblo se había purgado.

¡Dios mío! ¿Tenemos que matarnos y devorarnos unos a otros en vuestro nombre?

¿Era esto la paz, Señor?

En París, al oír los gritos de la multitud que se apiñaba alrededor de la Cruz de Gastine o en el puente del Change, supe que el Sena, como el mar en Lepanto, se teñiría con la sangre derramada.

3

Cada noche, Señor, desde el año de la masacre de 1572, hace veintisiete años de ello, os imploro que me libréis de mis remordimientos y de mis pesadillas.

Pero nunca habéis querido escucharme.

Me habéis condenado al infierno de las noches sin sueño.

Veo a un hombre en la orilla derecha del Sena, en el barrio de l'École,
cerca de la iglesia de
Saint-Germain-l'Auxerrois.

Lleva a un recién nacido envuelto en unos trapos manchados de sangre, como si fuese un haz de leña.

El hombre camina con el paso lento del leñador que acabase de cortar la leña.

Se detiene y mira a uno de sus compañeros, que, hacha en alto, está todavía manos a la obra.

Ante él se halla una mujer de rodillas, que oculta a un niño entre los senos y sus muslos, como si quisiera devolverlo a sus entrañas.

Pero el hacha cae y un golpe certero divide a madre e hijo en dos partes de color rojo escarlata.

Los leñadores se felicitan y se santiguan.

Miran a su alrededor buscando cuerpos que abatir y arrojar después a ese río del que supe, Señor, desde las primeras horas de mi estancia en París, que acabaría tiñéndose de sangre humana.

No hice nada para impedir que el hacha cayera; al contrario, me mezclé entre la gente, fascinado y horrorizado a un tiempo.

Supongo que por ello, Señor, me habéis condenado al infierno.

Llegué a París en diciembre de 1571, es decir, casi ocho meses antes del domingo 24 de agosto, el día de San Bartolomé, cuando los hombres mataron como si talaran un bosque.

De vuelta al palacio de España, en la calle de Saint-Honoré, donde se alojaba Diego de Sarmiento, enviado de Felipe II a la corte de Francia, me detenía con frecuencia en la iglesia de Sainte-Opportune.

La iglesia se hallaba muy cerca del número 29 de la calle Saint-Denis, donde se elevaba, en la cima de su base de piedra, la Cruz de Gastine.

Yo me arrodillaba entre el pueblo llano.

Desde lo alto del púlpito, en medio de la penumbra rota aquí y allá por la llama amarilla y negra de los cirios, un sacerdote —Sarmiento me había dicho que se llamaba Veron y que había sido inquisidor en España— predicaba.

Cada una de sus palabras caía como un hachazo.

Yo bajaba la cabeza, solo entre todos los fieles que, con los ojos alzados hacia Veron y la boca entreabierta, parecían petrificados por algún sortilegio.

—¡Un hereje, un hugonote, es un árbol podrido que contamina todo el bosque! —clamaba el padre Veron—. Es un lobo que quiere devorar el rebaño. Tiene apariencia de hombre, pero es una criatura del demonio. ¡Quien derribe ese árbol, quien mate a ese cuerpo, purificará el bosque de los creyentes, salvará el rebaño de Dios y castigará al demonio! ¡Oremos! Cantemos a la mayor gloria del Señor.

Muchas veces, salía de la iglesia con la sensación de que se iban a arrojar sobre mí, pues mi actitud y el hecho de abandonar el templo me hacían sospechoso.

¿Parecería yo uno de esos espías hugonotes, un hipócrita, un lobo con piel de cordero que circulaba por París, dispuesto a asesinar?

No había nadie en el reino de Francia que no se considerase un cordero e imaginase que el otro era un lobo.

Por fin, llegué a la embajada de España.

Me recibió el embajador de Felipe II, el conde Rodrigo de Cabezón, a quien yo había conocido en Valladolid, y me condujo a presencia de Diego de Sarmiento, de Enguerrand de Mons y del padre Verdini, sentados ante la chimenea cuyas llamas iluminaban la estancia artesonada.

Había compartido con ellos tantos momentos de mi vida que adivinaban mi turbación, y una pregunta de cualquiera de ellos bastaba para que yo adquiriese confianza.

Yo estaba inquieto con lo que podría suceder. ¿Qué haría el pueblo llano al oír los sermones del padre Veron? Se habían reunido en las inmediaciones de la Cruz de Gastine, habían provocado a los soldados del rey y ya había empezado el saqueo de tiendas; habían intentado quemar las casas de los hugonotes ubicadas en el puente de Notre Dame, así como la casa conocida como el Marteau d'Or.

El padre Verdini, con las manos cruzadas delante de la boca y la cabeza inclinada, guardaba silencio.

Hacía sólo unos días que había llegado a París, enviado por Su Santidad Pío V, para intentar impedir el funesto matrimonio que Catalina de Médicis había acordado entre su hija Margarita de Valois y el rey de Navarra, el hugonote Enrique el Bearnés, Borbón por su ascendencia y miembro de una de las familias reinantes en Francia.

Sarmiento estaba indignado.

Paseaba por la estancia, con los brazos cruzados en el pecho y las manos aferradas a los hombros. Me parecía estar viendo un amasijo de músculos y de cólera que, de vez en cuando, se paralizaba, nos miraba y tendía los brazos hacia el padre Verdini o hacia Enguerrand de Mons, poniéndolos como testigos. Luego, cruzaba los brazos de nuevo y describía un círculo a mi alrededor como si quisiese encerrarme en él e impedir que huyese de sus palabras, que me asestaba con tono terminante.

Nadie, decía, excepto él mismo y el soberano de España, a quien enviaba todos los días un correo, medía el alcance del complot que se estaba tramando aquí, en la corte de Francia, contra España y la Santa Iglesia.

Si los conspiradores hugonotes vencían, el reino corría peligro de caer en la herejía, como el de Inglaterra.

La reina madre, la italiana, la Médicis, no era más que una corruptora rodeada de italianos, los Strozzi, los Gondi, a quienes había hecho príncipes. Unos eran asesinos a sueldo; otros, perfumistas expertos en pócimas que mataban con solo aspirarlas.

A la reina madre sólo le interesaba el porvenir de sus hijos. Era una auténtica loba que olfateaba lo que convenía a su progenie, desconfiando de todos, pero tratando de seducir a Felipe II y a los jefes protestantes, al almirante Coligny y a Guillaume de Thorenc.

—¡Sí…!

Sarmiento se encaraba conmigo y repetía:

—¡Sí, Guillaume de Thorenc, tu hermano!

La reina utilizaba a herejes o a buenos católicos para sus fines. Se había empeñado en casar a su hija Margarita con Enrique de Navarra. Ésa era su ambición actual. Con tal fin, se había reconciliado con Coligny. Lo había halagado y le había entregado, a él, un hereje, parte de los bienes que pertenecían a la Santa Madre Iglesia, doscientas mil libras de renta y además una recompensa de ciento cincuenta mil libras. Así obraba: se las daba de ferviente católica y proclamaba que quería restablecer la paz entre sus súbditos, fuesen protestantes o perteneciesen a la religión verdadera. No le preocupaban ni el Bien ni el Mal, ni Dios ni el demonio. Sólo defendía sus intereses.

Sarmiento había elevado el tono de voz y mantenía un brazo en alto.

—Coligny ha entrado en el Consejo del rey. Y ese libertino, ese descreído, ¡ese hereje!, ha engatusado a Carlos IX con sus lisonjas, con sus razonamientos de bufón. ¿Sabéis qué pretende? Que el monarca envíe un ejército a los Países Bajos para lanzar contra nosotros a los mendigos del mar, esos herejes de Guillaume de Orange. Y el pobre Carlos IX le hace caso, se deja seducir, y su madre no dice ni pío, porque está ocupada con ese matrimonio. ¡Quiere Navarra y Bearn!

Sarmiento se había sentado de nuevo y se había puesto a remover las brasas en el hogar. Ése era, había añadido, el complot. El padre Veron tenía razón. El lobo hugonote ya estaba en la majada y el árbol podrido en el monte.

—¡O ellos o nosotros! —concluyó Sarmiento, dando una patada a los leños, que se cayeron, despidiendo infinidad de chispas.

Lo escuché, Dios mío, y me convenció. ¿Acaso no había ido allí para vengar a Michele Spriano?

Enguerrand de Mons me comunicó que la tropa de Jean Baptiste

Colliard, pagada por Guillaume de Thorenc y uno de cuyos integrantes era el asesino de Michele Spriano, había dejado la Torre del Castro para trasladarse a París.

—Vienen todos —murmuró Sarmiento.

Toda la canalla satánica de Nîmes, de Montauban, de Pau, de La Rochelle empezaba a deambular por las calles de París, a reunirse en la calle Bétisy y en el palacete de Ponthieu, donde vivía el almirante Coligny.

—¡Ya se ven vencedores! ¡Reclaman su parte! Lo conseguido por Coligny les ha abierto el apetito. Esperarán a que se haya celebrado la boda entre Margarita y Enrique de Navarra para asesinar a los católicos y comenzar la guerra contra España invadiendo los Países Bajos.

Sarmiento soltó una sonora carcajada.

—¡No conocen al duque de Alba! ¡Y tampoco saben que yo puedo ser tan buen conspirador como ellos!

El padre Verdini se santiguó y añadió, con un hilo de voz, que Su Santidad Pío V rezaba para que Dios iluminase al Cristianísimo rey, Carlos IX, y le impidiese hacer la guerra al rey católico. España y Felipe II eran el escudo y la espada de la Iglesia. Y el Papa se atormentaba con la idea de un matrimonio entre una católica y un hugonote.

—No habrá tal boda —decretó Sarmiento, levantándose—, a no ser que Enrique de Navarra reniegue de su religión herética y vuelva al seno de la Santa Madre Iglesia.

Pero ¿se puede confiar en un renegado?

Se había puesto a andar otra vez por toda la estancia, hablando con desprecio de Catalina de Médicis, de sus hijos y de Margarita de Valois.

Carlos IX, por mucho rey que fuese, sólo era un juguete en manos de aduladores como Coligny o Guillaume de Thorenc. Pero, a la larga, era su madre quien lo manejaba, era a ella a quien había que convencer, asustar o, incluso, comprar. Habría que prometerle una buena y sólida alianza que aseguraría el porvenir y la riqueza a sus hijos.

—¡No es más que una italiana, descendiente de unos mercachifles de Florencia! ¡Nadie! —concluyó Sarmiento.

En cuanto a sus otros dos hijos, Enrique de Anjou y Francisco de Alençon, Catalina de Médicis los utilizaba para provocar los celos de Carlos IX, y que éste se plegase a sus deseos.

Simples marionetas. Enrique de Anjou se vestía como una mujer, con turbantes, perendengues, anillos, collares y zarcillos. Le rizaban el pelo y lo empolvaban a todas horas, y cambiaba de indumentaria varias veces al día. No se sabía muy bien a qué sexo pertenecía, pero a su alrededor siempre revoloteaban favoritos que decía amar y que se consagraban a él en cuerpo y alma.

El otro hijo, Francisco de Alençon, intentaba imponerse a sus dos hermanos mayores, y estaba dispuesto a pactar con el diablo, con los hugonotes, con los ingleses e incluso —Sarmiento había sonreído— ¡con los españoles!

En cuanto a Margarita, se ceñía el talle para parecer más deseable, y cubría su rostro con tantos afeites, cremas y ungüentos que no se sabía exactamente cómo eran sus rasgos.

—Ésa es la corte de Francia —dijo Sarmiento, poniendo las manos sobre mis hombros—. Debemos estar alerta si no queremos que los hugonotes amarren a esos príncipes fútiles, a esas reinas corrompidas, al banco de la chusma, como hicieron los berberiscos con muchos cristianos. Nosotros sabemos lo que se puede obtener de los hombres…

Sarmiento sabía que yo conservaba, en mi cuerpo y en mi memoria, las cicatrices de mi servidumbre.

Bajé la cabeza.

Estaba de acuerdo con él.

—Sólo podemos contar con la familia de los Guisa —prosiguió Sarmiento—. Son tan ambiciosos como los hugonotes, pero están con nosotros. Entre ellos y los herejes, entre Enrique de Guisa el Acuchillado y el almirante Coligny, no es posible la paz. El reino de Francia se resquebraja como un tronco golpeado por el hacha.

¡Dios mío! ¡No sabía Diego de Sarmiento hasta qué punto tenía razón!

4

Vi a Diego de Sarmiento al frente de los que descargarían el hacha que iba a dividir Francia, contratándolos, azuzándolos y pagándoles por ello.

Lo descubrí muchas veces, al cruzar el patio del palacete en el que se alojaba, celebrando conciliábulos con hombres cubiertos por amplias capas, que ocultaban sus rostros con sombreros calados hasta las cejas. Sus manos enguantadas no soltaban en ningún momento la empuñadura de sus espadas o dagas, y si, al aproximarme yo, se volvían bruscamente y sus capas se abrían un poco, adivinaba las culatas de las pistolas o el cañón de un arcabuz.

Al verme, Diego de Sarmiento se interrumpía, dubitativo, pero me invitaba a unirme a él. Y en cuanto a mí, la curiosidad o la sumisión podían más que el temor y la repulsión.

Me abría paso entre aquellos hombres, hasta llegar junto a Sarmiento.

Se apartaban de mala gana, y me observaban sin que yo me atreviese a cruzar mi mirada con las suyas.

Tal vez sabían que yo era el hermano de Guillaume de Thorenc, el hereje, compañero del almirante Coligny, antiguo embajador del rey Carlos IX ante el sultán. Bastaría un solo gesto de Sarmiento para que me apuñalasen, me degollasen allí mismo si con matar al católico podían herir mejor al hugonote.

Y los creía muy capaces de ello, pues no había nada en su actitud que indicase que fuesen gentileshombres dispuestos a batirse en duelo para dirimir su honor ni a practicar la guerra franca y con reglas.

Eran hombres de emboscada. Asesinos.

Los llamé los «siniestros», y Sarmiento me dijo que la mayoría pertenecían a los Guisa, a Enrique el Acuchillado y a su hermano Louis, el cardenal de Lorena, que estaban sedientos de poder y

deseosos de vengarse de Coligny, a quien acusaban de haber ordenado el asesinato de su padre, Francisco, duque de Guisa.

—Esos hombres también están conmigo —añadió Diego de Sarmiento—. Les pago. Son fieles a quien les da los ducados. Y como saben que también pago a Enrique y a Luis de Guisa… ¡Soy su verdadero amo!

Al cabo de los días, fui aprendiendo sus nombres. Diego de Sarmiento los pronunciaba con el mismo tono con que un cazador llama a sus perros.

Maurevert era uno de ellos. Había matado por orden del rey, de Catalina de Médicis y de Enrique de Guisa. Era un hombre alto y delgado que caminaba encogido, como si quisiese esconderse, lo que destacaba todavía más su silueta curva, con la cabeza metida entre los hombros, avanzando con las piernas medio dobladas, como un lobo al acecho.

También conocí a Keller, un mercenario suizo, espía de Diego de Sarmiento en el palacio de Ponthieu, residencia del almirante Coligny.

Tan parco en palabras era el suizo como bocazas Luigi Bianchi, el italiano. Este «perfumista», es decir, este envenenador, sólo acudía al palacete de España para informar a Catalina de Médicis.

—Lo sé —me había dicho Sarmiento—. Y él sabe que lo mataré si le confía a la reina madre el menor secreto. Y, como yo pago mejor, espía para mí a quien lo envía aquí a espiarme.

Sarmiento reía con la boca abierta, que dejaba ver sus dientes de carnicero. Le gustaba juntarse con esa jauría, a la que unas veces excitaba y otras contenía, alimentándola con oro y promesas, asegurándoles que el día de mañana tendrían que matar, para limpiar París de todos aquellos hidalgüelos hugonotes que pululaban por las orillas del Sena.

—¡El diablo está en sus cabezas! —repetía una y otra vez—. Les cortaremos el cuello.

Los espadachines Maraval, Lachenières, Guitard, Ruquier, Demouchy, secuaces de Maurevert, asentían, haciendo ademán de sacar sus espadas, e inclinaban la cabeza. Estaban preparados.

Me imaginaba sus manos crispadas en el hacha.

Uno de sus primeros golpes lo asestaron a finales de diciembre de

1571.

Aquel día —sin duda el 20 de ese mes, un año antes de la masacre— el frío era tan intenso que el Sena arrastraba trozos de hielo que iban a detenerse contra los postes del puente de Notre-Dame.

Crucé el puente para ir al palacete de los españoles.

Oí gritos y cantos, el barullo que hace la gente del común cuando se juntan y se transforman en una horda de bárbaros.

Los vi avanzar y, en medio de ellos, como vaqueros empujando el ganado, reconocí a unos cuantos «siniestros»; no eran Keller ni Maurevert, sino unos espadachines encargados de trabajos menores.

A la cabeza del cortejo iba el padre Veron.

A él también lo había visto los últimos días entrando en la residencia de Sarmiento.

Calvo, con el rostro macilento, los ojos muy hundidos en sus órbitas, era más alto que Maurevert y, al contrario que éste, iba erguido cual mascarón de proa, como si quisiese que lo viese todo el mundo.

Al verlo con los brazos levantados, al frente de toda aquella muchedumbre, recordé que la tarde anterior me lo había encontrado en la escalinata del palacete y pareció que no me veía, mascullando y bajando los escalones que dan al patio a grandes zancadas.

Y ahora estaba allí, vociferando, gritando que los hombres que seguían a Dios debían sacar sus largos cuchillos para hacer justicia y matar a aquellos lobos herejes ante los cuales el rey en persona —¡que se ande con cuidado!— acababa de arrodillarse, él, el Cristianísimo, dando a Coligny, a Thorenc, a esa chusma hugonote, lo que querían: la destrucción de la Cruz de Gastine, «¡nuestra Cruz, la que afirma que la justicia de Dios se ha cumplido, que los cuerpos impíos han sido castigados!».

Poco después, vi a Maurevert siguiendo el cortejo a distancia, rodeado por algunos «siniestros» que yo no conocía.

En el número 29 de la calle de Saint-Denis, la base y la cruz de piedra habían desaparecido, destruidas sin duda durante la noche por orden del rey, en cumplimiento de una cláusula del tratado de paz de Saint-Germain con los hugonotes.

Pero la gente del pueblo, dirigida por el padre Veron y los asesinos a sueldo de Sarmiento, daba rienda suelta a su cólera, furiosa porque el rey hubiese capitulado ante los herejes.

Un día, Sarmiento me dijo:

—Carlos IX y Catalina de Médicis creen que van a poder reinar en paz porque han cedido ante los hugonotes. ¡No conocen a esos herejes! Coligny mitiga la desconfianza de Carlos y promete a Catalina que, gracias a ella y a su hijo, se establecerá ¡un reino de amor! Y la reina madre actúa como si ello fuese posible. ¿Lo cree verdaderamente?

Sacudió la cabeza y se rió, en silencio.

—¿Cómo puede ser tan ingenua una italiana tan taimada?

Seguí el cortejo.

Vi a los «siniestros» empujando a la multitud hasta una casa en el puente de Notre-Dame y, poco después, estallaba el fuego y las llamas lamían toda la fachada.

La muchedumbre chillaba y, en las callejuelas que desembocan en el muelle, vi a los tenderos cerrando los postigos mientras grupos de gente se abalanzaban a los edificios y comercios, destrozando puertas y saqueando, sin importarles en absoluto si sus dueños eran católicos o protestantes.

Había que entregarse al pillaje para satisfacer a las hordas.

Volví atrás, atraído por las llamas que iluminaban el puente, mientras la muchedumbre empezaba a dispersarse.

El preboste de los comerciantes había llegado al lugar. Su tropa había disparado un arcabuzazo y habían apresado a algunos alborotadores.

Vi a uno de ellos, gesticulando; lo arrastraron hasta un portillo y le pasaron una cuerda alrededor del cuello; luego ataron ésta a una polea y tiraron del hombre, que se agitó durante unos segundos. Después, tras sufrir un espasmo, se inmovilizó.

Y en el puente de Notre-Dame reinó de nuevo el silencio. La muchedumbre había desaparecido.

De repente, la puerta de la casa que habían intentado incendiar se abrió, y de ella salieron unos hombres armados con arcabuces y pistolas, luciendo la ridícula indumentaria de los hugonotes.

Cuando me vieron solo en medio del puente, se quedaron quietos, y uno de ellos me apuntó con su arma.

No me atreví ni a respirar.

Acababa de distinguir en la penumbra de la entrada una silueta de mujer, y la emoción me hizo estremecer. Primero reconocí sus rubios cabellos sueltos y, después, sus rasgos, bajo la claridad del día.

—¡Aléjate! —me gritó el hombre—. ¡Seas quien seas, sigue tu camino o te mando al infierno!

La joven dio unos pasos, rodeada por sus guardianes.

Ahora me parecía más bella que cuando la había visto por primera vez a unas calles de allí, en el palacete de Ponthieu, en compañía de su hermano Robert de Buisson, el corsario de La Rochelle que me había permitido huir del presidio de Argel.

Recordé el instante en que, durante el funesto torneo en que una lanza se clavó en la cabeza del rey Enrique II, Anne de Buisson se había desmayado y yo la había cogido en brazos.

La había acompañado hasta su residencia, en la esquina de la calle del Arbre-Sec y Bétisy, en el palacio de Ponthieu, donde se alojaba el almirante Coligny y donde hoy se reunían los hugonotes de su secta.

Años más tarde, en España, siendo la joven una de las doncellas de Isabelle de Valois, yo le había aconsejado que abandonase el país, pues, a pesar de que su ama era la esposa de Felipe II, no habría podido protegerla del odio que allí profesaban a los herejes.

«¡Marchaos, marchaos!», la había exhortado yo.

Quizás le salvé la vida.

Y volví a encontrarla, no con el vestido azul claro que yo recordaba como si siempre la hubiese visto así vestida, envuelta en tonos suaves que realzaban todavía más el rubio de sus cabellos, sino embutida en unas ropas de color negro, como sus guardianes.

Bajé la cabeza y retrocedí unos pasos, apoyándome en la balaustrada del puente.

Anne de Buisson levantó la mano y tapó con ella el cañón del arcabuz, haciendo fuerza, lo que obligó al hombre a bajar el arma.

Después, la joven vino a mi encuentro y volví a verla como antaño, rodeada de un halo claro, azul y dorado.

5

Amé a Anne de Buisson.

Y gracias a vos, Señor, en aquellos tiempos sombríos, en aquella época de sangre y crueldad, tuve el privilegio de no conocer sólo el odio y el deseo de matar.

Al ver a Anne de Buisson en su casa, la casa del puente de Notre-Dame, me parecía que vos habíais querido, poniéndola de nuevo en mi camino, recordarme que sea cual fuere la religión que profesen, el hombre y la mujer son, por encima de todo, criaturas vuestras; aun cuando la desviación hereje los ciegue y sirvan al demonio, siguen siendo tus hijos.

Así meditaba mientras, de pie, junto al sillón en el que se sentaba Anne de Buisson, veía su nuca bajo los hilos de oro de sus cabellos. Rodeé sus hombros con mis brazos.

Poco me importaba en aquellos días que fuese mi enemiga, o que quisiese convertirme a la religión de su secta con versículos de la Biblia, o que me confiase que como doncella de Catalina de Médicis que era sabía muy bien que la reina madre no aceptaría jamás que el almirante Coligny arrastrase al reino de Francia a una guerra contra España, o que incluso ayudase a los mendigos del mar de los Países Bajos en guerra contra los ejércitos del duque de Alba.

Catalina de Médicis deseaba la reconciliación de hugonotes y papistas, no porque respetase la religión y los proyectos de estos últimos, sino porque quería la paz entre los súbditos de su hijo Carlos IX. Sólo velaba por los intereses del rey, dispuesta un día a acercarse al bando que fuese más útil a sus propósitos y, al día siguiente, al bando contrario.

—Me necesita —añadía Anne de Buisson—. Me presenta a los enviados de Enrique de Navarra diciéndoles: «¿Veis a la bella hugonote que he elegido como doncella? Así comprenderéis mi anhelo, mi política. Quiero un reino de concordia y amor, y por ello

deseo que mi hija Margarita de Valois, fiel de la justa religión católica, se case con Enrique, rey protestante de Navarra».

Anne de Buisson se dio la vuelta y me miró.

Me gustaba su frente arqueada, la perfección de sus rasgos apenas esbozados por unas facciones suaves y la mirada aterciopelada de sus ojos azules.

Ardía en deseos de inclinarme y besar su cuello y, luego, sus labios.

Apoyé la mano en el respaldo del sillón, rozando su hombro. El calor de su cuerpo penetraba poco a poco en el mío y me estremecía.

¿Sentía ella la misma emoción, el mismo deseo?

Primero lo creía y después pensaba que sólo era un viejo que le doblaba la edad, y que si le proponía —como había tenido intención de hacerlo tantas veces— tomarla como esposa ante Dios y retirarnos a la Torre del Castro y ver allí nacer a nuestros hijos, Anne de Buisson se burlaría de mí.

¿No es dando vida a hijos legítimos el mejor modo de honraros, Señor?

Alguna vez me atrevía a decirle que el matrimonio anunciado entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra, ese gran negocio del que hablaban unos con indignación, otros felicitándose y otros tildándolo de acto de locura demente que liberaría todos los demonios, debía ser imitado en todo el reino. Si llegaban a formarse muchas parejas a imagen y semejanza del matrimonio real, se restablecería la unidad de los cristianos y se alcanzaría la paz.

¿No era eso lo que querían Catalina de Médicis y Carlos IX?

Anne de Buisson me miró largamente, luego se levantó y fue hasta las altos ventanales que daban al puente de Notre-Dame.

—Cada cual cree en su religión —empezó—. Sólo hay un Dios verdadero.

Conocía bien a Margarita de Valois. La hija de Catalina de Médicis no era mujer que renunciase a su fe. Y ella, Anne de Buisson, tampoco renegaría de la suya.

—Y los gentileshombres próximos al almirante Coligny, a mi hermano Robert o al tuyo tampoco lo harán.

Bajó la cabeza e hizo un mohín con la boca.

—Es así. Tal vez sea necesario que la sangre corra ante nuestras puertas, por las calles de nuestros pueblos, y que cada bando luche como en un torneo. Dios hará su elección.

Yo estaba en un lado de la liza, y Anne de Buisson, con los suyos, en el otro extremo del palenque, frente a mí.

Fue así como descubrí que tanto en el palacete de Ponthieu como en la casa del puente de Notre-Dame estaban decididos a ver correr la sangre, lo mismo que en el palacio de los españoles.

Cuando me vio en compañía de su hermana, Robert de Buisson primero me recibió alborozado y ambos nos dimos un abrazo con el mismo entusiasmo. Pero luego puso sus manos sobre mis hombros con las extremidades extendidas y me mantuvo a distancia.

—¿Seguís siendo español? ¿Pertenecéis a esa banda de asesinos que se reúne en el palacio de los españoles y que sólo quiere matarnos?

Mi silencio era una respuesta y Robert retiró las manos, retrocediendo unos pasos.

—Entonces estáis en el campo de Diego de Sarmiento, junto a Enguerrand de Mons, que ha perdido la cabeza. Ya no es el hombre que conocí en Malta. ¡Quiere pasarnos a cuchillo como en un sacrificio, porque no puede matar a todos los infieles y arrancar a su hermana de sus garras! No es un súbdito del rey de Francia, sino el servidor de su orden, igual que vos, que os habéis convertido en cortesano del rey de España, cosa que me aflige.

Algunos gentileshombres con las manos aferradas a las empuñaduras de sus espadas me habían rodeado.

Estaban perplejos, y adoptaban un tono desdeñoso, despectivo, incluso. ¿Cómo era posible que yo, el hermano de Guillaume de Thorenc, hijo de Louis de Thorenc, caído por la causa hugonote, me deshonrase, me condenase junto a esos matones españoles e italianos, gente de los Guisa que sólo eran salteadores de caminos y soñaban con una nueva masacre de inocentes? Y para ello, agitaban al pueblo contra las decisiones del rey. Eran ellos quienes habían azuzado a la muchedumbre para que prendiese fuego a la casa.

—¿Tanto deseáis la muerte de mi noble y gentil hermana? —remachó Robert de Buisson.

Escuché sus palabras. Abrían la fosa que me separaba de Anne. Pertenecía a un bando que ellos odiaban y tenían intención de masacrar.

Me aseguraban que la milicia de París, a las órdenes del preboste, estaba dispuesta a matar a todos aquéllos a quienes los predicadores como el padre Veron, los españoles o la gente de los Guisa señalasen como herejes.

—No quieren la paz, quieren degollar a los hugonotes, es lo que dicen —repitió Robert de Buisson, colocándose detrás del sillón donde estaba sentada su hermana y apoyando las manos en sus hombros como si quisiese mostrarme que era a ella a quien degollarían, que era a ella a quien él protegía y que era en ella en quien debía yo pensar y, por ella, tenía que elegir.

—¿Sabéis qué cantan en la milicia parisina? —proseguía Robert de Buisson—. Pues escuchad:

«Vivan nuestros capitanes.
Vivan sus corazas nuevas,
las más doradas y bellas
que bajo las capas llevan.

Con esos fajines rojos
que todos quieren llevar,
a todos los hugonotes
los vamos a degollar».

Su voz temblaba por el odio y la cólera.

Los gentileshombres —Blanzac, Pardaillan, Tomanges, Séguret y algunos más— que se apretujaban en el cuarto llevaban sus manos a las espadas, repitiendo cada vez más alto: «¡Que vengan, y ya veremos quién degüella a quién!».

—¡Empecemos antes de que empiecen ellos! —exclamó Séguret.

Séguret parecía uno de los matones de los Guisa. Caminaba igual que Maurevert, como un lobo acechando a su presa.

Jugando con la espada, que sacaba y guardaba alternativamente en su funda, me confió que había combatido a los papistas junto a Jean Baptiste Colliard, el capitán de la guardia de Guillaume de Thorenc.

Le sostuve la mirada y respondí, recalcando cada palabra, que Colliard era un asesino al que haría pagar caro cada uno de sus crímenes.

Séguret dio un paso hacia mí y los demás gentileshombres me rodearon. Sin duda, habían oído o adivinado mis palabras.

—El bueno de Thorenc —añadió Séguret— quiere llegar a las manos con Colliard, a quien acusa…

—¡Es un asesino! —lo interrumpí, desenvainando mi espada y pegándome a la puerta.

—¡Español! —me insultó Séguret.

Anne y Robert de Buisson se interpusieron, pidiendo a Séguret y a los demás gentileshombres que abandonasen la casa.

Cuando pasaron a mi lado, cada uno de ellos con una frase, una mirada o un gesto, expresó su odio y su intención de matarme.

Al quedarnos solos, Robert de Buisson y yo nos pusimos a pasear por toda la pieza; después, nos detuvimos delante de su hermana, que permanecía sentada, primero uno y luego otro, como si esperásemos que pronunciase su veredicto.

—¿Sabéis —empezó Robert de Buisson— qué dijo Carlos IX esta misma mañana cuando se enteró de que la multitud estaba indignada por la destrucción de la Cruz de Gastine? Juró que antes de dos años, Dios mediante, mandaría erigir en el reino de Francia más de diez mil cruces como la de Gastine, que había tenido que derribar para que los hugonotes cayesen en la trampa, y así acabar mejor con ellos. ¡Eso es lo que piensa el rey mientras finge respetar sus promesas y dejarnos libres para rezar y honrar a Dios como queramos!

Miré a Anne de Buisson.

¡Estaba tan cerca de mí! Bastaba con que acercase un poco la mano para acariciar su rostro, y un paso habría sido suficiente para estrechar su cuerpo contra el mío, como deseaba.

Y, sin embargo, estaba muy lejos, en la otra orilla de un río que, pronto —lo presentía—, se teñiría de sangre.

6

Desde que había vuelto a ver a Anne de Buisson vivía como un hombre dividido. Mi razón iba por un lado y mi corazón por el otro.

Consideraba que la guerra entre hugonotes y católicos era inevitable; pero también albergaba la esperanza de que si hubiera tenido una relación amorosa con la joven, tal vez la paz sería posible.

Y una rabia sorda me ahogaba cuando el padre Veron, en el palacio de los españoles donde me alojaba, clamaba con voz exaltada que había que impedir a toda costa el matrimonio de Margarita de Valois y Enrique de Navarra, que yo pensaba que podía prefigurar el mío.

La unión entre una princesa católica y un rey hugonote era, en palabras del padre Veron, un «apareamiento execrable», al que el Papa se había opuesto y al que «jamás —aseguraba el sacerdote— daría su consentimiento».

Diego de Sarmiento añadía que había enviado las cartas del soberano de España al rey Carlos IX y a su hermano Enrique de Anjou, exhortándolos a convencer a su madre, Catalina de Médicis, de que renunciase a su diabólico proyecto. Un proyecto —añadía Diego de Sarmiento— «más funesto para Francia que para España», que se sentiría más fuerte si Francia se dividía, pues, a fin de cuentas, ¡mientras se matasen entre ellos, daba igual que los franceses no quisiesen aliarse con los buenos católicos de Felipe II!

Pero había que hacer lo imposible para que esa boda no se llevase a cabo. El general de los jesuitas, Francisco de Borja, recién llegado de su castillo de Blois, había pedido audiencia al rey Carlos IX y a la Reina madre para expresarles su indignación porque se diese en matrimonio a una ferviente católica como Margarita al rey de Navarra, ese secuaz de la herejía.

Yo salía del palacete de España temblando de ira y desesperación, y

caminaba hacia la casa del puente de Notre-Dame. Recordaba las palabras de Robert de Buisson o de Séguret, tan enconadas como las del padre Veron.

Robert de Buisson se enfurecía ante la idea de que en una familia protestante de sangre real, como la de Navarra-Borbón, pretendiesen que entrase Margarita de Valois, ¡una desvergonzada y una libertina! En Blois, Margarita acudía a cuanta fiesta galante se celebrase, fiestas durante las cuales las mujeres se despechugaban y todos bailaban hasta caer rendidos. Allí habían visto a Carlos IX, con el rostro tiznado de hollín, representando el papel de un hombre de allende los mares, o, lo que era todavía peor, él, el rey de Francia, caminando a cuatro patas, ensillado como un caballo con silla de montar y cinchas, ¡pidiendo a las mujeres que lo montasen!

¡No eran juegos dignos de buenos cristianos! ¡¿Pero desde cuándo lo eran los católicos?!

Bajé la cabeza. Anne de Buisson escuchaba, inmóvil, vestida de negro. Parecía no oírme, no verme.

Y, sin embargo, durante los meses anteriores a la matanza del 24 de agosto de 1572, la noche de San Bartolomé, no hubo un solo día en que no pensase en ella y no intentase verla pese a que los gentileshombres hugonotes me habían prohibido la entrada en la casa.

Caminaba por el puente de Notre-Dame como lo haría un espía de los Guisa, un español de Diego de Sarmiento.

Me fijaba en las incesantes idas y venidas de la casa. El almirante Coligny, rodeado por sus guardias de corps, visitaba a Anne, que lo acompañaba hasta la escalinata. Vi al príncipe Condé, y a otros nobles hugonotes que parecían acudir allí a hacerle la corte, y me consumía de celos. Pero acaso fuese a Robert de Buisson a quien visitaban, para organizar el complot del que hablaba constantemente Diego de Sarmiento, cuyo fin era apoderarse del cuerpo y el alma del rey Carlos IX para obligarlo a hacerle la guerra a España y apoyar el matrimonio entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra.

Dios mío, los tiempos que hemos vivido —y los que vivimos todavía— son una maraña de proyectos entremezclados, ¡una

madeja de hilos inextricable!

Quienes los tejían y enlazaban sólo querían poner obstáculos para maniatar y asesinar a sus enemigos.

No había lugar para quienes, como yo, querían tender la mano hacia la otra orilla.

Yo lo sabía y, sin embargo, no renunciaba a ello.

Un día de invierno, frío y ventoso, Séguret, Blanzac, Pardaillan, Tomanges y otros asesinos hugonotes salieron de la casa y vinieron hacia mí. Entre ellos estaba Jean Baptiste Colliard, daga y espada en mano.

Venía a matarme.

Desenvainé la espada y cruzamos nuestras armas.

Séguret me apuntó con su arcabuz. No era un duelo leal, sino una emboscada de espadachines.

Pedí auxilio a gritos: «¡Los de la secta hugonote quieren asesinar a un buen católico!».

Estábamos en el puente de Notre-Dame, yo andando hacia atrás, dando estocadas a diestro y siniestro y saltando en zigzag para esquivar el arcabuz con el que me amenazaba Séguret.

Poco a poco, a mi alrededor se congregó un grupo de gente que empezó a arrojar piedras contra los hugonotes, gritando: «¡Fuera, fuera, los enemigos de Dios! ¡Largo de París! ¡Al infierno con los seguidores del demonio! ¡A Montfaucon con los almirantistas de Coligny! ¡Que los cuelguen en Montfaucon! ¡Muerte a la hueste hugonote!».

En París, la gente del pueblo odiaba a los hugonotes. Los matones empezaron a retirarse hacia la casa de Anne de Buisson, cuando de repente, Séguret, desde una ventana, disparó sobre la multitud, que se dispersó. Pero al cabo de un rato, volvió un grupo más numeroso armado de picas, hachas, enarbolando antorchas, prendiendo fuego a su paso, saqueando los puestos, mientras los hombres de la milicia del preboste se apostaban ante la casa de Anne de Buisson para protegerla.

Los gritos se multiplicaban. ¿De qué lado estaban el rey y el preboste, que lo mismo derribaban la Cruz de Gastine que hacían prisioneros a los buenos católicos? ¿Para qué servía un soberano que había firmado la paz de Saint-Germain con los herejes y quería

casar a su hermana con un rey hugonote?

Los milicianos atacaron y cogieron a dos amotinados que pronto fueron ahorcados delante de la casa de Anne de Buisson.

Me estremecí de horror.

Era como si hubiesen elegido a Anne de Buisson para vengarse del pueblo, como si colgar a aquellos hombres fuese un crimen de los herejes.

De hecho, unos días más tarde, unos cuantos amotinados incendiaron la casa y algunos de ellos fueron ahorcados en la plaza de Grève.

Me enteré de que Anne de Buisson se había refugiado en el número 7 de la calle del Arbre-Sec. Vivía allí con su hermano.

Diego de Sarmiento me aseguró que Robert de Buisson se había puesto al mando de la guardia del almirante Coligny.

Recorrí la calle del Arbre-Sec, que daba a la calle Bétisy, en cuya esquina se encontraba el palacete de Ponthieu. A la entrada se exhibían, dando voces, arrogantes y fatuos, los gentileshombres hugonotes.

Al ver entre ellos los rostros de Séguret y de Jean Baptiste Colliard, supe que no estaba en su bando.

Yo estaba en la otra orilla.

7

Entré en el patio del palacio de los españoles.

Aquélla era mi «orilla», mi bando.

Ahora reconocí a todos aquellos «hombres siniestros»; Maurevert habló, rodeado por sus espadachines, Maraval, Guitard, Lachenières, Demouchy y otros, de los que Sarmiento me informó que eran del bando de Enrique el Acuchillado, el duque de Guisa, y su hermano Louis, el cardenal de Lorena. Aquella primavera de 1572, en la gran estancia soleada, volví a encontrar en compañía de Sarmiento a Keller, quien, tras dar muchas vueltas para asegurarse de que no lo seguían, venía del palacio de Ponthieu. Hablaba en susurros, como si temiese ser oído, y tuvimos que acercarnos a él.

Contó que Juana de Albret, la madre de Enrique de Navarra, esa loca hugonote, reina de Navarra, acababa de morir, tal vez envenenada por uno de los «perfumistas» de Catalina de Médicis.

Las sospechas recaían en Luigi Bianchi, que negaba, con una sonrisa dibujada en los labios. En realidad, añadió, él no era el único, entre la gente de confianza de Catalina, que conocía los secretos de las mezclas de perfumes y veneno. En el Louvre, los más allegados a la reina madre y Carlos IX aseguraban que un florentino, un tal Renato, había impregnado los guantes de Juana de Albret con el contenido de tres frascos. Poco después de enfundarse los guantes, la reina de Navarra se había puesto a vomitar. La llevaron a su alcoba y la acostaron. Tenía el cuerpo hinchado y violáceo, y ya no se había vuelto a levantar.

Pero no eran más que rumores. Juana de Albret estaba enferma desde hacía mucho tiempo, y su muerte pudo deberse, según los médicos, a un tumor del tamaño de un puño alojado en sus pulmones, que la habría asfixiado.

Sarmiento levantó la mano. Eso poco importaba. No había motivos para felicitarse por la muerte de la reina de Navarra. Ahora, Catalina de Médicis tendría el camino expedito para casar a su hija con Enrique el hugonote. Y eso no era lo más grave.

Sarmiento iba y venía por la pieza, y Enguerrand de Mons, el padre Verdini y el padre Veron lo seguían, con las cabezas inclinadas hacia él para así oírlo mejor. Decía que tres mil caballeros hugonotes y cinco mil mercenarios alemanes estaban en camino hacia los Países Bajos para ayudar a los mendigos del mar de Guillaume de Orange.

—Coligny —prosiguió, volviéndose hacia Keller— ha conseguido la aprobación del rey.

Keller asentía, precisando que Carlos IX había declarado que quería oponerse «lo más hábilmente posible a la grandeza de los españoles».

—La conspiración hugonote —concluyó Sarmiento— pretende quebrar el poder de España, aprovechándose de la ambición del rey de Francia, y Catalina de Médicis se presta a esas maquinaciones.

Yo escuché y luego me alejé unos pasos. Oí todavía al padre Verdini decir que había recibido un correo de Roma. Gregorio XIII, el nuevo papa, quería, igual que Pío V, impedir ese matrimonio y evitar la guerra entre España y Francia. Y la única manera era resucitar la Liga Santa de los católicos unidos a un tiempo contra herejes e infieles.

—Tanto unos como otros son hijos del demonio —añadió el padre Veron—. Un católico tiene el deber de matarlos. San Agustín dijo: «Por encima de la ley hay un rey, que es Dios. Y si él ordena a alguien matar a una persona, como ordenó a Abraham que matase a su hijo, hay que hacerlo». Dios ha ordenado enviar al infierno a Coligny y a los herejes, igual que los templarios, en la antigüedad, recibieron la misión de matar a los infieles.

Me mantuve aparte.

Dudé, Señor. Me acordé de lo que solía decir Michele Spriano: «Las grandes palabras de la religión esconden las ambiciones terrenales de monarcas ávidos de poder, y la astucia de comerciantes y banqueros preocupados por sus ganancias».

Me pregunté: ¿Y si el enfrentamiento entre hugonotes y católicos, entre cristianos y musulmanes, no es más que una trampa que el demonio tiende a los hombres para precipitarlos al Mal y empujarlos a matar a los otros, que también son, Dios mío, criaturas tuyas?

Los pensamientos se enredaban como una maraña en mi cabeza y no conseguía desenredarla.

Intuía que todos, católicos y hugonotes, habíamos sido arrastrados a una danza macabra como las que se ven esculpidas en los tímpanos de las iglesias. La muerte con su guadaña bailaba una zarabanda.

¿Cómo acabar con aquel baile de odio? ¿Qué quedaría después de la furia asesina que deformaba los rostros, fuesen los de los gentileshombres hugonotes o los de los espadachines de Sarmiento y los Guisa?

Y mi desesperación aumentaba cuando los veía a todos danzar con entusiasmo, como si el deseo de arrojar al abismo a sus enemigos les hiciese olvidar que ellos también caerían en él.

¿Era esto lo que deseabais, Dios mío? ¿O habíais abandonado a los hombres en manos del demonio?

—¡Afila tus armas! —me dijo Sarmiento—. Los hugonotes llegan hoy.

Estábamos ya en el mes de julio.

Había vuelto a ver a Anne de Buisson y a mi hermana Isabelle, las dos damas de compañía de Catalina de Médicis, en una de las fiestas que la reina madre daba en el Louvre.

Se bailaba por todo el palacio, en los patios, en jardines y salones e incluso en los rellanos.

Todo el mundo estaba pendiente de Margarita de Valois, cuyos vestidos repujados ceñían su talle.

—La bella y frívola Margot… —masculló Sarmiento—. Aunque se case con Enrique de Navarra, no se comportará nunca como una de esas hugonotes vestidas de negro y abrochadas hasta arriba, que no sabes muy bien si son hombres o mujeres. En cuanto a Enrique de Anjou —se rió a carcajadas—, es mucho más femenino que ella, míralo…

El hermano del rey cruzaba las salas de baile rodeado de sus validos, con el aspecto de una libertina cubierta de anillos y pendientes, y montones de encajes escapándoseles de las mangas y el cuello de su jubón.

—Si sucede a su hermano, no se sabrá si es rey o reina —añadió Sarmiento—, pero al menos él, o ella, no desea una guerra con

España.

Me acerqué a Anne de Buisson. Su perfume me embriagaba y permanecí durante largo rato en silencio, incapaz de dirigirle la palabra, deseando tomarla por la cintura y estrecharla contra mi pecho. Quería olvidarme de los que nos rodeaban, que me parecía que no nos quitaban ojo. Sin duda, los dos les parecíamos sospechosos: Anne, porque no rechazaba a un hombre como yo, del círculo del español Sarmiento; y yo, porque había sido seducido por aquella hugonote que no se vestía como las adeptas de la perniciosa secta de Lutero y de Calvino pero que, sin duda, no era menos peligrosa que ellos. Y a nadie se le escapaba que me llamaba Thorenc, como Guillaume, uno de los consejeros del almirante Coligny. ¿Sería yo un espía de los herejes?

Anne de Buisson fue la primera en hablar.

—Ya nunca os veo —me dijo.

—Vuestros espadachines me matarían.

—Les he prohibido que lo hagan.

—Venid conmigo.

Bajó los ojos. Me pareció que se ruborizaba.

—Después.

—¿Después de qué?

Con un leve movimiento de cabeza, señaló a Margarita de Valois.

—¿Después del matrimonio con el de Navarra? —pregunté.

Esbozó una sonrisa y luego se alejó.

Volví a verla el día en que Sarmiento me invitó a afilar las armas.

Llevaba un largo vestido negro cerrado hasta el cuello e iba sentada en una de las literas que seguían a Enrique de Navarra cuando entró en París.

Corría el 10 de julio del año 1572.

Enrique de Navarra, príncipe de sangre real, vestido asimismo de negro, iba acompañado de su primo, el príncipe Condé, y del almirante Coligny.

Alrededor de ellos cabalgaba un millar de gentileshombres hugonotes. Eran como una ola negra que rompía en las calles cercanas al Louvre, invadiendo la ciudad.

Faltaba poco menos de un mes para que se celebrase el

matrimonio entre Enrique de Navarra y Margarita de Valois.

Reconocí, caracoleando detrás de Coligny y de Enrique de Navarra, a Robert de Buisson y a mi hermano Guillaume, rodeados por sus espadachines Séguret, Jean Baptiste Colliard, Blanzac, Pardaillan y Tomanges.

Diego de Sarmiento estaba a mi lado. Me había bastado una mirada para ver la cólera en su rostro. Apretaba la mandíbula, con la barbilla echada hacia delante, una mano crispada en la empuñadura de su espada y la otra en la guarda de su daga. Su cuerpo estaba ligeramente inclinado, listo para atacar.

Se volvió hacia mí.

—¡Se creen vencedores! —refunfuñó—. ¡Qué estúpidos! El maldito Coligny tuvo la osadía de decirle al rey: «¡Majestad, declarad la guerra a los españoles y marchad a cubriros de gloria!». ¡Y Carlos lo escuchó y no mandó decapitar a ese hereje! Coligny incluso llegó a amenazarlo. Keller me dijo que se lo cuenta a todo el mundo para que Carlos IX sepa lo que le espera: «¡Si el rey no declara la guerra a los españoles, ojalá que no venga otra de la que no estaría en condiciones de retirarse!».

Sarmiento dio un taconazo.

—Los hugonotes tratan al soberano como si fuese su prisionero. ¡Y como rescate exigen una guerra contra España!

Se puso frente a mí y luego adelantó la cabeza y los hombros mostrando el cortejo de hugonotes.

—Míralos, Bernard de Thorenc. Han caído en la trampa. ¡No vivirán mucho tiempo!

Dios mío, ¿se preocupaba alguien de vos y de vuestros deseos?

8

Supe enseguida que las palabras de Diego de Sarmiento no eran más que una profecía sangrienta, un deseo funesto. Lo oí arengar a sus espadachines en el patio de la embajada de España. Les habló con voz huraña y ronca cuando pronunció el nombre de Margot.

—¡Esa Margot, Margarita de Valois, es el cebo! Y ellos acudieron, con Enrique de Navarra al frente, a morderlo. Les rebanaremos el cuello. ¡Chuparemos al reino de Francia la sangre que lo envenena!

Caminó unos pasos y Maurevert, Demouchy, Maraval, Ruquier y Lachenières lo siguieron.

Sarmiento explicó que ignoraba las verdaderas intenciones de Catalina de Médicis. ¿Pretendía únicamente aumentar la herencia de la familia empujando a su coqueta hija Margot a los brazos de un rey hugonote? ¿O esperaba que así alcanzaría la paz? ¿Cedía con ello a las presiones de Coligny, al chantaje a que la sometía?

Sarmiento detuvo su marcha. Sus asesinos a sueldo y los de los Guisa se inclinaron para oírlo mejor.

—Tal vez —prosiguió— quiera matarlos con ocasión de ese matrimonio. Es una libertina, una Médicis. Quizás la italiana quiera ser nuestra aliada y, si ella se vuelve nuestra aliada, en ese caso Carlos IX seguirá a su madre.

Sarmiento abandonó el patio y entró en el salón, donde lo esperaban Keller, Bianchi, Enguerrand de Mons, el padre Verdini y el padre Veron, que se adelantó hasta él. Los signos de la voluntad divina se multiplicaban, decía. Dos niños varones habían nacido la noche anterior, dos gemelos unidos por las partes pudendas. Aquel monstruo de dos cabezas era la encarnación del matrimonio impío que pretendían celebrar, de la paz sacrílega que algunos esperaban.

El padre iba de un lado a otro, deteniéndose ante cada uno de nosotros.

¿Sabíamos cuántas casas se habían desplomado en muchas calles de París?, continuó. Veía en ello un aviso divino. Pero eso no era nada todavía. Del Sena habían sacado cuerpos de niños partidos por la mitad, y otros con los miembros mutilados como si una bestia desconocida se hubiese arrojado sobre ellos para despedazarlos y devorarlos. Y en el cielo se habían visto brillar unos extraños resplandores, desatándose súbitas tormentas, seguidas de una lluvia de insectos.

—Dios nos muestra su poder, y nos castigará si no lo obedecemos. Debemos ejecutar la justicia divina y limpiar París de la secta hugonote.

Oyéndolos preparar y anunciar la masacre, elaborar la lista de sus futuras víctimas, no podía dejar de pensar en Anne de Buisson.

Un día, Sarmiento nos dijo que un ejército de hugonotes compuesto de infantes alemanes y de gentileshombres franceses había sido derrotado por las tropas del duque de Alba en Mons.

Los españoles habían hecho prisioneros a muchos hugonotes, entre ellos a Robert de Buisson, que había confesado haber recibido de Carlos IX una carta deseándole que tuviera una ¡«buena caza» del español!

—Carlos, sin duda, sabe que Robert de Buisson es un cuerpo desnudo que los perros vagabundos se disputan.

Temblé de ira y desesperación. Me acordé de cuando Robert de Buisson nos había acogido a Michele Spriano y a mí, en su navío, en Argel, y cómo nos desembarcó en la costa española. Volví a verlo en Malta, donde había combatido a mi lado. Cristiano entre los cristianos, los verdugos españoles del duque de Alba debieron de torturarlo, haciéndolo sufrir más de lo que ningún infiel habría hecho.

Dios mío, ¡tuve la sensación de vivir tiempos de locura!

Dejé el palacete de los españoles. Debía advertir a Ana de Buisson, convencerla para que abandonase la ciudad donde correría la sangre y nadie se salvaría.

Me encaminé a la calle del Arbre-Sec, bordeando los muros del

palacio del Louvre; luego seguí por la calle des Poulies, la calle Fossés-Saint-Germain y la calle Bétisy. Me dio la impresión de que cada hombre con el que me cruzaba era un asesino a sueldo, tanto era el odio que veía en sus ojos.

Delante del palacio de Ponthieu, un grupo de gentileshombres hugonotes me insultaron cuando pasé a su lado, gritándome que era un papista, un agente de España, un corrompido, un vendedor de indulgencias, un traidor al reino de Francia.

Apreté el paso.

En las orillas del Sena vi avanzar una procesión dirigida por una monja. Recitaba una salmodia diciendo que hablaba en nombre de Dios, y que era su enviada: «¡Si no quieres que tu ciudad sea destruida por la cólera divina, mata a los hugonotes!», gritó.

La multitud la seguía. Unos hombres procedentes de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois,
que portaban oriflamas, fueron a su encuentro.

Yo estaba en medio del gentío, y me santigüé igual que ellos. Los oí decir que el trigo se pudriría antes de ser segado porque Dios quería evitar la boda maléfica entre la católica Margarita y Enrique el hugonote.

Por orden del rey habían quemado a un brujo y a una bruja en la plaza de Grève. Los habían sorprendido emponzoñando el agua de las fuentes, pagados sin duda por los hugonotes, que querían envenenar París porque el pueblo llano, la gente humilde, había permanecido fiel a la verdadera religión.

Y uno que estaba a mi lado recitó:

> «El Señor ha de vengar
> de la perversa nación
> de los falsos rebeldes
> que intentan la sedición
> y a la Santa Madre Iglesia
> sólo quieren derribar».

—¡No puede ser! —gritó la gente.

Y seguían a la monja, que repitió con su voz aguda:

—¡Hay que matar a los hugonotes si no queremos que Dios nos extermine!

Sé que ésta no es vuestra voluntad, Señor, pero todos, hugonotes y católicos, se apropiaban de vuestra palabra y hablaban en vuestro nombre.

Y yo rezaba para que protegieseis a Anne de Buisson, y me otorgaseis las palabras que la convenciesen para que dejase esta ciudad, que no era más que una trampa, una emboscada.

Me detuve delante del número 7 de la calle del Arbre-Sec y sentí todo mi cuerpo bañado en sudor.

Desde hacía días el calor era sofocante y tan húmedo que la ciudad parecía que iba a pudrirse y las paredes a rezumar agua. Un vapor fétido que se pegaba a la piel subía del Sena, empozoñando las calles. Me sentía sucio. Con el hedor pútrido se mezclaba a veces el perfume mareante de mujeres y gentileshombres. Daban ganas de vomitar.

En medio de la peste, se levantaban andamios y se construían los estrados en los que se celebrarían las fiestas previstas para el matrimonio de Margarita y Enrique de Navarra.

Anne de Buisson había dicho: «Después».

Lo que para mí había sido una palabra de esperanza se transformaba ahora en un mal augurio.

Enguerrand de Mons me había asegurado que el gran Nostradamus, consultado por Catalina de Médicis, le había confiado que había visto que en los días venideros correrían ríos de sangre que inundarían el reino de Francia.

Habría una masacre, que todos esperaban, porque nadie había renunciado a sus planes.

El almirante Coligny reclutaba de nuevo gentileshombres y reîtres que irían a los Países Bajos a vengar la muerte de Robert de Buisson. Pero, según Sarmiento, Carlos IX no se atrevía a apoyarlo desde que el duque de Alba se había apoderado de la carta comprometedora dirigida al infortunado Robert.

¿Sabía Anne que su hermano había muerto a manos de los verdugos españoles y católicos?

Para ella, ése era mi bando.

Llamé a la puerta del número 7 de la calle del Arbre-Sec.

Me abrieron. Reconocí a Jean Baptiste Colliard, que me

apuntaba al pecho con una pistola.

Detrás de Colliard, en la penumbra, distinguí a Séguret, Blanzac, Tomanges y Pardaillan.

—¿Quieres morir? —dijo Colliard.

Se rió. Séguret dio un salto y me agarró por la espalda.

Sentí la hoja de su daga en mi garganta.

Cerré los ojos.

¡Estaba en vuestras manos, Señor!

Oí unos murmullos y abrí de nuevo los ojos.

Anne de Buisson se hallaba ante mí. Llevaba un amplio vestido negro, y ocultaba sus cabellos bajo una cofia blanca.

Me conmovieron su rostro demacrado y su pálida piel.

Vi su mano levantada agarrando el puño de Séguret, al que obligó a apartar el arma de mi cuello.

—Robert os dio la libertad —murmuró—. Creía en Cristo. Lo torturaron, le rompieron las rodillas y los brazos y luego lo estrangularon.

Se volvió hacia Jean Baptiste Colliard.

—Dejadlo marchar —ordenó.

Me empujaron hacia la puerta. Luego Séguret la abrió.

—¡Debéis abandonar la ciudad! —grité—. *Antes, antes* de la boda…

Me arrojaron a patadas a la calle del Arbre-Sec.

Me quedé un largo rato tumbado en el suelo, como un muerto, rodeado de desperdicios, bajo el calor sofocante.

9

No volví a ver a Anne de Buisson hasta el rojo atardecer del domingo 17 de agosto de 1572, día de los esponsales de Margarita de Valois y Enrique de Navarra.

Quise mezclarme con la multitud, al pie de los andamios erigidos entre el atrio de Notre-Dame y el palacio del obispado, en la fachada sur de la catedral. La ceremonia se celebraría allí, en la gran sala del obispado, con los invitados deambulando sobre las cabezas del pueblo llano por encima de las largas pasarelas que vibraban bajo sus pasos.

Vi pasar al rey Carlos IX y a sus hermanos Enrique de Anjou y Francisco de Alençon y, a continuación, a Enrique de Navarra y a Coligny, rodeados por la tropa de gentileshombres hugonotes, con sus vestimentas negras y gorgueras blancas.

La muchedumbre protestaba y gritaba blandiendo los puños. Reconocí la voz del padre Veron, que estaba en medio de los más humildes, como yo. Clamaba con su voz aguda, colérica, temblorosa:

—¡Cuervos hipócritas! ¡Miradlos! ¡Creen que por estar ahí han conquistado el reino, y que nuestro Cristianísimo rey va a convertirse en hugonote! Han aprobado el matrimonio, y, oídme, hermanos, el Papa no ha concedido la licencia para una boda que, pese a todo, se celebrará. ¡La venganza de Dios será terrible!

El padre Veron alzó los brazos y señaló la línea del cielo devorado por un incendio. Las llamas cubrían el horizonte y ya se acercaban a las torres de Notre-Dame. Arderían los andamios, y los hugonotes que habían aceptado la alianza que iba a unir a la católica Margot y a Enrique el hugonote morirían abrasados.

—¡Es la venganza de Dios! —continuó Veron—. ¡Pronto, la inmundicia será barrida! ¡Se levantará una enorme hoguera en la que, entre terribles tormentos, se consumirán los herejes y los que han pecado con ellos!

Alzaron al padre Veron en volandas, y lo llevaron triunfal,

mientras se desgañitaba dirigiéndose al rey y a la reina:

—Todavía estáis a tiempo, majestad, aún hay salvación, señora, ¡si escucháis la palabra de la Iglesia, la palabra de Dios! ¡Si escucháis la voz de vuestro pueblo!

Levanté la cabeza. Los invitados seguían desfilando sobre la pasarela que vibraba bajo sus pies.

Diego de Sarmiento y sus espadachines se habían quedado en el palacete de los españoles.

—Dejémoslos jugar —había dicho Sarmiento—. Ya haremos nuestra entrada en el baile más tarde. Mi plan es que Catalina de Médicis baile con nosotros. Y también tomaremos la mano del rey para que nos acompañe…

Su risa y su aplomo me asustaron.

Volví a recordar momentos pasados, cuando, en Argel, Dragut el Cruel, el Libertino, el Quemado, me miraba y yo sabía que, a un gesto suyo, podían castrarme, desollarme vivo o meterme en una tinaja de agua hirviendo.

Sarmiento estaba investido del mismo poder.

Había dejado el palacete de España. La ciudad ardía bajo el calor húmedo. La calima se estrellaba en vaharadas fétidas contra los rostros.

Durante un instante dudé en cruzar el Sena y deslizarme entre la multitud que había invadido los puentes. Después, vi la silueta del padre Veron, a quien un mozo de cuerda abría paso a base de codazos.

Me acerqué a él. Parecía contento de verme.

—¡Tenemos que estar con el pueblo! —exclamó—. Ellos harán justicia, pues son el instrumento de Dios para que se cumpla su venganza. Si el rey Carlos se vuelve hugonote, el pueblo lo echará. Lo que sobran son culos para sentarse en el trono. Elegiremos el de un verdadero católico: Enrique de Anjou, por ejemplo, o Enrique de Guisa, o Felipe II.

Así, llegamos al pie de los tablados.

Contemplé el desfile de convidados sobre nuestras cabezas.

El ornato de los católicos de la corte contrastaba con la negra austeridad de los que rodeaban a Enrique y a Coligny.

—¡Cuervos hipócritas! —masculló el padre Veron.

Puso su mano en mi hombro.

—Voy a decir la verdad —añadió.

Y se puso a arengar a la multitud.

Mientras el padre Veron predicaba, el cielo se volvió carmesí. Las siluetas de los invitados se destacaban en medio de nubes rojas y violáceas, que empezaban a oscurecerse.

Empezaron a encender antorchas y reconocí, entre las doncellas de Catalina de Médicis, la rubia cabeza de Anne de Buisson, con un vestido que me pareció azul.

Me reproché no estar junto a ella para advertirle una vez más de que debía abandonar París antes de que se celebrasen los esponsales.

En la embajada de España, Maurevert comentaba preocupado que algunos gentileshombres hugonotes, presintiendo el peligro, habían comenzado a regresar a sus provincias.

—Las ratas abandonan el barco —rezongó Sarmiento—. Pero los demás —Coligny, Enrique y los jefes de la secta— no podrán salir de la ciudad antes de que acabe la ceremonia. ¿Querían boda? ¡Pues tendrán misa nupcial!…

Se calló tan pronto como advirtió mi presencia, y se acercó a mí tomándome del brazo con familiaridad.

Sabía que los gentileshombres hugonotes que vigilaban el número 7 de la calle del Arbre-Sec me habían maltratado.

—¡Nuestra venganza será terrible! —me dijo.

Luego, oprimiéndome el hombro, murmuró:

—¿Quieres a Anne de Buisson, quieres a esa hugonote?

Me alejé de él, perseguido por sus risas.

Se hizo de noche y no volví a ver a Anne de Buisson.

Estaba tan inquieto y hacía tanto calor que caminé durante mucho tiempo en medio de la gente, cruzando de una orilla del Sena a otra.

Toda la ciudad se había echado a las calles y se diseminaba por las orillas, escuchando a los predicadores, que hablaban en los atrios de las iglesias o subidos a los mojones anunciando la venganza de Dios.

Uno gritaba que el rey ya había destruido la Cruz de Gastine, encarcelado a los buenos católicos y ahora entregaba a su hermana Margot a las infamias de un hereje. ¡Debía ser castigado!

Arqueros y milicianos del preboste se acercaron para llevárselo, pero la multitud los rodeó y se marcharon sin oponer resistencia, cómplices, limitándose a prohibir a la muchedumbre encaramarse a los andamios.

Desde ese día hasta el 21 de agosto fueron días de fiesta. Nunca me sentí tan dichoso.

El rey y sus hermanos, la reina madre, Margarita de
Va-lois,
Enrique de Navarra y el almirante Coligny, ya fuesen vestidos de seda azul o de satén amarillo, y sus jubones o sus trajes estuviesen recamados de perlas, ya fuesen gentileshombres hugonotes, espadachines de Sarmiento o de los Guisa, desfilaban por las pasarelas por encima de la multitud. Yo los veía como condenados a punto de precipitarse desde lo alto de sus andamios y caer en medio de la multitud, que atraparía a alguno y lo descuartizaría, como Dante había descrito a los condenados entregados a los monstruos infernales.

Imaginé las vestimentas blanco y oro —los colores de las bodas de las hijas de Francia, que cubrían los andamios y adornaban el pórtico de Notre—Dame— hechas jirones y arrastradas por los suelos, y a la multitud haciendo mortajas con ellos.

La gente estaba encolerizada. Con los brazos extendidos, señalaban a Enrique de Navarra, que se hallaba en el atrio de la catedral, pues no había querido asistir a la misa nupcial. Enrique de Anjou, vestido como una coqueta, era el que había llevado al altar a su hermana Margarita de
Va-lois;
luego, tras una ceremonia que había durado varias horas, se la había entregado a su esposo.

Abajo, la multitud gritó, y los hugonotes pensaron que los vitoreaban cuando en realidad los abucheaban.

Los días 18, 19, 20 y 21 busqué inútilmente a Anne de Buisson por los salones del palacio del Louvre, por los jardines y en el patio del

palacete de Borbón. La busqué también entre los que bailaban la pavana de España, el *passemezzo* de Italia o el branle de la antorcha y el hacha.

Diego de Sarmiento se acercó a mí para contarme que el almirante Coligny había blasfemado en la nave de Notre-Dame, paseándose como un infiel, diciendo a todo el que quería oírlo que descolgarían de columnas y capillas los estandartes que recordasen las victorias de los católicos sobre los herejes y que, en su lugar, colocarían banderas nuevas.

—Él mismo lo dijo: quiere apoderarse de las banderas españolas. Ese viejo loco sigue insistiendo ante el rey para que forme un ejército de franceses hugonotes y católicos que vaya a combatir con nuestras tropas en los Países Bajos.

Sarmiento se inclinó hacia mí para añadir:

—¡No volverá a blasfemar! La reina Catalina está con nosotros, Bernard. ¡Lo quiere muerto!

Las palabras de Sarmiento eran cortantes como el filo de las espadas. Debía encontrar a Anne antes de que las empuñasen y las clavasen en el cuerpo de aquellos hombres que —¿acaso queríais vos cegarlos, Dios mío?— bailaban en aquellas bodas.

Día tras día se sucedían la música, los bailes, las diversiones de todo tipo, los desfiles de carrozas, con rocas artificiales y plateadas. En el patio del palacete de Borbón, me pareció ver animarse los grabados de la *Divina Comedia*, el libro de Michele Spriano del que no me había separado en ningún momento.

Por un lado, el paraíso y sus ninfas; por otro, el Tártaro, sus espectros y sus furias. Por supuesto que no eran más que un decorado y un juego. Pero Enrique de Navarra y sus gentileshombres serían arrojados al infierno por el rey y sus hermanos, y sólo Cupido salvaba a los hugonotes de la condena eterna.

Se regocijaban y se felicitaban. El decorado se iluminaba. Era una fiesta.

Yo veía en esas manifestaciones una prefiguración de los tiempos futuros para los hugonotes, que sólo tenían dos opciones: o volver al seno de la Santa Madre Iglesia o la condena.

Me alejé.

Busqué sin descanso a Anne de Buisson.

No veía más que mujeres engalanadas, cubiertas de perlas, y gentileshombres con adornos de satén, con pendientes y joyas, mientras que en medio del brillo de los tejidos y de las piedras preciosas desfilaban gentileshombres hugonotes vestidos de negro riguroso.

Entro de nuevo en el palacio del Louvre, el jueves 21 de agosto, cuando otro crepúsculo sangriento cubría el cielo.

Veo los estrados y los palenques. Estaban preparando un torneo.

¡Dios mío! ¿Habéis borrado de su memoria la muerte de Enrique II, la esquirla de madera clavada en uno de sus ojos y en el cráneo del soberano?

Recuerdo que Anne de Buisson se desmayó y la llevé en brazos al palacete de Ponthieu.

Suenan las trompetas anunciando a Carlos IX y a sus hermanos, Enrique de Anjou y Francisco de Alençon, acompañados por el duque de Guisa, Enrique el Acuchillado.

Se oyen vítores y aplausos. Blanden sus lanzas, aunque están cubiertas de encajes de seda y de satén, puesto que van disfrazados de amazonas.

En el otro extremo de la liza aparecen Enrique de Navarra y los gentileshombres hugonotes vestidos de turcos, con grandes turbantes verdes y pantalones bombachos.

¡Dios mío! ¡Cómo es posible que estén tan ciegos!

¿Cómo no se dan cuenta esos hugonotes de que la suya es una suerte anunciada por el disfraz que les han impuesto?

Se trata de una parodia de la guerra, pero ellos son infieles, a los que hay que combatir y matar.

Señor, en ese momento supe que los habíais abandonado.

Busco un sitio en los bancos del estrado, entre las doncellas de Catalina de Médicis y de Margarita de Valois, esposa de Enrique, rey de Navarra.

Veo a Anne de Buisson, que viene a mi encuentro. No baja los ojos y se acerca hasta tocarme.

—¿Por qué queréis que me vaya *antes*? —murmura.

Señala el torneo. Las amazonas y los infieles se saludan dándose el espaldarazo entre aplausos. Carlos IX abraza a Enrique de Navarra, hugonote pero príncipe de sangre real y heredero del trono de Francia.

Tomo las muñecas de la joven y le muestro el cielo.

Ambos alzamos la cabeza hacia la inmensa marea escarlata que domina la fiesta.

—Se anuncian días de sangre —le digo.

Anne de Buisson se suelta, y luego agarra mi mano y me arrastra tras ella.

—Ya estamos en el *después*.

Abandonamos el estrado.

El palacio del Louvre es un laberinto oscuro y desierto. Nos perdemos en él.

Segunda parte

10

Vico Montanari llegó a París el sábado 16 de agosto de 1572 y quiso ver enseguida a Bernard de Thorenc.

Estaba seguro de que éste lo informaría de lo que se estaba tramando. Bernard servía a España y era amigo de Diego de Sarmiento, el enviado de Felipe II ante el rey de Francia, y sus hermanos Guillaume e Isabelle eran hugonotes próximos al almirante Coligny, del que se decía en Venecia que tenía mucha influencia sobre Carlos IX.

Eso preocupaba al dogo y al Consejo de los Diez.

En los palacios de la Serenísima había corrido el rumor de que el matrimonio de Margarita de Valois con Enrique de Borbón-Navarra no era más que el primer acto de una obra de alta política. El Cristianísimo rey había cedido a las presiones de Coligny y de la secta hugonote e iba a mandar un ejército contra las tropas españolas de los Países Bajos. Con esa guerra uniría a todos sus súbditos, tanto católicos como hugonotes, y si el Papa lo condenaba, actuaría como el soberano de Inglaterra y se proclamaría jefe de una religión galicana. Y se aliaría con los infieles. ¿Acaso Guillaume de Thorenc no había sido embajador en Constantinopla y no había tratado de conseguir la paz entre Venecia y los turcos?

—Necesitamos información —le había dicho el dogo a Montanari cuando lo recibió—. En París, seréis nuestros ojos y nuestros oídos.

El dogo había adoptado un tono solemne.

—No olvidéis que cada día debe salir un correo hacia Venecia en el que nos informaréis de las decisiones del rey de Francia. Es vital para la supervivencia de la República y de nuestro comercio. También debéis entrevistaros con Bernard de Thorenc, junto al que combatisteis en Lepanto y del que se dice que tiene un pie en el bando hugonote. Hablad con Catalina de Médicis. Recordadle que es una florentina y que nunca hemos querido perjudicarla, sino todo lo contario. Hablad también con Diego de Sarmiento y que no

olvide que nuestras galeras, junto a las españolas, han asegurado la victoria de la Liga Santa, y que nosotros sólo negociamos con los turcos porque los españoles no parecen estar muy dispuestos a enfrentarse de nuevo a los infieles. Oíd, observad y estad atento a todo, Montanari, y redactad vuestros informes. Decidnos qué está ocurriendo antes de escribirnos lo que pensáis. Somos el Consejo de los Diez y yo los que pensamos por la República de Venecia. ¡No lo olvidéis jamás!

Vico Montanari había viajado sin descanso desde Venecia; sólo se detuvo el tiempo justo para cambiar de montura.

El dogo quería que el embajador de la Serenísima República de Venecia asistiese a las ceremonias nupciales y a las fiestas que celebraría la corte. La reina madre era una Médicis, por lo que el fasto estaba asegurado.

—Sea cual fuere nuestro juicio sobre la elección del rey de Francia, es demasiado poderoso para que nos opongamos a él —prosiguió el dogo—. Es preciso que asistais al banquete y al baile. Sonre
íd.
Dejad que sean los españoles quienes muestren su enojo. Ellos no pierden nada, tienen los cofres llenos del oro de América. Nosotros navegamos por el Mediterráneo, junto con los bárbaros, los turcos, los franceses, los españoles y los genoveses, bajo la mirada del Papa, lo cual nos obliga a ser prudentes y pacientes. Así pues, haced votos por la felicidad de los nuevos esposos y bailad al son que mejor toque en cada uno de los bailes que se den en su honor.

El coche de Montanari franqueó la puerta de Buci a última hora de la mañana del sábado 16 de agosto de 1572.

El enviado del dogo notó enseguida la sensación de asfixia. El aire era muy pegajoso, y las inmundicias, los excrementos y la podredumbre despedían un olor todavía más fuerte que en Venecia, como si cada una de sus calles y callejones fuese un canal rebosante de agua estancada.

Una densa muchedumbre caminaba entre la malsana humedad, y el coche tuvo que ponerse al paso.

En varias ocasiones, había sido asaltado por mendigos andrajosos, por hombres famélicos de piel curtida, algunos armados

con guadañas, sin duda campesinos expulsados de sus tierras por la sequía y el hambre y cuyas miradas reflejaban la desesperación y la rabia.

Se dispersaron cuando Montanari les echó un puñado de monedas, momento que aprovechó el cochero para azotar los caballos. La multitud se apartó en medio de gritos e insultos, arrojando piedras contra las portezuelas.

A Montanari le había sorprendido aquella violencia. La muchedumbre no esperaba nada de la fiesta real. Hambrienta y rabiosa, buscaba la menor ocasión para dar rienda suelta a su cólera.

Cuando atravesaron el puente de Notre-Dame para acceder a la calle Fossés-Saint-Germain, próxima al Louvre, donde se hallaba el palacete de Venecia, residencia del embajador de la Serenísima, el cochero se vio obligado a detenerse de nuevo.

Un sacerdote llevado en andas por dos hombres blandía un crucifijo y arengaba al populacho.

Montanari sacó la cabeza fuera del coche. Vio rostros desencajados por el odio, puños elevándose amenazadores cada vez que el sacerdote acusaba a los hugonotes de envenenar el alma del rey, de utilizar subterfugios y mixturas, hechizos y magia para obtener lo que habría rechazado si no estuviese bajo esa maléfica influencia.

—¡Matémoslos a todos! —chillaron unos hombres entre la multitud.

Otros gritaban que había que liberar al rey de los demonios que lo tenían prisionero. ¡A la horca con Coligny, Thorenc y todos los hombres siniestros que habían invadido París! ¡Que los degüellen, que los quemen, que los descuarticen, y también a sus mujeres e hijos! ¡Que limpien París de esa chusma hugonote!

—¡Dios se alegrará si los herejes son castigados! —exclamó el sacerdote—. ¡Y todos vuestros pecados serán perdonados!

Hubo vítores.

Por fin, el coche consiguió reanudar la marcha y Montanari pudo contemplar las negras aguas del río, totalmente quietas. Detritus, ratas muertas hinchadas, perros e incluso un cordero se

amontonaban junto a los pilares del puente sin que la corriente los arrastrase.

El veneciano sintió náuseas.

Se tapó la cara con un pañuelo perfumado y ni siquiera lo retiró al llegar al patio y cruzar los pasillos de la embajada de Venecia. Allí respondió con inclinaciones de cabeza al secretario, que lo recibió con deferencia y dio órdenes de que le llevasen una botella de vino italiano, fresco y espumoso.

Sólo entonces Montanari se guardó el pañuelo en la manga.

Bebió despacio, paladeando largo rato la espuma morada del vino. Cuando el secretario, un joven de cabellos ondulados y rasgos delicados, le dijo que se llamaba Leonello Terraccini, Montanari recordó la *Marquesa*, los heridos tendidos en el puente de la galera, los moribundos con la boca llena de sangre.

—Terraccini… —repitió.

Era el nombre del escultor que había combatido junto a ellos a bordo de la *Marquesa*. Saltando sobre el puente de la galera musulmana, Bernard de Thorenc había conseguido arrebatar a los jenízaros la cabeza del Cristo de los ojos cerrados que los infieles blandían como un signo de victoria.

—¿Benvenuto Terraccini? Es mi hermano mayor —precisó el secretario.

Montanari permaneció en silencio durante largo rato, retirando con la punta de los dedos un resto de vino que había quedado en sus labios.

«Aquí también va a correr la sangre», pensó.

Se puso a caminar por la oscura pieza.

—Me gustaría encontrarme cuanto antes con Bernard de Thorenc —dijo.

—Se aloja en la embajada de España, a unos pasos de la calle Fossés-Saint-Germain —respondió el secretario.

—Bien, bien —murmuró Montanari.

Cruzó los brazos y miró al joven. Recordó los años que él había pasado en esa misma embajada de Venecia junto al embajador Orlandi. Habían pasado los años, y los papeles habían cambiado. Ahora el embajador era él.

Con tono autoritario ordenó habilitar un servicio diario de

correo. El Consejo de los Diez y el dogo le exigían un pormenorizado informe cotidiano. El primero saldría al día siguiente, porque la boda real se celebraría el domingo 17 de agosto.

Bajó al patio. El secretario lo siguió, pero Montanari le ordenó retirarse.

Conocía muy bien el barrio del Louvre porque en el pasado había frecuentado sus calles con Orlandi. Le sorprendió la cantidad de gentileshombres hugonotes que vio. Estaban reunidos delante de algunas casas, como por ejemplo en el número 7 de la calle del Arbre-Sec, en la esquina de la calle Bétisy, vigilando el palacete de Ponthieu. Hablaban a gritos, miraban desafiantes a los transeúntes, hacían aspavientos, se acercaban a ellos, exhibiendo sus espadas y sus dagas. Reían con desdén, blasfemaban y algunos obligaban a apartarse a alguna persona a punta de cuchillo.

Montanari apenas se detuvo.

Dio un rodeo para evitar a aquellos grupos. Vio los andamios levantados contra la fachada de Notre-Dame. Los carpinteros trabajaban en la instalación de las pasarelas. Un grupo de hombres desplegaba anchos tapices blanco y oro. Eran los únicos signos de la semana de fiestas nupciales reales que empezaría al día siguiente.

Al entrar en la calle de Saint-Honoré vio avanzar una procesión cuyos miembos portaban oriflamas. A la cabeza de aquella multitud de orantes iban monjes, sacerdotes y religiosos amenazando con el puño a los gentileshombres hugonotes.

Montanari apuró el paso. Aquella ciudad era peligrosa y estaba gestando un acontecimiento sangriento. Lo presentía, lo esperaba, igual que una mujer segura de que el alumbramiento llegará, aunque no sepa exactamente cuándo.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Cuando había combatido en la batalla de Lepanto no había tenido miedo en ningún momento, pero aquellas calles eran lugares peligrosos y él no tenía ninguna razón para perder allí la vida.

Eran las emboscadas, los asesinatos y la masacre de los que le habló Diego de Sarmiento en el salón de la embajada de España donde había recibido a Montanari.

—Si Venecia está con nosotros —empezó—, los venceremos, los aplastaremos. Porque la Serenísima sólo apoya a los más fuertes…

Montanari iba a responder, pero Sarmiento lo interrumpió, levantando la mano, y añadió que estaba muy contento de que se volviese a formar la Liga Santa contra los herejes. Sabía que el papa Gregorio XIII la deseaba, porque el mayor peligro está aquí, había dicho dando un taconazo. Si querían liberar el sepulcro de Cristo, tenían que impedir que su religión y su Iglesia fuesen destruidos en los reinos cristianos, como hacían muchos católicos en Francia, incluido el Cristianísimo rey, ciego de celos de los españoles y envenenado por los consejos del almirante Coligny y por Guillaume de Thorenc.

—¿Y Bernard de Thorenc? —preguntó Montanari.

Diego de Sarmiento rió, abriendo los brazos.

Bernard de Thorenc era como un hermano menor para él, había respondido el español. Se habían conocido en el banco del infiel y, sí, era un hombre valiente… pero a Montanari no se le escapó el gesto de decepción que había hecho Sarmiento.

—Bernard se ha enamorado de una hugonote y ha perdido la cabeza. Mientras no se acueste con ella, no recuperará la razón. Pero si no se espabila, otros abrirán las piernas de la doncella y, por las buenas o por las malas, tendrá que acogerlos en su nidito. Y lo mismo el resto de las doncellas de los «vestidos negros». ¡Así se verá qué esconden bajo sus ropas de viuda, si carne tierna o gallina vieja!

Montanari lo escuchaba, pero aquello no era más que palabrería y chascarrillos que no bastaban para redactar un informe.

Hizo preguntas precisas, despacio, indicando que el dogo y el Consejo de los Diez esperaban sus correos.

—Os explicaré, Montanari, cómo se cazan algunas alimañas en España —respondió Sarmiento—. Se coge un saco que se cierre tirando de un cordel, sin más. En el fondo del saco metemos un trozo de carne, queso u otro manjar exquisito para la presa… Esperamos. Cuando el animal se ha metido dentro, tiramos del cordel y lo golpeamos con un garrote, y no paramos hasta que el bicho, que se debate, grita y patalea, se queda quieto y el saco teñido de sangre.

Diego de Sarmiento se acercó a Montanari.

—El momento de tirar del cordel está próximo —dijo.

—La reina madre dio su aprobación a ese matrimonio —murmuró Montanari—. No creo que desee que su hija se quede viuda al día siguiente de la noche de bodas.

Sarmiento se encogió de hombros.

—Enrique abjurará. Ya cambió varias veces de religión. No es a él a quien hay que temer, sino a Coligny, a Guillaume de Thorenc y a los gentileshombres hugonotes, esa chusma, ese ejército de fantoches que quieren declarar la guerra a España y gobernar en el reino de Francia. Es a ellos a quienes teme Catalina. ¡Pero ya están en el saco!

Le dijo, además, que Enrique de Anjou, el hermano del rey, era uno de los más decididos a expulsar a aquella secta del reino de Francia. Incluso había ideado, con los italianos de la camarilla de Catalina de Médicis, organizar un asalto de los hugonotes a un fuerte como si fuese un juego, una especie de decorado construido para la ocasión, donde se apostarían los hermanos del rey. Los defensores dispararían contra los hugonotes una primera salva de fogueo, pero en la segunda emplearían munición. Después, sólo había que enterrar los cuerpos de los hugonotes. Pero la reina madre había rechazado el plan.

—Por lo visto, quiere que sólo haya un muerto: Coligny —añadió Sarmiento.

Se levantó y apoyó la mano en un hombro de Montanari.

—¡Pero en qué cabeza cabe que se puedan prever los muertos de una guerra!

Se echó a reír.

—¡Un muerto! ¡Ni en sueños habría imaginado a Catalina de Médicis actuar como un ecónomo con la vida de los hombres!

Montanari volvió al palacio de Venecia con pasos lentos y la mano en la empuñadura de su daga.

La oscuridad ya había invadido las calles, pero el crepúsculo en el cielo era todavía rojo sangre.

11

«Ilustrísimas Señorías,

»Escribo este informe el jueves 21 de agosto de 1572.

»El correo partirá para Venecia antes del anochecer.

»Confío en que entregará este pliego a Vuestras Altas Señorías el sábado 23 de agosto.

»Pero me atrevo a sugerir a los Ilustres Sabios del Consejo de los Diez y al Venerable dogo de la Serenísima República que esperen antes de tomar una decisión.

»Todo lo que vi y oí desde mi llegada a París, el sábado 16 de agosto, me indujo a pensar que el nudo hecho de cálculo y prudencia que retuvo hasta hoy a los hugonotes de Coligny y de Guillaume de Thorenc y a los católicos de Catalina de Médicis y de Diego de Sarmiento se desatará en el transcurso de los próximos días, o quizás de las próximas horas.

»Ése es el parecer del conde Enguerrand de Mons, uno de los hombres más informados de París.

»Enguerrand de Mons representa a la orden de Malta en la corte de Francia.

»Combatí junto a él en Lepanto, en la galera *Marquesa*, que mandaba el valeroso capitán de la Serenísima Ruggero Veniero. El conde de Mons se ha convertido en uno de los amigos más íntimos de Enrique de Anjou, el hermano del rey Carlos IX.

»Enguerrand de Mons, pues, forma parte de la corte de jóvenes elegantes y valerosos de los que Enrique gusta rodearse. El hermano del rey, presente en todos los consejos, e hijo preferido de Catalina de Médicis, no oculta ni sus intenciones ni nada de lo que sabe a sus favoritos, o mignons, como aquí se llaman.

»Enguerrand de Mons me ha dado a entender que, cuando se acaben las fiestas —la última tendrá lugar hoy en la corte del Louvre: se celebrará un torneo en el que se medirán el rey, sus hermanos y Francisco de Guisa, ¡vestidos de amazonas!, frente a

Enrique de Navarra y los gentileshombres hugonotes ¡disfrazados de turcos!—, Enrique de Anjou y la reina madre llevarán a cabo por fin lo que habían planeado desde hacía tanto tiempo.

»El conde no quiso decirme más. Pero no es ningún secreto que tratan de acabar con la influencia hugonote sobre el rey de Francia y los asuntos del reino.

»Es *vox populi* que Enguerrand de Mons, el almirante Coligny y Guillaume de Thorenc intentan arrancarle al soberano la promesa de que declarará la guerra a España. Diego de Sarmiento me ha confirmado la obstinación con que Coligny, día tras día, intenta convencer al rey de que una intervención en los Países Bajos contra las tropas españolas del duque de Alba sería beneficiosa para el reino y permitiría reconciliar a los hugonotes y a los católicos franceses unidos contra España.

»Tanto Sarmiento como Enguerrand de Mons me aseguraron que Carlos IX no quiso comprometerse, pero insinuó a Coligny que tomaría una decisión favorable, e incluso le habría dicho: "Sólo os pido que me deis cuatro o cinco días para divertirme, y, después, os prometo por mi honor que os daré gusto a vos y a todos los de vuestra religión…".

»Sus palabras tienen horrorizados y furiosos a todos los católicos que se han enterado de ellas.

»"Mi hermano —parece ser que dijo Enrique de Anjou— no es dueño de sí mismo. El brujo de Coligny y el demonio de Guillaume de Thorenc lo han engatusado y lo manejan a su antojo. ¡Y mi deber como príncipe de sangre real, heredero de la Corona y fiel a la Santa Madre Iglesia, es liberarlo de esa influencia maléfica!".

»Catalina de Médicis unió su voz a la de su hijo. No desea una guerra contra España, sólo quiere vengarse del almirante Coligny, que mandó asesinar a uno de los suyos. Dicen que se entrevistó en más de una ocasión con Enrique de Guisa el Acuchillado para recordarle que Coligny también es culpable del asesinato de Francisco de Guisa, ¡el padre de Enrique!, y lo ha incitado a matar al almirante.

»Así se trama una conspiración cuyos autores, con el apoyo del pueblo parisino, se sienten tan fuertes, que tienen dificultad en ocultar sus intenciones.

»Durante las fiestas que acaban de finalizar, en los espectáculos, representaban a los hugonotes como condenados al infierno o como infieles.

»Pero esos herejes son tan fatuos y pagados de sí mismos que no saben la suerte que les espera, no en la escena, sino en el gran teatro del mundo.

»Después de escuchar a Enguerrand de Mons, a Diego de Sarmiento, a los gentileshombres que los rodean y a sus confesores, los padres Veron y Verdini, que los aconsejan y arengan al pueblo, me atrevo a concluir, Ilustres Señorías, que lo que se prepara será tan sangriento y despiadado como la más cruel de las guerras.

»Por otra parte, Enguerrand de Mons recordó en mi presencia la victoria de Lepanto contra los turcos, añadiendo que debíamos seguir nuestra cruzada contra los hugonotes, aquí mismo, y castigar la rabia y la maldad de esos perros bárbaros, más culpables si cabe que los infieles, porque han sido educados en la fe de Cristo.

»Diego de Sarmiento afirmó, asimismo, que en el reino de Francia había que librar una segunda batalla de Lepanto, con todos los combatientes de la Cruz unidos para ganarla.

»En el Consejo privado del rey ese jueves 21 de agosto —Enrique de Anjou fue quien se lo contó a Enguerrand de Mons— dijeron que habían visto llegar mucha gente a caballo a París, con pistolas y arcabuces en el arzón, contraviniendo la prohibición de portar armas.

»¿Serán gentileshombres hugonotes o espadachines de los Guisa? ¿Españoles, tal vez?

»Yo me inclino por una tropa de hugonotes enemigos llegada a París al mismo tiempo que Enrique de Navarra. Por otra parte, unos cuantos, advertidos sin duda del peligro que corren, o presintiéndolo, han empezado a abandonar la ciudad.

»Sarmiento me dijo: “Los más dañinos de la secta salen del saco antes de tirar de la cuerda”.

»Volví a encontrarme con Bernard de Thorenc ese mismo jueves 21 de agosto. Igual que yo, abandonaba el Louvre al terminar el torneo.

»Iba acompañado de una joven que formaba parte del séquito de las damas de Catalina de Médicis.

»Bernard me ha hablado de ella largamente. Se llama Anne de Buisson. Su hermano, correligionario del almirante Coligny, fue muerto en Mons por los españoles, cuando iba a la cabeza de una tropa de gentileshombres y lansquenetes alemanes a ayudar a los protestantes de los Países Bajos.

»Robert de Buisson fue torturado y, a continuación, colgado. Llevaba encima una carta del rey Carlos IX exhortándolo a combatir contra España por el reino de Francia. En su día, el asunto había hecho mucho ruido.

»Anne de Buisson se convirtió así en una de las figuras del partido hugonote, y el hecho de que continuase al servicio de Catalina sólo extraña a los que ignoran la habilidad y la perversidad florentinas de la reina madre.

»Catalina quiere mantener relaciones en todos los bandos y finge ser una reina de paz, incluso cuando conspira para destruir a los hugonotes y empuja al duque de Guisa a asesinar al almirante Coligny.

»He charlado largamente con Bernard de Thorenc para descubrir lo que sabe. Está en el centro del laberinto. Sarmiento lo estima y lo protege. Su hermano Guillaume es uno de los jefes del partido hugonote y consejero de Coligny. Además, está enamorado de Anne de Buisson, que creo que comparte su pasión.

»No salgo de mi asombro tras escuchar sus palabras. Habla de una “matanza generalizada de hugonotes” como de un hecho. Pero, al mismo tiempo, me pareció extrañamente feliz para alguien que anuncia una masacre en la que su hermano y su amada corren peligro.

»Tal vez lo encontré en un momento en el que estaba deslumbrado de felicidad.

»Habló con ardor de la unión de todos los súbditos del rey de Francia, sea cual fuere su religión. El matrimonio entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra podría ser, en su opinión, el primer paso para dicha unión. Una católica casada con un protestante ¿no era acaso la voz de la prudencia, de la concordia y de la paz?

Sin duda, predicaba algo en lo que creía, porque después añadió que por qué no podía él, un católico, casarse con una hugonote.

»Mantuve una conversación parecida con Michel de Polin, miembro del Parlamento de París, cuyo padre, Philippe de Polin, fue capitán general de la armada de Levante en el reinado de Francisco I y, con ese título, aliado de los infieles, combatió con su flota junto a Dragut el Quemado.

»Según Michel de Polin, la prudencia de los que él llama los "políticos" prevalece sobre la pasión de los «religiosos». Los intereses del reino de Francia están por encima de las sectas que luchan entre sí, dijo. Cristo es figura de paz, no de guerra. ¡Y hugonotes y católicos son cristianos!

»Polin añadió que Enrique de Navarra, un Borbón de sangre real, podía ser un día rey de Francia si los hijos de Catalina morían sin descendientes varones. Es cierto que Carlos IX, Enrique de Anjou y Francisco de Alençon están vivos y son todavía jóvenes, pero ¿quién puede disponer el futuro?

»¡Todo aquí son palabras de doble sentido, trampas, peligro!

»Todos están emboscados».

12

«Ilustrísimas Señorías:

»Hoy viernes, 22 de agosto de 1572, en torno a las once horas, han querido matar de un arcabuzazo al almirante Coligny.

»El jefe hugonote sólo fue herido.

»Lo llevaron a su casa, el palacete de Ponthieu, en la calle Bétisy, a unos pasos de la embajada de Venecia desde donde escribo.

»Ambrosio Paré, cirujano del rey —y hugonote, según dicen—, curó al almirante.

»Coligny tiene un brazo y una mano rotos y llenos de heridas. Ambrosio Paré se vio obligado a amputarle un dedo y hacerle una incisión en el codo para extraerle una bala.

»Coligny hizo gala de un enorme valor, y sólo repetía, según me contó Guillaume de Thorenc, que estuvo a su lado durante la operación: "¡Dios mío, no me abandonéis ahora en el estado en que me hallo!".

»Le pidió a Thorenc que repartiese entre los pobres de París una limosna de cien escudos de oro para agradecer a Dios que lo hubiese salvado, porque la intención era homicida y no otra.

»La bala había sido horadada y ensartada con alfileres para que profundizase en la herida, se desgarrasen los órganos y la hemorragia fuese mortal.

»Pero para ello habría sido necesario que alcanzase el pecho o la cabeza.

»Cuando el asesino hizo fuego, Coligny se echó hacia atrás y la bala sólo lo alcanzó en el brazo izquierdo.

»De modo que Coligny, pese a que había peligro de infección o fiebres, ha sobrevivido. Ahora bien, un crimen frustrado trae consigo graves consecuencias, y los que organizaron la emboscada son objeto de venganza sin haber sacado provecho de su acto.

»En el momento en que escribo, cuando este día, viernes 22 de agosto, está a punto de terminar, cientos de gentileshombres

hugonotes acompañados por sus criados se reúnen delante del palacete de Ponthieu y reclaman el castigo de los culpables, acusando al duque de Guisa, a la reina madre Catalina de Médicis, a Enrique de Anjou e incluso al Rey de haber armado al asesino, que no ha podido actuar por su cuenta. El crimen había sido preparado con todo detalle.

»Estuve en el lugar donde se produjo la emboscada.

»Coligny aún se hallaba tendido en el suelo, rodeado por unos quince gentileshombres hugonotes que lo escoltaban.

»Le oí decir con una voz fuerte, a pesar de que tenía el brazo izquierdo cubierto de sangre:

»—¡Ved cómo tratan a la gente de bien en Francia! El disparo salió de aquella ventana que está llena de humo…

»La casa en la que se había ocultado el asesino está en la esquina de las calles Poulies y Fossés-Saint-Germain, separada de la embajada de Venecia por dos pequeñas viviendas. Por eso oí los disparos.

»En efecto, yo oí *dos* disparos de arcabuz, y después Jean Baptiste Colliard, uno de los guardias de Coligny, me dijo que habían encontrado una segunda bala en la calle des Poulies, pero la conmoción había sido tan grande que en principio no repararon en ese detalle.

»Los gentileshombres hugonotes se precipitaron a la casa desde donde el asesino había hecho fuego. Vi el arcabuz todavía humeante, la ventana enrejada detrás de la cual el hombre había estado al acecho, oculto por las sábanas que estaban colgadas en la ventana, como si la casa fuese la de una honrada familia que secaba sus sábanas al sol de la mañana.

»Interrogando a los criados, supimos que la casa pertenecía a uno de los preceptores del duque de Guisa. Así pues, los Guisa fueron acusados de haber ordenado el atentado.

»Volví a media tarde al palacete de los españoles para oír a los enemigos declarados del almirante Coligny: Enguerrand de Mons, el padre Veron y Diego de Sarmiento, consejero de Felipe II, enviado a París para influir en la corte de Francia y vigilarla.

»El lugar estaba ocupado por un montón de hombres armados

ruidosos, suspicaces y amenazadores, que me rodearon. Temían un ataque de los gentileshombres hugonotes y tal vez pensaron que yo era uno de sus espías.

»Me habían visto inclinado sobre el cuerpo de Coligny, en la calle Fossés-Saint-Germain, hablando con Guillaume de Thorenc y con Jean Baptiste Colliard, lo que bastaba para levantar sus sospechas.

»Les dije quién era y, a pesar de que me dejaron cruzar el patio, me acusaron de ser el embajador de una república que había negociado con los turcos.

»Para esos hombres, España es el único país digno de respeto. Desprecian al resto.

»Volví a encontrarme con Bernard de Thorenc, hermano de Guillaume, el hugonote. Sentado en uno de los peldaños de la escalera, me dijo en un susurro el nombre del asesino del arcabuz. Se llama Maurevert, y es íntimo de los españoles. Maurevert habría actuado por fe y no por dinero, aunque, desde hacía muchos años, hubiesen puesto precio a la cabeza del almirante: cincuenta mil escudos.

»—Maurevert es una alimaña —masculló Bernard de Thorenc con voz cansada.

»Mencionó a varios a los que él define como "hombres siniestros", matones y maleantes al servicio de Diego de Sarmiento, de los Guisa e incluso de Enrique de Anjou y de la reina madre.

»Thorenc necesitaba confiarse a alguien. Me pareció más desesperado que indignado, horrorizado por el futuro alumbramiento de días sangrientos. Para él, el atentado fallido contra Coligny es el primer espasmo que anuncia los dolores del parto.

»Me habló largo y tendido de Anne de Buisson. Teme por su vida.

»—Va a haber una matanza de inocentes —dijo—, y nada podrá impedirla. La sangre llama a la sangre. La muerte se extiende más rápido que la peste. Será una epidemia.

»Adiviné su deseo de que acogiese en el palacete de Venecia a la "inocente". Anne de Buisson. Me hice el desentendido y le recordé que la Serenísima no podía tomar partido en guerras intestinas.

»Lo dejé sumido en la desesperación.

»Poco después me entrevisté, en el salón del palacete de los españoles, con Diego de Sarmiento, con Enguerrand de Mons y con el padre Veron, que no me ocultaron su deseo de acabar con la herejía.

»Era el pueblo de París, que había recibido el anuncio del atentado con cánticos y rezos, quien lo pedía.

»Las tiendas habían cerrado como en día festivo. Por la calle decían que había que pasar a cuchillo a los hugonotes que emponzoñaban al rey y querían imponer su religión. La insolencia de estos "hombres de negro", de estos hugonotes de guerra, era insoportable.

»Cuando el pueblo supo que Coligny sólo había resultado herido, su cólera fue en aumento.

»Veron contó que en
Saint-Germain-l'Auxerrois
lo habían aclamado cuando declaró desde el púlpito: "Dios siempre coloca obstáculos en el camino de los cruzados para probar el valor de los combatientes de la Cruz".

»Sarmiento y Enguerrand de Mons no hablaron de religión, sino de política. Temen el estupor y las dudas de los instigadores de la emboscada, confundidos por el atentado fallido.

»—En la guerra —concluyó Sarmiento—, si no acabas lo que empezaste, estás perdido. Y esto es una guerra.

»Abandoné la residencia de los españoles, en la calle de Saint-Honoré, siguiendo el mismo recorrido que esa mañana había hecho el almirante Coligny y los gentileshombres de su escolta encargados de protegerlo.

»Me crucé de nuevo con varios de ellos: Guillaume de Thorenc, Jean Baptiste Colliard, Pardaillan y Séguret —los dos últimos eran los más furiosos—, que juraron ante mí vengar al almirante. Sospechan no sólo de Francisco de Guisa, sino de Enrique de Anjou e incluso de la reina madre.

»Me hacen ver que Carlos IX no había asistido esa mañana al Consejo privado, celebrado a las diez en el Louvre, al que había asistido Coligny. El almirante sólo vio al rey cuando el consejo

finalizaba. El monarca se dirigía al frontón de la calle de Autruche, donde, tras el atentado, Guillaume de Thorenc y Séguret le comunicaron la noticia.

»Por lo visto, Carlos IX arrojó al suelo su raqueta gritando: "¿Es que no puedo estar tranquilo nunca? ¡Otro disturbio!". Séguret creyó que su indignación era fingida, porque el rey se sentó a la mesa, y no acudió de inmediato a la cabecera de Coligny. Al mismo tiempo, en el palacete de Ponthieu se supo que Catalina de Médicis no se había sorprendido por la noticia de la emboscada.

»Pardaillan, un fantoche con pinta de reître, gritó, blandiendo la espada, que los que habían tramado esta conspiración serían castigados, fuese cual fuere su sangre y su rango.

»Sin embargo, el rey acudió ese mediodía a Ponthieu, acompañado de sus hermanos Enrique de Anjou y Francisco de Alençon, y también de la reina madre. Fui testigo de las protestas y amenazas con que fue recibida la familia real.

»El monarca, según me contaron Guillaume de Thorenc, Colliard y Séguret, habló en voz baja con Coligny, a despecho de Catalina de Médicis. ¿Temía la reina madre que se hiciese una investigación sobre la emboscada de la que quizá fuese instigadora?

»Carlos IX le dijo a Coligny en alto para que todo el mundo pudiese oírlo:

»—La herida os la infligen a vos, y a mí, que os amo como a un padre, me infligen un dolor infinito, mas ¡juro por mi vida que la venganza será terrible!

»Y propuso al almirante llevárselo al Louvre, donde estaría a salvo del peligro que se avecinaba.

»Coligny rechazó la invitación y el rey —todos los presentes fueron testigos— pareció sorprendido y dolido, como si el almirante sospechase que quería secuestrarlo, matarlo o, lo que era todavía peor, como si pusiese en duda la capacidad real para defender el Louvre de los tumultos en la ciudad.

»Así pues, Carlos IX dejó el palacete de Ponthieu viéndose obligado a pasar entre una multitud de protestantes que de nuevo profirieron graves injurias y amenazas contra él.

»Poco después, llegó Enrique de Navarra, que fue acogido por

aclamaciones como si se tratase de un rey.

»Iba acompañado por algunos guardias suizos que llenaron el palacete de Ponthieu de corazas y arcabuces.

»Sin duda, el bando hugonote cree que el atentado contra Coligny es el comienzo y que deben estar preparados para el combate.

»Escuchando a Séguret, Pardaillan, Jean Baptiste Colliard o Guillaume de Thorenc, me parece estar oyendo a Enguerrand de Mons, a Diego de Sarmiento o a los espadachines reagrupados en el patio del palacio de los españoles.

»La emboscada contra Coligny ha vuelto a abrir las heridas y desatado todos los rencores. Me atrevo, Ilustres Señorías y Venerable dogo, a vaticinar, sin temor a equivocarme, que la gangrena se extenderá en las próximas horas e infectará todo el país.

»Se han dejado ver ya, en la orilla izquierda del Sena, en las cercanías del Prado des Clercs, hombres armados en formación; no habiendo podido dispersarlos, las compañías de arqueros mandadas por el preboste de los comerciantes y los regidores se reagruparon alrededor del ayuntamiento.

»El miedo y los rumores han circulado todo el día por los barrios.

»Se llegó a afirmar que el asesino Maurevert había recorrido las calles a galope tendido gritando: "¡El almirante ha muerto! ¡Os habéis quedado sin almirante de Francia!".

»El rey dio orden de que lo persiguiesen y lo prendiesen, orden que no fue ejecutada.

»Uno más de los misterios en este tenebroso asunto.

»Yo oí dos disparos y sólo se encontró un arcabuz que Maurevert, evidentemente, no tuvo tiempo de volver a cargar. Eso sólo significaba una cosa: había un segundo asesino, pero nadie se preocupó por él.

»Acusaron al duque de Guisa de ser el alma de la conspiración y de haber permitido al asesino apostarse en la casa delante de la cual Coligny pasaba todos los días.

»Pero tal vez sean otros los que se ocultan detrás de los Guisa. Ese día, alrededor de las doce, Catalina de Médicis y su hijo Enrique

de Anjou fueron vistos paseándose en compañía de Diego de Sarmiento y Enguerrand de Mons por los jardines de las Tullerías. Sus largos conciliábulos dan pie a pensar que ellos fueron los auténticos instigadores de la emboscada.

»Sarmiento actúa en interés del rey de España y la reina madre quiere liberar a Carlos IX de la influencia de Coligny para conservar el poder que se arriesga a perder.

»La gente que se paseaba por las Tullerías era consciente de las consecuencias del atentado fallido contra Coligny; los hugonotes saben que están en el punto de mira.

»Así pues, la paz sellada por el matrimonio de Margarita de Valois y Enrique de Navarra se ha roto.

»¿Qué ocurrirá?

»Los hugonotes se han hecho fuertes en París, pero el rey es el dueño de la ciudad.

»¿Qué decidirá el soberano?

»Sus consejeros más próximos, la reina madre Catalina, su hermano Enrique de Anjou, los predicadores y el pueblo que espera al ángel de Dios que purifique París, son partidarios del exterminio de los hugonotes.

»Pero ellos pueden ser los primeros en actuar.

»Hoy, viernes 22 de agosto, en medio de un calor asfixiante, está a punto de estallar la tormenta, y nadie sabe, Ilustres Señorías, dónde golpeará el rayo».

13

—¡Los matarán a todos! —murmura Bernard de Thorenc.

Está sentado frente a Vico Montanari en uno de los cuartos del primer piso del palacete de Venecia, cuyas dos ventanas permanecen cerradas desde el alba para protegerse del intenso calor de la ciudad, que hoy, sábado 23 de agosto de 1572, es más ardiente que nunca.

Es día de fiesta por ser víspera de San Bartolomé.

Montanari se acercó varias veces a la ventana para ver desfilar, en la calle de Fossés-Saint-Germain, las procesiones de las cofradías, pues los talleres han cerrado.

Entreabrió incluso unos instantes una ventana para oír a uno de los predicadores que, subido al mojón de la esquina de la calle des Poulies, hablaba a los fieles profiriendo palabras de muerte.

El padre —Montanari había creído reconocer la voz del padre Veron— decía:

—Hay que aniquilar a esa bestia enemiga de Dios y de los hombres. Ya ha caído en la trampa, pero sólo está herida. Todavía puede morder y matar. Debemos vigilar para que ella y sus demonios no se escapen. No desaprovechemos la ocasión de vencer, en nombre de Dios y de la Cruz, a los enemigos de la Santa Madre Iglesia y del reino. La victoria es fácil y el botín está asegurado. Sin peligro, obtendremos la recompensa de tamaño triunfo. ¡Dios vela por nosotros! ¡Hay que matar a la bestia!

Montanari cerró la ventana.

Estaba empapado en sudor. Había oído los cantos de las cofradías y, después, un tañido de campanas, repitiéndose, de una iglesia a otra, saludando la vigilia de San Bartolomé. Su sordo martilleo no había cesado de sonar en todo el día.

Había ido del Louvre al palacio de Borbón, de la residencia de los españoles al palacete de Ponthieu y, más tarde, al palacete de

Aumale, donde se habían reunido los gentileshombres pertenecientes a la casa de los Guisa.

Pero no era momento de charlas y conciliábulos.

En alguno de estos sitios se desentendieron de él con brusquedad.

Los arcabuceros de la guardia personal del rey habían ocupado las casas cercanas al palacio de Ponthieu. Fue testigo de algunas reyertas sin importancia entre los soldados y los suizos que vigilaban al almirante Coligny. Los arcabuceros querían impedir que estos últimos recibiesen picas, corazas, alabardas, pistolas y arcabuces. Guillaume de Thorenc y Pardaillan habían salido, y amenazado a un tal capitán Cosseins, que estaba al mando de los guardias de corps.

Montanari se acercó e interrogó a Guillaume de Thorenc, que se había reído con amargura.

—El rey —había dicho— nos envía a Cosseins y sus arcabuceros para proteger a nuestro almirante, pero es el peor enemigo de Coligny y de nuestra religión, y todos, incluido el rey, lo saben.

Luego, Guillaume de Thorenc volvió a entrar otra vez en el palacio de Ponthieu, mientras Pardaillan y otros hugonotes gritaban que iban a hacer justicia, que no se dejarían degollar como corderos, que miles de hugonotes venían ya en camino desde los Países Bajos y que el rey tendría que elegir bando: el de los asesinos o el de la religión reformada. Si se negaba, se ponía a otro en el trono y listo. Enrique de Navarra, un Borbón de sangre real, podía ser un buen candidato.

No eran palabras vanas. Montanari había visto a los gentileshombres hugonotes dejar la orilla izquierda, armados hasta los dientes, y reagruparse en la calle Bétisy, en las inmediaciones del palacete de Ponthieu y delante del número 7 de la calle del Arbre-Sec.

Montanari había subido por la calle des Poulies, y al llegar a la calle Saint-Honoré, se dio de bruces con los espadachines de Diego de Sarmiento, atentos a las palabras de Enguerrand de Mons, que hablaba —como el padre Veron— de una «bestia maligna de mil cabezas que había que cortar de raíz para que no se reprodujesen».

Enguerrand había añadido que la guerra que aquí se libraba

para defender al Cristianísimo rey, a quien los hugonotes querían asesinar, o al menos obligarlo a renegar de su fe, era la misma que había llevado a cabo en Malta y en Lepanto contra los infieles.

Montanari no se detuvo. Pero, cuando se alejaba de la residencia de los españoles, vio a Enguerrand de Mons precipitarse hacia un coche que se había detenido en la calle Saint-Honoré.

Montanari reconoció al hermano del rey, Enrique de Anjou, que fue aclamado por los espadachines.

Volvería a verlo en numerosas ocasiones durante aquel día, pasando revista a los arcabuceros reales que formaban en las orillas del Sena o dirigiéndose a los arqueros y los milicianos del preboste que vigilaban los cruces.

Cuando Montanari entró en la embajada de Venecia, fue abordado por Leonello Terraccini.

El secretario se había enterado de que todas las puertas de París habían sido cerradas, y esa tarde no podrían enviar un correo.

Habían dado orden al preboste de los comerciantes de llevar todas las barcas a las orillas y amarrarlas. La milicia burguesa debía estar armada y las piezas de artillería listas para entrar en acción.

Montanari subió al primer piso de la residencia, el único lugar donde hacía un poco de fresco, pues las cortinas estaban echadas.

Luego, pidió a Leonello Terraccini que le llevase una botella de vino dulce y se puso a beber a pequeños tragos, con una sensación de cansancio y agobio.

La noche había caído, la muerte acechaba y nadie podría detenerla. Desde luego no lo harían los hombres de Coligny, ni los de Enrique de Anjou, o los de Enguerrand de Mons, ni siquiera los del rey, y mucho menos los de los Guisa, o los de Catalina de Médicis, convencidos como estaban de que sólo podrían asegurar su supervivencia y su poder matando al enemigo.

Y el pueblo, que iba en las procesiones, rezando y entonando cánticos detrás de las banderas de las cofradías, que escuchaba y aclamaba a los predicadores, no deseaba otra cosa que la muerte de aquellos herejes cuya insolente austeridad los ofendía, aquellos hugonotes que parecían pertenecer a una raza y nación distintas y

que querían imponer su religión al Cristianísimo rey y al reino de Francia.

Montanari se quedó dormido.

Leonello Terraccini lo despertó para anunciarle que Bernard de Thorenc deseaba verlo.

Era ya noche cerrada.

—Los matarán a todos —repitió Bernard de Thorenc, inclinándose hacia Vico Montanari—. No esperarán al amanecer.

Ocultó el rostro entre las manos, hablando en voz tan baja que el veneciano tenía que acercarse para oír sus susurros.

Bernard de Thorenc había visto a un miembro del Parlamento de París, Michel de Polin, partidario de la reconciliación, decidido a dejar la ciudad porque estaba seguro de que habría una matanza de hugonotes y aun de los buenos católicos que no fuesen partidarios de esas muertes. Según Michel de Polin, sólo un milagro o la oposición del rey —¡y ése sí que sería un milagro!— evitaría la masacre.

Michel de Polin se había enterado de que ya habían confeccionado las listas. Los jefes de policía de barrio acudieron a todas las hospederías y a todas las casas, y habían tomado nota de los nombres de los que profesaban la nueva religión, transmitiéndolos al preboste y a los regidores, quienes a su vez se los enviaron a la gente de los Guisa y de Enrique de Anjou.

Los asesinos, ya fuesen alabarderos suizos —esos crueles mercenarios reclutados por el duque de Guisa—, ya fuesen los guardias personales del rey, saben que tienen que matar.

Colingy será el primero, y luego caerán todos los demás.

Bernard de Thorenc se quedó un momento en silencio sin retirar las manos de su rostro.

Luego, siguió hablando en el mismo tono de voz y dijo que había visto a los alabarderos, a los arcabuceros y a los matones de Sarmiento ponerse un lazo blanco en el hombro para reconocerse durante la masacre.

—Los matarán a todos —sentenció una vez más.

Después, tras un momento de vacilación, se levantó y miró a Vico Montanari.

—Enguerrand de Mons participó en el consejo privado que tuvo lugar en el Louvre hace escasamente una hora. El rey, si hubiese querido, habría podido cortar la cuerda con la que piensan colgar a los hugonotes, pero el milagro no se produjo.

Bernard de Thorenc hizo una pausa.

—No me gustan los hugonotes. Mataron a Michele Spriano, mi más fiel compañero. Son aliados de los infieles. Estoy dispuesto a enfrentarme a ellos en una batalla, siguiendo las reglas. Pero esta matanza que piensan perpetrar no es conforme a la religión de Cristo.

Hizo una mueca de disgusto, encogiéndose de hombros.

—Sé que los hugonotes están dispuestos a hacer lo mismo —continuó—. Enrique de Anjou y Catalina de Médicis, que temen que eso se produzca, han obtenido el consentimiento del rey para la matanza. También sé que Diego de Sarmiento entregó a Carlos IX una misiva del rey de España. Tal vez Felipe II lo haya amenazado con hacer entrar en el reino a las tropas españolas para acabar con los hugonotes. Y Carlos ha cedido, levantándose y jurando por Cristo crucificado que, ya que la reina madre y su hermano Enrique de Anjou aprobaban el asesinato del almirante, él también lo aprobaba, siempre que matasen a todos los hugonotes de Francia para que nadie pudiese culparlo del asesinato de Coligny. Y, a continuación, juró: «¡Por Jesucristo crucificado, matadlos a todos, y hacedlo rápido!».

Sin poder controlarse, Bernard de Thorenc cogió las manos de Montanari.

—Intenté —dijo— advertir del peligro a Anne de Buisson, pero era demasiado tarde, la calle del Arbre-Sec había sido tomada por los lanceros, los alabarderos de los Guisa. Hizo una pausa para continuar explicándole que aun cuando hubiese logrado traspasar sus filas, se habría dado de bruces con los gentileshombres hugonotes. Y Séguret, Pardaillan o Jean Baptiste Colliard no le habrían dejado ver a Anne.

—Iré de nuevo allí —dijo decidido—. Quiero estar presente cuando los lanceros y los arcabuceros ataquen. La campana de Saint-Germain-l’Auxerrois dará la señal a las seis, pero no esperarán hasta esa hora. ¡Tienen

prisa por matar!

Estrechó las manos de Montanari entre las suyas.

—No quiero que la maten. La salvaré. Pero Anne sólo estará segura si se esconde durante un tiempo, el suficiente para que la sed de sangre haya sido saciada. Eso sucederá. Nosotros, que lo hemos vivido, que también hemos derramado sangre, lo sabemos.

Thorenc se levantó.

—La traeré aquí. ¿La ocultaréis, verdad?

Vico Montanari no respondió.

14

El embajador de la Serenísima República de Venecia se desplomó en el asiento de alto respaldo y se quedó dormido con la mitad del cuerpo echado hacia delante y las manos cruzadas agarrando los codos. Respira ruidosamente, con la barbilla hundida en el pecho y la frente apoyada en el alféizar de la ventana.

La llama de las velas se ha consumido y la oscuridad de la pieza sólo se rompe por el fugaz resplandor de las antorchas que iluminan el portillo y la fachada del palacete de Venecia.

De repente, Montanari sacude la cabeza como si quisiese librarse de ella y escapar del sordo martilleo que oye. Las sienes le estallan y le da la impresión de que las oleadas de sangre acuden a su rostro y lo ahogan.

Piensa: están degollando a una mujer encima de mí y su sangre corre a borbotones, ¿para qué esponsales?

Bodas rojas. Bodas de sangre. Bodas bárbaras.

Se incorpora en la silla, despabilándose.

¡El toque a rebato de la campana de
Saint-Germain-l'Auxerrois
resuena contra el cristal, que vibra como si fuese a romperse!

Montanari se levanta, aparta el sillón y abre la ventana.

El sonido de las campanas atraviesa el aire de la noche, cálido y pegajoso, y rebota contra las paredes de la embajada de Venecia. Montanari se echa hacia atrás como si el fragor procedente de la calle Fossés-Saint-Germain fuese insoportable.

A la luz de las antorchas ve pasar a unos hombres. Sus arcabuces, picas y cascos brillan durante unos instantes. Reconoce sus uniformes y sus armas y el cuero de las alabardas: son los mercenarios suizos del duque de Guisa.

Se aparta bruscamente de la ventana.

Algunos soldados se han parado ante el postigo del palacete.

Alzan sus antorchas. La luz amarillenta ilumina la pieza y luego desaparece.

Montanari no ve los caballos, pero oye sus cascos en el pavimento.

Una voz ronca, más alta incluso que la campana, repite cada vez más fuerte: «¡Son las órdenes del rey! ¡Es su voluntad! ¡Es un mandato expreso!».

La tropa reanuda su marcha hacia la calle del Arbre-Sec y la calle Bétisy, en cuya esquina está el palacete de Ponthieu: allí convalece el almirante Coligny, protegido por un puñado de hombres y vigilado por la guardia personal del capitán Cosseins, su enemigo declarado, designado por el rey.

Montanari se acerca de nuevo a la ventana. La oscuridad es un paño cuya trama se va abriendo poco a poco.

Se asoma. Hay soldados por toda la calle. Oye sus vozarrones y el chocar de sus armas. El ruido, tan cerca, mitiga el de las campanas de

Saint-Germain-l'Auxerrois,

que traspasa la noche para aniquilarla.

De pronto, se oyen detonaciones, en medio de gritos, de estruendo de puertas al romperse y chillidos de mujeres.

Ahora suenan otras campanas, las de Sainte-Eustache y Notre-Dame. Las iglesias son como naves abriendo fuego con todos sus cañones, y todo el barrio, desde el muelle de

l'Étoile

hasta la calle Saint-Honoré, de la calle de la Monnaye a la del Autruche, que va desde el Louvre hasta el palacio de Borbón, es un auténtico campo de batalla.

Montanari cierra los ojos. Está a bordo de la *Marquesa*, las galeras se embisten, los mástiles caen. Son los mismos gritos de hombres matándose en París como en Lepanto.

Los gritos proceden de la calle del Arbre-Sec y de la calle Bétisy. Montanari los reconoce. Son los aullidos de la muerte.

Los soldados han debido de entrar en el número 7 y asesinar al almirante Coligny.

Montanari mira hacia el exterior.

La trama se ha abierto del todo y la noche ha dejado paso al alba.

Hay menos soldados, pero la calle es un hervidero de gente: hombres, mujeres y niños corren gritando despavoridos. Algunos enarbolan enseres, alfombras, vestidos, y luchan entre sí disputándose el botín.

Es el toque de acoso, la hora del pillaje. Y matarán. Matarán hasta emborracharse, hasta cubrir sus rostros de sangre.

¿Quién puede detener a una jauría que ha olfateado su presa?

Las bodas de sangre, las bodas rojas, las bodas bárbaras tienen que celebrarse.

Montanari distingue ahora los cuerpos, las armas y los rostros.

La noche no es más que los restos de un naufragio bañados por la luz del alba. Delante de la puerta, de repente, se oyen gritos, una aglomeración, dos siluetas, una de las cuales, con el brazo extendido, rechaza con su espada los golpes que quieren propinarles.

Montanari baja las escaleras como una exhalación y ordena a Leonello Terraccini que reúna a los criados: «¡Que les den armas, y luego que me sigan!».

Cruza el patio, abre el postigo y recibe contra el suyo el cuerpo ensangrentado de Bernard de Thorenc, que, espada en mano, protege con su pecho a Anne de Buisson.

Montanari los empuja al interior del patio, abre los brazos. Los criados lo rodean. Hace frente a esa jauría de bocas abiertas y desdentadas, que dejan a la vista encías sanguinolentas; ve rostros acuchillados, ojos desorbitados, puños amenazadores, gente harapienta armada con garrotes y puñales. Unos niños parecen deslizarse entre sus piernas. Tiene que apartarlos a patadas.

Los criados alzan sus picas. El grupo de andrajosos retrocede.

Un sacerdote se adelanta amenazador, diciendo que hay que castigar a los *mal-sentants* de la fe, que el ángel de Dios ha escogido el día de San Bartolomé para aplastar a los demonios y quienes los protegen serán condenados.

—Soy veneciano de la Liga Santa —grita Montanari—. Soy soldado de la Cruz, y el hombre a quien protejo luchó en Lepanto a mi lado el venturoso día 7 de octubre del año del Señor de 1571, lo

juro ante Dios. ¡Vamos, entra!

No espera a que al sacerdote le dé tiempo a reaccionar y lo mete en el patio tirándole del brazo. Bernard de Thorenc está de pie. Lleva al hombro el pañuelo blanco de los soldados del rey y de los Guisa, la señal de los ejecutores.

—¿Lo ves? —dice Montanari señalándolo—. Este gentilhombre está al servicio de Felipe II, rey católico de España. Ha sido prisionero de los infieles. Luchó conmigo en Lepanto, en la Liga Santa, bajo el signo de la Cruz: *Tu hoc signo vinces!*

El sacerdote vacila. Luego ve a Anne de Buisson sentada en un escalón del patio.

El sacerdote grita: «¡Ésa es una hugonote, una hereje!».

—¡Si crees eso, conviértela, dale la bendición! —exclama Montanari.

Luego se acerca a Anne de Buisson, le tiende la mano y le susurra que no se trata sólo de salvar su vida, sino la de todos los que viven allí. «Ahí fuera aúllan los chacales sedientos de sangre. ¡Nos matarán a todos!», le dice en voz baja.

Anne de Buisson se arrodilla ante el cura, que mira en torno a sí.

Bernard de Thorenc tiene la espada medio levantada. Leonello Terraccini una pistola en cada mano. Montanari no suelta su daga. Los criados forman un erizo con sus picas. La muchedumbre no hace ningún movimiento.

El sacerdote coloca su mano sobre la cabeza de Anne de Buisson, se inclina y le susurra unas palabras. La joven baja la cabeza. Montanari no la oye, pero sabe que está confesando sus pecados, renegando de su fe y solicitando la gracia de ser admitida de nuevo en el seno de la santa religión.

El padre se santigua, y a continuación se dirige a la multitud, gritando:

—En esta casa sólo hay gente que profesa la verdadera fe en Jesucristo y la Santa Madre Iglesia.

Tras unos instantes de duda, la gente los aclama. El padre se vuelve hacia Montanari y le da la bendición.

Los criados cierran el postigo.

Montanari se santigua y musita:

—¡Gracias, Dios mío!

—La única forma de salvarla —dice Bernard de Thorenc— era atacando a los hugonotes.

Está en la pieza del primer piso del palacio de Venecia, sentado enfrente de Vico Montanari.

Mira hacia las ventanas. Están cerradas, pero se oye el sordo retumbar de las campanas entre los secos disparos de los arcabuces, los gritos y el golpeteo de los cascos de los caballos.

—Igual que en el puente de la *Sultana* —prosiguió—. Me abrí paso entre los hugonotes. Detrás de mí, degollaban y destripaban.

Interrumpe su relato y escucha el ruido.

—¿Es ésta la voluntad de Dios?

Los vendajes con que han envuelto sus manos, sus brazos, el pecho y la frente están empapados de sangre.

—Los han matado a todos —añade—. Me metí en el pasadizo en el que se habían refugiado los hugonotes —prosigue—. Creo que iba a dar a las orillas del Sena. Esperaban huir por el río, sin saber que el rey había dado orden de amarrar las barcas. No les dio tiempo a alcanzar la ribera. Los lanceros del rey y los del duque de Guisa los inmovilizaron contra las paredes. Me puse delante de Anne de Buisson.

Interrumpe el relato y baja la voz, como si temiese que Anne pudiese oírlo desde la habitación contigua, donde la habían instalado.

—Me salvó la sangre de mis heridas. Me había peleado con denuedo y ella era mi presa.

Bajó la cabeza.

—Lo que han hecho con las otras mujeres…

Guardó silencio unos instantes.

—¿Es ésta la voluntad de Dios?

Se levantó y dio unos pasos, inseguro. Montanari se acercó a él para sostenerlo, pero rechazó su ayuda.

—¡Cuidad de ella! —dijo, y con un ademán mostró la puerta de la habitación donde estaba Anne.

—Ya no es una hugonote —respondió Montanari—. Es una buena católica.

—Matan indiscriminadamente —dijo Bernard de Thorenc—. Pueden degollar al primero que llegue y se le antoje que es un *mal-sentant* de la fe…

Se encogió de hombros.

—¿Quién conoce la voluntad de Dios y lo que Él condena? ¿Quiénes son para Él los *mal-sentants* de la fe? Yo sólo sé que hay cristianos, judíos e infieles.

Se sentó otra vez, lentamente.

—Pero los reyes eligen, según sus intereses, a los que quieren matar y a sus aliados, sean infieles, *mal-sentants* de la fe o judíos. Vosotros, los venecianos, tentáis la suerte desde hace mucho tiempo. Quemáis herejes, combatís a los infieles, obligáis a moros y judíos a convertirse sólo cuando conviene a los príncipes o al dogo. Pero ¿es ésa la voluntad de Dios? ¿Quiere que se mate a los hombres en su nombre?

—Dios deja que los hombres se condenen —dijo Montanari— y luego los juzga.

—Cuidadla —murmuró Bernard de Thorenc.

Cruzó la pieza, cojeando. Vico Montanari lo ayudó a bajar la escalera.

Cuando cruzaron el patio, oyeron una voz clamando en la calle, repitiendo cada frase, recalcando cada palabra:

—El ángel del Señor ha ejecutado el juicio de Dios. Coligny, el traidor que intentó matar al rey, que quería la ruina de Francia, que tanto daño ha hecho en París, ahora ya sólo es carroña para gusanos y cuervos. ¡Loado sea Dios!

15

«Ilustrísimas Señorías,

»Hasta hoy jueves, 28 de agosto, no he podido comunicaros los hechos extraordinarios y sangrientos que desde el domingo 24, día de San Bartolomé, se sucedieron en París.

»El sábado 23, el rey mandó cerrar las puertas de la ciudad y amarrar las barcas en las orillas del Sena, y los correos no pudieron salir de la villa hasta hoy.

»Hoy, día 28, se han vuelto a abrir las puertas y la ciudad; en comparación con los cuatro días pasados, está tranquila.

»He recorrido las calles.

»En las horcas levantadas en los cruces se arraciman los cadáveres. Bandidos y hugonotes penden de las sogas, sin distinción. Decenas de cuervos sobrevuelan los cadalsos, graznando sin cesar. Los ojos y las entrañas de los ahorcados sólo son carne para picotear.

»Pero morir ahorcado es un privilegio del que pocos hugonotes han podido gozar. Todavía los persiguen.

»Esta mañana, en el muelle de
l'Étoile,
muy cerca del palacete de Borbón y del palacio del Louvre, he visto cómo unos desalmados le arrancaban la ropa a una mujer cuyo porte austero y vestido negro les ha hecho pensar que se trababa de un miembro de la religión reformada. La desdichada agitaba los brazos como un náufrago. Esos indeseables se disputaron su jubón, y, antes de tirarla al Sena, la violaron.

»Poco después, en el mismo muelle, vi avanzar, precedida de los alabarderos, de los portadores de banderas y crucifijos, de los predicadores, la gran procesión que, conducida por la familia real, se dirigió a Notre-Dame.

»Me uní a ellos, y caminé junto a Diego de Sarmiento, enviado

del rey de España, y de los embajadores de las cortes de Alemania y de Italia.

»El padre Verdini se felicitó, en nombre de Su Santidad Gregorio XIII, por la victoria sobre la secta hugonote.

»Sarmiento se burló del almirante Coligny y su pretensión de luchar contra España e imponer su fe en París con cuatro mil caballeros hugonotes y ocho mil infantes llegados de los Países Bajos y Alemania.

»—Id a verlo, y podréis contemplarlo bailar en Montfaucon —me soltó, desternillándose de risa.

»Los demás lo secundaron.

»La suerte de Coligny no inspira piedad alguna a estos hombres, pese a que muchos de ellos se habían codeado con él en los consejos del rey.

»Ni siquiera al propio soberano, que lo escuchaba con devoción filial, llamándolo "padre mío", cosa que provocaba la ira de sus hermanos Enrique de Anjou y Francisco de Alençon.

»Carlos IX, como dije en otra ocasión, por lo visto había seguido los consejos de Coligny, como demostraba una carta firmada de su puño y letra encontrada en el cuerpo de Robert de Buisson, muerto por los españoles. En ella, lo exhortaba a matar al enemigo hispano, como pedía Coligny.

»Hoy todo esto parece no haber existido. Es como si estuviésemos en otro mundo.

»Todo comenzó el domingo 24 de agosto.

»Fue entre las tres y las cuatro, aún no había amanecido, y la campana de
Saint-Germain-l'Auxerrois
comenzó a sonar e inmediatamente fue respondida por el toque de alarma de todas las iglesias.

»Enseguida corrió el rumor de que el rey había permitido la matanza de hugonotes y el saqueo de sus casas.

»Y empezó la masacre por todo París.

»Me aseguraron —y pude verlo con mis propios ojos en las inmediaciones del palacete de Venecia— que no había ninguna callejuela en París, por pequeña que fuese, donde no hubiesen asesinado a alguien. La sangre corría por las calles como agua de

lluvia.

»Coligny fue el primero al que mataron, tal vez antes de que las campanas sonasen a rebato en
Saint-Germain-l'Auxerrois.

»Se sabe quién fue el asesino. Se trata de Bême, un hombre de los Guisa, nacido en Bohemia, quien forzó, junto con los arcabuceros y los lanceros del capitán Cosseins, la puerta del palacio de Ponthieu.

»Los hugonotes se defendieron. Algunos lograron huir por los tejados. Dicen que entre ellos se encontraban Guillaume, el hermano de Bernard de Thorenc, Séguret y Jean Baptiste Colliard, tres de los más contumaces hugonotes fieles a Coligny.

»Bême y sus espadachines acuchillaron a Coligny y después intentaron defenestrarlo.

»Coligny, que aún estaba vivo, se aferró a la ventana. Entonces le cortaron los dedos. Cayó a los pies del duque de Guisa, que esperó para asegurarse de que su venganza se había cumplido. Por lo visto, dijeron que él mismo limpió el rostro de Coligny con un pañuelo, y exclamó: "Es él, lo reconozco". Luego lo pisoteó.

»Ilustres Señorías: Hay que contar lo ocurrido con el cuerpo del almirante para entender mejor lo que sucedió durante estos días en una villa en la que cientos de cadáveres desnudos y mutilados llenaban las calles y el río.

»Cuando lo arrojaron todavía vivo desde la ventana del palacio de Ponthieu, un grupo de niños —doscientos o trescientos, según me contaron— se abalanzaron sobre él y, primero, le cortaron la cabeza y sus atributos viriles, para continuar luego con manos, brazos y piernas.

»Lo arrastraron por las calles y lo quemaron un buen rato en la hoguera levantada en el muelle de
l'Étoile,
dudando si arrojarlo al Sena, hasta que por fin lo dejaron pudrirse antes de colgarlo por los pies en la horca de Montfaucon.

»Fue entonces cuando el rey quiso ver a aquél a quien había llamado "padre".

»Mientras caminábamos en la solemne procesión del jueves 28 de agosto, el conde Enguerrand de Mons nos contó que el cuerpo de

Coligny no era más que una masa pútrida. El propio conde y unos gentileshombres que estaban con él habían tenido que taparse la nariz, y el rey al verlos había dicho:

»—Yo, al contrario que vosotros, no me tapo la nariz, pues no hay mejor olor que el del enemigo muerto.

»El rey dio muestras de la misma crueldad con otros gentileshombres hugonotes que habían sido compañeros de frontón y de baños en el Sena.

»La noche de San Bartolomé, el Louvre se convirtió así en uno de los lugares de masacre.

»Conozco estos hechos por Diego de Sarmiento, que no podía ocultar su asombro por la actitud de un rey que él creía bajo la influencia de los hugonotes y que, de repente, se convertía en su verdugo. Sólo había salvado de la muerte a los príncipes de sangre real, Enrique de Navarra y Condé, ambos Borbones, que se presentaron ante el rey, de noche y desarmados. Carlos IX, tras insultarlos, les dio a elegir, con la punta del puñal en sus gargantas, entre oír misa, la Bastilla o la muerte.

»—¡Él! —repetía asombrado Sarmiento—. ¡El mismísimo Carlos IX! Aquel rey que estaba dispuesto a hacernos la guerra y abrazar la religión reformada, o a aceptar, al menos, su presencia en el reino…

»Sarmiento, sacudiendo la cabeza, contó cómo Enrique el bearnés se había arrodillado al punto y renegado una vez más, dispuesto a oír todas las misas y a rezar a toda la corte celestial si así lo querían. Condé se había resistido un poco hasta acabar, también, renegando de su fe.

»Y ésa fue la única gracia que concedió Carlos IX.

»Los gentileshombres hugonotes de ambos príncipes de sangre real y todos aquellos que hacía apenas unas horas bailaban en las salas del Louvre fueron arrojados uno a uno al patio, donde los atravesaron las picas de los suizos con tal saña, que la sangre manaba a borbotones de sus cuerpos y empapó el pavimento.

»Persiguieron a un gentilhombre hugonote hasta la alcoba de Margarita de Navarra, adonde aquel cobarde había ido a refugiarse bajo el cuerpo de la joven, manchándola de sangre. Creo que ella

obtuvo su gracia durante unas horas.

»Degollaron gente en los pasillos del palacio y en los jardines.

»Persiguieron a los que intentaron huir por los tejados y los pasadizos subterráneos.

»El rey, desde su ventana, había contemplado la matanza en el patio de palacio y en las orillas del Sena.

»—¡Como buen cazador! —se mofó Diego de Sarmiento.

»Éste contó cómo el soberano había disparado a los hugonotes que estaban en la orilla izquierda, frente al Louvre, intentando huir de París.

»—Tenía un enorme arcabuz para cazar —añadió el español—. Y gritaba: "¡Matadlos, matadlos, por Cristo crucificado! ¡Que se escapan! ¡Matadlos!".

»Más tarde, en los pasillos del Louvre, junto a la cámara del rey, hallaron muerta a una doncella de Catalina de Médicis, despedazada. De repente, el soberano sintió miedo de que la caza se le escapase de las manos y que los perros que había soltado no le obedeciesen, porque a quien habían asesinado era a Isabelle de Thorenc, hugonote, desde luego, pero protegida de Catalina de Médicis y hermana de Bernard de Thorenc, que estaba bajo la protección de Diego de Sarmiento.

»A raíz de ello el rey dejó de dirigir la caza de hugonotes.

»Pero el pueblo, surgido de la nada y del abismo donde se escondía, invadió las calles, saqueando las casas de los hugonotes y asesinando a sus moradores.

»Cerca de tres mil fueron despojados de sus vestiduras —sus ropas de buen paño eran un codiciado botín para aquellos miserables, vestidos de harapos—, después los degollaron, los descuartizaron, les arrancaron todos sus anillos y zarcillos y, finalmente, a unos los arrojaron a las calles para que los perros vagabundos diesen cuenta de ellos y otros fueron a parar al Sena o a las fosas del cementerio des Innocents, o incluso fueron colgados en Montfaucon.

»Más de seiscientas casas fueron atacadas y saqueadas. El martes 26 de agosto el rey dio órdenes de que se levantasen horcas en las encrucijadas para colgar a los bandidos.

»Pero la Santa Carnicería y el Justo Saqueo siguieron hasta hoy.

»Desde las ventanas del palacio de Venecia y en las calles, que recorría a diario, acompañado por el secretario Leonello Terraccini, veía bestias feroces en lugar de hombres.

»Los asesinos, cubiertos de sangre, clavaban sus lanzas indistintamente en el vientre de mujeres y niños. Llevaban a las criaturas colgadas de sus garrochas ensangrentadas hasta el río, donde los arrojaban. Reventaban los cráneos de sus víctimas a garrotazo limpio.

»He visto a los hugonotes arrodillarse para salvar sus vidas ofreciéndoles sus bolsas llenas de piezas de oro. Pero ¿por qué aceptar un rescate si podían coger la bolsa y la vida?

»Matan y roban por doquier. Saquean todo lo que encuentran a su paso.

»Los jefes de policía conducen a los asesinos a las casas que saben habitadas por hugonotes. Consultan sus registros, suben hasta los cuartos de los hoteles donde se aloja cualquier gentilhombre llegado a París para asistir a la boda de Enrique, su señor hugonote, y de Margarita de Valois, la católica.

»Matan.

»Ninguno de estos hechos, Ilustrísimas Señorías, debería sorprenderme, pues ya indiqué en mis anteriores informes que Diego de Sarmiento preparaba una batida. Una vez caídos en la trampa y sin posibilidades de escapar de la villa, los hugonotes serían golpeados como bestias atrapadas en el fondo de un saco.

»Pero entre las palabras y la sangre, su color, su olor, hay un largo trecho. Y no es fácil imaginarse las calles de una villa convertidas en ríos escarlata, o a un pueblo que creíamos contenido y sumiso transformado de súbito en una horda vociferante, en una jauría de asesinos sedientos de sangre trabajando con saña para masacrar a sus vecinos, ensartando cuerpos de bebés y destripando a mujeres y ancianos.

»Lo han hecho. Lo he visto con mis propios ojos.

»Los asesinos matan sin que su mano tiemble, con la seguridad de quien ejecuta el juicio de Dios.

»Y, en el transcurso de esos días, se corrió la voz de que un

espino marchito que había en el cementerio des Innocents, ante la estatua de la Virgen, había florecido, como señal de la satisfacción de Dios ante el buen trabajo que se había hecho en París.

»Fui al cementerio y oí repicar las campanas de su iglesia para que todos se enterasen del milagro.

»En torno a la estatua de la Virgen había hombres y mujeres con los ojos desorbitados, gritando y rezando, brincando eufóricos, retorciéndose, transportados por la alegría del milagro.

»Después, dejaban el cementerio corriendo, para ir a matar herejes sin demora y hacer brotar la sangre que había regado el espino albar y haría que el reino de Francia floreciese de nuevo.

»Todo esto sucedió durante los cuatro días que siguieron a la noche de San Bartolomé, la del 24 de agosto de 1572.

»Hoy, el rey se dirigió al cementerio des Innocents, en procesión, para contemplar el milagro del espino blanco.

»Se arrodilló ante la zarza florecida.

»Yo me hallaba muy cerca de él, al lado de Diego de Sarmiento, en primera fila, con todos los embajadores.

»El rostro de Carlos IX era de una palidez extrema y le temblaban las manos. Me pareció que su cuerpo se tambaleaba y le costó trabajo levantarse, reincorporándose a pasos lentos a la cabeza de la procesión.

»No vi al monarca contento por la victoria recién conseguida, sino temeroso.

»En la villa corren rumores de que el rey mandó llamar al cirujano Ambrosio Paré, a quien salvó pese a ser sospechoso de hugonote y haber curado al almirante Coligny después del arcabuzazo del que había sido víctima. Por lo visto, Carlos padecía una grave afección en el cuerpo y la mente, y se hallaba aquejado de fiebre.

»Al parecer le confió al cirujano que, vele o duerma, los cuerpos masacrados se le acercan con sus horribles rostros ensangrentados. El monarca jura que nunca quiso que los imbéciles y los inocentes fuesen masacrados.

»Pero lo fueron, Ilustrísimas Señorías, y sólo Dios tiene el poder de resucitar a los muertos».

16

«Vivo esperando la muerte», escribió Anne de Buisson.

Es la primera línea de un diario que redactó durante toda su vida. Lo comenzó la mañana del domingo 24 de agosto de 1572, día de San Bartolomé. Se había despertado sobresaltada, sorprendida por hallarse en un cuarto del primer piso de la embajada de Venecia en donde, iba recordando poco a poco, la había instalado Bernard de Thorenc después de que ella se hubiese arrodillado en el patio del palacete y de que el sacerdote le ordenase renegar de su fe, poniéndole la mano en la cabeza.

Se estremeció al recordarlo, saltó de la cama, con el cabello revuelto y los pies desnudos, preguntándose quién la había descalzado. De repente, oyó unos gritos, o más bien ladridos, junto con aquel martilleo de campanas que vibraba en su cabeza como si ésta fuese de metal.

Fue corriendo a la ventana y abrió las cortinas. La claridad la deslumbra.

En el cruce de la calle des Poulies con la calle Fossés-Saint-Germain pudo ver a dos niños que arrastraban un cadáver mutilado; muy cerca, unos hombres cargados con ropa, y otros, agachados en el suelo, vaciando un cofre. A su alrededor yacían cuerpos de hombres y de mujeres desnudos y ensangrentados; las mujeres con las piernas separadas y los senos cortados, cubiertas con piezas de tela como si fuesen echarpes.

Anna gritó, y en el marco de la puerta apareció Vico Montanari, que le dijo, sin que ella le preguntase, que Bernard de Thorenc se había marchado, pero que allí se encontraba a salvo y que podía permanecer todo el tiempo que fuese necesario mientras —Montanari hizo un ademán en dirección a la ventana— aquello durase.

La joven unió las manos en actitud de oración, y pidió, con voz ahogada y tono suplicante, recado de escribir. A continuación puso las palmas sobre sus orejas para darle a entender a Vico Montanari que escribiría para levantar a su alrededor, palabra a palabra, piedra a piedra, un muro que la protegiese, y al que poder arrimarse cuando se sintiese caer en el abismo, en la negra galería en la que había visto a hombres, mujeres y niños ensartados con las picas, clavados como trofeos de caza en las paredes del subterráneo que conducía del número 7 de la calle del Arbre-Sec a las orillas del Sena, donde estaban las barcas para huir de los asesinos.

«Una masacre, —dijo, primero en voz baja y después a gritos, en los oídos de Montanari—: ¡Una masacre!». «¡Una masacre!».

Había oído la palabra por primera vez esa mañana, cuando Bernard de Thorenc, sangrando por las heridas que los hugonotes le habían hecho en los hombros, las manos, la frente y el cuello —pues había sido el primero en entrar en la casa y luego en el pasadizo—, se la susurró al oído cuando la rescató y la llevó a la salida: «¡Han hecho una masacre!».

Unos alabarderos, mercenarios suizos de los Guisa, intentaron detenerlo. ¿Adónde iba? ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué no la abrían en canal allí mismo? Y metieron sus manos entre los muslos de Anne de Buisson.

Bernard de Thorenc los rechazó a cintarazos, gritando que la mujer era suya, para su uso particular.

—¡Es mi presa, la he pagado con sangre!

Y les mostró sus heridas.

Lograron escapar del número 7 de la calle del Arbre-Sec.

Anne de Buisson, por instinto de protección, no rodeó con los brazos el cuello de Bernard de Thorenc, sino que los dejó colgando como un animal herido por la boca de la fiera.

Pero al llegar a la calle Fossés-Saint-Germain, la joven quiso caminar y, cuando dio los primeros pasos, la multitud los rodeó.

Vio los rostros llenos de odio, las manos que querían agarrarla y arrancarle la ropa.

Bernard de Thorenc se defendió con su espada, pero la muchedumbre gritó:

—¡Es una hugonote! ¡Matémosla! ¡Al Sena con ella! ¡A la horca! ¡A la hoguera! ¡Entréganosla! ¡Entréganosla!

Bernard de Thorenc les hizo frente defendiéndola con su cuerpo; se plantó delante de la joven y rechazó a aquella jauría con su espada. Después, abrieron el postigo y los criados armados de picas impidieron que aquellas alimañas entrasen en el patio, y Montanari empujó dentro al sacerdote ante el que había tenido que arrodillarse y confesar sus pecados.

Sintió náuseas.

—¡Sí, una masacre! —murmuró a su vez Vico Montanari.

Se acercó a Anne de Buisson y quiso tomarla de las manos, pero la joven se soltó y fue hasta la ventana.

Vio más cuerpos tendidos en la calle des Poulies, destripados, mutilados, y a los salteadores disputándose la ropa de los muertos y, después, mirando a su alrededor como si olfateasen nuevas presas.

Anne de Buisson retrocedió y tropezó con Vico Montanari.

—Aquí no se atreverán a venir —dijo, mientras la joven se alejaba y se acurrucaba en la cama, hecha un ovillo, con la espalda encorvada hacia delante y las manos agarrando las piernas dobladas.

No parece oír al veneciano, que le explica que nadie en la corte, ni el rey, ni la reina madre, ni su hermano Enrique de Anjou —los dos últimos habían decidido la matanza y el soberano había cedido a sus deseos—, quiere entrar en conflicto con la Serenísima República.

Se inclina hacia Anne de Buisson.

—Ésta es la embajada de Venecia —precisa.

Anne de Buisson se levanta y se pone a caminar por el cuarto dando grandes zancadas, alzando los brazos y retorciéndolos como una loca —es consciente de ello—, y repitiendo que ella los conoce muy bien a todos, al rey, a quien le gusta azotar y que lo azoten y es un ser dominado por su madre, ante la que tiembla y tartamudea, con el rostro bañado en sudor y la cabeza baja; y al otro, Enrique de Anjou, el rey de los mignons, que se viste como una mujer; y a Catalina, la Médicis, la perversa, la reina de la muerte, que ordena a

sus magos y hechiceros que pinchen con sus agujas el corazón de las figuritas hechas a imagen de aquéllos a los que odia, y, cuando el sortilegio fracasa, usa el veneno, y nadie, ni siquiera el monarca, está a salvo de esa asesina.

—Entrará aquí cuando quiera o mandará a sus envenenadores. Ella cree que estoy muerta, pero si se entera de que estoy viva, no descansará hasta matarme.

Anne de Buisson se detiene delante de Montanari. Le suplica de nuevo: quiere escribir, luchar así contra el maleficio, el veneno que Catalina inyecta en las almas, arrebatándote la voluntad hasta ser sólo una muñeca que rompe y tira cuando ya no le sirve de nada.

Anne duda un instante, y después murmura, con voz ahogada: «¿E Isabelle de Thorenc?».

Montanari baja la cabeza y retrocede unos pasos. Le dice que Leonello Terraccini, su secretario, le traerá lo que ha pedido.

Se detiene un momento en el umbral de la habitación para añadir.

—Encontraron el cuerpo de Isabelle de Thorenc.

Anne de Buisson abre los brazos.

—También quieren el mío —dijo.

El secretario entra poco después y deja en la mesa baja del centro de la pieza plumas afiladas y tinta.

Ana se levanta y pasa delante del joven de cabellos ondulados y rasgos regulares.

Empuja la mesa hasta la ventana. Tiene que ver a los asesinos.

Quizás Bernard de Thorenc haya vuelto con ellos tras salvarla. ¿Pero únicamente quería arrancarla a ella de las garras de los asesinos? ¿Y las otras víctimas, como ese bebé que vio arrastrado por dos niños, cuyo cuerpo y cabeza rebotaban en los adoquines de la calle des Poulies? Estará matando como los demás.

Bernard de Thorenc debe matar para que le perdonen que la haya escondido o para evitar que sospechen que él, el hermano del hugonote Guillaume de Thorenc, es cómplice de su causa.

Coloca las hojas en la mesita.

¡Bernard de Thorenc! El hombre al que ella se entregó el día de la boda de Enrique de Navarra y Margarita de Valois.

El hombre al que dejó que la poseyese bajo una escalera, en el

rincón más apartado del palacio del Louvre, donde asesinaron a Isabelle de Thorenc, su hermana.

Él la salvó, pero la ha abandonado aquí, mientras en la calle des Poulies estarán buscándola los que perpetraron la masacre.

Anne de Buisson se sienta a la mesa y coge una pluma.

—¡Ocultaos! ¡No dejéis que os vean! —le dice Leonello Terraccini, acercándose—. Han permitido que entraseis aquí, pero he visto al cura merodeando por la calle Fossés-Saint-Germain. Unos cien asesinos lo escuchan y lo siguen. Aceptó convertiros porque estaba muerto de miedo. Oí cómo rezaba: «Dios los convertirá si quiere, Dios los perdonará si quiere, pero nosotros debemos ejecutar su sentencia». El sacerdote puede volver en cualquier momento y cogeros. Quizás trabaje por cuenta de alguien que desea vuestra muerte.

Anne de Buisson se vuelve y mira fijamente al secretario, que le repite de nuevo:

—¡Por Dios, que no os vean! ¡La sangre los ha enloquecido!

De repente, con un movimiento brusco, Anne lo agarra del cuello y lo atrae hacia sí, jadeante, como si quisiese introducirse entre los hombros y las piernas de Leonello Terraccini.

Lo obliga a agacharse, lo besa. Cuando tiene en su boca el sabor tibio de los labios del hombre, se separa de él.

Ve los labios de Terraccini, que ella ha mordido, perlados de sangre.

Después lo enlaza por la cintura y van así hasta la cama, donde caen rendidos los dos.

La muchacha cierra los ojos mientras él le levanta la ropa y desliza su mano entre sus muslos.

La joven recuerda a los autores de la masacre haciendo lo mismo en el oscuro pasadizo de la casa número 7 de la calle del Arbre-Sec.

Agarra el puño de Terraccini no para rechazar su mano, sino para que la penetre.

Un único pensamiento ocupa su mente: «Vivo esperando la muerte».

17

Los días de sangre, cuando los asesinos cortaban narices y orejas, labios, sexos, gargantas, hundían estacas en los vientres de las mujeres o, antes de profanarlas así, las forzaban a copular con hugonotes a quienes habían castrado como a los cerdos —y sus risotadas, junto con la sangre, llenaban las calles aquellos días—, Bernard de Thorenc bajaba la cabeza en las callejuelas des Poulies y de Fossés-Saint-Germain sin atreverse a mirar a la ventana de la embajada de Venecia, tras de la cual podía estar Anne de Buisson.

Apuraba el paso para alejarse de aquellas calles por las que merodeaban los asesinos conducidos por el sacerdote ante el que se había arrodillado Anne, y que se detenía muchas veces a la puerta del palacete de Venecia, como pensando en forzarla para coger lo que le había sido arrebatado, aquella hugonote a la que se había visto obligado a convertir y no había podido matar.

En la calle de l'Autruche, Bernard de Thorenc observaba de lejos a los asesinos que llevaban las manos y los brazos, e incluso la boca, manchados de sangre.

Luego, cuando estaba seguro de que se marcharían a derribar otras puertas y que atravesarían el Sena persiguiendo a los hugonotes que intentasen huir —el rey, desde su ventana del Louvre, les disparaba con su gran arcabuz como si fuesen ciervos o jabalíes—, Thorenc volvía despacio a la residencia de los españoles.

Jamás soltaba su espada, y llevaba su pañuelo blanco —manchado de sangre— atado al hombro, porque era un salvoconducto ante los asesinos, así como también lo eran los vendajes ensangrentados que cubrían sus hombros, manos y frente.

Caminaba con la cabeza alta, porque ahora quería ver.

Tropezó con los cuerpos de dos mujeres desnudas, abrazadas una a la otra. Les habían puesto unos cuernos de buey entre los muslos. Sus rostros habían sido acuchillados de tal manera que sus

rasgos humanos habían desaparecido.

Algo más lejos, en la esquina de la calle Saint-Honoré, un grupo de chiquillos ejecutaban una broma macabra, obligando a un viejo, arrodillado y totalmente desnudo, a tragar primero unas hojas de la Biblia y luego excrementos. Como castigo por haber leído el Libro Santo en lengua profana y no cumplir el precepto de la Cuaresma, ¡debía perecer en el tormento!

Un poco más adelante, Bernard de Thorenc vio a unos niños —¡más niños!— alanceando a una mujer, descuartizándola y utilizando sus tripas ensangrentadas como látigos para azotar a otros hugonotes. La muchedumbre aplaudía a aquellos niños que mataban con tanta saña, entre risotadas.

Bernard de Thorenc se dio la vuelta.

Durante aquellos días sangrientos había tenido la sensación de que lo seguían, y, cuando volvía al palacete de los españoles, le parecía que tanto Diego de Sarmiento como Enguerrand de Mons o el padre Verdini lo miraban suspicaces, como si alguno de sus espías —víboras alimentadas por la reina madre, Enrique de Anjou o el propio Sarmiento— les hubiese contado que Bernard no había matado a ningún hugonote, que se había limitado a defenderse, evitando la lucha, y que, además, había salvado a Anne de Buisson, una hugonote, la hermana de aquel maldito corsario de La Rochelle, Robert de Buisson, la camarera de Catalina de Médicis a la que tal vez ordenó matar porque la muchacha había sido testigo de muchos complots y porque, cuando la ciudad quedase limpia de hugonotes y Enrique de Navarra se hubiese convertido al catolicismo, no necesitaba a ninguna seguidora de la fe reformada.

Pero Bernard de Thorenc también desconfía. No debe dar pretextos a los asesinos, y se abstendrá de mirar hacia la ventana de la residencia de Venecia.

Ni siquiera debe pensar en la joven.

Además, por qué iba a esperarlo ella cuando entre los dos —pese a la noche bajo la escalera del Louvre— lo único que había ocurrido es que la sangre había corrido como en una crecida. Tendría que dejar que el tiempo pasase e incluso debería evitar acercarse a Vico Montanari o a su secretario Leonello Terraccini, a quienes Bernard

de Thorenc había visto muchas veces en el palacete de España, y luego en la capilla del Louvre donde Enrique de Navarra se había arrodillado entre los asesinos para renegar de su fe y pedir humildemente ser acogido en el seno de la Santa Madre Iglesia. Después, cuando abrió la boca para comulgar, las carcajadas de Catalina de Médicis, mezcladas con las de los asesinos, se extendieron por toda la nave.

En aquel momento Bernard de Thorenc pensó —y las sienes le estallaban— que todos los hombres, fuese cual fuere su religión, habían convertido en un infierno la tierra que Dios les había dado.

Recordó las miniaturas del libro de Michele Spriano, los suplicios que Dante describía en su viaje al Infierno. Era igual a lo que había visto en las calles des Poulies y de la Monnaye, en el muelle de
l'École,
o en las inmediaciones de los palacios de Borbón y Aumale.

Enguerrand, que volvía de Provenza, de la Gran Fortaleza de Mons, había relatado cómo todos los días, después de un banquete, y para distraer a sus invitados, buenos católicos, había arrojado a los hugonotes desde lo alto de los acantilados hasta las gargantas del Siagne, y convidaba a las damas invitadas a pincharlos con puñales en los riñones y en el culo para que ellos mismos se arrojasen al río. Y los niños habían sido los primeros en apuntarse para participar en aquel juego.

Por todas partes, decía Enguerrand de Mons, perseguían a los hugonotes, y los cuerpos de los herejes flotaban también en el Ródano, sin que nadie les diese sepultura.

—Y ahora esa carroña envenena las aguas…

—Nunca acabaremos con ellos —dijo Enguerrand de Mons, tras un silencio, volviéndose hacia Bernard de Thorenc.

Unos cien gentileshombres hugonotes habían ocupado la Torre del Castro, para defenderla. Y los comanda…

—… vuestro hermano Guillaume y otros que también se han salvado, como Jean Baptiste Colliard y Séguret.

Sarmiento estaba indignado.

Quienes habían dejado con vida a los *mal-sentants* de la fe eran aún más culpables que ellos, y a ésos habría que infligirles una

muerte lenta y cruel, porque ya fuese por compasión, cobardía o complicidad, habían comprometido el destino del reino de Francia y de la justa fe.

Los protestantes de La Rochelle resistían a las tropas del rey. Los de Montauban y Nîmes, entre otras muchas villas del sur, querían constituirse en Unión, abandonar el reino y esperar el apoyo de los alemanes y de los mendigos del mar de los Países Bajos.

—¡Eso es lo que han conseguido los protectores de los hugonotes! ¡Para ellos el hacha, el puñal, la soga o una lenta agonía eran castigos leves!

Diego de Sarmiento habló sin apartar la mirada de Bernard de Thorenc, que se la sostuvo. Después se marchó.

Esa noche rezó en su alcoba, de rodillas, con la cabeza apoyada en sus manos cruzadas y los brazos reposando en el borde del lecho.

Cuando hubo terminado sus oraciones, imploró a Dios, con una voz cada vez más fuerte:

—¡Señor, todos somos infieles! En París he visto la misma barbarie y crímenes tan perversos como en los baños de Argel y en las galeras turcas. He visto cercenar narices, orejas y labios, y perforar ojos como hacían los verdugos de Dragut el Quemado, el Cruel.

»He visto desnudar a las mujeres y tratarlas como a bestias, y luego, tras violarlas, descuartizar sus cuerpos profanados o bien dejarlas por muertas. Cristianos o mahometanos, somos todos infieles, Señor. La tierra se ha convertido en un infierno.

»¿Qué puede hacer quien cree en ti?

»Yo también he pecado, Señor.

»También yo he participado en masacres a lo largo de mi vida. Todavía conservo el sabor de la sangre.

»¡Dios mío! ¿Cómo hacer para que la sangre no se extienda en tu nombre?

»¿Cómo poner fin a la masacre, a esta humana y sangrienta comedia?

»¿Cómo no serte infiel?

18

Cuando Bernard de Thorenc había empezado a hablar con la voz temblorosa por la rabia y la desesperación, Vico Montanari le apretó el brazo, pero Bernard siguió hablando en el mismo tono, indiferente a la muchedumbre que los rodeaba.

El muelle de l'École estaba atestado de mozos de cuerda, mendigos, marineros, comerciantes y mujeres harapientas que lavaban a fondo la ropa del Louvre o del palacio de Borbón. Pero en la esquina de la calle de
l'École
y del muelle, Montanari vio a unos espadachines con jubones raídos y las alas de sus sombreros tapándoles el rostro. Eran bandidos que mataban por un puñado de escudos, o tal vez espías de la reina madre que vigilaban a Bernard de Thorenc para darle cuenta de todo lo que decía.

Montanari le susurró:

—¡Bajad la voz!

Bernard de Thorenc miró a su alrededor, se encogió de hombros y luego colocó su mano en la empuñadura de la espada.

—¡Que vengan! —masculló, apretando los dientes. Y, tras una pausa, prosiguió—. Sí, Montanari, somos tan crueles, tan bárbaros como los infieles. Los alabarderos, los lanceros del duque de Guisa, la guardia real, los espadachines de Diego de Sarmiento, Enguerrand de Mons o Enrique de Anjou son nuestros jenízaros. También tenemos asesinos, verdugos. ¿Y quién es más libertino, Dragut el Quemado o el Cristianísimo rey?

Interrumpió un instante su exposición, para añadir con voz apagada:

—Le gusta matar. Es un maníaco, un cazador demente, sediento de sangre. Ha utilizado a más de cinco mil perros. Mata con el arcabuz y la daga. Sus ciervos, sus jabalíes, son los hugonotes que han conseguido huir y todavía resisten en La Rochelle, esos que se

reúnen en torno a mi hermano Guillaume. También asesinos.

Hizo una mueca de disgusto.

—Cuando Carlos vuelve de su jornada de caza, lo perfuman y lo visten. Espera a que caiga la noche y se va, disfrazado, a merodear por las calles cercanas al muelle de
l'École,
por la calle de Saint-Honoré, la del Arbre-Sec o la de la Monnaye. Echa abajo las puertas de los gentileshombres o de los miembros del Parlamento. Los levanta de sus camas y se tumba en ellas exigiendo que lo azoten. Coge a sus mujeres y las azota a su vez, entre jadeos. Dice que oye aullidos parecidos a los de las noches de masacre. Con el cuerpo bañado en sudor, exige más azotes y cuenta que cada mañana aparecen en su ventana bandadas de cuervos como los que vuelan alrededor de las horcas y del patíbulo de Montfaucon; sus gritos son humanos y a veces golpean las ventanas con sus picos.

Vico Montanari volvió a darle un codazo. Después, para impedir que siguiese hablando, le dijo que Anne de Buisson, escondida todavía en la embajada de Venecia, quería abandonar París y marchar a la Serenísima.

Bernard de Thorenc pareció no oírlo, y siguió hablando:

—El rey, en cada acceso de tos o de hipo —cada vez más frecuentes—, escupía sangre. Tras sus excesos nocturnos, volvía a palacio con el jubón ensangrentado, pálido, cabizbajo y con la mirada sombría. De repente, gritaba dando órdenes de que se reuniese la guardia, que querían matarlo, estrangularlo o hacerle un hechizo. Algunos creían que temía que su madre lo envenenase porque su preferido era Enrique de Anjou y ya había dispuesto la sucesión; y como éste acababa de ser elegido rey por la Dieta de Polonia, a la muerte de Carlos, Catalina sería regente mientras no volviese su hijo.

»Cuando grita —prosiguió Bernard de Thorenc—, la sangre le impide respirar, y quienes están con él saben que va a morir.

Y fue otra vez Bernard de Thorenc, caminando con Vico Montanari por el muelle de
l'École,
quien le habló de Carlos IX, para comunicarle que había muerto,

vomitando sangre, el domingo 30 de mayo de 1574, día de Pentecostés. La reina madre se había vestido de luto riguroso envuelta en un chal negro, el rostro oculto bajo uno velo de encaje y sus manos en los pliegues de su vestido.

—¡Vestida de negro! —murmuró Thorenc—. ¡Es la mensajera de la Guadaña!

Catalina de Médicis mandó enseguida correos hacia Polonia para que su querido hijo Enrique de Anjou volviese para ser proclamado Enrique III, Cristianísimo rey de Francia, y pudiese sentar su culito de pisaverde en el trono.

El día de la muerte de Carlos IX, Anne de Buisson y Leonello Terraccini abandonaron la embajada de Venecia. Montanari no sabía cómo decírselo a Bernard de Thorenc, así que se limitó a anunciar en voz baja:

—Se ha marchado con él.

Al principio, Montanari creyó que Bernard no lo había oído, porque siguió hablándole del rey.

—La sangre que escupía, la que lo ahogó, es la de los muertos, la de aquellos sobre quienes disparó desde su ventana como si fuesen animales. Es la sangre de sus compañeros de juegos que permitió que fuesen degollados y alanceados en su presencia. Es la sangre del remordimiento. A no ser…

Se detuvo, y la densa muchedumbre del muelle de
l'École
los empujó.

—A no ser que su madre lo envenenase. La reina Catalina emana muerte…

Luego, de repente, murmuró:

—¿Y decís que se ha ido con Terraccini?

Disimuló su emoción, torciendo la boca, y añadió que, cuando él era joven como Leonello Terraccini, había conocido a una mujer con unas trenzas rubias como las de Anne de Buisson. Se llamaba Mathilde de
Mons.
Unos años más tarde volvió a verla muy feliz en el harén de Dragut el Libertino.

—Las mujeres son así —concluyó, encogiéndose de hombros.

Siguió caminado, cabizbajo. Después, con un ademán de la barbilla, señaló a las lavanderas cuyas manos enrojecidas restregaban las sábanas de palacio y de las casas nobles.

—Incluso esas de ahí —murmuró.

Y, al cabo de unos pasos:

—Incluso las reinas.

Después me dijo que Enguerrand de Mons y Diego de Sarmiento contaban que en el Louvre Margarita de Valois, esposa de Enrique de Navarra, se acostaba con todos los hombres que se le ponían a tiro.

Era, según ellos, una depravada que desde los doce años sólo pensaba en satisfacer sus apetitos, acostándose incluso con sus hermanos.

Sus deseos, en vez de disminuir, iban en aumento, y era cada día más viciosa y voluble. Se derretía como el mercurio por todos los hombres que se le acercaban.

Había llegado a desenterrar la cabeza de uno de sus amantes, decapitado por orden del rey, y la había escondido en Montmartre, en la capilla de los Santos Mártires.

Su marido y sus hermanos, Francisco de Alençon y el mignon Enrique III, sus compañeros de juego, eran tan lúbricos como ella.

—Saltan de una cama a otra, y Catalina de Médicis los incita a meterse entre las piernas de las jóvenes, que los dejan agotados. Por lo visto, Enrique de Navarra, después de entregarse a la voluptuosidad, pierde el sentido durante más de una hora. ¡Y se llaman cristianos y se arrodillan ante el altar! Esto ocurre en la corte, y también en la de España, y todos dejan tras de sí bastardos de príncipe de Francia o de rey.

Thorenc sacudió la cabeza.

—Yo conocí a don Juan, el bastardo de Carlos V…

Se interrumpió un momento, y después prosiguió:

—Me fijo en Enrique de Navarra cada vez que voy al Louvre. Nunca vi a nadie más feliz, corriendo de la alcoba al frontón. Ríe con los asesinos de sus gentileshombres. Baila con la coraza debajo de la capa, y la daga oculta en la manga del jubón, porque, como el rey le contó a Enguerrand de Mons: «En cualquier momento podemos degollarnos unos a otros». Y aun así, Montanari, él sigue

bailando, de fiesta en fiesta, como si los gentileshombres llegados a París para su boda no hubiesen sido masacrados. Cuando quisieron salir del saco, sospechando que los habían metido allí para matarlos, les prometió por su vida que no corrían ningún peligro, que el rey Carlos se lo había jurado.

Thorenc añadió, con voz ronca:

—¡Y ahora Carlos está muerto, con la boca llena de la sangre del remordimiento! Pero Enrique baila y fornica, ríe y se regodea con el relato de los amores de su esposa Margot. ¡Ésos son los príncipes cristianos! Mañana Enrique será rey. Los hugonotes confían en ello. Pero yo los veo, Montanari, como si fuese Dante caminando por el Infierno junto a Virgilio descubriendo allí a los condenados.

Conversaron casi a diario, y Vico Montanari, cuando volvía a la embajada de Venecia, informaba a las Ilustrísimas Señorías de la Serenísima de lo que había oído.

Añadía que, además de Bernard de Thorenc, había otras personas disgustadas por la matanza, y su pesar aumentaba al ver que se estaba preparando una guerra entre hugonotes y católicos, y la religión, en los dos bandos, era un simple pretexto.

Mataban en nombre de Dios, pero ¿alguien se preocupaba de las enseñanzas de Cristo?

Montanari estaba seguro de que Thorenc había hablado con otros «descontentos», con otros «políticos», otros «maquiavélicos» —que así era como se llamaban ellos mismos— que deseaban la paz entre cristianos, la unión de todos los súbditos del reino, porque había sido la ambición de unos príncipes, y no Dios, la que los había empujado a matarse entre sí.

Había que escuchar y observar a aquellos hombres, sobre todo a Bernard de Thorenc y a Michel de Polin, consejero del Parlamento de París —escribió en un informe Vico Montanari—. Aquellos descontentos, aquellos «políticos», podían poner en el trono a un soberano que, en primer lugar, fuese un hombre de paz.

¿Y por qué no Enrique de Navarra, que ya había cambiado varias veces de religión y había huido del Louvre el 4 de febrero de 1574, temiendo que lo asesinasen o lo envenenasen?

Tercera parte

19

Recuerdo el viento helado que el 1 de marzo de 1576 azotaba el muelle de
l'École,
por donde Vico Montanari y yo dábamos nuestro habitual paseo.

El hielo cubría el Sena, y se acumulaba en bloques grisáceos contra los pilares de los puentes.

Mi corazón también estaba helado.

Me había encontrado a Montanari en la esquina de la plaza de
l'École,
al pie de la calle del Arbre-Sec y el muelle.

Enseguida me tomó del brazo presionándomelo, por lo que adiviné que iba a hablarme de Anne de Buisson.

Me solté, apurando el paso, y empecé a contarle lo que había oído en el Louvre y en el palacete de los españoles.

Diego de Sarmiento y Enguerrand de Mons, los padres Verdini y Veron, junto con el duque Enrique de Guisa, conocido como el Acuchillado, se reunían a diario desde la huida de Enrique de Navarra.

Sarmiento y Guisa eran los que parecían más inquietos. Si Enrique III no tenía un hijo varón, Enrique de Navarra sería el heredero del trono de Francia.

El padre Verdini se enfureció. ¡Dios no permitirá semejante cosa!, encarecía el padre Veron. ¿Cómo iba a perdonarle a Enrique que una vez más, desde que había vuelto con los suyos, hubiese atravesado el Loira, abjurado de la fe católica y proclamado que era hugonote, protector de la unión de todos los hugonotes del reino?

—«Protector» —había repetido Diego de Sarmiento—. Así es como llaman al príncipe de Orange en los Países Bajos. ¿Creéis que los españoles vamos a aceptar eso?

Enrique de Guisa había dicho que si el rey católico, el gran

Felipe II, lo apoyaba en la empresa de reclutar hombres —hacían falta muchos ducados para reclutar hombres: suizos, pero buenos católicos; alemanes, pero enemigos declarados de los luteranos y los calvinistas; ¿y por qué no tropas españolas del duque de Alba procedentes de los Países Bajos—, él, Enrique de Guisa, juraba llevar al Louvre el cuerpo de Enrique de Navarra atado a un asno, sangrando como un cerdo. Le harían lo mismo que al almirante Coligny, lo despellejarían vivo y colgarían lo que quedase de él en la horca de Montfaucon?

Escuché sentado en la penumbra; las palabras de aquellos hombres destilaban tanto odio que me estremecí.

Eran del bando de los que masacraban. Enguerrand de Mons, no obstante ser uno de los consejeros más próximos a Enrique III, contó que el rey, a pesar de todas las drogas que tomaba y las que su esposa le administraba, era incapaz de engendrar un hijo.

—¡Cómo no se la preñen Épernon o Joyeuse, uno de sus favoritos! —rió con sarcasmo.

Los otros estallaron en carcajadas.

—Pero Dios no obrará el milagro, ¿verdad, padre? —añadió Diego de Sarmiento dirigiéndose a Verdini, que se santiguó, escandalizado.

Asistir todos los días a los conciliábulos de Sarmiento y del duque de Guisa en la embajada de España despertó en mí el deseo de entrar en guerra con los hugonotes.

Enguerrand de Mons decía que Enrique III estaba de acuerdo, y que Catalina, la reina madre, lo incitaba a encabezar un ejército para acorralar a Enrique y sus hugonotes en sus provincias de Guyena, Gascuña y Bearn, en Montauban y Nîmes, y en La Rochelle, y que debería hacerlo pronto, para impedir que los herejes, como habían hecho los mendigos del mar de las Provincias Unidas, creasen un estado hugonote en aquella parte del reino.

—Catalina insiste ante el rey en que la gran purga de San Bartolomé habrá sido en vano si permiten que Enrique de Navarra y sus hugonotes se unan. La han informado de que veinte mil reîtres alemanes están en camino para unirse a ellos.

Acudí al Louvre en compañía de Sarmiento y Enguerrand de Mons.
Observé a Enrique III y a la reina madre.

El rey, altísimo, vestido de seda y terciopelo, avanzó, rodeado de sus favoritos, elegantemente ataviados como él. Iban tan perfumados que me hicieron estornudar.

Margarita de Valois, la esposa de Enrique de Navarra, estaba presente en algunas ocasiones, sentada en su silla. Era una mujer bellísima y de penetrante mirada. La perfección de su rostro, y los rumores acerca de sus costumbres, su lubricidad y su deseo nunca saciado, me turbaban.

Se rumoreaba que Enrique III —quizás movido por los celos— había ordenado expulsar de la corte a una joven porque la reina Margarita —la llamaba Margot, como si fuese una verdulera—, tras echar a sus amantes, se entregaba a juegos amorosos con ella.

Me miró varias veces y me emocioné. Luego, volvía la cabeza y yo la seguía con la vista. Ataviada con un vestido de tisú de oro frisado, y sus cabellos adornados con gruesas perlas y rica pedrería, con diamantes dispuestos en forma de estrella, iba de un hombre a otro.

Y, sin embargo, era una prisionera. La reina madre y el rey —¡su madre y su hermano!— la prohibían reunirse con Enrique de Navarra. Y cuando los amenazó con huir, como había hecho su esposo, Catalina de Médicis y Enrique III la ataron y la golpearon, asegurando que si intentaba abandonar París la matarían.

Conté todo lo que había visto y oído a Vico Montanari para que no siguiese hablándome de Anne de Buisson.

Tiempo atrás, cuando me dijo que Anne se había ido de París en compañía de Leonello Terraccini, fingí no oírlo, aparentando indiferencia, pero tenía el pecho desgarrado y se me había helado el corazón.

Aquella fría mañana, en la que soplaba un viento gélido que cortaba la cara y los labios, lo oí perfectamente cuando dijo que Terraccini estaba de vuelta en la ciudad, y que había visto a Enrique, rey de Navarra, con las tropas hugonotes, primero en Pau y después en Nérac, eufórico como si hubiese escapado de la muerte, repitiendo —ésas fueron sus palabras, confirmadas por

Terraccini—: «¡Dios me ha librado. Loado sea Dios! Mi madre, la reina, ha muerto en París, donde asesinaron al almirante y a nuestros mejores servidores. A mí me habrían hecho lo mismo si Dios no me hubiese protegido. No pienso volver a esa ciudad, de la que sólo echo de menos dos cosas: la misa y a mi mujer; sin la misa puedo pasarme, pero quiero recuperar a mi mujer…».

—La quiere a ella y a todas las demás —comentó Montanari—. Terraccini, que no es un santo precisamente, se asombró por todo lo que vio; el rey Enrique es como un perro en celo que olisquea a cualquier mujer que se pone a su alcance. Las posee, sin importarle quiénes son, y las ladillas le traen sin cuidado. Tiene tantos piojos en sus partes bajas que suben hasta las axilas, las cejas y el pelo, y verlo rascarse cuando tiene purgaciones es todo un espectáculo. ¡Ése es el soberano hugonote, miembro de una causa que se define como austera! Pero él se las pasa a todas por la piedra, viola a las que se resisten y a las demás las casa con sus compinches para disponer de ellas cuando quiera. La edad o su condición no son ningún obstáculo: mocita de catorce años o puta, castellana o villana, la mayoría están encantadas de abrirse de piernas para el rey. ¡Este Enrique no se ha rodeado de favoritos, y desde luego no le faltarán herederos! Y eso, sin duda, enfurece a nuestra Catalina y a su hijo, que nunca tocó a una mujer…

Dimos unos pasos en silencio y luego Vico Montanari me tomó de nuevo del brazo. Bajé la cabeza para oírlo mejor, cuando me dijo que Anne de Buisson se había ido a la Torre del Castro, «donde vuestro hermano Guillaume reunió a un centenar de gentileshombres que se apoderaron de la Gran Fortaleza de Mons, en la otra orilla del Siagne». Enguerrand ya me había informado de ese ataque. Pero lo que yo no sabía es que Anne había vivido varios meses en nuestra casa en compañía de Leonello Terraccini y de mi hermano Guillaume.

Luego, Anne había abandonado la Torre del Castro con Guillaume y la mayoría de los gentileshombres, negándose a volver a Venecia como le había prometido a Terraccini.

Habían cabalgado por las provincias hugonotes del Midi, atacando castillos y pueblos católicos, saqueando, degollando o

colgando a los sacerdotes, forzando a los creyentes a abjurar, matando a los que se refugiaban allí. Decían que las masacres de París, de Lyon, de Orleans, y los cerca de treinta mil fieles de la causa, serían vengados, y que aquello sólo era el principio, que un día echarían del Louvre y de París a los asesinos, con la ayuda de Dios, de Isabelle de Inglaterra y los seguidores de la religión reformada procedentes de Alemania o de los Países Bajos, y eso pronto sería un hecho, cuando reinase Enrique de Navarra.

—Si creemos a Leonello Terraccini —añadió en voz baja Vico Montanari—, Anne de Buisson era una de las más belicosas, y había jurado vengar a su hermano y a todos cuantos habían matado en el subterráneo del número 7 de la calle del Arbre-Sec. ¿Acaso ha olvidado que vos, un católico, la salvasteis?

Quería que Montanari se callase.

¡Dios mío! Vos sabéis que desde hace meses os suplico que me concedáis la gracia de olvidar a Anne de Buisson.

Pero de nuevo, aquella mañana, supe que no me oíais.

No pude evitar preguntarle a Montanari dónde estaba Anne.

Imaginaba su respuesta.

Ella y Guillaume habían llegado a Pau, y luego a Nérac, donde residía el rey de Navarra.

Según Terraccini, que había sido testigo de ello, a Anne de Buisson le había bastado un día, tal vez una mirada, para conseguir que el rey olvidase a las otras mujeres.

Montanari me apretó el brazo.

—Ya os dije que Enrique de Navarra es un perro que corre detrás de todas las hembras.

Señor, ¿qué habíais hecho de los hombres?

20

No vi a Vico Montanari durante varias semanas, pero fueron los espías de Diego de Sarmiento, de Enguerrand de Mons o de Enrique de Guisa el Acuchillado los que me hablaron de Anne de Buisson.

No necesitaban pronunciar su nombre.

La imaginaba cuando ellos me contaban que Enrique de Navarra olía como un cerdo, y que las mujeres a las que poseía se quejaban del olor «a sobaco y a pies». Cuando él las dejaba, tenían que bañarse y perfumarse durante varias horas.

Por su parte, la reina Margot, a quien Enrique III y Catalina de Médicis habían autorizado a reunirse con su marido en Pau, y luego en Nérac, cambiaba toda la ropa de cama cuando el rey de Navarra yacía allí.

Sarmiento hacía una mueca de asco. Enrique de Guisa decía que el bearnés siempre había tenido el culo sucio.

Yo no quería escuchar, pero no podía evitar acercarme a los hombres llegados de las provincias hugonotes de Guyena, Gascuña o el Bearn.

Habían pasado el día en los pueblos fortificados por los fieles de la causa, adonde Enrique de Navarra se trasladaba con frecuencia en compañía de algunos gentileshombres.

Decían que en Agen, al final de un baile, el rey había mandado que apagasen todas las velas para forzar a las mujeres y a sus hijas, honestas damas, fuesen casadas o por casar, y que algunas habían muerto del susto; otras se habían arrojado por las ventanas para defender su honor, y a las que habían sido violadas se les había pegado aquel olor repugnante de tal modo que todos los que se acercaban a ellas sabían que el sátiro que pretendía ser cristiano las había cabalgado.

Además, estaba aquella doncella de la reina Margot, Françoise de Montmorency-Fosseux, a la que también había poseído y que

había sido instruida por la reina Margot, que la llamaba la «Petite Fosseuse», para ser la experta amante que Enrique desaba.

—¡Condenado! —mascullaba el padre Verdini—. ¡Será condenado! ¡Quemado por hereje y por depravado!

Yo pensaba en Dragut el Libertino y en Mathilde de Mons.

Pensaba en Anne de Buisson.

Uno de nuestros espías me contó que, en una ocasión, Enrique de Navarra había exclamado: «¡Si no fuese hugonote, me haría turco!». ¡Menuda confesión!

También decían que, en el castillo de Nérac, la reina Margot recibía a sus amantes en presencia del rey.

—¡Una puta! —decretó Sarmiento.

Sin embargo, otros espías afirmaban que había creado una academia y recibía a hombres de letras procedentes de Burdeos, como Michel de Montaigne, que discutía con ella de religión, de filosofía y, según las malas lenguas, de pensamientos ateos.

—¡Bruja, sacrílega y pagana! —exclamó el padre Verdini.

Algunos gentileshombres gascones y ciertos pastores religiosos compartían aquel sentimiento. Uno de ellos había contestado que la reina «atraía el vicio como las serpientes el calor». Pretendía abrir las mentes, ¡pero había dejado que las armas se enmoheciesen! Había sembrado la confusión entre todos los gentileshombres hugonotes que atraía con la mirada, y ellos sabían que buscaba el placer y no lo ocultaba, e incluso había convencido a Enrique de Navarra de que no hacer nada en secreto era virtud, que el vicio no estaba en el hecho en sí, sino en el disimulo, que el esposo debía acariciar a los servidores de su mujer y ella acariciar a las amantes del rey, su marido.

—Y asiste a misa todas las mañanas en la capilla que hay en el jardín del castillo de Nérac.

Sarmiento se reía a carcajadas:

—Las putas suelen ser buenas católicas.

Me miró, y después interrogó al espía:

—¿Y Anne de Buisson, la hugonote?

—Como las otras —respondió el espía.

Pero Sarmiento lo detuvo, con un gesto.

—No quiero saber nada de ella —dijo, mirándome.

No hay peor tormento que el de imaginar.

Veía a Enrique de Navarra entrar en la alcoba de Anne de Buisson sin forzar la puerta. Anne se acercaba a él y abrazaba aquel cuerpo que apestaba a sudor y a pies. Y yo imaginaba que la joven, cuando se iba Enrique de Navarra, no se lavaba para conservar en su cuerpo el olor del rey.

Fue Diego de Sarmiento el que me obligó a ver quién era en realidad Anne de Buisson.

Una tarde, en la legación española, vi entrar en la gran sala al embajador Rodrigo de Cabezón, acompañado de un moro tocado con turbante que se mantenía a discreta distancia, como un sirviente.

Sarmiento hizo una señal para que los gentileshombres presentes abandonasen la pieza.

Yo también quise salir, pero Diego me retuvo, pidiéndome que cerrase las puertas. Cuando me di la vuelta lo vi inclinarse ante el sirviente moro, que acababa de quitarse el turbante, y, pese al tizne negro de su rostro, reconocí a don Juan de Austria, que me sonreía. Luego nos explicó cómo, bajo aquel disfraz, había atravesado Francia de camino a los Países Bajos, donde por orden de Felipe II debía ponerse al mando de las tropas españolas.

—Recorrí las provincias hugonotes, los pueblos fortificados. He visto el ejército de Enrique de Navarra.

Tomó asiento y lo rodeamos.

Se marchaba a la mañana siguiente, disfrazado, pero antes debía transmitirle a Diego de Sarmiento los deseos de Felipe II.

Puso las manos en sus rodillas, se inclinó hacia nosotros y nos dijo:

—Al rey de Navarra, ese hereje, lo necesitamos como aliado —comenzó.

21

Escuché a don Juan de Austria con la cabeza baja. Temía que leyese en mi rostro mi desesperación, mi desprecio, mi vergüenza.

Pero no me prestaba atención.

Dijo que Felipe II estaba dispuesto a desembolsar trescientos mil escudos, y luego otros cien mil más cada mes, si Enrique de Navarra entraba en guerra con sus tropas hugonotes contra Enrique III, el Cristianísimo rey de Francia. La infantería española cruzaría los Pirineos y acudiría a apoyar a los gentileshombres de la causa y a sus mercenarios alemanes o ingleses cuando se enfrentasen a los soldados del rey.

Don Juan interrumpió su perorata, dio un taconazo. Luego prosiguió:

—Acogotaremos así al pisaverde de Enrique III, que ayuda a los protestantes de los Países Bajos en contra de los católicos. Y Catalina de Médicis, que manda una flota contra nuestras posesiones de América, se acordará del compromiso que había adquirido con nosotros.

Diego de Sarmiento hizo un gesto de aprobación.

Él, que tan sólo hacía unas horas pedía la excomunión del rey de Navarra, aquel renegado que cambiaba de religión como de camisa, se felicitaba ahora porque Felipe II se había mostrado dispuesto a ofrecer a la infanta de España, su propia hija, a aquel sátrapa si abjuraba otra vez de su religión.

—Ofrezcámosle entonces los escudos —añadió don Juan— y, si los rechaza, se los daremos a Enrique de Guisa y a la Liga católica para que obliguen a Enrique de Navarra y a Catalina a arrodillarse.

¡Dios mío! ¿Qué pintabais vos en semejantes tejemanejes?

¡Me sentía engañado y escarnecido, como vos!

Cuando combatía en Andalucía junto a don Juan de Austria,

creía que matábamos a mayor gloria vuestra, porque los moros amenazaban nuestra fe y su conversión sólo era una máscara que ocultaba su odio por vuestra Iglesia.

Me acordaba de Lela Marien, cuyo nombre verdadero era Aixa, que había blandido contra nosotros su cimitarra.

Luego, nuestra sagrada guerra continuó en Lepanto. Don Juan capitaneaba entonces la flota de la Liga Santa.

Vico Montanari me dijo que en una plaza de Mesina habían erigido una enorme estatua en honor a don Juan, el vencedor de los infieles. Y, ahora, en nombre del rey de España, pretendía establecer una alianza con los hugonotes. ¡Los mismos contra quienes Diego de Sarmiento había ordenado y organizado la matanza!

Recordé que, en mi primera juventud, había condenado a mi padre porque, en nombre del rey Francisco I, había querido constituir una alianza con los infieles.

Estuve a punto de gritar cuando levanté los ojos y volví a ver el disfraz de don Juan de Austria. El color de su piel no era tizne negro, sino su verdadera alma.

Se había convertido en un infiel a Cristo.

En ese instante pensé que ninguno de ellos —ni Sarmiento ni don Juan, ni en el pasado mi padre, en el otro bando, ni ahora mi hermano Guillaume, ni Séguret, ni Enrique de Navarra— eran paladines de Cristo como pretendían, sino traidores a sus enseñanzas.

Era lo que Michele Spriano me había dicho en el puerto de Mesina. Las religiones, las de los infieles herejes o nuestra santa fe católica, habían caído en manos de marrulleros, cuyas máscaras ocultaban sus bocas ávidas. Me parecía que estaban más cerca de Él los que sólo lo invocaban en sus oraciones.

Dios lo sabía.

Y vi otra vez la cabeza del Cristo de los ojos cerrados que había enterrado al pie de un roble en el bosque que rodea la Torre del Castro.

El Cristo lloraba porque conocía las mentiras de los hombres y prefirió cerrar los ojos a alejarlos de sí para siempre.

También maldije y desprecié a aquellos que lo utilizaban para ocultar sus perjurios y sus sórdidos manejos, a pesar de ser su compañero de armas y su mensajero.

Sé que soy débil, Señor; no soy mejor que ellos, pero intenté corregirme.

Cuando Diego de Sarmiento y don Juan de Austria me propusieron partir hacia Nérac para reunirme con Enrique de Navarra y comunicarle la propuesta del rey de España, tuve la sensación de que un soplo de aire henchía mi pecho y, por así decirlo, desplegaba velas.

Sarmiento se acercó a mí. Me puso las manos en los hombros y, mirando a don Juan, dijo:

—Ya lo conocéis. Bernard de Thorenc luchó en todas las batallas, en todas las cruzadas.

Don Juan asintió satisfecho. Habló de Granada, de Levante. Recordó el asalto que yo había dirigido contra la galera la *Sultana* y en el que había perecido Alí Pachá.

—Los berberiscos lo hicieron esclavo —añadió Sarmiento—, y ambos fuimos encadenados en el mismo banco de las galeras musulmanas.

Don Juan abrió los brazos y soltó una carcajada asegurando que de moro sólo tenía la apariencia.

Yo mascullé que la imitación era tan perfecta que habrían podido tomarlo por uno de ellos y prenderlo.

Diego de Sarmiento y don Juan cambiaron una mirada. El primero dudó en responderme, pero luego se echó a reír, imitando a don Juan.

Yo era, dijo de nuevo, apretándome los hombros, el gentilhombre católico que los hugonotes podían escuchar. Mi hermano era uno de sus jefes. Y, además, le había salvado la vida a una hugonote de quien decían que era una de las favoritas del rey de Navarra.

—La verás otra vez —murmuró Sarmiento.

Eso era lo que me empujaba a partir.

22

El mismo día de mi llegada a Nérac vi a Anne de Buisson.

Estaba extenuado por el viaje. Al principio, el viento y la lluvia me acompañaron hasta después de Tours, y luego el sol me curtió la piel.

Llevaba el jubón hecho jirones, pues había tenido que subir los montes muchas veces y esconderme en cuevas para evitar a los bandoleros, a los soldados que se dedicaban a quemar las cosechas, saquear los pueblos y violar a las mujeres, cortándoles la nariz y las orejas y, en ocasiones —fui testigo de ello—, empalar a los hombres que oponían resistencia.

Esos salteadores, dedicados a pecorear, robaban caballos, atracaban a los jinetes, y algunos me habían perseguido, hasta bien entrada la noche, al mismo corazón de los bosques donde me refugiaba.

Atravesé pueblos incendiados, oí los lamentos de los campesinos y cómo maldecían a aquella chusma que desvalijaba sus iglesias y saqueaba sus templos, en nombre de la religión católica si había que robar a los hugonotes, y en nombre de la hugonote, si había que desposeer a los católicos.

Sin embargo, a medida que me adentraba en las provincias hugonotes, me di cuenta de que el orden era como la primavera cuando salen los primeros brotes.

En Agen, sentado en un albergue, el posadero me dijo que el rey Enrique quería que «la gente fuese amable y se llevase bien, sin injurias, provocaciones y disturbios, y que las dos religiones tenían que tolerarse, disfrutando de sus bienes, sin atacarse entre ellos».

Y el hospedero añadió, sirviéndome de beber: «Somos todos del reino de Francia, súbditos de una misma patria».

De camino a Nérac, había visto colgados de los árboles a unos soldados con los uniformes desgarrados y los ojos picoteados por los cuervos. ¡Por haber «picoteado» las riquezas de los campesinos!

En la entrada de Nérac, incluso, había visto a dos hombres a los

que les habían cortado una mano por haber robado armas en una villa de la provincia.

¿El rey de Navarra era un hombre de orden y de paz?

Esperaba que así fuera.

Caminé por las calles de Nérac, llevando mi caballo de la brida.

La gente me miraba con una curiosidad benévola, como si el buen tiempo y la tibieza de las piedras rosa y ocre volviese a la gente amable. Recordaba el odio que se respiraba, a cada paso, en el muelle de
l'École
o en la calle del Arbre-Sec. París era un volcán. Aquí reinaba una alegría indolente.

Me recibieron en el castillo que dominaba el meandro del río.

Vi las grandes salas adornadas con tapices de satén y oro que delataban lujo y opulencia. Me encaminé hacia una de las puertas que daban al jardín, cuyos paseos bordeados de laureles y cipreses descendían hasta el río.

De repente, junto a una fuente, vi la cabellera de Anne de Buisson, más rubia de lo que la recordaba. Llevaba un vestido azul, que le caía en amplios pliegues, abotonado hasta el cuello. La tela del traje era de un color tan vivo, con los encajes blancos de cuello y muñecas tan abundantes, que más parecía un vestido de baile que los austeros ropajes de una hugonote.

Anne de Buisson caminaba junto a una mujer cuyo vestido rojo, adornado con terciopelo negro, destacaba en medio del jardín. Reconocí a Margarita de Valois. La esposa y la favorita del rey de Navarra caminaban cogidas del brazo, riéndose.

Las dos mujeres advirtieron mi presencia y volvieron la cabeza, como si las importunase.

No me prestaron atención y se alejaron por un paseo bordeado de naranjos, que me recordaba los jardines de Argel o los de Andalucía e Italia.

Vinieron a buscarme y me llevaron junto al rey.

Se hallaba solo, caminando por una pieza de reducidas dimensiones y más oscura que las otras por donde había pasado. Encima de un escritorio había unos libros.

Se acercó a mí.

¡Apestaba realmente a sudor y a pies!

Comprobé que era mucho más bajo que Enrique III y, comparado con el rey de Francia, me pareció un hidalgüelo de aldea acostumbrado a los caballos, las batallas, el vino peleón y las carnes pasadas, a las mujeres a las que se derriba sobre un montón de paja o se posee deprisa y corriendo encima de una mesa, igual que se bebe cuando se tiene sed, sin reparar en la calidad del vino ni en la limpieza del vaso.

Me preguntó:

—¿Thorenc, como Guillaume?

Y se echó a reír.

Tenía la frente despejada y la barbilla prominente, tapada casi por completo por una barbita de chivo. Sobre el labio lucía un mostacho puntiagudo. Los ojos eran vivos, y su mirada, mordaz.

—Tú no eres de nuestra causa, ¿eh? ¿Eres papista? ¿Rezas a todos esos santos que ni siquiera los doctores de la Sorbona son capaces de enumerar?

Se encogió de hombros.

—Sin embargo, los dos creemos en Cristo y pertenecemos al reino de Francia. Tu hermano está conmigo; tú, con Enrique. ¿Es necesario que nos matemos?

Se apartó, pero su olor persistía, como si se hubiese pegado a las paredes de la pieza.

—¿Qué quieres contarme? ¿O sólo has venido a ver a tu hermano?

Se echó a reír otra vez.

—¿Lo has visto?

Se sentó detrás del escritorio.

—Le he hecho un regalo… ya verás, ¡y el muy cabezota lo rechazó! Tuve que pedirle tres veces que lo aceptase… Pero ya te lo contará él. ¿A qué has venido?

Temí que la oferta de Felipe II lo enfureciese, y que ni siquiera me permitiese exponérsela, que se indignase nada más pronunciar las primeras palabras.

¡Qué ingenuo había sido!

Enrique de Navarra me escuchó mesándose la barba y el

mostacho, mirándome divertido; después se frotó las manos, contento por recibir aquel dinero; como un mercenario, sin preocuparse de su fe ni de los lazos que lo unían desde la infancia al Cristianísimo rey Enrique III y a ese reino de Francia que contaba, entre sus familias reinantes, con la de los Borbones.

¡Sí, yo era un pánfilo!

Enrique repitió lentamente:

—¿Trescientos mil escudos y cien mil cada mes? Si los rechazo, los aceptará el Acuchillado, y no parará hasta aliarse con Enrique III para hacernos la guerra. ¿Y Francisco de Alençon a quién se unirá? ¿Volverá con su hermano, el rey, con los Guisa o conmigo? Con dinero y las tropas del rey de España, seré mucho más que rey de Navarra, porque Francisco de Alençon va siempre con quien tiene la fuerza…

De repente, estalló en carcajadas.

—Pero ¿convertirme otra vez y casarme con la infanta de España? ¡Las españolas son feas y ariscas, y tienen los muslos como las dos mitades de una cáscara de nuez! Y aquí tenemos todas las mujeres que queremos. ¿Te apetece una para esta noche, Bernard de Thorenc?

¡Dios mío! ¡Esta corte no pertenece a vuestro reino!

Comprobé que aquí, igual que en el Louvre, en El Escorial, en Argel o en Constantinopla, los hombres sólo se guían por sus apetitos y su afán de gobernar.

Tal vez debía dejar el mundo y retirarme a un lugar de oración.

Aquella noche, después de dejar a Enrique de Navarra, me incliné por fin ante la decisión del emperador Carlos V, que había cerrado todas las puertas tras de sí para, luego de una abdicación tras otra, estar a solas con vos, Señor.

Dejé el castillo de Nérac al caer la noche, convencido de que Enrique de Navarra rechazaría la oferta de Felipe II, no por su fe ni por su honor, sino por cálculo.

Era un artero que no quería comprometer su porvenir convirtiéndose en mercenario de un príncipe extranjero. Y quizás su prudencia era menos perjudicial para los súbditos del reino de Francia que la temeridad de un Enrique de Guisa, que —yo estaba

convencido de ello— aceptaría una alianza con España so pretexto de defender así a los católicos contra los hugonotes.

Más valía un príncipe cínico que un príncipe hipócrita, incluso si ninguno de ellos era virtuoso.

¡Dios mío! ¿La virtud reinaba aún en este mundo?

Iba cavilando en estas cosas, buscando un albergue donde pasar la noche, cuando unos hombres, espada en mano, me rodearon.

Reconocí a Séguret, a Jean Baptiste Colliard y a otros espadachines hugonotes que había visto en París delante del número 7 de la calle del Arbre-Sec o ante el palacete de Ponthieu.

Habría sido inútil sacar la espada.

—¡Vas a morir! ¡Nuestro almirante y los compañeros que asesinasteis serán vengados! —bramó Séguret.

Levantó el arma y clavó la punta en mi pecho.

Pensé en Anne de Buisson.

Y como por ensalmo, apareció la joven acompañada por unos sirvientes que portaban antorchas.

Se acercó y se colocó delante de mí, diciendo que yo le había salvado la vida y que si querían cogerme tendrían que pasar por encima de su cadáver. Los espadachines envainaron sus armas y vi su rostro, al resplandor fugaz de las antorchas. Anne me miraba con arrogancia, el semblante altivo y los labios fruncidos, desafiante.

—¡Marchaos! —dijo—. ¡Os matarán pese a lo que piensen Enrique de Navarra y mi esposo!

Alzó la voz para que yo captase cada una de sus palabras.

—Quieren vengar la sangre de los nuestros con la vuestra.

¿Debería decirle que yo no había participado en la matanza? Pero Anne se adelantó.

—Me habéis salvado la vida en varias ocasiones, en España y en la calle del Arbre-Sec. No lo he olvidado. ¡Pero tampoco olvido que otros muchos han muerto asesinados por los de vuestro bando!

—Yo sólo pertenezco al bando de Dios.

—En la tierra sólo hay hombres —me respondió—. No son los hombres quienes escogen a Dios, es Él quien escoge a los hombres.

Empezó a caer una lluvia espesa y fría. Las llamas de las antorchas vacilaron.

—¿Vuestro esposo? —murmuré.

Sus trenzas se deshicieron con la lluvia y una larga melena cubrió sus hombros. El vestido se le pegaba al cuerpo, dibujando sus formas, y me asaltó el deseo de abrazarla, como había hecho bajo las escaleras del palacio del Louvre, el día de la boda de Enrique de Navarra y Margarita de Valois, de quien Anne parecía ser amiga.

Se rió.

—Es un presente del rey de Navarra —dijo.

El muy cerdo la casó con un gentilhombre complaciente, pensé en un primer momento. Pero de pronto recordé lo que Enrique de Navarra me había dicho acerca del regalo que le había ofrecido a mi hermano Guillaume y llevé la mano a la espada.

¡Así que Guillaume había aceptado a Anne de Buisson como esposa para complacer a su soberano!

¡Matar! ¡Matar!

Me dejé llevar por la cólera, Señor.

Agarré a Anne de Buisson por los hombros y la sacudí, gritando.

Los sirvientes acudieron a la carrera, empujándome con el fuego de sus antorchas.

—¡Ahora somos de la familia! —me dijo, marchándose.

No pensaba en otra cosa sino en matar.

Mataría a aquellos dos cínicos, al príncipe y a mi hermano, que podían tener en sus brazos el cuerpo de Anne de Buisson, a la que veía alejarse de mí bajo la lluvia.

23

—¡Que se vayan todos al infierno! —grité cuando me fui de Nérac bajo un diluvio que me helaba los huesos.

¡Muerte a Dios! —blasfemé, espoleando mi caballo hasta que cayó, con las patas rotas, después de tropezar con un árbol que el viento había arrancado obstruyendo el camino. Intentó levantarse, pero no fue capaz. Le temblaba la grupa.

Recuerdo que le acaricié el cuello, y lloré conmovido, dispuesto a arrodillarme, a implorar a Dios, por él y por mí.

Pero di un paso atrás.

¡Muerte a Dios!

Me habíais infligido el mayor de los sufrimientos, el más humillante e inesperado. ¿Qué podía temer del infierno? Estaba ya en el fondo del abismo, con el cuerpo destrozado y el alma herida.

Aquella que habíais puesto en mi camino y a quien había salvado la vida, mi amada —vos lo habíais permitido, Señor—, ¡respiraba la peste hereje, ya fuese la del rey de Navarra o la de mi propio hermano!

¿Qué podía esperar de vos? ¡Muerte a Dios!

Aquella ramera rubia, aquella hugonote, me había dicho: Dios escoge a quien quiere salvar.

¡Muerte a Dios! ¡A mí no me habíais elegido! ¡Me hundíais el rostro en el fango!

Busqué el cuerno de la pólvora y armé mi pistola, pero el cebo estaba húmedo por la lluvia, que no había cesado en toda la noche.

¡Queréis que el caballo agonice, que sea pasto de los lobos, que lo olfatearán y lo despedazarán vivo!

¡Así es el mundo! ¡Muerte a Dios!

Maté al caballo cortándole el cuello y la sangre se derramó caliente sobre mis manos hasta casi quemarme.

¡Muerte a Dios! ¡La vida era esto!

¡Ni paz, ni piedad, ni armonía entre los súbditos del mismo reino! ¡Pero la guerra, sí!

¡Que se vayan al infierno! ¡Muerte a Dios!

Estos pensamientos no dejaron de dar vueltas en mi cabeza durante meses e incluso años.

Vico Montanari no salía de su asombro. Yo me negaba a reunirme con Michel de Polin, que seguía esperando que Enrique de Navarra y Enrique III firmasen una alianza para establecer la paz en el respeto de las dos religiones. ¿No habían nacido ambas de las enseñanzas de Cristo?

«¿No sería mejor oír medio millar de misas todos los días o hacer quinientas lecturas de la Biblia que provocar una guerra civil?», decía Michel de Polin.

Mi risa se volvía sarcástica cuando Montanari me lo contaba.

Había visto al puerco de Navarra rodeado por sus puercas, se llamasen Anne de Buisson, la «Petite Fosseuse», la condesa de Guiche o la reina Margot, sin olvidar a todas las demás, criadas y campesinas, castellanas y súbditas, hijas vírgenes o esposas taimadas.

Era mi enemigo.

¡Que lo maten! ¡Al Infierno con todos ellos!

¿No decía acaso el padre Veron en sus sermones que el deber de un buen católico era el de librar a Dios del cuerpo muerto del hereje?

Yo estaba de acuerdo con él.

Diego de Sarmiento me abrazaba.

—¡Tú estás con nosotros, eres castellano! —exclamaba con orgullo.

Me mandó a ver a Enrique el Acuchillado, duque de Guisa, para entregarle los miles de doblones que le ofrecía Felipe II para reclutar las tropas que en el futuro, una vez vencido el ejército hugonote, podrían servir a los designios de España y colocar en el trono de Francia a un rey que apoyase la política española, en lugar de aquel Enrique III que se contoneaba como una mujer.

Desposité los sacos rebosantes de piezas de oro ante Enrique de Guisa.

Yo secundaba a Diego de Sarmiento, a Enguerrand de Mons y a los padres Verdini y Veron cuando se indignaban por las

conversaciones que Enrique III mantenía con sus validos.

Muerto el hermano de Enrique III, Enrique de Navarra sería el heredero al trono.

Imaginaba los bailes y los banquetes del Louvre, y a mi hermano Guillaume yendo al encuentro del nuevo monarca acompañado de su esposa, Anne de Buisson.

¡Muerte a Dios! ¿Había sobrevivido para asistir a aquello? Para oírle decir a Enrique III, mientras tendía sus manos cubiertas de anillos hacia el fuego de la chimenea:

—Reconozco al rey de Navarra como único heredero. Es un príncipe bien nacido y de buen talante. Mi inclinación siempre ha sido amarlo, y sé que él también me ama. Es de genio un poco vivo y algo mordaz, pero tiene buen fondo. Espero que mis humores le plazcan y que nos llevemos bien…

¡Había que impedir aquello a toda costa!

Asistí a los conciliábulos secretos entre el duque de Guisa, Diego de Sarmiento, Enguerrand de Mons, los padres Veron y Verdini y otros gentileshombres. Hablaban en voz baja, pero, a veces, alguno exclamaba exaltado: «¡Nos matarán! ¡Se vengarán! ¡Será un San Bartolomé de católicos, el pueblo lo sabe! ¡No quieren un rey hugonote!».

Decidieron repartir armas a los burgueses de París.

El padre Veron predicaba que «los súbditos deben negarse a reconocer y a apoyar a un príncipe relapso y desviado de la verdadera fe».

Se reunían en el castillo de Joinville. Sarmiento y Rodrigo de Cabezón hablaban como dueños y señores. Había que crear una Liga Santa perpetua que elegiría otro heredero en lugar de Enrique III y no consentiría jamás que un hereje accediese al trono de Francia, el del Cristianísimo rey.

Y Diego de Sarmiento añadía que, si para impedirlo había que echar a Enrique III, ¡lo echarían y santas pascuas!

Porque aquel rey de mignons, que practicaba el amor contra natura y no tenía inconveniente en arrodillarse en todas las iglesias de París y asistir a las procesiones, no era menos aliado de los herejes, cuando le escribía, por ejemplo, a Enrique de Navarra:

«Os advierto, hermano mío, que no he podido impedir, pese a

haberme opuesto enérgicamente, los malos designios del duque de Guisa. Se ha armado. Estad sobre aviso y no esperéis nada. Enviaré un gentilhombre a Montauban que os hará saber mi voluntad».

Y fue el duque de Épernon, uno de sus favoritos, quien partió hacia las provincias hugonotes.

—¡Lo empalarán! —decía Sarmiento.

Se volvió hacia mí. Su rostro estaba surcado de arrugas y tenía la barba blanca, pero su mirada era de acero, como siempre.

Se inclinó hacia mí y me preguntó: «¿Te acuerdas de los verdugos de Dragut el Cruel, que clavaban en las entrañas de los cristianos una estaca al rojo vivo?».

—Pues nosotros vamos a hacer lo mismo con el de Navarra y los demás —concluía.

Yo no bajaba los ojos. Mi mirada era firme.

¡Muerte a Dios! ¡Los que me habían hecho daño tenían que sufrir!

Mi vida estuvo dominada por el odio y la blasfemia, por los deseos de venganza.

Ahora me avergüenzo al escribirlo, pero fue lo que ocurrió.

Yo no rezaba, Señor, vos lo sabéis.

Me regocijé cuando el padre Verdini nos leyó la bula de excomunión que el papa Sixto V había publicado contra Enrique de Navarra y su primo Enrique de Condé, «generación bastarda de la ilustre y gloriosa familia de los Borbones».

Para mí aquello no era el juicio del descendiente del apóstol Pedro, ni palabras sagradas, sino un arma más en aquella guerra que me oponía a los que me habían herido.

¡No habría piedad!

¡Había olvidado las esperanzas de paz y mi indignación de cristiano frente a reyes, príncipes y gentileshombres, que utilizaban la religión para satisfacer sus intereses!

Me había convertido en uno de ellos.

Iba a misa. Comulgaba. Condenaba a los herejes al fuego eterno. Portaba la bandera de los buenos católicos. Respetaba el ritual. Cumplía el precepto. Hacía los gestos de un creyente, como mover los labios para simular que rezaba.

¡Pero os había expulsado de mi corazón, Señor!
Me había convertido en un hombre de guerra.

24

La guerra es la muerte; quería infligírsela a mis enemigos, y ahora sé que yo también la deseaba.

La invitaba a mi mesa todos los días.

Le propuse a Diego de Sarmiento partir a cualquier ciudad hugonote —Agen, Mont—de-Marsan, Montauban, Cahors o La Rochelle— donde nuestros espías nos habían alertado de la presencia del rey de Navarra.

Me acercaría a él, lo halagaría, hablaríamos de mujeres y nos reiríamos juntos. Después, compartiría con el monarca una noche de desenfreno y, a la mañana siguiente, lo mataría como el cerdo apestoso que era.

Diego de Sarmiento, al oírme, no salía de su asombro. Yo notaba su desconfianza.

—Ése no es trabajo para un gentilhombre, sino para un asesino a sueldo o un monje iluminado. Tú no eres Maurevert. No te pagan para que mates, y la guerra no es un asunto personal.

Por lo demás, supimos que Enrique de Navarra estaba sobre aviso, rodeado de sus gentileshombres de confianza: Séguret, Jean Baptiste Colliard y mi hermano, que los capitaneaba.

Guillaume no dejaría que me acercase a Enrique. Él mismo le aconsejaría que fuese virtuoso y que renunciase «a esos amores tan inconvenientes a los que tanto tiempo dedicáis. Señor, debéis amar a toda la cristiandad y, por encima de todo, a Francia…».

Sarmiento se volvió hacia mí con las manos separadas y las palmas hacia arriba y me dijo que a Enrique de Navarra no lo sorprenderían ni en una alcoba ni en un granero con los calzones bajados. Ni siquiera en el torneo al que el bearnés había desafiado al duque de Guisa, en duelo singular o con una tropa de gentileshombres escogidos. (Me ofrecí al punto a ser uno de los que combatiesen con los colores del Acuchillado contra el rey hugonote, pero Guisa declinó mi oferta).

La guerra se preparaba, pero la muerte no llegaba.

Yo la esperaba en los brazos de las rameras que Diego de Sarmiento y yo llevábamos al palacete de España por unos escudos.

Bebía y fornicaba hasta que la pequeña muerte que procura el placer y la borrachera me dejaban rendido, y de ese modo, Señor, las dudas no me martirizaban.

A la mañana siguiente, un poco mareado todavía, me aseguraba de que los burgueses de la Liga Santa y los curas que estaban al frente habían aprendido a manejar los arcabuces y estaban preparados para defender cada calle de París si fuese necesario.

Ya habían amontonado barricas llenas de arena para hacerlas rodar al medio de la calle y, llegado el momento, hacer una barricada para impedir el paso de las tropas de Enrique III y de Enrique de Navarra, a las que hostigarían desde las ventanas.

Volví otra vez a la embajada de España.

A veces me detenía en la de Venecia, y mientras Vico Montanari o Michel de Polin me hablaban, miraba la puerta tras la cual había vivido Anne de Buisson, reprochándome el no haberla forzado.

¡Yo valía tanto como un príncipe que apestaba a pies y a sudor, y tanto como mi hermano!

Interrumpí a Montanari y a Michel de Polin, y les informé de que la reina Margot, que un día podía llegar a ser reina de Francia si Enrique de Navarra sucedía a Enrique III, había seducido a un gentilhombre con el que había huido, y cuando su marido la cogió y la encerró, se ofreció al carcelero para poder escaparse de nuevo.

—¿La reina Margot?

Yo me reía sarcásticamente.

—Margot la Ramera, Margot la Libertina, Margot la Puta, ¡como todas las que soportan la peste de Enrique de Navarra!

Michel de Polin se enfureció. Se jactaba de saber cuántas faldas había levantado Enrique de Navarra y a cuántos gentileshombres había visto la reina Margot bajarse los calzones.

Que al bearnés le oliesen los pies y los sobacos era cuestión de olfato y no de política.

Enrique de Navarra era el heredero legítimo de la corona, y quienes se oponían a ello —los enumeró a todos tendiendo los brazos hacia mí: los Guisa, los españoles, los burgueses de la Liga

Santa…— amenazaban el reino, arruinaban Francia y favorecían a España.

Acababa de llegar de Lyon después de recorrer las provincias, donde había visto a los campesinos hambrientos arrancar las espigas de trigo aún verdes y comérselas en el acto para saciar el hambre.

—El pueblo se muere de hambre —dijo—. Quiere seguir rezando a sus santos en las iglesias, pero antes necesita llenar el estómago y grano para poder sembrar, porque ha tenido que comerse hasta las simientes.

Se levantó, fue hasta la ventana, señaló la calle Fossés-Saint-Germain, me invitó a reunirme con él y me mostró a los mendigos, los miserables, la gente del común que había tenido que abandonar sus pueblos a causa del hambre.

—Para que la paz y el orden se impongan necesitamos un soberano legítimo, y no unos príncipes vendidos a España que se enriquecen con los doblones que les da Felipe II y que han obligado al rey Enrique a vender los bienes de los herejes en su beneficio.

Se sentó enfrente de mí.

—Vos sabéis, Thorenc, que para ellos la religión no es más que un pretexto para enriquecerse, aumentar sus posesiones y apoderarse del trono. No les importa servir a España en contra de los intereses de Francia.

Yo me reía. Sin duda, estaba en lo cierto. ¡Pero su Enrique de Navarra y el otro bando eran lobos de la misma camada!

¿Legítimo? Había pedido a la reina Isabelle de Inglaterra doscientos mil escudos, navíos y soldados para hacer la guerra a los católicos. Uno de sus enviados —Séguret— había prometido a príncipes de Alemania y Dinamarca buenas tierras del reino para que creasen colonias.

«Reclutad un buen número de reîtres, de suizos y unos cuantos lansquenetes —les había escrito Séguret—. Haceos con los mejores y más experimentados coroneles y capitanes. ¡Venid y uníos a los nuestros, que están por todas partes, a combatir contra los católicos!».

¡Así que era hugonote! Estaba de acuerdo con él en que los Guisa y los miembros de la Liga que habían formado un ejército con

suizos, albaneses y alemanes para reforzar las tropas reales, no valían más que ellos. Pero había elegido y sabía cuál era mi bando.

Michel de Polin repitió que él estaba de parte de Francia y que Enrique de Navarra era su heredero legítimo. Quería, a toda costa, evitar una guerra que sería nefasta para los súbditos del reino.

Estaba en lo cierto. Los campesinos sufrían, estaban muertos de hambre. Y los soldados, reîtres o suizos, al servicio de los hugonotes, o los albaneses reclutados por los Guisa, los trataban peor que a los animales.

Pero era la ley que imperaba en el mundo.

—Dios no quiere eso —murmuró Michel de Polin.

¡Dios mío!, en aquellos años, cuando me hablaban de vos, blasfemaba.

—¡Muerte a Dios! —grité.

¿Ignoraba Polin que la tierra era el verdadero infierno de los hombres y que en ella reinaba la crueldad?

A la barbarie se añadía la traición y la mentira.

¿Sabía Michel de Polin que, mientras la guerra se preparaba y los ejércitos formaban en orden de batalla, y los soldados maltrataban a los campesinos para robarles un saco de grano o una gallina, Catalina de Médicis abrazaba a Enrique de Navarra con fingido amor, palpándole el pecho con sus dedos gordezuelos para asegurarse de que no llevaba una daga o una coraza?

—Decidme qué deseáis —le preguntaba Catalina.

—Mis deseos son los vuestros —respondía Enrique hipócritamente.

—Dejémonos de ceremonias y decidme qué queréis.

—Señora, no os pido nada, he venido a ponerme a vuestra disposición.

—¡Bah, bah, bah! ¡Meted baza, animaos!

—Señora, ¡yo aquí no podría meter nada!

Y los espías le habían contado a Sarmiento que las damas que asistían a la entrevista se habían desternillado de risa con la agudeza del rey de Navarra y su galantería.

Me enteré por otro conducto de que mi hermano Guillaume de Thorenc había enviado —traición en la traición— a Jean Baptiste Colliard a entrevistarse con el duque de Guisa para proponerle una

alianza entre las tropas hugonotes y las de la Liga Santa con el fin de echar del trono a Enrique III y sus mignons.

El duque de Guisa se negó, no por razones de religión, sino porque en París tenía unos cuatro mil arcabuceros dispuestos a entrar en el Louvre, a secuestrar al rey y obligarlo a abdicar o a huir.

¿Por qué repartir con los hugonotes lo que podían tener ellos solos?

Y si Enrique III se negaba a abdicar, haría como la reina Isabelle de Inglaterra, que ordenó cortar la cabeza a la católica María Estuardo, reina de Escocia, hija de María de Guisa y que había reinado en Francia sólo un año como esposa que era de Francisco II, hijo de Catalina de Médicis.

La sangre había empezado a correr.

Ésa era la ley de los hombres.

¿Acaso no habían derramado la de Cristo?

25

Olvidé que la sangre de los hombres es del mismo color que la de Cristo, y quise que brotase del cuerpo de mis enemigos.

Los imaginaba escondidos en aquella depresión del camino entre la orilla de la Isla y la de Drôme, no lejos del pueblo llamado Coutras.

Estábamos en Charente y perseguíamos a los hugonotes desde hacía varios días. Huían caminando hacia el sur, después de haber atravesado Poitou, intentando reconquistar las provincias de Guyena y Gascuña. Pero quizás cambiasen de dirección y fuesen a reunirse con los veinte mil reîtres y arcabuceros, lansquenetes alemanes y alabarderos suizos que habían entrado en Lorena para ayudarlos.

—Hay que matarlos primero —determinó Diego de Sarmiento.

Y el duque de Guisa y el rey Enrique III, obligados a obedecer a la Liga Santa, habían dado orden de reunir unos cinco mil soldados de infantería y más de mil quinientos caballeros para echar al asqueroso rey de Navarra, que llamaba a los mercenarios extranjeros para satisfacer su ambición y hacer triunfar su herética fe.

Hacía mucho tiempo que no oía los sermones del padre Veron. ¡La suerte de Francia me importaba un bledo! Sólo sabía que Enrique de Navarra y Guillaume de Thorenc, mis enemigos, iban a la cabeza de sus tropas, y yo me había reunido con el ejército de los Guisa y del rey Enrique, al mando del duque de Joyeuse, uno de sus *mignons*, cuyas maneras, ridículos trajes, perfumes y joyas me revolvían el estómago.

Había cabalgado junto a ellos, forzando la marcha, inquieto al ver a mi alrededor a aquellos gentileshombres vestidos como para ir a un baile, con sus grandes sombreros de plumas, sus jubones de seda, satén y terciopelo y sus armas de gala damasquinadas.

Muchos de ellos blandían una larga lanza en cuyo extremo

ondeaban sus pendones multicolores. E iban hablando alegremente, como si estuviesen de cabalgada por la calle de Saint-Antoine en día de fiesta.

Pero no estaban en los estrados.

Aquel mes de octubre de 1587 la lluvia inundaba la campiña. Cuando cesaba, la niebla se abrazaba a las hayas.

En aquella grisalla, detrás de los matorrales, en las colinas arenosas, en la confluencia de las riberas, en aquellos caminos tortuosos, yo temía que Enrique de Navarra y sus espadachines, gentes de guerra como Jean Baptiste Colliard, Séguret o mi hermano Guillaume, hubiesen disimulado sus arcabuceros, sus cañones y sus caballeros.

Ellos no llevaban oriflamas coloristas en las puntas de sus lanzas: tenían las manos en las culatas de sus pistolas. Ningún adorno embellecía las armas de los arcabuceros, pero sabían utilizarlas bien, eran veteranos y no bailarines invitados a las fiestas reales.

Me cansé de advertir muchas veces al duque de Joyeuse y a su hermano Claude de Saint-Sauveur de que tuviesen cuidado con los hugonotes, que Enrique de Navarra contaba con sus primos Condé y Soissons, dos auténticos caudillos a los que, según los espías, al dejar La Rochelle, les había espetado: «¡Recordad que por vuestras venas corre la sangre de los Borbones! ¡Y vive Dios! ¡Os demostraré que soy vuestro hermano mayor!».

Y Condé le había respondido, con su vozarrón: «¡Nos portaremos como buenos hermanos menores!».

Decían que Enrique de Navarra, antes de dejar La Rochelle, se había arrodillado delante de sus soldados y había hecho un acto de contrición jurando, por su bravura, que obtendría el perdón de Dios por sus faltas, incluida la última: forzar a la hija de un oficial de su ejército en aquella villa.

Cuando se lo contaron al duque de Joyeuse, éste se rió como suelen hacerlo las mujeres, echando la cabeza hacia atrás y diciendo que había que vengar el honor de la pequeña hugonote ultrajada por ese militarote que era Enrique de Navarra.

Y el convencimiento de que vencerían al rey hugonote y su

ejército de herejes había corrido como la pólvora.

Viendo a aquellos gentileshombres vestidos ridículamente como para una cabalgada, tuve un sombrío sentimiento de goce.

Íbamos a matar, y a morir.

El 20 de octubre de 1587, después de atravesar el pueblo de Coutras, entramos en una planicie, de unos setecientos pasos de largo, trazada como para un torneo.

Pero, en la colina arenosa que la dominaba, vi los cañones hugonotes y, pese a que una cortina de lluvia me velaba el horizonte, distinguí en las cañadas las corazas grises de los soldados de infantería del rey Enrique. Pensé que su caballería estaba esperando a que entrásemos en aquella liza para que sus arcabuceros, como cazadores al acecho, nos disparasen y nos hiciesen pedazos.

¿Acaso no era aquello lo que yo quería?

Cargué junto a los hermanos Joyeuse y otros gentileshombres que blandían sus lanzas adornadas con pendones como para una parada. Unos hugonotes vinieron hacia nosotros y luego se escondieron para llevarnos a la trampa.

Arremetí, cargué, maté, ciego de sangre, hasta que no hubo enemigos, salvo algunos cadáveres en el suelo.

Y, de repente, oímos un salmo que bajaba de la colina y subía por las cañadas:

> «Llegó el día feliz
> que Dios nos hace vivir.
> Mostremos nuestra alegría
> ¡en tan venturoso día!».

Y el duque de Joyeuse y su hermano Claude de Saint-Sauveur se pusieron a reír y a dar vítores sobre sus estribos, diciendo que el ejército hugonote pedía piedad, que sólo había que ir a buscarlos para que se rindiesen.

Los caballos de nuestros gentileshombres y de nuestros mercenarios albaneses piafaban de impaciencia.

De repente, se oyó un cañonazo y disparos de arcabuces, y los caballeros hugonotes cargaron contra nosotros.

Habíamos caído en la trampa, y tropezábamos los unos con los otros, mientras los nuestros morían bajo la metralla de los arcabuceros o las balas de los caballeros. Aquéllos no portaban lanzas vistosas, pero sus manos disparaban hierro y plomo.

Vi caer al duque de Jouyeuse, con sus encajes y sus plumas ensangrentadas, y vi también a su hermano Claude de Saint-Sauveur, al que habían descerrajado un tiro que lo arrancó del arzón, y permanecía unido al estribo de su caballo, que lo arrastraba por un campo de batalla lleno de cadáveres engalanados.

Me pareció reconocer, al frente de los caballeros hugonotes que atacaban, a Jean Baptiste Colliard y a Séguret. Enrique de Navarra y mi hermano Guillaume no debían de estar lejos de allí.

Tiré de las riendas, y espoleé mi caballo, obligándolo a lanzarse contra mis enemigos.

¡Que corra su sangre, sea real o fraternal!

Cargué contra ellos. Mi espada se hundía en la blanda resistencia de los cuerpos. Jadeaba cada vez que la retiraba, como un labriego que acabase de usar el azadón.

No veía nada porque tenía el rostro cubierto de sangre, mía o de los otros, cuya tibia dulzura reconocía.

De repente, sentí como si me seccionasen el cuerpo a la altura de los hombros.

Caí y mi cara se hundió en la tierra.

Recordé la fosa del bosque de la Torre del Castro en la que había enterrado la cabeza del Cristo de los ojos cerrados.

Abrí los ojos de nuevo y distinguí las vigas ennegrecidas por el humo. Quise volver la cabeza a derecha e izquierda y aullé de dolor.

Me mordí los labios para ahogar el grito.

Oí un barullo de voces, ruido de escudillas y chocar de vasos.

Olía a carne asada.

Conseguí incorporarme apoyándome en los codos. Descubrí, sentados a la mesa, a unos hugonotes con coraza gris y cuello de búfalo, y, en los bancos, desnudos, los cadáveres del duque de Joyeuse y su hermano.

Yo también estaba tendido sobre un banco, herido.

Las lanzas con los pendones de los gentileshombres de Joyeuse estaban apoyadas contra las paredes. En el fondo de la sala de aquel albergue, sobre una mesa rodeada de cirios, distinguí el cuerpo de mi hermano Guillaume, con las manos unidas sobre el pecho. Cerca de él, con la cabeza baja y los brazos cruzados, estaba Enrique de Navarra rodeado por Jean Baptiste Colliard y Séguret.

No había logrado matarlos. Quizás sólo había matado a mi propio hermano.

Cerré los ojos y la oración, al cabo de tantas semanas, acudió a mis labios, Señor. E imploré vuestro perdón.

Era Caín.

Sollocé.

Reconocí muy cerca la voz de Enrique de Navarra.

—He perdido a Guillaume de Thorenc —decía—. No quiero que el árbol de los Thorenc sea cortado. Quiero que vivas, Bernard de Thorenc, aunque me hayas hecho mucho daño.

Lo miré. Sacudió la cabeza.

—No fuiste tú —dijo.

Luego su rostro se crispó, con la boca cerrada y la frente cubierta de arrugas.

—Tú solo, no. Se vio envuelto en una refriega. Tú también has debido de darle un golpe. Pero no ha muerto por tu mano. No te hago responsable. Tú nunca has estado conmigo. Así que nunca me has traicionado.

Se inclinó.

—¿Cuántos gentileshombres franceses han muerto hoy? Todos de buena casta. Eran la fuerza y la nobleza de nuestro reino de Francia. ¿Crees que estoy satisfecho por ello? Excepto algunos coaligados que los Guisa han enrolado, mezclándolos con los albaneses, los demás, todos los demás, y tú también, Bernard de Thorenc, sois buenos patriotas franceses.

Rozó con la yema de los dedos mi hombro herido, murmurando que había ordenado a sus cirujanos que me curasen. Un arcabuzazo me había desgarrado el cuello y los hombros. Era un milagro que hubiese sobrevivido.

—Dios lo ha querido así. Con un Thorenc muerto es suficiente por hoy.

Alzó la voz y, en el silencio que se hizo poco a poco, dijo que

quería que los católicos muertos tuviesen derecho a una misa de acuerdo con sus creencias.

—Que busquen a un sacerdote y que lleven los cuerpos a la iglesia de Coutras.

Se volvió hacia mí.

—Tan pronto como los cirujanos te curen las heridas, serás libre, incluso para luchar contra mí, si lo deseas. Pero has de saber, Bernard de Thorenc, que sólo quiero ver franceses, no papistas o hugonotes. Y también quiero que sepas que no me gusta nada que corra la sangre y debilite el reino de Francia en provecho del rey de España. Quiero que se acabe esta sangría. La muerte de un Thorenc es suficiente para mí. No quiero la tuya. ¡Vive y ayuda al reino a encontrar la paz!

Pese al dolor que me recorría desde los hombros hasta la punta de los dedos, conseguí juntar las manos y rezar.

26

No dejé de rezaros, Dios mío, pese a que el dolor me atormentaba.

Iba tendido en un carruaje que se dirigía lentamente a la Torre del Castro.

Era invierno. Las ruedas se hundían en los charcos del camino. A cada traqueteo, un dardo perforaba mi nuca y luego se dividía en múltiples astillas que me desgarraban el pecho y la espalda.

Pero quise sufrir aquella prueba.

Enrique de Navarra quiso retenerme a su lado, pero yo, en el delirio de la fiebre, le supliqué que me llevasen a casa, pues los cirujanos habían renunciado a curarme: la herida se había infectado y era muy profunda; los bordes estaban hinchados, y la carne, lacerada por el plomo y el hierro de la bala; la gangrena se había extendido al brazo, que habría que cortar. Y aun así, no serviría de nada.

Enrique se había enfurecido con aquellos médicos que habían asegurado —incluso el más sabio, Ambrosio Paré— que el almirante Coligny moriría a causa de las heridas y que no podría ser trasladado de París; pero Coligny había sobrevivido y su fiebre desaparecido, y los asesinos a sueldo de Enrique de Guisa apuñalaron y mutilaron a un hombre sano.

Enrique me repetía que tenía que vivir, y yo estaba conmovido por tantas atenciones. Me reprochaba haber deseado su muerte y la de mi hermano.

Imploraba, Dios mío, vuestro perdón. El sufrimiento que me habíais infligido era como el dolor de un renacimiento.

Vuestro castigo era justo.

Había cedido al poder del Maligno. Había blasfemado. Había derramado sangre. Por celos y amargura. Por desamor.

Anne de Buisson vino el día en que yo dejaba la hospedería del Cheval-Blanc, en Coutras, para iniciar el viaje de regreso a la Torre del Castro. Cuando los porteadores levantaron la camilla, vi su

rostro inclinado hacia mí. Quise recordarle la frase que había pronunciado en Nérac arrojándome al abismo del odio, a la blasfemia y al deseo de muerte: «Ahora somos de la familia». Moví los labios, ¿pero cómo iba a oírme si mi garganta estaba desgarrada por un disparo de arcabuz?

Y, sin embargo, sonrió como si hubiera comprendido. Puso su mano sobre la mía, acompañando la camilla hasta el carruaje. Traté de decirle otra vez: «Estamos solos. —Me incorporé, con dolor infinito. Quise pronunciar al menos una palabra—: Venid».

Caí de nuevo.

Los porteadores depositaron la camilla en el carruaje, bajaron el toldo de piel y, cuando se puso en marcha, supe que para ahogar los gritos del dolor que me desgarraba el pecho tenía que rezar.

Seguí hablando con vos, Dios mío, durante todo el viaje —había más claridad y las noches eran más cortas—, y después durante todas las horas que estuve tendido delante de la chimenea de la Torre del Castro.

Mi herida iba cerrándose poco a poco, y también el abismo en el que casi había caído.

Un día me levanté y, apoyado en el brazo de nuestro criado Denis, volví a caminar. Me detuve ante las hornacinas vacías de la capilla. Mandé esculpir tallas de la Virgen y los apóstoles, para que las heridas que los hugonotes habían infligido a las imágenes de nuestra fe fuesen también curadas.

Conseguí arrodillarme y revivir los días de mi infancia, así como las últimas horas junto a Michele Spriano, cuando los espadachines de Jean Baptiste Colliard nos atacaron y un disparo de arcabuz segó su vida.

Más tarde, visité el claro donde lo había envuelto en su capa, depositando junto a él, al pie de un roble, la cabeza del Cristo de los ojos cerrados.

Había prometido construir una tumba en nuestra capilla para Michele Spriano y depositar sobre el altar el estandarte de damasco rojo que había ondeado en la popa de la *Marquesa*, nuestra galera victoriosa. Cumplí mi palabra.

Su cuerpo no era más que un montón de huesos, y su capa, polvo.

Sólo sus armas habían resistido el paso del tiempo.

Volví a la Torre del Castro con los restos de Michele Spriano y el Cristo de los ojos cerrados, al que quité la capa de tierra que lo cubría.

Recordé mi rabia, mi odio, mi deseo de matar a los de la secta hugonote, seguidores de Satanás, mercenarios de Lucifer. Pero aquellos sentimientos también se habían convertido en polvo, y los enterré junto con los restos de Michele Spriano, en nuestra capilla, a la derecha del altar. Luego coloqué la cabeza del Cristo de los ojos cerrados sobre el estandarte rojo, junto al sagrario.

Después, empecé a esperar.

Día tras día espié el camino que bordea el valle del Siagne.

Recé para que vos la recordaseis que era de nuestra familia.

Había escogido, por la razón que fuese, llevar nuestro nombre.

A veces caía en la desesperación; ella había sido la esposa de Abel y jamás aceptaría vivir con quien había sido cómplice de Caín.

Después recobraba la confianza. Ella vendría, porque me había sonreído en la hospedería del Cheval-Blanc, en Coutras.

Estaba convencido, Dios mío, de que me habíais impuesto aquella prueba para que el reencuentro fuese más dichoso y de él pudiese nacer ese niño que perpetuase nuestra familia y reconciliase las partes durante tanto tiempo enemigas de nuestra fe en Jesucristo.

Debía rezar para que me oyeseis.

Un día sin sol, en el que un cielo plomizo no anunciaba ninguna alegría, un carruaje franqueó el puente y se detuvo ante la Torre del Castro.

Anne de Buisson bajó de él.

Cuarta parte

27

Lo primero que vio Michel de Polin al entrar en la gran sala de la Torre del Castro fue una cuna que más parecía una nave de pequeñas dimensiones, con las nervaduras de la madera a la vista, coronada con unas cortinas de encaje que parecían velas.

Michel de Polin dio unos pasos y luego se detuvo.

La sala estaba en penumbra.

Oyó unos murmullos y buscó en vano tratando de distinguir a quienes hablaban. De repente, un resplandor iluminó la sala. El fuego había prendido en los troncos apilados en una chimenea tan amplia que podría abarcar a varios hombres de pie, y en la que numerosas brasas rojas se desprendían de llamas azuladas.

Michel de Polin vio entonces a una mujer arrodillada detrás de la cuna que hasta ese momento la tapaba. Dos sirvientas estaban junto a ella.

Se acercó a la mujer.

—Soy Michel de Polin —dijo en voz baja para no despertar al niño.

Le explicó que era miembro del Parlamento de París. Había conocido al conde Bernard de Thorenc en la embajada de Venecia, en compañía del legado de la Serenísima República, Vico Montanari…

Interrumpió su relato.

La mujer se levantó e hizo una señal a las criadas, que cargaron la cuna y se la llevaron en volandas caminando sobre las puntas de los pies.

Las sirvientas desaparecieron en la oscuridad en que permanecía sumida parte de la estancia.

Polin reanudó la charla en voz más alta.

Dijo que venía de Roma, donde lo había recibido el Sumo Pontífice, y Vico Montanari le había aconsejado que hiciese un alto,

a la ida o al regreso de su viaje, en casa de Bernard de Thorenc. A Montanari y a otros muchos del entorno del rey les extrañaba la ausencia de Bernard en aquellos tiempos revueltos. Se sabía que había sido herido en Coutras, donde tantos gentileshombres —cerca de cuatrocientos— habían sido asesinados junto al duque de Joyeuse y Claude de Saint-Sauveur. En la corte se inquietaban.

—¿Qué deseáis? —dijo la joven acercándose.

Entró en la zona iluminada por las llamas. Sus cabellos sueltos caían sobre sus hombros como hilos de oro que realzaban el azul de su vestido. Cruzó los brazos.

Polin estaba callado. La mujer, erguida, con la barbilla firme y la mirada fija, parecía una estatua amenazadora, la guardiana de la casa.

—Mi esposo ha ido a la caza del jabalí —añadió.

Luego repitió, mirando a Polin a los ojos:

—¿Qué deseáis?

Michel de Polin hizo un gesto vago con la mano y, como para escapar a su mirada, se puso a caminar a lo largo de la sala, deteniéndose ante la chimenea y mirando fijamente el fuego. Luego se volvió y miró a la joven de hito en hito.

Así que estaba ante Anne de Buisson, de la que Vico Montanari le había dicho hacía muy poco que era una hugonote de costumbres más libertinas que la más desvergonzada de las católicas. Había sido amiga de la reina Margot, y hasta compartido con ella el lecho de Enrique de Navarra. «¡Hugonotes o católicas, las mujeres prefieren abrirse de piernas antes que abrir un misal o una Biblia! ¡Son todas unas putas!», había concluido Montanari.

Y sin embargo, la mujer inmóvil que estaba a unos pasos de Polin no se parecía nada a aquel retrato.

Orgullosa y austera, se adivinaba resuelta e intransigente.

Michel de Polin se acercó.

—Bernard de Thorenc…

—Mi esposo —lo interrumpió la joven—. Nuestro hijo Jean nació hace once días. Decidle a esos señores de la corte que no se preocupen. Lo bautizamos en la capilla de la Torre, en la religión católica. No obstante, un ministro de la causa asistió al sacerdote. Yo lo quise así. Soy hugonote y fui convertida a la fuerza para

salvar mi vida y otras, pero convertida, al fin. Aquí no cerramos la puerta a nadie que crea en Cristo y pertenezca al reino de Francia.

Anne de Buisson fue hasta la chimenea y empuñó el atizador para remover las brasas; luego volvió junto a Michel de Polin, con la barra de hierro al rojo vivo, apuntando como un arma.

—¿Qué deseáis? —repitió con voz más fuerte.

Michel de Polin retrocedió un paso.

—La unidad de los creyentes en la paz —murmuró—. Desde hace treinta años.

Alzando la voz, recordó la frase del canciller del rey, Michel de L'Hospital,
que había tenido el valor y la audacia de decir que había que eliminar «las palabras diabólicas, los nombres de partidos, facciones y sediciones, luteranos, hugonotes, papistas; no cambiemos jamás el nombre de *cristiano*».

—Somos todos súbditos del rey de Francia —añadió.

Anne de Buisson se dirigió de nuevo a la chimenea y, agachada, con el extremo del atizador esparció los restos de un tronco, que levantaron nubes de chispas.

—¿Lo deseáis de verdad? —preguntó la joven.

Luego se levantó y cruzó los brazos con un gesto enérgico, bajó la cabeza y habló con voz sorda, sin mirar a Michel de Polin.

Los españoles habían matado a su hermano, Robert de Buisson. Ella vio cómo los suizos de Enrique de Guisa, esos asesinos, mataban a hombres, mujeres y niños en el número 7 de la calle del Arbre-Sec, la noche de San Bartolomé. En domingo. Bernard de Thorenc le salvó la vida, y por eso se casó con él, porque él se lo había pedido y ella se lo debía, a pesar de que él fue uno de aquellos buenos gentileshombres católicos, al servicio de Enrique de Guisa y del rey, que mataron en Coutras a Guillaume de Thorenc, su propio hermano, dejándola viuda.

Anne de Buisson cerró los puños ante su rostro.

—No quiero que se lleven a mi hijo. Y tampoco quiero que aprenda a matar.

—Si consiguiésemos… —empezó Michel de Polin. Después suspiró, repentinamente fatigado—. Bernard de Thorenc tiene que ayudarnos —prosiguió Michel.

Anne de Buisson sacudió la cabeza y se limitó a responder:

—La paz ya está aquí.
En ese instante, oyeron ladrar a los perros.

28

Bernard de Thorenc llegaba en medio de los perros, que tiraban de sus correas hacia delante, intentando echarse sobre los tres jabalíes muertos que habían arrojado sobre las losas, en la entrada de la Torre del Castro.

La sangre, ya ennegrecida, se había secado sobre las largas y ásperas cerdas de las bestezuelas.

Bernard de Thorenc apartó a los perros con la punta de sus botas y se acercó a Michel de Polin, que pudo apreciar la enorme cicatriz que recorría el cuello de Thorenc, desde la mandíbula inferior hasta el hombro, donde quedaba oculta por el jubón. La piel estaba enrojecida e hinchada.

Thorenc la recorrió con el dedo; luego señaló los jabalíes.

—Cuando los hombres se vuelven bestias —dijo—, cuando hacen la guerra entre ellos, las bestias salvajes invaden de nuevo la tierra, y sólo se las caza cuando la paz reina de nuevo. Así que ahora cazo…

Cogió del brazo a Michel de Polin y lo condujo a la gran sala.

Habían metido dos nuevos troncos en la chimenea y las llamas que brotaban de las brasas los envolvían.

—La paz no ha vuelto —murmuró Michel de Polin.

Se sentó frente a Bernard de Thorenc, delante de la chimenea.

—Ya está aquí… —objetó éste.

—Nadie está en paz en un reino en el que impera todavía la guerra. Vos lo sabéis, Thorenc: los soldados, los asesinos, violan y matan, saquean y aplastan las cabezas de los niños —se calló para que se oyesen los ladridos— y luego se las echan a los perros.

Bernard de Thorenc se tapó los ojos con la mano como si se negase a imaginar aquella escena.

—Todos los días —prosiguió Polin—, en cada encrucijada, alrededor del Louvre, en la calle de la Monnaye, donde vivo, oigo a

los predicadores instigando a una matanza de herejes para impedir un San Bartolomé de católicos. Atacan al rey, gritan: «¡Vamos a buscar a Su Majestad Enrique al Louvre!». Los monjes, los sacerdotes están armados. Han tomado el mando de los barrios en nombre de la Liga Santa. No os imagináis, Thorenc, las tropas formadas por cuatrocientos monjes y ochocientos estudiantes armados con arcabuces. Cuando el rey mandó que entrasen los suizos en la ciudad para restablecer el orden, los rodearon y los atacaron. En todas las calles se amontonan barricas, adoquines, sacos terreros, y los suizos fueron acuchillados, y dispararon contra ellos como vos habéis hecho con los jabalíes. Detrás de cada ventana había un arcabucero apostado. Enrique de Guisa es quien dirige el baile contra el soberano. Oí gritar a la jauría que «había que prender al sinvergüenza del rey» y que ¡había que llevar al señor de Guisa a Reims, sin dilación!

Thorenc no se movió. Se mantuvo con los codos apoyados en los muslos y las manos ante los ojos, el busto inclinado.

—Ésa es la paz que reina en París —prosiguió Michel de Polin—. Matan y matarán en nombre de Dios, y los predicadores se dedican a excitar al pueblo ignorante, salido de la nada, azuzado como una manada de toros. Enrique de Guisa los maneja como le da la gana. El pueblo quiere cuerpos que alancear. Arroja al Sena a los desgraciados que declara hugonotes. El Parlamento al que pertenezco ha condenado a las dos desdichadas hijas de un procurador. Su pecado fue el de ser católicas respetuosas, y fueron quemadas en la plaza de Grève y declaradas «las herejes más empecinadas y contumaces». Las dos inocentes habían tratado de impedir que matasen a un artesano vecino suyo. Vos conocéis la costumbre…

Michel de Polin interrumpió su relato y, tras un instante de duda, prosiguió:

—Primero estrangulan a los condenados antes de prender fuego a la hoguera. Pero el pueblo, enloquecido, consiguió arrebatar a una de las jóvenes al verdugo y la arrojó viva a las llamas. Yo estaba entre la multitud, Thorenc, y oí sus gritos. No podré olvidarlos nunca.

Michel de Polin había dejado París con el rey. Habían conseguido

burlar la vigilancia de los coaligados. Ahora el soberano estaba seguro en Chartres, pero no se atrevía a combatir con Guisa, cegado como estaba por los consejos de la reina madre, por el miedo que tenía a ser cogido entre los hugonotes de Enrique de Navarra y los hombres de Enrique de Guisa.

—Éstos tienen el apoyo de España. Diego de Sarmiento promete tropas y doblones. Desde que la flota de Felipe II, la sedicente Armada Invencible, fue derrotada por los ingleses, necesitan más que nunca una Francia rota, vencida por sus propios demonios. Los miembros de la Liga y Enrique de Guisa están en sus manos. Él les paga. ¿Es ésa la voluntad de Dios?

Michel de Polin levantó los brazos.

—¿Quién puede creerlo? Ni siquiera responde a los intereses de la Iglesia…

Había ido a Roma, explicó, para hablar en nombre de los buenos católicos de Francia, y decirle al Sumo Pontífice que tenía que ayudar a quienes, en el reino, deseaban la unión de todos los creyentes.

Se entrevistó con el papa Sixto V y le aseguró que Enrique de Navarra sabía que sólo podía ser coronado rey de Francia si abandonaba su fe. Los hugonotes más lúcidos también lo sabían y se inquietaban por ello. Enrique III se convencía poco a poco, y eso lo tranquilizaba porque Enrique de Navarra era su heredero. Pero era el Papa quien tenía que facilitar el acercamiento e impedir que los coaligados, los partidarios de los Guisa, esos asesinos, no se enmascarasen ni se ocultasen tras el nombre de católicos.

—El Papa me escuchó. Creí que habíamos ganado la partida. Pero tenía a su lado al padre Verdini, un sacerdote que vos conocéis. Es un anciano, pero en él arde el fuego del infierno. Apenas acabé de hablar, me acusó de ser uno de esos falsos apóstoles, un Judas, más retorcido que un judío, que quieren que los católicos pongan la cabeza en el cepo y corran la misma suerte que la reina María Estuardo, decapitada por la hereje Isabelle. «Eso es lo que quieren para Francia —repitió Verdini—. A Enrique de Navarra en el trono y la sangre de los católicos corriendo por las calles. ¡El hacha hugonote cayendo sobre los cuellos inocentes de los servidores de la Iglesia!».

—El padre Verdini… —murmuró Bernard de Thorenc—. Fue él quien me enseñó aquí —tendió los brazos hacia la fachada de la capilla— mis primeras oraciones y los Evangelios; fue mi confesor, y lo escuché más que a mi propio padre…

—Es la mano derecha de Sarmiento —replicó Michel de Polin—. Cree que Felipe II es el brazo armado de la Iglesia, el caballero de la fe. Se le hizo un nudo en la garganta cuando evocó la destrucción de la Armada Invencible. Para él, todos los que quieren la unión de los creyentes en Francia son «maquiavélicos» —es así como nos llama— y, lo que es todavía peor, ateos. Según él, Enrique de Navarra ¡quiere un reino sin Dios!

Michel de Polin permaneció silencioso un largo rato, respirando ruidosamente como si fuese a reventarle el pecho.

—Tuve miedo —dijo con voz ahogada—. Pensé que el padre Verdini iba a ordenar a los espadachines españoles que lo custodian que me matasen antes de que pudiese irme de Roma. Huí y no cambié de montura hasta que entré en las tierras del duque de Saboya. La Torre del Castro es el primer sitio donde me detengo. Vico Montanari, que sabe lo que quiere y cuánto vale Diego de Sarmiento, me aconsejó que os visitase, aquí, en vuestra casa.

Bernard de Thorenc se levantó y abrió los brazos, murmurando que Michel de Polin era bienvenido, que la casa y las tierras de los Thorenc estaban consagradas a la paz. Que él así lo deseaba.

Polin volvió a atizar el fuego, con la mano izquierda apoyada en el revellín de la chimenea. Precisó que Enrique III había convocado a los Estados Generales del reino en Blois; que todos los que deseaban la unión de los súbditos y la paz tenían que participar en ella.

—Me voy mañana por la mañana, venid conmigo —dijo—. Ya cazaréis más adelante.

Se acercó a Bernard de Thorenc.

—No abandonéis a vuestro hijo a un reino de asesinos. No le perdonarán ser hijo vuestro y de Anne de Buisson.

Thorenc negaba con la cabeza, pero mantuvo los ojos bajos y pareció no oírlo.

—Los habéis visto como yo, disparando en el muelle de l'École,

en la calle del Arbre-Sec —continuó Polin—. Habéis visto a los niños muertos, envueltos en trapos ensangrentados y con la cabeza rebotando en el suelo…

—¡Callaos! —rogó Bernard de Thorenc.

Abandonó la sala, seguido por Michel de Polin.

Los cadáveres de los tres jabalíes yacían todavía en las losas de la entrada, y los perros seguían ladrando con la misma furia.

29

Señor, cuando dejé la Torre del Castro junto a Michel de Polin, sabía que no volvería a cazar jabalíes.

De nuevo, partía a la caza del hombre, y sería su sangre roja y no la negra de las bestias salvajes la que correría.

Cuando nos despedimos en el patio de la Torre del Castro, mientras los sirvientes arrastraban por el suelo los tres jabalíes muertos, en medio de los ladridos de los perros, le dije a Anne de Buisson que la dejaba porque si queríamos que la paz se restableciese en el reino de Francia, y también en nuestras tierras, teníamos que llegar hasta el final.

Quise abrazarla y ella me rechazó. Su rostro era una máscara.

Alcé la voz.

Era un perjuro y lo sabía.

Le prometí a ella y también a vos, Señor, que sólo empuñaría las armas si nos atacaban en nuestra casa.

Grité que no quería dejar a mi hijo a merced de un asesino, fuese hugonote o miembro de la Liga, porque nosotros no pertenecíamos ya a un bando ni a otro sino a los dos, traidores tanto para unos como para otros.

Ése había sido el destino de nuestra familia, yo sirviendo al rey católico, y mi padre, mi hermano y mi hermana en el otro bando.

—Ellos han muerto —dijo Anne de Buisson.

Cruzó los brazos y retrocedió cuando quise acercarme de nuevo a ella.

—Se habían olvidado de nosotros —añadió—. Y ahora se acordarán de ti y de los tuyos. Y matarás y te mancharás las manos de sangre. Entonces, vendrán aquí y se vengarán.

Se dio la vuelta, y siguió a los jabalíes y los perros con la vista.

—Las bestias salvajes no recuerdan a quien los mata; los humanos, sí. Por eso son crueles y las guerras no terminan nunca.

—La paz llegará —protestó Polin—. Necesitamos hombres como Bernard de Thorenc para instaurarla. Su vida, lo que habéis hecho el uno por el otro, y vuestro hijo son un ejemplo.

—Si se quiere vivir en paz, hay que esconderse y no aventurarse por los caminos, exhibirse en la corte o meterse en intrigas. Matan a quien se deja ver —respondió Anne.

La joven se alejó.

—Debería haberos cazado —añadió, encarándose con Michel de Polin—. O matado.

Salté a la silla y le dije que debía rezar por nosotros, por el éxito de nuestra empresa.

—¡Quiero olvidaros! —gritó Anne de Buisson.

Sus palabras me persiguieron como una maldición hasta Blois, donde se habían reunido los Estados Generales del reino y la corte.

Luego los murmullos de los conspiradores, el choque de los puñales, los estertores de los asesinados, los disparos de los asesinos, los aullidos de cólera de sus enemigos ahogaron la voz de Anne de Buisson.

Había entrado en el reino de los hombres en guerra, y todos querían saber si pertenecía al bando de los hugonotes o al de los miembros de la Liga, si era espía de Enrique de Navarra, de Diego de Sarmiento o del príncipe de la Santa Liga, Enrique el Acuchillado, y su hermano Louis, cardenal de Lorena. ¿O estaba al lado de Enrique III, con Enguerrand de Mons, del que se sospechaba que era miembro de la Liga Santa? ¿O era un maquiavélico, un ateo de los que denunciaba el padre Veron y, desde Roma, el padre Verdini?

¿Acaso no había llegado a Blois en compañía de Michel de Polin, del que afirmaban que quería acercar a Enrique III y al rey de Navarra para conseguir la conversión —«¡otra más!», se indignaban los miembros de la Liga— de este último a la santa religión a fin de que pudiese acceder al trono de Francia, ya que el soberano no tenía heredero?

—¿Sabéis qué dicen del rey? —me confió Vico Montanari, que, como todos los embajadores, había seguido a la corte a Blois.

Vivía cerca del convento de los dominicos, en una casa del

muelle del Loira, a un tiro de piedra del castillo.

Montanari se frotó las manos riendo silenciosamente.

—Tiene la punta de la verga torcida hacia abajo, y por eso el semen no puede penetrar en la matriz. Algunos médicos han querido enderezársela, pero él se ha negado. Prefirió beber leche de burra para moderar su fluido, que sale demasiado rápido. Pero el rey está convencido de que es la reina quien no puede tener hijos. Toma baños, adelgaza, sufre accesos de fiebre. Ha mandado venir de Lyon a una joven de dieciocho años, bellísima, y corren rumores de que, con la punta de la verga torcida o no, y hendida o demasiado corta, le ha hecho un niño, pero nadie lo ha visto. No lo ha reconocido. Así pues, hay muchas posibilidades de que Enrique de Navarra suceda a Enrique III. ¿Qué opináis de él, Thorenc, estará dispuesto a convertirse?

No respondí a las preguntas de Vico Montanari, que iba todos los días al castillo, donde veía a Diego de Sarmiento, a Enguerrand de Mons y a los íntimos de Catalina de Médicis, la reina madre. Cerca de las mujeres, despachaba Leonello Terraccini, al que saludé con una ligera inclinación de cabeza y del que imaginaba que tenía mucho éxito con el bello sexo.

De hecho, Terraccini estaba en excelentes relaciones con la señora de Montpensier, la hermana de Enrique el Acuchillado y del cardenal de Lorena. En el transcurso de una cena le había mostrado las tijeras de oro que llevaba colgadas de la cintura. Con aquellas tijeras raparía al rey Enrique, que acabaría sus días como fraile en un convento.

Y todos los que estaban a su alrededor se regodearon, y el cardenal de Lorena brindó a la salud de su hermano Enrique el Acuchillado, que pronto sería rey de Francia.

—Cuando se lo contaron a Enrique III, gritó encolerizado: «¡Que no me irriten o los mato!». Pero abraza a Enrique de Guisa, se ríe con él, le promete todo aquello con lo que sueña, el poder, y ser el lugarteniente del reino, ¡y el otro está tan ciego como César la víspera de los idus de marzo!

Yo escuchaba. Cuando caminaba por las calles de Blois o cuando entraba en el castillo, tenía la impresión de que todos clavaban en

mí sus miradas aceradas como puñales.

—Esto durará sólo unos días —decía Michel de Polin—. Pronto sabremos quién será más poderoso, si el rey o el duque.

Bajaba la voz, susurrando que Enguerrand de Mons le había contado que Enrique III había dicho: «O muere él o yo».

Polin se lamentaba. Según él, el reino estaba lleno de úlceras y sus cuatro miembros se habían infectado.

—La religión se ha dividido en cien sectas, y el Estado, en cien facciones. No se respeta la autoridad del rey. Enrique III lo sabe. Por eso huyó a París, pero los que levantan barricadas quieren el trono para Enrique el Acuchillado. Y el reino es un campo donde se ha sembrado la simiente de la división, de la traición y de la impiedad.

Junto con Polin, volvía a encontrarme con Enguerrand de Mons.

En el tiempo de las masacres, las semanas que siguieron a la noche de San Bartolomé, había sido uno de los que más saña habían mostrado contra los hugonotes, en su deseo de exterminarlos, y ahora se enfurecía contra los Guisa, pagados por Diego de Sarmiento, que esperaban la ayuda de los soldados de infantería españoles o de los suizos de los cantones católicos.

Yo me atrevía a decir que Enrique de Navarra, por su parte, pedía ayuda a los ingleses y a los alemanes.

—¡Nuestra misión es reunir a los súbditos del reino en torno al rey! —repetía Michel de Polin.

Sarmiento pidió verme y fui a su casa, que quedaba bastante cerca de la de Montanari.

No se levantó cuando entré en la pequeña estancia en la que se encontraba. Su rostro estaba oculto por la penumbra, y sostenía el mentón con las manos cruzadas, los codos apoyados en los brazos de su silla.

Me asaeteó a preguntas. Sabía que el rey había reunido a su alrededor, en sus dependencias, a sus matones, cuarenta y cinco hidalgüelos pagados con mil doscientos escudos al año, una guardia personal de asesinos a sueldo, «los demonios gascones, —había añadido—, los perros asesinos».

—¿Por qué?

Estaba inquieto. Enrique III, no le cabía duda, quería asesinar a Enrique el Acuchillado, y este último, cegado por su vanidad, se negaba a dejar Blois, alegando que el soberano no se atrevería a ordenar que lo asesinasen: Enrique III era un buen católico e indeciso como una mujer. Por otra parte, Enrique de Guisa exhibía su guardia y decía que no iba solo a ningún lado, que a un gesto suyo correrían a socorrerlo. Si el rey intentaba algo contra él, ¡el Acuchillado vendería caro el trono y su vida! París se sublevaría. Sería una guerra cruel en la que peligraría la dinastía: con Enrique III, la de los Valois; con Enrique de Navarra, la de los Borbones. Entonces accederían por fin al trono los Guisa, descendientes de Carlomagno y de los Capeto, la verdadera línea dinástica.

—¿Con quién estás? —me preguntó por fin Sarmiento, levantándose y mostrándose por fin a la luz.

Su rostro me pareció todavía más duro, más amenazador.

Abrí los brazos y dije que yo sólo quería la paz. Había visto correr demasiada sangre.

Hizo una mueca de disgusto y desprecio.

—Michel de Polin te ha envenenado la mente. Te has convertido en un maquiavélico. ¡Son los peores enemigos de la paz cristiana! ¡Ateos! ¡Más depravados que los renegados!

Se acercó, la mano en la empuñadura de su espada.

—Elige bien tu camino, Bernard de Thorenc —prosiguió—. Pareces haber olvidado lo que hemos vivido juntos. ¡Aléjate de mí!

Salí de su casa caminando hacia atrás; sabía perfectamente que era un hombre capaz de darme una puñalada por la espalda sin que su mano temblase, tan seguro estaba de su derecho, de su fe.

Sí, me habría matado como a una alimaña o a un demonio. Veía la ira y el odio reflejados en su mirada.

Me llamó traidor, me acusó de ser aliado de los peores enemigos de su rey, los responsables del fracaso de Felipe II en los Países Bajos o del desastre de la que, en su orgullo, Felipe II había llamado la Armada Invencible, que yacía en el fondo del mar en las costas de Inglaterra.

Así pues, Felipe II necesitaba una victoria. La lograría si el reino

de Francia permanecía dividido o si, lo cual sería mucho mejor, Enrique el Acuchillado subía al trono.

Sarmiento vigilaba sin descanso a este último, advirtiéndole de los peligros que lo acechaban, tratando de averiguar los secretos del rey.

Pero yo me callé, a pesar de que sabía por Enguerrand de Mons y Vico Montanari que Enrique III reunía cada tarde a sus fieles y al jefe de aquellos cuarenta y cinco asesinos. Que se alegraba de las derrotas españolas que debilitaban a Enrique el Acuchillado y su Liga Santa, y que el momento parecía propicio para caer sobre él.

Caminaba a lo largo de las orillas del Loira, atravesaba el patio del castillo y veía a los grupos de hombres vigilándose entre sí, unos partidarios del rey y otros de los Guisa.

El cielo estaba cubierto de negros nubarrones. Llovía casi todos los días.

Michel de Polin me arrastraba a cubierto, a la penumbra de un tejadillo. Los goterones de lluvia caían sobre el techo formando una cortina gris ante nosotros.

—Entre los cortesanos, los consejeros, los guardias personales del rey y los de Enrique de Guisa, sólo hay temores y sospechas —decía—. Esperan un accidente extraño e inaudito, pero no se sabe cuál será ni quién el encargado de provocarlo.

30

«Ilustrísimas Señorías.

»Ayer, 23 de diciembre de 1588, por la mañana, Enrique el Acuchillado, duque de Guisa, fue apuñalado en el castillo de Blois en la cámara del rey Enrique III.

»Estaba solo, sin cota de malla, y había sido convocado al consejo, al que sus guardias, que lo acompañaban a todas partes, no podían acceder.

»Había respondido a la invitación del soberano, que le pedía que lo visitase en su gabinete particular para mantener una conversación. Para ello tenía que atravesar la cámara del rey.

»Ocho hombres armados con puñales lo siguieron y lo atraparon en el instante en que abría la puerta del gabinete particular.

»Otros doce, procedentes del gabinete, le impidieron el paso.

»Los primeros le atravesaron la espalda con sus puñales; los otros, el pecho y la garganta con sus espadas.

»Esta emboscada fue preparada por Enrique III en persona, que había cuidado hasta el menor detalle, escogiendo a los asesinos entre los cuarenta y cinco mercenarios a sueldo de su guardia personal.

»Esta mañana mataron del mismo modo a Louis de Guisa, cardenal de Lorena, hermano del Acuchillado, que había sido arrestado ayer.

»Los diputados parisinos en los Estados Generales, todos ellos miembros de la Liga, han sido encerrados, y se ha dado orden de levantar las horcas en su presencia. Pero todavía no han sido colgados.

»Con esas muertes y esos arrestos, Enrique III espera librarse de los miembros de la Liga que lo humillaron en París con sus barricadas. Quiere ser por fin el dueño absoluto del poder.

»El asesinato de Enrique de Guisa reviste la misma importancia para

el reino de Francia y tiene las mismas características que el asesinato de César en el Imperio romano.

»Como César, Enrique de Guisa no escuchó a ninguno de los que, desde el alba del 23 de diciembre, le advertían del peligro que se cernía sobre él.

»Algunas de esas personas, gentileshombres o simples sirvientes, advirtieron la llegada durante la noche de los cuarenta y cinco asesinos del rey, y luego vieron las puertas y las escaleras del castillo vigiladas por los suizos, los mercenarios reales.

»Pero Guisa insistió en acudir al consejo, seguro de que el rey, buen cristiano, no se atrevería a ordenar su asesinato.

»Enrique III había conseguido después de varios días adormecer la desconfianza del Acuchillado halagándolo y colmándolo de atenciones. Incluso lo visitó, la víspera de la emboscada, en las dependencias de la reina madre, Catalina de Médicis, que no estaba al tanto de lo que se tramaba. Al contrario, deseaba seguir negociando con Enrique de Guisa, convencida de que enfrentando a unos contra otros, a los coaligados del Acuchillado y a los hugonotes del bearnés, reforzaría el poder de su hijo Enrique III.

»Supe por Bernard de Thorenc, quien a su vez se enteró por el padre Veron, próximo a Diego de Sarmiento, que Catalina de Médicis, al enterarse de los asesinatos, mostró la más viva desaprobación.

»—¡Ah! ¡Qué ha hecho ese desdichado! —le dijo al padre Veron—. ¡Rezad por él, que lo necesita más que nunca porque se precipita a la ruina! Temo que pierda el cuerpo, el alma y el reino…

»Los maquiavélicos no son de su misma opinión.

»Frecuenté a Michel de Polin, el más destacado de ellos. No me ocultó el disgusto que le produjo el asesinato perpetrado en la cámara del rey, que debería ser un lugar sagrado.

»No obstante, desea que se trate del último acto de una tragedia; confía en que ese crimen entrañará la desaparición de la Liga Santa y facilitará la unidad de hugonotes y católicos por la alianza de sus jefes, Enrique de Navarra y Enrique III.

»El futuro me parece más sombrío de lo que Polin imagina.

»Envié a Leonello Terraccini a París. El primer correo suyo que

recibí testimonia la resolución de los miembros de la Liga.

»No paran de gritar: "¡Muerte! ¡A la hoguera! ¡Sangre! ¡Venganza!".

»Rompen las efigies y los escudos de Enrique III. Lo maldicen, lo insultan. Para ellos es "Herodes el ruin". No lo aceptarán como legítimo soberano y rechazan de antemano a su heredero hugonote, Enrique de Navarra.

»El rey, por otra parte, me pareció inseguro, y Bernard de Thorenc me comunicó diversos hechos y palabras que revelan su indecisión. Enrique III pretende continuar la "guerra contra los hugonotes con más ardor y valor, porque quiere extirparlos del reino sea como sea, —pero espera también aplastar la Liga Santa—, ser rey y amo, no prisionero y esclavo».

»Pero ¿vencerá a los monjes, a los sacerdotes y al pueblo de París, a todos los que están en las barricadas armados de arcabuces, si no se alía con el ejército hugonote?

»Ahora bien, semejante alianza lo condenaría a los ojos de los miembros de la Liga y la mayoría de los católicos.

»—El rey no tiene defensa —me dijo Bernard de Thorenc—. Y la sangre llama a la sangre. Será una presa. Ha matado y lo cazarán.

»El modo en que el soberano mandó matar a Enrique de Guisa le crea enemigos incluso entre aquéllos —como Polin o Thorenc— que lo preferían a los de la Liga o a los Guisa.

»Invoca a Dios, que lo habría guiado y acudiría en su ayuda después de haberlo inspirado. Pero estas palabras son demasiado deshonrosas y, como dijo Bernard de Thorenc:

»—¡Que no mezcle a Dios en sus crímenes! ¡Dios no puede ser cómplice de un asesinato! Que Enrique III haya matado al Acuchillado como a una alimaña cazada en la trampa es un asunto político. Quizás tuviese el derecho, puesto que es el juez soberano. Pero Dios no quiere que los hombres, incluidos sus enemigos, sean acosados y abatidos como jabalíes».

31

¡Señor, vi el rostro de los asesinos de Enrique el Acuchillado!

Fueron ellos los que me recibieron en la sala del Consejo del rey.

Vinieron a olfatearme como perros de presa para asegurarse de que yo era en efecto Bernard de Thorenc, a quien su amo Enrique III deseaba ver.

Y aparté la mirada para no encontrarme con las suyas, para que no leyesen en mis ojos el asco que me inspiraban.

Fue en esta misma sala del Consejo donde Enrique el Acuchillado le susurró a Enguerrand de Mons: «Tengo frío. Me duele el corazón. Que enciendan el fuego».

Sus vestiduras de satén azul eran demasiado ligeras para aquel día, un 23 de diciembre.

Se frotó las manos para entrar en calor, había pedido uvas de Damasco, después confitura de rosas, y le habían llevado ciruelas de Brignoles que había empezado a comer cuando Enguerrand de Mons le dijo que el soberano deseaba verlo en privado en su viejo gabinete. Enrique el Acuchillado siguió a Enguerrand, sin la menor inquietud, hasta la cámara del rey, que había que cruzar.

Penetré en esa pieza.

Vi en el suelo las manchas marrones que había dejado la sangre del Acuchillado.

Los esbirros se abalanzaron sobre él en el momento en que se abría la puerta del viejo gabinete real, gritando:

—¡Traidor, vas a morir!

Y él se dio la vuelta y gritó a su vez:

—¡Ah!, señores, señores, traidor, ¿por qué?

Se agarró a las piernas de sus asesinos y se debatió antes de caer al pie del lecho real. No consiguieron borrar las manchas de sangre.

Se le oyó murmurar:

—¡Ésas son mis ofensas! ¡Dios mío! ¡Misericordia!

Pero ya tenía la boca llena de sangre. Lo taparon con una capa gris.

Nadie sabe con seguridad qué hicieron con aquel cuerpo acribillado a cuchilladas.

¿Lo quemaron en una sala de la planta baja y luego dispersaron sus cenizas en el Loira?

¿Lo quemaron con cal viva junto con el cadáver de su hermano, el cardenal de Lorena, asesinado al día siguiente?

¿O lo enterraron anónimamente en un cementerio de cualquier villa?

Quizá ni el mismo rey lo sepa.

Me acerco a él.

Lo veo, pero el polvo de sus mejillas, sus pendientes, sus amuletos, su tocado bordado, me impiden captar su mirada, distinguir sus rasgos.

Recuerdo las palabras que se repiten en el entorno de Enrique de Navarra, y aquí mismo, en el castillo de Blois: «¿Es Enrique rey-mujer u hombre-reina?».

Las burlas son crueles.

Crees que vas a encontrarte, siguen diciendo, «frente a un rey» y lo único que ves es una «puta llena de afeites».

Me inclino delante del hombre cuyos enemigos llaman «degenerado, beato hipócrita, que prefiere ser un mojigato a ser rey».

Me toca el hombro para que me levante, me toma del brazo, con familiaridad, incluso con afecto.

—Thorenc —me dice—, vos sois la persona que puede entenderse con mi primo Enrique de Navarra. Deposito en vos mi confianza. Hago la guerra contra mi primo sin quererla. Pero no me queda otro remedio, si no quiero que los de la Liga me echen del trono y me degüellen. Me veo obligado a continuar en guerra contra los hugonotes. ¡Mas hacedles saber que no la deseo de ninguna manera!

Dejamos su viejo gabinete y pasamos a la habitación.

Se detuvo, con los ojos clavados en las manchas del suelo.

—Me han tratado indignamente, a mí, el rey —me dijo en un

susurro, inclinándose hacia mí. Su labio inferior temblaba.

»De buena gana los habría ejecutado por la vía ordinaria, y no la elegida, que me desagrada tanto como a vos, Thorenc. Contra Enrique y Louis de Guisa había muchas acusaciones de crímenes de lesa majestad, y por todas merecían la muerte. Pero se habían asentado de tal modo y tenían tantos partidarios en el reino y en la corte, que era imposible hacerlo de otro modo sin ponerlo todo patas arriba.

Guardé silencio, convirtiéndome así en su cómplice.

—Thorenc —insiste—, ¿qué otra cosa podía hacer? Los teólogos de París acaban de liberar a mis súbditos del juramento de fidelidad que me deben. ¡Se les invita a matarme como si fuese enemigo de la religión!

Se santigua.

—Dios sabe que soy su siervo, pero los coaligados, los sacerdotes y los monjes me llaman tirano, y arman el brazo de los asesinos que sueñan con degollarme. Destruyen a mazazos mis escudos y mis retratos…

Se lleva la mano al rostro como si le hubiesen asestado un golpe.

—¡Thorenc, quieren cortarme el cuello! ¡Tengo que defenderme. Debería utilizar a los herejes e incluso a los turcos! Francisco I lo hizo contra Carlos
V.
¿Por qué no voy a hacerlo yo contra el hermano de Enrique y de Luis, el duque de Mayenne, que gobierna en París y ha puesto su espada al servicio del rey de España?

Me aprieta el codo.

—Vos fuisteis compañero de Diego de Sarmiento. ¡Ese hombre, en nombre de Felipe II, hará cualquier cosa para que yo muera y para que el reino de Francia no sea más que un cadáver!

Busca febrilmente en la manga de su jubón y saca un billete arrugado que despliega, y a continuación me lo tiende.

Leo las palabras allí escritas: «Para costear la guerra en Francia necesitamos setecientos mil escudos todos los meses».

—Estaba en los bolsillos de Enrique de Guisa. El precio que reclamaba a Sarmiento por sus servicios.

Se aleja unos pasos y vuelve de nuevo a mi lado.

—Id a ver a Enrique de Navarra, Thorenc. ¡Ayudadme,

ayudadnos, ayudad al reino a curarse de la guerra!

Conozco muy bien los males del reino.

Leonello Terraccini ha llegado de París. En la casa de Vico Montanari le oigo relatar lo que ha visto.

El pueblo de la capital celebra cada día, en cada calle, la memoria de los Guisa. La catedral de Notre-Dame está tapizada de negro para que sólo se vean sus escudos de armas.

La gente rompe a mazazos las sepulturas de los allegados al rey, «sanguijuelas del pueblo y favoritos de tiranos». Denuncian los «horribles asesinatos perpetrados por el tirano, Herodes el villano, falso rey y auténtica puta».

En cuanto al duque de Mayenne, en nombre de la Liga Santa, pide ayuda a Felipe II.

Diego de Sarmiento abandonó Francia y se ha ido a España a comunicarle a su soberano el mensaje de los coaligados.

«La alianza entre el que era nuestro rey, y no es más que un tirano sin fe, y los hugonotes de Enrique de Navarra es notoria —escribió Mayenne—. Dadnos vuestro apoyo, y la gloria de haber restablecido la Iglesia será vuestra. Este reino tendrá con vosotros una deuda de gratitud eterna».

Dudé durante muchos días.

¿Qué había sido del ímpetu de mi juventud, cuando creía que los reyes eran los servidores de Dios y que sus actos sólo pretendían engrandecer su gloria y la de su Iglesia?

¿Dónde la ceguera y las grandes pasiones de mis años de combate en Andalucía, en Malta o, con la flota de la Liga Santa, en Lepanto?

Yo sabía ahora que nada de lo que los hombres emprenden, sean campesinos o reyes, es limpio como el agua de la fuente.

Sólo vos, Señor, estáis en la claridad más pura, pero vos dejasteis este mundo después de sufrir por todos nosotros, y nosotros sólo somos ciegos que andamos a tientas.

Sin embargo, cedí a las buenas razones de Michel de Polin y de Vico Montanari. No era necesario creer en la sinceridad de los hombres, me decía Polin, y menos todavía en la de los reyes, para intentar

impedir que sobreviniese lo peor.

El infierno en la tierra era la guerra fratricida entre cristianos, entre súbditos del mismo reino de Francia.

Así pues, dejé Blois en compañía de Michel de Polin para reunirnos con Enrique de Navarra, cuyas tropas, que habían partido de La Rochelle, avanzaban hacia Tours.

Nos encontramos con él en Niort.

El bearnés iba de una cama a otra. Cuando creíamos que estaba con Diane de Andoins, que se hacía llamar Corisanda, en realidad honraba a una campesina y miraba de reojo a una joven de diecisiete años, Gabrielle d'Estrées.

Vino a nuestro encuentro, con los cabellos desgreñados, el jubón abierto, los gestos lentos de quien acaba de conocer el dulce agotamiento del amor, y dijo, abriendo los brazos:

—Durante cuatro años hemos estado ebrios, y hemos sido insensatos y violentos. ¿No es suficiente?

Bajó la cabeza, y cerró los ojos para concentrarse y recuperar las fuerzas; luego, paseando arriba y abajo, añadió que estaba dispuesto, si le enseñaban y le mostraban otra verdad distinta de aquélla en la que creía, a someterse a ella y abrazar otra religión diferente de aquélla con la que había servido a Dios desde el día de su nacimiento.

¡Pero no deberían olvidar que él era cristiano, y que habían sido más severos con él que con un bárbaro, un turco!

Yo lo escuchaba.

Señor, hablaba de la religión y de vos con ligereza, como de un súbdito cualquiera. Pero por lo menos no podía ser acusado de hipocresía, de mentira o de beatería, como Enrique III.

Enrique de Navarra quería el trono. Desde el asesinato de los Guisa lo veía más cerca. Se alejaba pues de su religión reformada y yo oía los cuchicheos de algunos de sus fieles, que lo encontraban demasiado condescendiente con los papistas, nada preocupado por la verdad de su fe.

Y cogiéndonos a Michel de Polin y a mí por el hombro, decía:

—Vos lo sabéis, nuestro Estado está gravemente enfermo; la

causa del mal es la guerra civil, enfermedad casi incurable de la que ningún Estado escapa jamás… Y el único remedio es la paz, que pone orden en el corazón del reino…, que expulsa las desobediencias y los humores malignos, purgando a los corrompidos y renovándolos con sangre buena, con buenos deseos… que, en suma, lo hace vivir. Es la paz, la paz, lo que hay que pedir a Dios como único remedio, como única curación; quien busque otra cosa, en lugar de curarlo, quiere envenenarlo… Hay que tener piedad de este Estado. Somos todos franceses, tanto los católicos servidores del rey como los que no lo son. Hay que despojar a los coaligados de su espíritu guerrero y violento para recuperar la esperanza de paz y de unión, los deseos de obediencia y orden, un ambiente de concordia.

Se llevaba las manos al pecho, añadiendo que jamás permitiría que los católicos estuviesen coaccionados en su religión y que él haría respetar la libertad de todos, hugonotes o católicos.

Me miró durante un largo rato, acariciando su perilla y el bigote con la punta de los dedos.

—¿Qué le has hecho a la hermosa Anne de Buisson, Thorenc? ¿La has encerrado?

Se rió.

—Un hijo —murmuró Michel de Polin—. Un Jean de Thorenc.

Enrique de Navarra se entristeció.

—Démosle la paz —murmuró muy grave.

32

Pensé en mi hijo mientras veía en el parque del castillo de Plessis-lès-Tours a Enrique de Navarra arrodillándose ante Enrique III.

Y os di gracias, Señor, por haber permitido aquel reencuentro, la alianza de la que tal vez habría de nacer la paz en el reino.

Y por no dejar que mi hijo fuese presa de los asesinos de los que un correo me había advertido que rondaban alrededor de la Torre del Castro y de la Gran Fortaleza de Mons, sin que se supiese a qué bando pertenecían, hugonotes o miembros de la Liga, aunque quizás sólo fuesen salteadores que invocaban la religión como causa para enmascarar su alma de asesinos y violadores.

Se alimentaban de la guerra.

Así pues, había que acabar con ella si queríamos que los caminos volviesen a ser seguros de nuevo, y que en los pueblos y castillos la gente pudiese dormir tranquila.

Así que os di gracias, Señor, cuando Enrique III se inclinó sobre Enrique de Navarra, lo invitó a levantarse y luego lo abrazó.

En ese momento, la multitud gritó: «¡Viva el rey!, —y luego—: ¡Vivan los reyes!», y temblé de emoción.

Sentí que era hermano de los gentileshombres, de los comerciantes, de los niños que con sus madres abarrotaban el parque y estaban tan apiñados que impedían a los dos soberanos caminar del brazo hacia el castillo.

Enrique de Navarra vestía un jubón gastado en los hombros y en los extremos a causa de la coraza. Se cubría con una capa roja de emperador romano y bajo el tejido escarlata se adivinaba la gran faja blanca del bando hugonote. Estuve un instante cerca de él y nuestras miradas se cruzaron, y vi en su rostro arrugado, ya envejecido, la mirada viva y alegre. Creí en la franqueza de aquel hombre que me pareció de ley.

Enrique III se había echado sobre los hombros una corta capa.

Un sombrerito de ala vuelta le tapaba parte de sus rizos, y también parecía feliz por aquel reencuentro. Vi cómo le pedía por señas a un gentilhombre hugonote un fajín blanco, que anudó a su hombro. Y la multitud, tras dudar unos instantes, no se cansó de repetir: «¡Viva el rey!». «¡Vivan los reyes!».

Nunca habría creído posibles semejantes gestos de paz.

Me había quedado con Michel de Polin en Niort, entre los hugonotes, y después cabalgamos con ellos hacia Saumur, el lugar que Enrique de Navarra reclamaba a Enrique III como prueba de alianza.

Mas, a nuestro alrededor, seguían las reticencias y los sarcasmos.

¿Quién podía fiarse, nos repetían, de aquel rey-mujer, de ese soberano-puta, de ese asesino? En efecto, matando a los Guisa, al duque y al cardenal, había mandado al infierno a los peores enemigos de los hugonotes, pero seguía negociando con el duque de Mayenne, el hermano de los Guisa. Y su alma pertenecía al diablo.

«Peca contra natura», me decían Séguret o Jean Baptiste Colliard, a quienes yo deseaba desafiar en duelo singular para poner fin a nuestras luchas pasadas. Ellos mismos me habían confesado que tenían que contenerse para no clavarme la espada, porque sabían que mis manos estaban teñidas con la sangre de tantos compañeros suyos.

Pero Michel de Polin se interponía entre nosotros. Era la hora de la paz y no de la guerra. Y Séguret y Colliard se contentaban con vilipendiar al rey, a sus favoritos y a sus archifavoritos.

—Su gabinete —añadían— ha sido un auténtico serrallo de lubricidad y de libertinaje, y su habitación una escuela de sodomía donde han tenido lugar los más sucios retozos. Hasta la habitación del castillo de Blois se convirtió en un sitio peligroso para los Guisa, más odiosos que el rey, ciertamente, ¡pero más virtuosos!

Yo no tenía por qué responder.

No era ni cortesano del monarca, ni su favorito, ni su gentilhombre. No lo servía más de lo que servía a Enrique de Navarra. Quería que la guerra cesase y que se acabase con los asesinos que manchaban de sangre los altares y el rostro de Cristo.

Quería que la fe en vos, Señor, no siguiese siendo un arma

utilizada para matar a un rival, para neutralizar a un enemigo, cosa que ocurría más que nunca en el campo de los miembros de la Liga.

Leonello Terraccini volvía de París y salpicaba su relato con una palabra que repetía sacudiendo la cabeza: «*Pazzi, pazzi!*».

«¡Locos, locos!», traducía Vico Montanari, en cuya residencia volvimos a encontrarlo de nuevo Miguel de Polin y yo.

Todos los días, las calles de la capital, decía Terraccini, eran recorridas por procesiones en acción de gracias para honrar la memoria de los Guisa y condenar a Enrique III, el enviado del diablo, al infierno.

Centenares de niños portando velas de cera ardiente en sus manos, cantando los siete salmos penitenciales y toda clase de letanías, himnos, oraciones y rezos, y caminando descalzos y semidesnudos sin preocuparse de la nieve, marchaban en procesión de iglesia en iglesia.

Se hollaba y destruía todo lo que recordase a Enrique III y sus mignons.

Veneraban al duque de Mayenne y a la señora de Montpensier, hermanos de los Guisa.

Los monjes repetían, haciendo panegíricos del duque de Guisa y de su hermano el cardenal: «¡Oh, santos y gloriosos mártires de Dios, bendito sea el vientre del que habéis salido y los pechos que os han amamantado!».

Luego, capuchinos, dominicos y Bernards, y sacerdotes de todas las parroquias, llevando reliquias, recorrían las calles de la villa rodeados de miembros de la Liga armados.

—*Pazzi, pazzi!* —murmuraba Leonello Terraccini.

Los monjes y miembros de la Liga acusaban incluso a Enrique III de haber provocado el fallecimiento de su madre, Catalina de Médicis, que había muerto de pena, después de que él hubiese ordenado asesinar a los Guisa. La predicción que anunciaba que moriría asfixiada bajo las ruinas de una noble mansión —la de los Guisa— se había cumplido. Y Enrique III, hijo demoníaco e indigno, ni siquiera le había presentado sus respetos.

—Dicen que, tan pronto exhaló su último suspiro, su hijo la trató como una cabra muerta —contaba Terraccini.

Yo escuchaba y reflexionaba en cómo la fe y la religión, cuando

son utilizadas como odres llenos de pasión, pueden volver locos a los hombres.

—El pueblo está tan furioso, tan fuera de sí, que, por la noche, obliga a los sacerdotes y a los monjes a ir en cabeza de las procesiones, y canta: «¡Que Dios extinga la raza de los Valois!» —proseguía el italiano.

Cuando se supo en París que el Papa excomulgaba a Enrique III por haber matado al cardenal Louis de Lorena, el odio contra el soberano se exacerbó más si cabe.

Necesitaban un «vengador» que acabase con aquel hombre del diablo a hierro y fuego, con aquel soberano que no era legítimo, porque, como decían los miembros de la Liga, «no son los reyes quienes hacen los pueblos, sino los pueblos quienes hacen a los reyes».

—París es un nido de víboras —añadía Terraccini—. Quieren la muerte del rey. Lo matarán, y también a su heredero, Enrique de Navarra. Lo están reclamando: *Pazzi, pazzi!*

Veo a Enrique III inquieto, herido por la excomunión, dudando si meter la mano en ese avispero.

Oigo a Enrique de Navarra repetirle:

—Para conquistar de nuevo vuestro reino, debéis pasar por los puentes de París. Si alguien os aconseja pasar por otro sitio, no es un buen guía.

Nos ponemos en camino. Me mantuve un poco atrás, cabalgando al lado de Miguel de Polin.

No quiero participar en las batallas entre miembros de la Liga, capitaneados por el duque de Mayenne, y las tropas de Enrique III y Enrique de Navarra. Distingo en éstas a los lansquenetes y los reîtres, a los suizos, a los gentileshombres del rey, así como a Séguret y Jean Baptiste Colliard, entre las del bearnés. Me niego a combatir junto a ellos, a lucir yo también el distintivo blanco de los hugonotes.

Veo, con asco, lo que hacen en las villas conquistadas: Pithiviers, Étampes, y luego Pontoise, Meudon, Saint-Cloud… Ahorcan al gobernador, y a los oficiales y magistrados declarados miembros de la Liga y rebeldes.

Cuando los ejércitos se enfrentan, oigo gritar a los de la Liga:

«¡Valientes hugonotes, gentes de honor, no os queremos a vosotros, sino al pérfido, al imbécil de Valois que os traicionó tantas veces y va a seguir haciéndolo!».

Y sé que Séguret, Jean Baptiste Colliard y muchos otros rumian esta inquietud.

Así pues, el corolario de la guerra es la venganza. Arrastra a todos aquellos que se le acercan, y yo no he podido escapar a ello.

Vi de nuevo la muerte en las iglesias y las calles de Saint-Symphorien, uno de los barrios de Tours, ocupado una noche —una única noche— por los de la Liga del duque de Mayenne. Saquearon las casas, masacraron a sus habitantes, persiguieron a las mujeres hasta los altares, las violaron delante de sus hijas, y luego les tocó el turno a ellas. Después llenaron los sacos con los objetos del culto, clamando que todo les estaba permitido porque combatían por la causa justa, la verdadera fe. ¡El Papa había excomulgado al Rey, así que todos sus pecados les serían perdonados!

Contemplé las iglesias saqueadas, los cuerpos martirizados.

Entonces me adelanté, espada en mano, hasta la primera fila y me colgué una banda blanca al hombro.

Llegamos así hasta los pueblecitos que rodean París. Yo estaba cerca de Enrique de Navarra cuando dijo: «¡Venir a besar la hermosa villa y no echarle la mano al pecho sería una locura!».

El rey Enrique III se había quedado en Saint-Cloud.

El bearnés levantó su espada y nosotros, con ochocientos caballos, tomamos todos los pueblos hasta Vaugirard; luego fuimos a campo traviesa hasta el Prado des Clercs, donde los de la Liga nos recibieron con una violenta arcabuzada.

Cuando cesó, un monje salió de su fila y vino hacia nosotros gritando, sin dar muestras de temor:

> «¡La sangre que has derramado ante Él clama venganza!
> ¡Dios te hará morir a manos de un verdugo
> que, de tu brazo, tirano, librará a Francia!».

33

El verdugo que el monje profeta anunciaba, clamando ante nuestros vivaques su odio al miserable Enrique III, fue otro monje, un dominico enclenque, de barbita negra, recortada, y ojos de fuego, llamado Jacques Clément.

Clavó un largo cuchillo negro de mango en el bajo vientre del rey, que lo había recibido medio desnudo, con las calzas bajadas, sentado en su silla retrete, la mañana del 1 de agosto de 1589, en su alcoba, en su residencia de Saint-Cloud.

Yo había pasado la noche sentado ante uno de los fuegos que nuestros soldados habían encendido, no muy lejos de los muros de París, desde donde, de cuando en cuando, los miembros de la Liga nos disparaban con sus arcabuces.

A mi alrededor, envueltos en sus capas, vigilaban Séguret y Jean Baptiste Colliard, entre otros gentileshombres hugonotes. A unos pasos, con la cabeza baja y la barbilla apoyada en el pecho, Enrique de Navarra dormitaba.

Íbamos a atacar París al día siguiente.

Yo no había podido pegar ojo rezando para que Dios protegiese a mi hijo y a su madre.

Por un correo llegado de Provenza a mediodía, me enteré de que bandas de miembros de la Liga cada vez más numerosas recorrían la campiña atacando los castillos y aldeas que habían permanecido fieles a Enrique III y a Enrique de Navarra. Saqueaban y masacraban en nombre de Dios y de la Santa Iglesia, seguros de que serían absueltos porque los predicadores no se cansaban de repetir que matar o excomulgar a un hereje era una obra pía.

Yo estaba seguro, Señor, de que vos no deseabais aquello, pero los demonios suben así al púlpito y, sacrilegio, visten hábitos religiosos. La inquietud me consumía el corazón. ¡Estaba tan lejos de mi hijo Jean y de mi esposa Anne de Buisson! Estaban bajo

vuestra salvaguarda, Señor, pero quizás vos me castigaríais por haber sido, durante años, un blasfemo que había dudado de vos. Yo sabía que vos llevabais la cuenta exacta de las acciones de los hombres y que podíais castigarlos golpeando a los que más aman.

Yo quería a Jean y a su madre. Sufría imaginándolos perseguidos, rodeados de asesinos. Había visto actuar a tantos, que no había momento del día en que la sangre y los gritos no acudiesen a mi memoria.

No pude apartar de mi mente en toda la noche el cuerpo de aquel recién nacido envuelto en trapos ensangrentados. Y cuando oí el galope de un caballo, y vi al jinete que lo montaba dirigirse directamente hacia nosotros, di un brinco sobresaltado, temiendo que fuese el mensajero que me anunciaba la muerte de los míos.

Saltó a tierra. Reconocí a un gentilhombre hugonote. Se inclinó hacia Enrique de Navarra y le susurró unas palabras; el bearnés se estremeció. Fui hacia él junto con Séguret y Jean Baptiste Colliard.

Enrique de Navarra se dirigió a mí con voz ahogada.

—Amigo mío, acaban de herir al rey en el vientre. Una cuchillada. Iremos a ver qué tiene. Debéis acompañarme.

Partí con unos hombres a galope tendido hacia Saint-Cloud.

Y os di gracias, Señor, por no haberme golpeado.

Enseguida vi en el patio de la residencia del rey el cuerpo del asesino destrozado; los guardias del rey lo habían traspasado con sus espadas antes de arrojarlo por la ventana de la habitación.

Era Jacques Clément, un dominico. Tenía el rostro ensangrentado, porque el monarca lo había golpeado con el cuchillo tras arrancarlo de la herida de su vientre, gritando:

—¡Ah, malvado, me has matado!

El monje sólo era un despojo mancillado.

En la habitación, el rey, con la frente blanca bañada en sudor, se sujetaba el vientre con las dos manos.

Enrique de Navarra se aproximó. Yo lo seguí entre la multitud de gentileshombres desconsolados.

Los cirujanos rodeaban a Enrique III. En sus rostros impasibles puedo leer que la muerte ya está ahí, que se abre camino en el

cuerpo del rey. Ellos lo saben y callan.

Oigo la voz jadeante del monarca. Enrique de Navarra le besa las manos.

—Hermano mío —dice—. ¡Hemos sido traicionados por vuestros enemigos y los míos!

Se para. Le estalla la cabeza. Su respiración es entrecortada.

Yo había visto a tantos moribundos en el puente de la *Marquesa*, en la calle Fossés-Saint-Germain y en tantos otros lugares sangrientos, que reconocí los estertores de la muerte.

—¡Tened cuidado u os harán lo mismo! —prosiguió el rey.

Tosió, sujetándose el vientre con las manos.

—Hermano mío —prosiguió—. Vos sois el poseedor del derecho por el que tanto he trabajado, para que podáis conservar lo que Dios os ha concedido. Y por eso me veo así. No me arrepiento de nada, porque la justicia de la que siempre fui protector quiere que me sucedáis en ese reino en el que, si no os decidís a cambiar de religión, tendréis muchas dificultades.

Se incorporó.

—Os exhorto a ello por la salvación de vuestra alma y por la preservación del bien que deseo para vos.

Levantó la mano y, con un movimiento lento, dibujó un círculo:

—Señores —dijo—, acercaos y escuchad mis últimas voluntades sobre lo que debéis observar cuando Dios quiera llamarme a su presencia… Me he visto obligado a utilizar la autoridad soberana que a la Divina Providencia le plugo darme sobre mis súbditos rebeldes para evitar la subversión general de este Estado. Pero como su cólera sólo se satisfizo con el asesinato que han cometido conmigo, os ruego como amigos, y os ordeno como rey, que a mi muerte reconozcáis a mi hermano aquí presente, que tengáis por él el mismo afecto y fidelidad que habéis tenido siempre conmigo y que, para agradarme y porque es vuestro deber, le prestéis juramento en mi presencia…

Veo rodar las lágrimas en el rostro de Enrique de Navarra.

Oigo los sollozos de los gentileshombres. Juran fidelidad al rey de Navarra, y prometen al moribundo que obedecerán sus órdenes.

Yo también lloro, apoyado en el hombro de Michel de Polin, que susurra:

—Dios nos da un nuevo rey. ¡Que la paz sea con él!

Cae la noche y se hace el silencio. Rezamos. Se celebra la santa misa. El rey se confiesa.

De repente, su voz, ya muy débil, ronca y temblorosa, impone silencio.

—¡No veo! —dice—. La sangre me ahoga.

34

«Ilustrísimas Señorías:

»El rey Enrique III ha muerto, con la boca llena de sangre y las entrañas destrozadas por el puñal del monje Jacques Clément.

»Yo fui el único embajador presente en Saint-Cloud, en la casa donde Enrique falleció el 1 de agosto de 1589.

»Oí los sollozos de los presentes, que, en torno al lecho real, prestaron juramento, a petición del soberano agonizante, al hugonote Enrique de Borbón-Navarra, que él designó como heredero. Pero nadie gritó, como manda la costumbre: "¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!".

»Algunos de aquellos gentileshombres, fervientes católicos, vinieron hacia mí retorciéndose las manos, arrojando sus sombreros al suelo, para pedirme que comunicase a las Ilustrísimas Señorías de nuestra república, y también a los demás príncipes italianos y a su Santidad el Papa, que "preferían morir de mil muertes y rendirse a toda clase de enemigos antes que tolerar a un rey hugonote".

»Muchos ya han dejado Saint-Cloud para volver a sus provincias, y algunos han debido de entrar en conversaciones con los miembros de la Liga de París.

»He enviado a Leonello Terraccini a la capital para conocer la opinión de los que armaron el brazo de Jacques Clément. Lo que me cuenta Terraccini confirma las sospechas de Michel de Polin y Bernard de Thorenc.

»Jacques Clément, un monje idiota y torpe, según testimonios de los que lo conocieron, fue empujado a cometer su acto tiranicida; se encontró en numerosas ocasiones con el padre Veron, uno de los predicadores católicos más recalcitrantes de París. El padre Veron pertenece a la camarilla de Diego de Sarmiento, y el rey de España se alegra de que en Francia corra de nuevo la sangre y el país se desmembre.

»En París, el anuncio de la muerte del soberano fue festejado por los miembros de la Liga saliendo a las calles. Alaban a Dios y

cantan.

«Devoto pueblo de París,
congratúlate de valor,
que ha muerto el rey traidor.
Podrás cantar, podrás reír,
¡el hipócrita ha muerto al fin!».

»La hermana de los Guisa, la señora de Montpensier, ha ordenado repartir entre la gente bandas verdes para que todos enarbolen ese signo de esperanza. Ha recorrido las calles en carroza, acompañada por su madre, la señora de Nemours. Las dos princesas de Guisa gritaron al pueblo reunido:

»—¡Amigos, buenas noticias! ¡Buenas noticias! ¡El tirano ha muerto! ¡Enrique de Valois ya no reinará más en Francia!

»Ilustrísimas Señorías:

»Hoy no podría deciros si Enrique de Borbón-Navarra, llamado ahora Enrique IV, podrá conquistar el trono que al morir le legó Enrique III.

»El pueblo devoto de París y todos los católicos del reino lo odian, y los predicadores exhortarán a los buenos monjes a matar al "zorro bearnés", a esa «alimaña».

»Michel de Polin me asegura que los escoceses de la Guardia Real le han prestado juramento, y que él es el más fuerte. Los soldados —en opinión de Polin— se unirán a él. Y algunos nobles no renegarán del juramento que prestaron ante el monarca moribundo en favor del nuevo soberano.

»¿Pero qué ocurrirá en las provincias del reino?

»Bernard de Thorenc dejó Saint-Cloud para dirigirse a Provenza, pues su casa, la Torre del Castro, estaría amenazada por las bandas de católicos activos o de saqueadores que se amparan en la religión para cometer sus desmanes.

»Leonello Terraccini se ha enterado de que los jefes de la Liga Santa pidieron a los predicadores que loasen el acto de Jacques Clément. El monje —dicen— es un auténtico mártir que optó por la muerte para librar a Francia de la tiranía de Enrique de Valois, ese perro.

Según ellos, fue la voluntad de Dios, y Jacques Clément su ejecutor. Es una gran obra de Dios, un milagro, un puro mandato de Su Providencia, comparable a los misterios de la encarnación y de la resurrección.

»Los predicadores que llaman al tiranicidio ¿serán oídos y Enrique IV podrá esquivar los puñales, el veneno o el plomo de los arcabuces, ahora que se ha convertido en pieza de caza?

»Los maquiavélicos, los políticos —como Michel de Polin y Bernard de Thorenc—, no se cansan de darle consejos.

»Vi a Thorenc antes de su marcha a la Torre del Castro. No podía esconder su cólera y su abatimiento.

»Dice que invocar el nombre de Dios y la religión para participar en batallas de ambición es obra del diablo. Los verdaderos herejes, los enemigos de la fe, son los que de ese modo pervierten los principios sagrados.

»Pero Thorenc también teme que esos malos pastores arrastren al pueblo a una guerra interminable que lo único que logrará es el sometimiento del reino y el triunfo de la muerte tras infinitos sufrimientos y grandes masacres, la sangre llamando a la sangre. Las matanzas de la noche de San Bartolomé han provocado el asesinato de los Guisa, y éste, el del rey. ¡Clément respondió a los asesinos de Blois!

»—Temo por mi mujer y mi hijo —concluyó Thorenc antes de dejarme.

»Muchos otros gentileshombres protestantes o papistas comparten parecidas inquietudes. Temen otro brote de odio. No creen que el pueblo católico pueda aceptar a un rey que no lo sea.

»¿Escuchó Enrique IV a Michel de Polin y a Bernard de Thorenc?

»En declaración solemne, acaba de afirmar que quiere "mantener y conservar en nuestro reino la religión católica, apostólica y romana, pura, sin innovar ni cambiar ninguna cosa… Estamos preparados y sólo queremos —dijo— ser instruidos por un buen y legítimo concilio general y nacional para seguirlo y observar la decisión que en él se tome".

»Así pues, parece dispuesto a abandonar su fe hugonote.

»¿Pero bastará la promesa de su conversión para desarmar a los

asesinos?

»Los soldados lo aclamaron, pero los gentileshombres más contumaces murmuran y resoplan ante lo que llaman una "traición", una «abominación», el abandono del sueño de un reino protestante. Muchos han dejado ya su ejército.

»La tarea de Enrique IV, rey de Francia y de Navarra, será, por tanto, difícil.

»Sin embargo, me atrevo a aconsejar a Vuestras Ilustrísimas Señorías que lo aceptéis como legítimo soberano. Es un hombre vigoroso y resuelto, cuerpo y voluntad de montañés, y no se arrugará. Ha demostrado valor, y es más hombre de guerra que de gabinete; amado por sus soldados, y libertino como ellos, tiene un espíritu razonable y parece dispuesto a abjurar de su fe si puede así ganar súbditos para su trono.

»Está rodeado de hombres de calidad, como Michel de Polin y Bernard de Thorenc.

»Saldrá victorioso si escapa a los puñales de los regicidas.

»Si vuestra Serenísima República lo reconoce en un momento en que se halla en peligro, él lo recordará cuando reine en un país en paz.

»Estoy dispuesto, si lo juzgáis oportuno, a presentarme ante él en audiencia solemne.

»Vuestro afectísimo y seguro servidor,

»Vico Montanari».

35

Señor, cuando vi las murallas de la Torre del Castro tiznadas de negro, creí que no me habíais protegido.

Salté a tierra, cogí el caballo por la brida y caminé despacio.

Había espoleado mi montura tan pronto como salí de Saint-Cloud. Pero ahora no tenía prisa alguna.

Pensé: «Has hecho lo que tenías que hacer. No puedes hacer nada más».

Me detuve bajo el portillo. Veía el patio ante mí. Y durante un instante temí que al alzar los ojos vería, tendidos en el suelo, los cuerpos de mi hijo Jean y de mi esposa Anne de Buisson como dos jabalíes muertos tras la batida.

Pero no había ningún cadáver ante la puerta de la Torre del Castro.

Me acerqué.

Jamás cruzó nadie aquel patio sin que los perros ladrasen, precipitándose contra la puerta de la perrera, haciéndola temblar. Nuestros visitantes apuraban el paso como si llevasen los perros pegados a sus talones.

Pero ningún ladrido ahogaba el sonido de mis pasos, que resonaban en el patio vacío.

Estuve a punto de arrodillarme y pediros, Señor, la muerte por espada o arcabuz, tal era mi desesperación.

Pero me quedé de pie y aflojé la brida de mi caballo, que permaneció junto a mí, quieto, con la cabeza baja.

Acaricié su cuello y repetí: «Has hecho lo que tenías que hacer».

Entré en la gran sala y después fui a nuestra capilla ahogando en mi garganta los gritos y las llamadas que habría querido lanzar, pues el vacío y el silencio a mi alrededor eran como el mar abierto para un galeote arrojado por la borda, abandonado y sin un trozo de madera al que agarrarse.

Sin embargo, no había habido saqueo.

Las imágenes estaban en sus nichos. La tumba de Michele

Spriano no había sido profanada. En el altar, la cabeza del Cristo de los ojos cerrados reposaba sobre la bandera de damasco rojo.

Hice un gesto de gratitud. Caí arrodillado delante de vuestro rostro e imploré. Pero vuestros ojos permanecieron cerrados y vuestro semblante expresaba abatimiento y tristeza.

Lo que tenga que ser será.

No me rebelé contra vos, Señor. No blasfemé. Me puse a rezar.

Poco después, Denis, encorvado por los años, con la cabeza hundida entre los hombros, vino a arrodillarse a mi lado y murmuró:

—Ella lo salvó y nos salvó a todos. No entraron en el castillo.

Supe, Señor, que no me habíais arrojado al infierno.

De pie ante mí, en la gran sala, el viejo Denis me contó lo ocurrido.

—Aparecieron una noche. Quisieron quemarnos, amontonando heno y madera contra los muros. Pero la lluvia, que no cesó durante muchos días, apagó las llamas. Nos defendimos. La señora decía que vos llegaríais con una tropa, y que había que resistir, que los cazarían y los colgarían. Estaban enloquecidos. Primero degollaron a las ovejas, los cerdos y las vacas. Luego mataron a todos los perros y arrojaron sus cadáveres al patio, y acudieron tantas moscas que cubrían el cielo. Empezó a escasear la pólvora, las balas y sobre todo el agua. Vuestro hijo la necesitaba. La señora nos reunió. Dijo que era a ella a quien querían, que iba a entregarse y que les daría el oro y las joyas. Así levantarían el sitio sobre la Torre del Castro y no tocarían al niño.

»Están cansados y aceptarán —dijo—. Es a mí a quien quieren. A mí, y la rapiña.

»Todos —prosiguió Denis— le suplicamos que no se entregase. Esos hombres, saqueadores y asesinos, no respetan sus promesas. La atacarían, la violarían y después la matarían y no levantarían el sitio. Eran perros vagabundos, no hombres de religión. Eran peores que lobos, y no dejarían ni un jirón de carne sobre su presa, le romperían incluso los huesos a dentelladas para repartirse la médula. A esos profanadores no les importa desenterrar cadáveres para apoderarse de anillos y collares. ¡Lo habían hecho! ¡Lo habían hecho!

»Anne de Buisson parecía no oír. Sólo dijo: “Me conocen. Me

esperan. Me quieren a mí".

»Parecía no tener miedo y estaba muy segura de sí misma, y por fin nos callamos —murmuró Denis—. Se recogió en la capilla y abrazó a su hijo durante largo rato; luego salió, vestida de negro y con una cofia blanca, como la más hugonote de los hugonotes, llevando en sus manos sus cofrecitos de joyas.

El viejo Denis meneó la cabeza abatido.

—La rodearon. Gritaron. Pero no eran gritos de odio. Se fueron con ella cabalgando a la cabeza. No se dio la vuelta.

Dicen que a veces las lobas entran en las perreras para parir. Viven unos días con los perros, alimentan y amamantan a su camada protegidas del frío, de los pastores y los cazadores. Luego, una noche, saltan por encima del cercado y van a reunirse con la manada, y sus crías, a las que abandonan, se vuelven los más aguerridos de los perros. Pero ellas matan a los rebaños por placer…

Pensé que Anne de Buisson era una de esas lobas cuando supe que una banda, comandada por una mujer, atacaba las aldeas y los castillos del curso alto del Durance sin preocuparles si eran hugonotes o católicos, fieles a Enrique IV o la Liga. Saqueaban y masacraban.

La mujer, de extraordinaria belleza, era la más cruel, y cortaba los senos a las prisioneras y el sexo a los desgraciados que no habían conseguido huir ni habían muerto.

Señor, pese al reguero de sangre que Anne de Buisson dejaba tras de sí y los cuerpos de los niños medio consumidos que se encontraban en las casas incendiadas, y también a veces sobre las hogueras levantadas en las plazas, no la maldije.

Me parecía que actuaba de ese modo para mantener lejos de la Torre del Castro a los asesinos que la habían escogido como capitana. Que era cruel por desesperación, para atraer así sobre su tropa los rayos de la venganza.

Un día, sobre un carreta parada delante del portillo de la Torre del Castro, vi su cadáver desnudo, con un pie metido en la boca y otro en el sexo. Los paisanos que la habían matado la habían arrojado sobre las losas de la entrada como una pieza de caza. Los

perros, a su alrededor, aullaban la muerte.

La compuse hasta que tuvo de nuevo aspecto humano y durante mucho tiempo contemplé su rostro y su cuerpo tranquilos; luego la cubrí con una amplia capa azul.

Y quise, Señor, que fuese amortajada en nuestra capilla junto al sepulcro de Michele Spriano.

Cuando los campesinos que me la habían entregado lo supieron, se reunieron en las inmediaciones de la Torre del Castro, amenazadores. Salí solo, espada en mano, y grité: «¡Es mía!». Luego ordené que les diesen el producto de la caza del día anterior: tres jabalíes, unas bestias pesadas y gordas que les proporcionarían jamones para varios meses.

Después, volví a la capilla para rezar, Señor, ante vuestro rostro con los ojos cerrados.

Pedí que fueseis misericordioso con ella, que se había entregado al poder del infierno pero había salvado al niño, a nuestro hijo, cuyos sollozos oía junto a mí, al pie de vuestro altar.

36

Nunca me cansaba de oír la voz de mi hijo Jean.

Ni de acariciar su mano regordeta, con la piel lisa y rosada como el satén y tan bien formada que me maravillaba.

Podía abarcarla con la mía. Y Jean la cerraba sobre mi dedo corazón como si fuese una rama.

A veces, jugando, se la cogía en mi boca y cerraba los dientes en su puñito como si fuese a cortárselo. Jean reía, entre feliz y asustado, y, cuando lo liberaba, le decía, levantándolo en el aire:

—¡Voy a comerte! ¡Voy a devorarte! ¡Voy a tragarte!

Y, de súbito, me parecía que en mí dormía un ogro que habría podido devorar al niño en un rapto de locura y amor.

Me alejaba. Miraba a mi hijo.

Sentía deseos de caer arrodillado ante vos, Señor, y agradeceros que me lo hubieseis dado.

Ahora comprendía quién erais, Dios mío, en vuestra bondad, en virtud del milagro de la vida, del nacimiento y de la infancia, en virtud de la inocencia de mi hijo, que se acercaba a mí, desarmado.

Señor, vos habíais querido que los hijos de los hombres viviesen por el amor que les dábamos.

Vos habíais sido, también, como mi hijo Jean, como todos los niños, un ser indefenso. Había leído el Evangelio según San Mateo y recordaba al ángel del Señor que se había aparecido a José y le había dicho: «¡Levántate, coge a tu hijo y a su madre, huye a Egipto y quedaos allí hasta que os diga, pues Herodes buscará al niño para matarlo!».

Recé ante vuestro rostro de los ojos cerrados.

Comprendí vuestro abatimiento y la compasión que expresaban las arrugas en torno a la boca.

Con cada nacimiento, dabais a los hombres la posibilidad de

salvación.

Nos bastaba amar al nuevo ser que habíamos engendrado y que dependía de nosotros.

Con cada nacimiento, desde que el hombre es hombre, asistíais a la matanza de inocentes.

Matábamos al niño desnudo, lo dejábamos morir o lo convertíamos en un asesino.

Recordaba haber visto, el domingo 24 de agosto de 1572, la noche de San Bartolomé, niños asesinados, pero también a otros que, como buitres sobre la carroña, mutilaban, descuartizaban y quemaban cuerpos.

Varias decenas de niños —quizás doscientos— se habían arrojado a su vez sobre el cadáver del almirante Coligny y lo habían profanado.

¡Dios mío!, lo que hacíamos con los niños y con la libertad que nos habíais dado para amarlos y protegerlos, o bien odiarlos, matarlos o pervertirlos.

¡Había asistido a tantas matanzas de inocentes!

¡Había visto a tantos hombres estrellar la cabeza de los niños contra la pared, arrojarlos a las llamas o apuñalarlos!

Lo había permitido, apartando apenas los ojos de los recién nacidos cristianos, arrojados a los perros como comida por los berberiscos, de los cuerpos de niños moros en Andalucía, o de los hijos de los hugonotes, en la calle Fossés-Saint-Germain.

Y ahora tenía un hijo cuyo cuello estaba amenazado por el puñal de Herodes, como el de todos los niños.

Temía por él.

Su madre había asesinado inocentes.

Y yo no sabía, Señor, hacia qué Egipto podía huir para salvar a mi hijo Juan de los asesinos.

¡Dios mío! ¡Cuántas veces temí que surgiese un ogro en mí y me convirtiese en Herodes para mi hijo!

Tuve miedo de mí mismo, del deseo de castigarme por todo lo que había hecho y todo lo que habría podido evitar.

Temí atraer la desgracia sobre mi hijo, y tuve la certeza de que

debía alejarme de él.

Advertí que, cuando se escapaba asustado por mis bromas, sólo lo calmaba la presencia de una joven campesina italiana llamada Margherita.

Ella lo acunaba, lo acariciaba y lo dormía.

Anne de Buisson le había confiado al niño desde el día siguiente de su nacimiento. Yo la observé: tenía una belleza y una bondad plenas, a semejanza de su rostro y su cuerpo.

La vi muchas veces, arrodillada ante vos, Señor, con la frente posada en sus manos nudosas. No podía apartar los ojos de sus hombros anchos, de la nuca que percibía bajo su cofia.

Pensé que ella podría simbolizar Egipto para mi hijo Jean.

La llamé una mañana, mientras Jean dormía. Le mostré la alcoba donde yo dormía.

—Será la tuya —le dije—. Vivirás aquí con Jean. Su madre ha muerto y tú la sustituirás.

Tendí los brazos hacia su pecho. Acaricié sus senos, que le sobresalían del vestido de basta tela gris.

Ella se arrodilló ante mí, sacudiendo la cabeza.

—No, no.

—¿No quieres?

—A Jean, sí —bisbiseó.

Bajé los brazos. Me avergonzaba de mis instintos, de mi deseo, de la locura que podía nacer de mi memoria.

Tuve miedo de mí mismo, de la pasión que sentía por mi hijo.

—Ama a Jean más que yo mismo. Sólo te pido eso.

Dejé la Torre del Castro sin despedirme de mi hijo.

Más valía que su mano la estrechase una mujer que no estuviese manchada por la sangre de los hombres.

Quinta parte

37

He vuelto a encontrar la crueldad de los hombres.

Avanzábamos en la niebla que cubría los valles, los pantanos, las praderas y las colinas de la región de Dieppe. Fue en el castillo de Arques, a finales del mes de septiembre de 1589, donde me uní al ejército de Enrique, el cuarto con ese nombre, rey de Francia y de Navarra.

Oí su voz fuerte con acento bearnés jurar, en el patio del castillo, que dentro de pocos días acabaríamos con el ejército del último de los Guisa, el duque de Mayenne.

Enrique IV se irguió sobre su estribo, una silueta borrosa en la niebla.

—¡Las puertas de París se abrirán ante nosotros! —exclamó.

De aquella masa oscura de caballeros, de infantes, de suizos, se alzó un clamor: «¡San Bartolomé, San Bartolomé!».

Me estremecí.

Michel de Polin puso su caballo al lado del mío y se inclinó hacia mí para hablarme.

Sus amigos del Parlamento de París que habían conseguido huir de la capital le habían contado que en ella estaban tan seguros de la victoria del duque de Mayenne que alquilaban a precio de oro las ventanas de la calle de Saint-Antoine para poder asistir a su triunfo; y decían también que ya se había mandado construir la jaula en la que se pudriría Enrique el hereje, el hugonote relapso, el rey ilegítimo, cómplice del miserable Enrique III.

Los hombres aprenden a odiar. ¡Así dejan de ser niños!

Escuchaba a Séguret y a Jean Baptiste Colliard mientras cabalgábamos a lo largo de los valles que riegan la campiña entre el castillo de Dieppe, el de Arques y las alturas que dominan las orillas del Aulne y de Béthune. Tenía la impresión de que veía por primera vez sus rostros llenos de cicatrices, su piel curtida, sus manos crispadas en la culata de sus pistolas o en las empuñaduras de sus espadas. Extendían los brazos, señalando a los cuatro mil infantes

ingleses que acababan de desembarcar. Todos ellos, junto con los suizos, arcabuceros y caballeros, asegurarían, decían, la victoria de la causa, de la rebelión contra los papistas del duque de Mayenne.

Yo no salía de mi asombro: estaba convencido de que Enrique se disponía a abjurar. Séguret y Colliard me aseguraban, por el contrario, que el rey había escuchado con ellos la prédica de los pastores y la lectura de la Biblia, y que jamás renunciaría a su fe. Además, ¿para qué abjurar si vencía a los católicos? ¡Venceríamos, y el reino sería hugonote!

¡Los hombres son odres de doblez y de hipocresía!

Cruzamos el valle del Aulne, protegidos por la niebla. Volvía a estar cerca de Enguerrand de Mons, que me confió que sólo seguiría al rey Enrique si abjuraba. Muchos gentileshombres que habían prestado juramento al rey a petición de Enrique III no permanecerían fieles a él si no cumplía sus compromisos. Vencer a los miembros de la Liga, de acuerdo, pero no para sentar en el trono de Francia a un hereje.

¡Los hombres son maestros en el engaño!

Señor, ¿cómo preservar en los hombres la virtud, la bendita inocencia de la niñez?

Oí gritos de «¡Viva el rey!», provenientes de la orilla opuesta, donde estaban las tropas del duque de Mayenne. Quedamos pasmados. ¿Se trataba acaso de tránsfugas que dejaban el campo de la Liga para unirse al de Enrique IV?

Vi a los lansquenetes avanzar hacia nuestros suizos, con las lanzas y las banderas bajas, gritando: «¡Viva el rey!».

Nuestros suizos les tendieron las manos para ayudarlos a franquear el foso y, de repente, los alemanes sacaron dagas y machetes y empezaron a degollar y a destripar a los suizos, para abalanzarse luego sobre nosotros, que retrocedimos, pidiendo auxilio. Por fin, los cuatro cañones del castillo de Arques abrieron cuatro avenidas sangrientas entre los escuadrones y los batallones de los de la Liga, que se detuvieron en seco.

Los hombres siempre esperan la venganza. El olvido y el perdón son privilegio de los niños.

Yo, en medio de la batalla, marchando entre cuatrocientos

arcabuceros hugonotes para cargar contra los de la Liga, pensaba en mi hijo Jean, en su piel suave, en la inocencia de su mirada.

¡Dios mío!, nos lo dais todo con la infancia y nosotros somos como esos jugadores que van apostando todo lo que poseen en una partida de dados, jugada a jugada, creyendo ganar cuando lo único que hacen es perderlo todo.

Pensando en ello, me lancé a proteger al rey. Con la punta de mi espada aparté a un capitán de los lansquenetes que lo amenazaba con su lanza pidiéndole que se rindiese.

En ese momento, los arcabuceros hicieron fuego y nuestros suizos respondieron matando a los lansquenetes traspasándoles el pecho y el vientre, en represalia por la traición de la que habían sido víctimas.

Los hombres se emborrachan con la victoria.

Después de la de Arques, Enrique IV repitió que derrumbaríamos las puertas de París.

El 1 de noviembre, los arcabuceros y los gentileshombres hugonotes asaltaron los reductos de los suburbios de la orilla izquierda del Sena.

Oía sus gritos: «¡San Bartolomé, San Bartolomé!», e imaginé que si entraban en la ciudad buscarían a los asesinos de aquel agosto de 1572.

Hacía ya diecisiete años…

El odio, la venganza, el deseo de muerte eran más fuertes que nunca. Los hugonotes saqueaban ya la abadía de Saint-Germain, conquistada.

Unos prisioneros, muertos de miedo, afirmaban que combatían con la Liga porque, si se negaban, los ahorcarían o los quemarían en la hoguera. Los miembros de la Liga habían estrangulado a los hombres acusados de ser partidarios del rey hereje simplemente porque los habían visto sonreír ante el anuncio del asalto de los hugonotes.

Sin embargo, fuimos rechazados después de fracasar en el derribo de la puerta de Saint-Germain, y tuvimos que abandonar las ciudades de Montrouge, Issy y Vaugirard y cabalgar luego hacia Tours tomando las ciudades por las que pasábamos.

En alguna ahorcaban al miembro de la Liga más ilustre. «Las otras ratas —decía Séguret— se esconderán en sus agujeros».

Los hombres desprecian a los hombres.

¡Oh!, Señor, dales fuerza para que conserven en su interior al niño que todos han sido.

38

«Ilustrísimas Señorías,

»He sido recibido hoy por el rey de Francia y Navarra en audiencia solemne en su residencia de Tours.

»El rey había llegado la víspera de Vendôme, ciudad que acababa de conquistar y donde los jefes de la Liga habían sido ahorcados, y sus casas saqueadas por los soldados. Pero las iglesias habían sido salvaguardadas por orden de Su Majestad.

»El rey y los gentileshombres hugonotes me parecieron seguros de su victoria sobre el duque de Mayenne. La batalla de Arques los convenció de que los miembros de la Liga pronto serían expulsados de París.

»—Si la fortuna nos sonríe —me dijo Enrique IV—, os aseguro que ni el mal tiempo ni los pésimos caminos me impedirán alcanzarla, y espero descansar en París después de haber expulsado al duque de Mayenne.

»Los nobles católicos, aliados de Enrique IV, son más reservados. Enguerrand de Mons me expresó su inquietud y su despecho. El bearnés parece haber olvidado su conversión.

»—Enrique puede vencer a la Liga —me dijo De Mons—, pero el pueblo de París sólo lo aceptará si asiste a misa. Sin embargo, él prefiere la lectura de la Biblia. Los hugonotes que lo rodean lo mantienen en la idea de que debe permanecer fiel a su religión y que el reino será hugonote como Inglaterra o las Provincias Unidas. Pero no lo seguiremos.

»Enguerrand de Mons me ha pedido que haga comprender al monarca que nuestro reconocimiento era al soberano que se había comprometido a renunciar a su causa, y no al que se obstinase en la herejía.

»Pero yo me guardé muy mucho de hablarle de ello.

»Enrique IV no ignora que el rey de España y su enviado, Diego de Sarmiento, intentan unir a todos los príncipes cristianos. Felipe II apoya al cardenal Carlos de Borbón, a quien los miembros de la

Liga llaman Carlos X y han reconocido como rey de Francia. ¡Pero es un hombre viejo y está prisionero de los hugonotes!

»Sarmiento me ha hecho llegar un correo en el que lamenta —indignadísimo— que nuestra Serenísima República haya podido prestar apoyo a un soberano hereje, cuando hay que "extirpar del reino de Francia la herejía y no sostenerla, para preservar la salvación de la Santa Iglesia católica".

»Me indica que Felipe II está dispuesto a enviar dos ejércitos al reino de Francia para librarlo de los hugonotes.

»Alejandro Farnesio, su más destacado jefe militar, se habría puesto en camino con las tropas españolas del País Vasco.

»La guerra va a continuar, pues, y más cruenta todavía.

»Bernard de Thorenc, uno de los católicos aliados con Enrique IV, me ha hecho el relato de los hechos de las batallas de Arques y de Ivry, que tuvieron lugar el 11 de marzo. El rey se comportó allí como un gran y valeroso capitán:

»"Compañeros —dijo antes de atacar—, Dios está con nosotros. ¡Y sus enemigos son nuestros enemigos! ¡Aquí está vuestro rey! ¡A ellos! ¡Si no tenéis estandartes, uníos a mi penacho blanco, lo hallaréis en el camino de la victoria y del honor!".

»Obtuvo la victoria sin conseguir derribar las defensas de París. Cuentan que el suelo estaba cubierto de miembros de la Liga muertos en combate o, como sucedió con todos los lansquenetes, degollados después de la batalla.

»Bernard de Thorenc y otros gentileshombres católicos están cansados de las masacres que debilitan el reino. Se asombran de que Enrique IV siga declarándose hugonote, rece como un hereje y repita entre sus partidarios: "Dios me guía".

»Sin embargo, en Tours, el clero católico lo recibió con aclamaciones, entonando himnos a su gloria:

«Cantemos todos a Enrique,
nuestro príncipe sin par.
El clero de la provincia
quiere su nombre loar,
para que traiga la paz.

¡Que las tres flores de lis
nunca vuelvan a sangrar!».

»Esos sacerdotes asistieron incluso al castigo infligido al padre Veron, el predicador dominico que fue hecho prisionero al pie de las murallas de París. Lo juzgaron por haber empujado al regicidio al monje Jacques Clément y exaltado su memoria.

»Fue descuartizado en la plaza de Tours ante un gran número de gente.

»A medida que el cuerpo se desgarraba, la multitud gritaba su júbilo. Los miembros del padre Veron fueron quemados, y sus cenizas, esparcidas al viento.

»El rey se mostró muy satisfecho de sus victorias en Arques y en Ivry, así como de aquel castigo.

»Le dijo a Bernard de Thorenc:

»—Dios seguirá bendiciéndome como hasta ahora.

»A Thorenc y a otros, como Michel de Polin, no les gusta que se mezcle a Dios en esta sucesión de guerras y masacres sin fin. Me repitió:

»—Dios no elige a los hombres, sean reyes o artesanos. Cada uno es libre de honrarlo o de olvidar sus enseñanzas. Luego Dios juzgará.

»A Enrique no le preocupa el juicio de Dios. No duda de su clemencia.

»—He caminado mucho —me dijo durante la audiencia solemne—, y voy donde Dios me lleva, pero nunca sé lo que debo hacer. Al final, sin embargo, mis hechos son milagros que el Señor ha querido.

»Pero es más retorcido de lo que parece.

»Por ahora, goza de las victorias de Arques y de Ivry y no se preocupa de su abjuración, pero, oyéndolo y observándolo, me atrevo a aventurar que acabará abjurando, si lo considera necesario.

»Quiere reunir a su alrededor a todos los súbditos del reino y convencerlos de que los enemigos de Francia son los españoles, antes de que se lancen contra él.

»Me confió:

»—Si hay una rebelión, procede del lodo y del fango del pueblo,

excitado por las facciones extranjeras.

»Son palabras de un monarca hábil, decidido a vencer a toda costa.

»Vuestro devoto servidor,

»Vico Montanari».

39

Montanari me había dicho:

—Ayudad al rey, Thorenc. Él atiende a razones. No es un fanático. Su debilidad es que no los comprende. No se imagina que los hombres prefieren comer el pan cuya harina está hecha de huesos triturados del cementerio des Innocents antes que abrirle las puertas al ejército real. ¡Ayudadlo! Si él no gana —aunque yo creo en él—, los católicos contumaces, y los hugonotes más activos, convertirán este reino en una hoguera en provecho de los españoles. ¿Sabéis lo que me dice Leonello Terraccini? Uno de los amos de París es Diego de Sarmiento. Reparte sopa a los hambrientos en los cruces. ¡El olor es nauseabundo; echan en grandes marmitas avena, pieles de perro, asno o gato, y los desgraciados se pelean por una escudilla del potaje que se cuece en los calderos de España!

En la primavera de 1590 caminábamos por las orillas del Loira.

Sabía que el rey deseaba verme para confiarme lo que Montanari había denominado «una emboscada disfrazada».

Debía dirigirme a París, que estaba sitiada por las tropas reales y en donde la gente se moría de hambre; allí intentaría entrevistarme con algunos miembros del Parlamento, con ciertos coaligados, comerciantes e incluso sacerdotes que deseaban negociar con el rey para acabar con el bloqueo.

Según Montanari, yo era el hombre mejor situado para llevar a buen fin esta misión. Conocía a Sarmiento y al legado del Papa; el padre Verdini había sido mi guía y confesor durante mis años de juventud en la Torre del Castro.

—Son obstinados —había añadido Montanari—. Quieren la perdición de Enrique IV, pero no os entregarán a los miembros de la Liga.

Me apretó la mano.

—No os harán nada.

Porque ahorcaban, mataban, arrojaban al Sena, degollaban a los sospechosos de moderación, a los que «pedían noticias» o simplemente sonreían y no iban a las murallas a defender la ciudad contra las tropas de Enrique IV.

Mataban mucho más que cuando hubo reuniones en la Plaza de Grève, donde la muchedumbre había gritado «¡Paz!» o «¡Pan!», mataban mucho más.

—¡Ayudad al rey, Thorenc! —me había repetido Montanari.

Yo dudaba.

Le había respondido a Montanari que el monarca que pretendía estar preocupado por sus súbditos mataba de hambre desde hacía meses a los doscientos mil parisinos al decretar el bloqueo de la capital.

Los muertos por hambre ya se contaban por millares.

Todavía no había visto nada, pero había oído las quejas de los parisinos que habían logrado salir de la ciudad y Enrique IV había decidido no ceder.

Sin embargo, Séguret y Jean Baptiste Colliard, lo mismo que los ingleses del ejército temían que el rey se mostrara clemente: «Hay que estrangular al pueblo —repetía Séguret—. ¿Que se agitan? ¡Los ahorcados no molestan a nadie!».

Los cadáveres llenaban la calle Fossés-Saint-Germain, confirmaba Terraccini. Se habían comido caballos, asnos, perros, gatos y ratones, se habían disputado sus entrañas, los jirones de carroña. Y habían acabado por desenterrar los cadáveres para hacer harina con sus huesos. El pan que obtenían era blanco, casi no era amargo, pero los que lo habían comido estaban muertos.

Me había sentado entre aquellas mujeres de rostros exangües, y niños semejantes a pajarillos muertos. Las madres los apretaban contra ellas. Decían que también habían comido niños. Una mujer muy gorda había devorado los cadáveres de sus dos hijos muertos de hambre. Pero lo peor fue que los lansquenetes se habían puesto a cazar y una mujer me contó, con los ojos extraviados: «El Louvre se convirtió en la carnicería de los lansquenetes. Uno de aquellos monstruos confesó que había matado a tres niños y compartido su carne con algunos de sus compañeros de armas».

¿Puede un rey que ama a sus súbditos condenarlos a ser la caza de los lansquenetes o a alimentarse de cadáveres, sólo para alcanzar el trono?

Yo lo había oído vanagloriarse de haber «ordenado quemar todos los molinos que abastecen de harina a París. El grano volverá al pueblo cuando la necesidad sea aún mayor y estén tan flacos que sus huesos desgarren su piel…».

¿Era ése el discurso de un buen rey?

Montanari se encogía de hombros, indulgente. Enrique IV había aceptado acoger sin represalias a los parisinos que huían de la ciudad asediada.

—Además, Thorenc, Enrique IV tiene la marrullería de todos los soberanos, sin la cual no se puede reinar. Y puesto que quiere reinar, ¡id a verlo! ¡Ayudadlo!

El rey me recibió con los brazos abiertos, agradeciéndome, antes de que yo dijese una sola palabra, que aceptase ir a París.

—Nunca he dudado de vuestro valor, Thorenc.

Puso su mano en mi hombro.

Debía, dijo, escucharlo con atención y transmitir sus palabras a los miembros de la Liga, al duque de Mayenne y también al joven sobrino de Mayenne, el duque de Nemours, que mandaba las tropas y reunía al pueblo en torno a la Liga con gran talento.

—Decidle que quiero que se ponga al servicio del reino, y no solamente de la Liga, que combate para España. Decid a todos con cuantos os encontréis que deseo una paz general, porque quiero ayudar a mi pueblo, no perderlo y arruinarlo. ¡Que si por una batalla daría un dedo, por la paz general daré dos!

Y se apartó unos pasos.

—Amo mi ciudad, París —prosiguió—. Es mi hija mayor, y tengo celos de ella. Quiero concederle el mayor bien, la mayor gracia y la mayor misericordia, mucho más de lo que me pida. Pero quiero que me lo agradezca, que sepa que lo debe a mi clemencia.

Me cogió por un brazo.

—Soy un verdadero padre para mi pueblo, Thorenc. Me parezco a esa verdadera madre, la de Salomón: prefiero no tener nada de París a tenerlo todo arruinado después de la muerte de esa pobre gente…

Era una marrullería, porque quería conquistar París, y los arcabuceros del ejército real disparaban sobre los desgraciados hambrientos que iban a buscar fuera de las murallas unas espigas de trigo o un brazado de avena. A pesar de ello, la ciudad resistía con los lansquenetes, los suizos, los habitantes que vigilaban las murallas, los monjes con casco que desfilaban blandiendo el crucifijo en la mano izquierda y el arcabuz en la derecha.

No era necesario que Enrique IV me dijese que prefería no tener París, puesto que en efecto era incapaz de entrar en la ciudad, ni siquiera cuando sus soldados se disfrazaban de molineros para intentar forzar la puerta de Saint-Honoré. Los reconocieron y los cazaron; otros habían sufrido la misma suerte en la puerta de Saint-Antoine.

Los cañones instalados en Montmartre podían disparar perfectamente algunas balas; la ciudad resistía.

Y el ejército real se veía obligado a aflojar su cerco porque las tropas españolas de Alejandro Farnesio llegaban de los Países Bajos y ocupaban las dos orillas del Marne, permitiendo así que algunos barcos cargados de grano llegasen a París.

Y así fue como yo entré en la capital de noche, en una barca que se deslizaba a lo largo del Sena; salté al muelle de
l'École
y me metí por la calle del Arbre-Sec hasta la embajada de Venecia, donde vivía Leonello Terraccini. La Serenísima República nunca rompía del todo con un bando, fuese cual fuese.

Desde la primera noche vi a niños vagabundos como bestias famélicas, y mi corazón se me encogió todavía más.

Cada vez que me cruzaba con una de esas frágiles siluetas que tendían sus manos hacia mí pidiéndome pan, tenía la impresión de que era mi hijo Jean el que me suplicaba que lo alimentase y lo protegiese.

Nunca habría imaginado que podía haber tantos niños en esta ciudad. Vi a más de cinco mil, los mayores de apenas siete años, desfilando en procesión, cantando salmos, impetrando la ayuda de Dios para la ciudad de Chartres, de la que se acababa de saber que había sido asediada por las tropas reales, debido a que era uno de

los principales graneros de París.

Seguí la procesión de los niños hasta Notre-Dame. Era Cuaresma, y los predicadores, ante los niños reunidos, hablaban de un hijo de puta que pretendía ser el rey de Francia y que no era más que un perro, un tirano, un ateo, ¡un depravado que se entregaba a amores inmundos con monjas que violaba!

«¡Maldito sea Enrique el Bearnés, el ateo, el perjuro y el hereje!», clamaban.

Sus voces resonaban bajo las bóvedas de Notre-Dame y yo salí, abriéndome paso con dificultad entre la multitud.

Sobre el atrio yacía un niño muerto. Estaba tan flaco que la gente que se apiñaba en el coro lo había asfixiado.

¡Oh, Señor, proteged a mi hijo!

Me dirigí al palacete de España. Dos grandes marmitas humeaban en la calle de Saint-Honoré y la multitud de hambrientos se apretujaba, con las escudillas en la mano y los ojos brillantes de fiebre. De repente, se alzó una voz aguda, maldiciendo al hijo de puta, al hereje que quería la muerte del pueblo de París. «¡Pero Dios nos salvará!».

Sarmiento me recibió con la cabeza inclinada y la mirada fija.

—Dios los salvará cuando los ejércitos españoles hayan derrotado a los del rey.

Me dio la espalda, añadiendo con desprecio que aún estaba a tiempo de unirme al campo vencedor.

Luego, se encaró conmigo bruscamente.

—Tienes un hijo, ¿no es así?

Yo retrocedí como si su pregunta constituyese una amenaza.

—Vete de París, Bernard de Thorenc —prosiguió—. Aquí la gente muere, y los hijos necesitan a su padre.

Me entrevisté con algunos comerciantes, miembros del Parlamento.

No me recibieron hasta bien entrada la noche; me introduje en sus casas por puertas excusadas, deslizándome por las bodegas, o caminando inclinado por los jardines, oculto por las hayas, tanto era su temor a los espías del Consejo de los Dieciséis que dirigía la Liga y que había por todas partes. Al sospechoso de mantener

relaciones o correspondencia con Enrique IV, el rey hereje, lo condenaban a morir estrangulado o ahorcado.

Hablaba con ellos en salas oscuras, con todas las velas apagadas.

Sus casas olían a fruta madura, pan recién cocido, a grasa chisporroteando. Y, sin embargo, se quejaban porque a causa del bloqueo y de la guerra no podían ir a sus propiedades de extramuros y así perdían sus rentas.

Dudaban de que se restableciese la paz, lo que sólo ocurriría si el rey abjuraba.

—El pueblo escucha a los católicos contumaces, a los predicadores fanáticos que sólo obedecen al Papa o a los españoles. Diego de Sarmiento reparte sopa y dinero para que los hambrientos se pongan de parte del rey de España.

Ellos mismos despreciaban a ese pueblo de coaligados.

—Necesitan llenar los estómagos vacíos de palabras —me confió uno de ellos—. Se alimentan de locuras. Los predicadores lo saben. Sarmiento y el padre Verdini también. No queremos que el rey de España y el Papa impongan aquí la ley. Pero Enrique sólo será reconocido como legítimo rey, sólo será aceptado, si renuncia a ser hugonote, si sabe hablar a los hambrientos y repartir pan entre ellos.

Ellos nunca habían pasado hambre. A veces los miserables enrolados en las secciones de la Liga visitaban sus casas, en las que encontraban provisiones para seis meses: tocino y carne salada, harina y bizcochos, frutas y legumbres secas, especias y cántaros de vino.

La guerra, el bloqueo, el hambre… Eran los niños y los pobres, los débiles y los que no tenían nada quienes los sufrían, no los ricos ni los predicadores.

Querer la paz no era traicionaros, Señor, sino seros fiel.

¡Salvad a los más humildes, a aquéllos por quienes habéis subido al Calvario y por quien habéis sido crucificado!

40

Hablé al rey del sufrimiento del pueblo.

Pero ¿me escuchó?

Enrique IV estaba sentado bajo una gran tienda. Se mesaba la barba, en la que distinguí algunos pelos grises. Inclinado hacia delante, con la cabeza metida entre los hombros, me pareció cansado; cerraba a veces los ojos como si dormitase, indiferente a lo que le decía sobre lo que había visto y oído en París.

Clavadas a las puertas de Notre-Dame, había leído las bulas pontificias que lo excomulgaban. Un miembro del Parlamento, amigo de Michel de Polin, me había confirmado que las listas de nombres establecidas por el Consejo de los Dieciséis habían sido repartidas entre los miembros de la Liga. Algunos iban seguidos por la letra P, y otros por las letras D y
C.

—P por pillado, D por degollado, C por colgado —le expliqué.

El soberano se irguió ligeramente y después murmuró:

—¡Es increíble el número de personas que tratan de matarme, pero Dios me guardará!

Era un rey, un hombre que sólo pensaba en sí mismo. De repente me confió:

—Thorenc, combato por mi gloria y mi corona; sólo mi vida merece ese precio.

¡Qué le importaba que yo le dijese que los lansquenetes al servicio de la Liga habían perseguido a los niños por las calles para matarlos y comérselos, o que una madre había devorado los cadáveres de sus dos hijos loca de hambre! ¡Y que treinta mil personas habían muerto de hambre en la ciudad, a consecuencia del bloqueo!

Me pareció insensible, aunque me hubiese dicho, levantándose:

—Mi designio ha sido, desde que le plugo a Dios concederme el mando soberano de tantos pueblos, preparar los medios, entre

tantos disturbios, para alcanzar la paz con el tiempo.

Salió de la tienda y me sorprendió verlo caminar tan rápido y feliz cuando yo lo creía muerto de fatiga y me había dicho, suspirando:

—¡Sí, Thorenc, envejezco!

Sin embargo saltó a la silla, riendo, y ordenó con gesto vivo a Jean Baptiste Colliard que lo acompañase…

Yo también dejé la tienda.

Había sido levantada en las alturas de Montmartre, a escasa distancia de los cañones que, de cuando en cuando, bombardeaban París.

Séguret avanzó hacia mí, volviéndose para seguir con la vista al rey y a Colliard, que se alejaban.

—¡Nuestro garañón va a visitar la tienda de los ingenios del ejército! —soltó, burlón.

Yo no entendía nada, para regocijo de Séguret, que me confió que él llamaba así a las abadías: la benedictina de Montmartre —con los brazos extendidos me mostraba las construcciones a las que el rey se aproximaba— y la franciscana de Longchamp, adonde iría poco después.

—Si todavía tiene fuerzas…, ¡porque esas novicias tienen labios lascivos y agotan al viejo cabrón!

Séguret me tomó por el brazo. Las benedictinas y las franciscanas de apenas veinte años se aburrían tanto entre vísperas y maitines que habían acogido al soberano y a sus gentileshombres abiertas de piernas, y se habían convertido así en «ingenios del ejército».

Las damas que se consideraban las amantes del rey —como la bella Gabrielle
d’Estrées,
tan rubia que deslumbraba— habían mostrado su disgusto diciendo que aquello no sólo era libertinaje, sino perversión y sacrilegio.

—No hemos forzado a ninguna de esas ovejitas vestidas con refajos de blanco satén —precisó Séguret—. ¡Se han entregado como buenas cristianas sin preocuparse de saber quién era hugonote o nuevo católico!

¡Dios mío! El rey a quien yo servía, y que deseaba que reinase en Francia, el monarca que sometía a bloqueo a su capital, fornicaba con aquellas jóvenes que estaban unidas a vos, gozando mientras los niños se morían de hambre en París y otros eran perseguidos y muertos como alimañas.

Tuve la tentación de abandonar a ese soberano, de no volver más a París, como me pedía, de no seguir más a su ejército, que asediaba Rouen, enfrentándose con las tropas españolas aliadas a la Liga, de dejar a ese monarca que aceptaba que sus soldados saqueasen y masacrasen, pidiendo la ayuda de seis mil ingleses, seis mil suizos y otros tantos *reîtres* alemanes, y solicitando al sultán turco que atacase a Felipe II.

Sin embargo, permanecí a su lado.

—¿Queréis, Thorenc —me decía Michel de Polin—, que Felipe II sea el protector de nuestro reino, o que designe para el trono a una de sus hijas, casada con un Habsburgo? ¡Nos convertiríamos en una parte menor del Sacro Imperio Germánico! ¿Queréis a Diego de Sarmiento de consejero de ese soberano y al padre Verdini de confesor?

Al principio no contesté a Polin; luego recordé, Señor, vuestro rostro con los ojos cerrados.

Me atormentó durante muchos días.

Comprendí vuestro cansancio, vuestros párpados caídos para no condenar a los hombres, para no fulminarlos con la mirada, temiendo acaso no ser muy piadoso, mientras que, cerrando los ojos, manifestabais vuestra compasión, vuestra aceptación de la libertad de los hombres que vos sabéis que siempre, casi siempre, la extravían.

Entonces, Señor, cerré los ojos como vos.

41

Tenía los ojos cerrados, y sin embargo veía el infierno que los hombres habían creado sobre la tierra, Señor, y cómo, fuesen del bando que fuesen, sólo los guiaban sombrías pasiones.

En París, adonde había vuelto por orden del rey para intentar alcanzar una tregua, vi, en la plaza de Grève, a un centenar de hombres armados avanzando, provistos de linternas sordas. A unos quince pasos detrás de ellos caminaban tres mozos de cuerda cargando a hombros sendos cuerpos desnudos, escoltados por el verdugo y sus ayudantes. Reconocí a aquellos tres hombres. Me había entrevistado con ellos y me habían informado de su deseo de entrar en negociaciones con el rey. Estaban dispuestos a reconocer a Enrique IV como soberano legítimo si abjuraba de su fe. Los miembros de la Liga los habían cogido y condenado y ahora los llevaban a la horca con inscripciones infamantes colgadas del cuello: «Jefe de traidores y herejes», «Instigador de traidores y políticos», «Enemigo de Dios y de los príncipes católicos».

Sentí ganas de vomitar.

Ésa era la guerra civil en la que, bajo el amplio manto de la palabra *religión*, el reino se había sumergido.

Y la muchedumbre cantaba:

«Desde hace mil años,
en Francia sólo hemos visto
muy buenos reyes cristianos.
Y siempre al ser coronados
prometen solemnemente
vivir católicamente.
El rumor haces correr,
católico quieres ser,
pero no te has instruido».

A mi regreso junto al rey, me enteré de que Provenza había sido invadida por las tropas del duque de Saboya, aliado de España y de la Liga, y temí que sus soldados, a los que creía capaces de cualquier cosa, saliesen de Draguignan, Aix o Fréjus, que habían conquistado, y se dirigiesen a la Torre del Castro y matasen —porque tal era la regla— a Margherita, al viejo Denis y a mi hijo Jean.

Estaba dispuesto a cabalgar hasta mi casa, cuando llegó un correo y anunció que las tropas de los hugonotes habían rechazado a los soldados del duque de Saboya.

Pero todos los lugares del reino eran recorridos por bandas de *reîtres* y de lansquenetes reclamándose de la Liga o del rey, pretextando defender la religión católica o la causa, apelando al extranjero para vencer a su enemigo francés.

Diego de Sarmiento acogía en París a mil doscientos españoles y napolitanos. Otros se instalaban en Bretaña. El rey, por su parte, llamaba de nuevo a los ingleses y a los alemanes.

El duque de Mayenne reunió los Estados Generales en París y Sarmiento presentó allí a los pretendientes españoles al trono de Francia.

Volví de nuevo a París en compañía de Michel de Polin, franqueando de noche las murallas, temiendo a cada momento ser sorprendido por una patrulla de miembros de la Liga, que nos hubiesen estrangulado o acuchillado al instante.

Nos deslizamos por la calles de Poulies y de Fossés-Saint-Germain y entramos en la embajada de Venecia, donde nos esperaban algunos miembros del Parlamento de París que se rebelaban ante la idea de que el reino cayese en manos de los españoles.

Leonello Terraccini vigilaba mientras nosotros discutíamos.

Nos enteramos de que el papa Sixto V había muerto súbitamente, quizá envenenado por espías españoles, porque temían que fuese favorable a Enrique IV si éste abjuraba. El nuevo pontífice, un hombre de los españoles, había renovado la excomunión del rey. En cuanto al padre Verdini, todavía legado pontificio, empujaba a los miembros de la Liga a la intransigencia. Sarmiento les pagaba sus buenos ducados para que rechazasen

cualquier tregua, cualquier compromiso y denunciasen la abjuración de Enrique como un engaño.

Quizás había sido Verdini o uno de sus predicadores quien había escrito esta coplilla que entonaban los miembros de la Liga:

«De católico vas,
sólo es para engañar,
y con tu hipocresía
buscas nuestra ruina.
No os dejéis engañar,
que os quiere atrapar.
Viejos nobles franceses,
pues católicos sois,
no sigáis a un hereje
que se burla de vos».

Pero yo sentía que el deseo de paz y la adhesión al rey, si se convertía, ganaba terreno poco a poco. Los miembros del Parlamento susurraban que era imposible que el reino de Francia tuviese un soberano extranjero. Pasamos la noche en el palacete de Venecia redactando una suspensión que se comprometían a someter a votación y en la cual afirmaban que «había que impedir que, so pretexto de la religión, este reino que sólo depende de Dios y no reconoce más Señor que el que esté en el mundo en su temporalidad sea ocupado por extranjeros».

Michel de Polin repitió: «La tierra nos muestra sus cabellos hirsutos y nos pide que la peinemos para darnos sus frutos…».

La tregua fue concertada.

Volví a abrir los ojos, y vi, tan pronto como la tregua fue proclamada, a los parisinos franquear las murallas con provisión de patés y botellas para escapar por fin a la prisión en la que se había convertido su ciudad.

Nadie hacía caso de los predicadores que, desde lo alto de los muros, gritaban: «¿Pero en qué pensáis al seguir a un hereje que se burla de vosotros?».

La muchedumbre acudía en procesión, después de haber cenado sobre la hierba, a los santuarios extramuros, a Notre-Dame-des-

Vertus, cerca de Saint-Denis, que obra el milagro de la lluvia, o bien a la Virgen milagrosa de Aubervilliers.

Era un torrente feliz que nadie podía detener.

El arzobispo de Bourges, por los realistas, y el de Lyon, por los miembros de la Liga, se reunieron y decidieron que el deber de los súbditos era obedecer al soberano, fuese pagano o hereje, pero que las leyes primitivas y fundamentales del Estado obligaban a que fuese católico.

Polin y Vico Montanari decían que bastaba con que el rey abjurase para que fuese reconocido por el Reino de Francia y restablecer así la paz para que la tierra de Francia fuese rastrillada de nuevo.

Acompañé a Michel de Polin y a Enguerrand de Mons a la presencia del rey de Francia y de Navarra. Polin no dudaba de que Enrique abjuraría.

—Ya cambió cinco veces de religión —decía—. Y ésta será la sexta. Lo hará por conveniencia y por interés.

Murmuré, cerrando los ojos y repitiendo lo que el soberano me había dicho:

—Lo hará «por su gloria y por su Corona».

—La religión católica y la religión reformada son del mismo tronco cristiano —proseguía Polin—. Enrique no es un mahometano. Sólo hay que darle un empujoncito. ¡Y lo haremos!

El Rey nos esperaba en una pieza de reducidas dimensiones y techo bajo, en una casa de Dreux, la villa que acababa de conquistar, donde los cadáveres se pudrían en las zanjas.

Polin se plantó a un paso de Enrique, con los brazos cruzados, las piernas separadas, muy firme sobre el suelo de gruesas losas grises.

—Majestad, dejémonos de monsergas —dijo—. Dentro de ocho días habrá un rey electo en Francia, y ya tenéis demasiados enemigos: los príncipes católicos, el Papa, el rey de España, el emperador y el duque de Saboya.

El rey retrocedió, con gesto hosco.

—Y tenéis que sostener todo esto con vuestros miserables hugonotes si no tomáis la rápida y caballerosa decisión de oír una

misa.

El bearnés gruñó, con la cabeza baja.

—Estáis obligado, Majestad —continuó Polin—, no sólo por vuestra conciencia, sino porque la Iglesia es el camino de la salvación.

Dudó, lanzándome una mirada.

—Si fueseis un príncipe muy devoto, no me atrevería a utilizar este lenguaje con vos. Pero vivís en demasiada buena compañía para que pensemos que lo hacéis por conciencia. Teméis ofender a los hugonotes, que están contentos con los reyes cuando tienen libertad de conciencia, pero, cuando les hagáis daño, ¿os tendrán presentes en sus plegarias?

Polin alzó la voz, que se tornó temblorosa.

—Pensad qué preferís: si complacer a vuestros profetas de Gascuña y volver a andar de picos pardos haciéndonos jugar al sálvese quien pueda, o vencer a la Liga, que lo único que teme de vos es vuestra conversión.

Se inclinó y permaneció inmóvil durante un rato, con la cabeza baja.

Miré al rey morderse los labios y por un momento pensé que iba a proferir un grito de cólera.

Se balanceaba sobre uno y otro pie y, bruscamente, nos dio la espalda y salió de la estancia.

Recé, Señor, durante el resto del día, para que el rey hubiese oído el discurso de Michel de Polin.

Yo quería la paz como bien supremo, por los niños escuálidos que había visto en la calle Fossés-Saint-Germain, por las mujeres que abrazaban a sus niños de pecho desnutridos, por todos los hombres que pronto se verían reducidos al estado de cadáveres despedazados.

Unos días más tarde, me encontré con Séguret. Se acercó tanto a mí que pude sentir su aliento.

Me apuntó al pecho con un dedo.

—¡Qué ignominia! —dijo—. Nuestro Enrique de Navarra va a oír misa y comulgar. ¡Has ganado, Thorenc!

Se alejó agitando los brazos, con los puños cerrados.

Me contaron que Enrique había reunido a sus gentileshombres hugonotes, los que lo habían seguido desde Bearn y logrado escapar a la masacre de San Bartolomé, para decirles:

—¡Amigos míos, rogad a Dios por mí! Si he de condenarme por vosotros, lo haré sin que me adoctrinen, para no dañar la religión que siempre será la de mi alma y mi corazón. De esta forma, haré ver a todo el mundo que la única teología que me ha convencido es la necesidad del Estado.

Cerré los ojos, como vos, Señor.

42

Debería haberme tranquilizado, Señor.

Vi al rey arrodillarse en la basílica de Saint-Denis y oír allí misa.

Lo oí responder a las preguntas que le hacía el arzobispo de Bourges:

—¿Qué pedís?

—Pido ser recibido en el seno de la Iglesia católica, apostólica y romana.

—¿Lo queréis?

—Sí, lo quiero y lo deseo.

Enrique IV estaba arrodillado ante el gran altar, vestido con un jubón y zapatos de satén y seda blancos; un manto negro le cubría los hombros y le caía como una capa. Su sombrero, también negro, estaba posado a su lado.

Se confesó. Comulgó y la muchedumbre gritó: «¡Viva el rey! ¡Viva el rey!».

Cabalgué a su lado hasta la cima de Montmartre durante aquel largo y rojo atardecer del 25 de julio de 1593.

Había abjurado.

Poco a poco reinaría la paz.

Debería estar contento, Señor.

Formaba parte de un grupo de gentileshombres que se hallaban, el domingo 27 de febrero de 1594, a ambos lados del altar, en la catedral de Chartres, la iglesia consagrada a la Virgen Negra, donde se celebraría la coronación del rey. Y él estaba ungido con los santos óleos conservados en Marmoutier, la abadía donde vivió retirado san Martín, que había evangelizado la Galia unos dos siglos antes de que Clodoveo fuese coronado en Reims.

Enrique no pudo elegir para su coronación la villa de Saint-Rémi, todavía en manos de la Liga.

Pero en Chartres, tanto el pueblo como la nobleza, los obispos y los arzobispos, se habían reunido para oír a Enrique prestar juramento, en nombre de Jesucristo, de mantener a su pueblo en

paz con la Iglesia, y «en buena fe, por mi poder, expulsar de mi jurisdicción y tierras a mí sujetas a todos los herejes denunciados por la Iglesia».

Vi a la muchedumbre precipitarse como gallinas a picotear el grano cuando los heraldos empezaron a arrojar desde lo alto de la galería monedas de oro y plata.

Por la tarde, estaba sentado a una de las tres mesas que congregaban para un festín, en torno al soberano, al clero, a los señores y a las princesas.

Debería estar satisfecho, Señor.

Vi al rey acercarse a unos enfermos que exhibían sus miserias y tocar sus llagas purulentas.

Lo vi lavar los pies de trece jóvenes y niños pobres.

Lo vi de nuevo confesarse y comulgar.

Debería sentirme feliz oyendo los gritos de los parisinos que saludaban su entrada en París.

El gobernador nos abrió las puertas de la capital y las tropas entraron en ella en medio de la niebla al alba del 22 de marzo de 1594, y, a excepción de un puñado de lansquenetes, algunos estudiantes y miembros de la Liga empecinados, en la orilla izquierda, entre la plaza Maubert y el colegio de Clermont, nadie se resistió.

Seguidos de algunos *reîtres* y de miembros de la Liga, las guarniciones españolas y napolitanas abandonarían París. Enrique les perdonaría la vida y su honor quedaría a salvo.

Fui con el rey a la ventana de una casa cercana a la puerta de Saint-Denis para ver cómo se marchaban, bajo una lluvia torrencial, los soldados extranjeros; en medio de ellos, desfilando orgullosamente, reconocí a Diego de Sarmiento y al embajador de España, Rodrigo de Cabezón.

Oí a Enrique exclamar, cuando los saludaba:

—¡Recomendadme a vuestro amo, pero no volváis!

Debería estar feliz, Señor.

El rey victorioso, el rey católico, era clemente: no persiguió a ningún miembro de la Liga y prohibió que se tratase duramente a

un hombre que se había negado a descubrirse a su paso.

Lo acompañé en su visita a las reinas de la Liga, la madre y la hermana de los Guisa, las señoras de Montpensier y de Nemours, y comprobé, por sus zalamerías, cómo deseaban complacer al rey, halagándolo, elogiando que sólo hubiese condenado con el destierro a un centenar de miembros de la Liga que no habían querido prestar juramento.

Todos los demás acababan de hacerlo y recibían como recompensa cofres llenos de escudos y posesiones de villas y tierras.

Algunos de sus más allegados —Séguret, Jean Baptiste Colliard, Enguerrand de Mons— se irritaban con esta clemencia y las adhesiones compradas, y oí al rey responderles que era mejor pagar que matar y sumir al pueblo en la guerra.

Pero, para lograr la paz, el rey y, por consiguiente, el reino tuvieron que desembolsar seis millones cuatrocientos sesenta y siete mil quinientos noventa y seis escudos.

Debería estar orgulloso, Señor.

Había sido elegido por el rey para representarlo ante el papa Clemente VIII, y el 17 de septiembre de 1595 me arrodillé ante el trono pontificio, que estaba rodeado por los embajadores de Saboya, de Ferrara y de Venecia.

Bajé la cabeza ante el que os representa, Señor, e imploré la absolución del Cristianísimo rey, diciendo que sólo la palabra del soberano pontífice podía absolverlo, que el rey Enrique IV la solicitaba por mi mediación.

Entonces, Clemente VIII golpeó mis hombros con una vara y, cuando me levanté, Enrique, rey de Francia y de Navarra, y cuarto con ese nombre, se había reconciliado con la Iglesia, absuelto por el Papa.

Di gracias, Señor, por la paz que parecía que iba a ser posible entre los cristianos.

Y sin embargo, Dios mío, durante todos aquellos días que mi razón encontraba beneficiosos, caminé como si fuese al borde de uno de los abismos que describe Dante cuando explora el Infierno.

43

Señor, en el fondo del abismo que se abría ante mí, veía acumularse hipocresía, injusticia, odio, muerte… y más guerra.

Enguerrand de Mons se había enterado de que, durante un día entero, el rey tuvo que ser «instruido» por los obispos antes de su absolución en Saint-Denis. Muchas veces había eludido las preguntas molestas con insolencias y humoradas diciendo que él sólo creía en el purgatorio como «creencia de la Iglesia, y no como artículo de fe, y también para dar gusto al clero, sabiendo que el purgatorio era el pan de los sacerdotes…».

—Se burla —señalaba Enguerrand de Mons—. Con sus palabras, acusa a los curas de vender indulgencias. Lutero lo había dicho. El rey seguía siendo hugonote. Cuando un obispo quiso saber en qué lengua rezaba, si en francés, como la gente de la causa, o en latín, como los de la Iglesia católica, se rió y, encogiéndose de hombros, dijo: «Ni en una ni en otra. Rezo en bearnés, como me enseñó mi abuelo».

»Es hombre de fingimientos —añadía Enguerrand—, y tengo para mí que es uno de esos ateos que mueven los labios y simulan rezar.

Yo también dudaba, Señor, de aquel soberano que cambiaba por sexta vez de religión, y, aunque me felicitaba por ello, no creía que se pudiese conseguir la paz a costa de mentiras o de indiferencia.

Vico Montanari, a quien confié mis dudas, se burló de mi ingenuidad.

—Todo el mundo —me dijo— comercia con la religión, como los mercaderes que truecan tejidos por especias o seda por arcabuces; y todos pesan con la balanza de su interés. A Dios no le preocupa ese comercio. Ve en el corazón de todos los hombres el diamante de su fe. Sabe si es una piedra preciosa o un pedazo de cristal pintado, o,

lo que es todavía peor, un simple guijarro pintado y trabajado como una esmeralda…

Montanari me cogió del brazo y me arrastró hasta la ventana de la embajada de Venecia, donde habíamos visto, la noche de San Bartolomé, a los asesinos reunidos ante la puerta, en la calle Fossés-Saint-Germain, exigiendo que les entregase a Anne de Buisson, quien, para escapar a la muerte, había tenido que arrodillarse en el patio y convertirse.

Montanari recordó ese momento y volvimos a tomar asiento en la sala del primer piso del palacete de Venecia donde, casi cada tarde, charlábamos.

Desde la entrada del rey en París, yo vivía en casa de Montanari, lejos de las intrigas, de las astucias y celos que ya dividían a los hombres cercanos al monarca, que ahora era el soberano legítimo, el poderoso, el Cristianísimo rey.

¿Cristiano?

Todavía me lo preguntaba.

Montanari recibía en la embajada de Venecia los libelos que los contumaces miembros de la Liga continuaban imprimiendo, con los que fustigaban al rey.

Querían que Montanari hiciera saber en Italia que la Liga sobrevivía, que se indignaban por «la mofa que había hecho el rey en la iglesia de Saint-Denis» por la «marrullería de aquel ateo».

¿Quién iba a creer en la sinceridad de su conversión?

¿Bastaba con arrodillarse ante un altar para dejar de ser hereje?

¿Acaso olvidaban que el bearnés era un perjuro que cambiaba de religión con más frecuencia que de jubón y de zapatos?

Yo no podía evitar sentir afecto por los miembros de la Liga que permanecían fieles a su fe, mientras que la mayoría enarbolaba la banda blanca de la adhesión al rey a cambio de rentas y tierras.

Comprendía su amargura frente a los que llamaban *maheustres*, los jefes de la Liga, los gentileshombres que se vendían al rey.

Pero debía felicitarme, porque de ese modo se restablecía la paz.

¿Acaso se podía, Señor, edificar una morada sobre la mentira de unos y otros, desde el que compraba las conciencias hasta los que comerciaban con ellas?

La voz de los más contumaces miembros de la Liga, sobre todo la de los que habían escrito el *Dialogue du Maheustre et du Manant*, me era familiar, aunque supiese a qué clase de locura podía llevar.

Así pues, Señor, estaba dividido.

Amaba a los que os profesaban un amor absoluto, es cierto, pero los había visto actuar movidos por la pasión de extirpar todo lo que no se les pareciese. Desconfiaba de aquellos fanáticos, pero leía sus frases con avidez.

«Los auténticos herederos de la Corona —escribían— son aquellos que son dignos de llevar el carácter de Dios. Si Dios quiere darnos un rey francés, bendito sea su nombre; si alemán, bendito sea su nombre; si español, bendito sea su nombre; si de Lorena, bendito sea su nombre. Nos es indiferente la nación de la que proceda con tal de que sea católico y sea piadoso y justo, con tal de que venga de la mano de Dios. No importa la nación sino la religión».

Montanari leía a su vez y se enfurecía por mi ceguera: ¿Cómo era posible que yo, después de lo que habíamos visto y vivido, escuchase la voz de semejantes fanáticos?

—El que quiera oír la única voz de Dios —decía— debe retirarse a la celda de un convento y rezar al Señor, pero no mezclarse con los asuntos de los hombres, de los reinos o de las repúblicas terrenales. Te lo he dicho, Thorenc, la religión es un comercio como cualquier otro. Si no puedes aceptarlo, retírate del mundo, y no te olvides de que los que quieren instaurar el reino de Dios en la Tierra, el gobierno por la religión, ¡se convierten en asesinos!

Yo le daba la razón, Señor. Por eso estaba junto al rey, aprobaba su política e intentaba convencer a Séguret y a Jean Baptiste Colliard de que siguiesen siéndole fieles y devotos.

Séguret bajaba la cabeza y mascullaba que el entorno del rey estaba ahora compuesto por miembros de la Liga comprados con el dinero de la Corona. Los gentileshombres hugonotes de los tiempos de vacas flacas, cuando Enrique de Navarra sólo era un «rey sin corona, un general sin dinero, un marido sin esposa», habían sido olvidados o rechazados desde que el bearnés había abjurado.

—Podéis estar seguro de que esos cambios me han partido el corazón —añadía Séguret.

Y yo, que había querido matarlo tantas veces, comprendía su despecho, su sentimiento de haber sido traicionado.

¿Señor, podíamos vivir en paz cuando tantos hombres, en lo más profundo de su corazón, dudaban de la fe del rey, de su fidelidad?

Pronto empecé a ver los rostros endurecerse a su paso cuando cabalgaba junto a una litera en la que iba echada Gabrielle d'Estrées, la favorita, la mujer rubia cuyas orejas, cuello, muñecas y manos estaban adornados con zarcillos, collares, brazaletes y anillos.

Alguien entre la multitud gritó: «¡Ahí va la puta del rey!».

Me estremecí: tras los días de bonanza se avecinaba la tormenta; el odio persistía y, lo que era todavía peor, también el desprecio.

Poco después detuvieron a un hombre que se llamaba Barrière. Se supo que había visto a varios curas y padres jesuitas. Se había confesado de su intención de castigar al tirano hereje, y había recibido la bendición, asegurando que Dios lo ayudaría en su empresa.

¡Oh, Señor, ved cómo se traiciona vuestra palabra! Ved cómo los que pretenden hablar en vuestro nombre comercian con su autoridad. ¡Os cubren con el barro de las humanas cosas, mezclándoos con pensamientos criminales!

Cogieron a Barrière en la puerta de Melun. Llevaba encima un enorme cuchillo con una punta muy aguzada, afilado por ambos lados.

No ocultó sus intenciones.

Fue condenado como parricida y sacrílego.

En la Plaza de Grève vi al verdugo darle tormento con unas tenazas al rojo vivo, luego quemarle la mano derecha, romperle con una barra de hierro los brazos y las piernas y extenderlo en la rueda, jadeando, de cara al cielo, para que viviese el sufrimiento del infierno.

¡Y aquel hombre os amaba, Señor!

Se lo hice notar a Montanari: «¡Es el primer gesto de odio contra el rey desde su abjuración!».

Fui testigo de otro más.

Había entrado con muchos gentileshombres en la cámara de Gabrielle
d'Estrées
a la que nos había invitado el soberano.

Yo estaba un poco atrás, cuando, de repente, oí gritar al rey. Lo vi llevarse la mano a la boca mientras que de su labio partido brotaba sangre. Le habían arrancado un diente.

Un joven vestido de negro, que lo agarraba, había intentado apuñalarlo en el cuello, pero el rey lo había esquivado y había recibido la herida en la boca.

Cuando lo curaron dijo:

—¡Qué mala suerte! ¡Me hizo tan poco daño que no podré acostarme más temprano por la herida!

Pero vi el cansancio en sus ojos; una expresión de abatimiento surcaba su rostro.

¡Todavía vivíamos el tiempo de los asesinos, de los regicidas! ¡El tiempo de los criminales!

Interrogaron al joven, Jean Chatel. También había sido adoctrinado por los padres jesuitas, pues había sido alumno suyo en el colegio de Clermont.

Confesó ante los jueces. Dio el nombre de los religiosos. Los desterraron, colgaron a uno de ellos y expulsaron a los jesuitas de Francia.

A Jean Chatel lo vi en la Plaza de Grève, de rodillas. Le cortaron la muñeca. Le dieron tormento. Y, puesto que había herido al rey, lo descuartizaron atando sus extremidades a cuatro caballos. La muchedumbre daba muestras de júbilo, vociferante. Luego quemaron sus pobres despojos y sus cenizas fueron aventadas.

¿Cuál puede ser la cosecha de semejante semilla sino el odio y la guerra?

Enrique ya se la ha declarado a España, «a golpe de trompeta y grito público en las provincias y fronteras del reino», para vengarse de los daños, ofensas e injurias de Felipe II.

El rey va a reunir sus ejércitos. Lo veo cada día. Su rostro está cubierto de manchas rojizas rodeadas de círculos purulentos.

—¿Me reconoces, Thorenc? —pregunta, con una risa forzada.

Tirita a causa de la fiebre, esa «vecina», como él la llama, con la

que tiene que convivir.

Oí a Séguret decirle:

—Majestad, sólo habéis renunciado a Dios con los labios, y Él se contentó con partíroslos. Pero si un día renunciáis a Él con el corazón, ese día os partirá el corazón.

Adivino la tristeza del rey. Lleva un emplasto en la boca, la herida abierta por el puñal de Jean Chatel tarda en cerrarse.

Se mata más rápido a un regicida que lo que tarda en curar la herida que se le inflige.

Sin contar con que ésta no está sólo en el cuerpo del rey.

Camino al lado de la carroza en la que va sentado —más bien acurrucado—, vestido de negro.

Siento de nuevo las miradas de la muchedumbre, que ahora son despiadadas.

Ya no gritan «¡Viva el rey!». Han dado órdenes de detener y castigar a todos los que se muestren hostiles al soberano y, pese a ello, alguien grita:

—¡Ahí va el rey en el culo de la carreta!

Las risas de la multitud resuenan como un cascabel.

Me inclino ante él mientras baja de su carroza. Se apoya en mi brazo.

—Un pueblo es una bestia —murmura— que se deja arrastrar por la nariz, sobre todo el parisino. Pero no son peores que quienes los instigan.

Se incorpora agarrándose a mi muñeca.

—Hay que acabar con las ideas de guerra civil —dice—. Hay que unir al pueblo contra el español, que es el peor y principal personaje de esta guerra. ¡Los venceremos!

¡La guerra, otra vez! ¿La carne del hombre y su sangre son, Señor, el diario sustento de los hombres?

¿Ése es para siempre su alimento y su castigo?

Rezo, Dios mío, arrodillado al borde de ese abismo.

44

Creí firmemente, aunque sólo fuese durante unos días, que el abismo se cerraría, y que los hombres, Señor, os habían oído y, por fin, se reconciliarían.

Era la primavera del año 1598.

Durante los meses precedentes había cabalgado al lado del rey. Enfrente de nosotros habíamos visto las columnas de lanceros del ejército español. Yo sabía que, con la obstinación del viejo que no ha renunciado a nada, lo mandaba Diego de Sarmiento. En varias ocasiones, en Fontaine-Française o en Amiens, sus caballeros, sus alabarderos, se acercaron tanto a nosotros que creí ver brillar por encima de nuestras cabezas la afilada guadaña de la Muerte.

El padre Verdini, empeñado también él en llevarnos al infierno, se mantenía junto a Sarmiento, convencidos ambos de que la salvación estaba en el triunfo de Felipe II.

Habíamos tenido que retirarnos, abandonar los cuerpos de cientos de gentileshombres, y, al girarme, había visto caer sobre ellos, como buitres, a los salteadores que escoltaban siempre a los ejércitos.

En París, en la embajada de Venecia, Leonello Terraccini me había dicho que la gente cantaba por las calles:

> «Enrique quería ser primero
> terror del español altanero.
> Huye ahora ante un cura,
> pegado al culo de una puta».

De nuevo el odio que todo lo emponzoñaba.

Escupían con desprecio al comentar que el rey colmaba de joyas y tierras a Gabrielle
d'Estrées.

Le había ofrecido un ducado. Ella se pavoneaba y acumulaba perlas. Engañaba al soberano. Y yo lo veía mordiéndose los labios, celoso, avejentado, tratando de satisfacer a toda costa a su joven favorita, la rubia de piel de alabastro, acudiendo a los bailes con ella entre batalla y batalla, forzando, como había hecho Enrique III, las puertas de las casas para entregarse en ellas a mascaradas.

El pueblo llano volvía la cabeza, condenando al infierno a la «duquesa de la Basura», y opinaba que aquel rey convertido estaba en manos del diablo.

«¡La cuba huele al vino que contiene!», exclamaban.

Y los miembros más recalcitrantes de la Liga esperaban que un regicida, con más éxito que Chatel, no se contentase con atravesar un labio del soberano, sino que le hundiese en el costado una hoja afilada hasta la empuñadura… y hasta el corazón.

Era lo que esperaban los miembros de la Liga que, en Bretaña, en Anjou, en Maine, en Poitou, luchaban contra las tropas reales atando a sus prisioneros a las aspas de los molinos, arrojando a los vivos a los pozos donde se pudrían los cadáveres, violando a todas las mujeres, degollando a los campesinos e impidiendo que los enterrasen, porque, afirmaba uno de ellos, «el olor de los cadáveres es suave y dulce».

¡Y todo ello, Señor, en vuestro nombre!

Y los hugonotes, tan salvajes como ellos, ¡también os invocaban!

Se abrían «cámaras ardientes», tribunales que ofrecían a los que profesaban una u otra religión convertirse o morir en la hoguera.

Todos esos asesinos, violadores, bandidos y verdugos os rezaban, Señor.

Para mí, sus oraciones eran blasfemias.

Y después, las nubes del invierno se disiparon.

En el mes de marzo, cabalgué hasta la Torre del Castro. Cada vez que los cascos de mi caballo golpeaban la tierra de los caminos agrestes que conducen a nuestra casa, tenía la sensación de que me estallaba el corazón.

Por fin divisé las murallas de nuestra casa, el portillo, y franqueé el puente sobre el foso.

La luz resplandeciente del sol inundaba el patio. Un hombre

—sí, un hombre, ésa fue mi impresión— se hallaba en el umbral.

Me aproximé. Se inclinó, y dijo: «Padre».

Tuve que apretar los puños para no caer encima de él y sollozar acariciándole la cabeza.

Él cerró los ojos, quizás a causa del sol cegador; tenía un aspecto tierno y tranquilo, y sin embargo —eso me preocupaba— algo triste.

No hablamos mucho.

Fue él quien me llevó a nuestra capilla para que rezásemos juntos, arrodillados ante la cabeza del Cristo de los ojos cerrados, que reposaba sobre una tela de damasco rojo, junto al sagrario.

Cuando salimos de la capilla, Jean —era tan alto como yo—, mirándome fijamente a los ojos, murmuró:

—Padre, quiero servir a Dios en el seno de su Iglesia.

Reconozco, Señor, que experimenté un sentimiento de perturbación; en el fondo de mi corazón, sin confesármelo, me había imaginado que pasaría los últimos años de mi vida junto a mi hijo, aquí, en la Torre del Castro, y ahora aquel sueño se desvanecía.

¡Dios mío! Era como si de repente me impusieseis el sacrificio de mi hijo a vuestra mayor gloria.

Jean me cogió las manos.

—Padre —me dijo—, estarás en todas mis oraciones. Nunca nos separaremos.

Me avergoncé de mi actitud, de haber pensado que el impulso de mi hijo hacia vos, para serviros, era un sacrificio.

Al contrario, debía agradecéroslo, Señor.

Y lo hice cada día ante vuestro rostro de ojos cerrados, en nuestra capilla, rezando al lado de mi hijo.

Él quería ir a Roma para ingresar en la orden de los jesuitas, de quienes se decía que muchos de sus miembros habían armado —y todavía seguían haciéndolo— a los regicidas.

Pero era su voluntad, Señor, y el día de su partida me dijo, como si hubiese adivinado mis pensamientos:

—Sólo soy un servidor de Dios, padre.

No quiero ni puedo ocultaros ninguno de mis pensamientos, Señor. El servicio de Dios, vuestro servicio, al que Jean se consagraba, lo habían pervertido tantos hombres, tantos asesinos

pertenecientes a todas las religiones, que estaba inquieto por las palabras de mi hijo.

Y murmuré:

—Ama en cada hombre la parte de Dios que hay en él. Si odias a un hombre, odias a Dios.

Cuando llegué a París, el primer día de abril de 1598, las copas de los árboles, al final de
l'Île
de la Cité, dibujaban un estrave verde claro en el agua todavía negra del río.

Me instalé otra vez en la embajada de Venecia. Vico Montanari, embajador de la Serenísima República ante Felipe II, había sido reemplazado por Leonello Terraccini. Los celos o la amargura que en el pasado me habían enfrentado a él —yo sabía que había sido amante de Anne de Buisson— se habían trocado en confianza mutua.

Habíamos compartido un pasado de muerte, y, cuando estábamos sentados uno frente al otro, ni siquiera necesitábamos evocarlo para que reviviese.

Fue Terraccini quien me anunció las buenas noticias aquella primavera luminosa.

Las negociaciones con España habían comenzado y ambos soberanos estaban deseosos de firmar la paz.

—Demasiadas muertes sin ninguna posibilidad de vencer al otro —dijo—. Felipe II seguirá esperando que un regicida se deshaga del rey Enrique, que sigue siendo para él un hereje, pero no puede seguir haciendo la guerra. Las arcas de España están tan vacías como las del reino de Francia. El soberano tuvo que pedir limosna al Parlamento para pagar a los soldados y comprar arcabuces. No le queda ni un escudo. Muchas veces los monarcas adquieren la prudencia y los deseos de paz cuando no tienen ni un cuarto.

Fue también Terraccini quien me habló del edicto que el rey se disponía a firmar en Nantes al término de largas conversaciones con los hugonotes. Les garantizaba el derecho de practicar su religión, e incluso se comprometía a pagar las guarniciones de las plazas fuertes que les concedía.

Los católicos más fervientes condenaban un texto que hacía

demasiadas concesiones a los hugonotes: conservaban un ejército, accedían a los cargos públicos, gozaban naturalmente de libertad de conciencia.

El papa Clemente VIII ya había dicho: «Ese edicto es el peor que se pueda imaginar. Me crucifica».

Pero los hugonotes más contumaces también estaban descontentos. En efecto, habían sido reconocidos, pero el reino era católico, y el soberano ofrecía compensaciones, en cargos y en escudos, en tierras y rentas, a los protestantes que aceptaban convertirse.

—Es un edicto de paz —concluyó Terraccini.

Luego se encogió de hombros e inclinó un poco la cabeza.

—Una paz más… —se corrigió.

Decían que cuatro millones de personas habían muerto en estas paces truncadas, negadas, en esas guerras civiles que llamaban «de religión», en esas masacres, y me acordaba de la sangre que corría por la calle Fossés-Saint-Germain aquel domingo de San Bartolomé, el 24 de agosto de 1572.

Así que me felicité por el Edicto de Nantes.

Volví a ver al rey a su regreso a París, esforzándose en convencer al Parlamento, reticente, de que ratificase el edicto.

—No hay que hacer más distinciones entre católicos y hugonotes —decía—. Es necesario que sean buenos franceses y que los católicos conviertan a los hugonotes con su ejemplo.

Se enfureció y yo aprobé sus palabras cuando añadió:

—¡Cortaré de raíz todas las facciones, todas las predicaciones sediciosas, y decapitaré a cuantos las inciten! No aleguéis ante mí la religión católica, ¡soy más católico que vosotros! Soy el primogénito de la Iglesia… Ahora soy el rey y hablo como rey, y quiero ser obedecido… Los que no quieren que mi edicto se apruebe quieren la guerra…

El edicto fue aprobado.

Leí el texto del rey, que lo presentó, y me emocioné.

Su tono era justo y enérgico.

«Arribamos ahora a este puerto de salvación y abrigo de este Estado… Tras haber atendido los pliegos de quejas de nuestros

súbditos católicos, habiendo permitido también a nuestros súbditos de la susodicha Pretendida Religión Reformada celebrar asambleas de diputados para dirigir los suyos y unir sus reconvenciones a las otras, juzgamos necesario dar a todos nuestros súbditos una ley general, clara, neta y absoluta, por la cual se regulen las diferencias surgidas anteriormente entre ellos y las que puedan surgir en adelante y por medio de la cual unos y otros puedan conciliarse».

Me enteré de que el edicto había sido sellado sólo con lacre marrón, que el rey no lo había querido verde, porque eso significaría que el texto debería tener en cuenta una aplicación sin límite de duración, eterna.

Así pues, sólo duraría un tiempo.

Pero era una promesa de paz.

Y yo creí, Señor, que la fosa común que los hombres cavaban bajo sus pies, en la que se hundían, se iba a llenar.

Incluso imaginé que me daríais la alegría de asistir, al final de mi vida, a esta alba de paz, porque os había dado un hijo para serviros.

Lo creí durante unos días. Después, el otoño llegó tan rápido…

La lluvia era tan fuerte que azotaba con furia las hojas ya amarillentas de los árboles del bosque de Fontainebleau por el que cabalgaba junto al rey, a la caza del ciervo.

Avanzábamos al paso, encorvados bajo el aguacero. Enrique me lanzaba miradas fugaces, y yo lo notaba cansado, sufriendo la tormenta con una especie de delectación morosa, como si el hecho de sufrirla lo reconfortase.

Se detuvo, se dio la vuelta y murmuró:

—¡Dios mío, vivimos en medio de las fieras!

Terraccini me había contado que gente cercana al soberano conspiraba contra Gabrielle d’Estrées, con la que el rey quería casarse.

Enguerrand de Mons se indignaba de que un rey de Francia pudiese albergar semejante pensamiento. Nunca un soberano de este reino se había desposado con una de sus rameras, que, además, ¡lo engañaba y engendraba bastardos que no eran de su augusto amante!

Repetían una coplilla mil veces copiada y difundida por la corte:

> «¡Casaos, por Dios, Majestad!
> De vuestro linaje nadie habrá de dudar,
> porque un poco de plomo y de cera
> legitima a cualquier hijo de ramera».

Otros se indignaban de que el rey hubiese ofrecido a la «duquesa de la Basura» el anillo de su coronación y que estuviese tan dominado por ella que proclamaba por todas partes que «sólo Dios y la muerte del rey pueden impedir que sea reina de Francia».

—Olvida que ella también es mortal —añadió Terraccini.

Y, hablando todavía en voz más baja, me confió que en el entorno del rey —quizás incluso para obedecer sus órdenes— pensaban, según se decía, envenenar a Gabrielle d'Estrées para que Enrique pudiese tomar una joven esposa, capaz de darle un heredero, ahora que su matrimonio con la reina Margot había sido anulado.

Pero ¿podría engendrar todavía?

Yo lo vi, en ese otoño de 1598, viejo y cansado. Pareció hundirse cuando se enteró de que habían detenido a un hombre que lo espiaba para matarlo.

—El corazón de los reyes está en manos de Dios —murmuró.

Después, se indignaba contra los que armaban a los fanáticos. Se refería a las «fieras» que no habían renunciado al odio.

—Un rey sólo es responsable ante Dios y su conciencia —proseguía.

Bajaba la cabeza, tiritaba. Había recibido la visita de su «vecina» la fiebre, que lo atacaba de noche.

Me confesó:

—Me ha dejado tan débil y tan disgustado que todavía no me he recuperado, y he pasado tan mala noche que no pude pegar ojo.

En la corte corrían rumores de que el rey estaba harto de mujeres y que estaba pagando por haber gozado de cuantas doncellas y putas había querido. Y, como recuerdo, le habían dejado aquella enfermedad que le consumía la sangre.

Decían que incluso había estado muerto durante dos horas y que, al recobrar el conocimiento, dijo:

—No quiero oír hablar de ningún asunto.

Yo percibía que la muerte estaba rondando.

Rozaba al viejo en que me había convertido, acechaba a Gabrielle
d'Estrées
y perseguía al rey.

Oí a Enguerrand de Mons mascullar que ese Edicto de Nantes que el soberano había ordenado aprobar en el Parlamento favorecía a los hugonotes a los que mediante cláusulas secretas se les concedían armas, rentas y garantías, que constituían un Estado dentro del Estado; que los católicos, como había declarado el Sumo Pontífice, habían sido crucificados por aquel edicto hasta el punto de que algunos de ellos se preguntaban si no se produciría un nueva noche de San Bartolomé.

Sí, Dios mío, oí todo eso.

Los hombres habían vuelto a su trabajo de enterradores.

Y yo no tenía fuerzas suficientes para indignarme. Mi vida había sido demasiado larga.

Había asistido a demasiadas masacres como para esperar, impotente, a que otra oleada de sangre corriese de nuevo en torno a mí.

Así que dije adiós al rey donde había comenzado mi vida, en la Torre del Castro.

El 7 de enero de 1599, día de mi septuagésimo segundo cumpleaños, Vico Montanari, que venía de Madrid y volvía a Venecia, hizo un alto en nuestra casa.

Me comunicó la muerte de Felipe II, que había nacido el mismo año que yo. El rey había fallecido el 13 de septiembre de 1598.

Me estremecí, Dios mío, al oír el relato de la agonía de aquel monarca al que serví durante mucho tiempo, y luego combatí.

Montanari me dijo que Diego de Sarmiento había muerto unas horas después del fallecimiento del rey.

No podía olvidar que, hacía muchos años, cuando yo sólo era un

esclavo de los berberiscos, Sarmiento me enseñó a esperar. Como su soberano, había soñado con una monarquía universal.

Montanari me describió el cuerpo ulcerado de Felipe y sus heridas infestadas de gusanos. Me contó que el rey había intentado incorporarse para decirle al heredero de la Corona:

—Ved, hijo mío, adónde van a parar las grandezas del mundo, contemplad la muerte y reflexionad en ello, porque mañana debéis reinar.

En ese instante, Señor, me alegré de que mi hijo Jean hubiese elegido ser vuestro siervo y, en lugar de buscar el poder en la tierra, sólo quisiese servir a vuestra gloria eterna.

Pensé que, aunque la muerte alcanza a todos los cuerpos, sólo se lleva las almas de los que han dejado de creer en vos.

Recé, Dios mío, ante vuestro rostro de ojos cerrados.

Porque creo en vos.

Epílogo

Así termina, con esa declaración de fe, el manuscrito de Bernard de Thorenc.

No sé nada de sus últimos años.

En la Torre del Castro no encontré ni rastro de su sepultura.

En la capilla, junto a la tumba de Michele Spriano, están las lápidas de la familia Thorenc, pero la más antigua, en memoria de François de Thorenc, está datada en 1702, un siglo después de que Bernard de Thorenc hubiese acabado su manuscrito.

No he podido llenar ese vacío.

¿Vivió Bernard de Thorenc hasta el viernes 14 de mayo de 1610, día en que, hacia las cuatro de la tarde, en la calle de la Ferronnerie, en la prolongación de Saint-Honoré, donde los tenderetes cubren la calle, un coloso de barba roja, cabello rubio pajizo y ojos de loco, con un pie en un mojón y el otro en la rueda derecha de la carroza real, clavó tres veces el cuchillo, hasta la empuñadura, en el costado de Enrique IV?

¿Se estremeció Bernard de Thorenc como si Dios lo sometiese a una nueva prueba?

Los jesuitas fueron acusados de haber amparado y confesado al regicida Ravaillac.

«El cuchillo no fue el instrumento de Ravaillac —se lee en un libelo, poco después del asesinato—. Los inductores fueron otros, quienes lo azuzaron y pusieron en su mano la herramienta; la idea en la mente del parricida; los únicos culpables son los jesuitas o sus discípulos».

Jean de Thorenc era jesuita e imagino a Bernard, angustiado, rezando arrodillado en la capilla, ante el rostro del Cristo de los ojos cerrados.

Tengo la talla ante mí.

Se la compré a María de Segovia cuando acabé de transcribir, actualizándolo, el manuscrito de Bernard de Thorenc.

Puse el rostro de Cristo, cuya madera (la piel) es de un color (una palidez) verdoso, en una estantería, frente a mi mesa de trabajo.

Me levanto muchas veces, atraído por la talla. Me acerco, tiendo la mano sin atreverme a tocarla; luego, por fin, me decido a acariciarlo, y siempre me sorprende la dulzura del contacto.

La madera es tibia como las heridas de un cuerpo doliente.

¿Leyó Bernard de Thorenc el informe de los sufrimientos que infligieron a Ravaillac?

Lo transcribo, porque creo que así soy fiel a Thorenc, quien, poco a poco, a lo largo de su vida, no acusó a ninguna religión de ser más cruel que otra, sino a los fanáticos, a los ciegos que utilizan la fe como pretexto y excusa para mutilar, matar, causar el mal, ese Mal que está en todos nosotros.

¿Quién encarnaba el Mal en la plaza de Grève el 27 de mayo de 1610, día del suplicio de Ravaillac?

¿El regicida al que tuvieron que llevar al cadalso porque los borceguíes de la tortura ya le habían reventado las rodillas, aquel hombre cuya mirada expresaba su dolor y seguía murmurando: «Que Jesús venza siempre en mi corazón»?

¿O el Mal había anidado en la muchedumbre que gritaba con odio, que quería descuartizar a Ravaillac y que atacaba a un joven que se había atrevido a murmurar: «¡Dios mío, cuánta crueldad!»?

Después, rompieron los miembros de Ravaillac y lo torturaron con unas tenazas al rojo vivo. El verdugo y sus ayudantes echaron brea ardiente, plomo fundido, cera y azufre, aceite hirviendo, en sus heridas. Quemaron su mano después de acuchillarla. Le hicieron beber vino para que sobreviviese al tormento, hasta que sus brazos y sus piernas y su torso fueron dislocados, rotos, arrastrados por cuatro caballos, ayudados por unos hombres para que los hombros y los muslos fuesen arrancados.

El pueblo gritaba, se lanzaba al cadalso, disputándose los restos.

«Y se vio a una mujer que, impulsada por una extraña venganza, hincó las uñas y luego los dientes en la carne del regicida».

Y sus miserables reliquias sangrientas fueron arrastradas por

toda la villa.

«Por fin, dividido en casi tantos trozos como calles hay en París, prendieron hogueras en muchos sitios, y los niños llevaban paja y madera».

¿Qué habría pensado Bernard de Thorenc de este espectáculo y de los actores? ¿Qué habría escrito?

Me lo pregunto contemplando la cabeza del Cristo de los ojos cerrados.

Esta mañana me enteré de que en Sudán, de acuerdo con la ley musulmana, un ladrón sufrirá una amputación cruzada: cortarán su mano derecha y su pie izquierdo.

Cada día oigo que un hombre se suicida para matar a otros. Y, para vengar ese acto terrorista, destruyen la casa de los suyos, acosan y matan a sus cómplices. O se le honra como un santo mártir.

Y recuerdo los versos de Agrippa
d'Aubigné
que me vinieron a la memoria la primera vez que vi a María de Segovia ante el número 7 de la calle del Arbre-Sec:

«Por nodriza a Satán, los niños de este siglo han…».

El nuestro, que comienza, el de ayer, que apenas acaba de finalizar, ¿son parecidos al de Agrippa
d'Aubigné
y de Bernard de Thorenc?

Me imagino a Thorenc arrodillado en la capilla, mirando el rostro del Cristo de los ojos cerrados, como yo en este momento.

Quizás sabía lo mismo que sé yo ahora, después de consultar el libro de despachos de los embajadores de Venecia, que tantas veces utilicé para entender el manuscrito de Bernard de Thorenc.

Vico Montanari regresó a Venecia y es Leonello Terraccini quien representa a la Serenísima en París en 1610 y quien escribe, con fecha de 5 de junio de 1610:

«Estos días me he entrevistado un par de veces con el primer presidente del Parlamento de París y abogado del rey. He descubierto que están seguros de que a Ravaillac lo habían

arrastrado a cometer su nefando crimen so pretexto de la religión, que afirmó tener una estrecha relación de amistad con un religioso; y que moriría mil veces antes de decir quién era. Dijo también que se había confesado algunas veces con un jesuita, en Bruselas. Y se sabe que, en la capital de los Países Bajos, los españoles y los católicos más contumaces reunidos alrededor del legado del Papa temían la entrada en guerra del rey de Francia contra España y la invasión de los Países Bajos por los ejércitos franceses aliados de las tropas hugonotes de las Provincias Unidas.

»Algunos consejeros del fallecido rey aseguran que los españoles y el Papa urdieron un complot para impedir que Enrique IV atacase las potencias católicas y servir así a la causa de herejía de la que lo acusaban ser su defensor en secreto.

»Los jesuitas habrían sido el instrumento de ese complot.

»Negaron esa calumnia».

Tras muchas gestiones, conseguí consultar los archivos de la orden de los jesuitas de la provincia de los Países Bajos españoles.

En la relación de los miembros de la orden por esta provincia descubrí el de un joven sacerdote que llegó a Bruselas en 1609. Se trata de Jean de Thorenc, como todo el mundo habrá adivinado.

En cada siglo, en cada parte del mundo, en cada religión y en cada uno de nosotros, la vida de los hombres es un laberinto tan criminal como misterioso…

Releí estas palabras. Creo que Bernard de Thorenc habría podido escribirlas.

A menudo tengo la sensación de que su voz se superpone a la mía.

¿Es él o yo quien se expresa?

¿Quién es el que dice que, sin el sufrimiento de Cristo, que habla por todos los que sufren, sin su compasión por todas las víctimas, nosotros seríamos *sólo* —ésa es la palabra— bestias salvajes?

Hombres-jabalíes, como la caza arrojada a la entrada de la Torre del Castro, bestias salvajes rodeadas de perros listos para la encarna.

Frente al hocico de los animales salvajes, sólo veo el rostro del

Cristo de los ojos cerrados.

MAX GALLO, (Niza, Francia, 7 de enero de 1932, Cabris, Alpes-Maritimes, Francia, 18 de julio de 2017) fue catedrático de Historia, doctor en Literatura e integrante de la Academia Francesa. Ha sido miembro de los parlamentos francés y europeo, así como ministro y portavoz del gobierno por el Partido Socialista francés. Ha escrito numerosas biografías (entre ellas las de Robespierre, Garibaldi, Napoleón y Julio César) y ensayos sobre temas clave de la historia contemporánea.

NOTAS

[1] Término empleado en todos los documentos europeos, que preferimos respetar por no tener traducción al castellano. *[N. de las]*
T.
. < <

[2] En la novela aparecen prosificados estos tercetos de la *Epístola a Mateo Vázquez* «De Miguel de Cervantes, captivo, a
M.
Vázquez, mi Señor», que preferimos reproducir en su versión original, aunque con las lógicas actualizaciones ortográficas. *[N. de las]*
T.
. < <

[3] Ídem. *El Quijote*, Prólogo 2.ª parte. *[N. de las] T.*
. < <

[4] *Mendigos del mar* es el nombre que se daba a la flota de corsarios holandeses que luchó contra los españoles durante la Guerra de los Ochenta Años.

Tras la rebelión de los Países Bajos, Guillaume de Orange atrajo a su causa a una serie de nobles y comerciantes marítimos de las provincias de Holanda y Zelanda obligados al exilio a causa de su fe calvinista; les dio una patente de corso con la que atacar el comercio español y pasaron a ser conocidos como los «mendigos del mar». Éstos establecieron bases en el puerto francés de La Rochelle, controlado por los hugonotes, y en el puerto inglés de Dover bajo la protección de Isabel
I.

Es probable que el nombre de *mendigos* provenga de un comentario despectivo de un consejero de la gobernadora de los Países Bajos, Margarita de Parma, que al conocer las protestas nacionalistas protagonizadas por un grupo de nobles flamencos dijo que no había nada que temer de «*esos mendigos*». Éstos recogieron el desafío presentándose vestidos como tales en sus discursos, haciendo de ello un símbolo contra la Corona.

Su momento de gloria se produjo el 1 de abril de 1572 con la captura de la ciudad de Brielle; posteriormente, el 22 de abril, tomaban el puerto de Flesinga, con lo que cortaban la salida al mar de Amberes, y el 21 de mayo el puerto de Enkhuizen, cortando la salida al mar de las provincias del norte. El éxito de los mendigos del mar dio un nuevo impulso a la sublevación de los holandeses contra la Corona española. [*N. de las]*
T.
. < <